ARIZA

LOS

DOS

REYES

PQ6503
.A649
D6

1020027221

C
863
A

PQ6503
.A649
D6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Núm. Ord. N
Núm. Autor A719d
Núm. Adq. 33118
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

Covarrubias

LOS DOS REYES.

NOVELA HISTORICA, ORIGINAL ESPAÑOLA,

Por Don Juan de Ariza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A LA SEÑORA

Doña María de los Dolores Palomar

Y ABIZA.

Madre mia: he procurado desde niño manifestar á vd. un amor, que han robustecido los años. Huérfano de padre en la cuna, he cifrado en un solo objeto todo mi cariño filial, y Dios me ha concedido una madre tan cariñosa, tan dulce y buena, como yo podia desearla; pero mejor que la merezco. Tengo recuerdos de mi vida mas halagüeños ó mas amargos: nada me dice el porvenir: mi único presente es vd. He trazado unas cuantas líneas, á las que osaré llamar novela, y se las dedicó como homenaje de gratitud, de amor y respeto.

Su hijo.
J. DE ARIZA.

PRIMERA PARTE.

EL CASTILLO DE CARMONA.

CAPITULO I.

Gala del verjel ameno,
Flor, envidia de la aurora,
¿Qué activo y voraz veneno
Vertió en tu cándido seno
Su ponzoña destructora?
¿Qué oruga tanta belleza
Marchitar pudo inhumana?

MANUEL CAÑETE.

En la fortaleza de Carmona, á mediados del siglo XIV, habia colocado Don Pedro, rey de Castilla y de Leon, tres tesoros de gran valía.

Consistia el primero en sus alhajas mas preciosas y en buenas doblas castellanas; era el segundo su jóven hermano Don Juan, y el tercero una Doña Inés, huérfana del comendador mayor de Castilla Don Lope Sanchez de Avendaño.

Era guardador de estos tesoros cierto Don Lope de Hinestrosa, alcaide de la fortaleza, tutor de la huérfana Inés, carcelero del noble infante, y tio de Doña María de Padilla, la mas afortunada y discreta de todas las damas del rey.

El dia veinticinco de Octubre de mil trescientos cincuenta y nueve, en un aposento del castillo, colgado de tapices blancos y con sitiales de la misma tela y color, estaba pensativa y triste la huérfana del comendador Avendaño.

Vestida Doña Inés de luto, daba mas encanto á su hermosura, dejando ver en sus miradas toda la altivez de una reina con la resignacion de una mártir.

Sus ojos negros y rasgados, bajo unas cejas bien marcadas y con larguísimas pestañas, estaban en perfecta armonía con la cabellera de ébano que, dando sombra á sus mejillas de un blanco mate, contorneaba un rostro oval, y se deslizaba por su cuello de cisne sobre una espalda de alabastro.

La nariz, un poco aguileña, tenia una correccion admirable, y su frente tersa y despejada, no dejaba ver todavía huellas de la meditacion dolorosa con que su alma pura se nutria.

Sus labios rojos y delgados, servian de velo á una dentadura de perlas; y plegándose dulcemente, abrian lento paso á una sonrisa siempre triste, pero siempre bondadosa y tierna. Una estatura algo elevada hacia mas esbelto su talle, y un pié y una mano pequeños terminaban este conjunto tan encantador por sus formas como seductor por su alma.

Doña Inés á los diez y ocho años habia sufrido grandes penas, y su razon, desarrollada por un infortunio terrible, no la presentaba un porvenir ni mas risueño, ni mas dulce.

98052
33118

La huérfana lloraba mil veces, y su alma, presa entre los muros del castillo, era una águila que busca aire; era un mundo que pide luz.

Lejos, muy lejos para siempre de las maternales caricias, privada de ese afecto santo que diviniza la existencia y encierra en sí mismo todos los goces inefables, vivia con el grave dolor de sus recuerdos, y no osaba concebir esperanzas, fugaces ordinariamente como las felicidades que crean.

Los asiduos cuidados, la solicitud de una dueña que fué su nodriza y su aya, eran los únicos alivios á su continuo padecer, y entre los brazos de esta mujer que la adoraba, daba libre curso á sus lágrimas, y desahogaba un tanto su corazon atormentado.

—Beatriz, que así se llamaba la dueña, era una mujer de diez lustros, y tan perfectamente conservada, que bien puede considerarse como un enorme tomo en folio, ya se atienda á lo abultado de su cuerpo, y ya á la mucha letra menuda que habia sabido recoger en sus buenos tiempos, y que derramaba á manos llenas en copiosa lluvia de erudicion, sobre cuantos tenian la fortuna de contemplar familiarmente sus reverendas y limpias tocas.

Esta dueña, mas que medianamente irascible, por su sistema sanguinoso y su saber grande y profundo, entraba en el blanco aposento á la hora que nos va ocupando. Su andar rápido y sin concierto hubiera revelado bien toda la agitacion del ánimo, aun cuando no viniese en su ayuda un rostro amoratado y contraido, patente muestra de su honda cólera y despecho.

Confusa quedó Doña Inés al terrible aspecto de la dueña; y llegándose dulcemente al sitial en que habia caido, la preguntó con interés qué grave causa producia tamaña agitacion ó enojo.

La dueña, que por una reaccion violenta habia pasado de la ira á un estúpido abatimiento apartó las manos, para dejar el rostro libre; y exhalando un hondo suspiro, muy semejante á la verdad á la aspiracion de una ballena, esclamó lo mas trágicamente que en aquellos siglos románticos era dable á una mujer de largos lustros:

"¡No se puede vivir en este castillo!"

Esta esclamacion de la dueña no dejó de causar zozobra á su jóven ama; pues acostumbrada Doña Inés á temer traiciones en todas partes, sospechaba que la agitacion de la dueña era producida por el descubrimiento de algun plan, en todo ó en parte concebido contra la desgraciada hija del comendador Avendaño.

Enteramente preocupada por esta suposicion, bastante posible en verdad, llegó sus labios á la mejilla de la dueña, y con una voz cariñosa la preguntó medio temblando:

—¿Qué te ha sucedido, Beatriz?

—¿Qué me ha sucedido? replicó la buena mujer respirando con mas estrépito. ¿Qué me ha sucedido? cosas que no puede temerse nadie, cosas que jamas acontecen en compañía de gente honrada: cosas que tienen lugar solo en este castillo endiablado, cuyos alcaides son verdugos y cuyo señor....

—Calla, Beatriz.

—No estaria malo que me callase, que sufriese con paciencia la desvergüenza de ese mozalvete.

—¿De quién hablas?

—¿No hay aquí ningun pajecito?

—¡Oh! muchísimos tiene el alcaide.

—No hablo de D. Lope Hinestrosa, replicó la rolliza dueña con nuevas muestras de despecho; hablo del boquirubio Enrique, del ojo derecho de D. Juan, ese hermano del rey, que al fin como de mala casta no ha de tener eleccion buena; y se divierte con mi enfado, como si yo fuese el hazmereir de Carmona.

No pudo contener una sonrisa Doña Inés, y resintiéndose Beatriz prosiguió sus lamentaciones.

—Pues; todos se divierten conmigo: la hija de mis queridos amos, la que ha mamado de mis pechos, la que me tiene como una madre, y á la que quiero como á mí misma, hace causa comun con D. Juan y se atreve á reir en mis barbas, la dueña las tenia cumplidas, las desvergüenzas de Enriquito.

—Tranquilízate por Dios, Beatriz, y dame cuenta por estenso del grave crímen que te enoja. Yo estoy muy interesada en calmar tu pena y te ofrezco á nombre del mozo una satisfaccion cumplida.

—Bien la necesito, Inés mia, respondió la grave matrona poniendo diques al enfado. Figúrate tú que yo estaba muy entretenida en mi aposento, rezando ciertas devociones y santiguándome á mi sabor, segun el rezo lo pedia, cuando percibo un leve ruido, y volviendo presto la cara, veo.... ¿A que no adivinas lo que ví?

—No llega mi penetracion á tanto; pero seria cosa notable.

—Ví al tunante de Enrique, con mis tocas en la cabeza y santiguándose como yo. Enojada de tal descoco quiero castigar su insolencia; mas en vez de postrarse humilde empieza á correr por la cuadra, llevando en su mano mis tocas, y cuando ya voy á cogerlo me las tira el infame á los piés, y sin saber cómo ni cuándo, caigo de boca y me reviento las narices. Empiezo á pedir misericordia, y el muy ladino me levanta habiéndose puesto mi saya, y diciendo con voz melosa: "Reciba este auxilio, hermanita, de una que lo es de caridad." Yo le cogí por los cabellos; mas en el momento de tirarle puso una cara tan doliente, que se los solté sin hacerle daño y tuve la debilidad de reirme.

—Así la reconciliacion fué completa.

—Por un instante. Transigida nuestra refriega, se echó á mis piés como un doguillo, y con su vocecita de tiple empezó á decirme en todos tonos: "Yo conozco que soy muy malo y que voy pasando los dias sin hacer cosa de provecho: si mi señora y respetable dueña tuviera á bien el referirme alguna crónica, ó relatar algunos hechos de los que á su vista pasaron, yo me tendria por muy dichoso, y esta conferencia cederia siempre en bien del paje y en honra y pro de tan entendida matrona. Yo que no soy amiga de tener callado lo que en mis tiempos aprendí del buen Anton Perez, mi esposo, y que relaté como nadie lo que he presenciado yo misma, tomé en mis manos la calceta y empecé á contarle en el punto la conversacion del rey Caredo. Apenas habia soltado el nombre, cuando cátate al señor paje que con un tono de maestro dice: "Dueña, habeis añadido una i."

—Y no le faltaba razon.

—No quise mantener disputas; y continuando mi historia llego por sus pasos contados al martirio de su visabuelo San Hemigildo. "Qué San Hemigildo ni qué visabuelo," dijo el paje haciendo un par de piruetas; y sin escuchar mis razones se fué cantando alegremente una tonadilla de caza.

—¿Se puede sufrir esto, Inés? ¿Está en el órden que un muñeco con diez y seis años en junto deje á una mujer de mi tomo con las palabras en la boca, y se vaya tarareando?

—No hay duda, replicó Doña Inés disimulando su sonrisa, que ha delinquido gravemente y que una correccion severa debe seguirse á su delito.

—Tampoco hay duda, repitió la respetable dueña, todavía bastante enojada; pero no la dejó seguir el ruido de pasos que en las antesalas oyeron, y momentos despues una voz que vibrante y dulce á la vez pedia permiso para entrar.

CAPÍTULO II.

Un alma triste, otra alma
Triste es forzoso que busque.
Nudo que labró el destino
Ningun poder le destruye:
No existe muro, por fuerte,
De que el amor no se burle;
Y los hierros y el cadalso
Le quilatan, no le aburren.

AURELIANO FERNANDEZ GUERRA.

Obtenida al punto la vénia, entró en el elegante aposento un bizarro jóven, de diez y ocho años escasos, pero de varonil continente. Sus ojos pardos destellaban con el fuego de la juventud, y sus cejas grandes y espesas se confundian ligeramente sobre una frente despejada.

Una nariz bastante aguileña armonizaba perfectamente con su rostro en alguna manera largo; y sus labios un poco gruesos daban á su fisonomía aquella espresion de bondad que tan bien se aduna con la fuerza. Abundantes cabellos negros caian en bucles sobre su cuello, y se avenian con una tez morena y enteramente sonrosada. Un elegante vestido de caza cubria sus formas, y asentaba bien á una estatura elevada, esbelta y arrogante. Pendia de su cinto una daga toda de acero, mas cincelada con primor, así como un riquísimo cuerno de caza. Este jóven se llamaba D. Juan, y era uno de los hijos bastardos del rey D. Alonso el Onceno.

Huérfano á los ocho años de edad, fué separado de Doña Leonor de Guzman, su madre, y puesto al cuidado de Hinestrosa por órden de su hermano D. Pedro. Estraño siempre á las disensiones civiles, habia padecido sin quejarse en un cautiverio de diez años, ejercitándose en la caza, y suspirando por la guerra. Su carácter franco y alegre habia sufrido cuatro meses antes una modificacion estraordinaria, y cuya causa desconocian los habitantes del castillo. Triste y un tanto suspicaz desde el 25 de Junio, hablaba con grande reserva y meditaba amargamente. Este cambio tan repentino no dejaba de tener su orígen, y se nos presenta ocasion de revelarlo francamente. El dia 25 de Junio llegó á los muros de Carmona un mensajero de D. Enrique, despues segundo de este nombre y á la sazon de Trastamara, el cual era portador de un regalo que al jóven D. Juan remitia el bastardo de D. Alonso. Consistia éste en un hermosísimo caballo tordo y en una daga del mas primoroso trabajo. Al entregar el mensajero la hermosa daga apretó con fuerza y recato la diestra del jóven, y apenas se vió D. Juan en su aposento logró descubrir en la vaina una tira de pergamino, en la cual estaban escritas estas misteriosas palabras.

"En el Alcázar de Sevilla, y en el dia 29 de "Mayo, hizo asesinar el rey D Pedro á su noble "hermano D. Fadrique, el Gran Maestre de San"tiago y conquistador de Jumilla. Sus herma"nos maternos han repartido sus caballos y sus "preseas, para recuerdo de venganza, y toca á "D. Juan, uno de ellos, su hermosísimo caballo "tordo y su daga de firme temple."

Un poco mas bajo se leia:

"En mil trescientos cincuenta y uno, y en Ta"lavera de la Reina, fué asesinada Doña Leonor "de Guzman, madre de los bastardos del rey Alon"so, por órden de Doña María de Portugal, ma"dre del rey D. Pedro."

Desde la fecha referida se oscureció el rostro del infante, y no permitió montar mas caballo que el tordo, ni ceñir mas armas que la daga del malogrado Gran Maestre.

En esta disposicion triste de ánimo, á la que se unia una inquietud bastante viva, entró el arrogante mancebo á la presencia de Doña Inés. La dueña, que vió una ocasion como llovida de dar su queja contra Enrique, supo asirla por el cabello; y no escaseando los dicterios al revoltocillo muchacho, desencadenó su ancha lengua, poniendo á prueba la paciencia del pobre infante, que no pensaba ciertamente en escuchar tan gran filípica. Desahogada que fué su bílis, se acordó de algunos quehaceres, y murmurando entre sus labios, por no abundar mucho sus dientes, dejó al fin en paz á los interesantes jóvenes.

Grandes deseos tenia el infante de hallarse á solas con Inés; mas habiéndolo conseguido, demostraba con sus maneras un mal encubierto embarazo, y revelaba su silencio el temor y al par el deseo de promover esplicaciones. También el rostro de la bella dejaba ver algunas señales de

su conmocion interior; pero no atestiguaban tanta lucha, ni una incertidumbre tan grande.

—Infante, dijo Doña Inés, muy de mañana me haceis hoy vuestra siempre grata visita.

—Desde muy niño, replicó el infante, tengo señaladas mis horas por una voluntad siempre estraña; mas sin embargo de esta voluntad que me oprime, procuro cumplir mis palabras, y nunca falto á mis promesas. ¿Me parece que lo hago así?

—No puedo dudar de ello, D. Juan.

—Pues permitidme, señora, hoy, que para reclamar una promesa y cumplir con una palabra, trace una tristísima historia.

—Podeis decir cuanto os agrade.

—Una catástrofe sangrienta os hizo venir á este castillo, en el que contaba yo diez años de sufrimientos y opresion. Los cuidados de vuestra madre y el tener el triste consuelo de confundir amargas lágrimas, pudieron no haceros precisa la amistad de un hombre, que solo presentaba los títulos de un infortunio semejante. Mas yo que habia llorado siempre solo; yo, que sin una dulce simpatía necesitaba un santo amor, como las flores el rocío, no pude contemplar tanta hermosura sin sentir el fuego divino que presta vida al alma como el sol á cien y cien mundos. Embelesado con mi amor, tuve bastante fuerza para callarlo; mas el dia veintiuno de Agosto, dia tristísimo para vos....

—Sí, el mas triste de toda mi vida, repuso Doña Inés llorando. ¡En él perdí lo que mas amaba; en él murió mi tierna madre!

—Cuando inclinada sobre su rostro inanimado pedíais un protector al cielo, yo, el hijo de D. Alonso Onceno, una mano puesta sobre la frente de vuestra madre y fija la otra sobre la santa cruz de esta daga, juré á vuestros padres y á los mios ser el protector de la huérfana.

D. Juan se detuvo un momento, y las lágrimas de Doña Inés corrieron en anchos raudales. Despues, haciendo un esfuerzo el infante, continuó bastante agitado:

—Al pronunciar mi juramento salió de mis labios, señora, una palabra de pasion por mucho tiempo comprimida; la considerasteis entonces como grave ofensa á vuestra madre, y me prohibísteis hablar de ello en dias destinados al dolor. A mis reiteradas instancias para que fijaseis un término á ese aislamiento de pesar, condescendísteis en uno largo, pero que hoy mismo está cumplido.

Aquí se interrumpió D. Juan, y despues de una breve pausa, continuó con grande energía:

—Vengo á renovar mi juramento y á ofreceros mi amor y mano.

—¿Qué pretendeis, D. Juan, de mí?

—Pretendo un bien, dijo el infante con toda la efusion de su alma, que puede embellecer mis dias, y endulzar en un solo punto una existencia bien amarga.

—¿Habeis pensado alguna vez sobre nuestra posicion, infante?

—Hace mucho tiempo que la examino.

—¿Y no encontrais en ella, D. Juan, alguna cosa estraordinaria, alguna voluntad suprema que no permita nuestro amor?

—¿Puede existir poder alguno que domine sobre las almas? ¿alguna voluntad mas fuerte que la de un amor acendrado? El cetro de los reyes es nada, y....

—¿El hacha de los verdugos?

—¡Doña Inés!

Profundo silencio guardaron los dos jóvenes, y se miraban fijamente. La sangre de D. Juan ardia como las entrañas del Etna, y su mano tocó dos veces la empuñadura de su daga. Reprimiéndose poco á poco cogió la diestra de la hermosa, y colocándola sobre su pecho, la dijo con tranquilidad aparente:

—Teneis mucha razon, señora, mi corazon está tranquilo, y los verdugos no me espantan; pero mi nombre está proscrito, y no debe buscar amparo una azucena fresca y pura bajo un renuevo que el aire azota y que los torrentes socavan. El amor del triste prisionero puede ser un tósigo ardiente, y vos no debeis respirarlo. Teneis mucha razon, señora, en recordarme los verdugos.

La mano de Inés, dejada repentinamente por Don Juan, cayó con violencia en toda la estension del brazo; pero sus grandes ojos negros destellaron como carbunclos, y sus labios mas encendidos se comprimieron con fiereza. En un movimiento convulsivo cogió la mano del infante, y llevándola al corazon, le replicó con arrogancia:

—Infante D. Juan, el corazon de Inés de Avendaño está tan tranquilo como el vuestro y no le aterran los verdugos: ve los peligros en su amor y los teme para quien ama: si desprecias con tal fiereza sus presentimientos mas tristes, recibid su mano de esposa, y cúmplanse nuestros destinos.

La belleza de Doña Inés en tal instante era divina, el sonido de su voz profético, y su resolucion heróica. De pié, con la cabeza levantada y su diestra mano tendida hácia D. Juan, conservaba la actitud magnífica de las mayores estatuas griegas y la inspiracion de las sibilas. Dobló su rodilla el infante, y con amoroso respeto imprimió dos veces sus labios en la blanca mano de la huérfana; despues la dijo con ternura:

—En este instante, hermosa Inés, acabamos de ligar dos suertes bastante desgraciadas y míseras. Esclavos nuestros cuerpos en el castillo de Carmona, son bastante libres nuestras almas para no doblarse al temor, para resistir la violencia, y para volar, si es preciso, independientes, puras y unidas á la morada de los cielos.

—Sí, D. Juan, esclamó la jóven con una exaltacion creciente: en este instante desafio toda la furia de los hombres, y pisaria sin inmutarme el cadalso mas afrentoso. Hay momentos estraordinarios en los que la vida nos cansa, por su cortedad y sus miserias, á los que buscamos la muerte, por su eternidad y reposo. Mas allá de esos mundos etéreos, de ese sol que alumbra, y de esas estrellas que brillan, hay un mundo desconocido á nuestros ojos, pero que ve en esta el alma: y en ese mundo desaparecen las distinciones de la tierra, y la fuerza de los destinos. Las coronadas frentes se humillan ante la virtud de un pechero, y el Dios de justicia levanta al que los hombres humillaron.

—¡Inés!

—Sí, Don Juan. ¿No os llena de orgullo ese mundo?

—Es tan hermoso, como Inés. Mas escuchad, hermosa mia: si antes de volar á ese mundo os cercasen las asechanzas, os oprimiesen las violencias, os apremiase la seduccion, jurais á Dios y á vuestros padres no pertenecer á otro hombre que á D. Juan?

—Lo juro, dijo Doña Inés.

—Mirad esta daga, señora: es la misma que mi noble hermano Fadrique llevaba al cinto cuando lo asesinó D. Pedro. Esta daga debe vengarlo. Si es mi destino perecer como el maestre de Santiago, vos, á quien tomo por esposa, cuidad de recoger esta arma, para que cumpla su destino. Nada mas exijo. Voy á tratar con Hinestrosa de nuestro enlace, Doña Inés.

El infante besó de nuevo la blanca mano de la jóven, y salió á buscar á D. Lope.

CAPÍTULO III.

Apeóse de su potro;
Y despidiendo la gente,
Se subió a la fortaleza
Diciendo entre si mil veces.
Rom. de Romances Moriscos.

Al mismo tiempo que el infante manifestaba su cariño á la huérfana de Avendaño, otra escena mas animada tenia lugar en el gran patio del Castillo.

Sobre largos poyos de piedra, un sinnúmero de monteros conversaban alegremente, refiriendo sus hazañas, con una entonacion heroica, no contra el moro granadino, que á la sazon estaba quedo, pero sí contra los jabalíes, contra los venados y los lobos.

Para fortalecer los estómagos y remojar bien la palabra, daban enamorados besos á una bota de moscatel, que la generosidad del infante habia presentado á su gula.

Los espíritus del licor se elevaban á los cerebros, y los comensales alegres hacian confundirse sus brindis con los ladridos de la jauria.

Muchas notables ocurrencias se relataron á la vez, apareciendo mas prodigiosas en las lenguas de los mas borrachos.

Allí era de ver la bravura con que un montero alto y fornido habia luchado contra un oso, sin mas defensa que sus brazos. Allí el encarnizamiento de otro que acosado por un venado, logró cogerlo por las astas y hacerlo rodar largo trecho, rompiéndole despues el cráneo á un solo golpe de su puño. Allí la intrepidez de un viejo que luchó á bocados con un jabalí furibundo, presentando á todos, cual prueba, la honda cicatriz de un colmillo. Allí.... mas dejemos que cuenten, y mirémos hácia otra parte.

Algunos mozos de caballos, no muy lejos de los monteros, limpiaban con grande premura corceles de velocidad y firmeza, mientras un jovencillo rubio, con ojos azules y despiertos, y una naricilla remilgada, trenzaba su larguísima crin á un caballo de noble raza y grande brío.

Era este corcel tordo oscuro, con una alzada de ocho palmos, y unos miembros al par que finos proporcionados y nervudos.

El cuello corto y torneado estaba cubierto de crines blancas, y una larga cola de lo mismo contribuia mucho á su hermosura.

Salia por sus anchas narices una respiracion de fuego, y cuando azotaba su mano el pavimento del Castillo arrancaba chispas del suelo.

Este caballo inteligente agradeció en cierta manera la predileccion del buen paje, y cada vez que aproximaba su cabeza á la del generoso bruto, le mordia éste los cabellos, pero sin hacerle algun daño, y dejando solo regada con menudas perlas de espuma su luenga melena de oro.

A muy pocos pasos de Enrique, pues este es el paje de que hablamos, estaba un hombre bien vestido, como de cincuenta años de edad, y de muy mediana estatura.

La fisonomía de este hombre, sin tener nada repugnante, era de aquellas que nunca inspiran confianza.

La rareza de sus cabellos habia prolongado su frente, y unas cejas poco pobladas daban escasa sombra á sus ojos de un pardo claro, muy inteligentes y pequeños.

Su nariz, de una regularidad perfecta, armonizaba con sus labios descoloridos y delgados, y su tez, un tanto amarilla, no asentaba mal al conjunto.

Muy ágil en sus movimientos dejaba entrever, sin embargo, mas bien las fuerzas de su alma que la robustez de sus miembros.

Tal era D. Lope de Hinestrosa, alcaide de la fortaleza, y guardador, como hemos dicho, de tan envidiables tesoros.

Al entablar conocimiento con el tutor de Doña Inés, será completamente vano que pretendamos traslucir la causa de su abatimiento moral. Es verdad que se nos presenta en una meditacion triste, que muerde tenazmente su labio inferior, y que se aparta los cabellos como si abrumasen su frente. Tambien es verdad que, aun cuando dicta sus órdenes para la batida, no está en reposo su cabeza.

En medio de sus meditaciones oyó el alcaide relinchar al caballo tordo, que saludaba á su señor con alborozo manifiesto.

A pesar de sus posiciones respectivas, siempre habia guardado D. Lope al infante todas las preeminencias del rango, y así se apresuró á recibirle.

En ninguna ocasion D. Juan necesitaba usar

mayores miramientos, ni mas cortesanas finezas con el alcaide de Carmona, que cuando iba á solicitarle en tan importante negocio. Cogió la mano de D. Lope y retirándose á un estremo le dijo:

—Tengo recibidas D. Lope, grandes y reiteradas pruebas de vuestra consideracion y afecto.

—De mis deberes nada mas.

—Sin duda que considerais como deberes las mas esquisitas finezas; pero permitidme continúe.

El alcaide no abrió sus labios y el infante prosiguió así:

—Aunque no calculo hasta qué punto me hubiera sido fácil llevar á cabo cierto empeño, sin consultaros sobre él, he considerado oportuno haceros una confianza....

—¿De amor? interrumpió el alcaide, sonrojándose ligeramente la superficie de su piel.

—De amor, tartamudeó D. Juan.

—Esa confianza es bien inútil, dijo Hinestrosa, poniéndose de nuevo pálido. ¿Creeis posible, señor infante, queden por mucho tiempo ocultos unos amores bien sentidos, pero disimulados mal?

D. Juan mordió un poco sus labios, y no respondió una palabra.

—Sí, continuó diciendo D. Lope, disimulados muy mal, para que no llegasen á noticias de un hombre de cincuenta años.

Se recalcó un poco en la frase D. Lope, y continuó con mas dulzura:

—Ya podeis conocer, infante, que vuestra confianza, á lo menos carece de gran novedad.

—Con todo, le replicó D. Juan, haciendo sobre sí un esfuerzo, tiene una parte que ignorais y que voy á manifestaros. Mi amor hácia vuestra pupila no es un pasatiempo liviano, que ó se mantiene de esperanzas ó se desvanece cual humo. Yo adoro á Inés con frenesí, y vengo á pediros su mano.

A estas palabras tan precisas sintió Hinestrosa un sacudimiento galvánico, y necesitó todo su aplomo para manifestar cierta calma. Desvanecidos sus primeros ímpetus, pasó dos veces su mano por la frente, y mirando al jóven con dulzura le dijo, no sin grande esfuerzo:

—¿Habeis pensado alguna vez sobre vuestra posicion, D. Juan?

—Muchas he pensado, Hinestrosa; y debo decir sin rebozo, que las mas de ellas me confundo antes de conocer mi objeto. No tengo duda que mi hermano me hace guardar como á enemigo, pero no conozco mi crímen, ni me parece, D. Lopo, justo, que se me condene para siempre al aislamiento y la prision. Yo debo mil consideraciones á mi alcaide; pero me falta la libertad, que es la vida de nuestras almas, tan necesaria para ellas, como el aire para existir. Aquí teneis cuanto yo pienso. ¿Podeis noticiarme algo mas?

D. Lope vaciló un instante; pero con acento dulce contestó al hermano del rey:

—Yo quisiera poder añadir algunas noticias, señor, á lo que acabais de decirme; pero sin conocer las causas que impulsaron al rey D. Pedro á confiarme vuestra persona, obedezco sus instrucciones y las cumplo sin vacilar. Esta reclusion, enojosa para un jóven de ánimo heroico, no ha dejado de produciros grandes ventajas; pues en el castillo de Carmona habeis contemplado desde lejos el choque de encendidos bandos, y no descubre vuestra frente la negra mancha de rebelde....

La frente de D. Juan se anublaba, y una convulsion repentina hacia estremecer sus miembros. No se escapó á la penetrante mirada de D. Lope que, interrumpiendo su discurso, preguntó con calma al infante.

—¿Os poneis malo?

—No, D. Lope.

—Veo alguna palidez en vuestro semblante.

—No es nada. Pero me haríais un gran favor manifestándome simplemente qué debo esperar de Hinestrosa para unirme con Doña Inés.

Es muy justa vuestra impaciencia, y voy á satisfacerla al punto. Con el doble encargo que tengo, respecto á mi jóven pupila y al noble hermano de mi rey, debo hacer presente á su alteza la resolucion que habeis tomado; y si aprueba vuestros deseos, yo seré el primero á cumplirlos.

—¿Teneis algunas órdenes del monarca, para oponeros á mi enlace?

—Ningunas.

—Pues en ese caso, D. Lope, bien podeis aprobar mi boda, y hacer se lleve pronto á cabo sin contrariar ningun precepto.

—Vos lo encontraréis todo muy llano con la impaciencia de un amante: yo lo miro todo escabroso con la meditacion de un viejo.

—Os deberé tanto, D. Lope, si condescendeis á mi súplica, como si me dieseis un cetro.

—Bien quisiera satisfaceros; pero es á tal punto imposible....

—¡Imposible! esclamó D. Juan, con mal reprimida fiereza, y poniéndose mucho mas pálido.

—Imposible, repitió Hinestrosa con una dulzura afectada.—¿Mas vuestra palidez se aumenta? ¿Queréis que dejemos la partida?

—No, D. Lope. Necesito respirar el aire y es muy estrecho este castillo. Cuando el alma padece mucho necesita el cuerpo fatiga, y la agitacion de la caza cambiará el curso de mi sangre. Si un jabalí sale á mi encuentro, podré clavarle mi venablo. Y es tan hermoso matar fieras....

—¡Hola! monteros, á caballo, gritó D. Lope con voz firme. Todos obedecieron al punto.

—¡Enrique! pronto mi caballo, gritó poco despues el infante.

El paje se llegó á D. Juan, sujetando al fogoso tordo, y presentándole el estribo.

No vaciló un punto el infante, y apenas ocupó la silla, cuando ya Enrique cabalgaba sobre un overo de ocho palmos, pues el jóven paje buscaba siempre el caballo de mas alzada.

Tambien iba á montar D. Lope, cuando aparecieron dos ginetes, armados de piés á cabeza y en dos empolvados corceles.

El que caminaba delante, y ser el amo parecia, descabalgó con ligereza, tirando sus riendas

al otro. Atravesó el patio velozmente, y llegando junto al alcaide, que el pié en el estribo tenia, le dijo unas cortas razones, en un tono bastante bajo para que las oyese Hinestrosa y ninguno de los demas.

Iba D. Lope á descubrirse, pero el desconocido le detuvo el brazo, antes de que pudiese hacerlo.

—Infante D. Juan, dijo Hinestrosa, podeis marcharos cuando os plazca, pues una ocupacion urgente me imposibilita la partida.

D. Juan no respondió palabra, animó al generoso bruto, y se precipitó al galope. Mas cuando su noble caballo estuvo cerca del misterioso personaje, cruzó las orejas con espanto, y salvó de un bote un gran espacio de terreno.

Enrique movió la cabeza, ó disgustado ó receloso, y el recien venido por su parte fijó una mirada siniestra en el caballo y el ginete, diciendo á media voz y con grandes muestras de enojo:

—Mucho se parece á Fadrique.

—Mucho tambien á D. Alonso, dijo Hinestrosa; y ambos personajes marcharon hácia el interior del castillo.

CAPITULO IV.

El gran rey D. Pedro, que el mundo reprueba,
Por serle enemigo quien hizo su historia,
Fué digno de clara, y famosa memoria,
Por bien que en justicia su mano fué ceba.

DON DIEGO DE CASTILLA.

Estamos en el gran salon. Altas ventanas ogivas, cerradas con vidrios de muy diferentes colores, prestan una luz algo escasa á las molduras de los muebles y á los tapices de los muros.

Grandes sitiales de nogal tallado y mesas de la misma clase pueblan esta cuadra imponente; en cuyos altos artesones descuellan esculturas fantásticas.

Los pasos de dos hombres resuenan en su pavimento de mármol: y estos dos hombres que pasean son el alcaide del castillo, y su huésped recien llegado.

Poco aficionados á misterios, vamos á revelar sin tardanza nombre y calidad del incógnito, empezando por su retrato.

Era éste, segun nos refiere su crónica, blanco, rubio, de buen parecer en el rostro, y de cuerpo y ánimo grandes. Parco en el comer y dormir, allegaba grandes tesoros, y era sufridor de trabajos. Si añadimos á esta pintura, que ceceaba un poco en el hablar y que sonaban sus canillas, no habrá lector que no reconozca al rey D. Pedro, llamado por los historiadores Cruel, y por los poetas Justiciero.

Cuál de estas dos calificaciones sea la mas exacta, es muy largo de discutir: y por mas que digan los filósofos, que la verdad es indivisible y es una; yo, respetando sus opiniones, creo como de fé, que el rey D. Pedro tuvo bastante de ambas cosas; pues siendo el vicio muchas veces la exageracion de una virtud, la misma justicia llevada á estremo puede convertirse y se convierte en muy refinada crueldad.

Si los defensores del rey me dicen que era cumplido caballero, yo responderé conformándome, que era español, y esto bastaba. Empero añadiré ciertamente, que aunque nacido el rey D. Pedro con altas cualidades de príncipe, probó la sangre siendo jóven, y se aficionó mucho á ella como el elefante en las batallas.

Si los opositores de D. Pedro quieren poner ante mis ojos una gran serie de cadalsos, yo no les negaré los hechos; pero sí diré que una parte de estas ejecuciones sangrientas fueron debidas á los dardos con que molestaban al leon.

El rey D. Pedro reunió en sí una muchedumbro admirable de buenas y malas pasiones; y el rey que con mejor consejo hubiera fundado en España una monarquía protectora, retrasó en un siglo este grandioso pensamiento.

Mas dejándome de cronista, tomo al hijo de D. Alonso como mas á mi intento conviene; y sin rebatir panegíricos, ni buscar causas, muy ocultas ó muy dudosas, para justificar efectos, coloco al rey D. Pedro en la gran sala del castillo, conversando con Hinestrosa en los términos que se siguen.

—Pardiez, señor alcaide, dijo el rey, que no me ha parecido prudente hayais soltado de la jaula á un jóven tigre, que bien podria tomar cariño á la libertad de los campos.

—Estoy muy seguro, señor, que dentro de muy pocas horas habrá vuelto el tigre á su jaula. ¿Pero me será permitido saber por qué inesperada fortuna recibo en Carmona á su alteza?

—Me han traido aquí, señor alcaide, una razon y dos pasiones.

—D. Pedro se interrumpió un instante, como esperando la pregunta; y viendo que D. Lope callaba, continuó de esta manera:

—Es mi razon, haber recibido noticias, que sobre los campos de Araviana acaba de vencer D. Enrique á mis soldados de Castilla.

—¿Y mi hermano? preguntó el alcaide azorado.

—Tranquilízate, contestó el rey. Quedó en el campo entre los buenos.

—D. Lope se enjugó una lágrima, y su fisonomía descompuesta por un instante, fué recobrando poco á poco su impasibilidad ordinaria. El rey continuó su discurso:

—Esta inesperada derrota, me pone en la necesidad de armar gentes que restablezcan mis negocios. Aquí teneis, pues, la razon. He hablado tambien de dos pasiones, y me conviene preguntarte por la huérfana de Avendaño.

—Está cuidada con esmero.

—Y tambien estará muy bella. ¡Oh! me acuerdo de haberla visto un solo dia; pero conservo bien su imágen. Estaba en la mezquina iglesia del Villaryo de Salvaves, vestida de luto, y tan pálida como las velas del altar. Sus ojos bañados de lágrimas se levantaban á los cielos con una

espresion indecible, y cuando los fijaba en la tierra, los ángeles y los querubines envidiaban esas miradas al blanco mármol de un sepulcro. Yo, D. Pedro el Cruel, ó el Justiciero y el valiente, que de todo dirá mi historia, temblaba como una violeta, y me aparté de aquel lugar sin que descubriese mi rostro. Desde aquel malhadado dia, he combatido en mar y tierra: he lavado, Lope, mis manos con sangre de damas, de infantes y de reinas; pero la memoria de Doña Inés vive siempre, y compraria sangre con la sangre de mis arterias.

Durante el discurso del rey toda la sangre de Hinestrosa se habia subido á su cabeza; pero fijándose en sus ojos, conservaba el rostro amarillo, y martirizaba sus labios.

Por mas esfuerzos que probaba, ninguno encontró á propósito para recobrar su sangre fria: y por toda respuesta al rey tartamudeó algunas palabras.

La situacion del rey D. Pedro no era menos agitada y ardiente, aunque bajo aspecto distinto: y así sin escuchar un punto á D. Lope, continuó con mas entusiasmo:

—Muchas veces tomo la pluma para firmar una sentencia, y no discurre entre mis dedos: muchas veces voy á comunicar mis órdenes, y la garganta se me anuda: muchas veces detengo el brazo al triste aspecto de una vírgen pálida y bella; y esta vision que me persigue en las vigilias y en los sueños; esta vision que temo y amo; esta pupila de Carmona, es la huérfana Doña Inés.

Ya sabes mi pasion, D. Lope. Codicio á la hermosa Avendaño, y estoy decidido á poseerla.

—¡Imposible! esclamó Hinestrosa.

—¡Imposible! repitió el rey, sacudiendo con fuerza el brazo izquierdo del alcaide. ¡Imposible para el rey D. Pedro! No. Tú has perdido el juicio, D. Lope, y no debo hacerte algun caso.

Despues añadió con sarcasmo:

—Querrá predicarme continencia el que me entregó su sobrina: y á fé que era hermosa como un ángel, y á fé que aun la quiero, D. Lope. Hallais imposibles para mí: se engaña mucho el noble alcaide. Yo hice anular mi matrimonio por dos reverendos obispos, para casar con Doña Juana, y despues de una feliz noche, no he visto mas á la de Castro. Yo hice á Doña Aldonza Coronel, besar arrodillada mis manos, y estaban teñidas en su sangre. La hija del señor de Aguilar recibió el fuego de mis besos sobre la nieve de su seno, y yo enjugué con sus cabellos el llanto ardiente de sus ojos. ¡Imposibles para mí, D. Lope! Estais soñando, ¡vive Dios!

Dos veces estrechó D. Lope el rico puño de su daga, con una convulsion horrible. ¿Era el ánimo del alcaide hundirla en el seno del rey? Me es imposible contestar.

La gran reserva de Hinestrosa, su impasibilidad contínua, habian desaparecido del todo; y aquella cabeza de hierro, caldeada al fuego de mil Etnas, despedia centellas de sí.

¿Qué causas habian producido un fenómeno tan estraño? Tampoco puedo responder. En el discurso de los años, y aglomerándose los hechos, quizá se descifre el misterio, bien por circunstancias imprevistas, bien por confesion del alcaide. Tengamos paciencia entre tanto, y prosigamos nuestra historia.

Vuelto sobre sí nuestro alcaide, dijo al rey con un tono humilde:

—Jamas he tratado, señor, de contrariar vuestros deseos, y me habeis castigado bien, por contradeciros un punto. He procurado, rey D. Pedro, evitaros un sinsabor, aunque esta buena intencion mia redunde en descrédito de mi lealtad y en grave daño de mi honra. Cuando he repetido á S. A, que la posesion de Doña Inés era imposible, tuve, señor, tan solo en cuenta. . . .

—¿Qué?

—Que Doña Inés ama rendida. . . .

—¿A quién, alcaide?

—A vuestro hermano.

—Hé aquí mi segunda pasion, dijo el rey con una carcajada sorda. Hé aquí mi segunda pasion: la venganza.

El alcaide se quedó inmóvil. El rey D. Pedro daba vueltas con la rapidez del relámpago, y hacian un ruido sus canillas muy semejante al de los dados cuando ruedan sobre un tablero. Manchas de sangre se mostraban en sus pupilas centellantes, y sus labios secos y rojos daban libre paso á un aliento recio como los huracanes, y como la lava encendido.

Hinestrosa, el mismo Hinestrosa, dejando aparte su estraordinaria sangre fria, estaba atemorizado al aspecto del monarca de las Castillas, y quizá se arrepintió entonces de haber llamado la tormenta que presagiaba tal estrago.

D. Pedro se paró de pronto, y dando una recia puñada sobre un bufete de nogal, que se dividió en dos mitades:

—Es posible, dijo, que por do quiera los Guzmanes hayan de salirme al encuentro. Late mi corazon de niño por la hermosa Juana Manuel, y hay un conde de Trastamara, bastante feliz, bastante osado, para disputar á su rey la posesion de una belleza, y para llamarla su esposa.... Quiero gobernar mis Estados con independencia y justicia, y un D. Enrique y un D. Tello levantan provincias enteras y me ponen en grave aprieto. Me obligan, sí, me obligan á contraer un matrimonio detestable, y el gran maestre de Santiago pasa muchos meses de viaje con Doña Blanca, con mi esposa. Pongo en grave apuro á Alburquerque, y D. Fadrique y Trastamara le prestan proteccion y apoyo, dando fundamento á la liga que en favor de la reina forman; en la que mi propia madre entra, y de la que sufro desafueros en las conferencias de Toro. Por evitar mayores daños doy á D. Enrique permiso para que sirva al rey de Francia, y apenas comienzo la guerra con el monarca de Aragon, cuando llega Enrique á mis fronteras, tala las fértiles comarcas de Almazan y Soria, y vence á las huestes de Castilla sobre los campos de Araviana. Veo en medio de tales disgustos y cuidados una mujer como los ángeles hermosa, como los querubines radiante, como las vírgenes de Dios pura; y esta mujer ama entusiasta. . . .

—Sí, le ama, murmuró D. Lope.

—Maldicion sobre la raza entera, esclamó el rey. No quede ni uno solo á vida, y los bastardos de Alonso Onceno apaguen con su sangre impura todo el volcan de la civil guerra y el hondo cráter de mis celos.

Aquí se interrumpió D. Pedro, recorrió de nuevo la estancia apretándose la cabeza y lanzando sordos rugidos.

Temblaba el pavimento á sus pasos y los vidrios se estremecian. Ya tropezaba en un sitial, ya echaba á rodar una mesa, y ya con las puertas chocaba.

Despues de haber dado mil vueltas, se paró con alguna calma y dijo al alcaide Hinestrosa:

—Necesito ver á Doña Inés.

—La diré que el rey de Castilla me manda....

—Sí, la dirás que el rey de Castilla desea verla algunos instantes, y no volverás, Hinestrosa, sin su consentimiento á verme.

—Quizás oponga resistencia.

—No hay escusa, señor alcaide. El rey D. Pedro quiere hablarla, y se ha de cumplir su deseo.

—Todo será como mandais.

Don Lope se alejó al momento, y el rey D. Pedro se dispuso para presentarse á la huérfana.

CAPITULO V.

Pues D. Pedro de Castilla
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos,
Y qué dió sino escarmientos?
QUEVEDO.

Irritado el rey todavía con un contratiempo tan invencible, segun todas las apariencias, marchaba con pasos desiguales, parándose de vez en cuando para proseguir sus pasos. A pesar de su natural arrogancia, sentia D. Pedro un embarazo, poco comun á su carácter, y temia, al par que deseaba ser presentado á Doña Inés. Cercado de inquietudes sérias por la guerra con Aragon y la deslealtad de sus nobles, solo un corazon tan volcánico y unas pasiones tan sin freno hubieran podido ocuparse de peligrosos galanteos, cuando claudicaba su trono. Mas el hombre que por la Castro habia publicado un divorcio y contraido nuevas nupcias, abandonándola al dia siguiente, no ponia freno al apetito ni reparaba en los obstáculos.

Cuando estaba mas distraido entre su amor y sus deberes, penetró en la estancia Beatriz, muy descuidada á la verdad de un encuentro tan imprevisto. Iba la dueña algo incomodada por el lance de la mañana, y en meditacion tan profunda, que sin reparar en el rey chocó con él de tal manera, que estuvo á punto de hacerle rodar por el suelo. D. Pedro no habia visto entrar á la dueña, por tenerla vuelta la espalda, y al inesperado empellon revolvió furioso y con su daga ya desnuda.

El juramento de D. Pedro fué de una entonacion espantosa, y un ¡ay! doliente de la dueña, que ya se creyó ánima en pena, la contestacion mas humilde. Aterrada la pobre Beatriz con tan inesperado lance, se hincó en el suelo de rodillas, y abrazándose á las del rey le solicitaba perdon de una manera tan ridícula, que el monarca un momento antes irritado, y que habia temido quizás, no pudo menos de reirse, y levantó á la dueña con cierta bondad no muy comun en el leon de las Castillas.

Era el lado flaco de Beatriz, hablar siempre lo mas posible, sin desperdiciar ocasion, y el manifestar sus escusas se la presentó muy cumplida.

—Señor, dijo la pobre dueña: yo no sé como reprenderme un aturdimiento á mis años que os ha causado algun disgusto.

—No ha sido cosa.

—¡Oh! sí, ha sido mi falta bastante grave y reprensible; pero tiene una dias tan fatales, que todo le sale malísimo. Empezó este con una disputa insufrible sobre una crónica bien antigua....

—¿Os preciais de mujer leida?

—Leida no, replicó la dueña, con una modestia aparente, porque no conozco las letras y los libros andan escasos; pero he oido relatar muchísimas cosas, y mi memoria no es ingrata.

—¿Y del reinado de D. Pedro, teneis aquí muchas noticias?

—Desde que estoy aquí muy pocas, porque nos tienen bien guardadas, pero en otros tiempos muchísimas.

—¿Y qué opinion teneis formada de D. Pedro?

—Me parece bastante malo, y desde que asesinó á....

—Dueña, replicó el rey airado, el rey D. Pedro no asesina: castiga á los rebeldes y traidores.

—Perdonad, señor, si....

—Nada tengo que perdonar: es una advertencia sencilla. ¿Sabeis algunas anécdotas de él?

La dueña estuvo muy tentada para responder que ninguna, pero su pasion favorita se sobrepuso, como siempre, y prosiguió de esta manera:

—No dejo de saber algunas, y una particularmente curiosa, cuando casó con Doña Blanca. Voy á referírosla al punto.

Entre las joyas y preseas que presentó la jóven reina al rey D. Pedro, se distinguia por el trabajo una rica cinta de oro: el rey, que estaba enamorado de Doña María de Padilla, abandonó al punto á su esposa, y fué á buscar á su manceba. Temerosa la jóven dama de que el rey burlase su amor por el cariño de la reina, hizo que hechizase un judío la hermosa cinta, y poniéndosela un dia D. Pedro al cuello, creyó tener una culebra y abandonó á su buena esposa.

—¿Nada mas sabeis de ese cuento?

espresion indecible, y cuando los fijaba en la tierra, los ángeles y los querubines envidiaban esas miradas al blanco mármol de un sepulcro. Yo, D. Pedro el Cruel, ó el Justiciero y el valiente, que de todo dirá mi historia, temblaba como una violeta, y me aparté de aquel lugar sin que descubriese mi rostro. Desde aquel malhadado dia, he combatido en mar y tierra: he lavado, Lope, mis manos con sangre de damas, de infantes y de reinas; pero la memoria de Doña Inés vive siempre, y compraria sangre con la sangre de mis arterias.

Durante el discurso del rey toda la sangre de Hinestrosa se habia subido á su cabeza; pero fijándose en sus ojos, conservaba el rostro amarillo, y martirizaba sus labios.

Por mas esfuerzos que probaba, ninguno encontró á propósito para recobrar su sangre fria: y por toda respuesta al rey tartamudeó algunas palabras.

La situacion del rey D. Pedro no era menos agitada y ardiente, aunque bajo aspecto distinto: y así sin escuchar un punto á D. Lope, continuó con mas entusiasmo:

—Muchas veces tomo la pluma para firmar una sentencia, y no discurre entre mis dedos: muchas veces voy á comunicar mis órdenes, y la garganta se me anuda: muchas veces detengo el brazo al triste aspecto de una vírgen pálida y bella; y esta vision que me persigue en las vigilias y en los sueños; esta vision que temo y amo; esta pupila de Carmona, es la huérfana Doña Inés.

Ya sabes mi pasion, D. Lope. Codicio á la hermosa Avendaño, y estoy decidido á poseerla.

—¡Imposible! esclamó Hinestrosa.

—¡Imposible! repitió el rey, sacudiendo con fuerza el brazo izquierdo del alcaide. ¡Imposible para el rey D. Pedro! No. Tú has perdido el juicio, D. Lope, y no debo hacerte algun caso.

Despues añadió con sarcasmo:

—Querrá predicarme continencia el que me entregó su sobrina: y á fé que era hermosa como un ángel, y á fé que aun la quiero, D. Lope. Hallais imposibles para mí: se engaña mucho el noble alcaide. Yo hice anular mi matrimonio por dos reverendos obispos, para casar con Doña Juana, y despues de una feliz noche, no he visto mas á la de Castro. Yo hice á Doña Aldonza Coronel, besar arrodillada mis manos, y estaban teñidas en su sangre. La hija del señor de Aguilar recibió el fuego de mis besos sobre la nieve de su seno, y yo enjugué con sus cabellos el llanto ardiente de sus ojos. ¡Imposibles para mí, D. Lope! Estais soñando, ¡vive Dios!

Dos veces estrechó D. Lope el rico puño de su daga, con una convulsion horrible. ¿Era el ánimo del alcaide hundirla en el seno del rey? Me es imposible contestar.

La gran reserva de Hinestrosa, su impasibilidad contínua, habian desaparecido del todo; y aquella cabeza de hierro, caldeada al fuego de mil Etnas, despedia centellas de sí.

¿Qué causas habian producido un fenómeno tan estraño? Tampoco puedo responder. En el discurso de los años, y aglomerándose los hechos, quizá se descifre el misterio, bien por circunstancias imprevistas, bien por confesion del alcaide. Tengamos paciencia entre tanto, y prosigamos nuestra historia.

Vuelto sobre sí nuestro alcaide, dijo al rey con un tono humilde:

—Jamas he tratado, señor, de contrariar vuestros deseos, y me habeis castigado bien, por contradeciros un punto. He procurado, rey D. Pedro, evitaros un sinsabor, aunque esta buena intencion mia redunde en descrédito de mi lealtad y en grave daño de mi honra. Cuando he repetido á S. A, que la posesion de Doña Inés era imposible, tuve, señor, tan solo en cuenta. . . .

—¿Qué?

—Que Doña Inés ama rendida. . . .

—¿A quién, alcaide?

—A vuestro hermano.

—Hé aquí mi segunda pasion, dijo el rey con una carcajada sorda. Hé aquí mi segunda pasion: la venganza.

El alcaide se quedó inmóvil. El rey D. Pedro daba vueltas con la rapidez del relámpago, y hacian un ruido sus canillas muy semejante al de los dados cuando ruedan sobre un tablero. Manchas de sangre se mostraban en sus pupilas centellantes, y sus labios secos y rojos daban libre paso á un aliento recio como los huracanes, y como la lava encendido.

Hinestrosa, el mismo Hinestrosa, dejando aparte su estraordinaria sangre fria, estaba atemorizado al aspecto del monarca de las Castillas, y quizá se arrepintió entonces de haber llamado la tormenta que presagiaba tal estrago.

D. Pedro se paró de pronto, y dando una recia puñada sobre un bufete de nogal, que se dividió en dos mitades:

—Es posible, dijo, que por do quiera los Guzmanes hayan de salirme al encuentro. Late mi corazon de niño por la hermosa Juana Manuel, y hay un conde de Trastamara, bastante feliz, bastante osado, para disputar á su rey la posesion de una belleza, y para llamarla su esposa.... Quiero gobernar mis Estados con independencia y justicia, y un D. Enrique y un D. Tello levantan provincias enteras y me ponen en grave aprieto. Me obligan, sí, me obligan á contraer un matrimonio detestable, y el gran maestre de Santiago pasa muchos meses de viaje con Doña Blanca, con mi esposa. Pongo en grave apuro á Alburquerque, y D. Fadrique y Trastamara le prestan proteccion y apoyo, dando fundamento á la liga que en favor de la reina forman; en la que mi propia madre entra, y de la que sufro desafueros en las conferencias de Toro. Por evitar mayores daños doy á D. Enrique permiso para que sirva al rey de Francia, y apenas comienzo la guerra con el monarca de Aragon, cuando llega Enrique á mis fronteras, tala las fértiles comarcas de Almazan y Soria, y vence á las huestes de Castilla sobre los campos de Araviana. Veo en medio de tales disgustos y cuidados una mujer como los ángeles hermosa, como los querubines radiante, como las vírgenes de Dios pura; y esta mujer ama entusiasta. . . .

—Sí, le ama, murmuró D. Lope.

—Maldicion sobre la raza entera, esclamó el rey. No quede ni uno solo á vida, y los bastardos de Alonso Onceno apaguen con su sangre impura todo el volcan de la civil guerra y el hondo cráter de mis celos.

Aquí se interrumpió D. Pedro, recorrió de nuevo la estancia apretándose la cabeza y lanzando sordos rugidos.

Temblaba el pavimento á sus pasos y los vidrios se estremecian. Ya tropezaba en un sitial, ya echaba á rodar una mesa, y ya con las puertas chocaba.

Despues de haber dado mil vueltas, se paró con alguna calma y dijo al alcaide Hinestrosa:

—Necesito ver á Doña Inés.

—La diré que el rey de Castilla me manda....

—Sí, la dirás que el rey de Castilla desea verla algunos instantes, y no volverás, Hinestrosa, sin su consentimiento á verme.

—Quizás oponga resistencia.

—No hay escusa, señor alcaide. El rey D. Pedro quiere hablarla, y se ha de cumplir su deseo.

—Todo será como mandais.

Don Lope se alejó al momento, y el rey D. Pedro se dispuso para presentarse á la huérfana.

CAPITULO V.

Pues D. Pedro de Castilla
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos,
Y qué dió sino escarmientos?
QUEVEDO.

Irritado el rey todavía con un contratiempo tan invencible, segun todas las apariencias, marchaba con pasos desiguales, parándose de vez en cuando para proseguir sus pasos. A pesar de su natural arrogancia, sentia D. Pedro un embarazo, poco comun á su carácter, y temia, al par que deseaba ser presentado á Doña Inés. Cercado de inquietudes sérias por la guerra con Aragon y la deslealtad de sus nobles, solo un corazon tan volcánico y unas pasiones tan sin freno hubieran podido ocuparse de peligrosos galanteos, cuando claudicaba su trono. Mas el hombre que por la Castro habia publicado un divorcio y contraido nuevas nupcias, abandonándola al dia siguiente, no ponia freno al apetito ni reparaba en los obstáculos.

Cuando estaba mas distraido entre su amor y sus deberes, penetró en la estancia Beatriz, muy descuidada á la verdad de un encuentro tan imprevisto. Iba la dueña algo incomodada por el lance de la mañana, y en meditacion tan profunda, que sin reparar en el rey chocó con él de tal manera, que estuvo á punto de hacerle rodar por el suelo. D. Pedro no habia visto entrar á la dueña, por tenerla vuelta la espalda, y al inesperado empellon revolvió furioso y con su daga ya desnuda.

El juramento de D. Pedro fué de una entonacion espantosa, y un ¡ay! doliente de la dueña, que ya se creyó ánima en pena, la contestacion mas humilde. Aterrada la pobre Beatriz con tan inesperado lance, se hincó en el suelo de rodillas, y abrazándose á las del rey le solicitaba perdon de una manera tan ridícula, que el monarca un momento antes irritado, y que habia temido quizás, no pudo menos de reirse, y levantó á la dueña con cierta bondad no muy comun en el leon de las Castillas.

Era el lado flaco de Beatriz, hablar siempre lo mas posible, sin desperdiciar ocasion, y el manifestar sus escusas se la presentó muy cumplida.

—Señor, dijo la pobre dueña: yo no sé como reprenderme un aturdimiento á mis años que os ha causado algun disgusto.

—No ha sido cosa.

—¡Oh! sí, ha sido mi falta bastante grave y reprensible; pero tiene una dias tan fatales, que todo le sale malísimo. Empezó este con una disputa insufrible sobre una crónica bien antigua....

—¿Os preciais de mujer leida?

—Leida no, replicó la dueña, con una modestia aparente, porque no conozco las letras y los libros andan escasos; pero he oido relatar muchísimas cosas, y mi memoria no es ingrata.

—¿Y del reinado de D. Pedro, teneis aquí muchas noticias?

—Desde que estoy aquí muy pocas, porque nos tienen bien guardadas, pero en otros tiempos muchísimas.

—¿Y qué opinion teneis formada de D. Pedro?

—Me parece bastante malo, y desde que asesinó á....

—Dueña, replicó el rey airado, el rey D. Pedro no asesina: castiga á los rebeldes y traidores.

—Perdonad, señor, si....

—Nada tengo que perdonar: es una advertencia sencilla. ¿Sabeis algunas anécdotas de él?

La dueña estuvo muy tentada para responder que ninguna, pero su pasion favorita se sobrepuso, como siempre, y prosiguió de esta manera:

—No dejo de saber algunas, y una particularmente curiosa, cuando casó con Doña Blanca. Voy á referírosla al punto.

Entre las joyas y preseas que presentó la jóven reina al rey D. Pedro, se distinguia por el trabajo una rica cinta de oro: el rey, que estaba enamorado de Doña María de Padilla, abandonó al punto á su esposa, y fué á buscar á su manceba. Temerosa la jóven dama de que el rey burlase su amor por el cariño de la reina, hizo que hechizase un judío la hermosa cinta, y poniéndosela un dia D. Pedro al cuello, creyó tener una culebra y abandonó á su buena esposa.

—¿Nada mas sabeis de ese cuento?

—Nada mas puedo referiros.

—Pues voy á darte la esplicacion, repuso el rey.

—Cuando vino á España Doña Blanca, salió á recibirla D. Fadrique, por órden espresa del rey, y en vez de apresurar jornadas, invirtieron un año largo en las fatigas del camino. D. Pedro, suspicaz y mozo, no vió indiferente esta tardanza; y las habilillas á que dió motivo fueron el hechizo que supo trasformar en sierpe una cinta de oro aquilatado.

—Muy enterado pareceis, señor caballero, en el pormenor de esa historia, y el mismo rey no contaria con mas puntualidad los hechos.

—Conozco bien este reinado, pero podeis continuar.

—A propósito. He oido aquí mismo una noticia que no deja de interesarme. Dicen que un santo sacerdote ha profetizado al rey D. Pedro una muerte bien prematura bajo el acero de su hermano D. Enrique de Trastamara.

A cada palabra de la dueña se iba oscureciendo la frente de D. Pedro, y brotaban sangre sus labios mordidos con fuerza para no pronunciar palabras.

—¡No sabeis nada de esta historia! repitió la dueña.

—Sí, contestó el rey, haciendo un esfuerzo: un mal sacerdote, traidor encubierto y astuto, ó loco rematado, hizo el pronóstico que dices; mas el rey D. Pedro, que sabe recompensar bien tales servicios, le hizo quemar como agorero; y si el horoscopo se cumple, no se gozará el adivino en la victoria de su ciencia.

La dueña empezó á santiguarse, y la preguntó el rey D. Pedro:

—¿Qué causa tienes, vieja bruja, para hacerte esos garabatos?

—Señor, lo que acabais de referirme es capaz de erizar el cabello á todo cristiano católico. ¿Sabeis, señor, qué crímen es quitar la vida á un sacerdote?

D. Pedro empezó á mesarse con cierta distraccion, la barba; y llegándose mas á la dueña, la dijo con voz bastante airada:

¿Y sabes tú, dueña, el delito que comete un mal sacerdote, propalando sus fantasías, sus cavilaciones ó sus sueños como predicciones proféticas? ¿Sabes tú el daño que hace al rey, presentándole ante sus pueblos como maldecido de Dios? ¿Sabes tu la desconfianza que inspira á los súbditos mas leales, y el ánimo y fuerzas que infunde entre los vasallos rebeldes? Y el hombre que tal daño causa, el que miente con tal descaro.....

—No miente.

—¿Qué dices?

—¡Hacer quemar á un sacerdote! No dudo yo se verifique lo que el santo varon anunciaba....

—¡Dueña!

—Tan horrible castigo traerá el del cielo sobre el rey; y no solamente traspasará la daga su corazon empedernido.....

—¡Dueña, dueña!

—Sino que lamerán los perros su sangre.....

—¡Calla, por el diablo, calla dueña, ó el mismo D. Pedro te asesina!

La horrible agitacion del rey habia crecido por instantes, y al pronunciar estas palabras oprimian sus manos la garganta de la infeliz dueña, que podia apenas respirar.

Este cuadro, digno de los pinceles de Miguel Angel, tenia una repugnante horribilidad.

Beatriz arrojada en el suelo, tenia su cuello entre las manos del enfurecido monarca; y con su rostro casi negro hacia contorsiones tan ridículas y tan estraordinarios gestos, que á un espectador impasible, hubiera sido muy difícil no soltar grandes carcajadas. Casi arrodillado D. Pedro habia aproximado su cara á la de la dueña infeliz; y á medida que Beatriz aumentaba sus convulsiones y sus gestos, se iban erizando los cabellos sobre la frente del monarca.

Ya estaba próxima á espirar la siempre charlatana dueña, cuando el rey la soltó de repente; y lanzando un rugido sordo, huyó murmurando entre dientes:

"Así se agitaba Fadrique, cuando le asesiné en Sevilla.

CAPÍTULO VI.

Un Adonis que va á caza
De jabalíes monteses
Dejando su diosa amada,
Y dice la letra, *muere*.
Rom. de Romances Moriscos.

Si han concebido mis lectoras alguna dulce simpatía por el noble infante D. Juan, estarán, como yo, algo inquietas, por saber qué tal se divierte en la gran partida de caza. Como salió de mal humor, tambien estarán deseosas de conocer sus pensamientos: y yo que escribo con afan para complacer al sexo hermoso, me voy de partida de campo con tan alegre compañía.

Nada me importa que los padres pongan su ceño de costumbre: que las madres riñan un poco, y sobre todo, que las tías se atormenten con sus recuerdos. Pues si es muy justo acariciar, como ha dicho discretamente la princesa María de Baden, el recuerdo que trae esperanza, es seguramente muy triste alimentarse con recuerdos que no conservan porvenir.

Animo pues, mitad hermosa: abandonemos el castillo, y trisquemos con alborozo, al aire libre, teniendo por alfombra los prados, y por artesonado el cielo.

Vamos á asistir á la caza; precipitémonos con rapidez por las laderas; saltemos sin temor las breñas, y entre las gigantes encinas, hollemos con planta atrevida las retamas y los tomillos.

Los arroyos que serpean no han de detener nuestros pasos: esos torrentes que se estrellan, nos salpicarán con aljófar, y entre las parras y los pinos murmurarán fuentes de cristal.

Corramos á ver los corceles que dan al viento crin y cola, que sacan fuego de las peñas, y fuego brotan sus alientos. Escuchemos sus fuertes relinchos, y los ladridos de la jauría, que sigue el rastro tenazmente á los jabalíes y los ciervos.

Veamos al infante D. Juan blandir un agudo venablo, y codiciar hallar la pieza.

El sordo rumor de las ramas, tronchadas como con un hacha, nos anuncia algun jabalí, que caminando en línea recta, abre ancha senda con sus dientes. Un caballero se presenta sobre un valiente corcel tordo, y corta al animal el paso.

Veamos cómo eriza sus cerdas, cómo presenta sus colmillos y se prepara á combatir.

Ya han estrechado las distancias, ya el generoso bruto relincha, y la fiera va á acometerle. Los blancos colmillos rechinan y la embestida es peligrosa; pero un venablo rompe el aire, y el jabalí rebrama herido.

Quiere acometer mas furioso: su sangre salpica las rocas, y abandonándole las fuerzas eriza mas su áspero lomo, y en su lecho de ramas muere.

El ginete goza en su triunfo; y este cazador es D. Juan.

Saltando sobre la maleza viene un bosquecillo de astas, que se enredan en los arbustos y debilitan la carrera. El pobre venado se afana y toda la jauría le muerde.

¡Cuánta saña muestran los perros sobre el animal ya vencido! Con sus mordiscos le maltratan, y con sus aullidos le aturden.

El paje llega felizmente: arranca al venado la vida, y toca su cuerno de caza.

Por aquí juran los monteros: por allá las reses rebramaan: ¡cuánta confusion, cuánto ruido!

Mucho hemos corrido en muy poco: muy cansadas estaréis, lectoras; y yo quiero que reposeis. ¿Distinguis desde aquí una cañada, poblada de arbustos silvestres, y entrecortada por las rocas? ¿Veis una fuente cristalina, que no se desliza en el césped y á la que las zarzas dan sombra? Pues sobre el pico de una peña y recostado contra un pino está un jóven meditabundo. Ya le conoceis, es D. Juan.

A pocos pasos hay un niño con la cabeza destocada, tambien pensativo y de pié. Ya le conoceis, es Enrique. He cumplido media palabra.

¿Pero conseguiré tambien cumpliros la segunda mitad de mi oferta? Si así no sucede, lectoras, no será por mi mal deseo.

Meditabundo, como hemos dicho, estaba el infante D. Juan, mirando la fuente apasible, y moviendo con su venablo algunas guijas desiguales que sirven de lecho al cristal. El jóven paje le contempla en un religioso silencio.

Conociendo muy bien Enrique cuánto padece su señor, se acaricia un poco la melena, y habla con tristeza al infante.

—No se presenta mal el dia, y con todo estais meditabundo y triste; ¿qué os ha sucedido, señor?

—Nada, Enrique, dijo el infante, y apoyó su frente en las manos.

—Es verdad, continuó el jóven paje, que mis pocos años y servicios no me dan, señor, un derecho para mezclarme en vuestras penas; pero si una lealtad sin límites y un gran deseo de seros útil, pueden servir algo en mi abono, perdonadme esta indiscrecion y mandadme como á un esclavo.

—Gracias, le respondió D. Juan permaneciendo siempre abatido.

—Por lo demas, prosiguió el paje, no es para mí un grande misterio la causa de vuestra afliccion.

—Conoces tú, Enrique....

—Hace unas horas que conversabais en Carmona con el alcaide del Castillo. Vuestra conversacion indiferente para muchos espectadores, no lo fué un punto para mí; y por la mudanza de vuestro rostro conocí claramente que la respuesta del alcaide contrariaba vuestros deseos.

D. Juan mandó acercarse al paje, y le apretó la tierna mano con un cariño fraternal.

De la conversacion no oía mas que algunas palabras inconexas, pero anudándolas con cuidado á mis anteriores noticias, pude conocer fácilmente que tratabais de Doña Inés.

—Mucho has adivinado, Enrique.

—Vuestro amor á la de Avendaño es demasiado ardiente y grande para permanecer oculto, y no bastan leves vapores para cubrir al sol sus rayos.

—Tienes mucha razon, Enrique: por entre las nieves del Etna lucen las llamas del volcan, y el fuego griego se inflama mas bajo las aguas. Mi amor hácia la hermosa huérfana es tan puro como el de los ángeles; como el de los querubines, ardiente. Esta mañana pedí á Hinestrosa la mano de la huérfana y me la ha negado el tutor.

—Olvidais, señor, muchas veces vuestra situacion y los hechos. ¡Un amigo del rey D. Pedro interesarse por D. Juan! imposible. El viejo alcaide de Carmona odia tanto á vuestra familia, como el asesino del maestre.

—Enrique, con esa palabra has renovado mis heridas, y todas ellas brotan sangre. Ese caballo es de Fadrique: llevaba esta daga en el alcázar de Sevilla. Todo por aquí muestra sangre; y hasta los celajes purpúreos sangre me piden y venganza.

La exaltacion del noble infante habia crecido por momentos; sus grandes ojos centelleaban, y su corazon lleno de sangre, estaba próximo á romperse. Enrique le miró con lástima, y cogiendo su diestra con respeto, le dijo lleno de efusion:

—Mucho atrevimiento es en mí, querer prestaros mis consejos; pero el corazon de los niños tiene sus predicciones fatales, y el mio profetisa desgracias. En vez de dar la vuelta á Carmona, huyamos hácia las fronteras, y uniéndonos con D. Enrique haremos la guerra al tirano.

—Huir, dijo lentamente el infante, sin amigos en la comarca seriamos detenidos y presos antes de tocar las fronteras. Yo no conozco los caminos, ni tú tampoco, fiel Enrique. Mas aunque nos fuera posible abandonar la fortaleza, ¿crees que quien ha jurado proteger á la huérfana de Avendaño ha de abandonarla á su suerte?

—En ese caso queda un medio.

—¿Cuál? preguntó el infante.

—Rogarla que huya con nosotros á Soria.

—Ese medio es muy oportuno, y yo me ofrezco á ser el guía, dijo un montero apareciendo por entre los pinos del monte.

—¡Traicion! dijo Enrique colérico y poniendo mano á su cuchillo.

—Aquí no hay traicion, señor paje: un hombre generoso y franco, que no aborrece al jabalí, pero que teme á la raposa, ha visto con pena la situacion del noble infante, y viene á ofrecerle su brazo. Para hacer traicion no se presenta el hombre que conoce bien un secreto, y puede contarlo con señas.

—Perdóneme el señor montero, y advierta, si lo tiene á bien, que hay justo motivo de duda sobre quien sorprende secretos.

—Perdóneme á su vez el paje, y tenga en cuenta, si le place, que mal podia prestar servicios, sin dar al menos como prenda de fidelidad al infante, el haber callado secretos que me era fácil revelar.

—Tiene razon el buen montero, dijo D. Juan interponiéndose; y yo le doy anticipada mi gratitud y cordial mano.

Tendió el generoso infante su diestra, el montero la llevó á sus labios y dijo al infante al dejarla:

Soy bien conocido en Carmona; en el momento que os convenga aviseme este señor paje, y cumpliré vuestro mandato. En cualquier hora y cualquier dia estarán prontos tres corceles. . . . .

—Cuatro si gustais, dijo el paje, pues debo ser de la partida.

—Cuantos gusteis, Sr. Enrique. Ahora me parece oportuno alejarme para evitar toda sospecha.

—El montero se despidió, D. Juan le dió otra vez su mano, y Enrique movia la cabeza como en señal de gran disgusto.

—¿Por qué sacudes la cabeza, mi fiel Enrique?

—Porque el montero nos engaña.

—¡Siempre con sospechas y dudas!

—¿No visteis llegar esta mañana dos caballeros al castillo?

—Sí.

—Pues uno de ellos es el rey.

—¡Estás loco!

—Cuando se arrojó del caballo escuché crugir sus canillas.

—¿Es posible?

—Y cuando se llegó á Hinestrosa, quiso descubrirse el alcaide.

—¡Oh! ¡el rey D. Pedro está en Carmona! una mujer hermosa presa! Pronto mi buen paje, á caballo. El rey y el infante D. Juan arreglarán estrechas cuentas.

CAPITULO VII.

Señor Gomez Arias,
Doleos de mi,
Que soy niña y sola.
Y nunca en tal me vi.
CALDERON.

Despues de un pequeño reposo vamos á volver al castillo con precipitacion grandísima, pues tenemos necesidad de penetrar en su recinto antes que el infante se acerque.

A todo escape va D. Juan; y no tenemos para acelerar nuestra marcha, ni ferrocarriles ni globos. Poseen sin embargo los autores una especie de linterna mágica, y sirviéndonos de su ayuda, lo sabrémos todo con tiempo.

En el mismo aposento blanco en que dejamos á Doña Inés, permanece la hermosa huérfana, pálida como de costumbre y como siempre pensativa. Su mirada fija en el campo, buscaba el sitio adonde los cazadores se inclinaron, y su pensamiento en D. Juan, queria penetrar un porvenir bajo mas de un punto insondable.

Un ligero ruido de pasos llamó la atencion de la huérfana, y volviénose algo turbada, se vió frente á frente á D. Lope.

La fisonomía del tutor, terriblemente descompuesta, causó sobresalto á su pupila, ya de antemano recelosa por haber visto á D. Juan irse sin que le siguiese el alcaide.

Poco tiempo tardó Hinestrosa en recomponer su semblante, y dirigiéndose á la huérfana la dijo con grande dulzura:

—No sé, mi hermosa Doña Inés, si conoceis ya la llegada de dos huéspedes al castillo.

—Encerrada en mi habitacion, no he visto mas personas hoy que á mi dueña Beatriz y al infante.

—Ya sé, señora, que habeis visto al jóven y bizarro D. Juan. Todo lo sé ya, Doña Inés.

El alcaide se mordió los labios y continuó lentamente:

—Uno de mis huéspedes, señora, solicita le recibais.

—Mucho agradeceria, D. Lope, poder pasar sola este dia, para mí de amargos recuerdos; y si tuviese á bien el huésped dispensarme de su visita, le deberia grande merced. Estos son, señor, mis deseos; si los encontrais hacederos, disculpadme con vuestro amigo, y os quedaré muy obligada.

—Bastante feliz seria yo en cumplir tan justo mandato; pero es imposible, señora, condescender á vuestra súplica.

—¿Y queréis decirme, D. Lope, quién es el noble caballero que solicita mi presencia? ¿Queréis decirme qué motivo tiene para conferenciar con Doña Inés Sanchez de Avendaño?

—Le desconozco enteramente.

—¿Vos, encargado de mi custodia, permitis que venga un estraño á revelarme sus secretos, sin haberlos conocido antes? ¡Vos. . . .! sin saber su condicion, sin conocer muy bien su nombre. . . .

—El huésped se llama. . . . .

La voz de Hinestrosa se anudó y sus pupilas se encendieron.

—¿El huésped se llama? repitió la huérfana.

—El huésped se llama D. Pedro, rey de Castilla y de Leon.

—¡El rey!

Las mejillas de Doña Inés, tan pálidas, momentos antes, se enrojecieron de repente: sus labios quedaron marchitos, y sus miradas se apagaron. Un estraordinario temblor hacia que chocasen sus dientes, y sus miembros atirantados habian perdido el movimiento.

El alcaide la contemplaba en una especie de delirio, y tocó sus manos cien veces sin que las retirase la huérfana.

En el semblante de Hinestrosa habia una mezcla bien estraña de terror, de enternecimiento y de placer. Cualquiera que la hubiese visto, no hubiera podido decidir qué sentimiento dominaba, y si era un réprobo perdonado o un ángel bueno en su caida.

Lanzo Doña Inés un suspiro, sus negros ojos se entreabrieron, derramando muy pocas lágrimas, y postrándose de rodillas ante el alcaide de Carmona le dijo con doliente voz:

—Todo lo conoceis, señor, no puede seros un misterio mi situacion hácia el monarca, y debeis ampararme en ella. Sois un caballero, D. Lope; estais ejerciendo en la tierra sobre la huérfana de Avendaño la misma mision que mis padres en la morada de los justos. Sois mi protector por la ley, y teneis sagrados deberes. Una huérfana desgraciada implora proteccion de un noble, y debe esperarla cumplida. Una mujer suplica á un hombre, y no debe quedar burlada. Por lo que mas amais en el mundo, escusadme el crudo tormento de hablar al.....cruel D. Pedro de Castilla.

Durante la súplica de Inés habia padecido Hinestrosa todas las penas del infierno. Llevaba su mano á la frente y entre sus uñas ensangrentadas salian mechones de cabellos, que sacudia con estupor.....

La respiracion de su pecho iba enronqueciendo por instantes, y cuando acabó su pupila, asemejábase á un hondo trueno.

—¿Qué queréis de mí, Doña Inés?

—La proteccion que me debeis.

—¡Mi proteccion contra D. Pedro!

Si quiero oponerle palabras, me mandará cortar la lengua; si atravieso mi cuerpo en los umbrales, pasará pisando mi cuerpo: si mi cabeza le incomoda, la estrellará contra los muros. ¡Mi proteccion contra D. Pedro! ¿Qué soy yo, miserable arbusto, contra el huracan que rebrama?

Y D. Lope se mesaba el cabello, y se atormentaba los labios.

—Sois un hombre y temblais de un hombre, dijo la huérfana de Avendaño, poniéndose pálida otra vez y recobrando su energía; muy poco honrais á vuestro sexo.

—¿Qué queréis de mí, Doña Inés?

—Nada, D. Lope de Hinestrosa: decid al rey de las Castillas que puede pasar cuando guste. Una mujer sabrá enseñaros á conservar puro el honor y no inclinaros ante sus plantas.

—¡Doña Inés!

—Decidle, D. Lope, mi resolucion terminante: no os castigue por la tardanza.

Habia un desprecio tan profundo en estas palabras de la huérfana, que salió humillado Hinestrosa para participárselas al rey.

CAPITULO VIII.

Me iré; mas sepais es ley,
Por si cambia vuestra suerte,
Que la cólera de un rey
Es mensajera de muerte.
JAIME TIO.

No habia tenido Doña Inés tiempo para anudar sus reflexiones, cuando unos pasos agitados en sus antecámaras, la hicieron creer que se aproximaba el rey D. Pedro.

No se engañó en su conjetura, pues á los muy pocos instantes abrieron la puerta con violencia y apareció en ella el monarca.

Las facciones del rey D. Pedro, tan enérgicas de costumbre, tenian una animacion febril. Sus ojos, como los de un cadáver, conservaban una inmovilidad horrible, y sus labios trémulos y rojos apenas dejaban salir un aliento abrasado y recio.

Doña Inés, poco preparada á recibir una visita en tal estado de desorden, quedó bastante sorprendida; y otra mujer menos intrépida hubiera mostrado, sin duda, su turbacion y sus temores.

Sin dejar su sitial, Doña Inés contemplaba majestuosamente la actitud del rey; y sin dirigirle una palabra esperaba la esplicacion de su venida.

A la vista de Doña Inés varió de rumbo la imaginacion de D. Pedro, y olvidándose del maestre, vió ante sus ojos perturbados al comendador de Castilla.

En la confusion de sus ideas quedó indeciso por momentos; y fué gran fortuna para él que prevaleciese un instante entre las sombras de los muertos, la imágen pura de la huérfana.

Recobrado de su delirio se acercó mas á Doña Inés, y la dijo muy cortesmente:

—Perdonadme, hermosa señora, si me he presentado ante vos de una manera tan estraña. Conozco mal este castillo, y recorriendo algunas salas, he llegado á vuestro aposento, sin haber dado tiempo á Hinestrosa para pediros el permiso.

—Hace unos momentos que me anunció vuestra llegada, y esperaba que os acompañase hasta aquí.

—Así hubiera sucedido sin duda, á no haberme conducido antes, no sé si por suerte ó desgracia, un involuntario estravío.

—Yo hubiera tenido á gran suerte que os acompañase D. Lope.

—Esta reconvencion de la huérfana desconcer-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

tó un tanto al monarca; mas reanimándose muy pronto, la replicó en tono algo brusco:

Yo tambien hubiera deseado no necesitar anunciarme.

—Doña Inés no dijo palabra, y el rey tuvo que proseguir.

—Mas con todo, esta casualidad dichosa me ha proporcionado el hablaros unos pocos momentos antes.

—¿Y á qué debo el honor, D. Pedro, de tan impensada visita?

—Muy mal la juzgais, bella Inés, creyéndola imprémeditada. Quien ha visto una sola vez vuestro rostro, no lo aparta de su memoria, y suspira por volver á verlo.

—Causas mas graves á la verdad os habrán traido á este castillo, y mas dignas de vos y de mí.

—Causas mas graves, no, señora. Chocan en mi pecho las pasiones como las olas en la mar, y hierve mi sangre lo mismo que una catarata insondable. Yo, el rey D. Pedro de Castilla, me arrastraré ante vuestras plantas, como el vasallo mas humilde, pidiendo, Doña Inés, compasion.

—¡Compasion el rey poderoso á la huérfana desvalida! compasion el águila real á la paloma solitaria, ¡no! rey de Castilla. Vos sois fuerte como la encina, y yo tan frágil como el junco: tended vuestras ramas al viento, y dejad á la humilde planta en su soledad y abandono.

—Yo soy rey; ¿pero qué es mi manto? Un tejido de oro y de púrpura que pesa mas por sus labores. La corona de ambas Castillas, que sobre mi frente destella, es mas pesada por ser de oro. El cetro que empuña mi diestra, si tengo que requerir mi fuerte espada, la abandono por importuno; y sobre el trono de dos reinos, me mecen fieros huracanes y me desvelan las traiciones.

En mis sueños y mis vigilias veo una mujer llena de encantos, que me brinda felicidad. Tiendo mis brazos para asirla, y se desvanece cual sombra: corro tras ella como un loco, y no logro nunca alcanzarla. Esa mujer sois vos, señora, y vuestro amor es mi ventura.

—¡Jamás!

—¡Oh! compadeceos de mi locura. Yo tengo un trono respetado por los estraños y los propios; podeis subir hasta él.

—¡Jamás!

Mi cetro pasará á vuestras manos, y yo seré un vasallo humilde.

—¡Jamás!

—¡Oh! Doña Inés, añadió el rey, queriendo apoderarse de la mano que Doña Inés le retiraba; por sellar mis labios aquí perderia mi trono en la tierra, la bienaventuranza en los cielos.

—¡Atrá! le gritó Doña Inés.

—Casi loco el monarca, manifestaba mas empeño; mas en el momento de lograrlo—¡Atrá! —¡atrá! repitió la huérfana: ¡atrás! asesino de mi padre.

El hermoso rostro de Inés parecia ceñido de aureolas, y sus pupilas encendidas lanzaban rayos por miradas. Su voz armoniosa y metálica vibraba, y una impotente majestad se distinguia en su continente.

El rey D. Pedro, el mas orgulloso monarca, cayó de rodillas á sus piés.

—¡Atrás! monarca de Castilla, continuó diciendo la huérfana. ¿Quieres irritar mi ambicion con la perspectiva de un trono? No lo conseguirás, D. Pedro. Están sus gradas llenas de sangre, y distingo entre ella la mia. ¡Oh! debe ser muy hermoso reinar en el tálamo de un verdugo.

Las facciones del rey D. Pedro se animaron con rapidez: aquella frente tan abatida se fué arrugando poco á poco, y sus ojos amortecidos recobraron altivez y brillo.

Se levantó pausadamente, limpió el polvo de sus rodillas, como para que no quedase rastro de su humillacion anterior; y con una sonrisa sardónica fué repitiendo lentamente:

—Atrás, monarca de Castilla. ¿Queréis irritar mi ambicion con la perspectiva de un trono? No lo conseguiréis, D. Pedro. Están sus gradas llenas de sangre, y distingo entre ella la mia. ¡Oh! debe ser muy hermoso reinar en el tálamo de un verdugo!

Volvio á limpiarse las rodillas; señaló un sitial á la huérfana; y sentándose en otro próximo, y sin dar tregua á su sonrisa continuó de esta manera:

—"Atrás, monarca de Castilla." ¿Queréis decirme, hermosa Inés, con qué derecho rechazais á quien se ciñe una corona?

—Con el que rechaza un viajero al bandido que le acomete.

—"¿Queréis irritar mi ambicion con la perspectiva de un trono?" ¿Os parece muy poca cosa la noble diestra de un monarca?

—Cuando me hiere aleve daga todas las manos son iguales.

—"No lo conseguiréis, D. Pedro." ¿Considerais débil al leon y haceis burla de sus furores?

—Me considero bastante fuerte, y con esta conciencia basta.

—"Están sus gradas llenas de sangre, y entre ella distingo la mia." ¿Pensais que ha corrido ya mucha, y que no pueden empaparse con otra sangre mas caliente?

—Sé que los mártires van al cielo, á do están libres de tiranos.

—"¡Oh! debe ser muy hermoso reinar en el tálamo de un verdugo." ¿Recordais la última palabra?

—¡Verdugo!

—Y ahora bien, hermosa señora; ¿no puede suceder que se canse el rey de rogaros, y mande con justo derecho lo que pide como una gracia?

—El mismo derecho tiene el rey para imponerme su voluntad, que el cazador sobre la tórtola para limitarla su vuelo. La misma será nuestra suerte.

—¿Reflexionais que en vez de un trono pueden abrirse calabozos?

—Tan libre es el alma en la prision como el ámbiente que da la vida.

—¿Y no descubrís á lo lejos cómo se levanta un cadalso y cómo se apresta un verdugo?

—Una víctima mas en la tierra y un ángel mas en las alturas.

—¿No temeis la muerte, Doña Inés?

—Solo temo una cosa, D. Pedro, pero está á mi cargo guardarla.

—¿Queréis revelarme el secreto?

—Temeria, si fuese posible, la pérdida de mi honor, D. Pedro.

Dejó el monarca su sitial, y llegándose á Doña Inés la preguntó:

—¿Con que no temeis, dama hermosa, mi cólera ni los verdugos?

—Podeis arrancarme la vida y beber despues mi sangre.

—Jamás sucederá, Doña Inés. Os doy mi palabra de rey de no tocaros á un cabello en ninguna ocasion ni tiempo: no temais, pues, por vuestra vida.

Dió algunas vueltas por la estancia el rey D. Pedro; llegó al dintel de la ventana, y vió á D. Juan que á todo escape se encaminaba hácia el castillo.

Una carcajada siniestra lanzó el monarca al contemplarle; y volviéndose hácia Doña Inés, la preguntó festivamente:

—¿Amais al infante D. Juan?

Turbada quedó la Avendaño con tan imprevista pregunta. Mil y mil ideas se cruzaron con tal rapidez por su mente que la era imposible enlazarlas.

Temia por un lado irritar la cólera del rey sobre el objeto de su amor, y al mismo tiempo se indignaba de aparecer como cobarde en una situacion tan crítica.

Si consultaba su altivez, estaba pronta á confesarlo; y si tomaba por consejero á su noble amante D. Juan, le encontraba tambien resuelto.

—¿Amais al infante D. Juan? volvió á preguntarla el monarca.

—Sí le amo, dijo Doña Inés en un arrebato de orgullo.

—Pues adoradle mientras viva.

Cruzó el rey D. Pedro los brazos, dió unos paseos mas por la estancia, y llegándose á la pupila de Hinestrosa, la dijo con su sonrisa de sarcasmo:

—Perdonadme, hermosa criatura, mis amenazas y mis ruegos.

—Ni me han convencido los unos, ni me han perturbado las otras.

—Sois muy valiente, bella dama; mas á pesar de ese coraje, idos preparando á sufrir.

—Bastante he sufrido en mis años.

—Adios, repito, hermosa dama.

El rey salió pausadamente.

CAPITULO IX.

¡Que me matan! ¡Favor! Así clamaba
Una hiebre infeliz que se miraba
En las garras de un águila sangrienta.
SAMANIEGO.

Cuando se separó el alcaide de su pupila Doña Inés, se encaminó hácia el gran salon, con ánimo de ver al rey, pero sin saber qué decirle.

Su discrecion con la Avendaño le habia comprobado altamente toda la grandeza de alma que en esta jóven distinguia, y estaba seguro que D. Pedro no lograria jamas favores de la huérfana desgraciada. Mas á pesar de esta certeza su decision era dudosa, y con gran motivo por cierto.

"Sois un caballero, D. Lope, estais ejerciendo "en la tierra sobre la huérfana de Avendaño la "misma mision que mis padres en la morada de "los justos," habia repetido Doña Inés al caballero de Hinestrosa; y estas palabras tan sentidas y tan nobles al mismo tiempo, revelaban en el alcaide los sentimientos del honor.

"Por lo que ameis mas en el mundo" le habia suplicado la huérfana, y esta súplica resonaba en el corazon de D. Lope.

Tampoco olvidaba Hinestrosa aquellas palabras severas: "Sois un hombre, y temblais de un hombre; muy poco honrais á vuestro sexo." Y se repetia con espanto: "Nada, D. Lope de Hi-"nestrosa, decid al rey de las Castillas, que pue-"de pasar cuando guste. Una mujer sabrá ense-"ñaros á conservar puro el honor y á no incli-"narse ante sus plantas."

Cada sílaba era una espina para el corazon del alcaide. Su dignidad de caballero le acusaba de cobardía, pero su respeto al monarca, y aquel temor tan bien fundado que iban tomando al rey D. Pedro sus favoritos y aun su dama, alzaban la voz fuertemente para condenar sus escrúpulos.

Este temor hácia D. Pedro habia crecido en sumo grado desde la muerte de D. Fadrique, pues la ciega furia con que el rey persiguió á Sancho Ruiz de Rojas, camarero del gran maestre, hasta la cámara de la Padilla, en cuya presencia le mató, causó tal espanto á sus gentes, que desde aquel dia padecieron con el temor de un arrebato, el castigo de varios crímenes.

Entre su temor y sus dudas llegó al gran salon el alcaide; pero cuando tendió la vista y percibió al rey D. Pedro, sintió despejarse su frente y su corazon ensancharse.

No tenia esperanza D. Lope de que desistiese el monarca, pero una tregua en tal apuro era una tabla para el náufrago, y una dilacion para el reo.

Completamente decidido á dilatar la conferencia, pero anhelando al mismo tiempo quedar á cubierto con el rey, se decidió á esperarlo en el salon, para que no pudiese nunca reconvenirle la tardanza.

Como estaba bastante inquieto, empezó á recorrer la estancia, y en su primer vuelta notó un bulto hácia un estremo de la pieza.

Picada su curiosidad algun' tanto, se aproximó pausadamente, y con la punta de su pié sacudió tres ó cuatro veces al envoltorio descubierto.

Nada se movió á los principios; pero como continuaba el alcaide, y con mas fuerza cada vez, escuchó una voz lastimera que con ronco acento decia:

—¡Compasion de mí! rey D. Pedro. Soy una pobre dueña, anciana y con mil crónicas dolencias; yo sellaré de hoy mas mis labios, y diré amen á cuanto pase, aunque mandeis quemar á un nuncio. ¡Compasion de mí! rey D. Pedro.

Esta lamentacion de Beatriz, hubiera asomado la risa á los labios de nuestro alcaide en otra situacion cualquiera; pero era tan apurada la suya, que sin desarrugar la frente dijo á la dueña con enojo:

—Levantad, mujer, por Santiago, y desechad vanos temores. No soy D. Pedro, ¡vive Cristo! y sí el alcaide de Carmona.

Beatriz, que se consideraba otra vez víctima del rey, sintió tal gozo con su engaño, que levantándose ligera, á pesar de su inmensa mole, se colgó al cuello de Hinestrosa, y de víctima que habia sido, pasó á convertirse en verdugo.

No se contentó con estrecharle, y en su místico arrobamiento daba mas besos al alcaide que habia dado á la jóven huérfana en sus dos años de nodriza y en sus diez y seis mas de dueña.

D. Lope, aunque no distaba en los años de la cariñosa Beatriz, no gustaba de un besuqueo con mezcla de babas y de barbas; y así rechazándola irritado,

—Bruja rematada, la dijo, ¿habeis perdido todo el seso, y despues de quejas y de lloros venís á ahogarme con los brazos y á darme vascas con los besos?

—Perdonadme, señor alcaide, pero sentí tanto consuelo hallándome con un amigo, en vez de encontrarme con el rey....

—¿Estais en vuestro juicio, dueña?

—Vaya si lo estoy; y muy completo. Y eso, señor, que me han sucedido hoy fracasos mas que bastantes ciertamente para trastornar la cabeza á quien la tuviera de bronce.

D. Lope, que se habia zafado de los brazos de Beatriz, y que encontraba coyuntura para tomar algunos datos sobre la desaparicion del rey, cogió el sitial mas inmediato, y reclinado muellemente estuvo escuchando largas horas el triste caso de la dueña, que con sus pelos y señales, comentarios y anotaciones, le fué encajando en la mollera.

Conociendo nuestros lectores cuanto entre D. Pedro y Beatriz habia sucedido en el salon, agradecerán la dejemos contar á D. Lope su historia, sin trascribir aquí mas párrafos que la conclusion ó el epílogo.

—Ya estais enterado, señor, continuaba Beatriz, de mi desagradable encuentro. En él habréis visto, D. Lope, toda la mala fé del rey y la candidez de mi parte. No es accion digna de un monarca echar el cebo á una paloma para que lo trague inocente y halle un anzuelo en sus entrañas. Si tanto amargan las verdades, ¿por qué las pidió de mis labios? Si era su ánimo oir lisonjas, vaya á buscarlas en palacio de sus cortesanos y damas. Yo soy una cabra montés, que mientras encuentro pradera, corro sin pararme á considerar si pongo el pié sobre un tomillo ó sobre una violeta fragante.

Así terminó nuestra dueña: y cuentan historiadores graves, que en sus últimos años de vida recordaba como dia feliz el dia veintiuno de Octubre de mil trescientos cincuenta y nueve, porque á pesar de sus desgracias habia sido escuchada atentamente por el alcaide de Carmona.

Esta cortesanía de D. Lope, le valió grande estimacion de Beatriz, como lo verémos adelante. Mas prosigamos nuestra historia.

No disgustó nada al alcaide el melodrama de Beatriz; pues conociendo bien al rey, y sabiendo por otra parte que su permanencia en Carmona no podia prolongarse mucho, creyó, al parecer con fundamento, que muy irritado el monarca, dejaria al punto su castillo sin acordarse de la huérfana.

Esta composicion de lugar no dejaba de servir á Hinestrosa, pues sin esponerse á peligros, podria decir á su pupila que se habia portado como bueno, y dádola su proteccion.

Lleno de tan dulces ideas, compadeció mucho á la dueña, la dió saludables consejos, y la despidió cortesmente hasta la puerta del salon, encargándola se encerrase con gran cuidado en su aposento, no la sorprendiese D. Pedro.

Salió la dueña decidida á no descuidar el encargo.

CAPITULO X.

Tras de la cruz está el diablo.

Con permiso de mis lectores vamos á seguir á la dueña.

Salió Beatriz del gran salon muy satisfecha de D. Lope, pero temblando de D. Pedro.

Apenas llegada á la puerta echó una curiosa mirada á lo largo de los pasillos; y al ver proyectarse una sombra, volvió sus pasos hácia atras.

Recobrada de su aprension salió con el mayor silencio andando siempre de puntillas. Mal alumbrados los pasillos, y muy estrechos y tortuosos, parecian formados de intento para amedrentar á la dueña.

El ruido que formaba el viento lo interpretaba por murmullos, y cada vez que creia oir pasos, daba una rápida carrera y se santiguaba mil veces.

Como se iba haciendo de noche, solia chocar con las esquinas; á cada encontron daba un gemido y aceleraba su carrera.

Mas como en este pícaro mundo todos los males y los bienes tienen su término inevitable, lo tuvo tambien el camino de la temblorosa Beatriz, y tras el mar de los pasillos, se halló en el puerto deseado de su retirado aposento.

Apenas se vió dentro de él, corrió presurosa el cerrojo, y amontonó unos cuantos sitiales para interceptar bien la entrada.

Ya hemos dicho que era de noche, y muy oportuno por lo tanto que dejemos á la pobre dueña encender luz, si hemos de recorrer la estancia.

Empieza á arder una lamparilla de barro, colocada sobre un bufete de nogal. Sus primeros rayos alumbran un crucifijo de madera, enteramente desollado, no por los azotes judaicos, pero sí por no conservar rastro que dijese, aquí estuvo un tiempo el barniz.

En el pié de este crucifijo habia dos peines enlazados entre cenicientos cabellos, y colgaban del clavo inferior unas antiparras de estaño.

Rodeaba el cuello del buen Cristo un rosario de gruesas cuentas, bendito por el padre santo y con indulgencias á cientos.

Alumbraba tambien la lámpara á una vírgen de los Dolores; si modelo de la bondad entre las hijas de los hombres, modelo de todo lo malo que puede trazar un pincel.

Sin tapices el aposento, dejaba ver algunas grietas en el muro, por las que refiere Beatriz asomaban frecuentemente ciertos animalejos inmundos de buen picar y mal oler.

En el rincon mas apartado estaba el lecho de la dueña, si no estimable por lo rico, admirable por su limpieza; pues así era puerca Beatriz como callada y valerosa.

No muy lejos del viudo lecho se encontraba un arcon de pino, fiel guardador de blancas tocas, de negras sayas, de escapularios y silicios; pues esta mujer tan robusta, martirizaba su pellejo sin comer nada de sus carnes: bien que refieren malas lenguas, que apretaba tanto su estómago de manjares apetitosos, como aflojaba las correas de sus decantados silicios.

Ya hemos referido que amontonó varios sitiales; y queda probado *ipso facto*, que en la habitacion de la dueña podia descansar cualquier prójimo que necesitase reposo.

En un rincon, frente del lecho de Beatriz, habia un lienzo bastante grande, y no mal pintado por cierto, obra sin duda de paganos, pues representaba á Afrodite, saliendo de su madre Tetis. Este lienzo estaba condenado á rodar por su orígen y por su asunto.

Encendida que fué la lámpara, hermoso tributo de humo que la caridad de los fieles presenta á Dios de las misericordias, tuvo buen cuidado Beatriz de ponerla cerca del Cristo.

Arrodillada ante el crucifijo, y volviendo la espalda de intento á la maldita Venus griega, empezó Beatriz sus plegarias dividiéndolas en dos partes. Era la primera, accion de gracias por haber escapado á vida en un naufragio tan deshecho, ó como si dijésemos el holocausto; y la segunda una promesa de maceraciones y ayunos, ó el verdadero sacrificio.

Pudo terminar la primera cuando le plugo á su sabor; mas al comenzar la segunda sintió un estrépito terrible, y cayendo de bruces al suelo, empezó á clamar con su pesadilla de entonces: "¡rey D. Pedro, misericordia!"

No le respondió una voz amiga, como en el salon del Castillo; pero sí un maullido algo ronco, que al instante conoció ser el de su querido gato rojo.

Alentada con este amigo, se levantó con ligereza, y pudo conocer la causa de sus infundados temores.

Rojo, gato cómodo y soñoliento, habia echado cuentas consigo sobre el modo mas adecuado de pasar una buena siesta, y habia sacado por resúmen que acurrucándose tras la Vénus griega, podria dormir á su placer.

Así lo verificó al instante; pero le vino pesadilla sobre no se qué morisqueta que le habia jugado una gata, y queriéndola castigar, se levantó desaforado haciendo rodar por la estancia aquella memoria de Apeles.

Beatriz, que aunque buena cristiana no mostraba gran mansedumbre, cogió por la cola á su gato, y si el animal no la araña, no hubiera sido muy difícil quedaran estampados sus sesos en los pilares de la estancia.

Durante la lid de gato y dueña dieron tres golpes á la puerta con mucha discrecion y quedos.

Beatriz, que desde su aventura habia aguzado sus oidos, los percibió distintamente y comenzaron sus temblores.

Los golpes fueron repetidos con alguna mas violencia, y la dueña se retiró hasta el rincon mas apartado.

De nuevo resuenan los golpes, y la nodriza de Doña Inés, no sabiendo con qué escudarse, agarra el lienzo de la Vénus y lo coloca por delante.

Dan otros golpes algo mas fuertes á los que se sigue una voz que dice:

—¿Teneis la bondad, señora dueña, de recibirme unos instantes?

Beatriz se tapa los oidos.

—Hacedme este grande favor para un negocio interesante.

La dueña reprime su aliento.

—¡Voto á Barrabás que esto es mucho! esclamó con enfado Enrique; y dando un empellon á la puerta hizo rodar varios sitiales, pues la dueña en su aturdimiento habia corrido el cerrojo en falso.

Entró el paje en el aposento y empezó á buscar con ahinco á la infortunada Beatriz.

—Voto á mil moros, dijo el paje; á que se ha llevado algun demonio á esta bruja de Barrabás para que le cosa las medias? Una vez que la necesito se ha convertido en lagartija, y me está apurando la paciencia trescientos sesenta y cinco dias al año.

Enrique daba recias patadas, se mordia los labios y se mesaba los cabellos.

Dió varias vueltas por la estancia, hasta que descubrió una saya debajo del cuadro de Vénus, y separándolo con enfado logró distinguir á la dueña.

—¡Tras de la cruz está el diablo! esclamó el paje contemplándola.

—¡Enrique de mi corazon! dijo la Beatriz, echándose al cuello del jóven; me consideraba alma en pena.

—Economizad los abrazos, si os viene bien, y contestad á mis preguntas. ¿Qué ha sucedido en el castillo durante mi ausencia?

—¿No sabeis lo que ha sucedido?

—Ni una palabra, buena dueña.

—Esperad, correré el cerrojo, y lo sabréis todo por estenso.

Hizo Beatriz lo que indicaba, y sentándose en un sitial dijo al paje con gran misterio:

El rey D. Pedro está en Carmona.

—¿Estais segura?

—Sí lo estoy; y estas señales en mi cuello que no me dejarán mentir.

—Parece que os han cogido con tenazas.

—Los dedos de D. Pedro el Cruel.

Ya le conocí al apearse, dijo Enrique sacudiendo su malenita.

Beatriz quiso contarle por entero lo sucedido con el rey; pero le fué imposible efectuarlo, por la gran impaciencia del paje que la abrumó con sus preguntas.

—¿Ha dicho algo de D. Juan?

—Ni una palabra. Mas en tanto.....

—¿Y preguntó por Doña Inés?

—Como si no hubiera en el mundo una señora de tantas prendas. Si hubieras visto en....

—¿Va á permanecer mucho tiempo en este castillo?

—Ni el mismo D. Lope lo sabe. Vamos, si cuando sobrevivo....

—¿Ha llegado mas comitiva?

—No he visto mas huésped que al rey, y si todos son de su temple....

—¿Y no adivinais el motivo por qué se presenta en Carmona?

—Cómo es posible que adivine....

—Sois mas estúpida que un tronco. Haber hablado con el rey hasta apurarle la paciencia y no saber á que ha venido, solo sucede á una mujer que no tiene sentido comun.

—¡Enrique!

—Dejémonos de bromas, dueña. Aquí va á suceder algo malo, y no puedo contar con vos para que ayudeis mis proyectos. Mas por si sale todo bien, estad dispuesta á media noche para abandonar el castillo.

—¿Nos volvemos al Villarejo? Qué me huelgo de que así suceda. No tengas cuidado, mi amigo. Me despediré de D. Lope.

—Ni una palabra le diréis.

—Estuvo tan humano conmigo. ¿Mas tendréis prontas las literas?

—Ya os contaréis, buena dueña, con cabalgar sobre un trotero, sostenida por estos brazos.

—¡Oh! no fuera decente á mi edad....

—Estad apercibida, dueña, y no desplegueis vuestros labios. Enrique salió presuroso.

CAPITULO XI.

No disminuyo el tesoro
De mi honra lez, á fe mia,
Si trueco por alquimia
Unas palabras en oro.
LOPEZ.

En el capítulo antecedente nos separamos de D. Lope para conducir á la dueña, y es justo que volvamos á su presencia para continuar bien la historia.

Estaba sentado el alcaide á la inmedincion de un bufete, en el que apoyaba su codo, y sobre la palma de la mano tenia reclinada su frente.

En todo el discurso del dia le hemos visto meditabundo; pero su reserva estraordinaria nos imposibilita á decir por qué tomaba tanta parte en acontecimientos estraños, si se juzga por apariencias, á su interes y su reposo.

La terrible escena del rey con la dueña de Doña Inés, habia satisfecho al alcaide en cierta manera; pero una estraña incertidumbre le atormentaba el pensamiento.

Habia desaparecido el monarca, sin saberse su direccion, y D. Lope, por mil razones, no se atrevia á ir en su busca.

Cansado de la incertidumbre, un tormento que segun Dante, no padecen los condenados, y que debe aliviar sus penas, iba á levantar á Hinestrosa, cuando apareció en el salon Pero Fortun, montero del señor alcaide, y que ya han visto mis lectores en su entrevista con D. Juan.

—Pardiez! señor alcaide, que ha corrido mi pobre jaco mas de lo que debian prometerme sus huesos mondados y tersos, como el colmillo de un jacalí, dijo Fortun aproximándose.

—Bien venido, señor montero, replicó Hinestrosa con afecto. ¿Qué novedades de la caza?

—Toda caza mayor, D. Lope. El infante hirió por su mano á un jabalí de los guardianes: su paje nos tendió á un venado de seis años, y yo en mi profesion de espía no he perdido tampoco el tiempo.

—¿Qué has averiguado, Fortun?

—Casi nada. El tigre real, como vos llamais al infante, quiere mudar de madriguera, y se ha valido de mi apoyo para verificar el cambio.

—¿Está D. Juan en el castillo?

—No tengais cuidado, D. Lope. D. Juan está dentro del muro, y no ha de verificar su fuga sin que le siga una gacela, que no parece mal bocado.

—¿Ha de llevarse á Doña Inés?

—Así lo creo.

—No se la llevará, Fortun.

—Tambien me parece posible. Cuando un cervatillo novel quiere saltar algun vallado, suele clavarse las espinas y no conseguir el objeto.

—¿Y para cuándo está dispuesta esa fuga tan romancesca?

—Me haceis, señor alcaide, una pregunta, á la que no puedo contestar.

—Secretos para mí? Fortun.

—Secretos para vos, D. Lope, cuando lo son tambien para mí?

—Por manera que has descubierto el rastro á la caza, sin conocer la encrucijada en que debe reunirse toda.

—Perdonadme, señor alcaide, pero os estoy viendo hoy mas impaciente ó menos diestro que en otras muchas ocasiones. Figúrese el señor alcaide, que no está convenido el dia, y que han de avisárselo al montero para que los conduzca salvos.

—Tienes mucha razon, Fortun, y te confieso francamente que al ver agitarse las ramas, creí se hallaban las nobles piezas fuera de jurisdiccion. Pero.....

—Grave yerro ha sido en verdad para un cazador hecho al monte, confundir unos zarzales con una carrera de huida. Es el infante muy novicio, y armará mas ruido su fuga que la del jabalí en las jaras.

—Sea como dices, buen montero; pero no descuides un punto estar al acecho por si la toman de callada.

—Podeis dormir descuidado.

—Puedes retirarte, Fortun.

El montero cruzó los brazos, y no desamparó su puesto.

D. Lope le miró fijamente, y llevando su mano á la escarcela, sacó un bolsillo bien henchido, y entregándoselo al montero dijo:

—Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro, y cumple fielmente mi encargo.

El montero cogió la bolsa, y sin decir una palabra se puso en marcha hácia su puesto.

Cada momento se aumentaba el compromiso de Hinestrosa, y su incertidumbre crecia con el discurso de las horas.

¿Convenia á los intereses del alcaide hacer partícipe al monarca de cuanto acababa de saber por la relacion de Fortun? Vamos á reunir antecedentes, teniendo en cuenta, que el alcaide nada sabia de la entrevista de D. Pedro con la huérfana de Avendaño.

Si atormentado el rey D. Pedro por el fantasma del maestre, habia olvidado á Doña Inés, ó desistido por lo menos de una esplicacion inmediata, manifestarle que una fuga podia sacarla de su poder, era dar pávulo á sus celos, y estimularle á que emprendiese cuanto le dictase su ira contra la pupila de Hinestrosa.

Muy convencido estaba el alcaide de que le seria bastante fácil impedir por sí mismo la fuga de los dos amantes, para que quisiese poner al rey como intermedio entre D. Juan y Doña Inés. Tambien sabemos, aunque están ocultos los motivos, que no era el ánimo de Hinestrosa presentarse ante su pupila como favorecedor del rey, y que habia tenido una satisfaccion particular, cuando le refirió la dueña su tráfica escena con D. Pedro, de la que pudo esperar D. Lope un cambio imprevisto en la resolucion del monarca.

Todas estas consideraciones y otras muchas aconsejaban al alcaide guardase del rey el secreto que acababa de confiarle Fortun; pero una razon poderosa, y que habia obrado fuertemente en su conferencia con la huérfana, se presentaba omnipotente, y queria sofocar por sí sola cien resoluciones hidalgas. Esta razon tan omnipotente era el miedo.

Cuando D. Lope de Hinestrosa veia suplicante á Doña Inés, cuando las lágrimas de la huérfana, de aquella mujer tan heroica, se deslizaban por sus mejillas, y bañaban las blancas manos del alcaide, habia tenido miedo del rey y se habia negado á su súplica.

Cuando D. Lope de Hinestrosa escuchaba de su pupila una reclamacion á nombre de sus padres y de la ley, habia tenido miedo del monarca y desechado la peticion.

Cuando D. Lope de Hinestrosa fué requerido como noble para la defensa de una dama, tuvo miedo del rey D. Pedro, y no respondió cual caballero.

Cuando D. Lope de Hinestrosa oyó reconvenciones bien amargas, y verdades bien merecidas; cuando se le apellidó cobarde, tuvo miedo de su señor, y mesándose los cabellos, se querellaba como hembra ante una mujer animosa.

Cuando D. Lope de Hinestrosa fué despedido con nobleza, denostándole su conducta, tuvo miedo como hasta entonces, y se salió en busca del rey para completar su deshonra.

¿No pesará mucho á D. Lope este secreto peligroso? ¿No tendrá miedo de que lo descubra el monarca y teniéndole por traidor, le haga partícipe en las violencias con que distingue su reinado? Los sucesos responderán á las preguntas anteriores.

Hay muchos espíritus débiles, sin resolucion para obrar, pero que escudados en su inercia desafian los grandes peligros, y triunfan con esta constancia.

A pesar de cuanto hemos dicho, no puede llamarse á D. Lope espíritu débil por cierto. Su situacion era terrible, pues su resistencia al monarca, segun las ideas de aquél siglo, hubiera sido rebelion, y la familia de la Padilla tenia que pensarlo muchísimo antes de aparecer rebelde.

Avezados los ricos-homes á resistir toda violencia con el auxilio de las armas, ya en lo fuerte de sus castillos, si se consideraban débiles y ya en campo raso si poderosos y con parciales, habian hecho que los monarcas viesen en toda resistencia una rebelion organizada, y que apercibiesen soldados para una lid inevitable.

Desde Ataulfo á D. Rodrigo habian bajado los reyes godos desde el alto trono al sepulcro por conspiraciones tenebrosas, que hundian un puñal en sus entrañas antes de que viesen la punta. Desde la restauracion por Pelayo hasta el reinado de D. Pedro habian batallado los nobles, los ricos-homes y los reyes; y á pesar de ello la real sangre no se habia derramado en el trono.

Este monarca de Castilla queria resolver el problema, de si los barones tenian un poder real

—¡Enrique de mi corazon! dijo la Beatriz, echándose al cuello del jóven; me consideraba alma en pena.

—Economizad los abrazos, si os viene bien, y contestad á mis preguntas. ¿Qué ha sucedido en el castillo durante mi ausencia?

—¿No sabeis lo que ha sucedido?

—Ni una palabra, buena dueña.

—Esperad, correré el cerrojo, y lo sabréis todo por estenso.

Hizo Beatriz lo que indicaba, y sentándose en un sitial dijo al paje con gran misterio:

El rey D. Pedro está en Carmona.

—¿Estais segura?

—Sí lo estoy; y estas señales en mi cuello que no me dejarán mentir.

—Parece que os han cogido con tenazas.

—Los dedos de D. Pedro el Cruel.

Ya le conocí al apearse, dijo Enrique sacudiendo su malenita.

Beatriz quiso contarle por entero lo sucedido con el rey; pero le fué imposible efectuarlo, por la gran impaciencia del paje que la abrumó con sus preguntas.

—¿Ha dicho algo de D. Juan?

—Ni una palabra. Mas en tanto.....

—¿Y preguntó por Doña Inés?

—Como si no hubiera en el mundo una señora de tantas prendas. Si hubieras visto en....

—¿Va á permanecer mucho tiempo en este castillo?

—Ni el mismo D. Lope lo sabe. Vamos, si cuando sobrevivo....

—¿Ha llegado mas comitiva?

—No he visto mas huésped que al rey, y si todos son de su temple....

—¿Y no adivinais el motivo por qué se presenta en Carmona?

—Cómo es posible que adivine....

—Sois mas estúpida que un tronco. Haber hablado con el rey hasta apurarle la paciencia y no saber á que ha venido, solo sucede á una mujer que no tiene sentido comun.

—¡Enrique!

—Dejémonos de bromas, dueña. Aquí va á suceder algo malo, y no puedo contar con vos para que ayudeis mis proyectos. Mas por si sale todo bien, estad dispuesta á media noche para abandonar el castillo.

—¿Nos volvemos al Villarejo? Qué me huelgo de que así suceda. No tengas cuidado, mi amigo. Me despediré de D. Lope.

—Ni una palabra le diréis.

—Estuvo tan humano conmigo. ¿Mas tendréis prontas las literas?

—Ya os contaréis, buena dueña, con cabalgar sobre un trotero, sostenida por estos brazos.

—¡Oh! no fuera decente á mi edad....

—Estad apercibida, dueña, y no desplegueis vuestros labios. Enrique salió presuroso.

CAPITULO XI.

No disminuyo el tesoro
De mi honra lez, á fe mia,
Si trueco por alquimia
Unas palabras en oro.
LOPEZ.

En el capítulo antecedente nos separamos de D. Lope para conducir á la dueña, y es justo que volvamos á su presencia para continuar bien la historia.

Estaba sentado el alcaide á la inmedincion de un bufete, en el que apoyaba su codo, y sobre la palma de la mano tenia reclinada su frente.

En todo el discurso del dia le hemos visto meditabundo; pero su reserva estraordinaria nos imposibilita á decir por qué tomaba tanta parte en acontecimientos estraños, si se juzga por apariencias, á su interes y su reposo.

La terrible escena del rey con la dueña de Doña Inés, habia satisfecho al alcaide en cierta manera; pero una estraña incertidumbre le atormentaba el pensamiento.

Habia desaparecido el monarca, sin saberse su direccion, y D. Lope, por mil razones, no se atrevia á ir en su busca.

Cansado de la incertidumbre, un tormento que segun Dante, no padecen los condenados, y que debe aliviar sus penas, iba á levantar á Hinestrosa, cuando apareció en el salon Pero Fortun, montero del señor alcaide, y que ya han visto mis lectores en su entrevista con D. Juan.

—Pardiez! señor alcaide, que ha corrido mi pobre jaco mas de lo que debian prometerme sus huesos mondados y tersos, como el colmillo de un jacalí, dijo Fortun aproximándose.

—Bien venido, señor montero, replicó Hinestrosa con afecto. ¿Qué novedades de la caza?

—Toda caza mayor, D. Lope. El infante hirió por su mano á un jabalí de los guardianes: su paje nos tendió á un venado de seis años, y yo en mi profesion de espía no he perdido tampoco el tiempo.

—¿Qué has averiguado, Fortun?

—Casi nada. El tigre real, como vos llamais al infante, quiere mudar de madriguera, y se ha valido de mi apoyo para verificar el cambio.

—¿Está D. Juan en el castillo?

—No tengais cuidado, D. Lope. D. Juan está dentro del muro, y no ha de verificar su fuga sin que le siga una gacela, que no parece mal bocado.

—¿Ha de llevarse á Doña Inés?

—Así lo creo.

—No se la llevará, Fortun.

—Tambien me parece posible. Cuando un cervatillo novel quiere saltar algun vallado, suele clavarse las espinas y no conseguir el objeto.

—¿Y para cuándo está dispuesta esa fuga tan romancesca?

—Me haceis, señor alcaide, una pregunta, á la que no puedo contestar.

—Secretos para mí? Fortun.

—Secretos para vos, D. Lope, cuando lo son tambien para mí?

—Por manera que has descubierto el rastro á la caza, sin conocer la encrucijada en que debe reunirse toda.

—Perdonadme, señor alcaide, pero os estoy viendo hoy mas impaciente ó menos diestro que en otras muchas ocasiones. Figúrese el señor alcaide, que no está convenido el dia, y que han de avisárselo al montero para que los conduzca salvos.

—Tienes mucha razon, Fortun, y te confieso francamente que al ver agitarse las ramas, creí se hallaban las nobles piezas fuera de jurisdiccion. Pero.....

—Grave yerro ha sido en verdad para un cazador hecho al monte, confundir unos zarzales con una carrera de huida. Es el infante muy novicio, y armará mas ruido su fuga que la del jabalí en las jaras.

—Sea como dices, buen montero; pero no descuides un punto estar al acecho por si la toman de callada.

—Podeis dormir descuidado.

—Puedes retirarte, Fortun.

El montero cruzó los brazos, y no desamparó su puesto.

D. Lope le miró fijamente, y llevando su mano á la escarcela, sacó un bolsillo bien henchido, y entregándoselo al montero dijo:

—Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro, y cumple fielmente mi encargo.

El montero cogió la bolsa, y sin decir una palabra se puso en marcha hácia su puesto.

Cada momento se aumentaba el compromiso de Hinestrosa, y su incertidumbre crecia con el discurso de las horas.

¿Convenia á los intereses del alcaide hacer partícipe al monarca de cuanto acababa de saber por la relacion de Fortun? Vamos á reunir antecedentes, teniendo en cuenta, que el alcaide nada sabia de la entrevista de D. Pedro con la huérfana de Avendaño.

Si atormentado el rey D. Pedro por el fantasma del maestre, habia olvidado á Doña Inés, ó desistido por lo menos de una esplicacion inmediata, manifestarle que una fuga podia sacarla de su poder, era dar pávulo á sus celos, y estimularle á que emprendiese cuanto le dictase su ira contra la pupila de Hinestrosa.

Muy convencido estaba el alcaide de que le seria bastante fácil impedir por sí mismo la fuga de los dos amantes, para que quisiese poner al rey como intermedio entre D. Juan y Doña Inés. Tambien sabemos, aunque están ocultos los motivos, que no era el ánimo de Hinestrosa presentarse ante su pupila como favorecedor del rey, y que habia tenido una satisfaccion particular, cuando le refirió la dueña su tráfica escena con D. Pedro, de la que pudo esperar D. Lope un cambio imprevisto en la resolucion del monarca.

Todas estas consideraciones y otras muchas aconsejaban al alcaide guardase del rey el secreto que acababa de confiarle Fortun; pero una razon poderosa, y que habia obrado fuertemente en su conferencia con la huérfana, se presentaba omnipotente, y queria sofocar por sí sola cien resoluciones hidalgas. Esta razon tan omnipotente era el miedo.

Cuando D. Lope de Hinestrosa veia suplicante á Doña Inés, cuando las lágrimas de la huérfana, de aquella mujer tan heroica, se deslizaban por sus mejillas, y bañaban las blancas manos del alcaide, habia tenido miedo del rey y se habia negado á su súplica.

Cuando D. Lope de Hinestrosa escuchaba de su pupila una reclamacion á nombre de sus padres y de la ley, habia tenido miedo del monarca y desechado la peticion.

Cuando D. Lope de Hinestrosa fué requerido como noble para la defensa de una dama, tuvo miedo del rey D. Pedro, y no respondió cual caballero.

Cuando D. Lope de Hinestrosa oyó reconvenciones bien amargas, y verdades bien merecidas; cuando se le apellidó cobarde, tuvo miedo de su señor, y mesándose los cabellos, se querellaba como hembra ante una mujer animosa.

Cuando D. Lope de Hinestrosa fué despedido con nobleza, denostándole su conducta, tuvo miedo como hasta entonces, y se salió en busca del rey para completar su deshonra.

¿No pesará mucho á D. Lope este secreto peligroso? ¿No tendrá miedo de que lo descubra el monarca y teniéndole por traidor, le haga partícipe en las violencias con que distingue su reinado? Los sucesos responderán á las preguntas anteriores.

Hay muchos espíritus débiles, sin resolucion para obrar, pero que escudados en su inercia desafian los grandes peligros, y triunfan con esta constancia.

A pesar de cuanto hemos dicho, no puede llamarse á D. Lope espíritu débil por cierto. Su situacion era terrible, pues su resistencia al monarca, segun las ideas de aquél siglo, hubiera sido rebelion, y la familia de la Padilla tenia que pensarlo muchísimo antes de aparecer rebelde.

Avezados los ricos-homes á resistir toda violencia con el auxilio de las armas, ya en lo fuerte de sus castillos, si se consideraban débiles y ya en campo raso si poderosos y con parciales, habian hecho que los monarcas viesen en toda resistencia una rebelion organizada, y que apercibiesen soldados para una lid inevitable.

Desde Ataulfo á D. Rodrigo habian bajado los reyes godos desde el alto trono al sepulcro por conspiraciones tenebrosas, que hundian un puñal en sus entrañas antes de que viesen la punta. Desde la restauracion por Pelayo hasta el reinado de D. Pedro habian batallado los nobles, los ricos-homes y los reyes; y á pesar de ello la real sangre no se habia derramado en el trono.

Este monarca de Castilla queria resolver el problema, de si los barones tenian un poder real

é independiente del jefe supremo del estado, ó de si en calidad de súbditos no podian por razon alguna apelar á la resistencia. D. Pedro resolvia siempre en su favor, los ricos-homes en el suyo.

Mas dejando estar á Hinestrosa en su incertidumbre fatal, continuemos nuestro camino al aposento de la huérfana.

CAPITULO XII.

El momento de mas placer que pueden gozar dos amantes, es en el que vuelven á encontrarse despues de una ausencia cualquiera: y la mirada que entre ellos cambian, encierra toda una existencia de felicidad y de amor.

F...

El aposento de Doña Inés está alumbrado por dos velas en un candelabro de plata. Sus luces pálidas se reflejaban en lo blanco de los tapices, y alumbraban el rostro de la huérfana mas pálido que de costumbre.

Sobre un reclinatorio de damasco tenia inclinada la cabeza, y recitaba pausadamente una plegaria, que su madre la enseñó en su niñez mas tierna, y que copio á continuacion para las lectoras devotas.

Plegaria.

Madre llena de dolores,
A tí elevo mi plegaria,
Que aunque de amargura llena
Quitas el dolor del alma.

Yo que solitaria vivo,
A modo de frágil planta,
En los desiertos del mundo
Juguete de mil borrascas;

Yo, que miro un desengaño
Tras la dulce confianza,
Y tras el ayer perdido
El mas incierto mañana;

Yo, que en todas partes veo
Despojos de la desgracia,
Amparo busco, señora,
Amparo te pido y calma.

En vano es rogar al mundo,
Porque desprecia las lágrimas,
Y con sonrisa insultante
A los infelices habla.

En vano es pedir consuelo,
En vano piedad humana,
Pues los consuelos del hombre
Mas que consuelan amargan.

Tú sola, Madre afligida:
Tú, mujer sensible y santa;
Tú, que ante la cruz del Hijo
Sola en el monte llorabas,

Pon tu poderoso dedo
Sobre las profundas llagas,
Que dejaron las espinas
De las delicias mundanas.

Pues cuando sobre mi frente
Horrible tormenta brama,
En tí pongo, Madre mia,
Toda mi fe y mi esperanza.

El corazon de la Avendaño respiró con mas libertad despues de haber rogado al cielo.

Cuando la suerte es enemiga, cuando se amontonan las penas, el alma religiosa cree y se dilata, el alma escéptica duda y se comprime.

La religion es para el alma una panacéa universal, que si no cicatriza sus llagas, porque las hay muy cancerosas, quita á lo menos sus dolores y hace renacer la esperanza.

¡Otra vida tras esta vida! Sublime concepcion del espíritu, á que los sentidos no alcanzan. ¡Un nuevo mundo incomprensible, en el que la virtud impera, y el vicio esclavo y despreciado sufre tormentos indecibles!

¡Unos cuantos años en la tierra de cumplir bien con sus deberes para una eternidad de goces! ¡Unos cuantos años de caridad, para una eternidad de amor!

Hay otra fé casi tan santa como la que se dirige á Dios: la que tenemos en nuestros padres.

Despues de haber orado la huérfana á la Madre de Jesucristo, creyó incompleta la oracion, si no pedia con la del cielo la proteccion de aquellos muertos de quienes recibió la vida; y doña Inés rogó á sus padres.

Evocándolos en su mente, les pidió perdon de sus faltas, y para el porvenir consejos. Prosternada ante su memoria, les dió cuenta de sus acciones, y su conciencia, satisfecha, se creyó fuerte y aun feliz.

Todavía oraba Doña Inés, cuando la puerta se estremeció, y apareció en ella el infante.

Acababa de llegar D. Juan, y sin quitarse las espuelas, lleno de sudor y de polvo, con su rica daga en el cinto y con un venablo en la mano, que conservaba distraido, se fué á buscar á Doña Inés, á la que encontró arrodillada y en su meditacion absorta.

Aquella mujer tan hermosa, con sus largos cabellos negros, con sus vestidos tambien negros, con sus ojos como azabache, y sus mejillas como cera; aquella mujer prosternada, era á los ojos del infante una bella estatua del pudor sobre la tumba de una vírgen.

Inmóvil se quedó D. Juan en el umbral del aposento, sin atreverse á respirar, sin adelantar un solo paso.

Temia perturbar con su aliento la meditacion

de la jóven, como se teme turbar el sueño de una enferma, que tras mil fatigas reposa, y se extasiaba contemplando aquel ángel en forma humana.

Contaba D. Juan los latidos del corazon de Doña Inés, y comparaba los del suyo para ver si si latian iguales.

Hay momentos en el amor inesplicables y sublimes, mas ninguno llega al momento en que dos amantes se miran despues de una ausencia cualquiera.

Indiferente es la distancia, muy poco influjo tiene el tiempo, cualquiera que estos hayan sido: toda la vida de dos séres, toda la inteligencia de dos almas, toda la actividad de dos pensamientos, se reconcentran en la mirada, que quiere reunir una existencia en dos mitades dividida, y adivinar aquellas páginas que van completando su historia.

—¿Ruegas á Dios? esposa mia, dijo el infante enternecido.

—Sí, le respondió la hermosa huérfana levantándose: y en la mirada que cruzaron se reveló todo el sentimiento que acabamos de definir.

—Estás mas pálida, Inés mia, y late tu corazon, que debiera estar muy tranquilo, con la misma rapidez que el mio, despues de una larga carrera.

—Me encuentro bien, esposo mio. Mas vienes lleno de sudor y de polvo, y ese venablo....

—Ansiaba tanto estar á tu lado, Inés mia, que no he querido detenerme un punto, desde que penetré en el castillo. El polvo de que estoy cubierto, el negro sudor que me baña, este venablo que conservo, son una prueba de ansiedad, y mi ansiedad, Inés, de amor.

—Sí, tienes razon: el que ama mucho, siente una agitacion continua, una inquietud eterna y vaga, si está ausente de sus amores. Halla incompleta su existencia, y suspira mil y mil veces por una mitad de su sér. Quien mas desprecia los peligros para sí mismo, los teme mas para su amor: y quien ve la muerte sin turbarse, cuando amenaza su cabeza, tiembla de espanto al contemplarla sobre la frente de su amado.

—Se tiembla por lo que se ama, dijo D. Juan, cogiendo la mano de la huérfana; pero hay una embriaguez tan sublime en algunas horas de amor, que vuelan las almas á otros mundos, libres de temor y recelos. Hay momentos en que es preciso olvidarse de cuanto existe; cerrar los ojos para ver el fondo del alma, ó tenerlos fijos en otros para ver una alma que viene á confundirse con las nuestras. Hay horas en que seria un crímen pensar, porque apenas bastan las fuerzas para ser felices gozando. En estas horas celestiales, el alma tiene una potencia no mas, y solo perciben los sentidos, para trasmitirla el sentimiento. Yo que he venido á toda carrera á comunicarte un proyecto, he tenido que olvidarme de él para gozar únicamente.

—¿Era yo tu único pensamiento en la fragosidad del monte?

—Sí, Inés mia, y contemplando aquella naturaleza vírgen, aquellos arroyos que cantan, aquellos árboles que crecen, aquellas fieras que caminan, me pareció mucho mas estrecho este castillo, mas insoportable la prision.

—¿Hubieras podido alejarte?

—No: te amo mucho mas, Inés mia, que á la libertad y á los campos. Mas sin separarnos, hermosa, hay un medio para ser libres.

—¿Un medio para quedar libres?

—La fuga.

—¿La fuga?

—El rey D. Pedro de Aragon sostiene guerra con Castilla: mi hermano acaudilla sus huestes, y en traspasando la frontera hallarémos seguro asilo y protectores generosos. Yo podré salir á campaña para conquistar señoríos, y en lo mas recio del combate me dará valor tu memoria.

—¿Y cómo llegar hasta allí? El castillo está bien guardado: gentes adictas á D. Lope nos observan á cada instante; y esa tentativa sin éxito solo servirá, noble infante, para doblar nuestras cadenas.

—Todo está previsto, señora; un montero bastante fiel preparará nuestros caballos, y protegerá nuestra fuga. Tengo presentimientos tristes, y me parece hoy el castillo habitado por malos genios.

—Tu corazon no miente, infante: el rey D. Pedro de Castilla se alberga entre sus negros muros.

—Ya lo sospechaba yo, Inés. ¿Has visto al rey?

—Ha estado en mi aposento el verdugo.

El infante se puso pálido.

—Ha estado en mi aposento el verdugo, y me ha ofrecido su corona.

D. Juan hirió con su venablo el pavimento de la estancia, dejando clavada su punta. La huérfana estrechó su mano, y con acento dulce y firme continuó diciendo:

—D. Juan, si yo considerase en tí menos valor y menos nobleza, te hubiera callado la entrevista que he tenido con el monarca. Los celos deben hallarse tan distantes de nuestro amor puro é inmenso, como los reptiles del sol.

—No son los celos, Inés mia, los que oscurecen hoy mi frente. Entre doña Inés Sanchez de Avendaño y el rey D. Pedro de Castilla, hay el mismo lago de sangre que entre los hijos de D. Alonso. La flor azotada por huracanes y por lluvias, no pierde su virginidad, pero se menguan sus colores y debilitan sus perfumes. Hay alientos tan corrompidos, que empañan á cuanto se acercan, miradas que queman y palabras siempre fatídicas. ¡Huyamos al punto de un sitio que el rey de Castilla profana, y....

—¡Huyamos! D. Juan, cuando os plazca. La esposa debe obedecer, y la amante jamas vacila.

—El rey D. Pedro está en Carmona, dijo el jóven paje, presentándose tan ofuscado y presuroso que se olvidó de descubrirse en la presencia de una dama.

—Ya lo sé, replicó el infante; y antes que sea la media noche habrémos dejado el castillo.

D. Juan miró tiernamente á la jóven como pidiéndola asentimiento; Inés sonrió con dulzura y dijo á Enrique:

—Fiel amigo, estamos dispuestos á marchar, y es preciso que mi Beatriz....

—Acabo de verla, señora, interrumpió el jóven Enrique, y la he dicho que se prepare para una espedicion nocturna. La dueña parece muy cómoda, y me preguntó por literas. Ya ve mi señora doña Inés que es imposible darla gusto: mas yo la pondré en mi caballo, y la cuidaré cual si fuera treinta años mas jóven y treinta veces menos fea.

—No es ocasion, dijo el infante, de perder el tiempo ya escaso: ve á buscar á Fortun, y dile que al punto de la media noche tenga preparados corceles, entre ellos mi caballo tordo, y cuanto juzgue necesario para la fuga convenida. Ofrécele gran recompensa, que mi hermano de Trastamara me proporcionará el cumplirla....

—¿Nos venderá el señor montero? preguntó el paje á su señor.

D. Juan manifestó grande disgusto á esta duda del jóven paje; y para disculparle, la huérfana se apresuró á decirle:

—La noche se adelanta, Enrique, no retardes nuestros deseos.

Salió Enrique sin replicar, y le siguió luego el infante.

CAPITULO XIII.

Samuel, en tus labios veo
Que las palabras te hullen,
Y palabras que se engullen
Se indigestan segun creo.
ZORRILLA.

Despues de haber salido el montero, nos fué indispensable referir una porcion de pensamientos que habian combatido y combatian la imaginacion del alcaide. Este relato ocupó páginas, y como nos llamaban D. Juan y la huérfana del comendador, era muy difícil atenderlos si se presentaba en la palestra todo un monarca de Castilla.

Al salir Fortun del salon, pasó rozando con un hombre, que le miró con interés, y este hombre era el rey D. Pedro.

Llegaba á la puerta el monarca al terminarse la conferencia de D. Lope y de su montero: el rey quiso enterarse un tanto, y deteniéndose en el umbral, solo oyó las últimas frases, que fueron: "Podeis dormiros descuidado. Puedes retirarte, Fortun. Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro y cumple fielmente mi encargo."

Estas palabras fueron lo bastante para que concibiese el rey sospechas vagas y confusas, que se propuso esclarecer.

La seguridad que á D. Lope parecia dar el buen Fortun, aconsejándole durmiese tranquilamente y descuidado, aunque podia ser indefinida, podia tener tambien relacion con algun acontecimiento que hubiese de verificarse en el discurso de la noche. Por otra parte la recompensa que habia dado el alcaide á su montero, se esplicaba muy naturalmente por el pago de algun servicio y la continuacion del mismo.

"Recibe esas doblas y cumple fielmente mi encargo," habia dicho D. Lope; y en la firme resolucion el rey de conocerlo bien á fondo, entró con su semblante satisfecho á la presencia del alcaide.

Hinestrosa se sorprendió un tanto con la aparicion del monarca; y aunque su semblante risueño revelaba tranquilidad, creyó al traves de la sonrisa poder traslucir el alcaide algun pensamiento terrible.

A pesar de sus mil propósitos de no despertar en el rey ninguna memoria que tuviese relacion con la de Avendaño, creyó conveniente á su persona manifestar el mucho tiempo que habia esperado á su monarca.

—Señor, dijo al entrar el rey, he aguardado por largo tiempo, y ya estaba inquieto con una ausencia, cuya causa desconocida para mí....

—Tranquilízate, buen Hinestrosa. Yo tambien estaba cansado de esperarte, y consideré mas oportuno hacerme anunciar por mí mismo.

—¿Ha estado vuestra alteza....

—En el aposento de Inés. Y pardiez, amigo D. Lope, que exajerabas los peligros de una entrevista con la huérfana. Es una criatura admirable, y aunque con varios incidentes mas ó menos contradictorios, hemos acabado por entendernos.

Abrió los ojos Hinestrosa, como para cerciorarse de que no dormia; tal impresion le iban haciendo las palabras del rey.

Queria preguntar al monarca, pero le faltaban las voces, y era el capitan de un navío que viéndolo caminar al escollo, sin poder cambiarle aquel rumbo, teme á un mismo tiempo y desea el momento del choque rudo, para sufrir pronto la muerte ó renacer á la esperanza.

El rey D. Pedro por su parte tenia un placer estraordinario en la turbacion del alcaide, y se recompensaba en cierto modo de cuanto le habia hecho padecer la huérfana, haciendo á su vez que lo padeciese un tercero.

—Te repito, querido alcaide, que tienes aquí una pupila de lo mas seductor del mundo. Yo te doy mi cordial parabien por esta dulce tutoría, y te envidio esta fortaleza habitada por serafines. ¿Mas qué te sucede, Hinestrosa? Me escuchas sin mostrar placer, y te muerdes tanto los labios que están hinchados y sangrientos. ¿Estás enamorado como D. Juan de la huérfana de Avendaño?

A esta media burla del rey, sintió D. Lope estremecerse todos sus miembros, de manera que estuvo para desplomarse.

Este sacudimiento magnético no le permitió responder, y el rey continuo:

—D. Lope, á tus años y tu esperiencia harias un papel bastante triste enamorándote de una jóven, y compitiendo con un rey que lleva al cabo una corona y cuenta cinco lustros no mas.

—No sé en qué he podido ofenderos, dijo D. Lope con modestia, para que mostreis tanto empeño en sacar á plaza mis años, mala recomendacion en verdad para galantes pasatiempos. Pero bien conoceis, señor, que si tiene dos amantes la huérfana, ninguno es tan humilde como Hinestrosa, siendo el primero un rey de Castilla, con cinco lustros y el segundo un infante apuesto, que apenas se acerca á los cuatro.

Tanto habian herido á Hinestrosa las últimas palabras del rey, que quiso destilar en su réplica toda la hiel de que estaba henchido. El rey D. Pedro le escuchaba con una calma precursora de relámpagos y de truenos; mas cuando estableció el alcaide la comparacion entre el rey y el infante D. Juan su hermano, se reprimió mas el monarca, y con afectada sonrisa preguntó al alcaide D. Lope:

—¿Ha vuelto el infante de caza?

Hace unos momentos, señor, que está de vuelta en el castillo. Un montero que habrá encontrado vuestra alteza, vino á decirme su llegada.

—¿Y no podrá salir de aquí?

—De ninguna manera, señor.

—¿Vino á decirte un montero que estaba de vuelta D. Juan?

—Está encargado de vigilarles, y cuando salimos de caza jamas abandona su huella.

Bien puede tener relacion, dijo entre sí el rey, con el encargo de D. Lope el señor infante mi hermano. Y añadió:

—¿Estás muy seguro, Hinestrosa, de que son fieles tus espías, y que no se doblegarán nunca á la seduccion y á los premios?

—No tengo motivo de queja, me han sido fieles hasta hoy, y muy poderoso habia de ser el seductor para contrabalancear la fidelidad que me deben y las recompensas que doy.

D. Pedro se encogió de hombros, siguió sus paseos de costumbre, acarició su espesa barba muchas veces, y dando muestras de haber tomado alguna resolucion repentina, y con ademan algo teatral, le dijo:

—Veo con dolor, señor alcaide, que en mi castillo de Carmona no hay todo aquello que necesita una fortaleza importante. ¡No está, vive Dios! tan provisto como seria de desear, y habeis contraido para con el rey una responsabilidad inmensa.

Esta salida tan estraña, no causó placer á Hinestrosa que habia contrariado algun tanto las pretenciones de D. Pedro, y que no podia figurarse adónde iria á parar el rey tras una introduccion semejante.

—Señor, replicó al fin D. Lope, he procurado cumplir fielmente con mis deberes en Carmona, y si he tenido algun descuido, puede indicarlo vuestra alteza, y será reparado al punto.

—Me placeria mucho mas, D. Lope, no verme en la necesidad de hacerlo; pero aumentándose por momentos la del reparo, me será preciso, Hinestrosa, satisfacer á tu deseo. Puedes reparar fácilmente que van muchas horas de noche y que está alumbrada esta estancia por la débil luz de la luna.

D. Lope llamó á sus criados, y sobre candelabros de plata entraron velas encendidas.

—Ya está satisfecho este olvido, señor.

—Pero aun queda otro, amigo alcaide, mas criminal un millon de veces y de consecuencias mas graves.

—Hablad, señor, dijo el alcaide siguiendo la entonacion teatral que daba el rey á su diálogo.

—El rey D. Pedro de Castilla, prosiguió diciendo el monarca, goza reputacion de sóbrio; pero de la sobriedad del rey á la del alcaide de Carmona, hay toda la distancia que existe entre un monge que come poco y un camaleon que se alimenta con el viento. Me parece, señor alcaide, que no sentará mal la cena.

—Muy justo ha sido vuestra alteza en recordarme mis olvidos, y se reparará este último con la misma facilidad que fué reparado el primero.

El alcaide llamó de nuevo, y al cabo de pocos minutos pudo decir D. Lope al monarca:

—Todo está dispuesto, señor.

—Mi trabajo me cuesta, Hinestrosa.

CAPITULO XIV.

El juego se va encendiendo,
De veras ya el juego anda,
No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

Hay novelistas muy ilustres, cuyo mérito reconozco y cuya celebridad ansío, que cuando les viene á las manos la descripcion de una comida se deleitan, como los asirios en el banquete de Baltasar, y como el festivo segundo héroe de nuestro primer hablista Cervantes con las suculentas espumas de la gran boda de Camacho.

Yo respeto, como el que mas, á los clarísimos ingenios que no se embotan con el vapor de las viandas, y que gastronómicamente gozan con los manjares que describen.

Muchas ventajas á mi ver tienen los autores gastrónomos, pues á mas de hallar simpatías en los estómagos repletos por la identidad de los goces, y en los completamente vacios, porque se forjan la ilusion de que se palpan los manjares, llenan con bastante desahogo unas cuantas páginas del libro, y suelen vender sus viandas al alto precio del mercado.

Yo no cuento entre mis pecados mortales el sabroso vicio de la gula: no conozco, ni por el forro, al famosísimo Avicena, y hasta puedo jurar que su nombre por poco no viene á mi memoria; pero voy á decir unas palabras sobre la cena del castillo.

No pienso tender los mantales, ir describiendo

la vajilla en su materia ni en sus formas, ni medir la mesa en sus estremos, ó técnicamente espresando su ancho, su largo y su profundo.

No pienso presentar tampoco seis perdices en escabeche, dos capones con salsa negra, un buen lomo de jabalí, ni otras menudencias de este género, que sabria variar hasta lo infinito cualquier cocinero italiano, pero cuyos nombres conozco apenas por el relato de algun amigo que asiste á banquetes diplomáticos, en los cuales hay muchas viandas tan intrincadas para mí como las notas de los entendidos Anfitriones.

Presumo que en aquella época beberian nuestros buenos padres vinos fermentados en Castilla; pero como tampoco sepa qué vino estaba mas en boga, tendré que llamarlo moscatel, nombre bastante humilde á la verdad si se deriva de un insecto: ó apellidarlo Pedro Jimenez, nombre que rayó á grande altura con el cardenal de Cisneros.

Poco me importa averiguar el número de velas que ardian, con tal que no escasease la luz: ni si era el pan de lo mas blanco que se confecciona en Sevilla, y fama tiene en nuestros dias, y del moreno de Carmona. Aseguro que estaba tierno y muy bien sazonado y cocido.

No quiero ser en todo parco, y por lo mismo que lo he sido refiriéndome á los manjares, voy á describir largamente cuanto á los convidados toca.

Eran estos, el rey D. Pedro de Castilla, Doña Inés Sanchez de Avendaño, el jóven infante D. Juan, y D. Lope Perez de Hinestrosa.

Presidia este triste banquete, por disposicion de D. Pedro, la huérfana del comendador: á su derecha estaba el rey; frente del monarca estaba el infante, y en último término del cuadro el señor alcaide del castillo.

Varios sirvientes se ocupaban en llenar copas y en ir presentando viandas. A pocos pasos de la silla en que estaba sentado el rey, se veia de pié y con torvo ceño á su ballestero de maza y compañero de viaje Garci-Diaz de Albarracin.

Mucho mas próximo á D. Juan estaba el pajecito Enrique, que no quitaba ojo del rey, como no fuera para observar al ballestero Garci-Diaz, hombre de malísima catadura y de unas formas gigantescas.

Comenzó la cena en silencio, y de todos los comensales solo el rey D. Pedro daba muestras de algun regular apetito.

El alcaide, meditabundo, apenas llevaba á su boca los apetitosos manjares, Doña Inés tenia que esforzarse para no derramar gruesas lágrimas; y el infante D. Juan bebia con una profusion tan grande, que tuvo que recordarle Enrique su proyecto de libertarse, para que menguase el beber.

Algunas frases del monarca habian quedado sin contestar, y hasta el cortesano Hinestrosa se olvidaba de su real huésped.

—Ha provocado tu sed la caza de una manera tan horrible, que haces los honores al vino como el montero mas beodo, dijo el rey riendo á su hermano.

—Hace mucho tiempo que padezco una sed que jamas se sacia, dijo con sarcasmo el infante; pero tienes mucha razon en reprenderme, y para remediar mi esceso no probaré el vino de hoy mas.

El rostro de Doña Inés se contrajo á la réplica del infante; le dirigió una mirada llena de inquietud, y todos guardaron silencio.

—Llegué esta mañana á Carmona, dijo el rey á los pocos instantes, pero tu aficion á la caza no permitió detenerte hasta saludar á tu hermano. Me parece que tus deseos no están sujetos casi nunca por una moderacion racional.

El rey D. Pedro acentuó mucho sus palabras, y el infante le replicó en el mismo tono sarcástico.

—Jamás presumo, hermano mio, de adivinar hondos misterios, ni reconozco á las fantasmas. Llegaste al castillo de incógnito, recatando el rostro, y guardándote las palabras: no pude conocerte, hermano. Ademas tendrias tus razones para observar esa conducta, y era muy justo respetarlas.

—Hay inspiraciones de cariño, que hacen á los hombres profetas, y el amor de tiernos hermanos....

—En cuanto al cariño de hermanos, permíteme D. Pedro te diga, que tú has sido el primero á olvidarlo.

—Los hijos de Doña Leonor, replicó el rey, no han sido nunca muy amantes del hijo de Doña María: y quizá la sangre bastarda....

—La sangre bastarda, D. Pedro, es seguramente de Alonso Onceno, y por la legítima es preciso preguntar á Doña María.

Tantos ultrajes encerraban estas palabras del infante, que Doña Inés, el jóven paje y hasta el impasible D. Lope le interrumpieron á la vez. En la pupila de D. Pedro apareció la mancha sangrienta que presagiaba sus furores; pero reprimiendo su enojo, le replicó con gran frialdad:

—D. Juan, los vapores del vino van ocupando tu cerebro, y confundiendo tus ideas. En el desórden consiguiente, te se han escapado palabras que han hecho temblar á Doña Inés, morderse los labios al paje y erizar los pocos cabellos al buen alcaide de Carmona. En cuanto á la sangre bastarda, quizá en esa diferencia de sangre consistirá, querido hermano, la gratitud y respeto con que, los hijos de Doña Leonor de Guzman, han pagado siempre las mercedes recibidas de su monarca.

—Muchas deben al rey D. Pedro. Pagaste la toma de Jumilla con un cobarde asesinato.

D. Juan dió una recia puñada en la mesa, y la copa del rey D. Pedro se vertió sobre sus vestidos.

—¡Qué haceis, D. Juan! dijo la huérfana.

—¡Qué haceis, señor! prorumpió el paje.

—¡Que habeis hecho, repitió Hinestrosa.

D. Pedro se manifestó casi impasible, limpió sus vestidos con calma y dijo al infante con una frialdad aparente:

—Me confirmo en que los licores han trastornado tu cabeza. Me has manchado todo el vestido.

—Tambien los manchó con su sangre mi noble hermano D. Fadrique.

—¡D. Juan! esclamó la pupila.

—Estás aterrando, hermano mio, con tu desentono á esta señora, dijo el rey con mucha intencion.

El infante se levantó, y sin añadir una palabra dejó la mesa bruscamente, seguido de su paje Enrique.

La agitacion de Doña Inés estaba marcada en su rostro, y despues de servidos los postres, la dijo con galantería el rey:

—Me pareceis algo indispuesta, señora mia; y si puede seros agradable la soledad de vuestra estancia, ó el reposo que en ella tendréis, no quiero abusar por mas tiempo del favor con que nos honrais, presidiendo un triste banquete.

—Mucho os agradezco, señor, el permiso que me concedeis, pues me encuentro bastante indispuesta.

La huérfana se levantó, y vertiendo lágrimas tristes fué á ocultarlas á su aposento.

—Bien tardía ha sido la cena, pero agradable por demás, dijo el rey encarándose con su alcaide.

—Bien podeis conocer, señor, replicó D. Lope, que no he tenido parte alguna en lo desagradable de ella.

—Con mas celo, señor alcaide, no hubiera tenido á la mano el infante algunos de los datos históricos con que ha sazonado el banquete.

—Puedo jurar á vuestra alteza, que me ha sorprendido escucharle.

—Si se lo hubieras dicho, D. Lope, en vez de una falta de celo hubiera sido una traicion.

—Juro, señor....

—Basta, D. Lope.

El rey hizo seña á Garci-Diaz, que se llegase al punto, y le estuvo ablando en secreto. El ballestero saludó al rey, y salió sin decir palabra.

—Estoy muy cansado, Hinestrosa. ¿Quieres enseñarme mi aposento?

D. Lope cogió un candelabro, y salió delante del rey. A cada paso de D. Pedro crugian las canillas de sus piernas como si fueran á romperse.

CAPITULO XV.

Que llueva, que truene,
Que nieve, que escarche,
Mas vino, mas vino,
Mas baile, mas baile.
MARTINEZ DE LA ROSA.

En el gran patio del castillo, habia un miserable aposento, que comunicaba con las caballerizas, y servia de cómodo albergue á nuestro conocido montero, el astuto lobo Fortun.

Un mugriento jergon de paja con una manta de picote era el lecho del buen montero: una mesilla con tres piés y dos malos bancos de pino, todo el menaje de la casa.

Pendia de la bóveda negra una lamparilla de hierro suspensa de una larga cadena, y su luz alumbraba apenas aquellos muros ennegrecidos por el hollin y por los años.

Sentado en uno de los bancos y con la mesa por delante estaba el montero Fortun, royendo unos huesos de venado, y acariciando con frecuencia una enorme bota de vino, que colocada entre sus piernas se levantaba por intervalos hasta el nivel de su nariz, y hacia penetrar en su garganta aquel licor refrigerante, inventado, segun los gentiles, por Baco, y segun los buenos cristianos, por el patriarca del diluvio, el sapientísimo Noé.

Un largo y curioso diálogo sostenia Fortun con su bota, no sobre las escelencias del vino, materia en que parecian muy versados, pero sí sobre la conducta que debia seguir el montero en su doble oficio de espía y de confidente del infante.

Por mas preguntas que hacia el montero, la bota no decia palabra; y ofendido con su silencio la estrujaba contra sus labios, haciéndola derramar sangre, no de hombres ó de irracionales, sino de Cristo, como la llaman los aficionados á beber.

A cada trago que se echaba, se confundian mas sus ideas; y si no hubieran llamado á la puerta con repeticion y recato, hubiera terminado la querella, entre la bota y el montero, por quedarse la una vacia y el otro tan líquidamente repleto, que no hubiera mas que pedir.

Llamaron, pues, con discrecion, y sin preguntar el montero quién se tomaba la molestia de buscarlo, ya un poco tarde, y con una ventisca y lluvia que no convidaba á paseo, abrió de par en par su puerta, y se encontró frente por frente de nuestro amigo el paje Enrique.

—Muy bien venido sea el señor paje, dijo Fortun al conocerle, y si no tiene inconveniente guarézcase aquí de la lluvia antes que le remoje el cuero.

—No me parece fuera del caso seguir un consejo oportuno; y si el señor montero lo permite conversarémos en su estancia, mientras el viento y los granizos hacen compás en esas torres para alguna danza de brujas.

—Mucho me place que busqueis mi madriguera, señor paje, en una noche de tormenta: y el lobo viejo recibirá cual se merece al jóven tigre que se acerca.

—Agradezco, señor montero, una tan cordial acogida: y si alguna vez el jóven tigre tiene una cueva y una presa, se contemplará muy dichoso partiéndola con el viejo lobo que tan cumplidamente le honra.

—Muy bien hablado, señor paje, dijo Fortun; y cerrando al punto la puerta fueron á sentarse en el banco que habia ocupado el viejo lobo.

—Ya veis, continuó Fortun, qué mal banquete puedo presentaros con estos huesos sin mas carne que los colmillos de una fiera; pero en cambio

tengo una bota que no flaquea por lo presente, y si queréis acariciarla, pagará bien vuestros favores.

—Sea como lo pedís, señor montero, tanto por complacer á un buen amigo, como por no desairar á una dueña. A vuestra salud.

Enrique llegó la bota hasta sus labios, la sostuvo en ellos algun tiempo aparentando que bebia, y despues la entregó á Fortun.

—No me habeis de ganar, señor paje, ni en lo bebedor ni en lo cortés. A la salud del noble infante, de la hermosísima Doña Inés y del leal paje de D. Juan.

El montero empuñó la bota, y á fé que no fué por cumplido, pues se le hincharon los carrillos, y apenas bastó su garganta para trasmitir al estómago la enorme cantidad de vino que habia recibido su boca.

—A propósito de vuestro brindis, dijo el paje: ¿estais decidido á cumplir lealmente cuanto ofrecisteis á D. Juan?

Esta pregunta inesperada amargó un poco el sabrosísimo trago que acababa de echarse al estómago el buen Fortun, y moviendo la lengua cien veces, como si saborease su vino, respondió á Enrique con gran calma:

—Cuando un viejo zorro se acerca á las inmediaciones de un corral, mira y husmea antes de traspasar las tapias; pero una vez dentro, no sale sin su compañía de gallinas. ¿Me habeis entendido, señor paje?

—Medianamente, y segun creo estais dispuesto en su servicio.

—Así es la verdad.

—Señor montero, Dios os dé fortuna en la caza, paz en la tierra, y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño y al huérfano del rey Alonso.

—Amén, dijo el montero maquinalmente; pero su rostro se contrajo y se estremecieron sus miembros.

—En este supuesto, prosiguió el paje, debeis preparar los caballos, pues antes de la media noche dejarémos este castillo y marcharémos á Aragon.

—¿Esta misma noche, señor paje?

—Esta misma noche sin falta. Conozco que es grande la prisa: quizá los peligros son grandes, y necesita el señor montero mucho valor y diligencia; mas yo le ofrezco, á nombre de D. Juan, una recompensa crecida y una gratitud sin ejemplo.

—¿No pudiera dilatarse algun dia para tomar bien las medidas y no perder quizá el golpe?

—Es imposible detenerse. El rey D. Pedro está en Carmona.

—¿Está el rey dentro del castillo?

—Sí, señor montero; y como entre el rey y el infante median graves resentimientos, quiere abandonar mi señor lo mas pronto posible el lugar que habita su hermano.

Fortun escuchó atentamente, volvió á pasar la lengua muchas veces por sus labios vinosos: sacudió su enorme cabeza con el mismo compás de un péndulo, y poniendo su mano sobre el hombro del jóven paje, le dijo con cordial acento:

—Ha saltado el zorro las tapias y no ha de marchar sin gallinas. Antes que sea la media noche estará todo preparado, y la gacela y el tigre real bastante lejos de Carmona.

—Os conducís, señor montero, como un jabalí de corazon. Voy á noticiar al infante vuestra disposicion á serville y á precipitar la partida.

Poco á poco, mi señor paje; tengo que comunicar instrucciones al fiel servidor del infante, y necesito que me ayude.

—Con toda mi alma, señor montero. No reparéis en mis pocos años ni en la cortedad de mis fuerzas: cuando se tiene corazon, ejecuta el brazo cuanto la cabeza discurre. Mandadme, pues, señor montero, que todo se ejecutará pronto, con discrecion y con valor.

Fortun volvió á lamer sus labios, y acercándose al jóven paje que le miraba de hito en hito le habló así con grande misterio:

—Dentro de una hora, señor paje, estaréis en este aposento: yo habré tomado mis medidas y nos restará solo obrar. Juntos que seamos, entrarémos por esta puerta, que comunica como sabeis, con la caballeriza del castillo; sacarémos cuatro caballos, cuyos cascos forrados en pieles no resonarán en el silencio, y con la ayuda de un amigo los harémos salir al campo. Quedaréis guardándolos allí mientras penetro en el castillo para conducir como zorro, al tigre real, á la gacela, y á esa nutra de Barrabás que no dejará de estorbarnos.

—Teneis la cabeza de un zorro, y es admirable vuestro arreglo. Una sola condicion me embaraza, y voy á decirla al momento. No me gusta, amigo Fortun, abandonar estas murallas, ni un punto antes que D. Juan.

—Pues es indispensable hacerlo, ó renunciar á la partida.

—¡Si fuera por mí, señor montero, Dios solo sabe lo que haria!

—¿Vendréis á la hora, señor paje?

—No faltaré, señor montero. Dios os dé fortuna en la caza, paz en la tierra, y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño y al huérfano del rey Alonso.

—Amén, volvió á decir Fortun.

Enrique atravesó el gran patio que inundaba la lluvia, y que alumbraban los relámpagos.

CAPITULO XVI.

Era Muley un morillo
A bajezas inclinado,
Muy envidioso y malquisto,
Celoso por despreciado;
Y de su infame costumbre
Los embustes aumentando,
A Zegries y á Gomeles
Revelo el secreto agravio.
Rom. de Romances Moriscos.

Así que hubo salido el paje, echó aceite Fortun á su lámpara y fué á sentarse sobre el banco en

que estaba haciendo su cena. Tropezó al paso con la bota, y por no perder la costumbre bebió un par de tragos seguidos, haciendo un pequeño espurréo, como si lo encontrase mal.

Vamos á formar nuestras cuentas, dijo Fortun; porque me voy viendo tan enredado como un viejo ciervo en la maleza. Me pidió el alcaide que espiase todos los pasos del real tigre, y yo he contado al zorro astuto todos los planes del infante. Para conocerlos á fondo me he presentado muy su amigo, y reclama mi proteccion en un importante negocio. Fortun, tú podias hacer mucho en su obsequio y dejar de ser vil raposo, para presentarte en el monte como un jabalí de diez años. ¿Mas si se malogra el proyecto? ¿si no caminase la gacela ó la maldita nutra entorpece? se te lo lleva el demonio, y no vuelve á pasar mas vino por este gaznate de culebra, que al fin se ha de comer la tierra, pero que procuraré yo sea todo lo mas tarde posible. Por otra parte, D. Lope de Hinestrosa paga, y no está en el órden engañarle. El no querrá hacerse ninguna gorra con la hermosa piel del real tigre, ni descuartizar á la gacela. Voy á contárselo en el momento, y Dios haga lo que le agrade. Mas se me ocurre un tercer medio, que puede conciliarlo todo. Diré al jóven paje que es imposible la salida, que está bien guardada la cueva y que hay muchos perros en acecho. De esta manera no se marchan, cumplo medianamente con D. Juan, y no perjudico al alcaide. Tambien encuentro aquí sus contras. ¿Qué ventajas reportaré de haberme metido en las zarzas? Ninguna. El infante me dará al diablo porque no cumplo mi promesa, y el viejo zorro se proporcionará otro perro que levante mejor la caza. Luego, la presencia del leon....¡Oh! hermoso animal es D. Pedro. En sus arrebatos sangrientos me parece un lobo que entra en un mal guardado redil, y que degüella mil ovejas antes de probar un bocado. Entre los señores del reino me parece un jabalí cerdoso, que despedaza velozmente á cuantos lebreles le acosan: y ¡vive Dios! que una gran fiera es tan bella como un torrente que todo lo arrastra á su paso.

Muchísimas comparaciones hubiera hecho todavía el montero, á no sentir los recios golpes con que llamaban á su puerta.

—¿Quién va? preguntó el buen Fortun con su desapacible voz.

—Abre con diez mil de á caballo, gritó una voz no menos áspera, que está granizando y lloviendo mas espeso que las flechas de una batalla.

El montero se apresuró á abrir, y se encontró frente por frente con Garci-Diaz de Albarracin.

—¡Pardiez! esclamó dando una palmada Fortun: ¿qué vientos han traido por aquí al señor ballestero de maza?

—Unos vientos algo tormentosos, si he de juzgar por esta noche.

—Siéntese y beba Garci-Diaz, que de un valiente oso de montaña, se ha trasformado en ballestero de la guardia del real leon.

—Sí, amigo Fortun; he cambiado el coleto de cuero en estas escamas de hierro, y en vez de cazar jabalíes me he dado á la caza de hombres, que mordiscan con alabardas, como aquellos con sus colmillos.

—¿Y has ganado mucho en el cambio?

—Así, así, valiente montero. Y si han de romperme la piel, lo mismo me da que lo haga un lobo, que un ballestero de Aragon.

—Muy bien hablado, amigo Garci; pero ¿cómo ha venido el oso á buscar esta madriguera?

—Llegué esta mañana á Carmona en la compañía de su alteza.

—¿Acompañas al rey?

—Soy, como tú dirias, su lebrel, y como yo digo, su alférez.

—Eso se llama, amigo Garci, estar cazando en un buen soto.

—Tambien puedes cazar en él si quieres hablar como amigo, y como su alteza pretende.

—Esplícate un poco mas claro.

—Voy á probarlo, amigo Fortun. Aquí donde me ves, montero, soy un parlamentario del rey que viene á proponerte hablar.

—¿Estás loco?

—Tengo mi juicio tan en caja como una pelota en un tiro. Tú has tenido una conferencia secreta con el alcaide del castillo.

—¿Yo?

—Sí; es en valde que me lo niegues. En el corredor encontraste un hombre, y ese hombre era el rey.

—Es verdad.

—El alcaide te dió una bolsa bastante repleta de oro y te dijo: "Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro y cumple fielmente mi encargo."

—Es verdad.

—Ahora quiero que tú me digas, qué encargo de tanta importancia te ha encomendado el buen D. Lope.

—Nunca faltan cosas que hacer entre un buen cazador y un buen perro. Tú eres el alférez del rey, y yo soy el lebrel del alcaide.

—No estoy mas enterado, Fortun, con esa respuesta tan vaga, que si me dijese un capitan "escarmienta á los enemigos," sin decirme en donde se hallaban. Te quisiera un poco mas claro.

—Hay matorrales tan espesos, que no se distingue un jabalí, á no ser por las ramas que troncha.

—Esos matorrales se queman, dijo una voz ronca y vibrante, y se presentó el rey D. Pedro.

El ballestero se descubrió, Fortun se hizo atras algunos pasos y el rey continuó velozmente:

—Soy el rey D. Pedro de Castilla: deseo conocer el secreto que media entre el alcaide y su lebrel. Si me lo dices sin tardanza, tendrás recompensa cumplida; si vacilas un solo instante, te mando cortar la cabeza, y mi ballestero Garci-Diaz, cumplirá fielmente mi encargo.

El ballestero hizo un saludo, y Fortun le miró con recelo.

Era tan resuelto el lenguaje con que se espli-

tengo una bota que no flaquea por lo presente, y si queréis acariciarla, pagará bien vuestros favores.

—Sea como lo pedís, señor montero, tanto por complacer á un buen amigo, como por no desairar á una dueña. A vuestra salud.

Enrique llegó la bota hasta sus labios, la sostuvo en ellos algun tiempo aparentando que bebia, y despues la entregó á Fortun.

—No me habeis de ganar, señor paje, ni en lo bebedor ni en lo cortés. A la salud del noble infante, de la hermosísima Doña Inés y del leal paje de D. Juan.

El montero empuñó la bota, y á fé que no fué por cumplido, pues se le hincharon los carrillos, y apenas bastó su garganta para trasmitir al estómago la enorme cantidad de vino que habia recibido su boca.

—A propósito de vuestro brindis, dijo el paje: ¿estais decidido á cumplir lealmente cuanto ofrecisteis á D. Juan?

Esta pregunta inesperada amargó un poco el sabrosísimo trago que acababa de echarse al estómago el buen Fortun, y moviendo la lengua cien veces, como si saborease su vino, respondió á Enrique con gran calma:

—Cuando un viejo zorro se acerca á las inmediaciones de un corral, mira y husmea antes de traspasar las tapias; pero una vez dentro, no sale sin su compañía de gallinas. ¿Me habeis entendido, señor paje?

—Medianamente, y segun creo estais dispuesto en su servicio.

—Así es la verdad.

—Señor montero, Dios os dé fortuna en la caza, paz en la tierra, y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño y al huérfano del rey Alonso.

—Amén, dijo el montero maquinalmente; pero su rostro se contrajo y se estremecieron sus miembros.

—En este supuesto, prosiguió el paje, debeis preparar los caballos, pues antes de la media noche dejarémos este castillo y marcharémos á Aragon.

—¿Esta misma noche, señor paje?

—Esta misma noche sin falta. Conozco que es grande la prisa: quizá los peligros son grandes, y necesita el señor montero mucho valor y diligencia; mas yo le ofrezco, á nombre de D. Juan, una recompensa crecida y una gratitud sin ejemplo.

—¿No pudiera dilatarse algun dia para tomar bien las medidas y no perder quizá el golpe?

—Es imposible detenerse. El rey D. Pedro está en Carmona.

—¿Está el rey dentro del castillo?

—Sí, señor montero; y como entre el rey y el infante median graves resentimientos, quiere abandonar mi señor lo mas pronto posible el lugar que habita su hermano.

Fortun escuchó atentamente, volvió á pasar la lengua muchas veces por sus labios vinosos: sacudió su enorme cabeza con el mismo compás de un péndulo, y poniendo su mano sobre el hombro del jóven paje, le dijo con cordial acento:

—Ha saltado el zorro las tapias y no ha de marchar sin gallinas. Antes que sea la media noche estará todo preparado, y la gacela y el tigre real bastante lejos de Carmona.

—Os conducís, señor montero, como un jabalí de corazon. Voy á noticiar al infante vuestra disposicion á serville y á precipitar la partida.

Poco á poco, mi señor paje; tengo que comunicar instrucciones al fiel servidor del infante, y necesito que me ayude.

—Con toda mi alma, señor montero. No reparéis en mis pocos años ni en la cortedad de mis fuerzas: cuando se tiene corazon, ejecuta el brazo cuanto la cabeza discurre. Mandadme, pues, señor montero, que todo se ejecutará pronto, con discrecion y con valor.

Fortun volvió á lamer sus labios, y acercándose al jóven paje que le miraba de hito en hito le habló así con grande misterio:

—Dentro de una hora, señor paje, estaréis en este aposento: yo habré tomado mis medidas y nos restará solo obrar. Juntos que seamos, entrarémos por esta puerta, que comunica como sabeis, con la caballeriza del castillo; sacarémos cuatro caballos, cuyos cascos forrados en pieles no resonarán en el silencio, y con la ayuda de un amigo los harémos salir al campo. Quedaréis guardándolos allí mientras penetro en el castillo para conducir como zorro, al tigre real, á la gacela, y á esa nutra de Barrabás que no dejará de estorbarnos.

—Teneis la cabeza de un zorro, y es admirable vuestro arreglo. Una sola condicion me embaraza, y voy á decirla al momento. No me gusta, amigo Fortun, abandonar estas murallas, ni un punto antes que D. Juan.

—Pues es indispensable hacerlo, ó renunciar á la partida.

—¡Si fuera por mí, señor montero, Dios solo sabe lo que haria!

—¿Vendréis á la hora, señor paje?

—No faltaré, señor montero. Dios os dé fortuna en la caza, paz en la tierra, y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño y al huérfano del rey Alonso.

—Amén, volvió á decir Fortun.

Enrique atravesó el gran patio que inundaba la lluvia, y que alumbraban los relámpagos.

CAPITULO XVI.

Era Muley un morillo
A bajezas inclinado,
Muy envidioso y malquisto,
Celoso por despreciado;
Y de su infame costumbre
Los embustes aumentando,
A Zegries y á Gomeles
Revelo el secreto agravio.
Rom. de Romances Moriscos.

Así que hubo salido el paje, echó aceite Fortun á su lámpara y fué á sentarse sobre el banco en

que estaba haciendo su cena. Tropezó al paso con la bota, y por no perder la costumbre bebió un par de tragos seguidos, haciendo un pequeño espurréo, como si lo encontrase mal.

Vamos á formar nuestras cuentas, dijo Fortun; porque me voy viendo tan enredado como un viejo ciervo en la maleza. Me pidió el alcaide que espiase todos los pasos del real tigre, y yo he contado al zorro astuto todos los planes del infante. Para conocerlos á fondo me he presentado muy su amigo, y reclama mi proteccion en un importante negocio. Fortun, tú podias hacer mucho en su obsequio y dejar de ser vil raposo, para presentarte en el monte como un jabalí de diez años. ¿Mas si se malogra el proyecto? ¿si no caminase la gacela ó la maldita nutra entorpece? se te lo lleva el demonio, y no vuelve á pasar mas vino por este gaznate de culebra, que al fin se ha de comer la tierra, pero que procuraré yo sea todo lo mas tarde posible. Por otra parte, D. Lope de Hinestrosa paga, y no está en el órden engañarle. El no querrá hacerse ninguna gorra con la hermosa piel del real tigre, ni descuartizar á la gacela. Voy á contárselo en el momento, y Dios haga lo que le agrade. Mas se me ocurre un tercer medio, que puede conciliarlo todo. Diré al jóven paje que es imposible la salida, que está bien guardada la cueva y que hay muchos perros en acecho. De esta manera no se marchan, cumplo medianamente con D. Juan, y no perjudico al alcaide. Tambien encuentro aquí sus contras. ¿Qué ventajas reportaré de haberme metido en las zarzas? Ninguna. El infante me dará al diablo porque no cumplo mi promesa, y el viejo zorro se proporcionará otro perro que levante mejor la caza. Luego, la presencia del leon....¡Oh! hermoso animal es D. Pedro. En sus arrebatos sangrientos me parece un lobo que entra en un mal guardado redil, y que degüella mil ovejas antes de probar un bocado. Entre los señores del reino me parece un jabalí cerdoso, que despedaza velozmente á cuantos lebreles le acosan: y ¡vive Dios! que una gran fiera es tan bella como un torrente que todo lo arrastra á su paso.

Muchísimas comparaciones hubiera hecho todavía el montero, á no sentir los recios golpes con que llamaban á su puerta.

—¿Quién va? preguntó el buen Fortun con su desapacible voz.

—Abre con diez mil de á caballo, gritó una voz no menos áspera, que está granizando y lloviendo mas espeso que las flechas de una batalla.

El montero se apresuró á abrir, y se encontró frente por frente con Garci-Diaz de Albarracin.

—¡Pardiez! esclamó dando una palmada Fortun: ¿qué vientos han traido por aquí al señor ballestero de maza?

—Unos vientos algo tormentosos, si he de juzgar por esta noche.

—Siéntese y beba Garci-Diaz, que de un valiente oso de montaña, se ha trasformado en ballestero de la guardia del real leon.

—Sí, amigo Fortun; he cambiado el coleto de cuero en estas escamas de hierro, y en vez de cazar jabalíes me he dado á la caza de hombres, que mordiscan con alabardas, como aquellos con sus colmillos.

—¿Y has ganado mucho en el cambio?

—Así, así, valiente montero. Y si han de romperme la piel, lo mismo me da que lo haga un lobo, que un ballestero de Aragon.

—Muy bien hablado, amigo Garci; pero ¿cómo ha venido el oso á buscar esta madriguera?

—Llegué esta mañana á Carmona en la compañía de su alteza.

—¿Acompañas al rey?

—Soy, como tú dirias, su lebrel, y como yo digo, su alférez.

—Eso se llama, amigo Garci, estar cazando en un buen soto.

—Tambien puedes cazar en él si quieres hablar como amigo, y como su alteza pretende.

—Esplícate un poco mas claro.

—Voy á probarlo, amigo Fortun. Aquí donde me ves, montero, soy un parlamentario del rey que viene á proponerte hablar.

—¿Estás loco?

—Tengo mi juicio tan en caja como una pelota en un tiro. Tú has tenido una conferencia secreta con el alcaide del castillo.

—¿Yo?

—Sí; es en valde que me lo niegues. En el corredor encontraste un hombre, y ese hombre era el rey.

—Es verdad.

—El alcaide te dió una bolsa bastante repleta de oro y te dijo: "Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro y cumple fielmente mi encargo."

—Es verdad.

—Ahora quiero que tú me digas, qué encargo de tanta importancia te ha encomendado el buen D. Lope.

—Nunca faltan cosas que hacer entre un buen cazador y un buen perro. Tú eres el alférez del rey, y yo soy el lebrel del alcaide.

—No estoy mas enterado, Fortun, con esa respuesta tan vaga, que si me dijese un capitan "escarmienta á los enemigos," sin decirme en donde se hallaban. Te quisiera un poco mas claro.

—Hay matorrales tan espesos, que no se distingue un jabalí, á no ser por las ramas que troncha.

—Esos matorrales se queman, dijo una voz ronca y vibrante, y se presentó el rey D. Pedro.

El ballestero se descubrió, Fortun se hizo atras algunos pasos y el rey continuó velozmente:

—Soy el rey D. Pedro de Castilla: deseo conocer el secreto que media entre el alcaide y su lebrel. Si me lo dices sin tardanza, tendrás recompensa cumplida; si vacilas un solo instante, te mando cortar la cabeza, y mi ballestero Garci-Diaz, cumplirá fielmente mi encargo.

El ballestero hizo un saludo, y Fortun le miró con recelo.

Era tan resuelto el lenguaje con que se espli-

caba D. Pedro, y la disyuntiva tan grave, que todas las potencias de Fortun se acrecentaron por ensalmo, y resolvió en un solo instante las mas complicadas cuestiones.

—¿Hablarás? le preguntó el rey.

—Todo cuanto mande su alteza.

—¿Qué encargo has recibido del alcaide respecto al infante D. Juan?

—Seguir sus pasos como un podenco al conejo que va de huida.

—¿Y qué has averiguado hoy?

—Que el tigre real, como llamo yo al jóven infante, quiere dejar su madriguera con esa gacela de ojos negros á quien llamamos Doña Inés.

—¿Y cuándo piensan escaparse?

—Eso no lo sabe D. Lope.

—¿Pero lo sabes tú, montero?

—¡Yo!

—Sí, tú. ¿Qué ha venido á decirte Enrique, el jóven paje de D. Juan?

Atacado Fortun en su trinchera reservada, no supo mentir con descaro, y balbuciendo dijo al rey:

—Me ha dicho que antes de llegar la media noche, hemos de salir del castillo.

—¿Cuentan contigo para la fuga?

—He ganado su confianza, y así conozco bien sus planes.

—No me pareces desmañado. ¿Y qué has respondido al buen paje?

—Que venga aquí dentro de una hora para conducir los caballos que deben servir en la marcha.

—¿Y qué pensabas hacer, Fortun?

—Comunicar al buen alcaide cuanto acabo de decir á su alteza.

—Mejor es callarlo, montero.

—Me reprenderá, y mi deber....

—Tu deber es obedecerme de grado, y si no pasarlo muy mal por la fuerza. No verás á Hinestrosa; cumplirás al paje tu oferta, y nada mas tienes que hacer.

—Todo se hará como mandais.

—Adelantarás mucho en ello. Mi venida aquí es un secreto que podrás publicar mañana sin peligro; pero que guardarás esta noche, si te hallas bien con tu cabeza. Adios, viejo lobo: el leon de Castilla no duerme.

—Adios, antiguo camarada, dijo el ballestero á Fortun; acaricia bien esa bota; resolucion y ancho pecho.

—Ese hombre es el diablo, dijo Fortun.

CAPITULO XVII.

¿Y pensará por ventura,
Que soy yo la de Albornoz,
Que oye temblando su voz,
Y obedece! ¡Qué locura!
LARRA.

De dos en dos subia el buen Enrique las escaleras del castillo, para noticiar á su señor el buen éxito que habia tenido su comision cerca del montero.

Impaciente estaba D. Juan, tanto por la tardanza del paje, como por la furiosa tormenta que sentia rebramar cercana.

Cada vez que azotaba el granizo los pintados vidrios del castillo respiraba con hondo afan, y la luz siniestra del relámpago bañaba de sudor su rostro. Estaba casi arrepentido de haber propuesto á Doña Inés una fuga en noche tan áspera; y sin la presencia de D. Pedro y el amor que habia manifestado á la pupila de Hinestrosa, tal vez hubiera dilatado el infante para una noche menos brava la fuga que anhelaba llevar á término.

En medio de sus temores y de sus dudas oyó el infante algunos golpes dados en su puerta, y persuadido que seria Enrique quien á su aposento llamaba, se apresuró á ponerla franca.

—Anhelaba mucho, D. Juan, dijo el alcaide presentándose, poder hablaros un momento, despues de cuanto ha sucedido.

—Tomad asiento, si gustais, y podréis decirme cuanto ocurra, respondió el infante disimulando su impaciencia.

—Procuraré esplicarme pronto, pues está bien adelantada la noche y necesitaréis descanso.

—Como os plazca mejor, D. Lope.

—Me habeis hecho una confianza, que creo oportuno recordaros.

—La de mi amor hácia la huérfana, repuso el infante con sarcasmo.

—Precisamente.

—Y vendréis ahora á noticiarme, que habeis meditado mi propuesta, y que considerándola justo condescendeis sin dilacion.

—Todo lo contrario, D. Juan.

—Señor alcaide, no llegarémos á entendernos y malgastaréis las palabras. La noche avanza, como habeis dicho: demos los miembros al descanso y las imaginaciones al sueño.

—Es tan importante, D. Juan, lo que he venido á proponeros, que no marcharé de esta estancia sin que atendais á mis razones.

—Si así habeis de hacerlo, acortadlas y os deberé gratitud, D. Lope.

—¿Recordais cuánto ha sucedido durante nuestra triste cena?

—Muy bien lo recuerdo, Hinestrosa. Se han servido buenos manjares, que hemos probado escasamente, se han cruzado malas razones, y se ha derramado una copa.

—¿Y sobre quién cayó aquel vino?

—Sobre quien estaba mas cerca.

—¿Y á quién dirigísteis las razones?

—A quien provocaba mi saña.

—Manchasteis al rey de Castilla y habeis injuriado á D. Pedro.

—¿Y qué queréis decir? alcaide.

—Que habeis ofendido al monarca.

—Soy hijo de Alonso el Onceno, y haciendo gran merced al rey le concederé el mismo orígen. Si es reprenderme vuestro ánimo, dejadlo para otra ocasion, que va adelantando la noche.

D. Juan abandonó su asiento; dió algunos pasos por la estancia, y tomando de sobre la mesa el candelabro que alumbraba, se dirigió hácia el corredor como para despedir á D. Lope.

—Podeis sentaros, noble infante, dijo el alcaide sin moverse, pues no dejaré el aposento hasta acabar mi comision.

D. Juan dejó su candelabro y ocupó de nuevo un sitial.

—Tambien sabréis, señor infante, que ha visitado el soberano á mi hermosísima pupila.

—Lo sé, y que ha llevado su imprudencia hasta requerirla de amores. El asesino de Avendaño busca el cariño de su hija. Cosas son, D. Lope, tan estrañas, que si no encendiesen la sangre, causarian compasion ó risa.

—Mucho deberiais alegraros de esa pasion del rey D. Pedro.

—¡Alegrarme de que sus ojos hayan contemplado á la vírgen! ¡Alegrarme de que sus labios hayan respirado junto á ella! ¡Alegrarme de que en sus sueños pueda extasiarse con su imágen, ceñirla con sangrientos brazos, y tributarla torpes caricias! No, D. Lope. Ya que la ha mirado el monarca, quisiera contemplarle ciego, y arrebatarle la memoria para que no pensase en Inés.

—Mucho mas acertado seria dejarle ciego, para que no contemplase la mancha que habeis echado sobre sus ropas; arrebatarle la memoria, para que no recordase la afrenta que habeis esculpido en su frente. La tranquilidad del monarca es un preludio de su venganza, como la calma de los mares un anuncio de tempestad. Creedme, infante: un solo medio se presenta de poner dique á su furor.

No sé por qué temo escucharlo; mas si es digno de un caballero, podeis decirlo cuanto antes.

—¿Me dais palabra de escucharme sin interrumpirme hasta el fin?

—Teneis, D. Lope, mi palabra.

—Os he dicho hace pocos instantes que el rey D. Pedro ama ciegamente á la huérfana de Avendaño. Este amor del rey, lejos de ser correspondido, es rechazado duramente; y si llega á trocarse en odio producirá miles de desgracias.

No ignora el monarca, que sois vos el objeto amado de mi pupila Doña Inés; y os mira por lo tanto como á peligroso rival. Si unís los celos á la memoria de la ofensa que de vos recibió esta noche, encontraréis justo motivo para temer su enojo insano. Evitar el golpe es prudente, la manera no difícil. Vos teneis un grande ascendiente sobre la huérfana, y si la proponeis que admita los galantes obsequiosos del monarca....

—¡D. Lope!

—Habréis adelantado mucho, para seguridad comun.

—¡D. Lope!

—Me ofrecísteis no interrumpirme y guardais muy mal la palabra.

—¿No habeis acabado Hinestrosa?

—Todavía no, jóven fogoso.

—Pues continuad, que os escucho.

La luz de los ojos de D. Juan se confundia con la del relámpago, y su aliento con el huracan que bramaba.

—No es mi ánimo, continuó el alcaide, que la huérfana pase á ser dama del monarca de las Castillas: solo quiero le dé esperanzas, y que trueque su duro ceño en un halago cortesano. Esto solo exijo de vos por vuestra seguridad, infante.

—¿Habeis acabado, D. Lope!

—Nada mas tengo que añadiros.

—Pues respondedme y escuchadme. ¿Soy amante de Doña Inés?

—Así lo creo.

—El hombre mas vil tiene nobleza cuando se trata de su amor. El crea en el hombre un honor nuevo: el tímido se hace valiente, y el poco pundonoroso hidalgo. ¿Soy yo caballero, D. Lope?

—No conozco de vuestra vida ninguna accion que lo desmiente.

—¿Y por su seguridad propia debe esponer un caballero la seguridad de una dama? ¿Por evitar el propio riesgo debe menoscabar un noble la honra sin mancha de una doncella bien nacida? ¿En dónde habeis hallado, D. Lope, esa manera de ser noble?

—Arriesgais, infante, la vida.

—¿De qué me serviria conservarla habiendo perdido mi honor? ¿Querriais que pudiera decir Doña Inés que todos los hombres son cobardes? ¿Que todos descuidan la honra cuando hay en guardarla peligro? ¿Querriais que pudiera repetir la huérfana, que la abandonaba su amante con la misma poca hidalguía que la abandonó su tutor? No, D. Lope: el poder de veinte monarcas no logrará nunca aterrarme: y antes de tocar á Doña Inés traspasarán mi corazon.

—Pensad, D. Juan, que os va la vida.

—Salid al instante, Hinestrosa, que ya me infama el escucharos.

—Pensadlo, D. Juan....

—Salid presto. Y arrástrandole por el brazo le condujo hasta el corredor.

CAPITULO XVIII.

La tierra nos negaba hasta un asilo,
La lluvia nuestros pasos atajaba:
Bramaba el huracan, el cielo ardia,
Las centellas en torno serpeaban.
MARTINEZ DE LA ROSA.

Bajo el influjo de una pesadilla se creia el infante D. Juan: tan estraña le parecia la solicitud del alcaide. Estregó sus ojos varias veces, como para conocer si dormia, y mientras mas se cercioraba de estar despierto, mas estraña hallaba la conducta del viejo alcaide de Carmona.

Un caballero como D. Lope haber aconsejado al infante una accion tan vil y tan cobarde, revelaba ó mucha villanía en Hinestrosa, ó que muy bajo concepto tenia de la nobleza de D. Juan.

Cuando se fijaba esta idea en la imaginacion del jóven sentia haberle dejado salir sin arrancar-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

le el corazon, para descubrir en sus senos la esplicacion de tal enigma.

Luchaba mas y mas su mente cuando se presentó en la estancia el jóven paje cubierto de granizos que bordaban todas sus ropas.

—¡Cuánto has tardado! buen Enrique.

—Mucho he tardado á la verdad; pero sin tener yo la culpa.

—Así lo creo, mi buen amigo. ¿Y qué ha respondido Fortun?

—Condesciende á vuestros deseos. De aquí á una hora debo encontrarle para conducir los corceles á las afueras del castillo.

—¡Oh! qué felicidad, buen paje.

—Si cabe felicidad en una noche tan borrascosa como esta.

—¿Cuándo has temido á la lluvia?

—Por mí no temo á las tormentas; pero me causa compasion esa pobre dama, que habrá de cabalgar sobre un corcel, en noche tan oscura y medrosa, que no habrá bruja que cabalgue sobre el negro tronco de escoba: y eso que es sábado, D. Juan.

Tambien yo siento que mi esposa sufra el rigor de la tormenta, pero es imposible detenernos.

—Hágase como deseas.

—Llega á la estancia de Doña Inés y adviértela que esté dispuesta para de aquí á una hora, Enrique; yo iré á buscarla á su aposento y la conduciré hasta el patio, en donde esperará Fortun para conducirnos al campo.

—Se hará como me lo mandais.

El paje salió en el momento, atravesó con el mayor sigilo los largos y estrechos corredores, y llamó con golpes discretos al aposento de la huérfana.

Reunida estaba ya Beatriz con la pupila de Hinestrosa; y como desde su aventura con el monarca castellano, siempre estaba pensando en el rey, al oir los golpes se echó en tierra, y abrazándose á las rodillas de la huérfana de Avendaño, la pedia favor en su cuita, impidiéndola al mismo tiempo que descorriese los cerrojos.

Mucho trabajó Doña Inés, para desasirse de la dueña, y conseguido que lo hubo, abrió la puerta al buen Enrique, quien se precipitó en la estancia.

—Muy bien venido, leal Enrique, dijo Doña Inés con bondad. ¿Qué felices nuevas me traes?

—Todo está dispuesto, señora, y de aquí á una hora mi señor vendrá para conduciros al campo.

Al decir el paje estas palabras, un relámpago alumbró la estancia, y la detonacion de un trueno le siguió tan de cerca, que bien dejaba colegir la proximidad de la nube.

—¡Alabado sea el dulcísimo nombre de Jesus! dijo la dueña santiguándose. ¿Has reparado, jóven paje, en ese relámpago tan vivo y en ese trueno tan espantoso?

—Ya lo he reparado, Beatriz.

—¿Y pretendeis que caminemos en una noche como esta?

—Así ha de suceder sin falta.

—Dile al infante tu señor, continuó la dueña, que he dado mi leche á Doña Inés, que la he cuidado muchos años, que la estoy sirviendo de madre, y que no permitiré que salga con una noche como esta.

—Calla, Beatriz, repuso la huérfana. Dí, paje, á mi esposo querido, que estaré dispuesta á seguirle.

—¿Y no reflexionas, Inés mia, que estás espuesta á perecer en una tormenta tan brava?

—Saliendo al campo, puedo perder dueña, segun vaticinas, la vida: quedando en el castillo, puedo perder, Beatriz, la honra: la eleccion no me ofrece duda. Si temes tanto á ese granizo que nuestros cristales azota, puedes quedarte en tu aposento; pero ten presente, Beatriz, que esos cristales lo resisten, y que no debemos ser mas frágiles que los vidrios de las ventanas. Repite á tu señor, Enrique, que dispuesta me hallará á seguirle.

—Así lo haré, hermosa señora, y el cielo vele por los dos.

Enrique salió en el momento, volvió á cruzar los corredores, y llegó al aposento de D. Juan. El infante le hizo repetir una por una todas las palabras de la huérfana, y satisfecho hasta el estremo de la decision de su esposa, mandó al jóven paje que fuese á la habitacion de Fortun para apresurar la partida.

Al bajar Enrique la escalera creyó percibir algunos pasos; pero no le permitieron las sombras distinguir á nadie, y los pasos se suspendieron. Cruzó el ancho patio del castillo y entró en la estancia de Fortun, cuya puerta se hallaba entornada.

—Mucha prisa tiene el señor paje, dijo el montero, segun apresura las horas; y si los pájaros no vuelan no será por falta de celo.

—Así es la verdad, repuso Enrique; y cuando un corazon hidalgo se abre á otro corazon tambien noble, debe esperar afan continuo y la mas leal cooperacion....

—Habeis hablado por supuesto con el real tigre.

—Se confia á la lealtad del viejo lobo; y así que estén seguros los caballos, le esperaréis en este sitio.

—¿Esas son sus órdenes?

—Sí: pero malgastamos el tiempo, y es hora de obrar, si gustais.

—Me parece justa esa impaciencia. Tomad, señor paje, esas pieles y seguidme por esta puerta.

Alcanzó Fortun su vieja lámpara y precedió al paje por la puertecilla secreta que del aposento del montero comunicaba con la caballeriza del castillo. Enrique le siguió en silencio, y de esta manera llegaron al término de su viaje.

El caballo tordo de D. Juan relinchó alegremente á la vista de su jóven amigo, y el paje se apresuró á envolverle las herraduras con esmero mientras Fortun por otro lado ejecutaba la misma operacion con otros tres corceles mas.

Ejecutada que ésta fué, les colocaron sus jaeces, y poniéndoles buenos frenos se apresuraron á sacarles con todo el silencio posible.

Llegado que hubieron al gran patio, lo atravesaron lentamente, y por un estrecho callejon consiguieron llegar al muro. Fortun comenzó á registrarlo, y habiendo encontrado la cerradura de un postigo estrecho que buscaba, sacó una llave de su cinto y lo abrió sin gran resistencia.

—Ya tenemos franco el camino, dijo el montero al jóven paje, y si fuese la noche tan buena como hasta aquí nuestra fortuna, no tendriamos que desear. Por lo demas la hermosa gacela triscará pronto en estos campos; y si se tiene bien á caballo, antes que sea la hora de caza estarémos fuera de tiro.

—Cuando se espone, señor montero, todo cuanto hay de mas querido para conseguir un objeto, poco importa un poco de granizo. La viva luz de los relámpagos nos mostrará mejor la senda, y el sordo mugir de los truenos confundirá nuestras pisadas.

—No os falta razon en vuestros cálculos; pero venís muy descubierto para una noche tan terrible. Tomad, señor paje, mi sayo, y luego daréis gracias al lobo por haberos dado su piel.

—Agradezco vuestra cortesía, señor montero; pero la piel de un jabalí, aunque jóven, no se remoja fácilmente. El agua ha llegado hasta ella, y no la pasa, ¡vive Dios!

—Hablais como un viejo lebrel, y me gusta vuestra fiereza. Quitemos á nuestros caballos estas pieles que les estorban, y yo me volveré á mi cueva.

—Hágase como lo decís, señor montero, pues no seria gracioso lance que no os encontrase D. Juan.

Fortun y el paje pusieron mano á su tarea y en poco tiempo tuvo término.

—Nada tenemos ya que hacer, continuó el paje; marchad, viejo zorro, al corral, y no vengais sin las gallinas.

—Así lo haré si tengo uñas con que agarrarme á las paredes y buen olfato para ventear pronto la caza.

—Señor montero, Dios os dé fortuna en la caza, paz en la tierra y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño y al huérfano del rey Alonso.

—Amén, dijo tercera vez Fortun; pero sus dientes rechinaron, y se bañó en sudor su frente.

El montero tornó al castillo, y el jóven paje quedó en el campo, por los relámpagos alumbrado y azotado por el granizo.

CAPITULO XIX.

La voce del mio cor per l'aria sento:
Ove mi porti temerario? china,
Che raro é senza duol troppo ardimento,
Non temer, rispond'io, l'alta ruina,
Fendi sucer le nubi, e muor contento
Se'il ciel si illustre morte ne destina.
LUIGI TANCILLO.

Es la media noche. La tempestad sigue en aumento, y el silbido de los huracanes perdiéndose entre las almenas, remeda roncas carcajadas, tristes ayes y mal apagados suspiros. El granizo crece en tamaño, y los vidrios rotos á su impulso dejan penetrar un aire húmedo é impregnado de varios betunes. Cada trueno produce un rayo, cuya luz rojiza se confunde con la de la lámpara que alumbra el corredor próximo al aposento de la huérfana.

Dos sombras se han visto vagar, y perderse luego en un paraje mas oscuro.

Doña Inés ora en su aposento; Beatriz reza, y á cada trueno se santigua con gran terror.

D. Juan ha ceñido su daga, y cubierto con ancha capa atraviesa los corredores para llegar al de su esposa.

Todo el castillo está en silencio: no se percibe ningun paso, y al atravesar algun aposento se oye el ronquido del que duerme sin amores y sin afanes.

La imaginacion del infante se dilata por el espacio: recorre risueñas praderas, y se retrata un porvenir lleno de ventura y de amor. Sacudida su esclavitud, como una losa sepulcral, respira perfumado ambiente; y soñando con las batallas, se arranca la corona mural para ofrecerla á Doña Inés. El mundo todo se embellece, la naturaleza sonrie, y Dios mismo desde su trono bendice la union de dos almas.

D. Juan ve en el lucir de las centellas radiantes antorchas de himeneo: en el bramido del huracan las preces y los juramentos, y en la solemne voz del trueno las de sus padres, que confirman las del sacerdote que los une.

Lleno de tan dulces ideas llegó el infante al corredor, que conducia hasta el aposento de la huérfana de Avendaño, y al ir á llamar á su puerta, vió interponerse un embozado, que le atajaba su camino.

—¡Atrás! dijo el infante sin turbarse.

—¡Atrás! repitió el rey D. Pedro.

Al conocer la voz del rey toda la sangre de D. Juan se reconcentró en su cabeza, y ahogada la voz por la ira no pudo replicar palabra. El rey se aproximó mas al infante, y descubriéndose el embozo le dijo con risa burlona:

—¿Me conoces, querido hermano?

—Muy bien te conozco, D. Pedro.

—¿Y quieres, D. Juan, confiarme lo que te conduce á este sitio?

—Sí, hermano mio; nos hemos colocado en un punto en que fuera vano el secreto. Vengo á buscar á Doña Inés para conducirla á Aragon.

—¿Y por qué causa, querido hermano?

—Porque la huérfana del comendador de Castilla y el huérfano del rey Alonso, no deben vivir entre prisiones bajo el capricho de un tirano. Porque el rey D. Pedro ha visto á Inés y la ha requerido de amores. Porque eres capaz, hermano mio, de atentar al honor de Doña Inés. Porque has mamado con la leche toda la liviandad de tu madre. Por todo lo que acabas de oir, rey D. Pedro, estoy decidido á llevármela, y mi decision ha de cumplirse.

D. Pedro se mordia los labios, pero manifestaba calma; y con una frialdad estraordinaria solo le respondió á su hermano:

—Al servicio del rey conviene, que la huérfana del comendador y el huérfano del rey Alonso no salgan, D. Juan, del castillo, y permanecerán en sus muros. El rey D. Pedro ha sentido amor por la hermosísima Doña Inés, y no la gozará otro amante. Porque he mamado con la leche toda la liviandad de mi madre, pondré á mis plantas el honor de la altiva Inés de Avendaño. Y cualquiera que sea tu decision, como no cumple á mi deseo que se realice, tendrás que desistir, hermano.

—Te has equivocado, D. Pedro; vine decidido á cumplirla, y se cumplirá, ¡vive Dios!

—¿No sabes, hermano, que soy rey?

—De nada te sirve la corona. Todo el castillo está en silencio, y aquí solo estamos dos hombres, tan aislados como dos cadáveres en el frio seno de una tumba. Tu potestad y tus soldados no pueden venir en tu socorro, y al atravesarte en mi camino, me proporcionas la venganza.

—D. Juan.

—No hay remedio en la tierra. Aquí yo soy mas poderoso, y la sangre de D. Fadrique pide á su hermano Juan venganza.

—¿Estás delirando, D. Juan?

—No, D. Pedro, añadió el infante cogiendo la diestra del rey y desenvainando su daga: esta daga fué del gran maestre, esta daga traspasará tu corazon.

—Este ballestero es Garci-Diaz, dijo el monarca estendiendo su mano izquierda, y su maza fué la primera que hirió al bizarro D. Fadrique.

La daga del infante dirigida al pecho del rey, rasgó los vestidos del Monarca; pero no logró penetrar por la menuda cota de malla que llevaba bajo sus ropas. La pesada maza del ballestero dividió el cráneo del infante.

—¡Adios! Inés, dijo D. Juan.

—¡Esposo mio! esclamó la huérfana apareciendo.

—¡Véngame! murmuró el infante al mismo tiempo de espirar.

Los sesos de D. Juan salpicaban el pavimento y su sangre habia enrojecido las vestiduras de su hermano.

Doña Inés, con los ojos fuera del cráneo, los brazos tendidos hácia el infante y la respiracion afanosa, no derramaba una sola lágrima, ni articulaba una palabra. El rey D. Pedro habia retrocedido algunos pasos, mientras el ballestero de maza miraba impasible la última convulsion del muerto.

A pocos instantes apareció una débil luz en el estremo del corredor, y vino á aumentar aquel cuadro D. Lope Perez de Hinestrosa.

—Señor, ¿qué habeis hecho? preguntó aterrado el alcaide.

—Vengarme, y apagar mis celos, respondió el rey.

—¡Asesino! dijo Doña Inés con voz afanosa y solemne; habeis roto cuantos lazos me unian á la tierra: habeis sido muy cruel, rey D. Pedro. La vida, á los diez y ocho años, es muy odiosa para mí. Arrancádmele por piedad.

—No moriréis, hermosa Inés.

—Sí, dijo la huérfana con pasion. Si no condescendeis á mi ruego, mi labio os llamará siempre asesino, y mi maldicion os seguirá.

—Juro por mi corona, Inés, que no atentaré á vuestra vida.

—Reflexionadlo, rey D. Pedro. Ese muerto me ha encomendado su venganza, y yo la tomaré cumplida. No os consideréis á cubierto guardándome entre las prisiones: lograré romper mis cadenas, y descorreré los cerrojos.

—Desde este instante quedais libre. Y juro á Dios y á su santa Madre no aprisionaros en ningun caso, ni por ningun motivo, señora.

—¡Oh! ¡D. Pedro, D. Pedro! os seguiré como una sombra.

—Y yo buscuré las ocasiones de desgarrar vuestro corazon.

—Nuestra batalla será terrible.

—Acepto el desafio, señora.

—Seré vuestra sombra, D. Pedro.

—Y yo el verdugo de cuanto ameis.

—Don Pedro hizo una seña á Garci, y ambos se alejaron al punto.

—Nada me queda ya en la tierra, dijo Doña Inés abatida.

—Estoy aquí, replicó D. Lope. Yo, Doña Inés, que os idolatra.

—Callad, callad: es mi destino ser la sombra del rey D. Pedro.

SEGUNDA PARTE.

SANTA MARIA DE LAS HUELGAS.

CAPITULO I.

Un recuerdo de amor que nunca muere,
Y está en mi corazon, un lastimero
Tierno gemido que en el alma hiere,
Eco suave de un amor primero:
¡Ay! de tu luz en tanto yo viviere
Quedará un rayo en mi, blanco lucero,
Que iluminaste, con tu luz querida,
La dorada mañana de mi vida.

ESPRONCEDA.

—Es en valde, D. Lope, en valde. Mi resolucion está tomada, y todo el poder de los hombres se estrella contra mi valor.

Así hablaba Doña Inés de Avendaño al antiguo alcaide de Carmona. Mas como al finalizar la primera parte quedaron en aquel castillo, ante el cadáver de D. Juan, que iluminaban los relámpagos, no será fuera de propósito participar á los lectores el año y sitio en que á la sazon nos hallamos.

Con mucha rapidez discurren las horas de nuestra existencia, y las arrugas se prolongan antes de contar nuestros años. Mas de seis habian trascurrido desde el veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve, dia de la muerte del infante. Estamos á diez y seis de marzo de mil trescientos sesenta y seis y en la ciudad de Calahorra.

Triste es el aposento de la huérfana: vestido de negros tapices, mas bien parece un mausoleo que la morada de los vivos. Sitiales de brocado negro armonizan con los tapices, y sobre una mesa con tapete de la misma tela y de color rojo se percibe una rica daga, ante la cual arde una lámpara. Un bucle de cabellos negros ocupa el centro de un gran relicario de oro, y están enlazados á un hueso de la parte superior de un cráneo. En el relicario se lee: "cabellos del infante D. Juan, hijo del rey Alfonso Onceno, asesinado por su hermano D. Pedro, Primero de Castilla, en la fortaleza de Carmona el dia veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve. Estos cabellos serán enterrados con el cadáver del rey D. Pedro el dia que muera, como se lo predijo un piadosísimo sacerdote, bajo el puñal de D. Enrique, que ha de sucederle en sus reinos." Nada mas notable ofrecia el aposento de la huérfana.

Doña Inés habia variado mucho en el trascurso de seis años: sus mejillas mas descarnadas, tenian una palidez tan diáfana que se traslucian todas sus venas; y una pequeña mancha purpúrea en la parte superior del carrillo hacia muy marcado contraste. Sus ojos, siempre negros, habian menguado su esplendor; pero mas abiertos y prominentes, tenian una inmovilidad siniestra, hija del dolor y la fiebre. Su nariz se habia prolongado, y sus labios estaban secos, muy delgados y muy marchitos. ¿Continuaba siendo hermosa la huérfana? Para los amantes de las formas; para los admiradores de una tez con el terciopelo del albérchigo; para los que buscan una mujer rebosando placer y vida, mucho habrá perdido la Avendaño. Para los que buscan en los ojos un espejo hermoso del alma; para los que consideran la vida muy larga, y muy fugaces los placeres; para los que estrechan una mano, y no contemplan su tersura, su carnosidad ni su color; para los que leen el pensamiento, y se extasían interpretándolo, mucho habia ganado Doña Inés.

Aquel dolor tan permanente, aquel vivir en su memoria, aquel amor tan homicida era mas hermoso mil veces que las Vénus y las Madonas; y aquella flor sin colorido, sin perfumes y sin frescura, mas interesante y mas bella, que la rosa de los jardines, que la amapola de los prados.

Para gozar en el dolor es necesario haber sufrido hasta calcinar las entrañas; pero estos goces de amargura son sublimes porque envanecen, y deliciosos porque aniquilan.

Cerca, muy cerca de la huérfana estaba D. Lope, que habia envejecido en los seis años de una manera sorprendente. Sus cabellos habian mermado de tal modo, que apenas se contaban algunos sobre las sienes y en la parte inferior de su cabeza. Anchas y profundas arrugas atravesaban horizontalmente su frente calva, y habia tomado su tez pálida el amarillo sucio de un mal guardado pergamino.

Puesto de hinojos ante Doña Inés, la repetia por la vez milésima su plegaria, siempre la misma, pero mas triste cada hora.

—Tened, señora, compasion. Mis ojos no tienen ya lágrimas, y brotan sangre sus pupilas: mi lengua solo sabe rogar, y mi pensamiento constante me ha puesto loco, Doña Inés. Siete años hace que yo os ví. Estabais fresca como las clavelinas y fragante como la azucena: os adoré y supe callar: hoy estais mustia y deshojada: os idolatro y lo confieso. Amabais á un bizarro infante....

—Le amaba entonces como á un hombre, hoy le venero como á un mártir.

—Yo veia crecer vuestro cariño, tenia horribles celos y callaba. Cuando me pidió vuestra mano se desvaneció mi cabeza, mi corazon se hizo pedazos, y con todo callé, señora. Vino el monarca de Castilla.

Maldecid su nombre, D. Lope.

—Sí, le maldigo, porque os ama. Llegó el monarca de Castilla, me dió como nueva indiferente la muerte de mi hermano Juan, y mi rostro quedó tranquilo; mas cuando me dijo que os amaba, apreté dos veces la daga para traspasarle el corazon.

—Si lo hubierais hecho, Hinestrosa, el infante D. Juan viviria, y seriamos los dos felices.

—En brazos de D. Juan, señora, no lo hubiera permitido nunca. No atenté á la vida del infante, porque me creia bastante fuerte para impedirle vuestra union: quise asesinar al monarca, porque mi poder ante el suyo era una arista que se opone al vendaval que se la lleva ¡Piedad! señora, de un anciano que llora como un tierno niño.

—¿Recordais, señor de Hinestrosa el dia veinte y cinco de Octubre de mil trescientos cincuenta y nueve?

D. Lope bajó la cabeza y no replicó una palabra.

—Habitábamos el castillo de Carmona; era la caida de la tarde; yo estaba pensando en D. Juan. Sentí pasos en mi aposento, érais vos. Me digísteis que el rey D. Pedro deseaba tener una entrevista con la huérfana de Avendaño: yo me postré ante mi tutor como vos lo estais ante mí.

—Callad por piedad, Doña Inés.

—Yo me postré ante mi tutor, y le dije con triste llanto: "Todo lo conoceis señor; no puede seros un misterio mi situacion hácia el monarca, y debeis ampararme en ella. Sois un caballero, D. Lope: estais ejerciendo en la tierra sobre la huérfana de Avendaño, la misma mision que mis pa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

—Porque la huérfana del comendador de Castilla y el huérfano del rey Alonso, no deben vivir entre prisiones bajo el capricho de un tirano. Porque el rey D. Pedro ha visto á Inés y la ha requerido de amores. Porque eres capaz, hermano mio, de atentar al honor de Doña Inés. Porque has mamado con la leche toda la liviandad de tu madre. Por todo lo que acabas de oir, rey D. Pedro, estoy decidido á llevármela, y mi decision ha de cumplirse.

D. Pedro se mordia los labios, pero manifestaba calma; y con una frialdad estraordinaria solo le respondió á su hermano:

—Al servicio del rey conviene, que la huérfana del comendador y el huérfano del rey Alonso no salgan, D. Juan, del castillo, y permanecerán en sus muros. El rey D. Pedro ha sentido amor por la hermosísima Doña Inés, y no la gozará otro amante. Porque he mamado con la leche toda la liviandad de mi madre, pondré á mis plantas el honor de la altiva Inés de Avendaño. Y cualquiera que sea tu decision, como no cumple á mi deseo que se realice, tendrás que desistir, hermano.

—Te has equivocado, D. Pedro; vine decidido á cumplirla, y se cumplirá, ¡vive Dios!

—¿No sabes, hermano, que soy rey?

—De nada te sirve la corona. Todo el castillo está en silencio, y aquí solo estamos dos hombres, tan aislados como dos cadáveres en el frio seno de una tumba. Tu potestad y tus soldados no pueden venir en tu socorro, y al atravesarte en mi camino, me proporcionas la venganza.

—D. Juan.

—No hay remedio en la tierra. Aquí yo soy mas poderoso, y la sangre de D. Fadrique pide á su hermano Juan venganza.

—¿Estás delirando, D. Juan?

—No, D. Pedro, añadió el infante cogiendo la diestra del rey y desenvainando su daga: esta daga fué del gran maestre, esta daga traspasará tu corazon.

—Este ballestero es Garci-Diaz, dijo el monarca estendiendo su mano izquierda, y su maza fué la primera que hirió al bizarro D. Fadrique.

La daga del infante dirigida al pecho del rey, rasgó los vestidos del Monarca; pero no logró penetrar por la menuda cota de malla que llevaba bajo sus ropas. La pesada maza del ballestero dividió el cráneo del infante.

—¡Adios! Inés, dijo D. Juan.

—¡Esposo mio! esclamó la huérfana apareciendo.

—¡Véngame! murmuró el infante al mismo tiempo de espirar.

Los sesos de D. Juan salpicaban el pavimento y su sangre habia enrojecido las vestiduras de su hermano.

Doña Inés, con los ojos fuera del cráneo, los brazos tendidos hácia el infante y la respiracion afanosa, no derramaba una sola lágrima, ni articulaba una palabra. El rey D. Pedro habia retrocedido algunos pasos, mientras el ballestero de maza miraba impasible la última convulsion del muerto.

A pocos instantes apareció una débil luz en el estremo del corredor, y vino á aumentar aquel cuadro D. Lope Perez de Hinestrosa.

—Señor, ¿qué habeis hecho? preguntó aterrado el alcaide.

—Vengarme, y apagar mis celos, respondió el rey.

—¡Asesino! dijo Doña Inés con voz afanosa y solemne; habeis roto cuantos lazos me unian á la tierra: habeis sido muy cruel, rey D. Pedro. La vida, á los diez y ocho años, es muy odiosa para mí. Arrancádmele por piedad.

—No moriréis, hermosa Inés.

—Sí, dijo la huérfana con pasion. Si no condescendeis á mi ruego, mi labio os llamará siempre asesino, y mi maldicion os seguirá.

—Juro por mi corona, Inés, que no atentaré á vuestra vida.

—Reflexionadlo, rey D. Pedro. Ese muerto me ha encomendado su venganza, y yo la tomaré cumplida. No os consideréis á cubierto guardándome entre las prisiones: lograré romper mis cadenas, y descorreré los cerrojos.

—Desde este instante quedais libre. Y juro á Dios y á su santa Madre no aprisionaros en ningun caso, ni por ningun motivo, señora.

—¡Oh! ¡D. Pedro, D. Pedro! os seguiré como una sombra.

—Y yo buscuré las ocasiones de desgarrar vuestro corazon.

—Nuestra batalla será terrible.

—Acepto el desafio, señora.

—Seré vuestra sombra, D. Pedro.

—Y yo el verdugo de cuanto ameis.

—Don Pedro hizo una seña á Garci, y ambos se alejaron al punto.

—Nada me queda ya en la tierra, dijo Doña Inés abatida.

—Estoy aquí, replicó D. Lope. Yo, Doña Inés, que os idolatra.

—Callad, callad: es mi destino ser la sombra del rey D. Pedro.

SEGUNDA PARTE.

SANTA MARIA DE LAS HUELGAS.

CAPITULO I.

Un recuerdo de amor que nunca muere,
Y está en mi corazon, un lastimero
Tierno gemido que en el alma hiere,
Eco suave de un amor primero:
¡Ay! de tu luz en tanto yo viviere
Quedará un rayo en mi, blanco lucero,
Que iluminaste, con tu luz querida,
La dorada mañana de mi vida.

ESPRONCEDA.

—Es en valde, D. Lope, en valde. Mi resolucion está tomada, y todo el poder de los hombres se estrella contra mi valor.

Así hablaba Doña Inés de Avendaño al antiguo alcaide de Carmona. Mas como al finalizar la primera parte quedaron en aquel castillo, ante el cadáver de D. Juan, que iluminaban los relámpagos, no será fuera de propósito participar á los lectores el año y sitio en que á la sazon nos hallamos.

Con mucha rapidez discurren las horas de nuestra existencia, y las arrugas se prolongan antes de contar nuestros años. Mas de seis habian trascurrido desde el veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve, dia de la muerte del infante. Estamos á diez y seis de marzo de mil trescientos sesenta y seis y en la ciudad de Calahorra.

Triste es el aposento de la huérfana: vestido de negros tapices, mas bien parece un mausoleo que la morada de los vivos. Sitiales de brocado negro armonizan con los tapices, y sobre una mesa con tapete de la misma tela y de color rojo se percibe una rica daga, ante la cual arde una lámpara. Un bucle de cabellos negros ocupa el centro de un gran relicario de oro, y están enlazados á un hueso de la parte superior de un cráneo. En el relicario se lee: "cabellos del infante D. Juan, hijo del rey Alfonso Onceno, asesinado por su hermano D. Pedro, Primero de Castilla, en la fortaleza de Carmona el dia veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve. Estos cabellos serán enterrados con el cadáver del rey D. Pedro el dia que muera, como se lo predijo un piadosísimo sacerdote, bajo el puñal de D. Enrique, que ha de sucederle en sus reinos." Nada mas notable ofrecia el aposento de la huérfana.

Doña Inés habia variado mucho en el trascurso de seis años: sus mejillas mas descarnadas, tenian una palidez tan diáfana que se traslucian todas sus venas; y una pequeña mancha purpúrea en la parte superior del carrillo hacia muy marcado contraste. Sus ojos, siempre negros, habian menguado su esplendor; pero mas abiertos y prominentes, tenian una inmovilidad siniestra, hija del dolor y la fiebre. Su nariz se habia prolongado, y sus labios estaban secos, muy delgados y muy marchitos. ¿Continuaba siendo hermosa la huérfana? Para los amantes de las formas; para los admiradores de una tez con el terciopelo del albérchigo; para los que buscan una mujer rebosando placer y vida, mucho habrá perdido la Avendaño. Para los que buscan en los ojos un espejo hermoso del alma; para los que consideran la vida muy larga, y muy fugaces los placeres; para los que estrechan una mano, y no contemplan su tersura, su carnosidad ni su color; para los que leen el pensamiento, y se extasían interpretándolo, mucho habia ganado Doña Inés.

Aquel dolor tan permanente, aquel vivir en su memoria, aquel amor tan homicida era mas hermoso mil veces que las Vénus y las Madonas; y aquella flor sin colorido, sin perfumes y sin frescura, mas interesante y mas bella, que la rosa de los jardines, que la amapola de los prados.

Para gozar en el dolor es necesario haber sufrido hasta calcinar las entrañas; pero estos goces de amargura son sublimes porque envanecen, y deliciosos porque aniquilan.

Cerca, muy cerca de la huérfana estaba D. Lope, que habia envejecido en los seis años de una manera sorprendente. Sus cabellos habian mermado de tal modo, que apenas se contaban algunos sobre las sienes y en la parte inferior de su cabeza. Anchas y profundas arrugas atravesaban horizontalmente su frente calva, y habia tomado su tez pálida el amarillo sucio de un mal guardado pergamino.

Puesto de hinojos ante Doña Inés, la repetia por la vez milésima su plegaria, siempre la misma, pero mas triste cada hora.

—Tened, señora, compasion. Mis ojos no tienen ya lágrimas, y brotan sangre sus pupilas: mi lengua solo sabe rogar, y mi pensamiento constante me ha puesto loco, Doña Inés. Siete años hace que yo os ví. Estabais fresca como las clavelinas y fragante como la azucena: os adoré y supe callar: hoy estais mustia y deshojada: os idolatro y lo confieso. Amabais á un bizarro infante....

—Le amaba entonces como á un hombre, hoy le venero como á un mártir.

—Yo veia crecer vuestro cariño, tenia horribles celos y callaba. Cuando me pidió vuestra mano se desvaneció mi cabeza, mi corazon se hizo pedazos, y con todo callé, señora. Vino el monarca de Castilla.

Maldecid su nombre, D. Lope.

—Sí, le maldigo, porque os ama. Llegó el monarca de Castilla, me dió como nueva indiferente la muerte de mi hermano Juan, y mi rostro quedó tranquilo; mas cuando me dijo que os amaba, apreté dos veces la daga para traspasarle el corazon.

—Si lo hubierais hecho, Hinestrosa, el infante D. Juan viviria, y seriamos los dos felices.

—En brazos de D. Juan, señora, no lo hubiera permitido nunca. No atenté á la vida del infante, porque me creia bastante fuerte para impedirle vuestra union: quise asesinar al monarca, porque mi poder ante el suyo era una arista que se opone al vendaval que se la lleva ¡Piedad! señora, de un anciano que llora como un tierno niño.

—¿Recordais, señor de Hinestrosa el dia veinte y cinco de Octubre de mil trescientos cincuenta y nueve?

D. Lope bajó la cabeza y no replicó una palabra.

—Habitábamos el castillo de Carmona; era la caida de la tarde; yo estaba pensando en D. Juan. Sentí pasos en mi aposento, érais vos. Me digísteis que el rey D. Pedro deseaba tener una entrevista con la huérfana de Avendaño: yo me postré ante mi tutor como vos lo estais ante mí.

—Callad por piedad, Doña Inés.

—Yo me postré ante mi tutor, y le dije con triste llanto: "Todo lo conoceis señor; no puede seros un misterio mi situacion hácia el monarca, y debeis ampararme en ella. Sois un caballero, D. Lope: estais ejerciendo en la tierra sobre la huérfana de Avendaño, la misma mision que mis pa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

dres en la morada de los justos. Sois mi protector por la ley y teneis sagrados deberes. Una huérfana desgraciada implora proteccion de un noble, y debe esperarla cumplida. Una mujer suplica á un hombre, y no debe quedar burlada. Por lo que mas ameis en el mundo, escusadme el crudo tormento de hablar al cruel D. Pedro de Castilla." ¿Qué me respondísteis, D. Lope?

D. Lope bajó mas su cabeza. La huérfana continuó con una energía estraordinaria:

—Me respondísteis, bien me acuerdo, y no equivocaré una sílaba: "¡Mi proteccion contra D. Pedro! Si quiero oponerle palabras, me mandará cortar la lengua: si atravieso mi cuerpo en los umbrales, pasará pisando mi cuerpo: si mi cabeza le incomoda, la estrellará contra los muros. ¡Mi proteccion contra D. Pedro! ¿Qué soy yo, miserable arbusto, contra el huracan que rebrama?" Esto me respondísteis, D. Lope, el dia veinte y cinco de Octubre de mil trescientos cincuenta y nueve; atended bien lo que os respondo á diez y seis de Marzo de mil trescientos sesenta y seis. Mi amor ha sido del infante, y jamás tendré otros amores. Si fuera á pronunciar mi lengua dulces protestas de cariño, saldria una voz de los sepulcros para apellidarme perjura: si fuera á estrechar con mi diestra otra diestra al pié del altar, se levantaria un esqueleto para desunirlas al punto. Mi amor ha sido del infante y jamás tendré otros amores.

La voz de Doña Inés vibraba como una campana de bronce: Hinestrosa siempre arrodillado no osaba mirar á la huérfana.

Pasados algunos instantes recobró fuerzas el alcaide, y con voz compasada y triste habló á su pupila temblando:

—¿Habeis agotado ya, señora, toda la amargura de los recuerdos contra el desgraciado Hinestrosa? Habeis hecho penetrar en mi alma hasta el pomo la aguda espada del dolor, y teñido mi rostro pálido con el carmin de la vergüenza? Cuando me pedias proteccion contra el monarca de Castilla, ardia mi sangre como lava y me mesaba los cabellos de desesperacion y rabia. ¿Sabeis, señora, si D. Lope se hubiera atrevido á decir al rey que penetrase en vuestra estancia? Ciertamente no. Yo dí motivo á sus sospechas; yo fuí á buscar al infante en la triste noche de su muerte para que se propusiera alentar las esperanzas de D. Pedro, y conjurase la tormenta que sobre su frente tronaba. ¿Por qué busqué yo al infante? ¿Por qué vislumbraba su suerte? No, Doña Inés. Vuestro tutor habia asistido á una cena muy borrascosa, pero no sabia una palabra de los proyectos del monarca, ni de la proximidad de la fuga: me habian vendido como á D. Juan. Fuí á proponerle aquel medio de calmar la cólera del rey, para que degradándose á vuestros ojos no hubiera una persona en el mundo que poseyese á doña Inés.

—Pero como el infante era noble, como su corazon altivo no se parecia en nada al vuestro, desechó la infame propuesta y pereció como valiente. Cada instante apareceis, D. Lope, mas miserable, mas pequeño: y la hermosa sombra de D. Juan crece á mis ojos cada dia. Vedla como toca el azul del cielo y el sol le sirve de aureola.

Al pronunciar estas palabras, tendia su mano Doña Inés, y sus ojos desencajados querian buscar en el espacio la sombra ilustre que le retrataba su mente. El alcaide, siempre de rodillas, tendia sus manos hácia la huérfana, y proseguia con sus plegarias.

—¡Pero no es posible, Doña Inés, que olvideis por un solo instante la memoria amarga de aquel dia?

—No, no es posible que yo la olvide. Fué el dia grande de mi existencia.

—Y en los seis años que han pasado, ¿no me habeis visto siempre sumiso, suplicando de dia en vuestra estancia y velando de noche á su puerta?

—Habeis llenado cumplidamente vuestro cargo de carcelero. No necesita la mujer un hombre sumiso, ó lo que da lo mismo, débil, que llore y se tuerza los miembros: necesita un corazon fuerte, que la haga respetar, y que la proteja.

—Yo he adivinado vuestros deseos, yo os he seguido como un esclavo por las ciudades de Castilla, yo he perdido mi razon, señora. ¿No merece lástima un anciano, cuya cabeza era de bronce, y cuyo corazon de hielo, que hoy tiene débil la primera y volcanizado el segundo? ¿No merece compasion un hombre, que durante cincuenta años no habia conocido otro amor que el de las letras y las armas, y hoy suspira como un mancebo, y hoy gime como una viuda?

—¿Y no merece fidelidad la memoria del noble mártir? Mi amor le condujo á la tumba, y....

—Vuestro amor me llevará á ella.

—Todavía estais vivo, D. Lope.

—El muerto no sufre, señora; el vivo padece un infierno.

—El muerto nos ve desde allí. Y Doña Inés señaló al cielo.

Un gran repique de campanas vino á interrumpir de improviso las eternas súplicas del alcaide y los desdeños de la hermosa. Ambos á dos se levantaron; pero manifestaban la sorpresa de dos maneras muy distintas. Sobre la frente de Doña Inés brilló una ráfaga de alegría, y se oscureció la del alcaide con nuevas sombras de tristeza. Por un movimiento simultáneo se precipitaron á una ventana, ansiosos ambos de saber, qué motivaba aquel repique y la rempentina animacion de la ciudad de Calahorra.

Las ventanas del aposento daban á una calle bastante ancha y la mas principal del pueblo. Tenia en ella su palacio el obispo, que lo era á la sazon un D. Fernando, segun el cronista Lopez Ayala, y habia varios edificios de los mas ricos y notables. Un gentío inmenso discurria con precipitacion y gozo, estaban colgadas las casas, y no cesaban los repiques.

Por cada ventana asomaban una multitud de cabezas, especie de mosaico viviente, en que se

mezclaban los colores, las hermosuras y las edades. Gritaban los chicos por ver; las jóvenes bellas por ser vistas, y las abuelas y las tias por ocupar cómodamente el antepecho, que ofrecia un punto de apoyo mas firme que los respaldos de las sillas y las espaldas de las nietas.

Una infinidad de muchachos, mal vestidos y revoltosos, gritaban con toda la fuerza de sus dilatados pulmones un "¡¡viva!!" siempre mas sonoro, pero que no podia calcularse á quién festejaban con él.

—¿Entrará D. Pedro en Calahorra, dijo el alcaide estremeciéndose, segun la bulla y algazara con que se agita todo el pueblo?

—Tambien pudiera ser, respondió la huérfana, que en vez de D. Pedro el fratricida, entrase D. Enrique su hermano.

—Eso es imposible, señora, el rey D. Pedro estaba en Burgos.

—Y en Zaragoza D. Enrique.

—Si fuera el infante vendria con las banderas desplegadas, y con aparato de guerra: no le permitiria Fernan Sanchez penetrar en este recinto, ni los vasallos de D. Pedro le recibirian aclamándole.

—Grueso ejército trae D. Enrique, y á la vista de los soldados, muchos juramentos se rompen, y cambian muchos de señor.

—El pleito, homenaje rendido ante el monarca castellano, guardarán los de Calahorra.

—No ha cumplido siempre D. Pedro, ni la fé de los juramentos, ni la santidad de los tratados. Vino á visitarle un rey moro, y le asesinó bajamente, para robarle ricas joyas. Como.....

"Ya están entrando, ya están entrando," gritó una turba de muchachos, batiendo la palmas con júbilo.

Las gentes de los miradores se empinaron cuanto pudieron, y alargando sus cuellos todo lo que daban de sí, pretendian adelantarse un segundo el espectáculo deseado.

No fué muy larga su impaciencia: por el estremo de la calle, y en direccion opuesta al palacio del obispo de Calahorra, apareció una cabalgada sobre palafrenes fogosos y con ricas armas de guerra. Fué adelantándose lentamente: mas entre tantos ojos fijos, podian distinguirse sin esfuerzo, por su atencion mas obstinada, los de la huérfana y de D. Lope.

—¡Los colores de Trastamara! esclamó Hinestrosa de improviso.

—¡Viva el infante D. Enrique! gritó Doña Inés con voz metálica.

"¡Viva el infante D. Enrique!" repitieron los chicos en coro, batiendo las palmas como antes.

La comitiva habia llegado bajo la ventana de la huérfana; y así Doña Inés como Hinestrosa, pudieron contar las personas y reconocer los semblantes.

Marchaba el primero, D. Enrique, sobre los lomos de un buen tordo, que conocen ya los lectores, por haberle visto en Carmona. Venia el infante bien armado y levantada la visera. Seguiale de cerca Beltran Güesclin, capitan esperimentado y general de sus ejércitos.

Se distinguian á pocos pasos el conde de la Marcha, del linaje del rey de Francia: Bernal, bastardo de Bearne: Hugo de Carbolay: Mossen Juan de Ebreos: Juan de Ebreus: el conde de Diena: D. Felipe de Castro: D. Juan Martinez de Luna y otro gran número de caballeros franceses, ingleses, aragoneses y castellanos. El obispo y Fernan Sanchez de Tobar aumentaban la comitiva, queriendo ganar los favores de aquel astro que aparecia, con abandonar el partido del sol de Castilla eclipsado.

No es necesario recordar que los víctores continuaron, los cuellos fueron dando de sí y magullándose las espaldas de unas humanidades y otras que se desplomaban sobre ellas.

Tambien seria bastante prolijo ir enumerando las conquistas que aquellos caballeros andantes fueron haciendo en las doncellas de la ciudad de Calahorra; debiendo añadir, en obsequio de las costumbres de la época, que los pechos de las casadas, asegurados ya de incendios, permanecieron insensibles á la marcialidad de los señores, y á la donosura de sus pajes. Cosa que atestiguan los cronistas, pero que sujetan á discusion algunas damas de estos tiempos, que quieren despojar la historia de inverosímiles consejas.

Fué pasando la comitiva, sin que llamase la atencion de la huérfana ni caballero ni escudero, cuando divisó un lindo paje, con los colores de D. Enrique, y cabalgando sobre un morcillo de nueve palmos, si no miente el historiador á quien copio.

Fija la mirada del paje en la huérfana de Avendaño, parecia combinar recuerdos, y caminaba á paso lento. Llegado que hubo ante la puerta de la casa de Doña Inés, paró de repente el caballo, y echándose el yelmo hácia atras, para mirar con mas anchura, se quedó inmóvil, contemplando á la pupila de Hinestrosa.

Fija le contempló la huérfana: mas inspirada de repente, "¡Enrique!" esclamó con voz firme.

"¡Doña Inés!" la replicó el paje. Y abandonando su caballo en manos del primer soldado, que la casualidad le ofreció, subió de dos en dos los escalones con gran júbilo, hasta el aposento de la huérfana.

CAPITULO II.

¡Cuán fugaces, cuán fugaces
Son las horas de la vida,
Y qué presto en nuestras almas
El pesar su hiel destila!
MANUEL CAÑETE.

Entró el paje en el aposento, y saludando militarmente á la huérfana de Avendaño, echó una mirada severa sobre el alcaide de Carmona.

No era ya nuestro amigo Enrique aquel muchacho jugueton que conocimos en otro tiempo: su tez se habia tostado mucho por el sol de los

campamentos, y una barba parda y espesa cubria su rostro varonil. Su estatura de cinco piés y medio era esbelta y proporcionada, adunando cierta elegancia de soldado con la robustez y la fuerza. Venia completamente armado, y marchaba con arrogancia.

De cuantas personas habitaban en el castillo de Carmona, solo Enrique habia adelantado en belleza: privilegio de los pocos años en el hombre; pues mientras la mujer, rosa cándida en su mañana, marchita los sutiles pétalos en la tarde y se deshoja en una noche, el hombre, arbusto de las sierras, tiende sus ramas mas robustas en el curso de algunos años, y roble altivo se levanta cuando la rosa ya no vive.

Dos años mas tenia la huérfana que el jóven paje; pero con todo ¡qué distintos! Es verdad que sobre la frente de la hermosa no habia posado todavía la mano lenta de los años su sello glacial y destructor; pero otra mano muy poderosa, otra mano que despedaza, mientras la del tiempo consume, habia descarnado sus mejillas, y quitado luz á sus ojos: la mano sangrienta del dolor.

El semblante de Doña Inés se animó á la vista del paje, con aquella dolorosa alegría que generalmente sentimos al encontrar un perdido amigo, partícipe de nuestras penas y testigo de la catástrofe. El paje fijó su mirada en el rostro de la señora, y cruzando con dolor sus manos, esclamó con triste sonrisa:

—¡Qué mudada os hallo, señora!

—¡He padecido mucho, Enrique!

—¿Quién os ha hecho sufrir, señora? preguntó el paje lanzando una mirada de fuego al alcaide.

Doña Inés colocó la mano sobre su corazon, y dijo:

—Enrique, aquí está mi tormento.

Despues la levantó, y señalando con sublime resignacion el cielo, añadió en voz baja y dulce:

—Mi esperanza está allí.

Todos quedaron en silencio. Hay algunas horas solemnes, en las que perdemos los sentidos; y desprendiéndonos del mundo que tocamos y nos rodea, vuela el alma por cien mundos nuevos que ella se traza y que ella puebla habitados por los objetos que diviniza nuestro amor. En estas horas encontramos nuevas potencias en el alma: la memoria no es lo pasado, es un presente que renace. Lo abarca todo el entendimiento: sube con Leibnizt á los cielos, y con Newton baja á los mares. La voluntad no tiene límites; y omnipotente como Dios, realiza todos sus deseos, crea los objetos que no existen.

Muchas veces en nuestra vida hemos disfrutado estas horas de sonambulismo y delirio. Producidas por el placer, hemos llegado con Virgilio á los perfumados Elíseos, y allí han repetido los ecos de su montaña de diamante el nombre de la bien amada. Producidas por el dolor, hemos recorrido con el Dante las profundas cavernas del Tártaro y leido sobre su puerta de metal, en rojos caracteres de fuego, estas formidables palabras: "LASCIATE OGNI SPERANZA VOI CHE 'NTRATE."

¿Qué esperanza podia conservar Hinestrosa á los cincuenta y siete años de edad? ¿Qué esperanza podia conservar Doña Inés á los seis de haberla perdido? Ninguna. No cabe esperanza en un anciano; todo es pasado para él; tiene un instante de presente, pero le falta porvenir. Toda la esperanza de una mujer está cifrada en un amor: el amor muere, y tambien muere la esperanza. Entre dos esperanzas muertas estaba rica y poderosa la esperanza del jóven paje. El hombre á los veinte y dos años cree, ama, busca la gloria y ambiciona: mas adelante, se cansa y duda.

—¿Qué mudada os hallo, señora? repitió el paje amargamente.

—Han trascurrido ya seis años, Enrique, y las hojas del corazon no se renuevan como las de las plantas fecundas. Tú tambien estás muy mudado, y solo nos diferenciamos, Enrique, en que tú has ganado mis pérdidas.

—Mucho desearia, Doña Inés, poder volveros mis ganancias, y perder para que ganaseis. Habeis sido mejor amante que yo servidor; bien lo veo.

—El amor debe matar, Enrique; el agradecimiento y el cariño conservar eterna memoria, y tomar venganza tambien.

—Yo la tomaré muy cumplida. ¿Pero se ha justificado el alcaide de complicidad con el rey? ¿Habeis demostrado, D. Lope, que no tuvisteis ninguna parte en el asesinato de D. Juan?

—Lo he repetido veinte veces, dijo el alcaide sonrojándose, lo he repetido veinte veces, y un caballero nunca miente.

El paje miró á Doña Inés, como esperando confirmase la aseveracion del alcaide, hasta que al fin dijo la huérfana:

—No tuvo ninguna parte, Enrique: el tirano desconfió de él y compró á Fortun el secreto.

—¡Oh! dijo el paje con despecho, si consigo haberle á las manos, yo le alargaré las orejas hasta que le sirvan de abarcas. Una sola vez he vuelto á verle y no le pude haber á tiro. Tengo en la memoria aquel dia para no olvidarle jamas.

—¿Dónde le encontraste?

—Señora, estábamos en Calatayud: el rey D. Pedro la apretaba, pero nosotros como rocas: es decir, como aragoneses. Se malograron los socorros y los vecinos inflexibles. Llegó el veinte y nueve de Agosto de mil trescientos sesenta y dos: el hambre se sentia de firme, y á pesar de mi oposicion, de mi dolor y de mi rabia no hicieron caso de un mancebo, y abrieron las puertas al rey. Los vecinos capitularon, yo puse espuelas á mi morcillo, y vine á dar noticia al conde. En el momento de salir descubrí á Fortun, pero lejos: no pude hacerle.... ni un saludo.

—¿Has batallado mucho, Enrique?

—Medianamente, por lo menos, y hasta ahora con una fortuna que da gusto. En la fortaleza de Ariza recibí muy sendas lanzadas, y me abandonaron por muerto. Apenas medio restablecido el sitio de Calatayud, despues en Tarazona y en Murviedro: siempre resistiendo á D. Pedro y siempre D. Pedro triunfante. Marcha el conde á Francia, le sigo. Allí me apuran la paciencia con su diabólica algarabía. Si les pido pan, se hacen sordos: si agua reclamo, me dan vino. ¡Maldiga Dios al que no habla en castellano como yo!

La huérfana se sonrió al considerar el disgusto con que el paje se producia, y Enrique continuó como antes:

—Nuestro general Beltran Güesclin es un militar de provecho, muy arrojado en los combates, y muy bondadoso en los reales; pero con su acento breton es capaz de romper el tímpano á un anacoreta de bronce. Por fin dimos la vuelta á España con tres mil lanzas de refresco: esta mercancía de la Francia no agradó mucho al castellano, ni á su amigote el de Navarra. Abrense las negociaciones, embajadas por una parte, propuestas de paz por la otra: proposiciones solapadas; enredos que el diablo enmaraña. ¡Oh! en las contiendas de los reyes, lo mas honroso y mas seguro es cuchillada que cante el credo. ¿Qué resultó de estos mensajes? convenirse los tres monarcas en asesinar á D. Enrique.

—¿Es posible? preguntó Hinestrosa.

—¿Es posible? repitió la huérfana.

—Es mas que posible, es seguro. Concertaron el aragones y el navarro, verse en el castillo de Uncastel con el infante D. Enrique: acostumbrado mi señor á las continuas asechanzas que por todas partes le tienden, y escarmentado con la muerte dada al buen infante D. Fernando, no quiso acudir al castillo hasta que tuviese un alcaide de firme corazon y palabra. Nombraron por fin á Juan Ramirez de Arellano, y el infante se allanó á las vistas: yo le seguí como su paje. Apenas dentro del castillo, proponen al noble Ramirez asesinar á D. Enrique: él lo desecha con horror. Es Arellano todo un hombre.

—Pocos hombres cuenta Castilla, dijo la huérfana, como el alcaide de Uncastel. Mas no podia la Providencia permitir que acabasen con D. Enrique. Será el conde de Trastamara la justicia de Dios en la tierra sobre el Monarca de Castilla.

—Apretado el rey de Aragon, continuó el paje, por las huestes del castellano, recurrió á Beltran Güesclin y á otros caballeros franceses, para que viniesen con sus compañías de aventureros á servirle contra Castilla. Unió D. Enrique sus instancias, el rey de Francia y el Pontífice sus escudos; y como conocian al conde, y el rey de Aragon daba oro y prometia Estados y honores, todo se arregló brevemente. Llegan el primero de Enero á la ciudad de Barcelona; se les recibe con aparato, y se les dan regios banquetes. Descansan un poco; venimos de allí á Zaragoza, y sin encontrar enemigos, entramos en Calahorra como acabais de presenciar. He contado como militar viejo mis trabajos y mis campañas; perdonadme lo largo de ellas, y concededme ya el permiso de ir á buscar á mi señor.

—¿En dónde se aloja el infante?

—En el palacio del obispo.

—¿Me acompañarás á él, Enrique?

—Con toda mi alma.

—Doña Inés, dijo el alcaide de Carmona, que habia permanecido entregado á meditaciones amargas: ¿para qué queréis presentaros ante esa numerosa corte que rodeará al infante ahora?

—Necesito hablarle, D. Lope.

—Me atreveria á rogar de nuevo que renunciaseis á esa entrevista.

—¿Queréis dejarla obrar? señor, repuso el paje con enfado.

—Estoy decidida, D. Lope. Ocupada siempre mi alma con unos mismos pensamientos, medita bien en sus ideas. Mis determinaciones son lentas, pero tambien irrevocables.

—Si me lo permitis, señora, os acompañaré hasta ese palacio.

—No es necesario; no, D. Lope. La autoridad del rey D. Pedro ha terminado en Calahorra; esta casa no es mi prision, ni vos mi tutor, Hinestrosa. Soy libre como el pensamiento.

—Y si quiere oponerse alguno, yo me encargaré....

—Abusas, paje, dijo con dignidad D. Lope. Tengo triple edad que la tuya, y debes respetarme, Enrique.

La reconvencion era justa, y el modo de hacerla imponente. Enrique se ruborizó, bajó los ojos con vergüenza, y tomando una mano á D. Lope, le dijo sin alzar la vista:

—He hablado muy descortesmente á un caballero como vos; buscad la disculpa en mis años y en mis amarguras, D. Lope. Confieso la falta, señor, y os pido que me perdoneis.

Dos gruesas lágrimas asomaran á los párpados rojos y secos del buen alcaide de Carmona; su corazon se dilató, y se desarrugó su frente.

—Me has hecho mucho bien, Enrique; eres generoso y honrado. Tú podias haber añadido á la grave ofensa la burla, porque mis manos tiemblan ya, y mal sostienen una espada. Has preferido satisfacerme; has conocido mi razon, y has postrado ante ella, buen paje, tu orgullo herido humildemente. El cielo te proteja, Enrique, y nos perdone, como yo perdono tu ofensa, mi amigo.

—Amén, replicó el paje solamente.

—Podeis salir cuando gusteis, señora mia, dijo á la huérfana D. Lope.

—¿Me dais permiso para ello? replicó Inés arrepentida del modo duro y humillante con que le habia tratado hasta entonces.

—Sois libre, como lo habeis dicho. El poder del rey acabó, y mi tutoría por lo tanto. Solo continúan, Doña Inés, mi esclavitud y mis tormentos.

El alcaide salió de la estancia; Doña Inés se puso su manto, y apoyada en el brazo de Enrique, se encaminó rápidamente hácia el palacio del obispo. El alcaide al verla salir, tras una espesa celosía, no pudo menos de esclamar:

¡Tambien el ángel de la muerte aparece hermoso en Inés!

CAPITULO III.

Io son Clorinda, disse; hai forse intesa
Talor nomarmi, e qui, signor, nó vegno
Per ritrovarmi teco a la difesa
Della fede comune, e del tuo regno.
Son pronta, impone pure, ad ogni impresa:
L'alte non temo, el'umile non sdegno.
Vogliimi in campo aperto oppur tra'l chiuso
Delle mura impiegar, nulla rifuso.
TASSO. GERUSALEMME 2.° CANTO."

La comitiva del infante llegó al palacio del obispo, y descabalgaron los señores mas principales del ejército. El pueblo repitió sus vivas; los pajes marcharon á ocupar sus alojamientos; y D. Enrique de Trastamara, Beltran Güesclin, Hugo de Carbolay, el conde de la Marcha, Bernal de Bearne, Mossen Juan de Ebreus, el conde de Denia, D. Felipe de Castro, D. Juan Martinez de Luna, el obispo de Calahorra, Fernan Sanchez de Tobar, y algunos que otros cabos penetraron en el palacio.

Conducidos por el obispo, fueron á ocupar sus asientos en el salon capitular. Presidia, como era de razon, el infante: estaba á su derecha el prelado, representante de la Iglesia en un siglo en que era mirada con respeto, y á su izquierda Beltran Güesclin, como general de la hueste. Ocupaban los demas cabos sus asientos en proporcion á su importancia; siendo los últimos á sentarse los aragoneses y castellanos, que como de la propia casa quisieron hacer los honores con grade fineza á sus huéspedes.

Acomodados los señores, llegó la ocasion de esplicarse sobre el motivo de la junta; y Beltran Güesclin que reunia á la esperiencia de la guerra una elocuencia varonil, tomó la palabra el primero, y se espresó de esta manera:

"Señores, antes de manifestar al consejo los fundamentos de mi opinion, quisiera oir la del venerable prelado, y la de Fernan Sanchez de Tobar. El obispo por su carácter debe tener la primacía; y ambos como mas al corriente de cuanto sucede en Castilla, pueden ilustrarnos mejor."

Caito Beltran, y la asamblea se unió unánime á su deseo.

"Agradezco, dijo el obispo, la caballerosidad é hidalguía con que ha querido Mossen Beltran, hacer respetar en mi persona los privilegios de la Iglesia. No diré yo que soy estraño al ejercicio de las armas. La cruda lucha que sostenemos desde principios del siglo octavo, con los sectarios de Mahoma ha hecho un capitan de cada obispo. Nos quitamos el pectoral para ceñirnos la coraza; y dejamos cien y cien veces el báculo de los pastores por la tizona de un soldado. Llamados por el Evangelio á combatir contra el Coran, somos apóstoles y paladines de una religion y de una Iglesia: pero fuera de esta guerra santa no debemos blandir el acero en nuestras guerras intestinas, ni derramar sangre cristiana con unas manos que bendicen y á las que baja el sacramento. Yo formaré votos como hombre; yo rogaré á Dios como sacerdote y cristiano para que triunfe la buena causa, pero no vestiré la cota ni predicaré el esterminio. No esperéis mi opinion, señores; y el espíritu de Dios brille en las de varones tan altos."

Estas palabras llenas de uncion, estas máximas evangélicas fueron escuchadas en silencio, y los guerreros mas fogosos rindieron un justo homenaje á la piedad santa del prelado. D. Enrique le apretó la diestra con las lágrimas en los ojos: y hubo una pausa religiosa hasta que de nuevo Güesclin invitó á Sanchez de Tobar á que emitiese su opinion.

Pocas palabras, dijo Sanchez, tengo que decir al consejo, y aun pudieran quedar calladas. El rey D. Pedro de Castilla puso á mi cuidado esta plaza de Calahorra: si el rey D. Pedro de Castilla me hubiera enviado algun socorro, ó no hubieran sido tan flacas las murallas que la rodean antes de pisar este sitio, hubierais probado, señores, las puntas de nuestras ballestas, y la lealtad de un castellano.

Un murmullo de aprobacion respondió al valiente soldado, y los sentimientos honrosos que hicieron brillar sus palabras, fueron acogidos de todos, y todos los interpretaron.

Siguieron varios capitanes al alcaide de Calahorra, y muy encontrados pareceres dejaban ver en sus discursos. *Los unos decian que era bien ir luego á Burgeos, como á cabeza de Castilla: otros fueron de parecer, que el conde D. Enrique tomase título de rey, para que, perdida del todo la esperanza de reconciliacion con su hermano, con mayor ánimo y constancia se hiciese la guerra, y para meter á todos en la culpa y empeñallos* (1).

Debatidas las opiniones volvió á levantarse Güesclin, y reclamando la atencion, dijo con voz firme y sonora:

"Antes de venir á Castilla era ocasion de discutir el partido mas conveniente: una vez pisada la tierra, solo nos toca pelear. Toda la flor de la Alemania, de Inglaterra y de Francia, toda la de Aragon y de Castilla, está á la sazon en nuestra hueste: ¿quién dudará de la victoria? La primer ciudad á que llegamos nos recibió con alborozo, y otras ciudades y otras mas seguirán, señores, su ejemplo. ¿Qué fuerzas opondrá D. Pedro á nuestros valientes paladines, á nuestros doce mil caballos, y á nuestros treinta mil peones? Lo mas granado de Castilla está militando con nosotros; sus amigos han perecido bajo el hacha de sus verdugos; sus soldados serán bisoños, y los pueblos romperán con gusto el duro cetro que los rige, y los judíos que los esquilman. ¿Está nuestro enemigo en Burgos? Marchemos al punto á su encuentro. ¿Falta en Castilla un soberano? Ceñid, D. Enrique, la corona, y con el cetro y con la espada, regid en justicia á vuestros pueblos, y esterminad á los malvados."

(1) Mariana. Historia de España.

Un aplauso acabó el discurso del valiente capitan breton. Todos se llegaron al infante, y todos le pedian á la vez que se ciñese la corona, y que marchase sobre Burgos.

Trabajo le costó á D. Enrique restablecer algo el silencio, para que escuchasen sus palabras, y antes de poderlo conseguir, hubo de escuchar estas pocas del jóven Bernal de Bearne.

"Todo cuanto puede decirse, lo ha presentado Beltran Güesclin, como yo no pudiera hacerlo; pero permitidme, señor, que añada muy breves razones. El hijo mayor de D. Alonso tiene que vengar á su madre, á sus hermanos, y á sus deudos."

Al terminar Bernal su discurso, uno de los tapices que cubrian los muros de aquella gran sala se agitó imperceptiblemente: el auditorio guardó silencio, y enjugó sus ojos D. Enrique.

Muy doloroso era para el conde el recuerdo de tanto agravio, y no debia despreciar un modo de tomar cumplida venganza; así lo esperaban los caballeros, y así parecia natural en la irritacion de su ánimo. El infante meditó largo rato, y dirigiéndose á los barones les arengó de esta manera:

"Quizá debiera yo callarme, mis nobles y valientes amigos, y dejar á vuestro cuidado la prosecucion de un negocio, que con buenos auspicios comienza y que no tendrá malos fines. Hemos escuchado á un obispo hablar con santa mansedumbre: á un castellano con lealtad: á Beltran Güesclin con arrogancia: á todos vosotros con valor. Yo que soy aquí, mis amigos, tan interesado en la demanda, quiero discurrir con prudencia. He combatido á vuestro lado en distintas épocas y naciones: no me tacharéis de cobarde: anhelo medirme con D. Pedro, y seria para mí muy grato venir á las manos con él. Pero si marchamos sobre Burgos, ¿nos será hacedero tomarla? Mucho temo que no suceda. Burgos es una ciudad fuerte: D. Pedro, que está en su recinto, podrá reunir en breves dias un buen número de soldados, y los burgaleses altivos no mirarán con buenos ojos al que los entre por asalto. El levantar una barrera entre mi persona y D. Pedro no me impediria ciertamente apellidarme rey de Castilla, mas no me place que los pueblos puedan ver en mi espedicion, mas que el procomunal del reino, el interés de un solo hombre. Los castellanos se dan reyes, mas no los reciben por fuerza. Yo no pienso disfrazar aquí una ambicion bastante noble; el que desprecia una corona está falto de corazon, y el mio late con arrogancia. La ceñiré, si Dios lo quiere y me la presenta Castilla; pero no quiero adelantarme á la Providencia, y á los pueblos. Mucha sangre se ha derramado de mis amigos y mis deudos: yo estoy decidido á vengarla....

—Sí, D. Enrique: oye la voz de tu sangre que te lo manda, dijo una mujer apareciendo.

—¡Oh sombra querida de mi madre! esclamó el infante abrazándola.

—No soy la sombra de tu madre, yo soy la sombra de D. Pedro; soy Inés Sanchez de Avendaño.

Era tan semejante Doña Inés á Doña Leonor de Guzman, y su estremada palidez la daba un carácter de aparecida tal, que al contemplarla D. Enrique, creyó ver á su madre saliendo de los mármoles del sepulcro para pedirle la vengase, y se precipitó en sus brazos. De pié todos los caballeros, se preguntaban admirados quién era aquella hermosa jóven marchita por los sufrimientos, y solo sacaban en claro que debia ser la triste huérfana del comendador de Castilla, D. Lope Sanchez de Avendaño. Doña Inés cogió por la mano á D. Enrique, y conduciéndole á su asiento, se colocó de pié á su lado; reclamó silencio con un gesto, y dijo con su voz metálica:

—Los hombres teneis reflexion y cabeza; las mujeres un corazon é inspiraciones. Yo vaticino á D. Enrique que reinará sobre Castilla, y se cumplirá el vaticinio. Conde D. Enrique, en mí has encontrado una sombra que se confunde con tu madre: voy á hablarte, pues, en su nombre. Conde D. Enrique, toma aquí el título de rey, y en Burgos ceñirás la corona. Capitan de tan noble hueste, marcha sobre la ciudad de Ruy Diaz, y Burgos te abrirá sus puertas. El rey D. Pedro tiene miedo; un tropel de muertos le acosa y sus soldados son cadáveres. ¡Sús, capitanes, á las armas! La hueste marche sobre Burgos, y ¡Castilla por D. Enrique!

"¡Castilla, Castilla por Enrique segundo!" esclamó Güesclin.

"¡Viva!" contestaron á una voz.

—Ya está proclamado por rey, añadió el capitan frances, en este consejo, pronto lo será en Calahorra. Pensemos, señores, en la guerra. Muy conveniente nos seria conocer las disposiciones de los habitantes de Burgos.

—Rey D. Enrique, dijo la huérfana, ¿conoces á fondo mi historia?

—Eres hija, respondió el rey, de D. Lope Sanchez de Avendaño, comendador mayor de Castilla, y asesinado por D. Pedro en el Villarejo de Salvavés, pocos dias despues que lo fué mi hermano Fadrique en el Alcázar de Sevilla. La segunda parte de tu historia me la ha referido muchas veces mi buen paje, Enrique Ruiz de Rojas.

—Sí, dijo el paje, que se habia presentado cuando Doña Inés, yo la he referido cien veces; yo, el hermano menor de Sancho Ruiz de Rojas, camarero de D. Fadrique y asesinado el mismo dia que su señor, por la mano del rey D. Pedro.

—Todo lo sabes, D. Enrique, prosiguió la huérfana; ahora escúchame. Yo no he venido aquí á llorar, y mis pupilas están secas; he venido á reanimar tu brío y á prestarte mis servicios. No me he educado en las batallas, ni sé manejar una lanza: no seré amazona en tu hueste. Tengo valor y decision; necesitas quien vaya á Burgos; yo saldré hoy de Calahorra acompañada de este paje, y no descansaré hasta Burgos. Despues sabrás los resultados de mi llegada á la ciudad.

—Es imposible, dijo el rey, que yo te permita partir; el rey D. Pedro te aborrece, y puede atentar á tu vida.

—Estais engañado, señor: D. Pedro me ama con delirio, y mi persona le es sagrada. Cuando yo le pedia la muerte en el castillo de Carmona, como el único bien posible, quiso hacerme todo el mal dable, y me aseguró no hacer rodar en ninguna ocasion ni por poderoso motivo, esta cabeza que me abrasa. Yo le amenacé, me creyó débil, y reprodujo el juramento. Le declaré una guerra á muerte; le dije que seria su sombra; mostró incredulidad y desdeño; se sonrió de mi arrogancia, y me ofreció la libertad. Nada temas tocante á mí; iré á Burgos, rey D. Enrique, y temblará de mí D. Pedro. Mucho te deberé, hermano mio. ¿Me permites que así te llame?

—Sí, desgraciada hermana mia, contestó el rey enternecido.

—Mucho te deberé, hermano mio, si me permites ir á Burgos. Allí veré al Leon de Castilla, mas calenturiento y temblando.

—Cúmplase tu voluntad, Doña Inés.

—Gracias, D. Enrique el Segundo.

Todos los caballeros querian acompañar á la doncella: todos pretendian el honor de partir con ella el peligro y de participar su gloria. El jóven Bernal de Bearne se aproximó al rey D. Enrique, y con apasionado acento,

—Señor, le dijo, tú bien sabes que una particular aficion hácia tu persona y tu causa me ha conducido hasta Castilla. No vengo á aumentar mis Estados con tus mercedes, D. Enrique, vengo á ceñirte la corona y á que me tengas por tu amigo. Te he merecido distinciones de mucho precio para mí, pero si quieres aumentarlas con una que á todas eclipse, permíteme marchar á Burgos sirviendo á esta hermosa señora, y nada podré desear, ni nada podrás darme, ¡oh rey! que á tan gran favor se compare.

Iba á responder D. Enrique, pero se adelantó la huérfana, y con muy corteses razones agradeció al buen caballero su oferta, no admitiéndola por creer podria embarazar su proyecto....

—Está decidido, concluyó, que me acompañe este buen paje. Adios, D. Enrique; hasta Burgos.

La huérfana salió con el paje dejando admirado al consejo de su decision y su porte.

Acordaron los caballeros proceder inmediatamente á la proclamacion de D. Enrique, y desplegando los pendones, recorrieron todas las calles de la ciudad de Calahorra, hasta haber llenado las fórmulas que segun el fuero se usaban, gritando tres veces: CASTILLA, CASTILLA, CASTILLA POR EL REY D. ENRIQUE EL SEGUNDO!

CAPÍTULO IV.

Triste es vivir cuando el cierzo
Del hastío nos azota,
Y del dolor las cadenas
Van deteniendo las horas.
J. B. SANDOVAL.

Quizá recuerden los lectores á una Beatriz, antigua dueña, que conocimos en Carmona. Inseparable de Doña Inés, la habia seguido á Calahorra, y mientras aquella reanimaba las esperanzas de D. Enrique, estaba sola en su aposento, con sus antiparras caladas y haciendo calceta á destajo.

Cincuenta años tenia Beatriz en el de mil trescientos cincuenta y nueve, y en cincuenta y siete frisaba á la época en que vamos corriendo. Era la dueña una mujer de aquellas por quienes no pasan años, y aunque sentia la enfermedad y los disgustos de la huérfana, sabia echar las penas á la espalda, y se mostraba mas remozada y, sobre todo, con mas carnes que en el castillo de Carmona.

Era Beatriz blanda de ojos, y aunque derramaba muchas lágrimas por el destino de su señora, solo producian el efecto de poner un ribete encarnado en los párpados de la dueña, pues las lágrimas que enflaquecen, son las que brota el corazon en sus cavidades ocultas.

De la mejor amiga de Inés, se habia convertido la nodriza en una censora continua, y mas de una vez insoportable. Con su aficion á perorar, jamás despreciaba ocasion de hacer lucir sus buenas dotes; y como le faltaba Enrique, habia elegido por su víctima á la huérfana de Avendaño.

La tristeza de Doña Inés era un tema continuado para sus eternos sermones. Cada lágrima de la huérfana originaba una filípica; y su dolor, mudo casi siempre, daba motivo á interrogaciones ridículas, pero reproducidas diariamente. Tiene su egoismo todo dolor: el que conoce que padece por una causa sin remedio, funda su orgullo en el silencio; y esa pregunta tan sencilla de "¿qué tienes?" hecha por persona que conoce toda la magnitud del mal, y que no ha de ponerle término, produce una crispacion horrorosa, y hace crecer el sufrimiento en una proporcion que espanta. Todos conocemos por reiteradas esperiencias este tormento familiar, dado casi siempre, por personas que nos profesan gran cariño. Nuestras mismas madres, esos séres á quienes debemos la vida, y que darian mil veces las suyas por ahorrarnos un sufrimiento: esos séres, todo dulzura, todo compasion, todo amor, con maternal solicitud buscan inquirir nuestras penas, y las aumentan muchos grados. ¡Oh! es muy triste usar aspereza con la que tan llena de amor quiere partir nuestros dolores; pero en instantes de amargura las rechazamos duramente, teniendo que reunir á otros males un remordimiento terrible.

Otra causa existia tambien, que puesta en boca de Beatriz era el torcedor de la huérfana: hablo del amor de D. Lope Ya dije que la humanidad

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

con que habia tratado el alcaide á la dueña, medio sofocada por la ira que supo causar al rey D. Pedro, y sobre la paciencia con que escuchó toda su historia, reconcilió mucho á Beatriz con el alcaide del castillo. Habiendo crecido cada dia el desesperado amor de D. Lope, buscó una confidente en la dueña, y la encontró tan oficiosa, que no desperdiciaba ocasion de recomendar á la huérfana un enlace con Hinestrosa. Enlace de gran conveniencia, segun Beatriz, pues Doña Inés se iba pasando, en sentir de la antigua dueña.

Continuaba haciendo calceta Beatriz, cuando se presentó D. Lope, pálido como siempre y triste.

—¡Ay! dijo la dueña suspirando, cuánto deseo ver en tu rostro alguna señal de alegría.

—Es imposible, buena dueña.

—¿Has visto, señor, á mi Inés?

—Acabo de separarme de ella.

—¿Y se ha mostrado rigorosa?

—Siempre la misma.

—Eso va pasando de raya.

—Tengo cincuenta y siete años, y represento veinte mas.

—Cincuenta y siete tengo yo, y no me cambio por ninguna. Es una edad que á nadie asusta: un poco mas de medio siglo, la mitad de una buena vida.

—El término de la mia se acerca, y lo veo con gusto, Beatriz.

—Esa obstinacion de mi Inés me va enfadando ya, D. Lope, y ahora mismo voy á decirla, que si no cambia de....

—Es inútil. No encontrarás á Doña Inés. Acaba de salir.

—Señor, dijo la dueña levantándose, ¿mi Inés está fuera de casa?

—Sí, dueña, sí. Acaba de entrar en Calahorra D. Enrique de Trastamara.

—¿El conde?

—El conde viene á la cabeza de un ejército numeroso, y la ciudad lo ha recibido con aclamaciones y repiques.

—Pecadora de mí. Al escuchar tanto repique, me pareció que anunciarian una novena ó jubileo. ¿Pero cómo ha venido el conde? Esto debe ser un milagro.

—Los milagros que hacen las lanzas. Con el conde ha venido Enrique.

—¡Ha venido! ¡Hijo de mi alma! ¡Vendrá muy tostado del sol! ¡Ha crecido mucho? ¿Está muy grueso? ¿Tiene barbas? ¿Es capitan de compañía? Era muy travieso, D. Lope, pero tan leal como un perro.

—El niño es ya un hombre, Beatriz.

—¿Pero adónde se ha marchado Inés?

—A ver al conde.

—¿Sola?

—No: la va acompañando el buen paje.

—Sabeis, D. Lope, que es estraña esta conducta de la huérfana. ¿Qué irá á decir á D. Enrique? ¿Qué tiene que tratar con él si no le conoce siquiera, si no le ha visto ni una vez?

—Irá á decirle su idea fija; irá á contarle lo de D. Juan; irá á pedirle su venganza. Un solo pensamiento ocupa la imaginacion de la huérfana, D. Juan: una sola palabra bulle en sus amoratados labios, D. Juan: un solo porvenir descubre, unirse al cabo con D. Juan. El es su Dios y su creencia: cifra en él la bienaventuranza futura y padece con noble orgullo porque se está muriendo por él. Hablarle de amor, es recordársele: hacerle ver su enfermedad es recordársele tambien. El manso arroyo que murmura, el huracan que airado brama, la blanda lluvia que fecunda y el ronco trueno que amedrenta, tienen un lenguaje simbólico que habla á su imaginacion doliente, y todos le dicen: "D. Juan."

—¡Oh! Teneis mucha razon, D. Lope: Doña Inés está casi loca, y temo....

—No ha perdido el juicio, pero lo perderá quizá. Hoy está viviendo Doña Inés bajo una pesadilla sangrienta; ¿cómo despertará? ¡Dios lo sabe! ¡Si yo pudiera darla vida! ¡Si pudiera hacer con mi sangre un bálsamo que cicatrizase las hondas llagas de su pecho! ¡si mi alma convertida en fuego pudiera reanimar la suya! Pero no: todoes imposible. Doña Inés morirá de amor; yo moriré, Beatriz, de celos. Estoy celoso de una sombra, tengo por rival á un cadáver; y la sombra turba mi vista, y el cadáver ata mis miembros.

—Decís unas cosas, D. Lope, que hacen estremecer á uno: yo, la verdad, sueño de noche con aparecidos y duendes: ya se ve, si oigo por el dia tantas cosas estraordinarias, que no tiene nada de estraño.... ¿Por qué no me hablais de mi paje?

—Para serviros, buena dueña, dijo Enrique entrando en la estancia, acompañado de la huérfana.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar! dijo la dueña santiguándose, y se quedó con la boca abierta, hasta mostrar la campanilla.

Enrique sonrió de verla: se adelantó unos cuantos pasos con marcialidad y buen porte, y llegándose hasta Beatriz, la dió un abrazo muy cordial con el mejor amor del mundo.

—¿Quién te habia de conocer? hijo, dijo la dueña sollozando: has crecido un palmo lo menos y con esas barbas estás hecho un soldado, muy buen mozo.

—Os estimo la cortesía.

—¿Qué grado tienes, hijo mio?

—Soy, para serviros, buena dueña, paje del rey.

—¡Paje del rey! esclamó Beatriz.

—¿Qué encontrais en ello de estraño?

—¡Enrique paje de D. Pedro!

—Enrique paje de D. Enrique el Segundo, rey de Leon y de Castilla, respondió el paje descubriéndose.

—¿D. Enrique, rey de Castilla? preguntó Hinestrosa.

Señor, repuso la hija de Ayendaño, acaba de ser proclamado en el palacio del obispo, y pronto se darán al viento los estandartes de Castilla por el rey Enrique Segundo.

Hubo un instante de silencio, que nadie osaba interrumpir. La dueña que no se avenia con es-

33118

—Es imposible, dijo el rey, que yo te permita partir; el rey D. Pedro te aborrece, y puede atentar á tu vida.

—Estais engañado, señor: D. Pedro me ama con delirio, y mi persona le es sagrada. Cuando yo le pedia la muerte en el castillo de Carmona, como el único bien posible, quiso hacerme todo el mal dable, y me aseguró no hacer rodar en ninguna ocasion ni por poderoso motivo, esta cabeza que me abrasa. Yo le amenacé, me creyó débil, y reprodujo el juramento. Le declaré una guerra á muerte; le dije que seria su sombra; mostró incredulidad y desdeño; se sonrió de mi arrogancia, y me ofreció la libertad. Nada temas tocante á mí; iré á Burgos, rey D. Enrique, y temblará de mí D. Pedro. Mucho te deberé, hermano mio. ¿Me permites que así te llame?

—Sí, desgraciada hermana mia, contestó el rey enternecido.

—Mucho te deberé, hermano mio, si me permites ir á Burgos. Allí veré al Leon de Castilla, mas calenturiento y temblando.

—Cúmplase tu voluntad, Doña Inés.

—Gracias, D. Enrique el Segundo.

Todos los caballeros querian acompañar á la doncella: todos pretendian el honor de partir con ella el peligro y de participar su gloria. El jóven Bernal de Bearne se aproximó al rey D. Enrique, y con apasionado acento,

—Señor, le dijo, tú bien sabes que una particular aficion hácia tu persona y tu causa me ha conducido hasta Castilla. No vengo á aumentar mis Estados con tus mercedes, D. Enrique, vengo á ceñirte la corona y á que me tengas por tu amigo. Te he merecido distinciones de mucho precio para mí, pero si quieres aumentarlas con una que á todas eclipse, permíteme marchar á Burgos sirviendo á esta hermosa señora, y nada podré desear, ni nada podrás darme, ¡oh rey! que á tan gran favor se compare.

Iba á responder D. Enrique, pero se adelantó la huérfana, y con muy corteses razones agradeció al buen caballero su oferta, no admitiéndola por creer podria embarazar su proyecto....

—Está decidido, concluyó, que me acompañe este buen paje. Adios, D. Enrique; hasta Burgos.

La huérfana salió con el paje dejando admirado al consejo de su decision y su porte.

Acordaron los caballeros proceder inmediatamente á la proclamacion de D. Enrique, y desplegando los pendones, recorrieron todas las calles de la ciudad de Calahorra, hasta haber llenado las fórmulas que segun el fuero se usaban, gritando tres veces: CASTILLA, CASTILLA, CASTILLA POR EL REY D. ENRIQUE EL SEGUNDO!

CAPÍTULO IV.

Triste es vivir cuando el cierzo
Del hastío nos azota,
Y del dolor las cadenas
Van deteniendo las horas.
J. B. SANDOVAL.

Quizá recuerden los lectores á una Beatriz, antigua dueña, que conocimos en Carmona. Inseparable de Doña Inés, la habia seguido á Calahorra, y mientras aquella reanimaba las esperanzas de D. Enrique, estaba sola en su aposento, con sus antiparras caladas y haciendo calceta á destajo.

Cincuenta años tenia Beatriz en el de mil trescientos cincuenta y nueve, y en cincuenta y siete frisaba á la época en que vamos corriendo. Era la dueña una mujer de aquellas por quienes no pasan años, y aunque sentia la enfermedad y los disgustos de la huérfana, sabia echar las penas á la espalda, y se mostraba mas remozada y, sobre todo, con mas carnes que en el castillo de Carmona.

Era Beatriz blanda de ojos, y aunque derramaba muchas lágrimas por el destino de su señora, solo producian el efecto de poner un ribete encarnado en los párpados de la dueña, pues las lágrimas que enflaquecen, son las que brota el corazon en sus cavidades ocultas.

De la mejor amiga de Inés, se habia convertido la nodriza en una censora continua, y mas de una vez insoportable. Con su aficion á perorar, jamás despreciaba ocasion de hacer lucir sus buenas dotes; y como le faltaba Enrique, habia elegido por su víctima á la huérfana de Avendaño.

La tristeza de Doña Inés era un tema continuado para sus eternos sermones. Cada lágrima de la huérfana originaba una filípica; y su dolor, mudo casi siempre, daba motivo á interrogaciones ridículas, pero reproducidas diariamente. Tiene su egoismo todo dolor: el que conoce que padece por una causa sin remedio, funda su orgullo en el silencio; y esa pregunta tan sencilla de "¿qué tienes?" hecha por persona que conoce toda la magnitud del mal, y que no ha de ponerle término, produce una crispacion horrorosa, y hace crecer el sufrimiento en una proporcion que espanta. Todos conocemos por reiteradas esperiencias este tormento familiar, dado casi siempre, por personas que nos profesan gran cariño. Nuestras mismas madres, esos séres á quienes debemos la vida, y que darian mil veces las suyas por ahorrarnos un sufrimiento: esos séres, todo dulzura, todo compasion, todo amor, con maternal solicitud buscan inquirir nuestras penas, y las aumentan muchos grados. ¡Oh! es muy triste usar aspereza con la que tan llena de amor quiere partir nuestros dolores; pero en instantes de amargura las rechazamos duramente, teniendo que reunir á otros males un remordimiento terrible.

Otra causa existia tambien, que puesta en boca de Beatriz era el torcedor de la huérfana: hablo del amor de D. Lope Ya dije que la humanidad

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

con que habia tratado el alcaide á la dueña, medio sofocada por la ira que supo causar al rey D. Pedro, y sobre la paciencia con que escuchó toda su historia, reconcilió mucho á Beatriz con el alcaide del castillo. Habiendo crecido cada dia el desesperado amor de D. Lope, buscó una confidente en la dueña, y la encontró tan oficiosa, que no desperdiciaba ocasion de recomendar á la huérfana un enlace con Hinestrosa. Enlace de gran conveniencia, segun Beatriz, pues Doña Inés se iba pasando, en sentir de la antigua dueña.

Continuaba haciendo calceta Beatriz, cuando se presentó D. Lope, pálido como siempre y triste.

—¡Ay! dijo la dueña suspirando, cuánto deseo ver en tu rostro alguna señal de alegría.

—Es imposible, buena dueña.

—¿Has visto, señor, á mi Inés?

—Acabo de separarme de ella.

—¿Y se ha mostrado rigorosa?

—Siempre la misma.

—Eso va pasando de raya.

—Tengo cincuenta y siete años, y represento veinte mas.

—Cincuenta y siete tengo yo, y no me cambio por ninguna. Es una edad que á nadie asusta: un poco mas de medio siglo, la mitad de una buena vida.

—El término de la mia se acerca, y lo veo con gusto, Beatriz.

—Esa obstinacion de mi Inés me va enfadando ya, D. Lope, y ahora mismo voy á decirla, que si no cambia de....

—Es inútil. No encontrarás á Doña Inés. Acaba de salir.

—Señor, dijo la dueña levantándose, ¿mi Inés está fuera de casa?

—Sí, dueña, sí. Acaba de entrar en Calahorra D. Enrique de Trastamara.

—¿El conde?

—El conde viene á la cabeza de un ejército numeroso, y la ciudad lo ha recibido con aclamaciones y repiques.

—Pecadora de mí. Al escuchar tanto repique, me pareció que anunciarian una novena ó jubileo. ¿Pero cómo ha venido el conde? Esto debe ser un milagro.

—Los milagros que hacen las lanzas. Con el conde ha venido Enrique.

—¡Ha venido! ¡Hijo de mi alma! ¡Vendrá muy tostado del sol! ¡Ha crecido mucho? ¿Está muy grueso? ¿Tiene barbas? ¿Es capitan de compañía? Era muy travieso, D. Lope, pero tan leal como un perro.

—El niño es ya un hombre, Beatriz.

—¿Pero adónde se ha marchado Inés?

—A ver al conde.

—¿Sola?

—No: la va acompañando el buen paje.

—Sabeis, D. Lope, que es estraña esta conducta de la huérfana. ¿Qué irá á decir á D. Enrique? ¿Qué tiene que tratar con él si no le conoce siquiera, si no le ha visto ni una vez?

—Irá á decirle su idea fija; irá á contarle lo de D. Juan; irá á pedirle su venganza. Un solo pensamiento ocupa la imaginacion de la huérfana, D. Juan: una sola palabra bulle en sus amoratados labios, D. Juan: un solo porvenir descubre, unirse al cabo con D. Juan. El es su Dios y su creencia: cifra en él la bienaventuranza futura y padece con noble orgullo porque se está muriendo por él. Hablarle de amor, es recordársele: hacerle ver su enfermedad es recordársele tambien. El manso arroyo que murmura, el huracan que airado brama, la blanda lluvia que fecunda y el ronco trueno que amedrenta, tienen un lenguaje simbólico que habla á su imaginacion doliente, y todos le dicen: "D. Juan."

—¡Oh! Teneis mucha razon, D. Lope: Doña Inés está casi loca, y temo....

—No ha perdido el juicio, pero lo perderá quizá. Hoy está viviendo Doña Inés bajo una pesadilla sangrienta; ¿cómo despertará? ¡Dios lo sabe! ¡Si yo pudiera darla vida! ¡Si pudiera hacer con mi sangre un bálsamo que cicatrizase las hondas llagas de su pecho! ¡si mi alma convertida en fuego pudiera reanimar la suya! Pero no: todoes imposible. Doña Inés morirá de amor; yo moriré, Beatriz, de celos. Estoy celoso de una sombra, tengo por rival á un cadáver; y la sombra turba mi vista, y el cadáver ata mis miembros.

—Decís unas cosas, D. Lope, que hacen estremecer á uno: yo, la verdad, sueño de noche con aparecidos y duendes: ya se ve, si oigo por el dia tantas cosas estraordinarias, que no tiene nada de estraño.... ¿Por qué no me hablais de mi paje?

—Para serviros, buena dueña, dijo Enrique entrando en la estancia, acompañado de la huérfana.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar! dijo la dueña santiguándose, y se quedó con la boca abierta, hasta mostrar la campanilla.

Enrique sonrió de verla: se adelantó unos cuantos pasos con marcialidad y buen porte, y llegándose hasta Beatriz, la dió un abrazo muy cordial con el mejor amor del mundo.

—¿Quién te habia de conocer? hijo, dijo la dueña sollozando: has crecido un palmo lo menos y con esas barbas estás hecho un soldado, muy buen mozo.

—Os estimo la cortesía.

—¿Qué grado tienes, hijo mio?

—Soy, para serviros, buena dueña, paje del rey.

—¡Paje del rey! esclamó Beatriz.

—¿Qué encontrais en ello de estraño?

—¡Enrique paje de D. Pedro!

—Enrique paje de D. Enrique el Segundo, rey de Leon y de Castilla, respondió el paje descubriéndose.

—¿D. Enrique, rey de Castilla? preguntó Hinestrosa.

Señor, repuso la hija de Ayendaño, acaba de ser proclamado en el palacio del obispo, y pronto se darán al viento los estandartes de Castilla por el rey Enrique Segundo.

Hubo un instante de silencio, que nadie osaba interrumpir. La dueña que no se avenia con es-

33118

tar callada largo rato, preguntó á Enrique afectuosa:

—¿Permanecerás mucho tiempo en nuestra compañía?

—Muy poco.

—¿Muy poco, dices?

—Segun creo, algunas horas nada mas.

—Tú has perdido el juicio, muchacho.

—Debe acompañarme hasta Burgos, replicó Doña Inés.

—¡Hasta Burgos! D. Lope y la dueña esclamaron.

—Hasta Burgos, repitió la huérfana.

La dueña se acercó á D. Lope, y con el mayor misterio dable le dijo tocando su oreja: acaba de peder el juicio.

D. Lope movió la cabeza, y dirigiéndose á Doña Inés,

—¿Sabeis, señora, que D. Pedro se halla en la ciudad adonde vais? dijo.

—Lo sé, á no dudarlo, D. Lope.

—Y queréis entregaros vos misma á la violencia de aquel rey?

—En el castillo de Carmona me dijo el rey estas palabras:

"Juro por mi corona, Inés, que no atentaré á vuestra vida."

—Mas sin que atente á vuestra vida, puede aprisionaros.

—Tambien añadió, con tono solemne: "Desde el instante quedais libre. Y juro á Dios y á su santa Madre no aprisionaros en ningun caso, ni por ningun motivo, señora."

—Puede atentar á vuestro honor.

—El honor, señor de Hinestrosa, no se arranca nunca á la fuerza: mi honor se conservará puro, como el sol entre los gusanos de cadáveres corrompidos.

—Tú no lo has pensado bien, Inés, y es preciso que cambies de idea. ¿Una jóven, una doncella, irse en busca de los peligros, ir al encuentro de aventuras? No es posible que así suceda.

—Hay ocasiones en que una jóven tiene deberes tan sagrados, que para cumplirlos arrastra mil estraordinarios peligros. Mi resolucion está tomada, y no cejaré de mi empresa.

—¿Permitís á vuestro tutor que os acompañe, Doña Inés.?

—No me hubiera atrevido, D. Lope, á proponeros un viaje que puede presentar peligros, y de seguro mil fatigas; pero acepto, con toda el alma la proposicion que me haceis.

—¿Y yo me quedaré sola? Inés, dijo la dueña suspirando.

—Puedes ponerte en marcha, dueña, y nos encontrarás en Burgos. Será muy rápido el viaje, para que acompañarnos puedas. Enrique, dispon tres caballos, con mejor fortuna que un dia.

Doña Inés no pudo seguir: los sollozos ahogaban su voz, y bañaban en abundantes lágrimas sus mejillas flacas y ardientes. Perdida en tanto su firmeza, tuvo que acudir á un sitial, en el que cayó desplomada, y llorando como mujer, era mil veces mas hermosa que cuando obraba como hombre con arrogancia varonil. D. Lope la miraba absorto: Beatriz lloraba mas que ella, y Enrique no osaba abandonar aquella escena de dolor.

Hizo un grande esfuerzo la huérfana y mandó de nuevo al buen paje que dispusiese los caballos. Enrique salió en el momento.

Doña Inés enjugó su lloro: Hinestrosa calzó la espuela, y una hora despues galopaban hácia la patria del gran Cid.

CAPITULO V.

Dicen bien: la plata y oro
Destinados á las parias,
Tendrán empleo mas noble,
Comprando con ellos lanzas.
A.

Habita el palacio de Burgos el rey D. Pedro de Castilla; dos ballesteros dan la guardia en la puerta del gran salon, y estos ballesteros se llaman Garci-Diaz de Albarracin y Pero Fortun. Garci se esplica en estos términos:

—Por la lanza del rey D. Jaime, que haces una triste figura bajo esas escamas de hierro; y que llevas con tanta gracia tu maza de armas, como la mozuela de Pilatos debió llevar su recua.

—Tú tienes la culpa, Garci. Si me hubieras dejado con mi oficio, con mi caperuza de zorro, y mi capote de velludo, deshecho del buen Hinestrosa, no harian burla del viejo lobo cuatro cervatillos de ogaño, que llevan con garbo el arnés, pero que no valdrian gran cosa, si conversaran mano á mano con un jabalí montaraz.

—Nunca has sido hombre de provecho, y me temo que no adelantes si conservas esas ideas, y quieres cazar jabalíes en las cámaras de palacio. Es la vida de un ballestero tan superior á la del menguado que se despeña por los montes, como es superior en la caza á un choto montés de seis meses un buen venado de seis años. El montero vive á lo perro entre ladridos y retamas: vivimos nosotros á lo rey, entre músicas y tapices. Tampoco faltan movimientos cuando toca el clarin de guerra; y si el moro se pone á tiro....

—Calla, Garci; calla, por Dios. Hemos pasado siete años en guerra con el aragon, degollándonos los cristianos, como si fuéramos gentiles, y una sola vez que hemos visto correr la sangre de los moros ha sido tan alevemente.

—¡Bah!

—Sí, Diaz. Treinta y siete caballeros moros fueron llevados á la Tablada, y degollados como reses. El rey D. Pedro de Castilla hirió al rey moro de Granada, que con su vestidura de púrpura iba montado sobre un asno, y recuerdo bien las palabras que dirigió al rey de Castilla casi al punto de espirar. "Poca honra ganas, rey D. Pedro en matar á un rey rendido y que vino á tí bajo tu seguro y palabra."

—El rey de Granada era un perro y no hubo mal en despacharle á comer alcuzcuz con Mahoma.

—Yo te juro, por San Anton, que no disparé mi ballesta en aquella caza de hombres: no me gustan, Garci, esas muertes que manda dar á sus vasallos, como la del infante D. Juan.

—Calla, Fortun.

—Si yo hubiera olido bien el rastro, no hubiera caido aquella pieza entre las garras del leon. ¡Pobre D. Juan! tan atrevido, tan buen cazador, tan bizarro.... Y luego buena recompensa, estas escamas de serpiente y esta maza, que Dios maldiga.

—¿Te falta, Fortun, tu soldada, tu buena racion y tu vino?

—Tampoco faltan amenazas, malos tratamientos ni sustos. Se encuentra un hombre con su alteza: "Anda y salta los sesos á fulano. Si no se los machacas bien, échate la barba en remojo, para que te afeite el verdugo." Luego despues eternas guerras. En Ateca recibí un chirlo que me puso inútil medio año: me sacudieron en Segorbe, y mas roturas tiene mi piel desde que sirvo al rey D. Pedro, que en veinte años de andar á caza.

—No encuentro ningun mal en eso, si no ha de servir para aceite.

—Mas ha de servir para vino, y la diferencia no es grande.

—Precisamente para vino. Por eso te digo, Fortun, que no es tan malo nuestro oficio, pues el vinillo no escasea.

—Bebia yo un jerez en Carmona, capaz de dar vida á un difunto, y este vino de las Castillas ni le descalza su zapato.

Larga hubiera sido la polémica entre nuestros dos ballesteros, si no se hubiera presentado el rey con Labrit, rico caballero frances, y muy afecto á su persona.

A la aparicion del monarca se cuadraron los ballesteros y enmudecieron como estatuas; tal era el temor religioso que á sus servidores causaba el rey D. Pedro de Castilla.

Entrado que hubieron al salon, aproximó el rey dos sitiales, y señalando uno á Labrit, se dejó caer en el otro con claras muestras de cansancio.

—Aquí estamos solos, Labrit, y podeis decirme sin reserva cuanto os parezca conveniente.

—Tú sabes, señor, que deseo combatir en pro de tu causa, y perecer si tú sucumbes.

—Tengo pruebas de tu amistad, y las espero cada dia mas relevantes si es preciso.

—Tampoco creerás, rey D. Pedro, que me impulsa bajo temor á aconsejarte con prudencia que conjures la tempestad.

—Sé que eres valiente entre los bravos.

—Pues escúchame, rey D. Pedro. Hace ocho años que mantienes con el monarca de Aragon una guerra, que no han podido terminar ni los legados de los Papas, ni el interés de ambas naciones. Apoyado el aragonés por el conde de Trastamara, príncipe valiente en el campo y previsor en el consejo, ha resistido con valor....

—Pero mis huestes de Castilla han traspasado sus fronteras, y los muros de sus ciudades no han sido barrera bastante para sujetar nuestro brio. He conquistado, Labrit, pueblos para formar un nuevo reino.

—Así es la verdad, rey D. Pedro, pero es mudable la fortuna, y conviene mucho fijarla. Acosado el aragonés, como acabais de referir, ha recurrido al rey de Francia para que le permita traer un gran número de compañías que estaban devastando su reino, y que cayendo sobre Castilla, la pondrán en tan grave aprieto, como no se ha visto jamás. El rey de Francia condescendió; dió cien mil florines á esas gentes: el Papa les entregó igual suma, y el 1º de Enero de este año llegaron, señor, á Barcelona. El principal agente de esta empresa, el íntimo amigo de Beltran, el que inspira mas confianza á estos aventureros audaces, es el conde de Trastamara. El conde ha servido con ellos en las guerras contra el inglés, y lo respetan como hombre, como capitan y soldado.

—Me parece, amigo Labrit, que estás pintando á D. Enrique con unos colores tan vivos, que seria difícil conocerle.

—Así lo hubieras visto, señor, en la batalla de Araviana.

D. Pedro se mordió los lábios, dejó el sitial con mal humor, y empezó á recorrer la estancia. Labrit guardó triste silencio, hasta que sentándose el monarca pudo continuar el francés.

—Mosen Beltran Guesclin, el conde de la Marcha, Hugo de Carbolay, Mosen Juan de Ebreus, doce mil caballos, y veinte mil peones á lo menos, están reunidos en Zaragoza bajo la enseña del Bastardo.

—¿Y qué decís, Labrit, con eso? ¿No tendrá soldados Castilla para resistir á esos bandidos y al mal caballero que los manda?

—No sé lo que harán tus soldados cuando combatir sea preciso; pero sí sé que son tan difíciles de resistir esos aventureros que desprecias, como fáciles de comprar. Tengo muchísimos amigos entre los capitanes de Enrique: tú tienes doblas en abundancia, y será posible entendernos.

—Todos hablan de mis riquezas, replicó D. Pedro enfadado, y se apresuran á repartírselas.

—Yo no quiero nada para mí; me sobra estado, rey D. Pedro, y estimo en tan poco la plata, como el polvo que ahora levanto al hollar esta rica alfombra. Labrit dio una recia patada, y continuó: esos soldados que paga Pedro de Aragon, pasarán á Pedro de Castilla si les aumenta la soldada y les ofrece un buen enganche.

—¿Y no será mejor, Labrit, pagar soldada á castellanos, y comprar hierro con el oro, que entregarlo á esos mal nacidos?

—Podrá no ser bastante el hierro que se compre, ni aguerridos los castellanos que se paguen con ese oro. No es tiempo de dudar, D. Pedro: á la primer ciudad que tome el conde, su ejército tendrá esperanzas, y no compraréis un soldado con todo el oro que teneis.

—No quiero comprarlo, Labrit. Su sangre me darán de valde, y yo quedaré con mas honra.

¿No soy D. Pedro de Castilla? ¿No tiemblan ante mí los señores, y dejan sus nidos de águila á amago de mi furor? ¿No tengo fieles ballesteros, comendadores y maestres, simples caballeros y soldados de las órdenes militares? ¿No doman mis altas galeras las tersas frentes de dos mares? ¿No están fortificadas cien villas y guarnecidos cien castillos? ¿No esperan mis adelantados, á la cabeza de mis huestes, una señal para el combate? ¿No soy D. Pedro de Castilla? Fuera todo temor, Labrit; agarrémos robustas lanzas, y vistámonos las corazas. Guerra! resuene en las llanuras: guerra! nos repita Moncayo.

—Guerra resonará, D. Pedro, y yo volaré á la pelea con tranquilidad en el alma, con serenidad en el rostro. No seré el último en la lid, ni el primero que la abandone. Mucha guerra tendrémos, rey. Piensa, señor, maduramente cuanto te he dicho, y me responderás mañana.

—Lo pensaré, dijo D. Pedro; ahora nos conviene dormir.

El rey y Labrit se alejaron.

—¿Has escuchado Garci-Diaz la conversacion?

—Sí, pardiez.

—Y ¿qué te parece?

—Que habrá cuchilladas, y tente perro.

—No me parecia mal el consejo de ese caballero francés. "De los enemigos los menos."

—"Pero de la moneda la mas" que es la máxima del rey D. Pedro.

—Estoy por el francés, Garci.

—Yo estoy por el rey en aquello de retirarse á descansar. Tú velarás las primeras horas por mas bisoño, mientras yo ronco, buen Fortun. En las segundas cambiarémos.

Así sea, Garci.

CAPÍTULO VI.

¡Oh! Yo mi frente palpitando siento
Con presura cruel; yo ni un instante
Puedo apartar el vivo pensamiento
Del objeto terrible que me agita,
Y en la sima del mal me precipita!

MANUEL CAÑETE.

Entramos en el dormitorio del rey D. Pedro de Castilla. Está tapizado de verde: y sobre una mesa de nogal arde una lámpara de alabastro. Algunos sitiales contienen ropas arrojadas en desórden, y junto al lecho del monarca se encuentra una espada desnuda. Tiene el lecho cortinas de color de cereza, y en él está acostado el rey, presa de una gran pesadilla. Su aliento interrumpido y ronco, las sacudidas de sus miembros, toda su agitacion revela uno de esos sueños afanosos, producidos por las ideas que nos atormentan despiertos.

Una mujer se halla de pié á la cabecera de la cama, y sigue todos sus movimientos con curiosidad estremada. Se mueven los labios del rey, y sueña en voz alta.

—¡Querer invadir las Castillas! locura. Labrit está loco. Quiere que ponga mis tesoros en manos de esos estranjeros: mis tesoros reunidos por mí con economías y privaciones. Jamas. He tenido desde muy niño una hambre rabiosa de riquezas, y una sed hidrópica de sangre. Ambas he dejado satisfechas. Me han proporcionado los judíos abundante copia de doblas y de joyas de gran valor: me han proporcionado mis nobles inmensa cantidad de sangre. Yo que soy el rey, yo que mando, ir á suplicar á Guesclin que venga á tomar mis tesoros para defenderme de Enrique? No. Que venga Enrique y Beltran. Yo levantaré diez soldados por cada estranjero de Enrique, y no dejaré ni uno con vida. Los pueblos seguirán mi pendon. ¿No he perseguido á sus tiranos? Han crecido las rentas reales, y los han vejado mil veces los recaudadores judíos. ¡Malditos perros! Mas el pueblo debe seguirme; y deben seguirme tambien los maestres que he nombrado yo mismo. Sús, maestres, comendadores, caballeros y adelantados de Castilla; sús, el enemigo está en la frontera: mas si se adelanta hasta Burgos, la defenderé yo en persona, y contra sus muros de piedra se estrellarán esas legiones que contra mí levanta el Bastardo.

Los labios del rey se cerraron: su respiracion se hizo mas fácil, y su sueño era mas tranquilo. La dama se aproximó mas: le puso la mano sobre el corazon, y le preguntó:

—Rey D. Pedro, ¿has olvidado á D. Fadrique?

—¿A D. Fadrique?

La respiracion del monarca volvió á ser afanosa y recia: la dama siguió preguntándole:

—¿Has olvidado, por ventura, al noble maestre de Santiago?

—¿Al maestre de Santiago?

—A tu hermano, D. Pedro: al que asesinaste en Sevilla.

—Sí, sí, le recuerdo. Mas no me preguntes por él. Su sombra me sigue por do quiera, y una voz ronca como el huracan y los truenos me gritan: "D. Pedro, has asesinado á tu hermano, dándole la corona del martirio por la conquista de Jumilla." Esto dice la voz, y sigue repitiendo tres veces: "Cain, Cain, Cain."

Las fatigas del rey crecian, y la dama siempre impasible hacia pesar mas su diestra sobre el corazon del monarca.

—¿Tienes memoria, rey D. Pedro, del infante D. Juan?

—¿De qué D. Juan?

—No pregunto por D. Juan de Aragon, al que asesinaste en Bilbao por no cumplirle tu palabra; pregunto por D. Juan tu hermano, el que asesinaste en Carmona.

—Calla, calla; no me le nombres. Era una noche muy tormentosa; los relámpagos alumbraban con su luz pálida y fatídica: zumbaba el trueno entre las nubes, y los granizos azotaban los rotos vidrios del castillo. Una lámpara moribunda mezclaba su luz sepulcral con la siniestra luz del rayo, y en los corredores sombríos interrumpia la

oscuridad para dejar ver las tinieblas. Llegó el infante: le detuve, provoqué su enojo; y cuando su daga amagaba pasar el corazon del rey, la maza de su ballestero.... ¿Le conoces?

—Sí, Garci-Diaz.

—Pues la maza de Garci-Diaz le rompió el cráneo en cien pedazos. D. Juan se ha unido á D. Fadrique; veo su figura entre las nubes, á la cárdena luz del rayo, y como su hermano me grita: "Cain, Cain, Cain."

El rey se ahogaba; pero la dama siempre impasible, apretaba mas y mas su mano.

—¿Nada mas recuerdas de aquella noche?

—Sí, más recuerdo. En aquel infierno de horror, apareció un ángel hermoso.... ¿Sabes cómo se llama?

—Inés.

—Sí, Inés. Repítelo, repítelo. Ese nombre es para mí tan santo como el de Jehovah para el judío. Pero no: calla, calla. Aquel ángel era el querube que arrojó á nuestro primer padre del mas hermoso paraiso. Aquel ángel me pidió la muerte, como si pudiera morir; y porque no cedí á su ruego, juró vengarse, juró ser mi sombra y mi conciencia.

—¿Tienes miedo de esa mujer?

—Sí; tengo miedo, respondió el rey con voz ahogada.

"¡Qué pequeño es un rey! se dijo la dama á sí misma: con apretar un poco mas mi mano, bien puedo quitarle la vida."

—¿Tienes en memoria, D. Pedro, á Doña Blanca de Borbon?

—Mandé que le diesen veneno, y ha sido tan noble Doña Blanca, que no me persigue su sombra.

—¿Te acuerdas de Doña María, la que te tuvo en sus entrañas, y tú hiciste que se refugiase en Portugal, en donde le quitaron la vida por mandato del rey su padre?

—Sí. Ella me llama "Parricida" y el eco repite "Neron."

La dama levantó su mano: el rey lanzó algunos suspiros, y respiró con libertad. Este desahogo no fué largo: la mano se puso de nuevo, y continuaron las preguntas.

—¿Te acuerdas, rey, de un sacerdote?....

—¿El que vaticinó que seria muerto por el puñal de D. Enrique?

—Y se va cumpliendo su vaticinio.

—Cuenta.

—D. Enrique viene contra tí al frente de numeroso ejército.

—Lo sé.

—Ha penetrado por la frontera con sus banderas desplegadas.

— El rey se estremeció violentamente; la dama apretó mas su mano.

—Y es ya dueño de Calahorra.

D. Pedro quiso levantarse: la dama apretó mas su mano.

—Y es ya dueño de Calahorra.

—¡Dueño de Calahorra D. Enrique? ¿Qué traidor le entregó sus llaves?

—Hernan Sanchez de Tobar, rey D. Pedro.

—Era mi alcaide, y me ha vendido.

—No te ha vendido: se rindió á un ejército numeroso y á la voluntad de todo un pueblo, que te mira como una plaga. D. Enrique viene sobre Burgos.

—Que venga y con él cien mil mas. Yo estoy en Burgos: yo D. Pedro. Sus habitantes me son fieles: cerraré las puertas, daré picas á las mujeres, y combatirémos sin descanso contra el conde de Trastamara.

—Ya no es conde de Trastamara.

—¿Pues qué es?

—D. Enrique segundo, rey de Castilla y de Leon.

D. Pedro queria hablar, y bramaba: un sudor frio cubria sus miembros y blancas espumas su boca. Hacia esfuerzos para levantarse; mas la mano que le oprimia era una losa sepulcral sobre la cabeza de un muerto. Una sonrisa desdeñosa plegaba los labios de la dama, que como el arcángel San Miguel se consideraba triunfante sobre el otro arcángel caido. Al cabo de una leve pausa dijo al rey:

—Escúchame con atencion, D. Pedro. Si esperas en Burgos á tu hermano serás muerto por él sin remedio. Abandona pronto la ciudad: pasa á Toledo y á Sevilla: recoge tus grandes tesoros; y ya que no puedas guardar tu rico cetro y tu corona, deja satisfecha tu codicia, y huye con oro al estranjero.

D. Pedro estaba ya postrado: su respiracion era cansada y no se agitaban sus miembros. La dama aflojó un poco.

—¿Me oyes, rey?

—Sí, murmuró apenas el monarca.

—Yo soy la sombra del sacerdote, que mandaste quemar como agorero, porque te predijo tu muerte. Huye, D. Pedro, de tu hermano: la primera vez que se toque tu cabeza con la de D. Enrique te traspasará la corona. La primera vez que su pecho se junte con el tuyo te herirá sobre el corazon.

La dama levantó la mano y se salió rápidamente.

Al llegar á la puerta del salon, la preguntó Fortun:

—¿Señora, debo abandonar el cazadero, ó no sospechará el leon?

—Nada sospechará, Fortun. El leon no ha perdido su sueño, y puedes quedar muy tranquilo. Me has hecho un gran favor, montero; y el que fué instrumento de un crímen, ahora lo será de mil venganzas. Toma estas joyas y queda en paz.

—Dios os conserve, Doña Inés.

La huérfana desapareció; Fortun fue á llamar á Garci.

—Despierta, despierta, viejo lobo.

—Me has interrumpido el mejor sueño de que he gozado hace diez años.

—¿El sueño del justo, Garci?

—O el del pecador sin conciencia.
—Hasta que alumbre el sol, Garci.
—Duerme tranquilo como yo.

CAPITULO VII.

Nada importa morir cuando nos hallamos agobiados por la edad, cuando la vida nos ha gastado, cuando las enfermedades nos abruman. Nada importa morir cuando han muerto en nosotros casi todos los sentimientos, cuando las ilusiones, la esperanza y los afectos se han estinguido unos despues de otros; cuando nuestra alma no es ya mas que la ceniza del fuego que vivió en nosotros.

ALEJANDRO DUMAS.

Los primeros rayos de la luz del dia veintisiete de Marzo de mil trescientos seseuta y seis, vienen á despertar las aves y á dar matices á las flores. La ciudad de Burgos, dormida en un regazo de esmeraldas, deja escapar algunos ayes, presagios de su despertar, y la naturaleza toda se anima al ver la frente de zafiros con que se levanta la aurora.

Empañados los horizontes por los vapores de la noche, reverberan tintas de grana, y sobre la plata de las nubes hiere un déil rayo del sol que nace, convirtiéndolas en topacios.

En los primeros dias de la primavera se visten los campos con túnica de gala, y entre las hojas de su verde claro, frescas y barnizadas, aparecen pequeñas flores tambien barnizadas y frescas, dibujándose como estrellas sobre los espacios de azul.

Duermen todavía los tiernos niños en aquel reposo completo que no produce ni aun ensueños, porque nada esperan ni temen; sueñan las vírgenes hermosas con los amados de sus almas, y sus labios frescos y puros murmuran nombres adorados, que quieren ceñir con sus brazos en las dulzuras del ensueño. La madre afanosa despierta para dar su pecho al infante, ó echar una dulce mirada sobre las frentes de sus hijos; el labrador salta del lecho humilde y duro como el yugo que le sujeta, y va á regar con sus sudores la tierra feudal que da frutos para algun señor de vasallos. ¡Cuántas felicidades rotas! ¡Cuántos infortunios acabados! ¡Cuántas quimeras destruidas! El despertar de cada pueblo es una revolucion moral en que los destinos se cambian, las condiciones se renuevan, la felicidad muda de manos, y los labios que mas reian, beben las lágrimas amargas por un contento que pasó para jamas reproducirse.

Al primer rayo de la aurora, aun era víctima el rey D. Pedro de su funesta pesadilla. "Perdon, sombra del sacerdote, perdon te pido de rodillas. Mi frente de rey á tí se abate; tú eres el martir, yo el verdugo."

Estas palabras habia repetido muchas veces el rey D. Pedro desde que se alejó la huérfana. Sus fatigas, siempre en aumento, iban agotando sus fuerzas, cuando el primer rayo de sol penetró por una ventana que por descuido estaba abierta, y lió de lleno sobre el rostro del monarca de las Castillas. Esta luz viva hirió sus ojos, y dando un rugido de pantera se arrojó del lecho convulso, y se repitió varias veces: "Ha sido un sueño, ha sido un sueño."

Como para cerciorarse de ello, tocó muchas veces su cama, buscó sus ropas esparcidas, y se estregó tambien los ojos, siempre con temor, siempre con duda.

Mientras se vestia con presteza, fué coordinando sus ideas; y aunque se encontraba seguro de haber soñado todo aquello que su imaginacion febril le presentaba como real, veia una relacion tan perfecta entre los sucesos y su ensueño, que lo creia un fatal recuerdo del pasado, y un pronóstico que debia cumplirse muy en breve.

El fanatismo de aquel siglo creia con una fé sincera y franca en la ciencia de los astrólogos, y en las continuas apariciones de séres sobrenaturales y de muertos. El rey D. Pedro participaba de tan comun preocupacion, y habituado á respirar en una atmósfera impregnada de asechanzas y de traiciones, se habia ido trocando lentamente su suspicacia en fatalismo. Veia los puñales amagar, y aun cuando cortaba cabezas, de cada una de ellas brotaban otras cabezas mas robustas que pronto hacian sombra á la del rey, y que cercenaba á su vez. La muerte de aquel sacerdote que le habia predicho un fin próximo bajo el puñal de D. Enrique, era un torcedor de su conciencia; y el crédito que el vulgo daba á la prediccion del ministro, un nuevo motivo de temor, de desconfianza y de recelo. El monarca concebia bien que se le hubiese aparecido en sueños la sombra de aquel sacerdote, y que le hubiese recordado sus crímenes y sus peligros.

A medio vestir salió el rey á su cámara; y viendo en ella á Garci-Diaz, su ballestero favorito, y que vigilaba su sueño,

—Garci, le preguntó azorado:

¿Has visto entrar en mi dormitorio á alguna persona, ó tú mismo has penetrado por ventura?

—Señor, respondió el ballestero, no ha penetrado alma viviente, ni yo he abandonado mi puesto. Al despuntar de la mañana, ha llegado aquí un veterano que quiere hablaros con premura, y me ha costado gran trabajo detenerle, porque se mostraba empeñado en despertaros al instante.

—¿En dónde está ese hombre, Garci?

—En ese rincon le teneis.

D. Pedro volvió la cabeza, y vió sobre un rico sitial á un anciano tranquilamente. Se llegó á él el rey, y le encontró en sueño apacible. La fisonomía del anciano no era desconocida al monarca, pero encontraba alguna cosa muy cambiada, que confundia un tanto sus ideas. La situacion del rey D. Pedro no era para contemplar á un dormido, y asiéndole por el brazo izquierdo, le puso en pié como si fuese una muñeca de carton. El anciano se despertó, y sin muestra de sobresalto dijo á D. Pedro:

—Dios os guarde, rey de Castilla.

—¡Hinestrosa! esclamó el monarca.

—Sí, rey D. Pedro, uno de vuestros servidores mas antiguos.

—Y de los mas fieles tambien. ¿Pero no habitabas en Calahorra?

—Habité en Calahorra, señor, mientras perteneció á mi rey; acaba de mudar de dueño, y yo me hé retirado á Burgos.

—¿Calahorra ha mudado de dueño? preguntó el rey lleno de espanto.

—D. Enrique viene contra vos al frente de un numeroso ejército; ha penetrado por la frontera con sus banderas desplegadas, y ya es dueño de Calahorra.

—(Las mismas palabras del fantasma.)

—Allí han proclamado á D. Enrique rey de Castilla y de Leon.

—¿Lo has visto, Hinestrosa?

—Señor, he visto su entrada triunfal. El pueblo le victoreaba, y sobre un hermoso tordillo iba seguido de cien caballeros franceses, ingleses, aragoneses y castellanos.

—¿Trae mucha gente D. Enrique?

—Treinta mil soldados á lo menos.

—¿Y hácia dónde debe dirigirse?

—Sobre Burgos.

—Treinta mil soldados Enrique.... ¿Y yo qué les puedo oponer? Mis huestes están diseminadas; mis caballeros son traidores. ¡Oh rey D. Pedro de Castilla! Quieren arrancarme la corona, y.... y ademas, D. Enrique traerá un puñal; el sacerdote; mi ensueño. Sí, mi ensueño debe realizarse; es un aviso del infierno que me está llamando hácia sí. Pero, ¿tú me has dicho la verdad? ¿No eres tú tambien un traidor? ¿No te ha comprado mi enemigo?

—A un anciano débil y enfermo no se compra, porque no vale. Un hombre que cuenta por horas las que le faltan para ser juzgado por el Supremo Rey de reyes, no miente. El que durante diez y seis años ha sujetado su pensamiento y hecho enmudecer sus pasiones para servir al rey D. Pedro, no se hace traidor en un dia....

—Perdonadme, perdonadme, D. Lope. Toda tu familia es leal; toda perecerá si yo caigo, y los Padillas y mi trono, son el escabel y la columna. ¿Y qué me aconsejas, D. Lope? ¿Qué harias tú puesto en mi lugar?

—Yo, con mis años y en mi puesto, morir con honor ó vencer.

—¿Y si te persiguieran sombras, llamándote las unas "Cain," gritándote las otras "Neron," y diciéndote una implacable: "Yo soy la sombra del sacerdote que mandaste quemar como agorero porque te predijo tu muerte: huye, D. Pedro de tu hermano. La primera vez que se toque tu cabeza con la de D. Enrique, te traspasará la corona. La primera vez que su pecho se junte con el tuyo, D. Pedro, te herirá sobre el corazon:" qué harias?

Hinestrosa guardó silencio.

—¿No me respondes, Hinestrosa?

—La vida no tiene ya encantos para un anciano como yo; mi sangre está helada (mentira, añadió entre dientes D. Lope), y me es indiferente que circule algunos años mas en las venas, ó regar con ella los muros de una ciudad....

—Yo no, D. Lope: el mundo tiene para mí mayor número de placeres que para cuantos hombres existen. Yo me deslumbro con el oro; yo me embriago con la hermosura, y tiene para mí mas perfume una mujer bella que las rosas de Jericó, que los aromas de la Arabia. Mi sangre es plomo derretido; arde y circula velozmente: no quiero perder ni una gota, no quiero morir tan temprano. Porque no puedes ya gozar; porque se han muerto tus pasiones; porque tienes raros cabellos y tan blancos como la nieve, que en vez de corazon encierras, dejarás el mundo tranquilo: yo quiero vivir y gozar; eres mal consejero, D. Lope.

—Peor aconseja la pasion que las arrugas y las canas; hay bajo la nieve volcanes.... pero teneis razon, D. Pedro. Yo no puedo aconsejar bien; hace mucho tiempo que falto del palacio del rey de Castilla.

—Prontos, dijo el rey, mis donceles. Es preciso tener un consejo y deliberar con presteza. Llamad al buen D. Martin Lopez, Maestre de Alcántara; á D. Iñigo Lopez de Horozco, á Pero Gonzalez de Mendoza, á Juan Rodriguez de Torquemada, á Diego Fernandez de Córdoba, el alcaide de los donceles. Llamad tambien á D. Farar; llamad á todos mis amigos. Pronto, donceles, pronto, pronto.

Todos los donceles marcharon. Hinestrosa se dirigió al rey.

—Si me permitís, señor, retirarme....

—No, D. Lope, tú ante el consejo contarás todo lo que has visto.

—Cumpliré con vuestro mandato.

El rey se entró en su dormitorio para acabarse de vestir; D. Lope volvió á su sitial, y se reclinó tristemente.

CAPITULO VIII.

Si tú me diste la vida
Para cumplir tus preceptos,
La vida, honor y fortuna
A tu disposicion tengo.

GONZALEZ.

Entre tanto que los donceles van despertando á los señores por el rey D. Pedro llamados, y que estos señores se visten y en el consejo se presentan, vamos á referir brevemente cómo habia conseguido la huérfana penetrar en el dormitorio del monarca, y por qué se hallaba Hinestrosa tan temprano en el palacio de D. Pedro.

Ya dijimos que habia salido de Calahorra con toda la premura dable; ningun incidente interrumpió la rapidez de su carrera, y avistaron los muros de Burgos la tarde misma de la noche en que hemos visto á Doña Inés dar pávulo á la pesadilla del arrogante rey D. Pedro. Al ver la ciu-

dad desde lejos, paró Hinestrosa su caballo, y dirigiéndose á la huérfana, dijo: "Yo hubiera podido permanecer en Calahorra sin nota de infamia, porque mis sufrimientos y mis años me hacen inútil para el servicio de D. Pedro; pero una vez llegado á Burgos, tengo el deber de presentarme ante mi rey y mi señor para referirle cuanto he visto." ¿Y qué habeis visto, señor alcaide?" preguntó la huérfana. "He visto la entrada triunfal de D. Enrique en Calahorra; he visto su proclamacion, sus caballeros y su hueste," contestó el alcaide. Esta tarde llegamos, añadió la huérfana á la ciudad de Burgos, y mañana al amanecer podréis referir á D. Pedro cuanto llevais manifestado. Pero exijo una condicion. "Manifestádmela, señora." "No pronunciaréis jamas mi nombre en la presencia del monarca, ni sabrá circunstancia alguna que pueda tener relacion con mi permanencia en la ciudad." "Estoy tan interesado, Doña Inés, replicó Hinestrosa, en que el rey D. Pedro no trasluzca vuestra permanencia en la ciudad, que no pronunciarán mis labios una sílaba que pueda inspirarle sospechas." "Estamos convenidos, D. Lope." Los viajeros picaron de nuevo, y muy pronto la ciudad de Burgos los vió penetrar por sus puertas.

Así que se hubieron alojado llamó la huérfana al buen paje, y le manifestó su proyecto de presentarse al rey D. Pedro de una manera inesperada; para lo que era necesario conocer bien todo el interior del palacio, y saber las horas mas oportunas para encontrar solo al monarca.

Al entrar en Burgos habia tenido el paje un mal encuentro, ó para hablar con propiedad, una mala vista. Habia consistido esta, pues, en haber descubierto á Fortun, que con su amigo Garci-Diaz se pavoneaba lindamente. Enrique profesaba á ambos un odio tan inestinguible, como justas eran las causas que se lo habian hecho concebir. En el primer rapto de ira puso las piernas al caballo para lanzarse sobre ellos; y hubiéranlo pasado muy mal, si una reflexion repentina no hubiera hecho conocer al paje que su escándalo comprometeria la persona de Doña Inés y los intereses del conde. Esta reflexion poderosa le contuvo, y la confianza de Doña Inés le hizo concebir un proyecto, bastante opuesto á su carácter y á su ardiente sed de venganza, pero que podia dar resultados muy inmediatos y seguros.—¿Qué me respondes, buen Enrique? volvió á preguntarle la huérfana.

—Mucha resolucion ha de tener la cervatilla que vaya á provocar al leon.

—Estoy resuelta, amigo mio.

—Os estimo tanto, Doña Inés, que preferiria cerrar en campo con diez ballesteros del rey, á ver en peligro vuestra persona.

—Agradezco tu buen deseo; pero no puedes tú cumplirle, ni adelantamos con él nada. Quiero penetrar en palacio. ¿Qué medio juzgas oportuno para conseguirlo?

— Uno solo. Pero sufriré tanta violencia, que si quisiérais desistir....

—Habla, Enrique. ¿Cuál es el medio que tú juzgas tan adecuado?

—He visto á Fortun.

—¿Al montero que nos vendió villanamente?

—El mismo. Y sin el temor de dar un escándalo que comprometiese nuestra causa, ya me habria pagado su deuda, si pagar puede toda la sangre de un infame la del infante mi señor.

Gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos del jóven paje: los de Doña Inés estaban secos, mas eclipsados y radiantes.

—Veré, añadió el paje, á Fortun. Seis años, el sol y las barbas han hecho cambiar á mi rostro: no me conocerá y hablarémos. Aplazo, señora, mi venganza, para tomarla mas segura.

—Vé, Enrique, yo tendré que verle y me violentaré como tú: yo tendré que ver á D. Pedro, y me violentaré mas que tú.

El paje no repuso palabra y se dirigió hácia el palacio. Penetró en el patio fácilmente, y por su buena dicha el primer ballestero que halló era Fortun, que con su mal aire y desaliño se hubiera distinguido entre ciento. Enrique no vaciló un instante, y cogiéndole por el brazo le dijo:

—Señor ballestero, ¿cómo se encuentra el viejo lobo bajo esa camisa de escamas?

Fortun miró al paje fijamente: se pasó la mano por la barba, se dió dos golpes en la frente, y contoneándose con impertinencia le respondió:

—Señor capitan, pues tal pareceis por lo apuesto, no os conozco.

—Debiérais tener mas memoria, amigo Fortun. Cuando fuiste herido en Ateca, ¿quién te hizo curar, quién te cuidó?

—Quizá los médicos de Cristo; pero yo, señor, no los recuerdo. Me sacudieron tan de firme, que se fué mi cabeza á pájaros.

—Yo estuve á tu lado, Fortun; y yo te he salvado la vida.

Fortun se cuadró con mal aire, pero con profundo respeto. Despues añadió:

—Eso es muy serio. Cuando un cazador cose á un lebrel la piel que el jabalí le ha roto, el perro no olvida el favor y le paga lo mejor que puede. Si me habeis salvado la vida, disponed de ella como os plazca. ¿Queréis alguna cosa del soldado?

—Puede ser que te necesite.

—Pues hablad, señor. Estoy pronto.

—¿Cuál es tu ejercicio en palacio?

—Hacer centinela de noche, durante el sueño de D. Pedro, en la puerta de su aposento.

—¿Y estás solo?

—Con Garci-Diaz. ¿Le conoceis?

—Sí le conozco.

—Durante las primeras horas velo yo, mientras Garci duerme: durante las segundas, él vela para que descanse Fortun.

—No es considerable el trabajo. ¿A qué hora comienza tu guardia?

—A las diez, para terminarse á las dos.

—Pues escucha una confianza. Una dama muy distinguida desea hablar contigo á las doce: tú no puedes abandonar la guardia.

—De ningun modo.

—Pues la dama vendrá á buscarte.

—¿Y si la sorprenden?

—En ese caso se presentará al rey D. Pedro, y nada tienes que temer.

—Tiene su alteza algunas vueltas.

—Eso nada importa, Fortun. A las doce vendrá la dama, y la tratarás cortesmente.

—¿Vendréis con ella?

—No lo sé.

—Pero señor....

—Es un favor que al perro herido pide el cazador....

—Bien está.

El paje le apretó la mano de una manera tan espresiva, que lanzó un gemido el montero, y quedó diciendo entre dientes: "El señor capitan aprieta como unas tenazas de herrero."

—¿Qué has conseguido, amigo mio? preguntó la huérfana á Enrique al verle entrar en su aposento. Enrique dió parte á la dama de su entrevista con Fortun.

—¡Oh! esclamó Doña Inés gozosa, ¡cuánto tardan en llegar las doce!

—¿Y consentirá que paseis hasta el dormitorio del rey?

—Dios me protegerá, buen paje.

A las doce llegaba Doña Inés al palacio del rey D. Pedro, acompañada por Enrique: el paje se quedó en el patio, y ella subió hasta la antecámara. Fortun paseaba á lentos pasos: Garci dormia profundamente.

—¿Quién vá? preguntó Fortun á la huérfana, que con rapidez se acercaba.

—Soy yo, respondió Doña Inés, acercándose al ballestero.

—¡Doña Inés Sanchez de Avendaño!

—Silencio.

—Pero qué mudada estais, señora.

—Tú has sido la causa.

El ballestero bajó los ojos.

—¿En dónde está el rey? preguntó la huérfana.

Fortun señaló con el dedo.

—¿Está durmiendo?

El ballestero bajó la cabeza, haciendo señal afirmativa.

—Quiero verle.

—¿Vais á matarle?

—¿Soy yo asesino como él?

Fortun habia sujetado á la huérfana por el manto.

—Déjame verle, ballestero.

—¿Me jurais no hacerle daño alguno?

—Te lo juro por Dios y por mis padres.

Pasó Doña Inés al dormitorio. Todo lo demas lo saben ya los benignísimos lectores.

CAPITULO IX.

Al alma ofrecen las sombras
Que oscurecen mis horóscopos,
Ilusiones, si los huyo,
Realidades, si los toco.

J. B. Sandoval.

No se mostraron perezosos los caballeros convocados, y á la media hora de la cita estaba reunido el consejo. Ocupaba un lugar inmediato á la persona del monarca D. Fernando de Castro, que como hermano de Doña Juana, dama con quien se habia desposado D. Pedro, como en otro lugar referimos, gozaba de grande privanza, y era acatado en el del rey de ambas Castillas. Llegado el momento de hablar, tomó la palabra el primero, y dirigiéndose á Hinestrosa, le instó á que esplicase nuevamente cuanto habia referido al monarca.

Con estraordinaria sangre fria, con admirable precision y con natural dignidad, les fué refiriendo D. Lope cuanto habia visto en Calahorra, y contado momentos antes á su rey y señor D. Pedro.

Hinestrosa estaba ofendido de algunas palabras algo duras que le habia dirigido el monarca en su conferencia anterior; y así terminó su relato sin añadirle reflexiones y sin recomendar partidos. Los caballeros le escucharon con notable atencion y alarma; pero al terminar, muchos de ellos dieron tales muestras de duda, que ofendió su descortesía la susceptibilidad del alcaide.

—¿Qué ves en esto? amigo Castro, preguntó el rey á su privado.

—Dos cosas, señor, solamente. La primera y mas criminal es haber entregado á Calahorra su alcaide Fernan Sanchez de Tobar. La segunda es el miedo que han inspirado al buen D. Lope esos bandidos del Bastardo: y por tan engañoso prisma ha visto su hueste mayor que puede serlo á la verdad.

—D. Fernando de Castro, mis ojos no hacen crecer los enemigos, y en el corazon de los Padillas no ha entrado jamas el temor, porque están llenos con la lealtad que á su rey y señor profesan. El que dude de mis asertos, puede preparar un caballo y seguirme para que se desengañe. El alcaide se levantó dirigiéndose hácia la puerta: D. Pedro le mandó sentar.

—Repito, añadió D. Fernando de Castro, que solo la traicion de Tobar ha sido causa de que el conde haya penetrado en Calahorra.

—No tiene duda, dijo el rey: pero yo tengo en mi poder á Juan Fernandez de Tobar y me pagará por su hermano.

Un doncel entró á todo prisa, y anunció al rey, que dos ciudadanos de Briviesca pedian audiencia á su monarca, augurando eran portadores de interesantísimas nuevas. El rey mandó que se presentasen al punto.

Los dos ciudadanos entraron y se inclinaron con respeto ante el monarca de Castilla. Era el uno de ellos anciano, como de sesenta y cinco

dad desde lejos, paró Hinestrosa su caballo, y dirigiéndose á la huérfana, dijo: "Yo hubiera podido permanecer en Calahorra sin nota de infamia, porque mis sufrimientos y mis años me hacen inútil para el servicio de D. Pedro; pero una vez llegado á Burgos, tengo el deber de presentarme ante mi rey y mi señor para referirle cuanto he visto." ¿Y qué habeis visto, señor alcaide?" preguntó la huérfana. "He visto la entrada triunfal de D. Enrique en Calahorra; he visto su proclamacion, sus caballeros y su hueste," contestó el alcaide. Esta tarde llegamos, añadió la huérfana á la ciudad de Burgos, y mañana al amanecer podréis referir á D. Pedro cuanto llevais manifestado. Pero exijo una condicion. "Manifestádmela, señora." "No pronunciaréis jamas mi nombre en la presencia del monarca, ni sabrá circunstancia alguna que pueda tener relacion con mi permanencia en la ciudad." "Estoy tan interesado, Doña Inés, replicó Hinestrosa, en que el rey D. Pedro no trasluzca vuestra permanencia en la ciudad, que no pronunciarán mis labios una sílaba que pueda inspirarle sospechas." "Estamos convenidos, D. Lope." Los viajeros picaron de nuevo, y muy pronto la ciudad de Burgos los vió penetrar por sus puertas.

Así que se hubieron alojado llamó la huérfana al buen paje, y le manifestó su proyecto de presentarse al rey D. Pedro de una manera inesperada; para lo que era necesario conocer bien todo el interior del palacio, y saber las horas mas oportunas para encontrar solo al monarca.

Al entrar en Burgos habia tenido el paje un mal encuentro, ó para hablar con propiedad, una mala vista. Habia consistido esta, pues, en haber descubierto á Fortun, que con su amigo Garci-Diaz se pavoneaba lindamente. Enrique profesaba á ambos un odio tan inestinguible, como justas eran las causas que se lo habian hecho concebir. En el primer rapto de ira puso las piernas al caballo para lanzarse sobre ellos; y hubiéranlo pasado muy mal, si una reflexion repentina no hubiera hecho conocer al paje que su escándalo comprometeria la persona de Doña Inés y los intereses del conde. Esta reflexion poderosa le contuvo, y la confianza de Doña Inés le hizo concebir un proyecto, bastante opuesto á su carácter y á su ardiente sed de venganza, pero que podia dar resultados muy inmediatos y seguros.—¿Qué me respondes, buen Enrique? volvió á preguntarle la huérfana.

—Mucha resolucion ha de tener la cervatilla que vaya á provocar al leon.

—Estoy resuelta, amigo mio.

—Os estimo tanto, Doña Inés, que preferiria cerrar en campo con diez ballesteros del rey, á ver en peligro vuestra persona.

—Agradezco tu buen deseo; pero no puedes tú cumplirle, ni adelantamos con él nada. Quiero penetrar en palacio. ¿Qué medio juzgas oportuno para conseguirlo?

— Uno solo. Pero sufriré tanta violencia, que si quisiérais desistir....

—Habla, Enrique. ¿Cuál es el medio que tú juzgas tan adecuado?

—He visto á Fortun.

—¿Al montero que nos vendió villanamente?

—El mismo. Y sin el temor de dar un escándalo que comprometiese nuestra causa, ya me habria pagado su deuda, si pagar puede toda la sangre de un infame la del infante mi señor.

Gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos del jóven paje: los de Doña Inés estaban secos, mas eclipsados y radiantes.

—Veré, añadió el paje, á Fortun. Seis años, el sol y las barbas han hecho cambiar á mi rostro: no me conocerá y hablarémos. Aplazo, señora, mi venganza, para tomarla mas segura.

—Vé, Enrique, yo tendré que verle y me violentaré como tú: yo tendré que ver á D. Pedro, y me violentaré mas que tú.

El paje no repuso palabra y se dirigió hácia el palacio. Penetró en el patio fácilmente, y por su buena dicha el primer ballestero que halló era Fortun, que con su mal aire y desaliño se hubiera distinguido entre ciento. Enrique no vaciló un instante, y cogiéndole por el brazo le dijo:

—Señor ballestero, ¿cómo se encuentra el viejo lobo bajo esa camisa de escamas?

Fortun miró al paje fijamente: se pasó la mano por la barba, se dió dos golpes en la frente, y contoneándose con impertinencia le respondió:

—Señor capitan, pues tal pareceis por lo apuesto, no os conozco.

—Debiérais tener mas memoria, amigo Fortun. Cuando fuiste herido en Ateca, ¿quién te hizo curar, quién te cuidó?

—Quizá los médicos de Cristo; pero yo, señor, no los recuerdo. Me sacudieron tan de firme, que se fué mi cabeza á pájaros.

—Yo estuve á tu lado, Fortun; y yo te he salvado la vida.

Fortun se cuadró con mal aire, pero con profundo respeto. Despues añadió:

—Eso es muy serio. Cuando un cazador cose á un lebrel la piel que el jabalí le ha roto, el perro no olvida el favor y le paga lo mejor que puede. Si me habeis salvado la vida, disponed de ella como os plazca. ¿Queréis alguna cosa del soldado?

—Puede ser que te necesite.

—Pues hablad, señor. Estoy pronto.

—¿Cuál es tu ejercicio en palacio?

—Hacer centinela de noche, durante el sueño de D. Pedro, en la puerta de su aposento.

—¿Y estás solo?

—Con Garci-Diaz. ¿Le conoceis?

—Sí le conozco.

—Durante las primeras horas velo yo, mientras Garci duerme: durante las segundas, él vela para que descanse Fortun.

—No es considerable el trabajo. ¿A qué hora comienza tu guardia?

—A las diez, para terminarse á las dos.

—Pues escucha una confianza. Una dama muy distinguida desea hablar contigo á las doce: tú no puedes abandonar la guardia.

—De ningun modo.

—Pues la dama vendrá á buscarte.

—¿Y si la sorprenden?

—En ese caso se presentará al rey D. Pedro, y nada tienes que temer.

—Tiene su alteza algunas vueltas.

—Eso nada importa, Fortun. A las doce vendrá la dama, y la tratarás cortesmente.

—¿Vendréis con ella?

—No lo sé.

—Pero señor....

—Es un favor que al perro herido pide el cazador....

—Bien está.

El paje le apretó la mano de una manera tan espresiva, que lanzó un gemido el montero, y quedó diciendo entre dientes: "El señor capitan aprieta como unas tenazas de herrero."

—¿Qué has conseguido, amigo mio? preguntó la huérfana á Enrique al verle entrar en su aposento. Enrique dió parte á la dama de su entrevista con Fortun.

—¡Oh! esclamó Doña Inés gozosa, ¡cuánto tardan en llegar las doce!

—¿Y consentirá que paseis hasta el dormitorio del rey?

—Dios me protegerá, buen paje.

A las doce llegaba Doña Inés al palacio del rey D. Pedro, acompañada por Enrique: el paje se quedó en el patio, y ella subió hasta la antecámara. Fortun paseaba á lentos pasos: Garci dormia profundamente.

—¿Quién vá? preguntó Fortun á la huérfana, que con rapidez se acercaba.

—Soy yo, respondió Doña Inés, acercándose al ballestero.

—¡Doña Inés Sanchez de Avendaño!

—Silencio.

—Pero qué mudada estais, señora.

—Tú has sido la causa.

El ballestero bajó los ojos.

—¿En dónde está el rey? preguntó la huérfana.

Fortun señaló con el dedo.

—¿Está durmiendo?

El ballestero bajó la cabeza, haciendo señal afirmativa.

—Quiero verle.

—¿Vais á matarle?

—¿Soy yo asesino como él?

Fortun habia sujetado á la huérfana por el manto.

—Déjame verle, ballestero.

—¿Me jurais no hacerle daño alguno?

—Te lo juro por Dios y por mis padres.

Pasó Doña Inés al dormitorio. Todo lo demas lo saben ya los benignísimos lectores.

CAPITULO IX.

Al alma ofrecen las sombras
Que oscurecen mis horóscopos,
Ilusiones, si los huyo,
Realidades, si los toco.

J. B. Sandoval.

No se mostraron perezosos los caballeros convocados, y á la media hora de la cita estaba reunido el consejo. Ocupaba un lugar inmediato á la persona del monarca D. Fernando de Castro, que como hermano de Doña Juana, dama con quien se habia desposado D. Pedro, como en otro lugar referimos, gozaba de grande privanza, y era acatado en el del rey de ambas Castillas. Llegado el momento de hablar, tomó la palabra el primero, y dirigiéndose á Hinestrosa, le instó á que esplicase nuevamente cuanto habia referido al monarca.

Con estraordinaria sangre fria, con admirable precision y con natural dignidad, les fué refiriendo D. Lope cuanto habia visto en Calahorra, y contado momentos antes á su rey y señor D. Pedro.

Hinestrosa estaba ofendido de algunas palabras algo duras que le habia dirigido el monarca en su conferencia anterior; y así terminó su relato sin añadirle reflexiones y sin recomendar partidos. Los caballeros le escucharon con notable atencion y alarma; pero al terminar, muchos de ellos dieron tales muestras de duda, que ofendió su descortesía la susceptibilidad del alcaide.

—¿Qué ves en esto? amigo Castro, preguntó el rey á su privado.

—Dos cosas, señor, solamente. La primera y mas criminal es haber entregado á Calahorra su alcaide Fernan Sanchez de Tobar. La segunda es el miedo que han inspirado al buen D. Lope esos bandidos del Bastardo: y por tan engañoso prisma ha visto su hueste mayor que puede serlo á la verdad.

—D. Fernando de Castro, mis ojos no hacen crecer los enemigos, y en el corazon de los Padillas no ha entrado jamas el temor, porque están llenos con la lealtad que á su rey y señor profesan. El que dude de mis asertos, puede preparar un caballo y seguirme para que se desengañe. El alcaide se levantó dirigiéndose hácia la puerta: D. Pedro le mandó sentar.

—Repito, añadió D. Fernando de Castro, que solo la traicion de Tobar ha sido causa de que el conde haya penetrado en Calahorra.

—No tiene duda, dijo el rey: pero yo tengo en mi poder á Juan Fernandez de Tobar y me pagará por su hermano.

Un doncel entró á todo prisa, y anunció al rey, que dos ciudadanos de Briviesca pedian audiencia á su monarca, augurando eran portadores de interesantísimas nuevas. El rey mandó que se presentasen al punto.

Los dos ciudadanos entraron y se inclinaron con respeto ante el monarca de Castilla. Era el uno de ellos anciano, como de sesenta y cinco

años de edad: el otro, jóven, bravo y apuesto: ma en los semblantes de los dos se descubria grande tristeza y embarazo.

—Muy bien venidos, dijo el rey. ¿Cómo queda la gente honrada de mi buena villa de Briviesca?

El anciano le respondió:

—Señor, de la peor manera posible; porque Beltran Güesclin, Enrique vuestro hermano, y todos los demas señores que forman su aguerrido ejército, nos han dado un asalto tan singular y tan terrible, que no se ha visto hasta nuestros dias uno que pueda asemejársele, ni se verá en lo sucesivo. Han trepado por nuestros muros con la agilidad de la ardilla y la fiereza de los tigres: se han apoderado de la ciudad; han pasado á cuchillo á los infelices judíos, á los míseros sarracenos, y muchos de vuestros soldados han señalado con su sangre el camino que habia seguido el formidable vencedor.

—Mentís infamemente, le respondió el rey irritado. No han podido tomar á Briviesca, como tú dices, por asalto. Habréis recibido oro y plata para entregarla á mi enemigo, á quien la habeis vendido cobardes, hombres sin honor y traidores. Yo cobraré en vuestras cabezas el oro que habeis recibido.

—Señor, dijo el mas jóven de ellos, por la vírgen María juramos, que ni os hemos hecho traicion, ni recibido vil metal al grande precio de la honra. Por fuerza de armas, con cien atrevidos asaltos dados por el indomable Beltran Güesclin y por los suyos, ha sido tomada Briviesca, corriendo torrentes de sangre de sitiadores y sitiados. Ninguna ciudad, ninguna villa hubiera rechazado sus combates, y no teneis, señor, castillo que no tomen al improviso, si se presentan ante él. Yo creo, señor, que estos enemigos han venido de los infiernos.

D. Pedro se levantó furioso, y dirigiéndose al noble jóven le dijo con voz espantosa:

—Falso, traidor y mal nacido, tú has mentido como un bellaco; pero recibiréis el premio por la fineza que me habeis hecho. Yo os mandaré atar como á ladrones, y os haré ahorcar como á dos perros.

Despues se acercó á Fernando de Castro y le dijo:

—Beltran Güesclin me va á perder: ha llegado de la Bretaña, y estoy seguro que va á cumplirse aquel pronóstico que dice: "Vendrá un águila de la Bretaña que ahuyentará á todas las otras, penetrará en los palomares y degollará los pichones." El diablo ha traido á este Beltran, que ayudando al Bastardo Enrique, le hará ponerse sobre mí. No sé lo que va á sucederme.

D. Pedro se alejó de Castro, llamó á sus ballesteros de maza Garci-Diaz y Fortun, y les dijo:

—Tú, Garci-Diaz, subirás al punto al castillo y harás degollar á Tobar. Tú, Fortun, conducirás á estos dos perros y los harás ahorcar tambien.

El anciano enjugó una lágrima: el jóven alzó la cabeza, y abriéndose las vestiduras manifestó al rey su pecho herido, y le dijo con voz solemne:

—He recibido, rey D. Pedro, estas heridas, que aquí veis, defendiendo vuestra corona en las murallas de Briviesca: han aligerado mi sangre vuestros furiosos enemigos, y tendré menos que entregar á los verdugos del monarca. Yo os perdono mi propio mal; pero la sangre de este anciano caiga, rey D. Pedro, gota á gota sobre vos y vuestra familia; porque este anciano es mi padre.

Acabó de decir y salió acompañado de su padre y de los ballesteros del rey.

Los dos ciudadanos de Briviesca fueron conducidos atados y completamente desnudos al cadalso, y ahorcados como malhechores. Garci hizo cortar en el castillo la cabeza de Juan Fernandez. El consejo discutia mucho y no sabia qué resolver.

Apenas ajusticiados los briviescanos, se presentaron al consejo un gran número de sus compatricios, que corroboraron sus asertos, y proclamaron su inocencia. D. Pedro se hallaba corrido, y muchos de sus caballeros murmuraban de aquel rigor, tan sin razon y en tan mal tiempo por el monarca desplegado. Ya no quedaba duda al rey de las huestes de D. Enrique, y desanimado enteramente dejaba traslucir su inquietud, su irresolucion y su miedo. Fernando de Castro le animaba, como esforzado caballero; mas las razones del valido se estrellaban contra la preocupacion de D. Pedro, como las olas del mar se rompen contra las rocas de las playas.

Quiso el rey aumentar su consejo, y para ello mandó llamar á cuatro judíos, que particularmente estimaba, nombrados, Jacob, Judas, Abraham y Josué. Así que se hubieron presentado, les dirigió el rey la palabra diciéndoles:

—Señores, yo os tengo por hombres muy sabios: aconsejadme. El tiempo urge, y la necesidad apremia.

Josué, que era el mas ladino, le respondió:

—Señor, voy á deciros la verdad sin disfrazarla y toda entera. Segun lo que yo veo y discurro, no estais aquí en seguridad. Burgos es ciudad poco fuerte y estaréis mejor en Toledo, cuyos muros son espesos y altos, el castillo poderoso y fuerte, y la guarnicion numerosa. Mandad á los ciudadanos de Burgos, y á vuestro delegado en ella, que la defiendan y guarden bien, hasta vuestro regreso próximo. Decidles que queréis marchar á Toledo para calmar la disension que entre sus ciudadanos reina, y conseguir por este medio alejar de vos la tormenta, que desde Briviesca rebrama.

El rey D. Pedro no vaciló en seguir al pié de la letra toda la opinion del judío. Las observaciones de Castro, el parecer de algunos señores, fueron completamente inútiles y la marcha se decidió. Pero queriendo evitar el rey los ruegos y las justas quejas de los burgaleses, sus amigos y sus vasallos mas leales, recomendó el mayor secreto á los individuos del consejo, mandándoles que al dia siguiente y por la mañana temprano

se presentasen á caballo en el palacio del monarca, para con el menor ruido posible, y antes que el pueblo lo notase, tomar la ruta de Toledo, adonde se proponia llegar con la mayor premura.

El consejo se disolvió, y cada cual fué á prepararse para la mañana siguiente.

CAPITULO X.

A la conquista partió,
Y dió á ella tan buen cabo,
Que hoy Granada es del Rey Chico,
Y Jaen de Don Fernando.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

Amaneció el dia veintiocho, y todos los habitantes de Burgos se agitaban muy de mañana, por haber sabido dos nuevas, alarmantes á la verdad, y que en grave aprieto los ponian. Era una de ellas la llegada del conde D. Enrique á Briviesca, de la que se habia apoderado por fuerza de armas, haciendo prisionero á Men Rodriguez de Sanabria, que la defendió con valor, y la otra, la fuga que iba á verificar D. Pedro, abandonando la ciudad antes que llegase su enemigo.

Confirmaban estos rumores algunos preparativos hechos durante la noche anterior, que aunque ejecutados con cautela, no hubo la bastante para que quedasen ocultos.

Los primeros que vislumbraron el mal estado de las cosas lo noticiaron á sus amigos, pero con muchas precauciones y encargándoles el secreto. Menos tímidos los segundos, lo revelaron á mas personas, recomendándoles lo mismo: mas como la manera mejor de publicar cualquier noticia, es recomendar mucho sigilo, sucedió que á las pocas horas no habia en Burgos quien lo ignorase, y se referia á grito herido en las plazas de la ciudad.

No agradaba á los burgaleses la proximidad de un ejército, que compuesto en su mayor parte de aventureros desarmados y de estranjeros codiciosos, (que de todos los mandamientos el que quebrantaban con mas frecuencia, y sobre todo con mas gusto, era el sétimo del Decálogo), era seguro pondrian mano en los bienes del prójimo segun todas las apariencias. Decididos á defender sus haciendas y sus mujeres de tan peligrosos enemigos, se irritaban contra D. Pedro, que en la mas crítica situacion iba á volverles las espaldas. Gritos, invectivas y maldiciones pronunciaban todos los labios contra el rey y los consejeros, que le aconsejaban tan mal. Crecian por instantes los grupos: arengaban los mas audaces, é iba á declararse el tumulto, cuando algunos burgaleses de cuenta, que no querian tener contacto con el verdugo de D. Pedro, propusieron ir al palacio y suplicar al rey se quedase para defender la ciudad. Fué bien recibida esta propuesta, y se encaminaron al palacio.

Al desembocar en su plaza, lo primero que descubrieron fué un escuadron de moros granadinos, que formaba ante el real palacio, con Faraz, su jefe, á la cabeza, y algunos principales señores que sobre poderosos caballos y vestidos de ñno acero, se dirigieron desde sus posadas hácia la posada del rey. A la vista de estos aprestos, se repitieron los murmullos, las maldiciones y las quejas. Trabajo costó á sus prohombres ponerlas freno, y dirigiéndose al palacio fueron sorprendidos por el rey, que sobre un alazan fogoso y cubierto de todas armas, salió calada la visera y con un lanzon en la mano.

A su vista retrocedió el pueblo, y un silencio reverencial se sucedió á los largos murmullos. Los mas atrevidos instaban á los comisionados que llegasen, pero en voz baja y con secreto. El rey se levantó la visera, hizo ademan para que se acercasen, y les preguntó con dulzura:

—¿Qué quiere mi pueblo de Burgos?

—Señor, replicó un burgalés distinguido por sus riquezas; vuestra buena ciudad de Burgos está mirando con dolor que su monarca la abandona. Nosotros os pedimos, señor, como señalada merced, que cuando se acerque el enemigo no salgais de nuestro recinto, ni nos dejeis abandonados. Muchas y buenas compañías teneis, señor, en la ciudad, y tesoro muy abundante para poderlas mantener; y si dinero necesitais, todo cuanto Dios nos ha dado, lo pondremos en vuestras manos con mucho amor y voluntad. Como buenos, como leales, os suplicamos rendidamente, que permanezcais entre nosotros: nuestras haciendas y nuestras vidas están prontas: mandadnos, y obedeceremos. Mas tambien pedimos, señor, á los escribanos que están presentes, nos otorguen un testimonio del requerimiento que os hacemos, para que nuestros nietos vean adonde llega nuestra lealtad, y la ciudad conserve siempre un título mas de sus glorias.

—Yo agradezco, respondió el rey, la buena voluntad y razones que acabais de manifestarme. Yo sé bien que mi ciudad de Burgos hará todo lo que promete, porque conozco su lealtad; grande para mí, como lo ha sido para los reyes mis progenitores. Yo os agradezco, burgaleses, estas grandes muestras de amor, pero me es imposible detenerme. Los ciudadanos de Toledo me llaman para que apaciigüe sus querellas, y estoy en el deber de ir allá. El ejército de D. Enrique, en vez de venir sobre Burgos, se dirige sobre Sevilla, porque tengo allí mis tesoros, y el tesoro mayor, mis hijos. Voy á defenderlos, burgaleses, y á reunir numeroso ejército para escarmentar al Bastardo.

—Señor, repuso el burgalés, no hagais caso de esas consejas con que poco fieles amigos os determinan á marchar. El conde se encuentra en Briviesca, á ocho leguas de Burgos, y su ánimo es venir aquí. Quedaos con nosotros, señor, y sea una misma nuestra suerte.

D. Pedro picó su caballo para proseguir su camino; mas el burgalés, animado con la magnitud de su empresa, le sujetó por ambas riendas, y prosiguió con voz enérgica:

—Señor, supuesto que estais enterado de la proximidad del conde y no le queréis esperar en esta vuestra ciudad de Burgos, teniendo en ella compañías muy aguerridas y muy buenas, ¿qué nos mandais, señor, que hagamos? ¿Cómo nos podremos defender?

—Yo os mando, burgaleses, que hagais lo mejor que os fuere posible.

—Señor, contestó el burgalés, nosotros querriamos tener la buena suerte de defender esta ciudad contra todos los enemigos que se levantan en Castilla: mas ¿en donde vos con tantas gentes y con tan buenas compañías no os atreveis á defenderos, qué queréis que hagamos nosotros? En peligro está nuestro honor; y por si, lo que Dios no quiera, nos vemos en tan grave aprieto, que nos sea imposible defendernos, ¿nos quitais, señor, una, dos, tres veces el homenaje que naturalmente os debemos por vuestra ciudad de Burgos?

—Yo os quito para ese caso el homenaje, por una, dos, tres veces, dijo el rey.

—Escribanos que estais presentes, dijo el burgalés, dadnos testimonios al punto, en buenos instrumentos firmados y signados segun uso, de cuanto acaba de pasar.

Los escribanos se dispusieron para escribir los instrumentos, y el rey D. Pedro mandó á sus gentes que se pusiesen en camino. Ya habia cruzado el rey la plaza, cuando sudado y sin aliento se presentó Ruy Perez de Mena, recaudador mayor del obispado y alcaide del castillo de Burgos.

—Señor, dijo Perez al rey, he sabido con gran sorpresa que al aproximarse el enemigo abandonais esta ciudad. Decidme, señor, por merced, qué debo hacer con el castillo, pues no tengo fuerzas bastantes para mantenerlo y guardarlo.

—¿Qué has de hacer? le replicó el rey con una voz ronca y airada. ¿Qué has de hacer me preguntas, Perez? Defenderlo mientras respires, defenderlo mientras haya una piedra en que te puedas ocultar.

—Señor, dijo Perez humildemente, no tengo fuerzas ni poder para defender el castillo, cuando abandonais la ciudad.

El rey picó con furia á su caballo, y atropellando al pobre alcaide, prosiguió su marcha, interrumpida ya dos veces.

Acompañaban al rey D. Pedro, D. Martin Lopez, Maestre de Alcántara, D. Iñigo Lopez de Horozco, D. Alfonso Fernandez de Montemayor, Fernando de Castro y otros caballeros de cuenta, aunque la mayor parte de ellos se quedaba en Burgos, resentidos del rey D. Pedro que habia mermado sus familias. Tambien acompañaban al monarca los cincuenta moros granadinos que se hallaban ante el palacio, y los ballesteros mas fieles, entre los cuales se veian Garci Diaz y Pero Fortun.

Muchos ciudadanos de Burgos seguian el cortejo del rey con la tristeza en los semblantes, y la indignacion en las almas. Veian con enojo la conducta de un monarca á quien habian servido lealmente, y daban muestras de dolor; pues nada siente tanto un pueblo como la ingratitud de su príncipe. Traslucian los mas previsores todas las desgracias de un asedio, y sus ánimos se apartaban del rey D. Pedro de Castilla, trocándose la antigua aficion en desapego y hasta en odio. Tampoco iba el rey satisfecho, pues veia desmembrarse sus estados, y pronta á cumplirse quizás la prediccion del sacerdote. Recordaba el tristísimo sueño que habia tenido dos noches antes, y se le erizaban los cabellos con aquellas palabras fatídicas. Esta disposicion de los ánimos daba á la salida del rey la solemnidad de un entierro.

Próximo á salir de la ciudad, levantó D. Pedro la cabeza, y vió en un balcon de madera á una mujer hermosa y pálida con negro vestido de luto. Creyó conocerla D. Pedro, y deteniendo su caballo, se quedó con los ojos fijos en el semblante de la dama. Esta le contempló tambien, y moviendo sus labios marchitos le dijo:

—Huye, D. Pedro, de tu hermano. La primera vez que se toque tu cabeza con la de D. Enrique, te traspasará la corona. La primera vez que su pecho se junte con el tuyo, te herirá sobre el corazon. Huye, D. Pedro, de tu hermano.

—¡Eres la venganza de Dios! esclamó D. Pedro aterrado y aplicando al bruto el acicate.

—No, respondió la huérfana con voz hueca, no: soy la sombra del rey D. Pedro.

CAPITULO XI.

El sol con negro capuz
De vapores no destella,
Busquemos, pues, otra estrella
Que nos dé radiante luz.

JAIME TIÓ.

Salió el rey don Pedro de Burgos y se dispersó la muchedumbre, poco satisfecha y cabizbaja. La mayor parte de los burgaleses se fueron á empezar sus faenas, y solamente los mas ricos y mas influyentes por tanto, se hicieron cargo de ordenar lo que al pro comunal cumplia. En el primer momento de alarma hicieron coronar los muros por las compañías veteranas, que les habia dejado el rey: cerraron las puertas, levantaron los puentes y se aprestaron á resistir. Mas sucedió que á las pocas horas algunas de las compañías abandonaron sus cuarteles y se salieron de la ciudad para reunirse con el conde.

Esta defeccion, y la inconstancia de todo corazon humano, hicieron que los encargados en el gobierno de la ciudad, pensasen con mas detenimiento todas las consecuencias de un asedio, y sobre todo los graves daños que estaban espuestos á sufrir en sus haciendas y personas. Conferenciaron entre sí, y dedujeron convocar á todos los vecinos de Burgos, para que, de comun acuerdo, y despues de amplia discusion, se resolviese lo que á la ciudad convenia. Fijos en este pensamiento se encaminaron á la catedral, y tocaron á toda prisa la campana de los vecinos.

No se hicieron esperar estos, y muy en breve fueron reunidos un gran número de cristianos, de mahometanos y judíos. Faltaba empezar la sesion, cuando un ciudadano de Burgos, subiéndose sobre un escaño, dijo:

—Antes de comenzar, señores, conviene que vayan algunos al palacio de nuestro obispo á suplicarle se nos reuna. Nuestro obispo es un piadosísimo varon de gran corazon y buen consejo. Marchemos, pues, por nuestro obispo.

Un grito general acogio la propuesta del burgalés, y con gran pompa y algazara fueron al alojamiento del prelado. El obispo condescendió con los deseos de sus feligreses, y fué llevado en triunfo, y aclamado con entusiasmo.

Así que estuvieron reunidos, habló el prelado en estos términos:

—Señores, nos hemos juntado en este sitio para discurrir algun medio de conducirnos sabiamente. Vosotros veis el grave aprieto en que á la sazon nos hallamos. El rey D. Pedro nos ha dejado por temor de sufrir un sitio. Reflexionad, ciudadanos de Burgos.

El obispo cruzó los brazos, y todos guardaron silencio. Mas un burgalés atrevido, y mas que atrevido locuaz, llamó la atencion del auditorio, y le dijo resueltamente:

—Señores, nos hallamos en mal estado, porque nos reunimos aquí gentes de tres leyes distintas, y de distintas condiciones. Esto no debe agradar á nadie. ¿No seria mejor que los judíos y los mahometanos lo mismo, tomasen su consejo aparte? Y despues que hayan discutido, podrán decirnos en verdad lo que consideren mejor.

Todos aprobaron el arbitrio, y se dividieron en tres secciones, en las que emitió cada uno su parecer con libertad.

El obispo de Burgos, que se quedó con los cristianos, les hizo jurar por Jesucristo y por los santos evangelios, que mantendrian secreto cuanto en tal asamblea se dijese. Los cristianos así lo ofrecieron, y despues de haberles tomado el juramento convenido, dijo:

—Señores, me parece, segun mi conciencia y mi razon, que el rey D. Pedro de Castilla no es digno en alguna manera de gobernar mas estos reinos. Digo, señores, que no es digno, porque es incrédulo: porque ha estado fuera del gremio de la Santa Iglesia por un largo espacio de tiempo: porque tiene la misma religion que un perro: porque ha mandado quitar vidas sin preceder enjuiciamiento; ha talado comarcas enteras sin causa, y ha hecho asesinar á Doña Blanca, su legítima, su única esposa. ¿No nos estaria mucho mejor un caballero buen cristiano, que mantuviese y gobernase bien el reino é hiciese ejecutar bien las leyes, que obedecer á ese malvado de malas costumbres y vida? Bien sabeis que el conde D Enrique se acerca. El fué hijo de una gran señora, y engendrado por un buen rey que la tenia dados esponsales, y á quien estuvo unida siempre. Nosotros sabemos muy bien, que verificado el matrimonio, no hay poder alguno en la tierra que sea bastante á destruirlo. Don Enrique es noble y valiente; si acordamos el recibirle, le haremos jurar por tres veces, que nos gobernará en justicia y con arreglo al uso antiguo, como lo hicieron nuestros reyes, durante el gobierno de los cuales fué Castilla grande y fué libre, mientras hoy se encuentra esclavizada. Dé cada cual su parecer, porque yo tengo dicho el mio.

Todos aplaudieron á la vez el discurso de su prelado: todos encontraban encanto en la novedad que proponia; y aquellos burgaleses leales, que habian hecho alarde momentos antes de su fidelidad á D. Pedro, acordaron sin contradiccion coronar por rey á D. Enrique, tan luego como les jurase guardar sus fueros, y sus privilegios conservarles.

Despues que hubieron los cristianos tomado su acuerdo, llamaron á los mahometanos, y el obispo les preguntó por qué arbitrio se decidian. Entonces un musulman muy entendido, muy agudo, muy elocuente, se adelantó á sus compañeros é inclinándose ante el prelado, dijo:

—Nuestra opinion es muy sencilla, y no la tendremos callada. Nosotros queremos hacer en un todo vuestra voluntad y vuestro mandato como muy servidores vuestros. Disponed y os ayudaremos con nuestra hacienda y nuestros brazos.

Este discurso lisonjero fué perfectamente acogido por los cristianos burgaleses, y los discípulos de Jesus jamás se habian mostrado tan avenidos y satisfechos de los sectarios del profeta. El obispo respondió al moro:

—Habeis hablado bien. Nosotros estamos por el conde y por el noble Beltran Güesclin.

—Me parece muy buen partido, santo pastor, repuso el moro humildemente.

Tocaba hablar á los judíos, y el encargado de responder, que era viejo grave y muy ladino, dijo con una voz solemne:

—Señores: no os manifestaremos nuestra opinion, si primeramente no nos prometeis y jurais por vuestra ley y vuestro honor, que si nos acomodase marcharnos de esta buena ciudad de Burgos, nos dejaréis partir á nuestro gusto y con todos nuestros caudales, para ir á habitar en Portugal ó en Aragon, como mas nos plazca ó convenga. Si esto prometeis y jurais, os diré nuestro parecer.

Los cristianos les prometieron y formalmente les juraron hacer todo cuanto podian. Entonces añadió el judío:

—Nosotros decimos, y estamos de acuerdo con vosotros, que no vale nada aquel hombre que huella con desden su ley, y por lo tanto un buen cristiano no debe hollar nunca la suya. Si un judío no pensase en esto conforme piensan los cristianos, no le dariamos el menor crédito. Nada mas podemos decir. Ya quedais instruidos, señores.

Esta respuesta sibilítica fué escuchada con atencion y recibida con agrado. Los cristianos vieron en ella una acusacion contra D. Pedro, á quien consideraban ya como á su mayor enemigo. D. Enrique fué proclamado en todas partes, y

todo el vecindario de Burgos manifestó el mismo entusiasmo que si volviese el Cid Ruy Diaz de la conquista de Valencia.

Pasado el primer arrebato, pensaron los mas entendidos en escribir corteses cartas á su nuevo rey D. Enrique. Esta resolucion de los burgaleses dió motivo á serios debates. Se tropezó primeramente con el tratamiento que debia dársele, y no dejaron de estar discordes los pareceres en un punto muy trascendental y muy grave. Opinaban los mas entusiastas, y la gente moza sobre todo, que se le apellidase rey: decian los mas cautos y los viejos, que no se considerase como á tal hasta que jurase gobernar con arreglo al antiguo uso. Esta opinion prevaleció, y se convino por lo tanto darle su título de conde, y ofrecerle para despues que prestase su juramento el de rey de Castilla y Leon. Tratóse en seguida de quién y como habian de redactarse las cartas: ofrecióse á hacerlo un escribano que conocia bien su ejercicio, y empezó en el nombre de Dios; fórmula que parecia maravillosa á los honrados burgaleses para encabezar sus testamentos, pero que no creyeron á propósito para comenzar aquellas cartas.

En el nombre de Dios fracasó la epístola del escribano burgalés, y salió un médico á la palestra, que se la disputaba á ladino al escribano mas travieso. Comenzó el doctor su tarea; pero como estaba acostumbrado al estilo de sus recetas, tomó un tono tan imperioso y al mismo tiempo tan conciso, que á los tres renglones y medio lo mandaron á tomar pulsos y á recetar hipecacuana.

Mucho tiempo hubieran gastado en pruebas y en mas pruebas, si no se le hubiera ocurrido á un sacristan, que la persona mas á propósito para redactar documentos tan perentorios é importantes era el obispo de la diócesis. Se recurrió pues, al prelado, y no tuvieron que arrepentirse; pues en un blanco pergamino y con una letra muy clara trazó el documento mejor hablado que nos queda de aquellos tiempos. Las epístolas de San Pablo, el evangelio de San Lúcas, las decretales de San Isidoro y las leyes del Fuero Juzgo, se intercalaron tan sabiamente y fueron colocadas con tal arte, que parecian hechas de molde para el lugar en que se hallaban. Lo mas patético de San Agustin, lo mas profundo de San Gerónimo, lo mas enérgico de San Bernardo, lo mas recóndito de las crónicas y lo mas fabuloso y romancesco de las antiguas tradiciones; todo, todo vino á atestiguar de consuno la grande erudicion del prelado y su facilidad en el decir.

Todos los burgaleses que oyeron la sentida y erudita carta, se quedaron con la boca abierta, y felicitaron al obispo que tan bien habia sabido interpretar sus sentimientos y manifestar sus deseos.

Para una carta tan evangélica era indispensable buscar evangélicos embajadores que la llevasen á su destino, y pudieran hacer de palabra los comentarios oportunos y las aclaraciones precisas en tan importante documento. Se trató de buscar conductores, y el escribano y el doctor con el sacristan por apéndice, se brindaron para el viaje, ofreciendo cumplir fielmente, y sobre todo con destreza, una comision tan perentoria y notablemente delicada. Fueron copiosas sus razones, pero no causaron efecto. El obispo se habia hecho cargo de dirigir todo el negocio, y tenia en su mente personas mas adecuadas y capaces.

Las instancias de los candidatos fueron cansando al auditorio, quien las acogió con murmullos y las contestó con epígramas. Decian unos al escribano, que solo pretendia el viaje para añadir alguna pluma á sus descañonadas alas, con la que lograria volar con mas rapidez y mas alto. Decian otros al médico, que demostraba tanto afan, porque de refrendador de pasaportes para el otro mundo que era entre las personas vulgares, queria ennoblecer el oficio dándolos á gente de mas cuenta, y hasta á los infantes y reyes. En cuanto al sacristan, convinieron todos que pretendia un canonicato, y desde entonces se quedó con el apodo de "el canónigo."

Hemos manifestado que el obispo se habia reservado la eleccion de tan importante embajada. No quiso revelar á nadie los nombres de los elegidos; pero vieron los concurrentes que habia comunicado órdenes á un diácono que de secretario le servia, y que se habia marchado éste con grande premura y contento.

No se hizo esperar el diácono, quien se presentó conduciendo á dos muy reverendos padres, alto y descarnado el uno de ellos, con semblante adusto y penitente, mientras el otro, gordo y pequeño, tenia una cara de pascua, capaz de quitar toda pena. En una palabra, dos frailes que parecian hechos de encargo, el uno para presidir los entierros, y el otro para echar bendiciones en todas las bodas posibles.

—Señores, dijo el buen obispo al ver entrar los regulares, aquí teneis los enviados que deben representar á Burgos cerca del conde D. Enrique. ¿Merecen vuestra aprobacion?

Todos respondieron que sí, menos el sacristan, el escribano y el doctor, que atrevidamente sostuvieron iban á proporcionar los reverendos la fundacion de algun convento que aumentase los de su órden, y algunas mitras que vacasen para engrandecer sus cabezas. Estas quejas de maldicientes, apenas fueron escuchadas, y un aprendicillo de sastre que se les encontraba próximo, les impuso eterno silencio, mientras una vieja gangosa y bastante tildada de bruja, murmuraba entre sus mandíbulas: "Quizá todos tienen razon."

Convenidos en que los dos padres habian de llevar á D. Enrique la carta en que los burgaleses lo llamaban á su ciudad, tomó el obispo la palabra, y trazó á los muy reverendos la conducta que debian seguir en tan delicada mision. Atentos escucharon ambos las advertencias del obispo, aunque redundantes y escusadas, pues desde los monges de la Tebaida hasta los tiempos que alcanzamos, no ha habido ningun fraile tonto. Todos son sutiles como Scoto, eruditos como Masdeu y Flores, críticos como el buen Feijó, y enérgicos como Cisneros. Yo me he preguntado muchas veces la esplicacion de este fenómeno, y opino que solo consiste en que un fraile no muere nunca. Miembro de una sociedad eterna que ha de engalanarse con su gloria, encuentra en ella protectores, comentadores y panegiristas. En los claustros de los conventos se miran unas estampitas que representan todos los padres que se han distinguido en algun modo. Al pié de unas se lee: el santo: al pié de las otras, el beato, el escritor, el fundador. Allí son estatuas de bronce levantadas á su memoria, y allí en sus libros de becerro hay unas crónicas eternas que confirman las tradiciones y que no morirán jamas.

Muere un individuo cualquiera, y si es jóven, gasta su viuda los mas preciosos manuscritos en ensortijarse el cabello; si es anciano, tal vez los queman para desocupar un armario. Muere un regular, sus papeles, sus manuscritos y sus libros se examinan con grande esmero, y si merecen publicarse, está seguro de tener en tiempo oportuno editores.

Yo no rebajo en lo mas mínimo la gloria que se han adquirido, particularmente en la edad media, guardando en sus ocultas celdas los monumentos del saber, que sin sus asíduos cuidados hubieran perecido sin remedio bajo el polvo de la ignorancia. Yo veo entre nuestros historiadores al padre Mariana, al padre Flores y á Masdeu; yo veo á Fray Luis entre los poetas y entre los mejores prosistas; yo veo á Fray Gabriel Tellez entre los escritores dramáticos; yo pudiera citar otros muchos; mas dejemos la digresion, y volvamos á nuestro asunto.

Así que terminó el prelado, dió la sentida carta á los padres, y estos se pusieron en marcha. No permitian las circunstancias ir en el caballo de nuestro padre San Francisco, y cabalgaron los buenos padres sobre dos poderosas mulas que los condujeron á Briviesca.

CAPITULO XII.

Allí mil y otros mil aventureros
Cual nube de langostas se derraman,
Y con la espada y el incendio dejan
Huellas de sangre y fuego en la comarca.
Del castillo feudal el alto muro,
Y del pastor la rústica cabaña,
Como torrente despeñado incendian,
Como torrente despeñado arrasan.
A.

Tan importante papel hicieron las compañías de aventureros por Beltran Güesclin comandadas en las guerras del rey D. Pedro y de su hermano D. Enrique, que no puedo resistirme al deseo el dedicar algunas páginas á referir por qué vinieron, con algunos pormenores curiosos que me suministra un historiador del capitan Beltran Güesclin.

Despues que fué arrojado D. Enrique de las provincias de Castilla y hasta del reino de Aragon, y que tuvo que buscar en Francia un asilo contra la persecucion de su hermano y la amistad mentida y cautelosa del aragonés y del navarro, llegó á la corte del rey Cárlos la triste nueva de la muerte de su parienta Doña Blanca, reina de Castilla y de Leon. Las circunstancias agravantes que concurrieron á esta muerte, exageradas si se quiere por los cronistas de aquel tiempo, debian ser acogidas por el rey y reina de Francia, á quienes causaron gran pena, así como al noble duque de Borbon y á todos los poderosos deudos de la malograda Doña Blanca.

La conducta del rey D. Pedro fué terriblemente censurada por los caballeros franceses, y germinaba en todos el deseo de tomar sangrienta venganza en el matador de la reina.

Habia á la sazon en las Galias una multitud de aventureros, que habian combatido en pro ó en contra del inglés, y gran compañía se llamaban. Componíase esta de soldados de muchas naciones, acostumbrados al pillaje, al asesinato y la violencia. En el seno de una paz profunda eran los mas temibles enemigos de aquellos pueblos, que en la guerra habian defendido con su sangre; llegando sus desórdenes á tal punto, que el rey de Francia creyó indispensable reunir inmediatamente su consejo, para tomar algunas medidas que restableciesen el órden en el interior de su reino. Los mas prudentes del consejo observaron juiciosamente, que no era posible acudir al estrépito de las armas contra capitanes resueltos, muy numerosos y aguerridos, opinando se les inclinase á pasar á España, por cuyo medio se satisfacian las pretensiones del rey de Aragon y del conde de Trastamara, y se vengaba al mismo tiempo la cruda muerte dada á la reina Doña Blanca, deuda muy cercana del rey.

Beltran Güesclin que estaba presente, y que ejercia muy grande influjo sobre aquellos aventureros, ofreció al rey sacarlos del reino, bien fuese conduciéndoles á España, bien á la isla de Chipre para dar ayuda á su rey.

Beltran Güesclin envió un heraldo á los capitanes de la compañía, pidiéndoles un salvoconducto para presentarse en sus cuarteles. El heraldo les encontró alojados en Chalon, y fué presentado á los jefes, que á la sazon estaban comiendo. Se dirigió á Hugo de Carbolay, Mateo de Cournay, Nicolás Seamboure, Roberto Scot, Gualtero Huet y Juan de Ebreus, á quien hizo su mensaje. Todos respondieron que se holgaban de él, y Carbolay particularmente; siendo el primero que otorgó el salvoconducto del pedido.

Vuelto el heraldo á Beltran Güesclin, no vaciló éste un solo instante en irse á visitar con los valientes caballeros. Apenas llegado á Chalon, salió á recibirle Carbolay, bizarro capitan inglés, y le apellidó con los nombres de su compañero y su amigo.

Beltran le miró fijamente, y le respondió con voz firme:

—Solo puedo considerar como á mi amigo al que esté dispuesto á complacerme.

—Juro á Dios, le replicó Hugo, que te seguiré

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

por todas partes, y guerrearé contra todo el mundo, escepto el príncipe de Gales, porque es mi natural señor. Esto te respondo por mí, y por todos mis compañeros.

Güesclin quedó muy satisfecho con la respuesta del inglés, y juntos fueron á reunirse con todos los demas capitanes. Muy bien recibido fué Beltran: hicieron traer del mejor vino, y llenando una copa Gualtero Huet, la presentó al noble breton, instándole á que la bebiese. Se escusó Güesclin cortesmente, diciendo á Huet con galantería, que en muy buena mano se hallaba. Todos los capitanes protestaron que no probarian de aquel vino si no bebia antes el breton. Beltran bebió por complacerlos, y despues les dijo:

—Señores, voy á referiros por qué me envia entre vosotros el rey, y si queréis prestarme crédito, á todos os haré muy ricos. Yo tengo muy grandes deseos de ir á Chipre, á prestar apoyo á su rey, ó contra los sarracenos de Granada. Si queréis seguirme, el conde de la Marcha, Oliverio Mauny, sus hermanos y otros muy nobles caballeros, que quieren pelear contra infieles para que se salven sus almas, vendrán con nosotros: el rey nos dará doscientos mil florines, y el Papa entera remision de nuestras culpas y pecados, con algunos florines tambien de su particular tesoro. Despues pasaremos á España, contra Don Pedro de Castilla, que ha hecho morir á su noble esposa, y con el tesoro del cual medraremos cumplidamente. Mucho mejor es que así obremos para conseguir la salvacion, que darnos al diablo neciamente; porque hemos hecho muchos males y cometido muchas culpas, como cada cual puede ver, si de las suyas lleva cuenta.

—Beltran Güesclin, repuso Hugo de Carbolay, así Dios me salve, como mis compañeros y yo estamos prontos á seguir tu buen parecer; y así lo prometemos todos en el caso que el rey de Francia, á quien no odiamos en manera alguna, no tenga guerra con el dicho príncipe de Gales, de quien soy vasallo, y á quien serviré con lealtad.

Beltran respondió á Carbolay, que se hallaba de acuerdo en un todo, y rogó al inglés preguntase á sus compañeros de armas si tenian la misma opinion. Hugo habló á los capitanes bretones, ingleses, navarros y á sus gentes. Unos acogieron gustosos la propuesta de Carbolay, y otros la oyeron con disgusto. Habia en aquella reunion de hombres muchos ladrones y asesinos, que sin la menor compasion robaban, incendiaban y mataban á los hombres, á las mujeres, á los ancianos y á los niños, y dudaban si les convendria atravesar los Pirineos, para buscar nuevo teatro á sus rapiñas y violencias. Les parecia el clima de Francia dulce y delicioso, encontraban en él buenas viandas y buenos vinos, y no querian dejar lo cierto por unas promesas pomposas, pero que podian no realizarse.

A pesar de estos disidentes, logró Beltran que se acomodasen los principales capitanes, y en número de veinticinco le comprometieron sus palabras. Güesclin les dijo que él los llamaria en tiempo oportuno para presentarlos al rey, de quien serian bien recibidos, sin que temiesen traicion alguna, pues el rey de Francia, su señor, no las pensaba, y Beltran Guesclin no las hacia.

Los capitanes respondieron, que fiaban mucho de Beltran, teniendo en mas su sola palabra que la de todos los prelados residentes en Avignon y en las demas ciudades de Francia.

Beltran les pidió que le entregasen las plazas fuertes y castillos que ocupaban en todo el reino, y los capitanes otorgaron. Satisfecho con tan buen éxito, se volvió Güesclin á Paris, y manifestó al rey de Francia cuanto en su servicio habia tratado. El rey se holgó muchísimo de ello, y mandó que los capitanes de mas renombre viniesen á Paris en secreto para no producir alarma. Vinieron como el rey mandaba, y fueron acogidos en el Temple con grande amor y cortesía, regalándoles como á aventureros, y festejándoles como á príncipes. En una cena suntuosa se reunieron los jefes de las compañías con el conde de la Marcha, el buen mariscal Daudrehem, Guillermo Boitel y otros caballeros franceses que juraron combatir juntos bajo la conducta de Beltran.

Terminado este gran festin, caminaron juntos á Chalon, en donde Beltran tomó el mando y poco despues el camino hácia la ciudad de Avignon.

La proximidad de estas gentes puso en alarma al Santo Padre y los vecinos de su corte. Para conjurar la tormenta les envió un sabio cardenal, encargado de preguntarles qué buscaban por aquel canton, y de amenazarles al mismo tiempo con una escomunion terrible si se mostraban enemigos.

Llegado el cardenal al campamento, con mucho temor y gran duda, pidió hablar al jefe de las tropas, anunciándose como legado del padre comun de los fieles. Mientras fueron á llamar á Güesclin se acercó un inglés al cardenal, y despues de felicitarle con grandes muestras de respeto, le preguntó si les traia muy grande cantidad de plata. Esta pregunta reveló al buen cardenal los deseos de aquella gente belicosa, y le turbó completamente.

Llegaron al punto Beltran Güesclin, Ernoldo de Daudrehem, mariscal de Francia, Hugo de Carbolay, y otra multitud de señores, que se inclinaron devotamente ante el legado del Pontífice; pero tan codiciosos todos ellos, que hubieran robado de buena gana los vestidos del cardenal.

Despues que hubo el legado del Papa hecho relacion de su mensaje, tomó la palabra el mariscal, que ademas de ser entendido era tan alto personaje, que tenia en custodia la oriflama, y le dijo aquestas razones:

—Señor, ved aquí unas gentes reunidas, que han hecho en el reino de Francia mas desafueros y mas daños que vos os podeis figurar. Ahora están prontas á marchar contra los impíos sarracenos, y nosotros queremos llevarlas á Chipre, cuyo rey se halla en grave aprieto, segun hemos podido entender, ó contra los moros de Granada.

Todos suplicamos al Santo Padre, vicario de Dios en la tierra, que nos perdone nuestras culpas, y nos dé doscientos mil florines para emprender nuestro viaje.

La sangre del cardenal se heló á la peticion del frances; pero sacando fuerzas de flaqueza dijo:

—Señor, pedís mucho dinero. En cuanto á la absolucion respondo que la acordará el Santo Padre; pero no puedo hacer lo mismo en cuanto á la plata pedida.

—Señor, replicó Beltran sonriendo: es preciso tomar en cuenta todo lo que el mariscal demanda, porque hay muchas gentes aquí que no piden la absolucion, pero que codician el dinero. Nosotros queremos hacerles hombres de bien á su pesar y llevarles á remotos climas para que no causen ningun daño á los cristianos de este suelo. Cuando tengan mucho dinero olvidarán sus malas mañas y se harán los hombres mas honrados que haya en las tres partes del mundo. Decid, cardenal, al Santo Padre, que si no apronta esos florines, no conseguiremos jamas llevarnos estas malas gentes.

El cardenal prometió ir á noticiarlo al Santo Padre, y traer una pronta respuesta.

—Apresuraos, le dijo Beltran. Mientras mas tardeis, mas grande será vuestro mal, porque marchamos á Villanueva.

El cardenal suplicó á Beltran que no consintiese de ningun modo hiciesen daño al país. Beltran respondió que no podia prometer nada; pero que pondria de su parte para que no sufriesen talas ni otros desórdenes de bulto.

Los habitantes de Avignon esperaban al cardenal con una ansiedad indecible: habian hecho cerrar las puertas y coronaban la muralla. Apareció por fin el legado y le cercaron mil curiosos: mas él respondió solamente: "Habrá paz con facilidad, si tenemos muchos florines."

Llegado ante el Papa el legado, le dijo que la compañía demandaba su absolucion. El Santo Padre la acordó. Pero como el cardenal añadiese que pedian doscientos mil florines, el Papa se admiró muchísimo, y esclamó:

—¡Cuándo ha sido uso que por absolver á las gentes hagamos tan gran desembolso! Los grandes príncipes han hecho para conseguir su perdon, grandes dones en plata y oro; mas....

El cardenal rogó al Santo Padre que midiese las circunstancias, y su Santidad mas tranquilo convocó á los vecinos ricos; estos repartieron una contribucion sobre todos, segun permitian las fortunas y se reunieron cien mil florines, suma que habian convenido en recibir Beltran Güesclin y los demas. Mientras se juntaba el dinero, vió el Pontífice desde su palacio á los forrajeadores de la hueste conducir á sus reales bueyes y vacas, carneros y corderos, gallinas y pollas, vino y trigo, con todo lo demas que caia entre sus codiciosas manos, hasta tal punto que esclamó el Santo Padre: "¡Oh, Dios mio! estas gentes obran cada dia de mal en peor, y se afanan completamente para que se los lleve el diablo."

El consejo del Papa reunió la suma convenida: inmediatamente fué el tesorero á Villanueva, el cual dijo á Beltran:

—Señor, ya teneis reunida la plata, y la absolucion está escrita.

Empero Güesclin que sabia la manera con que habian reunido el dinero, le preguntó:

—Decidme, hermano, y no pretendais engañarme, ¿de dónde procede esta plata? ¿La ha sacado nuestro Santo Padre de su particular tesoro?

El tesorero respondió, que los vecinos de Avignon la habian aprontado, contribuyendo cada uno en proporcion de sus riquezas. Entonces le dijo Beltran:

—Tesorero, yo os prometo solemnemente que no pasaremos adelante en lo que nos queda de vida, si no paga este dinero el Papa y su rico clero de Avignon. Nosotros queremos que estos florines recogidos al vecindario en general, le sean religiosamente devueltos, sin que pierdan un solo cornado. Y decid al Papa, tesorero, que lo haga devolver al instante, pues si lo contrario sucede, tendrá que acordarse de mí.

Güesclin fué pagado del tesoro del Papa, y la absolucion confirmada.

El ejército levantó sus reales, y llegó á la ciudad de Tolosa en la que se hallaba el duque de Anjou, quien los recibió con agasajo, haciendo dones á los primeros capitanes. Aquí llegaron embajadores del rey de Aragon y del conde de Trastamara, que les hacian grandes ofertas y les rogaban con empeño, vinieran en su auxilio contra D. Pedro de Castilla. El duque de Anjou unió su ruego al del monarca aragonés, y dijo á Beltran que si le amaba fuese á ayudar á D. Enrique contra D. Pedro, quien no creia en la ley cristiana, y que habia asesinado á su esposa. Beltran le prometió hacerlo así; y dando aviso al rey de Aragon se dirigió hácia Barcelona en donde le esperaba el monarca.

Así que supo D. Enrique la llegada de Beltran Güesclin y de la Blanca Compañía salió á recibirles presuroso, dando á Beltran cumplidas pruebas de su gratitud y su afecto. Tambien llegaron á la hueste cuatro caballeros enviados por el monarca de Aragon, quienes invitaron á los capitanes á que pasasen á Barcelona, en donde el rey les esperaba. Muy bien recibidos fueron Beltran y los demas nobles capitanes por el rey Don Pedro de Aragon, el cual al acabarse un gran banquete, con el que habia querido festejarles, les dijo:

—Nobles y poderosos señores, vosotros habeis venido á España para combatir contra moros: mas por el Dios Omnipotente que crió los cielos y la tierra, que no podeis hacer nada mejor que esterminar al rey de Castilla, perpétuo aliado de los infieles y mi encarnizado enemigo. D. Pedro de Castilla es desleal, incrédulo, amigo de judíos y moros: hizo asesinar á su esposa, que era una dama de gran mérito, y desterró á su hermano

Enrique porque le aconsejaba bien. D. Enrique debe ser proclamado rey de Castilla con mas razon que aquel traidor.

Los caballeros ofrecieron al rey tomar por su cuenta la empresa hasta esterminar á D. Pedro: el rey les dió cien mil florines; les ofreció buena soldada, y los caballeros con el conde, á quien tomaron por su jefe, se encaminaron á Zaragoza. En esta ciudad se reunieron muchos caballeros castellanos, aragoneses y navarros con el ejército de Güesclin, y penetrando por la frontera con las banderas desplegadas, como en otro lugar referimos, llegaron á Calahorra, en donde proclamaron rey á D. Enrique de Trastamara, y en donde los dejamos nosotros para trasladarnos á Burgos.

CAPITULO XIII.

Al no pensado rebato
Se levantan y se aprestan,
Caballeros con sus lanzas,
Peones con sus ballestas.
Los hidalgos de Jaen,
De Andujar la gente buena,
Y de Ubeda los nobles
Todos hacen de sí muestra.

ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

No era Beltran Güesclin hombre para dormirse sobre laureles, ni habia de ser Calahorra una Capua para D. Enrique, que ansiaba hacer real y efectivo el título que habia tomado por consejo de sus prohombres. Tambien ansiaban los capitanes tomar posesion de los feudos que les habia otorgado el nuevo rey, y hasta los soldados deseaban tomar ciudades por asalto para repartirse el botin. Los ánimos así dispuestos, todos oyeron con placer la señal de ponerse en marcha, y todos caminaron contentos hasta dar vista á Maguelon.

Apenas sentaron los reales, cuando se adelantó D. Enrique hasta el foso, y pidió hablar al alcaide. El alcaide le saludó cortesmente, y le dijo:

—Conde de Trastamara, ¿á qué habeis venido, señor, y qué teneis que hacer aquí?

—He venido, repuso el conde, á que me entregues la ciudad como á legítimo rey de Castilla.

—Retroceded, replicó el alcaide. No teneis en Castilla hacienda que un solo maravedí valga, y en nada os obedeceremos.

—Por quien soy, atrevido alcaide, que te arrepentirás muy pronto.

—Menos amenazas, D. Enrique, pues no nos infunden temor.

D. Enrique se alejó irritado de la repulsa del alcaide, y Beltran Güesclin le prometió que á la noche siguiente dormiria dentro de los muros de la plaza. Lo que restaba de aquel dia se invirtió en preparar faginas para terraplenar los fosos, y en aparejarse los soldados para un asalto general.

Al dia siguiente, muy de mañana, se formaron los escuadrones, circunvalaron la ciudad, y la embistieron por varios puntos. Los sitiados eran valientes, aguerridos y muy afectos á la persona de D. Pedro; pero toda su heroicidad no pudo impedir que los sitiadores entrasen. La principal saña de Güesclin y de la Blanca Compañía se manifestó contra los judíos y los moros que allí habitaban: fueron muchos de ellos degollados, y todos los demas prisioneros, repartiéndose sus haciendas como botin á los soldados. Tres dias permaneció la hueste en Maguelon, poniéndose en marcha el 23 de Marzo con ánimo de tomar á Briviesca. Encontraron á Navarrete, villa de muy poca importancia, y les abrió sus puertas Alvar Rodriguez de Sueros, que por D. Pedro la tenia. Solo pararon una noche, presentándose al dia siguiente ante la villa de Briviesca.

Llegados ante sus murallas, se acercó á ellas D. Enrique para hacerles proposiciones. Ellos no quisieron escucharlas, y respondieron fieramente que los combatiesen cuanto antes, pues no pensaban en rendirse. Muy sensible fué á D. Enrique la negativa de los sitiados, y se manifestó afligido ante su consejo de guerra.

—No tengais pena, D. Enrique, le dijo Beltran con arrogancia; yo tengo voluntad y soldados para escalar esas murallas, y Briviesca y todas las villas que no se entreguen buenamente verán coronados sus muros por los soldados de la cruz blanca.

Para cumplir bien su promesa, mandó Güesclin formar el sitio y dió principio á los ataques. Mandaba Beltran la primera batalla, el conde de la Marcha la segunda, el mariscal Daudrehem la tercera, y Hugo de Carbolay la cuarta. Muchos ilustres caballeros llenaban las primeras filas de los sitiadores, todos nobles por nacimiento y esclarecidos por hazañas.

Era la guarnicion de Briviesca numerosa. Mandaba Rodriguez de Sanabria, su jefe valiente, y sobre todo muy obstinado, como buen gallego de orígen. La guarnicion subió á los muros ayudada por los vecinos, ocupando una parte de ellos los judíos que eran aficionados á D. Pedro, y recordaban con pavor lo que habia sucedido á sus hermanos en Maguelon. Las tropas de Hugo de Carbolay se colocaron frente por frente del escuadron de los judíos, y los atacaron con tanta furia, dada la señal del asalto, que los miserables judíos fueron degollados como reses, sin tener valor suficiente para morir como soldados. Un breton, que estaba en la batalla de Carbolay, elevó sobre el muro el estandarte de Beltran, y á su vista todas las batallas arremetieron con tanto ahinco, que muy pronto se trabó sobre el muro una encarnizada pelea, en la que sitiadores y sitiados derramaban sangre enemiga con el furor de las panteras.

Puesto á retaguardia D. Enrique, envidiaba la mucha gloria que iban adquiriendo los capitanes, y ardia en deseos de tomar en ella la parte que á su valor correspondia. No pudiendo contenerse mas, mandó avanzar á sus castellanos, aragoneses y navarros. Embistieron con tanto esfuerzo, que no pudiendo los sitiados resistir este nuevo empuje, les abandonaron el muro, y en él tremoló victorioso el estandarte de D. Enrique, plantado por la firme diestra del siempre intrépido Bernal. A la vista del estandarte se reanimaron los sitiadores, y en pocos momentos Briviesca cayó en poder de D. Enrique.

Muchos sitiados se fugaron: suplicaban otros de rodillas ante el vencedor ofendido; y muchos judíos se encerraron en un recinto murallado, al cual los siguió Beltran Güesclin, y tomándolo por asalto, los pasó á todos á cuchillo, creyendo merecer con esto la remision de sus pecados y las bendiciones del cielo.

Al tercer dia de haberse apoderado de Briviesca llegaron á ella los dos frailes, que enviaba la ciudad de Burgos como embajadores á D. Enrique. Estaban reunidos en consejo los capitanes de la hueste, cuando anunciaron á Beltran la llegada de los dos frailes. Salió á recibirles el breton, y conduciéndoles al consejo se los presentó á D. Enrique con estas corteses palabras:

—Acaban de llegar de Burgos estos dos reverendos padres, que como ministros de paz, solo paz vendrán á ofreceros.

D. Enrique los acogió con su amabilidad ordinaria, y todos los señores les dieron muchos y cumplidos parabienes.

—Señor, dijo el fraile alto y flaco, dirigiéndose á D. Enrique, Dios nos libre de todo mal.

"Amen," contestaron á una voz D. Enrique y los caballeros. Entonces el fraile bajo y gordo, que era hombre mucho mas vividor, y que conocia mejor el mundo, saludó á toda la asamblea y dijo con voz firme y clara, echándose atras la capucha:

—Señores, alabado sea el nombre del Soberano Dios, por quien todos vivimos. Todas las naciones de nuestra gran ciudad de Burgos, á saber, cristianos, judíos y sarracenos, os saludan humildemente. Todos los vecinos están prontos á recibir al buen rey D. Enrique: todos están apercibidos para presentarle las llaves de su buena ciudad de Burgos: todos quieren coronarle por rey, si les jura guardar fielmente las antiguas leyes y gobernarles ahora y siempre con arreglo al antiguo uso. Aquí teneis, señor, una carta en la que hallaréis atestiguado cuanto acabamos de deciros: dignaos leerla ante la asamblea, y decidnos vuestra respuesta á la buena ciudad de Burgos.

D. Enrique tomó la carta, la leyó con voz conmovida, y quedaron todos admirados de aquella elocuencia sagrada, de aquella erudicion evangélica. Despues se dirigió á los frailes, y les dijo con mucho amor:

—Yo os doy gracias, reverendos padres, por el afan con que habeis venido á participarme una nueva muy satisfactoria para mí. Decid á mis buenos amigos, de mi buena ciudad de Burgos, que estoy pronto á marchar á ella, y á cumplir en todo sus deseos. Mañana, si Dios es servido, levantaremos nuestros reales, y pasado mañana sin falta nos encontraremos en Burgos.

Contentos quedaron los frailes con la buena acogida del conde, y muy satisfechos con la respuesta que á los burgaleses enviaba. Los caballeros por su parte, para agasajar á los reverendos, hicieron preparar manjares y traer los vinos mas añejos. Muy alegre fué este banquete. El padre flaco comió poco y habló con la misma mesura; pero su alegre compañero hizo honor á todos los platos, y no desdeñó ningun vino. Ademas su conversacion fué siempre festiva y picante; de modo que los caballeros vieron con pena la conclusion de la comida, porque los frailes se marchaban, y pidieron al padre gordo una bendicion patriarcal. Con ambas manos les bendijo repetidas veces, porque su agradecido estómago acogia con placer la ocasion de pagarles en bendiciones las bien sazonadas viandas con que les habian festejado.

Despedidos de los señores, iban á montar los reverendos en sus dos mulas castellanas, cuando se arrojó una mujer á los piés del padre pequeño, cuya cara le habia inspirado mas cariño y mas confianza. El fraile le tendió su mano, juzgando que solo pretendia besarla; mas como despues de haberlo hecho permaneciese arrodillada, la preguntó:

—Decidme, hermana, en qué puedo favoreceros, pues tengo que marchar á Burgos, y se nos va haciendo de noche.

—Reverendo padre, replicó la mujer, si yo hubiera de contaros mi historia, seria larga, y mas lastimosa que la de Rut, la de Susana y la de Ester.

—Déjese hermana de hacer citas y abrevie, que se pasa el tiempo.

—Vuestra paternidad viene de Burgos segun he oido....

—Sí, hermana.

—¿Ha visto vuestra paternidad á una jóven pálida, vestida de negro, con la dignidad de una reina, y....

—He visto muchísimas jóvenes en el confesonario, y no puedo recordar, hermana, á esa cuyas señas me dais.

—¡Oh! vos deberéis conocerla. Es hermosa, y se llama Inés.

—Todas las mujeres creen ser hermosas, y el nombre no se lleva escrito en la frente para saberlo á primera vista.

—Pero si es una jóven tan noble, tan pura, tan angelical. Mirad, santo padre, yo la he criado, he sido su nodriza, despues su aya. La quiero tanto: me llamo Beatriz....

—Nada me importa vuestro nombre. Dejadme montar en mi mula, y Dios os ayude y defienda.

El padre flaco metia prisa: Beatriz lloraba y porfiaba, y el padre gordo suda que suda, sin conseguir zafarse de ella. Por fin logró ponerse en salvo; y montando con ligereza, poco comun en mole tal, pero que las circunstancias aumentaron, picó á la mula bruscamente, y se pusieron

en camino. Mientras caminaban los frailes, les decia Beatriz desde lejos.

—"Reverendos padres, si veis en Burgos á mi señora, decidla que voy á buscarla, y que la daré cuando la vea un millon, un millon de abrazos.

CAPITULO XIV.

El encumbrado Albaicin
Junto con el Alcazaba,
Dos horas antes del dia
Tocaron al alborada.
Vivaconluz le responde
Con clarines y dulzainas,
Y el noble Vivatanbin
Con pifanos y con cajas.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

Llegaron los frailes á Burgos, y noticiaron á sus vecinos la satisfactoria respuesta que les habia dado D. Enrique. Subieron tambien á los cielos la cortesía de los capitanes que sus huestes acaudillaban; y aunque no dijeron palabra de los suculentos manjares ni del añejo y rico vino con que habian fortalecido sus estómagos, bien se dejaba traslucir su memoria en la gratitud que mostraban á sus hidalgos anfitriones. Preguntaron los burgaleses por el número de las tropas, y lo compararon los frailes con las estrellas de los cielos, con las arenas de las playas, con los ejércitos de Xerjes, y hasta con el pueblo judío en su emigracion á Palestina. Despues le preguntaron por Beltran, y los frailes le retrataron dándole afable y bello rostro, gentil apostura y buen talle; debiendo notarse que era Güesclin moreno, chato y de severo continente.

Satisfechos los burgaleses con la descripcion que los frailes habian hecho de su embajada, se apresuraron á disponer todo lo que creyeron conveniente para recibir á D. Enrique: ostentacion y agasajo que debia esperarse de una tan principal ciudad como á la sazon lo era Burgos.

Al dia siguiente muy de mañana, se reunieron los burgaleses, y resolvieron salir al encuentro de D. Enrique, que segun sus noticias no debia estar lejos de la ciudad.

Todos los concejales de Burgos, vestidos de ceremonia, y llevando los ocho alféreces mayores las ocho llaves de la ciudad, se pusieron en marcha con el mismo órden y apostura que en las procesiones mas solemnes. El clero, con el obispo á la cabeza y revestido de ornamentos, salió tambien en procesion, haciendo llevar estandartes y mostrando bien á las claras el júbilo con que veia desprenderse una rica corona de la cabeza de D. Pedro para ceñir la de su hermano. Un inmenso pueblo acompañaba al clero y á los concejales, llevando palmas en las manos y frondosos ramos de oliva.

En el interior de la ciudad solo quedaron las mujeres, ataviadas con gran esmero, tanto para recibir al monarca con el mayor lujo posible, cuanto para dar á los estranjeros una alta idea de las beldades de Castilla, pues nunca daña el atavío á la natural hermosura.

Eran muy dignas de atencion las conversaciones de las damas. Una jóven rubia, alta, delgada y que la echaba de discreta, con mas pretensiones de hermosura que encantos y mas preciada de sí misma que los demas estaban de ella, por nombre Urraca y por inclinacion cotorra, decia á una vecinita vivaracha, de ojos negros y con mejillas de amapola:

—¿No sabes, Blanca, qué clase de gente es la que acompaña á D. Enrique?

—Dicen que son aventureros, y de muy diversas naciones.

—Sí, Blanca, vienen unos ingleses con el cabello como yo y con unos ojos azules como los mios, que son arrogantes mozos, y que deliran por las rubias.

—Qué fortuna para las rubias.

—Vienen con ellos alemanes altos y robustos como pinos, con la barba y cabellos blondos, mejillas llenas y rosadas, ojos azules, y que se mueren por las rubias.

—Cuánto se van á divertir las rubias.

—Les acompañan los bretones, gente morena, de ojos negros, y que tienen grande aficion....

—¿A las pelinegras?

—No, á las rubias. Viene un bastardo de Bearne, que segun me ha dicho el padre Pablo, uno de los embajadores que enviamos al ejército de D. Enrique, es el mas apuesto caballero de cuantos acompañan al conde.

—¿Y el bastardo gustará mucho de las rubias?

Mientras hablaban las dos hijas no se descuidaban las madres; pero se entretenian en pláticas de mas formalidad y provecho.

—Yo, decia Doña Berenguela, tengo aderezada una cama para D. Hugo de Carbolay, que pudiera ocuparla muy bien el mismo conde D. Enrique. Las sábanas han sido hiladas por mis manos, y son tan blancas y tan finas, que pudieran servir de gorguera á los alféreces mayores, los colchones son de lana abierta, y en el cabecero de la cama está pintado un Santo Cristo que parece de carne y hueso.

Doña Guiomar alabó tambien el buen lecho que preparaba para el mariscal Deudrehem, y luego bajando la voz, dijo á su vecina en confianza:

¿No os parece, Doña Berenguela, que esos capitanes estranjeros traerán muchas ganas de casarse con lasdoncellas de Castilla?

—Mucho me engaño, Doña Guiomar, ó en esta ocasion nos quedamos todas las burgalesas sin hijas. ¿Qué mujeres pueden haber visto esos hombres que sean comparables á las nuestras? Las inglesas frias, las alemanas frias, y las francesas... yo no sé si son frias ó calientes, pero hablan esa lengua que no se entiende, y son á la postre francesas. Si yo pudiera hacer que D. Hugo se enamorase de mi Urraca.

—No me vendria mal el mariscal para mi Blanca.

—Hagamos alianza, vecina, y muy mal ha de venir el tiempo....

—Como que de acuerdo las dos, cada una inclinará al otro....

—Pues; y como no parece feo que una vecina tome vela en el entierro de su vecina....

—Yo me encargo en tomarla primero.

—No puedo yo permitir que....

—Pues á la par.

—Pues á la par.

Mientras conversaban las señoras asomadas á sus ventanas, debajo de ellas dos comadres, con esquisita traza de brujas y de profesion hechiceras, se esplicaban en estos términos:

—Mira, comadre, ¿tú qué opinas de la venida de estas gentes? ¿Podrémos hacer el agosto? ¿aflojarán maravedises?

—Con quince dias que estén aquí, vamos á tener los escudos tan abundantes, como hoy tenemos pulgas y piojos en nuestas remendadas sayas. Esos estranjeros gustan mucho de escuchar la buena ventura, y no enseñan las rayas de sus manos sin entregar antes una moneda de valor; pues mientras mas dinero cuesta, es siempre mejor la ventura. Y bien debemos prepararnos con buena cantidad de sal, un espejo y un peine nuevo; pues querrán ir todas las noches á visitar á sus queridas, y no pagarán mal este gusto.

Las dos viejas se deslizaron á comprar todos los utensilios que su profesion reclamaba: las dos madres siguieron sus proyectos de enlaces; y las dos chicas algo mohinas, dejaban entrever la contienda que habia promovido entre ellas el diferente color de los ojos, de las mejillas y del cabello.

Enfrente de estas dos beldades, que se disputaban los obsequios de los no llegados amantes, habia una mujer triste y mustia, con la hermosura de la violeta, y con su lúgubre atavío. Sin temor y sin esperanza, con una fiebre que la consumia y un recuerdo que la reanimaba por momentos y continuamente la mataba, sostenia con su blanca mano la hermosa cabeza de cisne, y con sus bucles enjugaba el llanto amargo del dolor. Cada lágrima que corria llevaba una pena consigo, pues son las lágrimas al alma, como al corazon la sangría. A pocos pasos de la jóven estaba sentado un anciano que la contemplaba con éxtasis, y que hubiera dado su vida por beber una sola lágrima de las que enjugaban los cabellos. Lágrimas que manchan la almohada: lágrimas que corren perdidas en la soledad y el silencio: lágrimas que queman las hojas de la flor en que caen por acaso, pudieran dar vida á un cadáver, si sobre sus lábios cayeran, é inspiracion á un alma yerta, si en una frente se posasen. Mientras lloraba la mujer y la contemplaba el anciano, llegó un paje á toda carrera, y arrojándose de su caballo subió afanoso al aposento.

—¿Qué nuevas traes, bizarro Enrique? preguntó la jóven.

—Antes de una hora, repitió el paje, hará su solemne entrada en Burgos el rey Don Enrique el Segundo.

La fisonomía de la huérfana se reanimó. Hinestrosa lanzó un suspiro.

Los burgaleses que habian salido á recibir al nuevo rey caminaban á tan buen paso, que encontraron á D. Enrique dos leguas largas de la ciudad. Cuando el conde vió que venia un pueblo entero á recibirle, se le humedecieron las pupilas, y mostró en todo su semblante una emocion estraordinaria. Deseoso de manifestar su gratitud á un vecindario que le daba tan clara muestra de consideracion y de amor, puso espuelas á su caballo, y seguido de algunos barones salió al encuentro de los burgaleses, precipitando su carrera, hasta que se encontró entre ellos. Al presentarse D. Enrique un viva general le acogió, y el reverendo obispo de Burgos fué el primero á besar su mano. Don Enrique, que se preciaba de muy cristiano caballero, besó á su vez la del prelado, y bajándose del caballo recorrió las filas de aquella larga procesion, y recibió de los alféreces las llaves de su buena ciudad.

No estuvo escaso D. Enrique en dar á los burgaleses reunidos seguridades de su aprecio, y algunas muestras de su munificencia real. Despues se llegó á Beltran Güesclin, y estrechándole entre sus brazos le dijo:

—Dios te bendiga y favorezca, noble Beltran, como yo te favoreceré, porque te debo el dia mas feliz que podré contar en mi vida.

—Señor, le replicó Beltran: con vuestro favor y el de Dios, nada me faltará en la tierra, y tendré despues de mi muerte la bienaventuranza en el cielo. Yo juro por Dios, por vuestra real persona y por el buen pueblo de Burgos que me escucha, serviros fiel y cumplidamente, y no abandonaros un punto hasta que reineis en Castilla, y no quede al traidor D. Pedro ni la precisa tierra para cavar su sepultura.

Mucho aplaudieron los burgaleses estas palabras de Beltran: convocando despues el obispo á los concejales y prohombres, se aproximó al conde D. Enrique, y con voz solemne le dijo:

—Señor: nosotros nos hallamos prontos á recibiros y á obedeceros como á rey de Castilla, si nos prometeis gobernar con arreglo al uso que nuestros antiguos reyes guardaron.

—Yo prometo á Dios y á su Madre Santísima gobernar el reino fielmente y segun el antiguo uso.

—¡Viva el rey D. Enrique el Segundo! gritó el obispo.

Todos repitieron este grito, y todos pidieron á una voz la santa bendicion del prelado. No tardó en darla el buen obispo, y todos juntos prosiguieron su camino hácia la ciudad.

Ya iban perdiendo la paciencia las hermosas de Burgos con la tardanza de la hueste. Unas se quejaban de D. Enrique, que no manifestaba bastante afan por entrar en la buena ciudad: hablaban otras de los que habian salido á recibirle, y que retardaban su marcha con importunas

ceremonias. Opinaba una que quien tenia la culpa de todo era el buen obispo, hombre muy aficionado á hablar, y que estaria sermoneando. Otra marisabidilla afirmaba que no habia que echar la culpa á nadie, pues la tenian los estranjeros, que caminaban lentamente, por tener unos piés grandísimos y costarles trabajo moverlos.

Ademas, á las murmuraciones sucedieron muchos fracasos. Colocadas desde el amanecer en los miradores y ventanas muchas damas, se ennegrecieron con los rayos de un sol ardiente, y al advertírselo sus vecinas, huyeron con mortal espanto á lavarse con agua y vinagre para que no saltase la piel. Algun muchacho jugueton se encaramó sobre un sitial, y apoyándose sobre la cabeza de una hermana para ver la calle mejor, la deshizo todo el peinado. En aquel desórden general nadie cuidó de la cocina y se pegaron los guisados. Este contratiempo terrible no dejó de contrariar mucho á las honradas madres de familia, que esperaban casar sus hijas, presentando ricos manjares á sus huéspedes, y hasta las cocineras lloraban, porque esta distraccion culpable iba á caer en gran descrédito de la cocina castellana.

No sé si por suerte ó desgracia, todo es transitorio en la vida, y lo que hemos esperado con mas afan, nos sorprende generalmente cuando lo tocamos de cerca. Espera un muchacho las pascuas para recibir el aguinaldo, y cuando vé sobre su mano las monedas que codiciaba, no sabe al pronto en qué invertirlas. Desea, y con muchísima razon, una jovencita casarse, y luego en la noche de boda no sabe cómo componerse para no chocar por desenvuelta ni hacerse notar por gazmoña. Desea un hombre público ser ministro, y cuando se sienta en la poltrona suele estar tan embarazado, como el chico que por primera vez mete sus piés en los zapatos y en una chaqueta su cuerpo. Todos desean hacerse ricos, y á muchos aturde el dinero. Hay títulos improvisados que no responden si los llaman por el dictado que regentan, y que en realidad no merecen. Hay hombres que tienen V. S., pero tan llovido de las nubes, que no le reciben del portero y se lo exigen á sus padres. Hay.... ¿pero qué tiene que ver esto con la entrada de D. Enrique? Tiene que ver, que le esperaban y que quedaron aturdidos cuando penetró en la ciudad.

Abria la marcha una falanje de muchachos, medio desnudos y mugrientos, que gritaban como energúmenos, si no gritaban mas los chiquillos. A poca distancia de los chicos, venian los señores concejales colocados de dos en dos y con el traje de etiqueta: seguia á los concejales el clero de la misma suerte arreglado, con sus estandartes y cruces como en una procesion de Corpus. Seguian al clero varios capitanes sobre poderosos caballos, presidiéndoles D. Enrique, oprimiendo los recios lomos del noble tordo de D. Fadrique, que á pesar de sus doce años, y de haber hecho largas fatigas, descollaba por lo brioso, por lo bien formado y arrogante. Rodeaban al rey, Beltran Güesclin, Hugo de Carbolay, el Conde de la Marcha, el mariscal Daudrehem, el jóven bastardo de Bearne, y algunos caballeros españoles muy listinguidos por sus hechos, y muy amados por D. Enrique por la adhesion que le mostraban.

Todas las damas saludaron á la comitiva del rey, haciendo flotar los pañuelos y arrojando lozanas flores; y Doña Berenguela al ver á Hugo, á quien arrojó un ramo entero que se le prendió en el penacho, dijo en voz baja á su vecina:

—Qué hermosa pareja harán D. Hugo y mi hermosísima hija Urraca.

—No la harán mala, replicó Guiomar, mi hija Blanca y el señor mariscal Daudrehem.

Doña Inés estaba asomada, porque esta mujer moribunda asistia llena de entusiasmo á las exequias de D. Pedro, destronado por D. Enrique. El rey la inclinó la cabeza, y la saludó con la mano: la huérfana respondió al saludo. Bernal se volvió á Daudrehem, y le dijo:

—Mariscal de Francia, si me dejaran la eleccion entre la corona de mi rey y la mano de aquella dama, que veis allí pálida y vestida de luto, veria con desden la corona, y estrecharia con amor su mano, mas codiciable que mil cetros.

El mariscal alzó los ojos, y pocos momentos despues llegó D. Enrique á palacio.

CAPITULO XV.

Cara chata y alto vientre,
Varonil mostacho y voz;
Mas por lo demas la vieja
Tiene muy buen corazon.

QUEVEDO.

Entre los equipajes de D. Enrique venia un fardo de grande volúmen, que atrajo todas las miradas, y fué saludado con silbidos por los muchachos de la ciudad. Despues de haber visto los curiosos pasar la régia comitiva, permanecieron en sus puestos hasta que pasasen los bagajes, que ya conducian las maletas, y ya los arneses de armas. Muchas mulas habian pasado, cuando sobre un poderoso macho y entre dos haces de picas rotas apareció la nueva Belona, que hemos calificado poco antes con el epíteto de fardo. No dudarán nuestros lectores que esta deidad de los combates era la pacífica dueña, la siempre inofensiva Beatriz.

Su cara ancha y encarnada, sus espaldas protuberantes, no por deformidad natural, sino por abundancia de carnes: su nariz chata y remilgada, sus ojos redondos y pequeños y sus labios vueltos y rojos, mas bien la hacian aparecer un Baco hembra, que la diosa de las batallas. Más de un muchacho revoltoso la llamó "Baca," palabra de doble sentido, que lo mismo podia compararla al Dios hermano de Noé, segun las distintas creencias, que al animal de cuatro orejas, hembra y compañera del toro.

Marchaba la dueña á buen paso, ó para hablar mas propiamente, marchaba á buen paso el buen mulo; y por sus pasos sin contar, pues no debia estar para cuentas, se colocó bajo la ventana del aposento de la huérfana. La animacion de Doña Inés se habia desvanecido poco á poco, y sobre su brazo, tendido en el mamperlan de la ventana, apoyaba su mustia frente, agobiada al peso de ideas, que si pasaran sobre un Atlante, pondrian á prueba sus grandes fuerzas, y quebrantarian su constancia. Su pensamiento estaba muy lejos de cuanto pasaba alrededor; pero saludaron los chicos, con silbidos tan estrepitosos, á la zarandeada Beatriz, que la huérfana alzó la frente, y viendo á su dueña dió un grito. Este grito no fué perdido, pues alzó Beatriz la cabeza, y dando un grito prolongado, sin pedir ayuda de nadie, se deslizó como mejor pudo por el cuello del noble macho, y llegó sana y salva al suelo, sin otro incidente desagradable, que el de haberse prendido la saya en un trozo de rota pica, con lo que quedaron de manifiesto las enaguas blancas de la dueña.

Era Beatriz una mujer á quien no pesaban las carnes, y en alas de su buen deseo, subió de un vuelo las escaleras y estrechó contra su ancho pecho la cabeza de Doña Inés.

—Quince dias, dijo sollozando, quince dias he pasado sola desde que tuviste la crueldad de abandonar á tu nodriza, á tu....

—Perdóname, Beatriz; hay momentos en que el destino nos hace marchar á su antojo, y no hay otro medio que seguirlo. He cumplido una obligacion tan sagrada para mí, dueña, como para una madre el alimentar al hijo de su corazon. Ya estás aquí: ya estamos juntas; y doy gracias á Dios por ello.

—Bastante trabajo me ha costado. En el momento que me dejaste, me puse á discurrir, Inés mia, un medio de llegar á Burgos con seguridad y no tarde. Como católica que soy me encomendé á todos los santos; mas habia rezado tres horas sin que se me ocurriese una idea, cuando escuché ruido de instrumentos y grande bullicio en la calle. Salgo corriendo á la ventana, y pregunto al primero que pasa: "¿qué significa este bullicio?" "¿No lo sabeis?" me replicó. "No lo sé, como soy cristiana," le dije. "Pues estais adelantada de noticias," volvió á replicarme, y se alejó sin decir mas. No me desanimé por esto: á poco rato ví venir á una vecina muy devota, y que sabe cuanto sucede desde el palacio del obispo hasta la casa del sacristan. "Vecina, la dije, ¿qué hay de nuevo?" "Grandes cosas," me respondió. "El rey Don Enrique marcha á Burgos." Esta nueva fué para mí un rayo de luz, Inés mia. Sin comunicarlo con nadie, me pongo una saya, arreglo mis tocas, y me voy derecha al palacio. Pregunto á un paje por el rey; me dice que no puede verse; insisto con nuevo teson; me llama bruja y charlatana; vuelvo á la carga; él se resiste; yo le digo que esperaré hasta que salga; él me replica con enfado; él se plantó firme en sus trece; yo tambien me planto en mis catorce, y en esto aparece el monarca. "¿Qué quiere esa dueña?" dijo el rey. "Señor, le repliqué yo en el momento, soy la nodriza de Doña Inés, de la huérfana de Avendaño." Al escuchar el rey vuestro nombre me miró con gran bondad, y me dijo: "Pide cuanto quieras, que de antemano te lo concedo." "¿Es verdad, señor, que vais á Burgos?" "En este instante, buena dueña." "Quisiera caminar con vos hasta allí, para reunirme con Doña Inés." El rey llamó á uno de sus pajes, y le encargó que me acomodase en una de las mulas de carga, y que estuviese siempre á la mira para que me tratasen los soldados con consideracion y respeto.

La dueña se paró un instante para tomar algun aliento, y Doña Inés, agradecida á la fidelidad y amor que la manifestaba, estampó sus delgados labios sobre la frente de Beatriz. Por este beso cariñoso hubiera dado Bernal de Bearme, que estaba lejos, la corona del rey de Francia, y D. Lope, que estaba cerca, dió un suspiro tan hondo y amargo, como puede darlo un amante á quien no queda una esperanza. Este suspiro de Hinestrosa llamó la atencion de la dueña, que no habia reparado en el alcaide, ciega con el júbilo de ver á su desgraciada señora.

—Perdonadme, señor alcaide, le dijo Beatriz acercándose, si no os he saludado á mi entrada, como era de mi obligacion; pero el cariño que profeso á esta interesante criatura....

—Estás perdonada, Beatriz. Tú la amas lo mismo que yo, dijo D. Lope con tristeza, y se enjugó dos gruesas lágrimas.

—Mucho la amamos, dijo Beatriz; y ella....

—Y ella.... y ella.... repitió Doña Inés. Ella sufre mas que los dos.

Tambien se desprendieron dos lágrimas de las pupilas de la huérfana, y parándose en sus mejillas, parecian las gotas de cristal que los escultores colocan en las mejillas de las vírgenes.

Se siguió un profundo silencio á las palabras de la huérfana. Todos padecian á la vez, y aquella confusion de dolores era un bálsamo reparador para las llagas de Hinestrosa. Las simpatías que forma el placer son superficiales y pasajeras; pero las que nacen con el dolor son permanentes y profundas. Hay un millon de veces mas encanto en mezclar dos lágrimas tristes, que en confundir dulces sonrisas. Yo envidio á los amantes que lloran; yo me burlo de los que rien. Hallo en los primeros un alma con fé, esperanza y caridad, á que yo llamaré creencia, porvenir y amor: veo en los segundos simples máquinas, que reciben un movimiento, y lo siguen sin contemplar de dónde viene aquel impulso. En la felicidad todo sobra, los amigos y los amantes: en la desgracia todo falta: no hay consuelo que no se reciba, no hay proteccion que no se busque. Triste idea harian concebir de la naturaleza del hombre estas propensiones distintas, si no procediesen de causas físicas como morales. El dolor concentra y la felicidad dilata: por eso el hombre que padece, con la gran fuerza de atraccion, reune cuanto puede aliviar su pena; y el hombre que go-

za rechaza, no solamente los objetos que le son antipáticos ó indiferentes, sino tambien todos aquellos que no le inspira grande aficion y simpatías.

Vino á turbar este silencio la presencia del paje Enrique, quien haciendo sonar las espuelas, y con un rostro en que radiaba la mas espontánea alegría, dijo á Doña Inés:

—Vengo, señora, de parte del rey D. Enrique.

—No lo dudo, replicó la dueña; te tiene tanto amor el rey como si fueses una hija.

—¿Para qué me llama el Monarca? preguntó al paje Doña Inés.

—El rey sabe, señora mia, todo lo que habeis hecho por él, y os nombra su querida hermana. Si no me equivoco pretende que habiteis en el real palacio, al que llegarán muy en breve Doña Juana Manuel y las hermanas del Monarca.

—¿Y vais á dejarnos, señora? preguntó Beatriz asustada.

—El rey de Castilla, Beatriz, no me escaseará un aposento para que se aloje mi dueña; y ya conoces su bondad.

—Siete años hace, Doña Inés, que habitamos bajo un mismo techo; á mi edad es triste, señora, separarse de las personas con quienes hemos habitado por muy largo espacio de tiempo.

—Don Lope, replicó la huérfana, en cualquier paraje donde yo habite, seréis recibido, señor D. Lope, como á mi tutor, con el respeto que merece un caballero anciano.

Tomó su manto Doña Inés, y con su ademan noble y franco se agarró del brazo del paje, y se dispuso para marchar.

—Adios, Inés mia, dijo la dueña; que no te quedes en palacio sin que me lleves á tu lado.

—Adios, Doña Inés, dijo Hinestrosa. El rey D. Pedro pierde su corona, y le queda su juventud: yo pierdo mucho mas que el rey, y me queda mi ancianidad.

Nuevas lágrimas se desprendieron de los ojos de Doña Inés: hizo un saludo con la mano, y se alejó con paso firme.

CAPÍTULO XVI.

La divina giustizia di gua punge
Quell' Atila che fu ftlagello in terra,
E Pirro e Sesto, ed in eterno munge
Le lâgrime che col bollor disierra
A Rinier da Corneto e Rinier Pazzo
Che fuero alle strade tanta guerra.

DANTE.

En el mismo salon de palacio en que vimos al rey D. Pedro rechazar los sabios consejos que le daba el señor de Labrit, y no tener luego valor para defender la ciudad, se encuentra ahora el rey D. Enrique, con Mossen Beltran de Güesclin, Hugo de Carbolay, Bernal de Bearne, el mariscal Daudrehem y el noble prelado de Burgos. El obispo tenia la palabra, y en el rostro de D. Enrique brillaba la satisfaccion con que escuchaba al buen prelado.

—Señores, les dijo el obispo: yo miro como buena y santa la intencion que os ha conducido y que teneis en este momento de combatir contra los árabes, bien sea en el reino de Granada, bien en sus imperios del Africa; pero no es tiempo todavía, y os esponeis á malograr dos nobles empresas, que tendrán un seguro éxito si las llevais á cabo en sazon. ¿Cuál ha sido vuestra primera idea al poner los piés en España? Volcar el trono de D. Pedro, y levantar sobre sus ruinas otro trono para su hermano. ¿Creeis llevada á término esta empresa? Muy engañados estais, señores. D. Enrique reina ya en Burgos, en Calahorra y en Briviesca; ¿pero qué valen tres ciudades en comparacion de tres reinos? Si os dirigís con vuestras gentes á la conquista de Granada, sucederán dos graves males. Quedando flaco D. Enrique, revolverá sobre él D. Pedro con ejército mas numeroso, y derribará fácilmente un trono levantado el dia antes. ¿Y qué hará D. Pedro, señores, cuando vencedor de su hermano pueda tomar cruda venganza de los que troncharon su cetro? Se dirigirá hácia Granada, y coligado con el moro os atacará por la espalda, mientras el árabe por el frente. Si esto sucede, caballeros, ni un soldado de la cruz blanca quedará á vida: y guay si despierta el leon que con su calentura duerme.

Este discurso del obispo dejó suspensos á los capitanes, y particularmente á Carbolay, que era el mas inclinado á marchar contra los árabes de Granada. Meditó el caballero inglés, y preguntó luego al prelado:

—Reverendo obispo, cuando pedimos la absolucion de nuestras culpas al Santo Padre, le ofrecimos muy formalmente ir á combatir contra los moros, para lavar nuestros pecados en la sangre de los infieles: ahora bien: ¿creeis que combatiendo contra D. Pedro de Castilla queda cumplido nuestro voto?

—Sí lo creo, replicó el prelado sin vacilar un solo instante. La justicia divina ha lanzado contra D. Pedro su anatema, porque mueve guerra á los cristianos y los asesina en la paz. Y tengo otra razon, señores. Despues que quede D. Enrique pacífico poseedor del reino, vuestros soldados y los suyos caerán sobre los sarracenos hasta arrojarlos de la Europa. Muy noble empresa, caballeros, y de recompensa magnífica. Yo he visto á la hermosa Granada, rica sultana de Occidente, sus palacios de mármol y oro, las mil torres de sus murallas, y los jardines de su vega, que en anchas franjas de diamantes cruzan el Darro y el Genil, pueden saciar las ambiciones de cien poderosos monarcas. En sus bosquecillos de naranjos se respiran suaves aromas, y bajo bóvedas de jazmines y de mosquetas se oye el murmurio de la fuente, y del ruiseñor el dulce trino. Borda la risueña alborada con perlas un tapiz de menudas flores, y en el cáliz de cada azucena hay una mariposa bella, que contrapone su matiz al blanco mate de la flor.

—Vamos á Granada, á Granada, esclamó Bernal de Bearne. Yo quiero vivir entre flores, y

ver mecida por los céfiros la cabellera de una huri. Vamos á Granada, señores. Bajo su cielo de zafiros, sobre su suelo de esmeraldas, y al través de los ajimeces, será mas hermosa la luz, serán las brisas mas suaves. En ese paraiso de amor, serán las miradas de fuego; y el alma, como los volcanes, arderá siempre sin consumirse, buscando nuevos combustibles por la simpatía de su ardor. Vamos á Granada.

—Bernal, le dijo D. Enrique en tono de reconvencion.

—A Granada, rey de Castilla, repitió Bernal con entusiasmo; pero cuando vengas con nosotros, cuando esté tan seguro tu trono y tan radiante tu corona como ese sol que nos alumbra.

—He jurado, añadió Güesclin, no abandonar al rey D. Enrique mientras tenga un solo enemigo, y cumpliré mi juramento. Pedí al Papa mi absolucion, y me la concedió de gracia, ó mejor dicho, favoreciéndonos para cumplir la penitencia: estoy agradecido al Santo Padre: he servido con D. Enrique contra el buen príncipe de Gáles, y le tomé mucha aficion porque acometió á los ingleses; perdonadme, Hugo de Carbolay, como el mismo Beltran Güesclin, que tiene el honor de contarlo. Yo no sé si cumplo con el Papa; pero si he de faltar á alguno, perdóneme su Santidad, y quede gustoso mi amigo.

El mariscal opinó con Beltran; y el mismo Hugo de Carbolay siguió gustoso un parecer, que le dejaba en libertad para servir á D. Enrique, á quien cordialmente estimaba.

CAPITULO XVII.

Felise sasso che 'l bel viso serra!
Che poi eh' avra ripreso il suo bel velo,
Se fu beato chi la vide in terra,
Or che fia duuque a rivederla in cielo!

F. PETRARCA.

Los caballeros se marcharon, y quedó solo el nuevo rey. Su imaginacion agitada por tan diversas sensaciones, no habia tenido lugar de pararse sobre las graves consecuencias que debia dar de sí naturalmente su proclamacion en Calahorra. Desde esta ciudad á Briviesca las fatigas y los peligros le habian impedido pensar, pues entre el estruendo de las armas parecen leves los cuidados que la gobernacion de un reino exige del que se ciñe la corona. Su entrada triunfal en la ciudad de Burgos, cabeza de toda Castilla, habia lisonjeado su amor propio; pero en el primer momento de soledad que tuvo, echó una mirada sobre el reino, y vió su triste situacion en la desnudez mas completa.

¿Qué era Castilla en aquel momento? Una monarquía dividida entre dos monarcas hermanos. Contaba D. Pedro en su favor la posesion de diez y seis años, la legitimidad, el oro y tener por suyas las ciudades, los soldados y los castillos. Tenia D. Enrique en el suyo una opinion de liberal, la tiranía de su competidor, y un ejército de estranjeros. Es verdad que muchos señores, ricos en Estados y en nobleza, se iban acogiendo á su estandarte, pero el conde de Trastamara, que habia servido de núcleo, de capitan y de soldado á las ligas contra D. Pedro; que habia tenido prisionero en alguna accion á su hermano, y habia tenido que irse despues á buscar un asilo en Francia, ó á combatir en Aragon, sabia lo que podia esperar Enrique Segundo de sus poderosos vasallos.

Dos cualidades de monarca se distinguian en el rey D. Pedro; era la primera tener en mucho el decoro de su nacion, y no permitir en ningun caso que Pontífices ó monarcas atacasen su independencia: era la segunda una alta opinion de su dignidad real que no le permitia mirar sin ceño á los orgullosos barones que tomaban para sí una parte, y que por medio de alianzas y de revueltas tenian siempre en jaque al monarca, sin saber adónde inclinarse, y sin poder permanecer firme en el lugar que habia elegido. ¿Estas cualidades del rey podria conservarlas D. Enrique? De ningun modo. Elevado por los estranjeros, tendria que darles grande influjo, consideracion y riquezas; teniendo que atraerse á los nobles, lo conseguiria á fuerza de mercedes, que aumentando su prepotencia, disminuirian notablemente el esplendor de la corona.

Este verdadero panorama fijó la vista de D. Enrique, y antes de ceñirse la corona, sintió las punzantes espinas que habian de taladrar sus sienes. Meditabundo y agobiado apoyó los codos en sus rodillas y ocultó su rostro entre las manos.

Completamente distraido no percibió los ligeros pasos que se deslizaban en la alfombra, y la huérfana de Avendaño se colocó frente del monarca sin que la sintiese D. Enrique.

—Rey de Castilla, dijo la huérfana.

El rey levantó la cabeza, vió á Doña Inés, la tendió sus brazos, y despues de haberla estrechado con un cariño fraternal, la presentó un rico taburete de brocado con franja de oro y la dijo:

—Te he mandado llamar, hermana mia, con un doble objeto. Deseo en primer lugar, que habites en mi real palacio, y tomes parte en el esplendor que rodea por do quier al trono, y en segundo que me dés valor con tu firmeza para sustentar esta carga que está pesando sobre mis hombros.

—¿Quieres que yo te dé valor?

—Sí, tú sola, mujer estraordinaria, puedes reanimarme con tu heroismo, y hacer que ocupe dignamente ese trono que me preparan. Tú eres fuerte....

—Para sufrir. Yo tenia antes dentro del alma dos cualidades antipáticas, que eran los polos de mi carácter, y quizá me daban valor. Yo era amante como la tórtola; pero tan altiva como el águila. Era mujer en la desgracia y en la felicidad tambien; pero cuando amagaba el peligro, lo despreciaba como hombre. Mis manos de niña acariciaban la blanca barba de mi padre y los

cabellos de su esposa. Sentada sobre sus rodillas besaba con amor sus frentes, y si alguna vez me reprendian bajaba los húmedos ojos mas humilde que la paloma. Mi corazon ardiente y tierno amó una vez, querido hermano; pero amó como los querubes, ó como el fénix, que se abrasa para renacer de sus cenizas. He visto á un monarca poderoso, y mas que poderoso cruel, querer abrumarme con el peso de una corona y de una espada; pero altiva como la leona, desgarré su manto de púrpura y puse mi pié sobre el cetro.

—¿Y no es heróica la mujer que humilla al tigre despiadado y desprecia su aguda garra?

Así era yo en tiempos pasados; ahora yo no sé lo que soy. No tengo lágrimas que me alivien, ni una altivez noble y heróica; obro por un impulso estraño; tengo una fiebre que me reanima, y una sed de venganza hidrópica. Ved, Enrique, ¿ves ese lecho? en él estaba el rey D. Pedro, víctima de una pesadilla. Yo puse esta mano descarnada sobre su corazon de fiera, y esta mano pequeña y flaca cayó sobre su corazon como la losa de un sepulcro. Yo apresuraba sus latidos, yo hacia retroceder su sangre; yo dificultaba su aliento, y yo hubiera podido ahogarle con apretar un poco mas. ¡Qué pequeño era el rey entonces, y yo, D. Enrique qué grande! El era el esclavo, yo la señora; yo era un Dios que podia destruirle con el movimiento de mi mano. Si hubieras escuchado sus palabras, y cómo con voz estentórea confesaba todos sus crímenes; si hubieras oído de sus labios que le acosaban noche y dia cien y cien sangrientos fantasmas; que uno le llamaba "fratricida," que "parricida," le decia otro, y otros mil y mil "asesino," hubieras tenido compasion de él; pero yo no la tuve, hermano. Exalté su imaginacion, debilité sus fuerzas físicas, y cuando lo creí oportuno, le mandé que huyese de tí, y huye de tí como una dueña.

—¿Por qué lo has arrancado, Inés, á mi venganza inevitable?

—Porque si hubiera permanecido en Burgos no te llamarian rey de Castilla. Los burgaleses estaban prontos á perder sus vidas y haciendas por defenderle en esta ciudad; y si hubieses de tomar, Enrique, á todos los pueblos de Castilla como á Briviesca, vendrias á reinar entre escombros, y un trono levantado sobre ruinas, con facilidad se desploma. ¿Quieres tomar venganza de D. Pedro? No seré yo quien te lo impida. ¿Conoces esta daga?

—Sí: era del maestro de Santiago: era de mi hermano Fadrique.

—Esta daga ceñia D. Juan la noche en que fué asesinado. Su mano robusta la dirigió sobre el corazon de D. Pedro, pero no pudo romper su punta la acerada cota de malla. Quizá tú serás mas feliz y quedará vengada tu familia. Toma esta daga, D. Enrique; á mí me queda un relicario.

D. Enrique cogió la daga, y despues de haberla besado se la colocó en la cintura. Habia gastado Doña Inés todas sus fuerzas en una escena le tan dolorosos recuerdos, y cayó sobre su sitial con un aliento tan cortado y una palidez tan estrema, que temió el monarca por su vida. Pasó D. Enrique su brazo por la cintura de la huérfana con un cariño maternal, y contempló, de piedad lleno, aquel lirio casi marchito, que en la mañana de su vida habia perdido de repente los matices y la fragancia. Se reanimó al fin Doña Inés, y el rey la dijo:

—Hermosa hermana, ¿es posible que te abandones tan sin treguas á tu dolor, que no tengas ni la esperanza de ser feliz en algun dia?

Sonrió Doña Inés amargamente, cogió la mano del monarca, y poniéndola sobre su pecho, la dijo:

—En tanto que late el corazon hay esperanzas en el alma: yo tengo la mia, D. Enrique, y sin ella no podria vivir, ni me seria la muerte grata. Está mi esperanza en el cielo. Allí me uniré con D. Juan.

—¿Y esa esperanza es tu consuelo?

—Sí: es tan dulce ver á los que amamos entre las miserias del mundo, ¿cuánto mas hermoso será verles entre las brillantes aureolas que despide el trono de Dios?

—Tienes razon, hermana mia, la tierra es un ancho palenque, en el que se combate sin cesar: las coronas están en el cielo.

La huérfana y el rey D. Enrique se habian poseido poco á poco de una tristeza bienhechora, que calma mucho los dolores de las heridas de las almas. Los pensamientos de venganza se habian borrado de improviso, y no se acordaba D. Enrique de la corona que disputaba, ni la huérfana del asesino de su amante y del comendador su padre.

—¿Te vendrás á vivir conmigo? dijo D. Enrique á la huérfana.

—Déjame pensarlo, hermano mio; mas bien conviene á mi dolor la triste soledad de una celda, que el alegre bullicio de los palacios. Pero una celda no es posible mientras exista el rey D. Pedro.

—Tienes razon, hermana mia; mientras exista el rey D. Pedro no habrá seguridad en los claustros, ni podrán las vírgenes puras del Señor alzar sus plegarias al rey del cielo sin recordar al de la tierra, sin temer su cólera insana, y sus sanguinarias violencias.

—¿Cuándo te coronas, D. Enrique?

—El domingo de resurreccion en Santa María de las Huelgas. ¿Asistirás, hermana mia, á esta solemne ceremonia?

—Sí: es una fiesta de familia y no debo faltar á ella.

La huérfana se levantó, tendió la mano á D. Enrique y le dijo con voz solemne:

—Hasta el domingo, rey de Castilla. Yo fuí la primera en proclamarte en el consejo de Calahorra, te quiero ver con la corona y con el manto de los reyes. Hasta el domingo, rey de Castilla.

CAPITULO XVIII.

El que era nombrado rey, habia de jurar á sus súbditos la observancia de las leyes y la intolerancia de toda religion, fuera de la católica; y recibia de ellos el juramento que le hacian de fidelidad y obediencia. Pasaba despues á la catedral en el primer dia de domingo, y allí le consagraba el obispo de Toledo ó de otra ciudad en que estuviese la corte, ungiendole la cabeza con el sagrado óleo.

MASDEU.

Amaneció el Domingo de Pascua, dia 5 de Abril de 1366, y todas las campanas de Burgos anunciaron con sus repiques la Resureccion del Hombre Dios y otra ceremonia solemne que debia tener lugar en las Huelgas, y consagrar á D. Enrique con el óleo que derramasen sobre su cabeza de rey.

Todo el espacio que mediaba desde la ciudad al monasterio estaba cubierto de curiosos, que desde la salida del sol habian procurado acomodarse en el paraje mas oportuno, para ver con la mayor anchura la comitiva del monarca, que á las nueve de la mañana debia dirigirse á las Huelgas. Era este convento fundacion de Doña María de Molina, y se habia terminado su construccion á principios del siglo XIV. Rico en privilegios y en Estados, tenia su abadesa, que lo era siempre una dama muy principal y algunas veces una infanta, jurisdiccion señorial con derecho de vida y muerte sobre el territorio y los vasallos sujetos á este monasterio.

La iglesia de Santa María es un templo bastante mediano, y al que difícilmente puede señalarse órden propio de arquitectura. Parece en su mayor parte bizantino; pero tiene algunos adornos de gusto gótico, á cuyo órden parecia natural perteneciese, si se considera la época en que se sacó de cimientos.

La madre abadesa de las Huelgas habia mandado adornar el templo con todo el lujo que podia ofrecer una comunidad opulenta. Colgaduras de seda y oro cubrian de alto á bajo los pilares de la nave mayor y capillas, festonadas con frescas flores, que deslumbraban con sus matices y embriagaban con sus perfumes. Estaba el suelo tapizado, y en mil candelabros de plata ardian mil velas, adornadas con flores de mano y con cintas: se quemaban en incensarios los más delicados perfumes, que formando una nube blanca parecia que ocultaban en ella, como ocultó la del desierto, al Dios que adoraba Israél.

Salió D. Enrique de palacio, acompañado de su esposa, de sus hermanas, de Doña Inés, de Beltran Gueselin, Hugo de Carbolay, el mariscal Daudrehem, Bernal de Bearne, el conde de Denia, D. Felipe de Castro, D. Lope Martinez de Luna, D. Gonzalo Mejía, Maestre nombrado de Santiago, D. Pedro Muñiz, Maestre nombrado de Calatrava, y otros muchísimos caballeros franceses é ingleses, aragoneses y castellanos.

Espléndidamente vestida iba Doña Juana Manuel, que tambien debia coronarse con su esposo. Espléndidamente vestidas las hermanas de D. Enrique, y no menos espléndidamente Doña Inés Sanchez de Avendaño, que habia dejado por un dia sus negros vestidos de luto, é iba sirviendo, como dama, á la esposa del nuevo rey. Los trajes de los caballeros ofrecian grande variedad; pues como de distintos paises, cada cual vestia al uso del suyo, pero todos rivalizaban por el buen gusto y la riqueza. Marchaba el último D. Enrique lujosamente ataviado, y retratándose en su rostro toda la satisfaccion de su alma, pues una corona, aunque pesada, en ciertos momentos deslumbra.

Con aclamaciones de alegría recibió el pueblo al nuevo rey, á su bella esposa y á la brillante comitiva: caminó esta con lentitud hasta llegar al monasterio, cuyas campanas anunciaron la proximidad de D. Enrique.

Estaba en la iglesia el obispo con todo el clero de la ciudad, y la municipalidad de Burgos con los vecinos mas notables por sus riquezas ó hidalguía. Tambien estaban allí las damas mas hermosas y principales, con aderezos de oro y piedras, en que reverberaban las luces de los mil candelabros del templo.

Entre las ilustres señoras, y no en parage muy oculto, se hallaban las amigas Urraca y Blanca, acompañadas de sus madres Doña Beatriz y Berenguela. Se habian reconciliado las hijas, porque habian conocido por esperiencia que los ingleses y bretones lo mismo gustaban de rubias que de graciosas pelinegras. Las madres conversaban en voz muy baja, y Doña Berenguela decia:

—Habeis visto, Doña Guiomar, qué mala ocurrencia han tenido en alojar á los caballeros en el palacio del monarca. Esta resolucion ha dado al traste con tantas esperanzas risueñas. D. Hugo no ha visto á mi Urraca: se me va ya de las manos una boda que me parecia cosa hecha.

—Lo mismo digo del mariscal, respondió su vecina. En la gran cena de palacio procuré llamarle la atencion; pero solo sabia el maldito, engullir escelentes manjares y desocupar sendas copas. En cambio del noble mariscal tengo alojado un capitan de compañía que corre tras de mi pobre Blanca, y dice que quiere abrazarla.

—¡Ay! vecina, replicó Doña Berenguela, vuestro alojado es capitan; pero el mio no es mas que un alférez, y hace lo mismo con Urraca.

Mucho mas hubieran durado las lamentaciones de las damas, si la presencia del monarca no hubiera llegado á interrumpirlas. Se presentó, pues D. Enrique, y los regidores y el clero se apresuraron á recibirle, é inmediatamente dió principio á la ceremonia segun el uso de los godos.

Se colocaron de una parte los ricoshomes de Castilla, los diputados, el obispo de la ciudad de Burgos y los concejales de la misma: puesto tomaron en la otra los aragoneses y estranjeros, quedando en medio D. Enrique. El obispo de Burgos, que habia sido nombrado para que toma-

cabellos de su esposa. Sentada sobre sus rodillas besaba con amor sus frentes, y si alguna vez me reprendian bajaba los húmedos ojos mas humilde que la paloma. Mi corazon ardiente y tierno amó una vez, querido hermano; pero amó como los querubes, ó como el fénix, que se abrasa para renacer de sus cenizas. He visto á un monarca poderoso, y mas que poderoso cruel, querer abrumarme con el peso de una corona y de una espada; pero altiva como la leona, desgarré su manto de púrpura y puse mi pié sobre el cetro.

—¿Y no es heróica la mujer que humilla al tigre despiadado y desprecia su aguda garra?

Así era yo en tiempos pasados; ahora yo no sé lo que soy. No tengo lágrimas que me alivien, ni una altivez noble y heróica; obro por un impulso estraño; tengo una fiebre que me reanima, y una sed de venganza hidrópica. Ved, Enrique, ¿ves ese lecho? en él estaba el rey D. Pedro, víctima de una pesadilla. Yo puse esta mano descarnada sobre su corazon de fiera, y esta mano pequeña y flaca cayó sobre su corazon como la losa de un sepulcro. Yo apresuraba sus latidos, yo hacia retroceder su sangre; yo dificultaba su aliento, y yo hubiera podido ahogarle con apretar un poco mas. ¡Qué pequeño era el rey entonces, y yo, D. Enrique qué grande! El era el esclavo, yo la señora; yo era un Dios que podia destruirle con el movimiento de mi mano. Si hubieras escuchado sus palabras, y cómo con voz estentórea confesaba todos sus crímenes; si hubieras oído de sus labios que le acosaban noche y dia cien y cien sangrientos fantasmas; que uno le llamaba "fratricida," que "parricida," le decia otro, y otros mil y mil "asesino," hubieras tenido compasion de él; pero yo no la tuve, hermano. Exalté su imaginacion, debilité sus fuerzas físicas, y cuando lo creí oportuno, le mandé que huyese de tí, y huye de tí como una dueña.

—¿Por qué lo has arrancado, Inés, á mi venganza inevitable?

—Porque si hubiera permanecido en Burgos no te llamarian rey de Castilla. Los burgaleses estaban prontos á perder sus vidas y haciendas por defenderle en esta ciudad; y si hubieses de tomar, Enrique, á todos los pueblos de Castilla como á Briviesca, vendrias á reinar entre escombros, y un trono levantado sobre ruinas, con facilidad se desploma. ¿Quieres tomar venganza de D. Pedro? No seré yo quien te lo impida. ¿Conoces esta daga?

—Sí: era del maestro de Santiago: era de mi hermano Fadrique.

—Esta daga ceñia D. Juan la noche en que fué asesinado. Su mano robusta la dirigió sobre el corazon de D. Pedro, pero no pudo romper su punta la acerada cota de malla. Quizá tú serás mas feliz y quedará vengada tu familia. Toma esta daga, D. Enrique; á mí me queda un relicario.

D. Enrique cogió la daga, y despues de haberla besado se la colocó en la cintura. Habia gastado Doña Inés todas sus fuerzas en una escena le tan dolorosos recuerdos, y cayó sobre su sitial con un aliento tan cortado y una palidez tan estrema, que temió el monarca por su vida. Pasó D. Enrique su brazo por la cintura de la huérfana con un cariño maternal, y contempló, de piedad lleno, aquel lirio casi marchito, que en la mañana de su vida habia perdido de repente los matices y la fragancia. Se reanimó al fin Doña Inés, y el rey la dijo:

—Hermosa hermana, ¿es posible que te abandones tan sin treguas á tu dolor, que no tengas ni la esperanza de ser feliz en algun dia?

Sonrió Doña Inés amargamente, cogió la mano del monarca, y poniéndola sobre su pecho, la dijo:

—En tanto que late el corazon hay esperanzas en el alma: yo tengo la mia, D. Enrique, y sin ella no podria vivir, ni me seria la muerte grata. Está mi esperanza en el cielo. Allí me uniré con D. Juan.

—¿Y esa esperanza es tu consuelo?

—Sí: es tan dulce ver á los que amamos entre las miserias del mundo, ¿cuánto mas hermoso será verles entre las brillantes aureolas que despide el trono de Dios?

—Tienes razon, hermana mia, la tierra es un ancho palenque, en el que se combate sin cesar: las coronas están en el cielo.

La huérfana y el rey D. Enrique se habian poseido poco á poco de una tristeza bienhechora, que calma mucho los dolores de las heridas de las almas. Los pensamientos de venganza se habian borrado de improviso, y no se acordaba D. Enrique de la corona que disputaba, ni la huérfana del asesino de su amante y del comendador su padre.

—¿Te vendrás á vivir conmigo? dijo D. Enrique á la huérfana.

—Déjame pensarlo, hermano mio; mas bien conviene á mi dolor la triste soledad de una celda, que el alegre bullicio de los palacios. Pero una celda no es posible mientras exista el rey D. Pedro.

—Tienes razon, hermana mia; mientras exista el rey D. Pedro no habrá seguridad en los claustros, ni podrán las vírgenes puras del Señor alzar sus plegarias al rey del cielo sin recordar al de la tierra, sin temer su cólera insana, y sus sanguinarias violencias.

—¿Cuándo te coronas, D. Enrique?

—El domingo de resurreccion en Santa María de las Huelgas. ¿Asistirás, hermana mia, á esta solemne ceremonia?

—Sí: es una fiesta de familia y no debo faltar á ella.

La huérfana se levantó, tendió la mano á D. Enrique y le dijo con voz solemne:

—Hasta el domingo, rey de Castilla. Yo fuí la primera en proclamarte en el consejo de Calahorra, te quiero ver con la corona y con el manto de los reyes. Hasta el domingo, rey de Castilla.

CAPITULO XVIII.

El que era nombrado rey, habia de jurar á sus súbditos la observancia de las leyes y la intolerancia de toda religion, fuera de la católica; y recibia de ellos el juramento que le hacian de fidelidad y obediencia. Pasaba despues á la catedral en el primer dia de domingo, y allí le consagraba el obispo de Toledo ó de otra ciudad en que estuviese la corte, ungiendole la cabeza con el sagrado óleo.

MASDEU.

Amaneció el Domingo de Pascua, dia 5 de Abril de 1366, y todas las campanas de Burgos anunciaron con sus repiques la Resureccion del Hombre Dios y otra ceremonia solemne que debia tener lugar en las Huelgas, y consagrar á D. Enrique con el óleo que derramasen sobre su cabeza de rey.

Todo el espacio que mediaba desde la ciudad al monasterio estaba cubierto de curiosos, que desde la salida del sol habian procurado acomodarse en el paraje mas oportuno, para ver con la mayor anchura la comitiva del monarca, que á las nueve de la mañana debia dirigirse á las Huelgas. Era este convento fundacion de Doña María de Molina, y se habia terminado su construccion á principios del siglo XIV. Rico en privilegios y en Estados, tenia su abadesa, que lo era siempre una dama muy principal y algunas veces una infanta, jurisdiccion señorial con derecho de vida y muerte sobre el territorio y los vasallos sujetos á este monasterio.

La iglesia de Santa María es un templo bastante mediano, y al que difícilmente puede señalarse órden propio de arquitectura. Parece en su mayor parte bizantino; pero tiene algunos adornos de gusto gótico, á cuyo órden parecia natural perteneciese, si se considera la época en que se sacó de cimientos.

La madre abadesa de las Huelgas habia mandado adornar el templo con todo el lujo que podia ofrecer una comunidad opulenta. Colgaduras de seda y oro cubrian de alto á bajo los pilares de la nave mayor y capillas, festonadas con frescas flores, que deslumbraban con sus matices y embriagaban con sus perfumes. Estaba el suelo tapizado, y en mil candelabros de plata ardian mil velas, adornadas con flores de mano y con cintas: se quemaban en incensarios los más delicados perfumes, que formando una nube blanca parecia que ocultaban en ella, como ocultó la del desierto, al Dios que adoraba Israél.

Salió D. Enrique de palacio, acompañado de su esposa, de sus hermanas, de Doña Inés, de Beltran Gueselin, Hugo de Carbolay, el mariscal Daudrehem, Bernal de Bearne, el conde de Denia, D. Felipe de Castro, D. Lope Martinez de Luna, D. Gonzalo Mejía, Maestre nombrado de Santiago, D. Pedro Muñiz, Maestre nombrado de Calatrava, y otros muchísimos caballeros franceses é ingleses, aragoneses y castellanos.

Espléndidamente vestida iba Doña Juana Manuel, que tambien debia coronarse con su esposo. Espléndidamente vestidas las hermanas de D. Enrique, y no menos espléndidamente Doña Inés Sanchez de Avendaño, que habia dejado por un dia sus negros vestidos de luto, é iba sirviendo, como dama, á la esposa del nuevo rey. Los trajes de los caballeros ofrecian grande variedad; pues como de distintos paises, cada cual vestia al uso del suyo, pero todos rivalizaban por el buen gusto y la riqueza. Marchaba el último D. Enrique lujosamente ataviado, y retratándose en su rostro toda la satisfaccion de su alma, pues una corona, aunque pesada, en ciertos momentos deslumbra.

Con aclamaciones de alegría recibió el pueblo al nuevo rey, á su bella esposa y á la brillante comitiva: caminó esta con lentitud hasta llegar al monasterio, cuyas campanas anunciaron la proximidad de D. Enrique.

Estaba en la iglesia el obispo con todo el clero de la ciudad, y la municipalidad de Burgos con los vecinos mas notables por sus riquezas ó hidalguía. Tambien estaban allí las damas mas hermosas y principales, con aderezos de oro y piedras, en que reverberaban las luces de los mil candelabros del templo.

Entre las ilustres señoras, y no en parage muy oculto, se hallaban las amigas Urraca y Blanca, acompañadas de sus madres Doña Beatriz y Berenguela. Se habian reconciliado las hijas, porque habian conocido por esperiencia que los ingleses y bretones lo mismo gustaban de rubias que de graciosas pelinegras. Las madres conversaban en voz muy baja, y Doña Berenguela decia:

—Habeis visto, Doña Guiomar, qué mala ocurrencia han tenido en alojar á los caballeros en el palacio del monarca. Esta resolucion ha dado al traste con tantas esperanzas risueñas. D. Hugo no ha visto á mi Urraca: se me va ya de las manos una boda que me parecia cosa hecha.

—Lo mismo digo del mariscal, respondió su vecina. En la gran cena de palacio procuré llamarle la atencion; pero solo sabia el maldito, engullir escelentes manjares y desocupar sendas copas. En cambio del noble mariscal tengo alojado un capitan de compañía que corre tras de mi pobre Blanca, y dice que quiere abrazarla.

—¡Ay! vecina, replicó Doña Berenguela, vuestro alojado es capitan; pero el mio no es mas que un alférez, y hace lo mismo con Urraca.

Mucho mas hubieran durado las lamentaciones de las damas, si la presencia del monarca no hubiera llegado á interrumpirlas. Se presentó, pues D. Enrique, y los regidores y el clero se apresuraron á recibirle, é inmediatamente dió principio á la ceremonia segun el uso de los godos.

Se colocaron de una parte los ricoshomes de Castilla, los diputados, el obispo de la ciudad de Burgos y los concejales de la misma: puesto tomaron en la otra los aragoneses y estranjeros, quedando en medio D. Enrique. El obispo de Burgos, que habia sido nombrado para que toma-

se el juramento al rey, se acercó á él, y presentándole los Evangelios, le dijo:

—¿Jurais á Dios y sobre los santos Evangelios guardarnos fiel y lealmente los antiguos fueros y privilegios?

D. Enrique tendió su mano sobre el libro, y respondió:

—"Sí: Sí JURO."

—¿Jurais gobernarnos con arreglo al antiguo uso, y como lo hicieron los primeros reyes de Castilla?

—"Sí: Sí JURO," repitió D. Enrique.

—¿Jurais no tolerar en estos reinos otra religion que la católica, y perseguir á sangre y fuego todas las demas?

—SÍ LO JURO.

—Y nosotros os juramos, rey D. Enrique, fidelidad y entera obediencia á nombre del reino de Castilla.

—Todos lo juramos, dijeron los ricoshomes castellanos, los diputados y municipales de Burgos.

—Inclinad vuestra real cabeza, rey D. Enrique de Castilla, añadió el obispo. Yo, en nombre de Dios Omnipotente y como obispo consagrado de la buena ciudad de Burgos, derramo sobre vuestra frente el óleo sagrado que os consagra. Yo fulmino los anatemas de la Iglesia é invoco las iras del cielo sobre el que atente de cualquier modo contra vuestra persona sagrada.

—Amen, respondió D. Enrique. Despues se ciñó una corona, y colocó otra sobre la frente de la hermosa Doña Juana Manuel.

Muchos caballeros y damas besaron la mano del rey; pero Doña Inés fué la primera. Acabada esta ceremonia llamó D. Enrique á Beltran y le dijo:

—Beltran Güesclin, yo D. Enrique Segundo de Castilla, te doy el condado de Trastamara, y te confirmo los demas títulos y feudos que te doné en Calahorra.

—Beltran Güesclin dobló la rodilla, é hizo pleito homenaje al monarca.

—Hugo de Carbolay, añadió el rey, te doy el condado de Carrion, para tí y para tus descendientes.

Hugo hizo lo mismo que Beltran.

—Conde de Denia, continuó diciendo D. Enrique, yo te otorgo el marquesado de Villena, que á mi amada esposa pertenece.

El conde dobló la rodilla, y como los dos anteriores hizo tambien pleito homenaje.

Continuó haciendo mercedes el nuevo monarca, y cuando llegó á Bernal de Bearne, le dijo:

—He recompensado buenos servicios de la manera que he podido; pero amigo Bernal, los tuyos has de recompensar tú mismo. Pide cuanto te plazca, Bernal, y tenlo ya por otorgado.

—Señor, le repuso el Bearnés, soy hijo de un príncipe ilustre, de Gaston Febo, conde de Foix y señor de Bearne: su generosidad me basta y no necesito mas feudos. Sin embargo, voy á pediros una joya de mas valor que cien imperios.

—Habla.

—Os pido humildemente la mano de Inés de Avendaño.

Antes que respondiese el monarca, apareció un caballero armado y con la visera calada: se paró delante del Bearnés, y dijo con voz firme y solemne:

—Antes de ser esposo de Inés, mantendréis el palenque conmigo.

PARTE TERCERA.

BATALLA DE NAJERA.

CAPITULO I.

Memoria del bien pasado,
No me atrijas ni atormentes,
Que el hacer discursos tristes
No es para tiempos alegres.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

En el palacio de Angulema festeja la hermosa princesa de Gales á los bizarros caballeros, que forman su brillante corte y los ejércitos del príncipe. Todos los capitanes ingleses de mas merecimientos y fama; todos los varones de Burdeos y de las comarcas vecinas; todas las damas mas notables por su nacimiento ó su belleza poblaban los ricos salones de aquella corte caballeresca.

Enrique, príncipe de Gales, se habia propuesto por modelo los Bernaldos y los Roldanes, y dejando su pais natal, tomó el gobierno de las ricas provincias que la Inglaterra poseia en la parte meridional de la Francia, á cuyos reyes guerreaba con próspera fortuna, arrancando hojas á las lises, para alfombrar el rojo campo en que su leopardo pisaba. Unido á una mujer hermosa y sobre manera entendida, pasaba el príncipe de la tosca tienda de campaña, á un palacio casi encantado, en el que los rudos guerreros cambiaban de vida y maneras, para rendir incienso y culto á aquella beldad siempre reina; ya se atendiese al nacimiento, ya á la belleza y discrecion.

En este palacio de Hadas tiene lugar un baile magnífico, que habia ocupado por muchos dias la atencion de las nobles damas y de los bizarros caballeros. Para armonizar con el lujo que se despliega en las estancias, era preciso recurrir á lo mas rico en pedrerías y á lo mas precioso en estofas. Iluminados los salones por magníficos candelabros, se reflejaban sus claras luces sobre aderezos de diamantes, que con la rapidez del baile parecian estrellas perdidas en un cielo de tornasoles. Es cada dama mas hermosa, cada caballero mas galan; y los sacerdotes de Marte al dejar la menuda cota y la cincelada armadura quedaron enteramente descubiertos á las inflamadas saetas que les dispara el rapaz niño desde los ojos de las bellas. Los mas formidables guerreros, los que entraban á escala vista almenados castillos, y clavaban sobre las torres sus siempre

triunfantes banderas; aquellos cuyos nombres ilustres eran repetidos en las batallas como grito de victoria y guerra; los que habian empapado sus manos en la sangre de capitanes, por sus altos hechos temidos, doblan humildes las rodillas y bajan las altivas frentes ante una hermosura desdeñosa, que se goza con el noble triunfo y los humilla mas y mas. Allí se deja ver la omnipotencia que ejerce en esta edad galante la mitad hermosa de la especie: edad en que los trovadores y caballeros disputan ante las damas el premio del valor y del ingenio, ya en los festivos juegos florales, y ya en los brillantes torneos. Edad de emblemas y de motes en la que viste el paladin los colores de su señora, y lidia en las justas y en las guerras por su Dios, por su rey y por su dama.

Entre tan brillante concurso destella la princesa de Gales, y su luz, como la del sol, oscurece cuantos luceros han titilado un solo instante. Es el retrato de Doña Inés, y se parece en esta época, cuanto puede parecerse una rosa marchita por los huracanes, á otra que acaba de tender sus pétalos en una mañana de Abril. Por lo demas, los mismos ojos, el mismo noble continente y hasta el mismo metal de voz. Siete años antes hubiera sido difícil distinguirlas. Hoy es la princesa la realidad y Doña Inés solo la sombra: la una es el presente y el porvenir, la otra lo pasado no mas. No se diferencian en años, se diferencian en dolor; y esta edad ficticia consume mas, cuenta las semanas como meses, y hay algunas horas tan largas, que marcan una arruga mas y arrancan algunos cabellos. Horas que cuenta el infeliz por la pulsacion de sus arterias, y es cada pulsacion una herida en lo mas sensible del alma.

¿Mas por qué discurrir si hay penas, cuando nos hallamos en un baile? ¿No es mas oportuno respirar el suave perfume de las flores sin poner el dedo en la espina? Medite la pobre viuda sobre el abandonado lecho, si perdió con su tierno esposo comodidades y placer: lloren los huérfanos desgraciados ante el retrato de su padre, porque un hijo debe llorar siempre á los que le dieron el sér: llore y medite el padre honrado, que suda y trabaja asiduamente, sin que baste tanto sudor para alimentar á los hijos que le piden pan sollozando; pero nosotros que asistimos á tan magnífica funcion; nosotros que vemos el mundo por un prisma de hermosos colores; nosotros que no conocemos ni la miseria ni el dolor, debemos gozar y reir.

Bajo el dintel de una ventana hay dos jóvenes seductoras, que entrelazan sus blancas manos y juran permanecer unidas en todo el resto de la noche. No es un cariño fraternal el que les impone el juramento: tienen celos una de otra, y se imponen la esclavitud porque ninguna quede libre. Bajo el dintel de otra ventana están Chandos y Pennebroc, dándose mil seguridades y haciendo protestas de amistad, y Pennebroc y Chandos codician una ocasion de hablar al príncipe en secreto para indisponerle con el otro. Una dama de treinta años se pone enferma de repente, para que la conduzca á su alojamiento un buen mozo de diez y ocho, muy interesante y muy tímido. ¡Con qué destreza aquella jóven de tez sonrosada y ojos negros recibe el billete perfumado que la presenta un jóven rubio al sacarla para bailar! ¡Cómo adulan á la princesa aquellas dos brillantes damas, que murmuran de ella en secreto, porque es mas bella y poderosa! ¡Cómo se inclinan ante el príncipe aquellos viejos senescales, que codician mas distinciones y la donacion de nuevos feudos! Los enemigos se dan la mano, las damas rivales se acarician, los cortesanos se prosternan; ¡cuánta vil pasion está encubierta bajo los brocados y el oro!

Está bien adelantada la noche: un caballero se presenta; cruza el salon con arrogancia; saluda al príncipe con nobleza, y sin detenerse un instante á recibir los parabienes de los mas ilustres personajes que con distincion le reciben, sin dignarse echar una mirada sobre mujeres tan hermosas y tan ricamente ataviadas, se dirige á la jóven princesa, que al verle venir se adelanta, y le tiende con amor su mano. El caballero se la besa, y conduciéndola á un paraje algo menos henchido de gente, la dice:

—Vengo, hermosa prima, á pedirte una gran merced, y espero encontrarte tan buena, como lo has sido siempre, para un deudo á quien honras mucho.

—Siempre soy la misma; y los recuerdos de la infancia están tan vivos en mi alma, como el dia que nos separamos, tú para combatir como hidalgo, y yo para ser noble esposa del heredero de Inglaterra. ¿Pero como te encuentro, Bernal, en nuestra ciudad de Angulema, cuando te juzgaba en Sevilla con el conde de Trastamara?

—Hace media hora, hermosa prima, que he llegado á tu régia corte. Amigo leal de D. Enrique, he combatido como noble hasta asentarlo sobre el trono; y deberes, para mí sagrados, me han hecho venir con premura á la ciudad que tú embelleces. Supe que dabas un sarao; quise hablarte esta misma noche, y apenas sacudido el polvo, vengo á pedirte la merced que te he indicado en un principio.

—Habla, Bernal. Si necesitas todas las joyas de mi adorno, para pagar á tus soldados, me despojaré de ellas al punto y las tendras sin dilacion.

—Conozco tu generosidad; pero soy rico como sabes, y aun puedo ofrecerte diamantes que enriquecerán tu tocado sin aumentar una belleza por los trovadores cantada y de los guerreros sentida. Vengo á pedirte solamente una audiencia particular....

—¿Cuándo has necesitado audiencia para presentarte en mi estancia? ¿Cuándo no ha podido Bernal....

—No la solicito para mí. La reclamo para una dama; pues si fallecieses, prima mia, todos creeriamos ver en ella tu sombra pálida y marchita ciertamente, pero seductora y divina. Esa dama solicita hablarte, y yo te suplico la recibas en una

se el juramento al rey, se acercó á él, y presentándole los Evangelios, le dijo:

—¿Jurais á Dios y sobre los santos Evangelios guardarnos fiel y lealmente los antiguos fueros y privilegios?

D. Enrique tendió su mano sobre el libro, y respondió:

—"Sí: Sí JURO."

—¿Jurais gobernarnos con arreglo al antiguo uso, y como lo hicieron los primeros reyes de Castilla?

—"Sí: Sí JURO," repitió D. Enrique.

—¿Jurais no tolerar en estos reinos otra religion que la católica, y perseguir á sangre y fuego todas las demas?

—SÍ LO JURO.

—Y nosotros os juramos, rey D. Enrique, fidelidad y entera obediencia á nombre del reino de Castilla.

—Todos lo juramos, dijeron los ricoshomes castellanos, los diputados y municipales de Burgos.

—Inclinad vuestra real cabeza, rey D. Enrique de Castilla, añadió el obispo. Yo, en nombre de Dios Omnipotente y como obispo consagrado de la buena ciudad de Burgos, derramo sobre vuestra frente el óleo sagrado que os consagra. Yo fulmino los anatemas de la Iglesia é invoco las iras del cielo sobre el que atente de cualquier modo contra vuestra persona sagrada.

—Amen, respondió D. Enrique. Despues se ciñó una corona, y colocó otra sobre la frente de la hermosa Doña Juana Manuel.

Muchos caballeros y damas besaron la mano del rey; pero Doña Inés fué la primera. Acabada esta ceremonia llamó D. Enrique á Beltran y le dijo:

—Beltran Güesclin, yo D. Enrique Segundo de Castilla, te doy el condado de Trastamara, y te confirmo los demas títulos y feudos que te doné en Calahorra.

—Beltran Güesclin dobló la rodilla, é hizo pleito homenaje al monarca.

—Hugo de Carbolay, añadió el rey, te doy el condado de Carrion, para tí y para tus descendientes.

Hugo hizo lo mismo que Beltran.

—Conde de Denia, continuó diciendo D. Enrique, yo te otorgo el marquesado de Villena, que á mi amada esposa pertenece.

El conde dobló la rodilla, y como los dos anteriores hizo tambien pleito homenaje.

Continuó haciendo mercedes el nuevo monarca, y cuando llegó á Bernal de Bearne, le dijo:

—He recompensado buenos servicios de la manera que he podido; pero amigo Bernal, los tuyos has de recompensar tú mismo. Pide cuanto te plazca, Bernal, y tenlo ya por otorgado.

—Señor, le repuso el Bearnés, soy hijo de un príncipe ilustre, de Gaston Febo, conde de Foix y señor de Bearne: su generosidad me basta y no necesito mas feudos. Sin embargo, voy á pediros una joya de mas valor que cien imperios.

—Habla.

—Os pido humildemente la mano de Inés de Avendaño.

Antes que respondiese el monarca, apareció un caballero armado y con la visera calada: se paró delante del Bearnés, y dijo con voz firme y solemne:

—Antes de ser esposo de Inés, mantendréis el palenque conmigo.

PARTE TERCERA.

BATALLA DE NAJERA.

CAPITULO I.

Memoria del bien pasado,
No me atrijas ni atormentes,
Que el hacer discursos tristes
No es para tiempos alegres.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

En el palacio de Angulema festeja la hermosa princesa de Gales á los bizarros caballeros, que forman su brillante corte y los ejércitos del príncipe. Todos los capitanes ingleses de mas merecimientos y fama; todos los varones de Burdeos y de las comarcas vecinas; todas las damas mas notables por su nacimiento ó su belleza poblaban los ricos salones de aquella corte caballeresca.

Enrique, príncipe de Gales, se habia propuesto por modelo los Bernaldos y los Roldanes, y dejando su pais natal, tomó el gobierno de las ricas provincias que la Inglaterra poseia en la parte meridional de la Francia, á cuyos reyes guerreaba con próspera fortuna, arrancando hojas á las lises, para alfombrar el rojo campo en que su leopardo pisaba. Unido á una mujer hermosa y sobre manera entendida, pasaba el príncipe de la tosca tienda de campaña, á un palacio casi encantado, en el que los rudos guerreros cambiaban de vida y maneras, para rendir incienso y culto á aquella beldad siempre reina; ya se atendiese al nacimiento, ya á la belleza y discrecion.

En este palacio de Hadas tiene lugar un baile magnífico, que habia ocupado por muchos dias la atencion de las nobles damas y de los bizarros caballeros. Para armonizar con el lujo que se despliega en las estancias, era preciso recurrir á lo mas rico en pedrerías y á lo mas precioso en estofas. Iluminados los salones por magníficos candelabros, se reflejaban sus claras luces sobre aderezos de diamantes, que con la rapidez del baile parecian estrellas perdidas en un cielo de tornasoles. Es cada dama mas hermosa, cada caballero mas galan; y los sacerdotes de Marte al dejar la menuda cota y la cincelada armadura quedaron enteramente descubiertos á las inflamadas saetas que les dispara el rapaz niño desde los ojos de las bellas. Los mas formidables guerreros, los que entraban á escala vista almenados castillos, y clavaban sobre las torres sus siempre

triunfantes banderas; aquellos cuyos nombres ilustres eran repetidos en las batallas como grito de victoria y guerra; los que habian empapado sus manos en la sangre de capitanes, por sus altos hechos temidos, doblan humildes las rodillas y bajan las altivas frentes ante una hermosura desdeñosa, que se goza con el noble triunfo y los humilla mas y mas. Allí se deja ver la omnipotencia que ejerce en esta edad galante la mitad hermosa de la especie: edad en que los trovadores y caballeros disputan ante las damas el premio del valor y del ingenio, ya en los festivos juegos florales, y ya en los brillantes torneos. Edad de emblemas y de motes en la que viste el paladin los colores de su señora, y lidia en las justas y en las guerras por su Dios, por su rey y por su dama.

Entre tan brillante concurso destella la princesa de Gales, y su luz, como la del sol, oscurece cuantos luceros han titilado un solo instante. Es el retrato de Doña Inés, y se parece en esta época, cuanto puede parecerse una rosa marchita por los huracanes, á otra que acaba de tender sus pétalos en una mañana de Abril. Por lo demas, los mismos ojos, el mismo noble continente y hasta el mismo metal de voz. Siete años antes hubiera sido difícil distinguirlas. Hoy es la princesa la realidad y Doña Inés solo la sombra: la una es el presente y el porvenir, la otra lo pasado no mas. No se diferencian en años, se diferencian en dolor; y esta edad ficticia consume mas, cuenta las semanas como meses, y hay algunas horas tan largas, que marcan una arruga mas y arrancan algunos cabellos. Horas que cuenta el infeliz por la pulsacion de sus arterias, y es cada pulsacion una herida en lo mas sensible del alma.

¿Mas por qué discurrir si hay penas, cuando nos hallamos en un baile? ¿No es mas oportuno respirar el suave perfume de las flores sin poner el dedo en la espina? Medite la pobre viuda sobre el abandonado lecho, si perdió con su tierno esposo comodidades y placer: lloren los huérfanos desgraciados ante el retrato de su padre, porque un hijo debe llorar siempre á los que le dieron el sér: llore y medite el padre honrado, que suda y trabaja asiduamente, sin que baste tanto sudor para alimentar á los hijos que le piden pan sollozando; pero nosotros que asistimos á tan magnífica funcion; nosotros que vemos el mundo por un prisma de hermosos colores; nosotros que no conocemos ni la miseria ni el dolor, debemos gozar y reir.

Bajo el dintel de una ventana hay dos jóvenes seductoras, que entrelazan sus blancas manos y juran permanecer unidas en todo el resto de la noche. No es un cariño fraternal el que les impone el juramento: tienen celos una de otra, y se imponen la esclavitud porque ninguna quede libre. Bajo el dintel de otra ventana están Chandos y Pennebroc, dándose mil seguridades y haciendo protestas de amistad, y Pennebroc y Chandos codician una ocasion de hablar al príncipe en secreto para indisponerle con el otro. Una dama de treinta años se pone enferma de repente, para que la conduzca á su alojamiento un buen mozo de diez y ocho, muy interesante y muy tímido. ¡Con qué destreza aquella jóven de tez sonrosada y ojos negros recibe el billete perfumado que la presenta un jóven rubio al sacarla para bailar! ¡Cómo adulan á la princesa aquellas dos brillantes damas, que murmuran de ella en secreto, porque es mas bella y poderosa! ¡Cómo se inclinan ante el príncipe aquellos viejos senescales, que codician mas distinciones y la donacion de nuevos feudos! Los enemigos se dan la mano, las damas rivales se acarician, los cortesanos se prosternan; ¡cuánta vil pasion está encubierta bajo los brocados y el oro!

Está bien adelantada la noche: un caballero se presenta; cruza el salon con arrogancia; saluda al príncipe con nobleza, y sin detenerse un instante á recibir los parabienes de los mas ilustres personajes que con distincion le reciben, sin dignarse echar una mirada sobre mujeres tan hermosas y tan ricamente ataviadas, se dirige á la jóven princesa, que al verle venir se adelanta, y le tiende con amor su mano. El caballero se la besa, y conduciéndola á un paraje algo menos henchido de gente, la dice:

—Vengo, hermosa prima, á pedirte una gran merced, y espero encontrarte tan buena, como lo has sido siempre, para un deudo á quien honras mucho.

—Siempre soy la misma; y los recuerdos de la infancia están tan vivos en mi alma, como el dia que nos separamos, tú para combatir como hidalgo, y yo para ser noble esposa del heredero de Inglaterra. ¿Pero como te encuentro, Bernal, en nuestra ciudad de Angulema, cuando te juzgaba en Sevilla con el conde de Trastamara?

—Hace media hora, hermosa prima, que he llegado á tu régia corte. Amigo leal de D. Enrique, he combatido como noble hasta asentarlo sobre el trono; y deberes, para mí sagrados, me han hecho venir con premura á la ciudad que tú embelleces. Supe que dabas un sarao; quise hablarte esta misma noche, y apenas sacudido el polvo, vengo á pedirte la merced que te he indicado en un principio.

—Habla, Bernal. Si necesitas todas las joyas de mi adorno, para pagar á tus soldados, me despojaré de ellas al punto y las tendras sin dilacion.

—Conozco tu generosidad; pero soy rico como sabes, y aun puedo ofrecerte diamantes que enriquecerán tu tocado sin aumentar una belleza por los trovadores cantada y de los guerreros sentida. Vengo á pedirte solamente una audiencia particular....

—¿Cuándo has necesitado audiencia para presentarte en mi estancia? ¿Cuándo no ha podido Bernal....

—No la solicito para mí. La reclamo para una dama; pues si fallecieses, prima mia, todos creeriamos ver en ella tu sombra pálida y marchita ciertamente, pero seductora y divina. Esa dama solicita hablarte, y yo te suplico la recibas en una

audiencia particular, y cuanto mas pronto sea posible.

—En este mismo instante si quieres.

Bernal reflexionó un momento, y luego dijo á la princesa:

—Bien puede esperar á mañana: está cansada del camino, y tú no debes dejar un baile, del que eres dos veces la reina. Mañana á las diez, si te place, tendrás con ella la entrevista.

—Mañana á las diez sin falta alguna.

—Adios; adios, hermosa prima: cada muestra de tu cariño aumenta mas gratitud. La vida de Bernal de Bearne ha sido tuya desde niño: por tí la perderá gustoso.

—¿No quieres gozar un momento de este magnífico sarao?

—Me es imposible estar mas tiempo: juzga si lo sentiré en el alma, cuando me separo de tí.

—¡Has saludado, Bernal, á mi esposo?

—Muy ligeramente, princesa.

—¡Siempre ese odio hácia el de Gales!

—¡No acabará nunca el motivo!

—¡Bernal!

—Te empeñé mi palabra y la cumpliré exactamente.

—Saluda al príncipe.

—Lo haré.

—Bernal, á las diez estaré dispuesta.

—Hasta las diez, hermosa prima.

Bernal atravesó el salon, se llegó al príncipe de Gales, y le saludó cortesmente.

—¿Habeis hablado á la princesa? le preguntó el príncipe Enrique.

—Unas cuantas palabras no mas.

—¿Permaneceréis mucho tiempo en nuestra ciudad de Augulema?

—Tres dias no mas, príncipe Enrique. Con vuestro permiso.

—Id con Dios.

Bernal se salió de la estancia y el baile se acabó á su tiempo.

CAPÍTULO II.

Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa,
Ni se estima la perla
Hasta dejar la concha.
Diras, que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.

LOPE DE VEGA.

Han dado las diez de la mañana, el príncipe de Gales espera á un personaje de gran nombre, y quiere aparecer ante sus ojos con el esplendor digno del príncipe mas poderoso de la Europa. En una cámara magnífica y de capitanes rodeado, cuenta impaciente los segundos que tarda en presentarse el viajero, porque la humillacion de un hombre que ha hecho bajar muchas frentes al solo imperio de su voz, dejará satisfecho el orgullo del heredero de Inglaterra.

La mampara se estremeció: Chandos entró el primero en la estancia, y casi al mismo tiempo un personaje á quien conducia por la mano. Al verlo el Príncipe dejó su asiento y se adelantó á recibirle: el personaje se inclinó con muestras de profundo respeto, habiéndose descubierto antes, y con doliente voz le dijo:

—Señor, yo soy D. Pedro de Castilla, heredero de Alonso Onceno y legítimo señor del reino: D. Enrique el Bastardo, ayudado de Beltran Guesclin, y de otros muchos, me ha arrojado de mis dominios, contra toda razon y derecho. Yo nunca hubiera imaginado que un bastardo llegase á ser rey, y Dios no puede permitirlo. A vos, que sois el mas poderoso de cuantos príncipes existen; á vos, que sois de sangre real, espléndido, atrevido y cortés, pido socorro en mi desgracia, y me quejo del atentado que han cometido contra mí.

El príncipe miraba á D. Pedro con compasion y con orgullo. Aquella humillacion estrema, aquellas súplicas humildes hechas por D. Pedro el Cruel, por el monarca ante quien temblaban los ricoshomes de Castilla, el aragonés y el navarro, acrecentaban la importancia de Enrique, príncipe de Gales, y era D. Pedro el escabel que mas su grandeza realzaba. Dudó el príncipe unos momentos; mas acercándose al rey destronado le dijo con cierta bondad, claro signo de proteccion, y colocándole el sombrero:

Cubrios, D. Pedro, con el sombrero que os habeis quitado por estremada cortesía, y no tengais la menor duda que del mismo modo que lo pongo sobre vuestra cabeza real, colocaré en ella muy en breve la corona de las Castillas, aunque me costase el recobrarla todos mis Estados y la vida.

—Señor, replicó el rey D. Pedro, yo no sé como agradeceros la buena voluntad que manifestais á un monarca prófugo por la deslealtad de sus vasallos. Si logro con vuestros auxilios reconquistar corona y cetro, vos seréis el solo señor y yo un vasallo nada mas. Ante todos los que me escuchan os hago leal pleito homenaje por mi corona de Castilla, el que repetirán mis sucesores á vos y á los que de vos vengan.

Mucho se holgó el príncipe de Gales de tan lisonjeras razones, y para confirmar este pacto mandó á algunos de sus caballeros que trajesen generosos vinos y que los sirvieran en sendas copas.

Mientras conversaban los príncipes condujeron cuatro españoles una magnífica mesa de oro, en cuyo centro habia un carbunclo que despedia radiante luz, y presentándola el rey D. Pedro al príncipe le dijo:

—Recibid, señor, esta alhaja que heredé del rey Alonso, mi buen padre, y que adquirió un abuelo mio por rescate del rey de Granada, á quien tuvo en larga prision.

—Joya es, rey D. Pedro, de valor, y procuraré recompensarla con la corona de Castilla. Id tranquilo á vuestra posada y tened entera confianza en la amistad de Enrique, príncipe de Gales.

Don Pedro saludó profundamente, y se encaminó á su posada. El príncipe hizo conducir al aposento de su esposa la rica mesa que le habia dado el castellano.

CAPÍTULO III.

Ysawthee weep: the big bright tear
Came o er thire eye of blue;
And than me thought et did appear
A violet droppeng dew

BYRON.

La princesa habia dicho á Bernal que estaria dispuesta á las diez para recibir á la dama, y mucho antes de llegar la hora estaba vestida con sencillez, pero con esquisita elegancia. Sentada sobre ricos cojines, y absorta en meditaciones profundas, deshojaba una rosa blanca, cuyos pétalos arrancados matizaban su falda azul, como matizan leves espumas la superficie de los mares y ligeras nubes la inmensidad de los espacios.

Muy mala noche habia pasado la hermosa princesa de Gales. Adormecidos sus recuerdos por una ausencia prolongada, se habian reanimado de improviso con la presencia del bearnés, pues no se compra impunemente la satisfaccion seductora de volver á ver lo que amamos. La sola presencia de Bernal hubiera turbado sin duda el dulce sueño de la bella; pero la misteriosa cita y una gran parte de sus palabras habian despertado en la princesa una inquietud inesplicable, y de las pálidas cenizas nacia una llama destructora al soplo ardiente de los celos. La princesa y Bernal habian pasado bajo el mismo techo algunos años de la infancia y de la primera juventud. Tiernas y continuas atenciones se habian prodigado los primeros; pero como el amor de los niños es una dulce simpatía, gozaban sin saber por qué, y jamas pronunciaron los labios esa palabra sacramental que une los destinos para siempre: ese "yo te amo" que embellece nuestra existencia ó la sumerge en el dolor. Solicitó el príncipe de Gales la mano de esta beldad niña; y sin consultar su corazon se llevó á cabo un matrimonio muy ventajoso á la verdad, segun las convenciones sociales, pero que debia clavar alguna espina en el pecho de la desposada. Al separarse de su prima lloró Bernal, como lo que era, como un niño. Se pasaron algunos años en la ausencia; mas cuando se volvieron á ver se convirtió en amor la simpatía, y el bearnés no pudo callarlo. Llorando lágrimas de hiel confesó su amor y su pena; pero la esposa lloró en silencio y supo cumplir sus deberes. La princesa amaba al bastardo como los ángeles á Dios: no le fingió crudo desden; mas le exigió solemne palabra de no requerirla de amores en ninguna ocasion ni lugar. Esta palabra se habia cumplido; pero habia procurado Bernal vivir lejos de la mujer que tanto amaba y del hombre que aborrecia.

Cuando vió el bearnés á la huérfana, no la adoró por ella misma; halló un retrato de la princesa, y se enamoró del retrato. Cuando amamos á una mujer y no conseguimos poseerla, nos alimentamos de semejanzas, y desde la pintura que cubre un botecillo de pomada hasta otra mujer parecida, todas reciben nuestro incienso, y en todas tributamos culto á la que adora el corazon, como se tributa á la Vírgen Madre en las estatuas de los templos. La misma tristeza de Inés y su debilidad creciente, eran, respecto de la princesa, una distincion, y para Bernal un atractivo. Las mujeres frescas y lozanas agitan mucho los sentidos, pero muy pocas veces llegan hasta el fondo del corazon. Las delicadas, por el contrario, ponen su trono sobre el alma, y hay una mezcla de cariño y de compasion al mismo tiempo que no las perjudica en nada. Sacudimos al fresco capullo para que nos abra sus pétalos; movemos con tiento la rosa por temor de que se deshoje. No es tan corrompido el género humano como á primera vista parece; hay cierta generosidad innata que simpatiza con el débil, y rechaza la fuerza con la fuerza. Bernal empezó amando á Doña Inés como copia: pocos dias despues creyó amarla como un original sagrado: desde que ha vuelto á ver á su prima no sabe á quién ama ni cómo.

Mientras hemos divagado un poco, seguia la princesa ocupada en deshojar su rosa blanca, y repetia maquinalmente estas palabras del bastardo: "La reclamo para una dama, pues si fallecieses, prima mia, todos creeriamos ver en ella tu sombra, pálida y marchita ciertamente, pero seductora y divina." Despues vió la rosa deshojada, y dijo con triste sonrisa: "Yo arranco las hojas de esta flor con trémula mano; y la del tiempo despiadada arranca tambien una á una las ilusiones de mi alma."

La puerta de la estancia se abrió, y apareció en ella el bastardo dando su brazo á Doña Inés. La princesa se levantó; Bernal se la indicó á la huérfana, y saliendo con rapidez dejó solas á las dos damas.

Dió Doña Inés algunos pasos hácia la princesa de Gales, que la miraba con una atencion estremada, y la princesa quedó inmóvil. La huérfana estaba mas delgada, su tez mas pálida y trasparente, y las dos manchas encarnadas que descubrimos en sus mejillas al encontrarla en Calahorra, mas reconcentradas y mas vivas. La respiracion de su pecho era fatigosa y ardiente; sus ojos, un poco vidriados, se animaban y se abatian con una rapidez singular, y su voz vibrante y metálica era interrumpida alguna vez por una tos seca y pulmonar. Las dos damas se contemplaron en silencio, hasta que esforzándose la princesa dijo á la huérfana de Avendaño:

—Mi primo Bernal de Bearne solicitó anoche una audiencia para una dama, y segun veo sois vos....

—Sí, princesa de Gales. Mi nombre no será conocido en una corte de los festejos con el descanso de la guerra. Yo me llamo Inés de Avendaño; soy hija de un comendador de Castilla, y

fué la prometida esposa de un hijo de D. Alonso Onceno.

—¿Y qué puede hacer en vuestro obsequio la esposa del príncipe de Gales?

—Mi padre murió asesinado por mandato del rey D. Pedro; mi madre murió de dolor, y la causa fué el rey D. Pedro; el infante D. Juan, mi prometido esposo, murió asesinado tambien á la vista del rey D. Pedro: las almas de los tres están juntas sobre las estrellas y el sol; la sangre de los tres está en la tierra, y pide venganza, señora.

—¿Vive el infante, Doña Inés, en vuestro corazon?

—Princesa, él es la sangre que le alienta, él es el tósigo que le mata.

La princesa se llegó á la huérfana, la cogió con amor por la mano y la condujo á los cojines, en los que tomaron asiento. La esposa del príncipe respiraba con libertad, y habia desaparecido de su frente una nube que la empañaba. Estrechó la mano de Doña Inés, y la dijo:

—Esa memoria amarga bien necesita, amiga mia, los consuelos de la amistad: yo deseo proporcionaros cuanto pueda daros una mujer. Derramad lágrimas en mi seno, y yo procuraré enjugarlas: llamadme, Doña Inés, vuestra hermana, y yo lo seré afectuosa; discurrid lo que pueda agradaros, y todo lo tendréis aquí.

La huérfana inclinó la frente sobre el pecho de la princesa, y derramó abundantes lágrimas: eran las primeras que vertia desde la muerte del infante. ¡Qué mal consolamos los hombres! Nuestra estoica filosofía quiere sofocar el santo grito de la naturaleza herida; y si consigue ahogar su voz, irrita mas y mas las llagas; pero la uncion de la mujer que consuela diciendo, llora, es un bálsamo bienhechor, que si no dura, dulcifica los mas penetrantes dolores.

Doña Inés se sintió aliviada despues de haber llorado, é imprimió sus labios marchitos en la mano de la princesa. Esta, cada vez mas interesada en la suerte de la Avendaño, la dijo llorando tambien:

—Muy amargo es, amiga mia, alimentarse con la memoria de los muertos; pero tenemos la certeza de que no dejarán de amarnos, y es imposible tener celos. Sentimos una especie de orgullo contemplando nuestro aislamiento, y en los ensueños de dolor oimos una voz que nos grita: "La vida es corta y la eternidad nunca acaba." El alma no arrastra cadenas, y el pensamiento se levanta hasta los alcázares de Dios.

—¡Oh! estar siempre sola en la tierra!

—Es una ventura, hermosa Inés. La mas terrible de las penas, la que no puede imaginarse sin que se ericen los cabellos y sin que el sudor bañe la frente, es tener un hombre en la memoria mientras otra nos estrecha entre sus brazos; sentir sobre nuestros labios ardientes un beso compasado y frio, y que beben con impuros labios las lágrimas que arranca el despecho, el remordimiento ó la vergüenza, cual si fueran lágrimas de amor.

—La princesa hablaba con fuego, y sus ojos negros y rasgados centelleaban como dos soles; Inés la miraba en silencio, y no concebia cómo una dama tan opulenta, tan ilustre, tan respetada y tan querida sabia presentar del dolor el lado mas triste y siniestro. Comprendia con instinto de mujer que la esposa del noble príncipe estaba lejos de ser feliz; pero no veia de qué parte habia salido el dardo funesto, ni la mano aleve que se habia atrevido á lanzarlo. Queriendo pagar á la princesa el interes que tomaba en sus dolores, la dijo:

—No tengo, señora, ni vuestro poder ni vuestros medios; pero mezclaré mi llanto al vuestro si os considerais desgraciada.

—¡Yo desgraciada! dijo la princesa con una risa tan amarga, que las contorsiones del tormento serian nada en comparacion: los placeres me rodean siempre, y cien palaciegos y otros cien están mirando mis pupilas para seguir el movimiento que les indique con mis ojos. Este palacio tan espléndido es mio, y el príncipe de Gales adivina mis mas recónditos deseos. Tiene mi voluntad por ley, y....

—Cuánto me alegro, noble princesa, de que ejerzais todo ese prestigio sobre un esposo que os adora. He venido á reclamar de vos una merced inestimable....

—Sí, hablemos de vuestra venida, que hemos perdido tal vez un tiempo muy necesario y muy precioso.

—Sí, muy precioso á la verdad. No ignoraréis, noble señora, que D. Enrique de Trastamara consiguió arrojar de Castilla á su hermano.

—Lo sé, amiga mia, y mucho me huelgo que D. Enrique ciña una corona tan brillante. Le conozco mucho, Doña Inés, es un cumplido caballerro, que ha combatido contra mi esposo en los ejércitos del rey de Francia, siempre con valor y lealtad.

—Así atenderéis mas mi ruego. El rey D. Pedro de Castilla está en Burdeos, y viene á reclamar socorros del noble príncipe de Gales para reconquistar el reino.

—¿Es posible?

—Sí, ilustre princesa: vos que por lo discreta y por lo bella debeis imperar sobre vuestro esposo, no le permitais que se interese en favor de un tigre....

—Así lo haré. Todo lo que yo pueda con el príncipe estará en favor de D. Enrique, y....

La puerta se abrió con violencia y cuatro caballeros entraron una rica mesa de oro en la que destellaba un carbunclo.

CAPITULO IV.

Pazzo chi al suo signor contraddir vuole,
Sebben dicesse che ha veduto il giorno
Pieno di stelle, e a mezza notte il sole.

Ludovico Ariosto.

Sorprendida quedó la princesa al ver aquella magnífica alhaja, y Doña Inés, que la conocia, lanzó un grito ahogado y doliente. La presentacion de la mesa noticiaba á la de Avendaño la llegada del rey D. Pedro, y el verla en aquel lugar la decia que el príncipe estaba dispuesto á favorecer al monarca, pocos dias antes destronado. Para la princesa era un misterio la venida de los caballeros y del rico dón que traian; y dirigiéndose á uno de ellos, le preguntó:

—¿Tendréis la bondad de decirme de quién viene tan rica ofrenda?

Sin dar lugar á que respondiesen se presentó el príncipe de Gales, acompañado de su corte, y se adelantó hácia su esposa. Bernal se quedó en el poste, rodeado de algunos caballeros, que le estimaban, cual merecia, por su valor y su nobleza. Cuando vió la princesa á su esposo le repitió la misma pregunta que habia dirigido al caballero: aquel, lleno de vanidad, le respondió:

—Querida esposa, el rey D. Pedro de Castilla, destronado por un bastardo y unas compañías de aventureros (el príncipe dijo estas palabras con sarcasmo, y Bernal que dió algunos pasos, volvió á reclinarse en el poste), ha venido á pedirme socorros, y me ha presentado, como ofrenda, esa alhaja de gran valor que yo te destino, señora.

La princesa quedó turbada, miró con interés á la huérfana, cambió una mirada con Bernal, y contestó al príncipe:

—Antes de agradecerte, señor, el rico dón, que me manifiesta tu liberalidad y tu cariño, quisiera saber si te lo han dado como paga de algun socorro que el rey D. Pedro te demanda.

—Antes de responderte, señora, quisiera saber qué motivo tienes para no recibir este dón, sin saber antes el por qué me lo ha presentado D. Pedro.

—Vuestra observacion es muy justa, y voy á satisfacerla al punto. Si me ha de costar esta alhaja estar separada de tí, y á tí la sangre de tus vasallos, yo no puedo recibir una joya que á tan alto precio se paga.

—Tu mucho amor, esposa mia, te hace mirar grandes peligros en donde solo hallaré gloria. He prometido al rey D. Pedro ceñirle de nuevo la corona, y nunca falto á mis palabras. Marcharé á Castilla, señora, y arrojando de ella al bastardo, restableceré al rey legítimo sobre el trono de San Fernando.

—Es imposible, príncipe Enrique.

—Señores, dijo el príncipe á los cortesanos: el amor de esposa la ciega, y porque no me separase de su lado me tendria bordando tapices, haciéndome cambiar la espada por el ovillo y por la aguja.

Los cortesanos aplaudieron esta graciosidad del príncipe; y solo Bernal dijo en voz alta: "que le parecia de mal tono." El príncipe iba á responderle, mas se adelantó la princesa, y mirando á los circunstantes con desagrado y una altivez, que les hizo bajar los ojos, dijo:

—He nacido bastante noble, para apreciar bien el valor, y me avergonzaria de pertenecer á un mal caballero, á un cobarde. No deseo yo, príncipe Enrique, que troqueis la lanza por la aguja, ni en una edad de paladines habrá mujer que quiera darle una ocupacion tan pacífica. Nosotras bordamos las bandas que han de decorar el arnés, y cien veces la mas hermosa es el galardon del mas valiente. Mejor querria ser la viuda del heredero de Inglaterra, muerto en el campo del honor, que partir con él la corona, creyéndolo indigno de llevarla. No me opongo yo á que peleés: cada corona de laurel que ciña tu frente arrogante dará una hoja para la mia, y pueden ser tantas, Enrique, que me formen una corona. Conquista ciudades y castillos: la Europa presenta ancho campo, y contra el musulman del Africa te llama la religion de Jesucristo. Pero batallar en Castilla contra un rey bueno y generoso, para entronizar á una hiena, no es digno de tí, príncipe Enrique. Tampoco es digno de estos guerreros, que han encanecido bajo el casco, y que cuentan sus hechos de armas por las honrosas cicatrices que decoran sus robustos miembros. No es digno de tí proteger al rey D. Pedro de Castilla, y por lo mismo no lo harás.

El príncipe quedó aturdido de haber escuchado á su esposa producirse con un calor tan singular. No podia conocer la causa del odio que profesaba la princesa al rey D. Pedro de Castilla, y procuraba adivinarla. Paseó sus miradas por la estancia: vió á la huérfana sin hacerla caso, pero cuando la fijó en la puerta y encontró á Bernal de Bearne, creyó haberlo adivinado todo, y con voz imperiosa dijo:

—Antes de comprometer mi palabra medité detenidamente sobre este negocio importante: me creo, señora, mas enterado de la política y de la guerra que una dama, muy entendida á la verdad, pero á quien no permite su sexo conocer á fondo estas materias. Prometí á D. Pedro ayudarle, y ahora le juro y le prometo por Dios y por mi hijo, no descansar un solo instante hasta esterminar á D. Enrique.

—Señor, dijo Doña Inés arrodillándose: os engañan miserablemente, y el rey D. Pedro de Castilla os deslumbra con sus promesas. Arrojado de sus dominios, mas por la voluntad de Dios que por la fuerza de los hombres, desdeñado por el portugués, y errante de provincia en provincia, os ofrecerá montes de oro y hasta la mitad de su reino; mas si se asienta sobre el trono, si recobra su poderío, no encontrarán vuestros soldados ni las precisas vituallas para no morirse de hambre. Nada importa que jure por Dios guardar fielmente los tratados. Bajo la fé de su palabra llegó hasta Sevilla un rey moro, y el monarca y sus caballeros fueron asesinados vilmente para robarlos, noble príncipe. ¿Creeis que os librarán los beneficios de las asechanzas del tirano? No, príncipe de Gales; no, no. El noble Maestre de Santiago le habia conquistado á Junilla, y lo remuneró asesinándolo. Vuestra sangre es noble, es de reyes: nieta de reyes Doña Blanca fué asesinada por D. Pedro: si los príncipes no la

vengan, ¿quiénes tomarán su venganza? Yo os suplico, príncipe Enrique, y si es preciso yo os lo mando en nombre de Dios Omnipotente, que no deis auxilio á D. Pedro.

—Decidme señora, ¿quién sois? preguntó el príncipe admirado.

—Me llamo Doña Inés Sanchez de Avendaño, y soy la sombra del rey D. Pedro.

—Está loca sin duda alguna, dijo el príncipe á media voz.

—No está loca, replicó Bernal adelantándose imponente. Cuanto esa dama ha proferido es de una verdad absoluta; y yo, el bastardo de Bearne, lo sostendré á pié y á caballo.

El príncipe miró á Bernal, despues á su esposa, y dirigiéndose á Juan de Chandos, dijo:

—Despues de lo que acaba de decirnos el caballero Bernal de Bearne, no es ocasion de vacilar. Llama por medio de mis heraldos á todos los ilustres guerreros que siguen mi triunfal bandera y marcharemos á Castilla.

Doña Inés iba á suplicar, pero Bernal la levantó, y llevándosela hácia la puerta dijo al príncipe:

—Príncipe de Gales, hasta Castilla.

CAPITULO V.

A pesar de los cielos y la tierra
Conduje á salvo la adorada carga.
MARTINEZ DE LA ROSA.

Al salir Bernal del palacio ardia su frente como una hoguera y su corazon se rompia. Todas las palabras del príncipe se habian dirigido á humillarle, y quizá habia perjudicado su presencia á la causa de D. Enrique. La princesa de Gales, aquella mujer de sus recuerdos y de su porvenir quizá, habia padecido por él; y cada sarcasmo del príncipe habia sido una espada de dos filos para el corazon del bastardo. Ademas de su orgullo herido sufrió tormentos de otra especie, y al ver juntas aquellas dos damas tan desgraciadas y tan hermosas, la una en brazos de su enemigo y la otra sin mas esperanza que el sepulcro, sentia tan distintos afectos que no podia decirse á sí mismo á cuál de las mujeres mas amaba, ni qué especie de amor sentia. Ocupado con estas ideas marchaba con gran rapidez y en un silencio sepulcral: la huérfana le seguia con trabajo, y su respiracion afanosa manifestaba claramente los progresos de una enfermedad que debia acortar su existencia.

Doña Inés se paró de pronto, y tirando del brazo á Bernal, le dijo:

—Deteneos un momento, señor, pues siento una opresion que me ahoga.

A estas palabras de la huérfana volvió en sí el bearnés, y mirándola tiernamente,

—Perdonad, señora, la dijo, si herido por la amarga repulsa que el príncipe se ha dignado darme, me olvidé de vuestros sufrimientos, y apresuré tanto mi marcha. ¿Queréis tomar algun descanso en estas casas inmediatas?

Doña Inés movió la cabeza, para indicar que no queria, y permaneció fija en su puesto. Bernal la miraba azorado; la huérfana se estremeció, y abriendo sus lábios marchitos, un torrente de sangre espumosa se precipitó sobre sus vestidos, sobre los de Bernal y sobre el suelo. No lanzó un quejido Doña Inés, pero se quedó desmayada: el bastardo la cogió en sus brazos: estuvo un instante inmóvil cual si le hubiera herido un rayo: mas saliendo de su estupor, estrechó á la huérfana contra su seno y corrió las calles, como un loco, hasta conducirla á su posada.

Estaba en la puerta el paje Enrique, que los habia acompañado á Angulema; saliéndoles al encuentro, preguntó á Bernal de Bearne:

—¿Qué sucede, noble señor?

—Todo se ha perdido, fiel Enrique. El príncipe de Gales convoca sus huestes para conducirlas á Castilla, y está moribunda Doña Inés.

El paje quiso partir la dulce carga que conducia el noble bastardo; mas Bernal no lo permitió, y subieron juntos la escalera. Dió el paje repetidos golpes en la habitacion de Doña Inés, y abrió la puerta en el momento el anciano alcaide de Carmona.

Hay escenas tan palpitantes que toda descripcion es pálida, y deberia confiarse al pincel lo que es imposible á la pluma. Tiene el pintor sobre el poeta una ventaja incalculable; el uno presenta los hechos en el momento de pasar, y el otro tiene que contarlos; no se necesita discurrir para notar la diferencia.

Cuando vió el alcaide á Doña Inés, sintió tan distintos afectos, que era imposible conocer cuál dominaba. La primera espresion de su fisonomía fué estúpida, las cejas un poco arqueadas, la boca abierta y los ojos sin movimiento. Despues se puso su faz lívida, sus ojos destellaron llamas y se comprimieron sus lábios. En una especie de frenesí quiso arrebatar al bastardo la preciosa carga de la huérfana; pero el bearnés le rechazó, y siguió marchando adelante, sin detenerse en su carrera, hasta llegar al aposento de la hermosa, y depositarla en su lecho. El paje entró inmediatamente y poco despues Hinestrosa.

La fisonomía del alcaide habia variado segunda vez. Un sudor frio bañaba su frente y gruesas lágrimas rodaban por sus angulosas mejillas. Puesto de rodillas junto al lecho movia los lábios sin hablar y ahogaba dentro de sí el aliento para no perder el de la enferma. Bernal á la cabecera de la cama, oprimia su frente entre las manos, y se levantaba su pecho con respiracion afanosa. Enrique, á los piés de la cama, contemplaba aquel triste cuadro, y se mesaba lentamente su espesa barba con los dientes y con las manos. A pesar de esto era el mas tranquilo, y dirigiéndose á Bernal,

—Señor, le dijo, creo mas necesarios para esta dama los auxilios de un buen doctor, que las lágrimas de dos amantes. Vos conoceréis en Angulema alguno, y si teneis á bien nombrármelo, no tardaré mucho en traerlo.

Bernal no replicó palabra: dejó su asiento con prontitud, se llegó á un bufete de nogal, tomó una tira de pergamino y escribió en ella estas palabras: "Doña Inés se muere, prima mia; necesito un doctor que la asista, y te ruego que me lo envies.—Bernal." El bastardo dobló el billete, le entregó al paje y le dijo:

—Ve, Enrique, al palacio del príncipe de Gáles, llega á las habitaciones de la princesa, da mi nombre, y entrégala este pergamino.

El paje bajó la cabeza y se dirigió hácia el palacio.

Mientras estaba escribiendo Bernal, se habia apoderado D. Lope de una mano de Doña Inés, la que estrechaba contra su corazon y con sus lágrimas humedecia; pero tímido como un niño, que quiere apoderarse de un dulce sin que su familia lo note, miraba alternativamente á la huérfana y al bastardo, y entre comprimidos sollozos murmuraba:

—¡Inés, querida Inés! si vuelas tan jóven y hermosa á los cielos, no te sientes junto á D. Juan, porque tendré celos desde aquí. Colócate, Inés, entre las vírgenes, y cuando Dios me llame á sí, distinguiré tu voz entre todas, y mis ojos no se apartarán del paraje en que tú te encuentres. Libre allí de todo recelo, cantaré con los serafines el "Hosanna" y sobre mi rugosa frente destellará un rayo divino, haciéndola jóven y hermosa. Y tú, Dios mio; tú que eres árbitro de vida y muerte, si se necesita un holocausto para calmar tu justo enojo, caiga la segur sobre mi cuello, y viva la tórtola blanca, que embellecerá los jardines. ¡Inés, querida Inés! toma el lento fuego que me anima y aumenta con él tu existencia. Añade mis cortos dias de vida á los tuyos; muera yo para que tú vivas; pero derrama una sola lágrima sobre la tumba del anciano.

Bernal habia acabado su billete, y se volvió á la cabecera. Hinestrosa soltó la mano, y siguió orando en voz mas baja. El bearnés no tenia sosiego: se levantaba á cada instante; llegaba su boca á la de la enferma para respirar mejor su aliento; la ponia su mano en la frente, y la llamaba con dulce voz. Daba vueltas de vez en cuando haciendo crugir el pavimento, y cuando en el sillon se echaba, no podia quedarse en reposo. Hinestrosa, por el contrario, permanecia siempre de rodillas, inmóvil y mudo en su dolor.

Para esplicar la situacion de los dos amantes de Inés, vamos á decir unas palabras, que la pondrán de manifiesto, y nos evitarán seguir los movimientos de la enferma hasta que el doctor se presente.

CAPÍTULO VI.

Pídele á Dios que me valga,
Y ya que no soy amado
De Elvira bella, vengado
Del reto á lo menos salga.
LAGUNA.

Al terminar la segunda parte dijimos, que se habia presentado un caballero en Santa María de las Huelgas, y que habia retado á singular combate al que pretendiese la mano de la huérfana Doña Inés. Este caballero era Hinestrosa. Acosado siempre Don Lope por sus celos y por su amor, habia querido concurrir á la coronacion de D. Enrique, porque asistia á ella su pupila; y como en aquellos siglos de hierro no era mal traje el de soldado en las mas brillantas ceremonias, se vistió Hinestrosa el arnés para poder guardar su rostro, y que no apareciese autorizando un valido del rey D. Pedro la coronacion de su hermano.

Cuando, como premio de sus servicios, pidió el bastardo de Bearne la mano de la hermosa Inés, sintió el viejo alcaide un estremecimiento galvánico, y sin esperar á que respondiesen la de Avendaño y el monarca, sin saber él mismo lo que hacia, se adelantó con paso firme, y teniendo en su corazon mayores fuerzas que en su brazo, formuló el arrogante reto contra los pretendientes de Inés. La aparicion del caballero y lo estraño de su demanda causaron en los concurrentes una particular sorpresa. Se miraban unos á otros, como pidiéndose esplicacion de lo que acababa de pasar; pero todos se encogian de hombros, sin acertar á discurrir sobre el misterioso personaje. Las damas particularmente forjaban curiosas novelas; y algunas que estaban enteradas de los amores de la huérfana, aseguraron á sus vecinas, que aquel armado caballero era el malogrado infante D. Juan, que desde el seno de la tumba venia á impedir un matrimonio que hacia estremecer sus cenizas. Esta conseja fué acogida con avidez por los concurrentes, que se apretaban mas y mas para ver al desconocido.

Como es natural en todo apretio, empezaron á oirse algunos gritos; y Hugo de Carbolay, que no entendia ni una palabra del idioma de Alfonso el Sabio, creyó aquellas voces de tumulto, tal vez dispuesto por los amigos de D. Pedro y acaudillado y promovido por el armado caballero. Hugo, naturalmente arrojado, creyó acabar con la dificultad como Alejandro con el nudo, y llegándose al caballero intentó alzarle la visera. Estaba Güesclin á su lado, y antes que pudiese efectuarlo le detuvo el brazo y le dijo:

—Tu lealtad al rey y tu arrojo te van á llevar, Hugo amigo, á un estremo muy poco digno para un caballero como tú. Solo se ha presentado ese hidalgo ante una reunion de guerreros, y para retarnos, como lo ha hecho, se necesita corazon. Yo no permitiré jamas que se le ofenda en lo mas mínimo: solo tendrá justo derecho para pretender ver su rostro el que haya cogido su guante.

Hugo y otros muchísimos caballeros pretendieron alzarlo, mas ya lo habia verificado el bearnés; y adelantándose á Beltran le dijo:

—Has hablado bien, noble breton, y yo solo tengo derecho para ver la faz de ese hidalgo, pues á mí se dirige el reto, y está su guante en mi poder.

Despues dirigiéndose al armado, añadió:

—¿Tendréis á bien, noble caballero, alzar un punto la visera, para que conozca la faz del que me reta?

—Ya la veis.

Hinestrosa alzó su visera, y como al sello de los años habia añadido el del dolor nuevas marcas y nuevas huellas, dió Bernal una carcajada contemplando el competidor que queria probar su pujanza. Hinestrosa quedó impasible; y mirando á Bernal con nobleza, le dijo:

—Bien veo que mis años os mueven á risa, señor; pero debeis tener en cuenta que quien reta á un contrario valiente, está decidido á morir.

Entre caballeros avezados á poner la vida en peligro en los asaltos y las batallas, no era asunto muy importante la terminacion de un desafío. Beltran y Carbolay fueron encargados en dividirles el sol y el campo, y la comitiva volvió á palacio en el mismo órden que se habia dirigido al templo.

No habló Doña Inés una palabra durante la escena anterior, á pesar de ser el motivo de tan ruidoso desafío; mas así que llegó á palacio llamó á Bernal á su aposento, y le dijo:

—Bien sé, señor, que seria inútil pretender no se verificase un reto, hecho en público, y admitido del mismo modo. Vuestro competidor Hinestrosa cuenta sesenta y dos años de edad, y está acabado, como yo, por padecimientos terribles. Es seguro que triunfaréis; pero sin conseguir gran gloria por haber rendido á un anciano.

Doña Inés se calló de pronto, y Bernal tambien guardó silencio, hasta que pareciéndole que la huérfana esperaba respuesta,

—Señora, dijo, habeis manifestado vos misma que es imposible dejar en suspenso un reto hecho en público y aceptado del mismo modo. ¿Qué puedo hacer en este caso?

—Nada temo por vos, Bernal; sois jóven, robusto é intrépido, y si os place, en pocos momentos acabaréis con un contrario débil, desgastado y anciano. Juradme por el honor de un caballero que no atentaréis á su vida.

—¿Amais á ese anciano, señora?

—No le amo, ni podré amarle nunca; pero si muere en el combate, tendré un torcedor en mi conciencia como si fuera su asesino.

El bearnés se quedó suspenso: meditó un breve instante, y llevando la mano de Inés á sus labios, la dijo:

—D. Lope de Hinestrosa no perecerá en el combate. Lo juro por mi honor, Doña Inés, y por mi amor que es tan sagrado.

A las nueve del dia siguiente salieron de Burgos Bernal, Carbolay, D. Lope Hinestrosa y Beltran, sobre poderosos caballos y vestidos de todas armas. Habian convenido en que el duelo se verificase sin mas testigos que los capitanes mencionados, y para que así sucediese se alejaron á todo escape hasta una legua de la ciudad. Llegados á paraje oportuno partieron el sol á los campeones; y colocados á la distancia que mas conveniente creyeron, animaron á sus corceles con el acicate y la rienda, cubriéndose con los escudos y trayendo en ristre las lanzas. Eran desiguales las fuerzas para que no lo fuera el choque: Bernal quedo firme en la silla; pero Hinestrosa vino al suelo. Acudieron á su socorro: Bernal se bajó del caballo, y D. Lope se levantó sin herida alguna, aunque magullado del golpe. En la coraza del alcaide no habia señal de hierro de lanza, aunque era indudable que el golpe lo habia recibido en el pecho. Esta circunstancia admiraba á Beltran Guesclin y á Carbolay; pero salieron de su asombro notando que estaba el asta del bearnés sin cuchilla. La buscaron entre la arena sin hallarla hasta llegar al mismo sitio del que habia partido Bernal. Este hallazgo les esplicó cuanto el bastardo se callaba, y tuvo término el combate quedando cumplida la palabra que habia dado el bearnés á la huérfana.

A las once estaban de vuelta los cuatro nobles caballeros, y poco despues se encontraron en el aposento de Doña Inés el vencido alcaide y Bernal. D. Lope habia entrado primero; pero su rival se presentó antes que pudiese esplicarse. Al verle llegar Hinestrosa bajó los ojos ruborizado y con voz balbuciente y cortada dijo á la huérfana:

—Señora, conoció mi debilidad y arrancó el hierro de su lanza, para no pasarme el corazon. Me ha derribado con una caña. El es digno de vos, señora; yo soy un anciano miserable.

D. Lope salió del aposento dejando solo con la huérfana á su valeroso rival.

—Señora, dijo el de Bearne, pedí en el templo vuestra mano al monarca de las Castillas. ¿Condescendeis vos á mi ruego?

—Apenas me habeis visto, señor, y no será vuestra pasion muy grande.

—Ha crecido mucho en poco tiempo, y no se estinguirá jamas. Sin vuestro amor no hay para mí dicha, y del mismo modo que podeis elevarme sobre los ángeles y los querubines, podeis hundirme en un infierno.

—¿Creeis que valga mucho la esperanza en el corazon de un amante?

—Vale la mitad de su dicha.

—De aquí á dos años, noble Bernal, podréis llamarme vuestra esposa.

Un gemido sordo se oyó en un aposento inmediato: era Hinestrosa que habia oido las últimas palabras de Inés.

D. Lope siguió viviendo siempre con la huérfana de Avendaño: Bernal la ofrecia sus respetos, viviendo con una esperanza muy remota, pero que convenia mas al bastardo que una posesion inmediata; pues como ya saben nuestros lectores amaba en la hermosa castellana el retrato de la princesa.

Pasaron acontecimientos, que diremos en otro lugar, y supo Doña Inés que D. Pedro iba á pedir proteccion y ayuda al guerreador príncipe de Gales. Fija en su propósito de seguirle como una sombra vengadora, propuso á Bernal que la acompañase, pues su parentesco con la princesa podia serle bastante útil. Hinestrosa la acompañó como de costumbre; y Enrique, que se habia propuesto no abandonar á Doña Inés, la siguió á Burdeos y Angulema, en cuya ciudad nos hallamos.

CAPITULO VII.

Casi somos iguales
¡Oh dulce y clara fuente!
Yo en continuar mis males,
Y tu aquesta corriente.
Si dices que me escedes,
Yo digo, que te escedo:
Porque tu cesar puedes,
Y yo cesar no puedo.

D. Esteban Manuel de Villegas.

A pocos momentos de haber salido el paje con el billete de Bernal, lanzó la huérfana un suspiro, y se movió ligeramente: el bastardo se levantó para observar sus movimientos, y D. Lope, siempre de rodillas con las manos juntas sobre el pecho y los ojos en Doña Inés, continuaba rogando á Dios con una fé santa y ardiente; porque en los grandes infortunios está nuestra esperanza en Dios, y en su misericordia el consuelo. Un segundo suspiro mas largo siguió al primero de la enferma, y sus hermosos ojos negros se abrieron con lentitud, como cuando se despierta de un sueño ó muy penoso ó muy profundo. Lanzó su primera mirada en torno del lecho, y vió de un lado sobre su frente la noble cabeza del bastardo, en cuyos ojos se leia inquietud, amor é impaciencia; y del otro al anciano alcaide, tan abatido y resignado como un reo al pié del cadalso. Las pupilas de Doña Inés se cubrieron de una ancha lágrima, que despues rodó lentamente hasta perderse entre sus labios, pero no manifestó la enferma aquella ansiedad comun á todos los que padecen de improviso una peligrosa dolencia. Reconcentrada en su interior, reunió sin esfuerzo las ideas, y con una sonrisa dulce tendió una mano á cada lado, como muestra de agradecimiento, á sus afligidos amantes. El bastardo la cogió con ansia y estampó en ella un beso ardiente con la impetuosidad de su carácter: Hinestrosa, por el contrario, la tomó con sumo respeto y la regó con tristes lágrimas.

No gozaron por mucho tiempo de este inestimable favor. Leves arrugas se marcaron sobre la frente de Doña Inés, y con un movimiento convulso retiró ambas manos á un tiempo y las colocó sobre su pecho. En la mirada de Bernal leyó la huérfana una reconvencion amarga; en la de Hinestrosa, profunda gratitud por el bien que habia recibido.

Esta escena muda habia afectado sobre manera á las tres personas reunidas que la estaban ejecutando. La enferma hizo un grande esfuerzo para mostrar una sonrisa, y el bearnés tuvo que violentarse mucho, para coordinar una frase.

—¿Cómo os encontrais? preguntó.

—Bastante bien, replicó la huérfana. El pecho no me duele tanto, y se han mitigado las fatigas. Mucho padecí en el palacio y creí mas de una vez ahogarme. Gracias, Bernal; os doy mil gracias por cuanto habeis hecho por D. Enrique, por cuanto habeis trabajado por mí.

—Pensad en vos, hermosa Inés, y no atormenteis vuestra memoria con recuerdos ni con cuidados: pienso ademas que el hablar mucho puede causaros algun daño.

Doña Inés sonrió de nuevo, y el médico apareció en la puerta acompañado del buen paje.

La fisonomía del doctor era enteramente simpática: ojos azules y rasgados, labios finos y blancos dientes, tez sonrosada y frente ancha, no muy poblada de cabellos, pero no enteramente calva, y cuarenta y cinco años su edad. Médico de una corte galante, y de una princesa distinguida por su belleza y su talento, estaba dotado de maneras muy caballerescas y finas, y no revelaba su lenguaje ni la incapacidad de los necios, ni la presuncion de los sabios. Bernal se adelantó hácia él, y el médico le saludó con el respeto que merecia un caballero de su clase.

Aprovechando este momento en que podia hablar sin que le oyesen, manifestó al doctor en pocas palabras lo que le habia sucedido á la huérfana, para que el médico no ignorase la gravedad de la dolencia, y no alarmar á Doña Inés con el relato de su mal. La enferma no apartaba los ojos de Bernal y del sabio médico, y cuando llegaron á su cama les dijo con dulce sonrisa:

—Mucho agradezco, noble Bernal, la discrecion que manifestasteis, diciendo en secreto mi dolencia por temor de causarme alarma; pero esa precaucion es inútil. Sabed, doctor, que llevo muchos meses arrojando esputos sanguíneos, y que se sale de mi pecho la sangre que ardiendo me ahoga.

El médico y Bernal se miraron: Enrique se limpió los ojos, y el alcaide murmuró entre dientes: "la tísis, la tísis, la tísis."

Se llegó el doctor á Doña Inés: examinó su pecho detenidamente, y aun cuando conoció á primera vista toda la gravedad de su dolencia, procuró aparecer tranquilo, y la dijo:

—Bella señora, por mas que parezca alarmante esa sangre que habeis arrojado en un momento de fatiga y de sensaciones penosas, no debeis concebir temores; y yo aseguro, á nombre de la ciencia, que os restableceréis en un todo. Esa sangre no es de los pulmones, y con una sangría inmediata...

—Sí, dijo Doña Inés, sangradme. La sangría debe desahogar el corazon, como las lágrimas los ojos. En cuanto á curarme, doctor, no tomeis muy grande fatiga, porque mi llaga es muy profunda y no la cicatrizan bálsamos.

Creyó el médico que la huérfana hablaba de su

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Hugo y otros muchísimos caballeros pretendieron alzarlo, mas ya lo habia verificado el bearnés; y adelantándose á Beltran le dijo:

—Has hablado bien, noble breton, y yo solo tengo derecho para ver la faz de ese hidalgo, pues á mí se dirige el reto, y está su guante en mi poder.

Despues dirigiéndose al armado, añadió:

—¿Tendréis á bien, noble caballero, alzar un punto la visera, para que conozca la faz del que me reta?

—Ya la veis.

Hinestrosa alzó su visera, y como al sello de los años habia añadido el del dolor nuevas marcas y nuevas huellas, dió Bernal una carcajada contemplando el competidor que queria probar su pujanza. Hinestrosa quedó impasible; y mirando á Bernal con nobleza, le dijo:

—Bien veo que mis años os mueven á risa, señor; pero debeis tener en cuenta que quien reta á un contrario valiente, está decidido á morir.

Entre caballeros avezados á poner la vida en peligro en los asaltos y las batallas, no era asunto muy importante la terminacion de un desafío. Beltran y Carbolay fueron encargados en dividirles el sol y el campo, y la comitiva volvió á palacio en el mismo órden que se habia dirigido al templo.

No habló Doña Inés una palabra durante la escena anterior, á pesar de ser el motivo de tan ruidoso desafío; mas así que llegó á palacio llamó á Bernal á su aposento, y le dijo:

—Bien sé, señor, que seria inútil pretender no se verificase un reto, hecho en público, y admitido del mismo modo. Vuestro competidor Hinestrosa cuenta sesenta y dos años de edad, y está acabado, como yo, por padecimientos terribles. Es seguro que triunfaréis; pero sin conseguir gran gloria por haber rendido á un anciano.

Doña Inés se calló de pronto, y Bernal tambien guardó silencio, hasta que pareciéndole que la huérfana esperaba respuesta,

—Señora, dijo, habeis manifestado vos misma que es imposible dejar en suspenso un reto hecho en público y aceptado del mismo modo. ¿Qué puedo hacer en este caso?

—Nada temo por vos, Bernal; sois jóven, robusto é intrépido, y si os place, en pocos momentos acabaréis con un contrario débil, desgastado y anciano. Juradme por el honor de un caballero que no atentaréis á su vida.

—¿Amais á ese anciano, señora?

—No le amo, ni podré amarle nunca; pero si muere en el combate, tendré un torcedor en mi conciencia como si fuera su asesino.

El bearnés se quedó suspenso: meditó un breve instante, y llevando la mano de Inés á sus labios, la dijo:

—D. Lope de Hinestrosa no perecerá en el combate. Lo juro por mi honor, Doña Inés, y por mi amor que es tan sagrado.

A las nueve del dia siguiente salieron de Burgos Bernal, Carbolay, D. Lope Hinestrosa y Beltran, sobre poderosos caballos y vestidos de todas armas. Habian convenido en que el duelo se verificase sin mas testigos que los capitanes mencionados, y para que así sucediese se alejaron á todo escape hasta una legua de la ciudad. Llegados á paraje oportuno partieron el sol á los campeones; y colocados á la distancia que mas conveniente creyeron, animaron á sus corceles con el acicate y la rienda, cubriéndose con los escudos y trayendo en ristre las lanzas. Eran desiguales las fuerzas para que no lo fuera el choque: Bernal quedo firme en la silla; pero Hinestrosa vino al suelo. Acudieron á su socorro: Bernal se bajó del caballo, y D. Lope se levantó sin herida alguna, aunque magullado del golpe. En la coraza del alcaide no habia señal de hierro de lanza, aunque era indudable que el golpe lo habia recibido en el pecho. Esta circunstancia admiraba á Beltran Guesclin y á Carbolay; pero salieron de su asombro notando que estaba el asta del bearnés sin cuchilla. La buscaron entre la arena sin hallarla hasta llegar al mismo sitio del que habia partido Bernal. Este hallazgo les esplicó cuanto el bastardo se callaba, y tuvo término el combate quedando cumplida la palabra que habia dado el bearnés á la huérfana.

A las once estaban de vuelta los cuatro nobles caballeros, y poco despues se encontraron en el aposento de Doña Inés el vencido alcaide y Bernal. D. Lope habia entrado primero; pero su rival se presentó antes que pudiese esplicarse. Al verle llegar Hinestrosa bajó los ojos ruborizado y con voz balbuciente y cortada dijo á la huérfana:

—Señora, conoció mi debilidad y arrancó el hierro de su lanza, para no pasarme el corazon. Me ha derribado con una caña. El es digno de vos, señora; yo soy un anciano miserable.

D. Lope salió del aposento dejando solo con la huérfana á su valeroso rival.

—Señora, dijo el de Bearne, pedí en el templo vuestra mano al monarca de las Castillas. ¿Condescendeis vos á mi ruego?

—Apenas me habeis visto, señor, y no será vuestra pasion muy grande.

—Ha crecido mucho en poco tiempo, y no se estinguirá jamas. Sin vuestro amor no hay para mí dicha, y del mismo modo que podeis elevarme sobre los ángeles y los querubines, podeis hundirme en un infierno.

—¿Creeis que valga mucho la esperanza en el corazon de un amante?

—Vale la mitad de su dicha.

—De aquí á dos años, noble Bernal, podréis llamarme vuestra esposa.

Un gemido sordo se oyó en un aposento inmediato: era Hinestrosa que habia oido las últimas palabras de Inés.

D. Lope siguió viviendo siempre con la huérfana de Avendaño: Bernal la ofrecia sus respetos, viviendo con una esperanza muy remota, pero que convenia mas al bastardo que una posesion inmediata; pues como ya saben nuestros lectores amaba en la hermosa castellana el retrato de la princesa.

Pasaron acontecimientos, que diremos en otro lugar, y supo Doña Inés que D. Pedro iba á pedir proteccion y ayuda al guerreador príncipe de Gales. Fija en su propósito de seguirle como una sombra vengadora, propuso á Bernal que la acompañase, pues su parentesco con la princesa podia serle bastante útil. Hinestrosa la acompañó como de costumbre; y Enrique, que se habia propuesto no abandonar á Doña Inés, la siguió á Burdeos y Angulema, en cuya ciudad nos hallamos.

CAPITULO VII.

Casi somos iguales
¡Oh dulce y clara fuente!
Yo en continuar mis males,
Y tu aquesta corriente.
Si dices que me escedes,
Yo digo, que te escedo:
Porque tu cesar puedes,
Y yo cesar no puedo.

D. Esteban Manuel de Villegas.

A pocos momentos de haber salido el paje con el billete de Bernal, lanzó la huérfana un suspiro, y se movió ligeramente: el bastardo se levantó para observar sus movimientos, y D. Lope, siempre de rodillas con las manos juntas sobre el pecho y los ojos en Doña Inés, continuaba rogando á Dios con una fé santa y ardiente; porque en los grandes infortunios está nuestra esperanza en Dios, y en su misericordia el consuelo. Un segundo suspiro mas largo siguió al primero de la enferma, y sus hermosos ojos negros se abrieron con lentitud, como cuando se despierta de un sueño ó muy penoso ó muy profundo. Lanzó su primera mirada en torno del lecho, y vió de un lado sobre su frente la noble cabeza del bastardo, en cuyos ojos se leia inquietud, amor é impaciencia; y del otro al anciano alcaide, tan abatido y resignado como un reo al pié del cadalso. Las pupilas de Doña Inés se cubrieron de una ancha lágrima, que despues rodó lentamente hasta perderse entre sus labios, pero no manifestó la enferma aquella ansiedad comun á todos los que padecen de improviso una peligrosa dolencia. Reconcentrada en su interior, reunió sin esfuerzo las ideas, y con una sonrisa dulce tendió una mano á cada lado, como muestra de agradecimiento, á sus afligidos amantes. El bastardo la cogió con ansia y estampó en ella un beso ardiente con la impetuosidad de su carácter: Hinestrosa, por el contrario, la tomó con sumo respeto y la regó con tristes lágrimas.

No gozaron por mucho tiempo de este inestimable favor. Leves arrugas se marcaron sobre la frente de Doña Inés, y con un movimiento convulso retiró ambas manos á un tiempo y las colocó sobre su pecho. En la mirada de Bernal leyó la huérfana una reconvencion amarga; en la de Hinestrosa, profunda gratitud por el bien que habia recibido.

Esta escena muda habia afectado sobre manera á las tres personas reunidas que la estaban ejecutando. La enferma hizo un grande esfuerzo para mostrar una sonrisa, y el bearnés tuvo que violentarse mucho, para coordinar una frase.

—¿Cómo os encontrais? preguntó.

—Bastante bien, replicó la huérfana. El pecho no me duele tanto, y se han mitigado las fatigas. Mucho padecí en el palacio y creí mas de una vez ahogarme. Gracias, Bernal; os doy mil gracias por cuanto habeis hecho por D. Enrique, por cuanto habeis trabajado por mí.

—Pensad en vos, hermosa Inés, y no atormenteis vuestra memoria con recuerdos ni con cuidados: pienso ademas que el hablar mucho puede causaros algun daño.

Doña Inés sonrió de nuevo, y el médico apareció en la puerta acompañado del buen paje.

La fisonomía del doctor era enteramente simpática: ojos azules y rasgados, labios finos y blancos dientes, tez sonrosada y frente ancha, no muy poblada de cabellos, pero no enteramente calva, y cuarenta y cinco años su edad. Médico de una corte galante, y de una princesa distinguida por su belleza y su talento, estaba dotado de maneras muy caballerescas y finas, y no revelaba su lenguaje ni la incapacidad de los necios, ni la presuncion de los sabios. Bernal se adelantó hácia él, y el médico le saludó con el respeto que merecia un caballero de su clase.

Aprovechando este momento en que podia hablar sin que le oyesen, manifestó al doctor en pocas palabras lo que le habia sucedido á la huérfana, para que el médico no ignorase la gravedad de la dolencia, y no alarmar á Doña Inés con el relato de su mal. La enferma no apartaba los ojos de Bernal y del sabio médico, y cuando llegaron á su cama les dijo con dulce sonrisa:

—Mucho agradezco, noble Bernal, la discrecion que manifestasteis, diciendo en secreto mi dolencia por temor de causarme alarma; pero esa precaucion es inútil. Sabed, doctor, que llevo muchos meses arrojando esputos sanguíneos, y que se sale de mi pecho la sangre que ardiendo me ahoga.

El médico y Bernal se miraron: Enrique se limpió los ojos, y el alcaide murmuró entre dientes: "la tísis, la tísis, la tísis."

Se llegó el doctor á Doña Inés: examinó su pecho detenidamente, y aun cuando conoció á primera vista toda la gravedad de su dolencia, procuró aparecer tranquilo, y la dijo:

—Bella señora, por mas que parezca alarmante esa sangre que habeis arrojado en un momento de fatiga y de sensaciones penosas, no debeis concebir temores; y yo aseguro, á nombre de la ciencia, que os restableceréis en un todo. Esa sangre no es de los pulmones, y con una sangría inmediata...

—Sí, dijo Doña Inés, sangradme. La sangría debe desahogar el corazon, como las lágrimas los ojos. En cuanto á curarme, doctor, no tomeis muy grande fatiga, porque mi llaga es muy profunda y no la cicatrizan bálsamos.

Creyó el médico que la huérfana hablaba de su

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

enfermedad, considerándola muy arraigada, y la repuso:

—Sois bastante jóven para luchar contra la dolencia, que no es tan antigua, ni grave como os habeis imaginado. Tiene la naturaleza recursos que multiplica en ocasiones, y que ayudados por la ciencia llevan á un término feliz.

—¡La ciencia! murmuró Doña Inés.

—No quiero dar á mi profesion, continuó el médico, mayor importancia que tiene. Hay un árbitro de los destinos que ha fijado vida á las plantas, á los insectos y á los hombres: no hay esfuerzo humano que añada una página mas al libro en que están escritos los dias; pero si logramos disminuir la acritud de muchos dolores, y allanar un paso la senda bastante erizada de espinas sin las enfermedades físicas, no es nuestra mision en la tierra ni despreciable ni sin fruto. Más debe, señora, la humanidad al que venda la herida hecha por el hierro de aguda lanza, que al que sin piedad la blandió.

Sonrió la huérfana tristemente, y tendiendo su mano al médico, le dijo:

—Elegid la vena que os plazca: me convencen vuestras razones y no desespero de mi cura. Despues añadió entre sí misma: "¡Qué importa al médico que haya muerto el que daba vida á mi vida! Quiere curar la enfermedad como si no estuviera en el alma. ¡Falsa es la ciencia que no distingue los dolores del corazon y la ardiente fiebre del espíritu!

Hicieron traer lo necesario para efectuar la sangría; Bernal cogió la palangana, y con una rodilla en tierra se dispuso á sostenerla en tanto que ligaba el doctor el brazo, y mientras estregaba un poco la piel para que se hinchase la vena. El paje cogió una bujía, y D. Lope alargaba el cuello estremeciéndose á cada instante al ver abierta la lanceta que debia sacar nueva sangre á la heredera de Avendaño. Con suma destreza hirió el médico; Doña Inés se estremeció un poco, y un ardiente chorro de sangre salió de su vena con fuerza y bañó el rostro y los vestidos del jóven intrépido Bernal. Hinestrosa vió saltar la sangre, y conociendo por instinto que iba á caer sobre el bastardo, quiso participar de su dicha, y corrió á ponerse de rodillas á la derecha del bearnés. Su movimiento fué muy rápido, pero llegó tarde el anciano, y aquellas gotas encarnadas que no quiso enjugar Bernal, solo fueron para el bastardo, y otras gotas enrojecian el agua caliente formando una especie de nube ó de columna de humo que se disipaba lentamente para dar lugar á otra nueva, como sucede en los nacimientos del agua cuando brota entre menuda arena ó entre pizarras desiguales.

El bearnés veia salir la sangre con un júbilo extraordinario, porque su imaginacion de jóven le hacia creer en una curacion momentánea. Hinestrosa movia la cabeza, porque sabia muy bien que el daño estaba en el alma de Inés, y que con sacarla aquel bálsamo no dilatarian una existencia, de poco valor para ella, que veia su dicha en el sepulcro.

La huérfana miró serena correr su sangre en abundancia, y la mayor palidez de su rostro fué la que manifestó á su médico la necesidad de vendar la cisura antes que sufriera algun vértigo. La mano fué vendada al punto: el doctor dispuso cuantas medidas creyó convenientes, y manifestó á Bernal que tenia órden de la princesa para permanecer toda la noche al lado de la enferma por si un nuevo ataque tenia.

D. Lope, el médico, Bernal y el paje rodearon el lecho de la huérfana, la que durmió unas cuantas horas, y amaneció muy mejorada.

Apenas habia salido el sol, cuando salió el médico de la estancia, y una hora despues entraba en ella acompañando á la princesa.

Sorprendido quedó Bernal con tan imprevista visita, y no menos suspenso Hinestrosa. Se adelantó el bastardo en silencio, y cogiendo la mano de su prima, la condujo á la cabecera del lecho, en el que estaba Inés dormida con un sueño mas apacible y con una respiracion mas fácil. La esposa del príncipe de Gales la consideró atentamente, y llegándose al oido de Bernal le preguntó:

—¿Habeis pasado aquí la noche?

El bastardo bajó la cabeza para manifestar que sí, y la princesa se alejó despues de haber encargado á su primo que la cuidase con esmero.

CAPITULO VIII.

Pues no hay mayor sufrimiento
Ni mas crudo padecer,
Que un grave daño temer
Y no saberlo al momento.

CALDERON.

No se engañó el médico inglés: la huérfana se mejoraba cada dia, y á los ocho dias dejó la cama; triste y pálida como siempre, pero mas desahogado el pecho y su corazon mas tranquilo. Cuando padece el alma, mucho alivia una dolencia grave los sufrimientos del espíritu, y la pérdida de las fuerzas produce un sopor saludable y embota con la languidez algunas espinas penetrantes. El estado de convaleciente tiene sus placeres peculiares, muy parecidos á la embriaguez producida á fuerza de opio. Inés gozaba de este estado, y hacia siete años que la huérfana no se habia encontrado tan bien.

Un dia que estaba sola con Enrique, le mandó acercarse junto á ella y le preguntó con recato:

—¿Qué noticias tienes, Enrique, del rey D. Pedro de Castilla? ¿Adelanta la espedicion que ha de mandar el príncipe de Gales?

—El rey permanece en Angulema, repuso Enrique sin añadir otra palabra.

—En valde quieres ocultarme el estado de los negocios; no soy una mujer vulgar á quien fácilmente se engaña, y estoy dispuesta á cumplir mi mision mientras tenga un soplo de vida. Ese silencio que guardais, D. Lope, Bernal y tú Enrique, es para mí una clara prueba del interes que toma el príncipe por restablecer al rey D. Pedro sobre el trono de ambas Castillas. Estoy convaleciente, paje; pero se me oculta la verdad; me siento con fuerzas bastantes para recorrer Angulema y averiguarla por mí misma.

Doña Inés se levantó con ligereza y dió algunos pasos hácia la puerta. Enrique se pasó la mano por la frente y la dijo:

—Hermosa señora, el príncipe de Gales persiste cada dia con nuevo teson en asentar al rey D. Pedro sobre su trono de Castilla; ya están reunidas en Burdeos algunas compañías de gentes de armas, y muchos capitanes valientes se han presentado en Angulema. Esta misma noche sale el príncipe para Burdeos acompañado de D. Pedro y de esforzados paladines.

—Esta misma noche sale D. Pedro, repitió la huérfana maquinalmente, es preciso infundirle miedo, es preciso un esfuerzo mas.

Despues dirigiéndose á Enrique añadió:

—¿Te acuerdas, paje, de D. Juan?

—Lo veo, señora, ante mis ojos en las vigilias y en los sueños.

—¿Si oyeras su voz que te mandaba, qué harias, buen Enrique?

—Obedecerle ciegamente.

—Pues yo que debí ser su esposa, yo que le vengaré sin duda, te mando á nombre de D. Juan que me conduzcas á la posada del rey D. Pedro de Castilla.

Un sudor frio cubrió la frente del fiel paje. Si le hubiera dicho Doña Inés que acometiera frente á frente al rey D. Pedro, no hubiera vacilado Enrique, por satisfacer á la huérfana y por saciar al mismo tiempo la sed de sangre que sentia; pero conducir á una dama que apenas habia dejado el lecho y que padecia una dolencia bajo tantos aspectos grave, á una entrevista borrascosa y rodeada de mil peligros, era superior á sus fuerzas. Si sucumbia en ella Doña Inés, ¿qué respuesta daria al bastardo cuando le pidiese estrecha cuenta de una joya confiada á su celo, á su cariño y á su lealtad? Estaba bien seguro el paje que no tocarian á un cabello de la heredera de Avendaño, mientras una gota de sangre pudiese latir en sus arterias; pero si hacia la enfermedad lo que no intentasen los hombres, ¿cómo responder al bearnés? Luchando entre mil confusiones, hubiera dado Enrique, por ver presentarse á Bernal, la mitad de los años de vida que le hubiese acordado el cielo. Doña Inés veia en sus ojos la lucha, y aunque le compadecia en su interior, quiso picarle el amor propio para salirse con su empresa.

—¿Tú tambien tienes miedo, paje? le dijo con cierta ironía.

—¡Yo tener miedo al rey D. Pedro! la respondió Enrique temblando de desesperacion y rabia. Mandadme que le escupa en la cara, y no vacilaré en hacerlo.

—Si no tienes miedo del rey, lo tienes del noble Bernal.

—¡Miedo! de nadie, Doña Inés. Temo por vos, por vos solamente; ningun peligro me amedrenta, y si estais decidida á ver al rey, tomad mi brazo sin tardanza.

Una estraordinaria alegría brilló en el rostro le la huérfana; sus grandes ojos negros destellaron con aquella altivez heróica que habian manifestado en Carmona en circunstancias bien difíciles; y tomando el brazo del paje, dejó su aposento de enferma para desafiar al leon que queria borrar con heroismo una hora de cobardía.

CAPITULO IX.

¿Si te quiero me preguntas?
¿No es esa tu mano blanca,
La que de mi pecho arranca
Mil emponzoñadas puntas,
Que en él clavara el pesar
Desde mis años primeros?
¡Hasta que vi tus luceros
Supe, por ventura, amar?

HARTZENBUSCH.

El rey D. Pedro estaba solo en un aposento amueblado con magnificencia, pero al mismo tiempo en desórden. Arneses, armas y banderas, arrojadas sobre los sitiales, ó puestas de pié contra los muros, decoraban toda la estancia, y sobre una mesa espaciosa habia una cantidad grandísima de doblas de oro de Castilla. El rey, sentado en un sitial, bruñia por sí mismo la empuñadura de una espada, y miraba con ansiedad la puerta manifestando esperar alguno. Un ligero ruido de pasos llamó la atencion del monarca, y momentos despues saludó al rey la hermosa Raquel, judía de Sevilla y á la sazon su amante dama.

Se adelantó la bella judía con gracioso desembarazo, y su talle esbelto y flexible cimbraba, como la palma del desierto: abundantes cabellos de azabache coronaban su frente pequeña, y unas cejas del mismo color, ni despobladas, ni muy espesas, servian de ornato á unos ojos negros sombreados por largas pestañas, y de un mirar tan seductor, que era imposible contemplarlos sin sentir en el alma el incendio que sus miradas producian. Su nariz tenia una correccion admirable, y su boca fresca y pequeña era una rosa matinal sirviéndola de gotas de rocío una dentadura de perlas. En la garganta de Raquel habia una rosa natural, tan parecida á la del verjel, que todos los judíos de Sevilla la llamaban por sobrenombre: LA ROSA DE JERUSALEM. Era el pié de la hermosa, andaluz, y por lo tanto pequeñísimo, así como su linda mano, que jugueteaba con un ramo de camelias y de jazmines.

Muchas damas tuvo D. Pedro de una hermosura sorprendente; pero ninguna reunió los encantos de LA ROSA DE JERUSALEM. Tan discreta como la Padilla; tan hermosa como la Castro; tan

altiva como la Coronel, sobrepujaba á todas ellas en la cualidad en que sobresalian, y era el mas admirable conjunto que podia inventar la imaginacion y producir la naturaleza.

Cuando la vió llegar el rey, dejó sobre un sitial la espada y se adelantó á recibirla. Raquel la presentó su mano y D. Pedro la besó mil veces.

—¡Con cuánta impaciencia te esperaba, dijo el monarca á la judía, y cómo se me han hecho años los minutos que has tardado!

—He cumplido, repuso la hermosa, con puntualidad mi palabra, y no puedes quejarte, D. Pedro, pues llego á la hora convenida.

—Deseaba tanto que llegases, blanca paloma, que exageraba mi impaciencia los momentos de tu tardanza. Necesitaba que tus ojos me reanimasen con su fuego, como necesitan las orugas el calor para cobrar vida. Me era indispensable que tu aliento se confundiese con el mio, para perfumarme con su aroma, y respirar con su frescura. Codiciaba que tus cabellos se deslizasen por mi rostro, para estremecerme á su contacto con deliciosas convulsiones. Buscaba entrelazar los brazos, para que corazon con corazon latiesen juntos con la misma rapidez ó calma. Deseaba en fin, ver tu faz divina....porque mirándote me creo entre los ángeles de Dios.

—¿Me amas tanto, rey de Castilla?

—Te amo como la golondrina, que muere quedando viuda. Tiene mi amor mucho del cielo, mucho del infierno tambien. Ya es dulce como el de la paloma, y son mis suspiros frescas brisas que mecen guirnaldas de flores: ya es celoso como el del tigre, y son mis suspiros huracanes que abaten robustas encinas. Cuando presumo, beldad mia, que puede estampar otro hombre sus lábios ardientes en esos lábios que yo acaricio con los mios, quisiera ver arder la tierra y desplomarse el universo, para que no quedase un hombre; para morir unido á tí en el postrer beso de amor.

—¡Loco! murmuró la judía.

—Sí, tienes razon: estoy, ángel mio, loco; pero loco de amores. Los locos tienen ideas fijas: yo tengo una y nada mas. Cuando me despierto pienso en tí: duermo y te contemplo en mis ensueños: vuelvo á despertarme y te busco: no hay duda que me tienes loco.

Raquel paso su linda mano por la cabellera del rey, y el monarca continuó:

—¿Me amarás siempre, Raquel mia?

—Te amaré, como te amo hoy. Te he dado, D. Pedro, muchas pruebas de un amor profundo y volcánico: no te faltarán en adelante. Te llaman el Leon de Castilla; y es tan lisonjero ver á un leon que viene á lamernos las manos. Mira, rey D. Pedro, no vaciles; vuelve á conquistar la corona, ó perece al pié de tu trono. Toda mujer que tiene alma, huye de un amante cobarde, porque no puede protegerla: nosotras queremos mejor las caricias de un tigre, aunque nos despedace con sus garras, que oir el lastimero balido de un cordero que se querella. Es á nuestros ojos mas hermoso un guerrero cubierto de sangre y con la armadura abollada, que un doncel vestido de sedas, con plumas y ricos aromas. Este aposento lleno de espadas, de cotas y de capacetes, es mas seductor á mis ojos que una rica estancia de baile; y cuando te ví bruñir ese acero, te admiré muchísimo mas que cuando llevabas la corona.

—Tienes razon, criatura hermosa: tú eres para mí todo en el mundo; y yo seré tan grande, Raquel, como tú quieras que lo sea. El amor es el alma del mundo: por él lidian los capitanes; por él cantan los trovadores; por él discurren los filósofos. ¿Para qué buscó Alejandro nuevos reinos y subió al templo de la gloria? Para ser mas grande á los ojos de las Statiras y Rojanas. ¿Qué nombre se halla unido al nombre del griego Pericles? El de Aspasia. ¿Quién inspiró al Dante? Beatriz. ¿Quién arrancó la dura espada al ofendido Coriolano? Veturia. Antonio perdió medio mundo por los amores de Cleopatra. Roma fué libre por Lucrecia. Por una mujer derrocó el árabe el firme trono de los godos, y por el amor de Adan á Eva cayó sobre todos la mancha que de siglo en siglo llevamos. Tú pudieras envilecerme, pero eres heróica y me elevas. Imperios se han fundado y destruido por una mirada de mujer. Hubo una Dido y una Elena; nació Cartago y murió Troya: todo lo grande y lo funesto se debe, Raquel, al amor.

La judía volvió á pasar su mano por la cabellera del rey, y D. Pedro prosiguió así:

—Se me ocurre, Raquel, una idea que calificarás de locura, pero que quiero llevar á cabo. Tú eres la reina de mi alma, y quiero levantarte un trono. Verás qué presto lo ejecuto. Tú eres amiga de la guerra, será tu trono de campaña. Pongo aquí estos haces de lanzas, estas espadas, estos yelmos; para dosel estas banderas con sus castillos y leones; las gradas son estas corazas, y el asiento será este escudo. Admirablemente dispuesto. Sube, Raquel, sube, alma mia, y yo te prestaré homenaje.

La judía no vaciló un punto; subió las gradas con planta firme; tomó asiento sobre el escudo y D. Pedro dobló la rodilla en señal de su vasallaje.

—Solo falta, dijo la judía, para que se parezca este trono al de los monarcas de Castilla, que lo sostengan dos leones.

—¿No está el rey D. Pedro á tus piés?

La puerta se abrió de repente: apareció en ella una dama con el velo echado, y un mancebo quedó en el umbral.

CAPITULO X.

Mas tu, cruel troyano, el ser famoso
Solo lo pones en mi triste muerte,
Y en ella, tu descanso y tu reposo.
Ovidio.—D. Hernando de Acuña.

Al ver aparecer D. Pedro aquella dama y aquel paje, cogió con furia una de las espadas en que estaba asentado el pavés, y todo el trono se estremeció: la rosa de jerusalem vaciló un momento; pero con la agilidad de una ardilla, se bajó de él y tomó asiento en un sitial. El rey con la espada desnuda se dirigió á los imprudentes que habian turbado la ceremonia y profanado los misterios de su amor, de su delirio. Enrique vió venir al monarca, y desenvainando su acero fué á interponerse entre Doña Inés y el furioso rey de Castilla; mas antes que pudiese verificarlo, se alzó su velo la Avendaño y retrocedió el rey algunos pasos.

Una palidez estraordinaria cubrió la frente de D. Pedro; anchas gotas de sudor frio humedecieron sus mejillas y se suspendieron en su barba, como gruesas gotas de lluvia en un vellon pardo y espeso. A la vista de Doña Inés se presentaron en su mente cien y cien historias, distintas todas, con espectros sangrientos, y con ayes de moribundos. Bajó los ojos aterrado y sus miradas encontraron las armaduras y las lanzas. Estos instrumentos de muerte le hicieron recobrar algun valor; y volviéndose hácia la judía vió tanta altivez en sus ojos y una risa tan desdeñosa entre sus lábios, que despertando todo su orgullo le prestó fuerzas y energía.

—¿Qué buscais aquí, Doña Inés? preguntó el monarca á la huérfana.

—Busco al que fué rey de las Castillas.

—Y al que sigue siéndolo, señora.

—En un trono por él formado con las lanzas que no blandió, cuando le arrancaron la corona.

—En un trono que he levantado con las lanzas que han de traspasar muchos corazones traidores. En centro mas firme que los de oro y seda, porque está tejido de acero.

Ese trono se ha bamboleado al entrar yo en este aposento, y trono que vuela una mujer no da muestras de duracion.

—Ese trono podrá moverse, como la encina en la montaña, pero tiene profundas raices y no lo arranca el huracan. Cuantos se acerquen á ese trono tendrán que doblar la rodilla; y la misma Inés de Avendaño se inclinará ante la que yo siento en él.

Doña Inés dió una carcajada: el rey fué á cogerla por el brazo para hacerla que se arrodillase; mas la huérfana dió un paso atrás, y dijo al monarca las palabras que él la habia dicho en el castillo:

—"Os doy mi palabra de rey de no tocaros á un cabello en ninguna ocasion ni tiempo: no temais, pues por vuestra vida." Despues añadió con sarcasmo: O el rey ha perdido la memoria, ó jamas cumple su palabra.

—Sí la cumple. Pero decidme, ¿qué buscais aquí, Doña Inés?

—Soy la sombra del rey D. Pedro.

Hubo un momento de silencio, religiosamente guardado. El rey volvió á ponerse pálido; la huérfana reprimió una lágrima que se asomaba á su pupila; Enrique permaneció inmóvil, reclinado contra una jamba, y la judía lanzó una mirada á D. Pedro, quien se estremeció enteramente.

—He venido aquí, rey de Castilla, á recordaros un pronóstico que hizo un honrado sacerdote hace siete años, segun creo, añadió la huérfana.

—Callad.

—Segun él no estaba muy lejos el dia en que el conde de Trastamara hiriese á D. Pedro sobre el corazon.

—Callad, Doña Inés; callad.

—¿Teneis miedo? rey de Castilla.

D. Pedro miró á la judía, y vió en su mirada el desprecio. Herido de nuevo su orgullo se acercó mas á Doña Inés y con voz y continente firme la dijo:

—No tengo miedo, Doña Inés. Contadme esa historia, señora, con pormenores y motivos; decidme que antes habia muerto al noble Maestre de Santiago.

Doña Inés se estremeció un poco, y el rey prosiguió:

—Que mis crímenes han dispuesto al cielo en contra mia: que está D. Enrique el bastardo imperando en toda Castilla....

—¿Y tendréis valor para ir en busca de una muerte cierta?

—Sí; tendré valor para cruzar los mares en una barca de pescadores: para atravesar los Pirineos entre huracanes y entre nieves. Será mi lanza en los combates la primera que se ensangriente: el pendon real penetrará en los escuadrones mas cerrados; y cuando la sangre haya teñido cuchilla, banderola y fresno; cuando empapada la manopla haga que el asta se resbale, nueva manopla y nueva asta se empaparán en sangre hirviente. Al ver los lobos al leon huirán en busca de sus cuevas, y yo sentado bajo el solio seré aquel D. Pedro de Castilla, ante quien los propios temblaban y á quien respetaban os estraños.

El rey habia crecido mucho y Doña Inés quedaba vencida. En vano habia procurado la huérfana abrumarlo con los recuerdos como en el ensueño de Burgos. Las miradas de la judía echaban por tierra el prestigio, y Doña Inés pálida y trémula no sabia qué partido tomar. El momento era decisivo; Raquel lo conoció muy bien, y echando sobre el rey D. Pedro una mirada penetrante, le hizo llegar hasta el delirio. El monarca se acercó mas á la huérfana de Avendaño, y con voz mas sorda y siniestra prosiguió:

—Contadme esa historia para causarme, Doña Inés, miedo. Despues de la sombra del maestre presentad la de vuestro padre.

—Callad por piedad, rey D. Pedro.

—La de vuestra madre si os place.

—Callad, callad.

—La del infante.

Doña Inés solo lanzó un gemido y se arrojó sobre un sitial. D. Pedro se cruzó de brazos frente de ella, Raquel la miró con orgullo, y Enrique se llegó á socorrerla.

No habia perdido Doña Inés ni la razon ni los sentidos: abrumada bajo el grave peso de un es-

traordinario dolor, habia sido vencida en la lucha; y la misma fiebre que la animaba, se volvió entonces en su daño. Débil, como convaleciente, no pudo resistir á impresiones muy repetidas y violentas: se abrieron como por ensalmo todas las heridas de su alma; y cuando se llegó á ella, el paje tuvo apenas bastantes fuerzas para levantarse.

Enrique la presentó el brazo; lo tomó la huérfana sin vacilar, y ambos salieron de la estancia.

La rosa de Jerusalem se llegó al rey, y cogiéndole por la mano le llevó á aquel trono de guerra.

—Siéntate, le dijo, D. Pedro: te has portado al fin como hombre; y ahora soy yo, querido mio, la que te rinde su homenaje.

El rey se sentó sobre el escudo, y Raquel se arrodilló en las gradas. Es imposible ver á una hermosa á nuestros piés pudiendo estrecharla entre los brazos, y era el rey D. Pedro muy galante para permitir esta humillacion. Levantó á Raquel tiernamente, fué á sentarla sobre sus rodillas, pero el trono se desplomó y cayeron ambos amantes.

CAPITULO XI.

Por tan preciado tesoro
Tomad mi sangre, señor,
Pues no se paga con oro
Tan señalado favor.

A.

Don Lope Hinestrosa fué el primero que entró en el aposento de la huérfana, despues de haber salido ésta acompañada del paje Enrique. Sorprendido quedó el alcaide con la ausencia de Doña Inés, sin poder esplicarse qué causa habria motivado su salida. Tampoco sabia á punto fijo si hacia mucho que estaba fuera; y para formar algun juicio, se llegó al sillon de la convaleciente, y llegó su rostro al asiento, por ver si guardaba calor, y si lo habia ocupado poco antes. El brocado se hallaba frio, y su esperanza fué burlada.

Se sentó el alcaide tristemente en el sillon de Doña Inés, y apoyando la frente en su mano y el codo sobre su rodilla, se entregó á una meditacion penosa, á la que convidaba el silencio y la soledad de aquella estancia.

Recordó D. Lope la niñez con sus lloros y sus sonrisas: lloros, como lluvia de Mayo, á la que sigue un sol radiante: sonrisas puras, como las auras que murmuran entre jazmines, con una especie de idiotismo, que ni halla causas al dolor, ni para el placer tiene motivos. Pensó despues en sus buenos padres y en las paternales caricias: habian dejado de existir los unos y eran las otras un recuerdo. Trajo á la memoria un hermano que pereció siete años antes en la batalla de Araviana, que mandó el conde D. Enrique; mas no tenia odio al conde Hinestrosa, porque matar ó morir en el campo era el ejercicio de un guerrero. Recorrió los años de su juventud y sus aficiones literarias: vió en la Iliada á Elena conmoviendo cien y cien naciones, y no le pareció grande la lucha, porque las sacudidas de las pasiones en su alma de sesenta años eran mas grandes y mortíferas, que las de los formidables ejércitos de Agamenon y de Priamo. Buscó en la Eneida al héroe troyano y á Turno, cuando peleaban por Lavinia y por la posesion de un reino. Este pasaje le hizo pensar en el bastardo de Bearne, en el alcaide de Carmona, en D. Enrique y en D. Pedro. Recorrió con Dante el paraiso, y repitió: "*Creatura bella bianco vestita,*" creyendo ver á Doña Inés. No olvidó sus primeras campañas bajo el reinado de Alonso Onceno; y despues que hubo recorrido con detenimiento el pasado, fijó su vista en el presente y se estremeció mil y mil veces.

El hombre amante de las letras, y no despreciable en las armas; el que habia dicho á sus pasiones como el Altísimo al Océano: "*de aquí no pasaréis,*" y le habian obedecido las pasiones como los bravos mares á Dios; el que si habia luchado alguna vez habia salido vencedor, y siendo jóven todavia solo miraba en las mujeres, hermosas flores de la creacion, mariposas inofensivas muy matizadas y muy ligeras, pero que no pueden hacer daño; el que habia mirado hermosos ojos, como las águilas al sol, sin deslumbrarse con sus rayos, era á su vejez el juguete de una mujer encantadora, por quien daria gustoso la vida, y por quien habia perdido su talento y hasta su dignidad de hombre.

Muchas locuras proferimos en dados momentos de orgullo: nos envanecemos con frecuencia de haber puesto freno al corazon, y de llevar con mano firme la rienda que ha de dirigirlo. ¡Locos y lastimosamente locos! La circunstancia mas imprevista, la casualidad mas estraña romperá en un todo las riendas, y en el corazon sin ningun freno correrá, cual caballo herido, á estrellarse contra una roca, á precipitarse en un abismo.

Dios ha dado al hombre la fuerza: á la mujer la seduccion. Toda la razon se quebranta contra una mirada de querube, y el que no ha doblado su frente ante cien bravos enemigos, hinca su rodilla ante la hermosa que ha entronizado el corazon.

Todavia meditaba el alcaide, cuando se presentó Bernal, que con una mirada inquieta recorrió todo el aposento; y no viendo en él á la huérfana, se llegó á Hinestrosa, que le pareció estaba durmiendo, y sacudiéndole en el brazo le dijo:

—¿Se ha puesto Doña Inés peor?

Don Lope se encogió de hombros, y no respondió una palabra.

—¿Vuelvo á preguntaros, D. Lope, si se ha puesto peor Doña Inés?

El mismo movimiento del alcaide; mas el mismo silencio tambien. Bernal volvió á preguntarle con ira:

—¿Queréis responderme, D. Lope, en dónde se halla Doña Inés?

—No lo sé, murmuró el alcaide.

Bernal sacudió la cabeza, empezó á dar vueltas por la estancia á largos pasos, y parándose

de repente delante de D. Lope Hinestrosa, cruzó los brazos sobre el pecho y le dijo:

—¡Vive Dios, alcaide de Carmona, que jamas he hecho tantas preguntas sin recibir contestacion! ¿Queréis decirme, por Santiago ó por el santo que mas os plazca, en dónde se encuentra la huérfana?

Hinestrosa tendió su mano hácia la puerta, y Doña Inés dijo al mismo tiempo con voz dulce aunque fatigada:

—Aquí estoy, aquí estoy, Bernal.

El bastardo volvió la cabeza y vió á Doña Inés con su velo y á Enrique que la acompañaba. Salió al encuentro de Doña Inés, y echando una mirada al paje que le hizo bajar los ojos, dijo á la dama:

—Señora, sin atender á vuestro estado habeis salido con una noche no muy apacible en verdad.

—Como me habeis callado la marcha de D. Pedro y de sus auxiliares, me he visto en la necesidad de ir á saberla por mí misma.

—¿No teneis bastante, Doña Inés, con vuestra enfermedad, y buscais nuevos sinsabores y nuevas penas?

—Bernal, cumplo mis juramentos, como pocos hombres los suyos.

—Dejadnos el cuidado de la guerra, señora, y pensad en vuestra salud.

—Decidme, Bernal de Bearne, ¿desde que estamos en Angulema, qué habeis hecho en favor del rey de Castilla?

—He despachado, señora, un criado fiel á Sevilla para que noticie á D. Enrique la determinacion del de Gales, antes que lleguen sus heraldos á llamar á los capitanes que le han asentado sobre el trono, y ahora tendrán que combatirle. Recorren mis heraldos provincias á mi padre sujetas, y llaman á los caballeros que han militado noblemente bajo la bandera del bastardo. Todas mis riquezas, Doña Inés, están puestas á disposicion de D. Enrique de Castilla, para que las dé á sus soldados y levante mas escuadrones. ¿Os parece poco, señora?

—No, caballero, habeis hecho mucho; pero podeis añadir algo.

—Hablad, Doña Inés.

—D. Pedro y el príncipe de Gales salen esta noche de Angulema.

—Yo saldré mañana, señora, pero llegaré antes que ellos.

—Adivinais, noble Bernal mis pensamientos.

—No los adivino, señora. Prometí al príncipe en su palacio que nos encontrariamos en Castilla, y voy á cumplirle mi palabra.

—Yo tambien marcharé á Castilla....

—Señora, dijo Bernal con firme tono, si no permaneceis en Angulema hasta que el doctor os mande poner en camino, renuncio á la guerra, Doña Inés, y me quedaré á vuestro lado.

Doña Inés quedó pensativa, y añadió el valiente Bernal:

—A vuestro lado queda Hinestrosa, que os cuidará con tanto esmero como el bastardo de Bearne; á vuestro lado queda Enrique, que os defenderá como yo.

D. Lope cogió la mano derecha del bastardo, é imprimió sus labios en ella: Enrique se apoderó tambien de la izquierda é hizo lo mismo que el alcaide: Bernal continuó:

—¿Aceptais, señora, este arreglo?

—Sí, dijo Doña Inés enternecida. Os empeño, Bernal, mi palabra.

—Yo la acepto y tengo fé en ella. Mañana antes del medio dia nos daremos el adios postrero, y no me veréis, Doña Inés, hasta que triunfe D. Enrique.

CAPITULO XII.

Ite triumphales circum mea tempora lauri.
Vicimus: Euridyce reddita vita mihi est.
Hæc est præcipuo victoria digna triumpho,
Huc ades, ocura paute triumpho mea.

Ovidio.

Oime! che 'l troppo amore
Ci ha disfatti ambedua,
Ecco ch' io ti son tolta a gran furore;
Ne sono ormai piu tua,
Ben tendo à te le braccia; ma non vale,
Che indietro son tirata. Orfeo mio, *vale*.

Poliziano.

Eran las nueve de la mañana, y la hermosa princesa de Gales habia abandonado su lecho y se hallaba sola en su cámara, muy pálida y muy abatida. Jugaba con un pañuelo blanco, en cuyos estremos estaban bordadas las armas de Inglaterra en oro, y habia deshecho uno de los escudos puntada por puntada sin poner en ello su atencion. Bajó los ojos por acaso, y vió regado su vestido de aquellos pequeños fragmentos, que á manera de lluvia de oro habian caido sobre una falda color de púrpura, y dijo: "No alivian todas las riquezas imaginables una sola herida del alma, y lo mismo se puede ser cautiva con cadenas de oro." Sacudió aquellas hebras de metal; separó los largos bucles que cubrian una gran parte de su rostro, y con una amarga sonrisa añadió: "haber abrigado una esperanza por espacio de muchos años; haberla tenido como consuelo; haberse lisonjeado con ella mil y mil veces, y perderla en un solo instante; haber vivido junto un raudal que apagaba la sed del alma, y verlo seco de repente. ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! qué desgraciada es la mujer. ¿Pero qué derecho tengo yo para quejarme de Bernal? Yo, la compañera de su infancia, dejé sus caricias de niño para casarme con el príncipe; yo he sido esposa muchos años y él ha estado sin compañera; yo sellé sus labios para siempre, y él ha padecido en silencio. ¿Tengo por ventura motivo para quejarme de Bernal? ¡Ay! si yo hubiera podido ser libre; si aunque no hubiera recibido las caricias del hombre amado hubiera imperado en su alma; si no tuviera que respirar un aliento que me envenena, y que dar mis brazos á Enrique cuando mi pensamiento está fijo en el bastardo de Bearne! Hay

tormentos que no pueden conocer los hombres, que están reservados solamente para el alma de una mujer. Si el hombre aborrece á su esposa ó se causa de su querida, cambia los halagos en desprecios y no recibe sus abrazos; pero la mujer infeliz tiene que ocultar bajo sonrisa todo el pesar que la devora. Vive Bernal en Angulema y no se acuerda de su prima. ¡Oh! estará respirando el aliento de la moribunda Doña Inés; de esa mujer que piensa solo en el amante que perdió; de esa mujer que no me esccde en hermosura; pero que tiene la ventaja de no amarle; de esa mujer á quien odio tanto....

—Señora, dijo una dama presentándose, acaba de pedir un caballero vuestra vénia para presentarse en vuestra cámara.

—¿Su nombre? preguntó la princesa.

—Se llama Bernal de Bearne.

La princesa se puso mas pálida; llevó á sus ojos el pañuelo para enjugar dos lágrimas que habian humedecido sus pupilas, y dijo á su dama de servicio que hiciese entrar al caballero.

No tardó en presentarse Bernal; sus ojos buscaron ansiosos las miradas de su hermosa prima, y cuando la encontró tan pálida y con muestras de haber llorado, sintió un estremecimiento eléctrico, rápido y profundo á la vez.

—Te encuentro pálida, hermosa prima, y muy abatidos tus ojos.

He pasado muy malos dias desde que no nos vemos, Bernal. ¿Se encuentra mejor Doña Inés?

—Está bastante aliviada. Pero tú has llorado, prima mia.

—¿No encuentras ningun justo motivo para que mis lágrimas corran?

—Me olvidaba que partió anoche tu esposo, el valiente príncipe de Gales.

—Sí, Bernal, anoche partió mi esposo.

—Y hoy se aleja tu primo, princesa.

—¿Es la visita de despedida?

—Sí.

—¿Está ya en disposicion Doña Inés de emprender tan largo viaje?

—No viene conmigo, princesa.

—¡Oh! padecerás mucho en la ausencia.

—¡He sufrido tanto otras veces! Ademas, voy, hermosa prima, á un paraje tan seductor....

—¿Adonde vas, Bernal?

—A Castilla.

—¿A unirte con el rey D. Enrique?

—Sí, hermosa princesa de Gales. Nos despedimos en esta misma estancia tu esposo y yo para Castilla, y voy á cumplir mi palabra.

—No vayas, Bernal.

—¿Temes mi encuentro con el heredero de Inglaterra?

—Sí lo temo, Bernal de Bearne.

—Mucho le amas, hermosa prima. Pero ese encuentro que tú temes yo lo busco con tanta ansia como el ruiseñor á su esposa. Es tan valiente el noble príncipe: se adquiere tanta honra midiendo una buena espada con su espada, que yo la ambiciono, prima mia.

—No vayas á Castilla, Bernal.

—Si antes lo deseaba, princesa, va creciendo mi anhelo de una manera inesplicable. Ahora contaré los minutos y me parecerán muy largos.

—¿Y Doña Inés, Bernal?

—¡Princesa! Doña Inés vive con sus memorias, y morirá con sus recuerdos. Está á su lado un viejo amante que la adora ya por instinto, y un paje jóven y bizarro que la defenderá con valor. Puedo abandonarla sin pena, y sin hacerle falta alguna.

—¿Pero tu amor hácia la huérfana?

—¿Quieres saber mi amor, princesa?

—Como tú lo quieras, Bernal.

—Hay momentos, hermosa prima, en los cuales si no puede el hombre arrancar de su pecho el corazon para que no lata, deberia hacerlo con su lengua para que no hablase á lo menos: esto deberia yo hacer ahora; mas proseguiré, prima mia. Antes de saber que era amor, sentí en mi corazon de niño un sentimiento inesplicable que me llevaba hácia otra niña, como los ángeles hermosa y tambien pura como ellos.

—Bernal.

—Es una historia sin nombre alguno. Déjame proseguir, princesa. A sus miradas inocentes correspondia yo con miradas tan inocentes como las suyas; pero adivinaba en sus ojos qué flor era mas de su gusto, y se la presentaba riendo. Sobre las pilas de alabastro vimos juntos hervir el agua, y eran nuestras risas mas amorosas que las de las fuentes de cristal. Para correr por los jardines entrelazábamos nuestras manos, y perseguiamos las mariposas casi tan aéreos como ellas. La niña me tejia coronas de laurel, porque yo debia ser guerrero; y yo se las ceñia de rosas blancas, símbolo de virginidad que llevan á el ara las esposas. Sobre los céspedes floridos, bajo las parras y madreselvas, leíamos trovas provenzales, y nos esplicábamos el amor de los trovadores comparándolo al de las tórtolas que arrullaban en bosquecillos de alhelíes. Tomando por modelo á las aves, no comprendiamos la inconsecuencia, ni que pudiera una mujer dormir sosegada en los brazos del hombre á quien no habia jurado amor.

—Bernal.

—Pasaron los dias de la infancia, como pasa el suave arrebol de las auroras, y brilló el sol de la adolescencia, con rayos mas ardientes, sí, pero en un horizonte sin nubes. Jamás salió de nuestros labios una sola frase de amores. ¿Pero es necesario decirlo cuando los corazones lo sienten, cuando los ojos lo publican?

—Bernal, Bernal.

—Pasaron unos cuantos meses, y un príncipe pidió la mano de la tierna jóven: sus padres la acordaron gustosos, y yo la estreché entre mis brazos, y mezclé mis lágrimas con las suyas en el momento de partir. Solo, sin la compañera de mi infancia, sin el encanto de mi existencia, sin la que habia amado como aman los bienaventurados á Dios, pasé noches de eterno luto, y dias negros como la noche. Recorria los hermosos parajes en que habiamos reposado juntos, y mis lágrimas

aumentaban el limpio cristal de las fuentes y el diáfano rocío de los prados. A los pocos dias caí enfermo, y tuve, princesa, la desgracia de no morir á los quince años. Convaleciente todavia, pedí una espada y un arnés, marché á los combates con la idea de abrirme honrosa sepultura, y fuí armado caballero. Cuatro años pasé en los campamentos: al cabo de ellos volví á ver á la hermosa niña, ya esposa y madre: la recordé mi amor ardiente, y me exigió formal promesa de ocultarlo dentro del pecho.

—¿Que podia hacer, Bernal, la esposa?

—Permíteme, prima, que acabe. Huí de su lado: nuevas batallas me ocuparon, y pasé á Castilla en busca de otras. Allí encontré una mujer pálida, llena de recuerdos y enferma: aquella mujer era el retrato de la que yo adoraba loco, y en un momento de delirio pedí á D. Enrique su mano. Esta es la historia de mi amor.

—¿No amas á Doña Inés, Bernal?

El bastardo movió la cabeza negativamente, y prosiguió:

—He vuelto á ver, hermosa prima, á la mujer de mis ensueños, feliz en brazos de su esposo, y olvidada de aquellos años....

—¡Jamás! jamás, esclamó la princesa, se borrarán de mi memoria dias de tan seductores recuerdos! Jamás latirá por otro hombre el corazon que latió inocente por....

—Prosigue, dijo Bernal temblando.

—Por mi primo Bernal de Bearne.

—¿Es cierto? ¿Es cierto lo que decís? ¿Vuelvo á recobrar en un punto la felicidad de mi vida? ¿Vuelvo á los años de mi infancia y encuentro, como en ellos, á la niña que me sonreia, á la mujer que me adoraba? Ven á mis brazos, ven, hermosa. Un siglo de mortal angustia, una eternidad de tormentos no pagan á bastante precio tanta ventura, tanto amor.

Bernal estrechaba á su prima con el arrebato de un loco, y la princesa no tenia fuerzas para desasirse de sus brazos. Mucha virtud necesitaba para salir pura y triunfante: mucha virtud supo tener. Dejó los brazos del bastardo y tendiéndole su mano trémula, le dijo:

—Te adoro, Bernal, sí; te adoro, pero reclamo tu palabra. Imprime tus labios en mi mano; yo quisiera morir en tus brazos, pero una voz me grita: esposa! y una mano de hierro me retira. Véte, Bernal: véte á Castilla.

La princesa no podia tenerse en pié; las lágrimas bañaban sus ojos, y con pasos acelerados quiso entrar en otro aposento. El bastardo llegó al umbral, cogió la mano de la hermosa, la cubrió de amorosos besos, y con voz entrecortada dijo:

—¡Adios, prima mia; adios! Hasta el cielo....

Cuando salió Bernal de palacio un sudor frio bañaba su frente, y corria las calles de Angulema como un caballo desbocado. Llegó en breve á su alojamiento; montó sobre un alazan brioso y fuerte, y sin despedirse de Doña Inés, ni mas compañía que un escudero, salió á escape para Castilla.

Al pasar por junto el palacio, vió agitarse un pañuelo blanco, y oyó una voz que le decia:

—¡Adios, Bernal, adios! Hasta el cielo.

CAPITULO XIII.

Veni, vidi, vici.
CESAR.

Dejamos en Burgos á D. Enrique, y es indispensable decir algo del nuevo rey y de su antecesor D. Pedro. Aunque hemos encontrado á este último en la buena ciudad de Angulema, recorreremos rápidamente los parajes en que se detuvo desde su fuga de la capital de Castilla y presentarémos al mismo tiempo á D. Enrique que seguia de cerca sus pasos.

El dia que abandonó D. Pedro á su buena ciudad de Burgos, se dió tanta prisa á alejarse, que comió en Lerma, á siete leguas de la ciudad, y fué á pernoctar á Lumiel, habiendo andado doce leguas, y continuando á largas jornadas hasta la ciudad de Toledo.

Los toledanos recibieron con agasajo al rey D. Pedro, y le ofrecieron defenderse obstinadamente.

Apenas habia descansado el monarca de las fatigas del viaje, cuando se presentó un burgalés á participarle la entrega que habian hecho al rey D. Enrique de la noble ciudad de Burgos y su coronacion en las Huelgas. Cuando recibió esta noticia estaba rodeado D. Pedro de algunos judíos principales y de Castro su favorito. Al oir el rey tan triste noticia esclamo:

—¡Ay! Beltran de Güesclin, ese bandido, me arrebatará la corona.

—Nada se remedia con quejarse, replicó Castro, y es vergüenza que lo haga un hombre.

Entonces un judío, llamado David, muy conocedor de los astros se acercó al rey D. Pedro y le dijo:

—Señor: he leido en un libro azul y estrellado y he visto en él muchas señales maravillosas en estremo. Por ellas sé que vos perderéis vuestro reino como Nabucodonosor, para recobrarlo despues; porque el águila será presa por un halcon que ha de venir en vuestra ayuda.

Beltran Güesclin y sus amigos no se durmieron sobre sus laureles, ni encontraron en Burgos la Capua tan fatal al cartaginés. Decididos á llevar á término una espedicion comenzada bajo tan felices auspicios, se pusieron al punto en marcha para la ciudad de Toledo, en donde esperaban encontrar al rey D. Pedro de Castilla.

Era el ánimo de D. Enrique sorprender á la buena ciudad; pero se les adelantó un espía, que notició á D. Pedro el movimiento de las huestes de su enemigo. El rey convocó á los ciudadanos mas principales de Toledo y les habló de esta manera:

—Señores, conozco bien que la fortuna me ha

tormentos que no pueden conocer los hombres, que están reservados solamente para el alma de una mujer. Si el hombre aborrece á su esposa ó se causa de su querida, cambia los halagos en desprecios y no recibe sus abrazos; pero la mujer infeliz tiene que ocultar bajo sonrisa todo el pesar que la devora. Vive Bernal en Angulema y no se acuerda de su prima. ¡Oh! estará respirando el aliento de la moribunda Doña Inés; de esa mujer que piensa solo en el amante que perdió; de esa mujer que no me esccde en hermosura; pero que tiene la ventaja de no amarle; de esa mujer á quien odio tanto....

—Señora, dijo una dama presentándose, acaba de pedir un caballero vuestra vénia para presentarse en vuestra cámara.

—¿Su nombre? preguntó la princesa.

—Se llama Bernal de Bearne.

La princesa se puso mas pálida; llevó á sus ojos el pañuelo para enjugar dos lágrimas que habian humedecido sus pupilas, y dijo á su dama de servicio que hiciese entrar al caballero.

No tardó en presentarse Bernal; sus ojos buscaron ansiosos las miradas de su hermosa prima, y cuando la encontró tan pálida y con muestras de haber llorado, sintió un estremecimiento eléctrico, rápido y profundo á la vez.

—Te encuentro pálida, hermosa prima, y muy abatidos tus ojos.

He pasado muy malos dias desde que no nos vemos, Bernal. ¿Se encuentra mejor Doña Inés?

—Está bastante aliviada. Pero tú has llorado, prima mia.

—¿No encuentras ningun justo motivo para que mis lágrimas corran?

—Me olvidaba que partió anoche tu esposo, el valiente príncipe de Gales.

—Sí, Bernal, anoche partió mi esposo.

—Y hoy se aleja tu primo, princesa.

—¿Es la visita de despedida?

—Sí.

—¿Está ya en disposicion Doña Inés de emprender tan largo viaje?

—No viene conmigo, princesa.

—¡Oh! padecerás mucho en la ausencia.

—¡He sufrido tanto otras veces! Ademas, voy, hermosa prima, á un paraje tan seductor....

—¿Adonde vas, Bernal?

—A Castilla.

—¿A unirte con el rey D. Enrique?

—Sí, hermosa princesa de Gales. Nos despedimos en esta misma estancia tu esposo y yo para Castilla, y voy á cumplir mi palabra.

—No vayas, Bernal.

—¿Temes mi encuentro con el heredero de Inglaterra?

—Sí lo temo, Bernal de Bearne.

—Mucho le amas, hermosa prima. Pero ese encuentro que tú temes yo lo busco con tanta ansia como el ruiseñor á su esposa. Es tan valiente el noble príncipe: se adquiere tanta honra midiendo una buena espada con su espada, que yo la ambiciono, prima mia.

—No vayas á Castilla, Bernal.

—Si antes lo deseaba, princesa, va creciendo mi anhelo de una manera inesplicable. Ahora contaré los minutos y me parecerán muy largos.

—¿Y Doña Inés, Bernal?

—¡Princesa! Doña Inés vive con sus memorias, y morirá con sus recuerdos. Está á su lado un viejo amante que la adora ya por instinto, y un paje jóven y bizarro que la defenderá con valor. Puedo abandonarla sin pena, y sin hacerle falta alguna.

—¿Pero tu amor hácia la huérfana?

—¿Quieres saber mi amor, princesa?

—Como tú lo quieras, Bernal.

—Hay momentos, hermosa prima, en los cuales si no puede el hombre arrancar de su pecho el corazon para que no lata, deberia hacerlo con su lengua para que no hablase á lo menos: esto deberia yo hacer ahora; mas proseguiré, prima mia. Antes de saber que era amor, sentí en mi corazon de niño un sentimiento inesplicable que me llevaba hácia otra niña, como los ángeles hermosa y tambien pura como ellos.

—Bernal.

—Es una historia sin nombre alguno. Déjame proseguir, princesa. A sus miradas inocentes correspondia yo con miradas tan inocentes como las suyas; pero adivinaba en sus ojos qué flor era mas de su gusto, y se la presentaba riendo. Sobre las pilas de alabastro vimos juntos hervir el agua, y eran nuestras risas mas amorosas que las de las fuentes de cristal. Para correr por los jardines entrelazábamos nuestras manos, y perseguiamos las mariposas casi tan aéreos como ellas. La niña me tejia coronas de laurel, porque yo debia ser guerrero; y yo se las ceñia de rosas blancas, símbolo de virginidad que llevan á el ara las esposas. Sobre los céspedes floridos, bajo las parras y madreselvas, leíamos trovas provenzales, y nos esplicábamos el amor de los trovadores comparándolo al de las tórtolas que arrullaban en bosquecillos de alhelíes. Tomando por modelo á las aves, no comprendiamos la inconsecuencia, ni que pudiera una mujer dormir sosegada en los brazos del hombre á quien no habia jurado amor.

—Bernal.

—Pasaron los dias de la infancia, como pasa el suave arrebol de las auroras, y brilló el sol de la adolescencia, con rayos mas ardientes, sí, pero en un horizonte sin nubes. Jamás salió de nuestros labios una sola frase de amores. ¿Pero es necesario decirlo cuando los corazones lo sienten, cuando los ojos lo publican?

—Bernal, Bernal.

—Pasaron unos cuantos meses, y un príncipe pidió la mano de la tierna jóven: sus padres la acordaron gustosos, y yo la estreché entre mis brazos, y mezclé mis lágrimas con las suyas en el momento de partir. Solo, sin la compañera de mi infancia, sin el encanto de mi existencia, sin la que habia amado como aman los bienaventurados á Dios, pasé noches de eterno luto, y dias negros como la noche. Recorria los hermosos parajes en que habiamos reposado juntos, y mis lágrimas

aumentaban el limpio cristal de las fuentes y el diáfano rocío de los prados. A los pocos dias caí enfermo, y tuve, princesa, la desgracia de no morir á los quince años. Convaleciente todavia, pedí una espada y un arnés, marché á los combates con la idea de abrirme honrosa sepultura, y fuí armado caballero. Cuatro años pasé en los campamentos: al cabo de ellos volví á ver á la hermosa niña, ya esposa y madre: la recordé mi amor ardiente, y me exigió formal promesa de ocultarlo dentro del pecho.

—¿Que podia hacer, Bernal, la esposa?

—Permíteme, prima, que acabe. Huí de su lado: nuevas batallas me ocuparon, y pasé á Castilla en busca de otras. Allí encontré una mujer pálida, llena de recuerdos y enferma: aquella mujer era el retrato de la que yo adoraba loco, y en un momento de delirio pedí á D. Enrique su mano. Esta es la historia de mi amor.

—¿No amas á Doña Inés, Bernal?

El bastardo movió la cabeza negativamente, y prosiguió:

—He vuelto á ver, hermosa prima, á la mujer de mis ensueños, feliz en brazos de su esposo, y olvidada de aquellos años....

—¡Jamás! jamás, esclamó la princesa, se borrarán de mi memoria dias de tan seductores recuerdos! Jamás latirá por otro hombre el corazon que latió inocente por....

—Prosigue, dijo Bernal temblando.

—Por mi primo Bernal de Bearne.

—¿Es cierto? ¿Es cierto lo que decís? ¿Vuelvo á recobrar en un punto la felicidad de mi vida? ¿Vuelvo á los años de mi infancia y encuentro, como en ellos, á la niña que me sonreia, á la mujer que me adoraba? Ven á mis brazos, ven, hermosa. Un siglo de mortal angustia, una eternidad de tormentos no pagan á bastante precio tanta ventura, tanto amor.

Bernal estrechaba á su prima con el arrebato de un loco, y la princesa no tenia fuerzas para desasirse de sus brazos. Mucha virtud necesitaba para salir pura y triunfante: mucha virtud supo tener. Dejó los brazos del bastardo y tendiéndole su mano trémula, le dijo:

—Te adoro, Bernal, sí; te adoro, pero reclamo tu palabra. Imprime tus labios en mi mano; yo quisiera morir en tus brazos, pero una voz me grita: esposa! y una mano de hierro me retira. Véte, Bernal: véte á Castilla.

La princesa no podia tenerse en pié; las lágrimas bañaban sus ojos, y con pasos acelerados quiso entrar en otro aposento. El bastardo llegó al umbral, cogió la mano de la hermosa, la cubrió de amorosos besos, y con voz entrecortada dijo:

—¡Adios, prima mia; adios! Hasta el cielo....

Cuando salió Bernal de palacio un sudor frio bañaba su frente, y corria las calles de Angulema como un caballo desbocado. Llegó en breve á su alojamiento; montó sobre un alazan brioso y fuerte, y sin despedirse de Doña Inés, ni mas compañía que un escudero, salió á escape para Castilla.

Al pasar por junto el palacio, vió agitarse un pañuelo blanco, y oyó una voz que le decia:

—¡Adios, Bernal, adios! Hasta el cielo.

CAPITULO XIII.

Veni, vidi, vici.
CESAR.

Dejamos en Burgos á D. Enrique, y es indispensable decir algo del nuevo rey y de su antecesor D. Pedro. Aunque hemos encontrado á este último en la buena ciudad de Angulema, recorreremos rápidamente los parajes en que se detuvo desde su fuga de la capital de Castilla y presentarémos al mismo tiempo á D. Enrique que seguia de cerca sus pasos.

El dia que abandonó D. Pedro á su buena ciudad de Burgos, se dió tanta prisa á alejarse, que comió en Lerma, á siete leguas de la ciudad, y fué á pernoctar á Lumiel, habiendo andado doce leguas, y continuando á largas jornadas hasta la ciudad de Toledo.

Los toledanos recibieron con agasajo al rey D. Pedro, y le ofrecieron defenderse obstinadamente.

Apenas habia descansado el monarca de las fatigas del viaje, cuando se presentó un burgalés á participarle la entrega que habian hecho al rey D. Enrique de la noble ciudad de Burgos y su coronacion en las Huelgas. Cuando recibió esta noticia estaba rodeado D. Pedro de algunos judíos principales y de Castro su favorito. Al oir el rey tan triste noticia esclamo:

—¡Ay! Beltran de Güesclin, ese bandido, me arrebatará la corona.

—Nada se remedia con quejarse, replicó Castro, y es vergüenza que lo haga un hombre.

Entonces un judío, llamado David, muy conocedor de los astros se acercó al rey D. Pedro y le dijo:

—Señor: he leido en un libro azul y estrellado y he visto en él muchas señales maravillosas en estremo. Por ellas sé que vos perderéis vuestro reino como Nabucodonosor, para recobrarlo despues; porque el águila será presa por un halcon que ha de venir en vuestra ayuda.

Beltran Güesclin y sus amigos no se durmieron sobre sus laureles, ni encontraron en Burgos la Capua tan fatal al cartaginés. Decididos á llevar á término una espedicion comenzada bajo tan felices auspicios, se pusieron al punto en marcha para la ciudad de Toledo, en donde esperaban encontrar al rey D. Pedro de Castilla.

Era el ánimo de D. Enrique sorprender á la buena ciudad; pero se les adelantó un espía, que notició á D. Pedro el movimiento de las huestes de su enemigo. El rey convocó á los ciudadanos mas principales de Toledo y les habló de esta manera:

—Señores, conozco bien que la fortuna me ha

vuelto con desden la espalda, pues mis enemigos han logrado coronar por rey á mi hermano, y acaba de decirme un espía que vienen á sitiar á Toledo, ciudad bien cercada de muros, con profundos fosos, y con provisiones bastantes para mantenerse un año entero. Yo tengo que marchar á Sevilla para reunir allí un ejército formidable: vosotros os defenderéis como leales y como valientes. No sufriréis un largo sitio, pues yo acudiré á levantarlo.

Los toledanos respondieron, que defenderian la ciudad; y el rey D. Pedro, acompañado de algunos señores de cuenta, y conduciendo sus tesoros, atravesó la Sierra Morena y llegó á la ciudad de Córdoba.

No se descuidó D. Enrique, y se presentó muy en breve ante los muros de Toledo. Mandó un parlamento á la ciudad, y habiendo reunido el arzobispo á los ciudadanos mas notables les dijo:

—Honrados señores: el rey D. Pedro se ha marchado llevándose todo su tesoro y sin dejarnos una blanca: esta conducta me hace creer que no volverá por la ciudad. Es un mal rey que no quiere seguir los consejos de los hombres prudentes y leales: estad, ciudadanos, sobre aviso. Si los que vienen contra nosotros toman la ciudad por asalto, perderemos vidas y haciendas: pensadlo bien y resolveos.

Oido el parecer del prelado, todos los ciudadanos resolvieron abrir las puertas á D. Enrique, y entregaron las llaves al buen arzobispo para que las presentase al rey. El arzobispo marchó al campamento, acompañado de algunos vecinos notables, y presentándose ante el rey y los principales caballeros, dijo:

—Noble rey, Dios os prospere y engrandezca. Aquí teneis las llaves de Toledo, que yo os presento á nombre de todos, y aquí teneis á sus ciudadanos que vienen á prestaros homenaje en los mismos términos y bajo las mismas condiciones que lo efectuaron los de Burgos.

—Yo lo admito, replicó el rey, y les juro guardar fielmente las antiguas leyes del reino.

Los toledanos presentaron magníficas joyas al rey, y D. Enrique las repartió á sus valientes capitanes.

Tomada posesion de Toledo, dejó en ella á su ilustre esposa y se encaminó D. Enrique á Córdoba, en donde se hallaba su hermano. El paso de Sierra Morena ofreció grandes dificultades al ejército por la fragosidad del terreno y por las muchas bestias feroces que á la sazon en ella habia.

Cuando supo D. Pedro la entrega que habian hecho los toledanos de una ciudad tan fuerte y con profusion abastecida, se quejó muy amargamente de los suyos, apellidándoles traidores, y dió al diablo á Beltran Güesclin y á toda la Blanca Compañía. Baldonó á los eclesiásticos y seglares con una acritud tan estremada, que Fernando de Castro le dijo:

—Señor, si hubierais tomado mi consejo de permanecer firme en Burgos, estariamos defendiéndola como hombres hidalgos y de corazon; pero ya que no quisisteis entonces seguirlo, no lesdeñeis el que voy á daros, único posible en tan críticas circunstancias. Enviad comisionados á D. Enrique para que traten de acomodo. Ofrecedle la ciudad de Toledo, la de Córdoba y la de Sevilla, con condicion de que entregue á Burgos, y de que os acate como á su rey. Dad á Beltran Güesclin doscientas mil doblas, para que las reparta entre las gentes que acaudilla, á condicion de que las licencie; porque si una vez se disuelven no las encontraréis mas juntas. Así reconquistaréis la corona: pondréis á su debido tiempo en una prision á D. Enrique, y todo quedará como antes.

—Fernando, seguiré tu consejo. ¿Pero quiénes han de ser las personas que hayan de acercarse á D. Enrique?

—Dos cordobeses que os sean fieles, y que no se dejen engañar.

D. Pedro eligió dos caballeros, les dió sus precisas instrucciones, y se pusieron en camino para buscar á D. Enrique. No tardaron mucho en hallarlo. Estaba acampado el ejército á las márgenes de un riachuelo, y los caballeros descansaban de las fatigas de la Sierra.

Preguntaron los cordobeses por D. Enrique y por Beltran, y habiéndoselos hecho conocer entre otros muchos caballeros, les manifestaron las instrucciones que del rey D. Pedro traian. El semblante de D. Enrique se demudó escuchándolas, y Beltran Güesclin que deseaba obrar en un todo con arreglo á los intereses de su amigo, le preguntó qué le parecian las proposiciones de su hermano.

—Bien, dijo D. Enrique sonriendo, demasiado buenas, Beltran: y yo daria gracias á Dios si esta paz se llevase á efecto, si no volviéscmos á la guerra. Pero veo muy bien que esta oferta es una traicion cautelosa para cogernos desarmados. Mas si quiere Dios ayudarme, haré la paz con tales rehenes, que no le sea fácil romperla. Exigiré en primer lugar su hija mejor, en segundo á Fernando de Castro y á cincuenta hijosdalgo mas, que satisfagan bien mis deseos.

Los cordobeses repusieron, que manifestarian á D. Pedro las condiciones de D. Enrique, y este añadió:

—Ademas, deseo que me entregue á los judíos Daniel y Torcuato, que son sus íntimos consejeros y en los que tiene mas confianza, porque estos judíos asesinaron á la reina, que era hermosa y noble señora. Y quiero que me los entregue para hacerlos quemar reunidos, como á traidores y asesinos. Y por lo tanto, yo os suplico, honrados señores, con la mas fina cortesía, que si D. Pedro se va de Córdoba, detengais á esos dos judíos.

Los cordobeses se lo prometieron, y se marcharon á la ciudad.

Muy mal recibió el rey D. Pedro las pretensiones de su hermano; pero como la situacion apremiaba, se tomó tiempo para pensarlo. Fernando de Castro y otros nobles no consideraron oportuno permanecer al lado del rey, y sin tomar vénia se salieron á media noche y se encaminaron á Galicia, en cuyas provincias tenia el primero su patrimonio y sus tenencias.

Mucho sintió D. Pedro la marcha de Fernando de Castro; y recomendando á los cordobeses que defendieran la ciudad cuanto tiempo les fuera posible, tomó el camino de Sevilla, en la que fué bien recibido y espléndidamente festejado, al mismo tiempo que lo era en Córdoba D. Enrique, pues se le habia entregado la ciudad sin oponerle resistencia.

Ocho dias alojaron en Córdoba; y habiendo sabido que D. Pedro estaba dentro de Sevilla, se encaminaron á sitiarla, deseoso su hermano D. Enrique de apoderarse de su persona, y de acabar con un solo golpe de volcar el antiguo trono, y consolidar el que habia alzado en Santa María de las Huelgas.

Habia en Sevilla tres fortalezas, ocupada una por cristianos, otra por judíos, y por los moros la tercera. Esta division de la ciudad podia comprometerla en un sitio y lo demostró la esperiencia.

Cuando recibió D. Pedro la noticia de que se habia entregado Córdoba y de que marchaba el ejército á largas jornadas para sorprenderle en Sevilla, estaba solo con Daniel y con Torcuato, los judíos que habian asesinado á la reina. Irritado por una nueva que apenas le dejaba terreno en que respirar libremente, cogió á cada judío por un brazo, y sacudiéndoles con violencia, les dijo:

—Maldita sea la hora, canallas, en que os ví por primera vez. Por seguir vuestro infame consejo maté á mi esposa Doña Blanca, y desde esa muerte he sufrido mil desgracias y contratiempos. Este es mi gran pecado, perros, y yo merezco los castigos que se desploman sobre mí. Huid de mi casa y de mi corte, huid, malvados; pues juro á Dios y á su Santa Madre, que si otra vez aquí os encuentro os haré ahorcar como á ladrones.

Los judíos salieron temblando, y sin tomar cabalgaduras, emprendieron su marcha hácia el reino de Portugal. Pero como cuando se tuerce la fortuna no dá una vuelta solamente; sucedió que Mateo de Gournay los encontró en el fondo de un valle al despuntar la mañana y los detuvo prisioneros. Les preguntó el inglés si eran sarracenos ó si judíos, y Torcuato le respondió:

—Señor, nosotros somos dos judíos, y no queremos engañaros: pero concedednos las vidas, y os prometemos formalmente hacer que se entregue mañana por la noche la noble ciudad de Sevilla.

—¿Cómo podréis verificarlo, preguntó el inglés, y de qué medios os valdréis? Por Dios, que si lo haceis así, yo os proporcionaré muchos honores y riquezas al mismo tiempo.

—Yo os diré, señor, repuso Torcuato, cómo entraréis en la ciudad. Hay un gran número de judíos que habitan un recinto cercado con puertas al campo y al interior de la poblacion: yo iré á parlamentar con ellos, y conozco á muchos que entregarán la fortaleza, si se les permite continuar viviéndola sin menoscabo en sus haciendas.

Gournay convino con el judío, y les preguntó cuál de los dos quedaria en rehenes como garante del convenio. Daniel se ofreció á quedar en la hueste, y Torcuato emprendió su marcha para la ciudad de Sevilla.

Gournay presentó á D. Enrique el judío, y el rey holgó mucho con las esplicaciones que le dió, asegurándole que muy en breve tendria por suya la ciudad.

Con actividad obró Torcuato; se presentó ante la puerta, y gritó á los judíos que guarnecian la parte superior del muro, para que lo dejasen entrar. No vacilaron en hacerlo: fué recibido con agasajo, y presentado á los doctores,

—Señores, les dijo Torcuato, grande necesidad teneis de poner á salvo vuestras vidas, pues os ha amenazado D. Pedro mandaros ahorcar ó quemar, de no dejar un solo judío en toda la estension de su reino, ó de desterrarnos á todos con la mano derecha cortada, porque le hemos prestado, segun dice, malos servicios y consejos. Pensad en lo que acabo de decir, y decidid prontamente.

Los judíos se estremecieron con la nueva que les comunicó Torcuato, y le rogaron encarecidamente que les diese buenos consejos.

—Señores, añadió Torcuato, vengo de pedir á D. Enrique que os reciba en su gracia, y he dejado á Daniel en rehenes de que corresponderéis fielmente á sus favores. Tanto he suplicado al nuevo rey, que ha condescendido en dejaros vidas y haciendas, si le permitís entrar en el fuerte. Despues pasarán á la ciudad, la llevarán á sangre y fuego, y apoderándose de D. Pedro, le colgarán de los adarves.

Los judíos fueron de la misma opinion que Torcuato, y resolvieron dar entrada al rey D. Enrique el domingo inmediato, por tener que guardar el sábado, segun la ley de sus mayores.

Torcuato volvió al campamento, contó á Gournay cuanto habia hecho, y el inglés lo condujo al instante á la presencia de D. Enrique.

Mientras noticiaban los judíos al nuevo rey cuanto habian tratado en su provecho, LA ROSA DE JERUSALEM llegaba al alcázar de D. Pedro, sola y favorecida por la noche; el monarca la recibió con demostraciones de cariño, y la condujo á un aposento en donde pudiesen hablar solos.

Señor, le dijo la judía, no perdais en vanas caricias un tiempo que puede seros muy precioso; vuestra vida está en gran peligro, porque han vendido los judíos su fortaleza á vuestro hermano D. Enrique, y lo recibirán en ella pasado mañana sin falta.

D. Pedro quedó sobrecogido con el relato de la judía, y abrazándola tiernamente, la dijo:

—¿Es verdad lo que acabas de referirme, Raquel hermosa, ó han logrado mis enemigos seducirte y hacer contraria de D. Pedro á la mujer que tanto ama?

—Rey de Castilla, no hay bastante oro sobre la tierra para compensarme tu cariño. Dos amigos tuyos, dos judíos que habian recibido de tí dones y honores que no merecian, se han puesto de acuerdo con tu hermano, y han promovido esta traicion. Daniel y Torcuato te han vendido.

—¡Daniel y Torcuato! esclamó el rey: ¡Daniel y Torcuato! esos hombres que habia levantado del polvo hasta la cumbre del poder; esos hombres que han sido siempre mis mas íntimos consejeros; que han sacado oro de mis arcas para ser ricos y temibles. ¡Oh! bien merecido lo tengo; acerqué víboras á mi pecho, y me han corroido las entrañas. ¿Estás cierta, hermosa Raquel, que han conspirado esos infames contra su protector, contra su monarca?

—Sí, rey; y los cristianos mas ilustres están de acuerdo con D. Enrique.

—Hacen bien esos séres mezquinos. Tiran flechas al leon enfermo porque no puede castigarlos: las circunstancias cambiarán. ¿Si yo abandonase mi reino para proporcionarme auxilios, me seguirias á Portugal?

—Al cabo del mundo, D. Pedro.

—Mañana sin falta me embarco; te esperaré hasta el medio dia.

—No tienes que esperarme, D. Pedro. No me separaré ya de tí.

El rey cubrió de besos la frente de La rosa de Jerusalem, y olvidó en sus brazos el trono que bajo sus plantas se hundia.

Al dia siguiente, muy de mañana, la servidumbre de D. Pedro embarcó todos sus tesoros, y el rey convocó á los ciudadanos para encargarles que defendiesen la ciudad, en tanto que él traia socorros del rey de Portugal su amigo. Los sevillanos ofrecieron conducirse como leales, y dieron de ello muchas pruebas.

Conocia el rey personalmente á los principales partidarios de D. Enrique, y reuniéndoles en número de veinte, les dijo:

—Honrados señores, os suplico y mando al mismo tiempo que me acompañeis á Portugal. Y hago esta distincion con vosotros, porque sois las únicas personas que me inspiran justa confianza.

Los caballeros contestaron que estaban muy prontos á seguirle, y el rey los embarcó en una galera que debia conducirlo á Lisboa.

Muchos y vigorosos remeros azotaron con robustos brazos la cristalina espalda del rio. D. Pedro fué dejando atras los bosquecillos de naranjos y las glorietas de jazmines; pero llevó consigo sus riquezas, sus esperanzas y su judía.

CAPITULO XIV.

¿Eso pretende el marqués?
¡Para eso, Fortun, te envia!
Antes de lucir el dia
Ten prevenido mi arnés.
Larra.

No desmayaron los sevillanos con la partida de D. Pedro, que el corazon en pechos nobles se engrandece al par que el peligro, y decidieron vender muy caras sus haciendas, honras y vidas. Convencidos de que D. Enrique traeria sus huestes muy en breve sobre la ciudad de San Fernando, deseaban que llegase el momento, pues la espectativa de un mal es mil y mil veces peor que el mal mismo. No tuvieron que esperar mucho: al dia siguiente por la mañana se presentaron D. Enrique, Beltran de Güesclin y su ejército ante los muros de Sevilla. Los sevillanos al momento hicieron tocar las campanas, y cristianos y moros reunidos se aprestaron á la defensa. Al mismo tiempo los judíos, en cumplimiento del tratado que habian ajustado con Torcuato, abrieron sus puertas, y entró por ellas D. Enrique acompañado de Beltran de Güesclin, de Hugo de Carbolay y de otros muchos caballeros y soldados.

Cuando los cristianos y moros vieron la infame traicion de los judíos, se encaminaron á su fuerte y los sitiaron al momento. El rey en persona, Beltran y los otros capitanes rechazaban el fiero asalto, y viendo Güesclin que estaban muchos para ta estrecho recinto, dijo á sus gentes:

—Me parece que aquí sobramos la mitad, y que ganariamos mas terreno combatiendo por otro lado. Vamos á atacar otra puerta.

Despues llamó al judío Torcuato, y le dijo con gran secreto:

—Tú sabes todas las entradas de la ciudad porque la has corrido torre por torre; toma unas compañías de soldados, y condúcelas al paraje que consideres mas oportuno para penetrar sin resistencia.

El judío eligió unas compañías, y las condujo hácia el cuartel que los musulmanes habitaban. Lo encontraron sin defensores, y penetraron en la ciudad sin romper una lanza. Al mismo tiempo que esto sucedia, recibieron los sevillanos la triste nueva de que habia hecho ahorcar el rey D. Pedro á los veinte nobles ciudadanos que se llevó en su compañía. Irritados por esta crueldad, y viendo dentro de sus muros á las gentes de D. Enrique, tuvieron un breve consejo y acordaron entregar las llaves al bastardo de D. Alonso. Las capitulaciones se hicieron, y quedaron á todos salvas las vidas y haciendas; pues mas deseaba D. Enrique hacerse amigos con la clemencia, que hacerse temer por el rigor.

Al pisar D. Enrique el alcázar, vió unas manchas de sangre en el pavimento de mármol, y mostrándolas á los caballeros, les dijo:

—Esta sangre es de D. Fadrique mi hermano; los años no han podido borrarla, ni el agua del Guadalquivir; es preciso lavar esas manchas con la sangre tibia de D. Pedro.

Despues reunió á sus caballeros en el salon de embajadores y les habló de esta manera:

—Valientes y nobles capitanes, la voluntad de Dios y vuestras lanzas han arrojado del trono de Castilla á un rey para colocarme en su lugar. Nuestro enemigo el rey D. Pedro, está camino de Lisboa, y yo no sé si el portugés le recibirá como á su amigo, proporcionándole socorros. Yo no temo al reino vecino, si me ayudan tantos valientes y mis pueblos me son leales; pero me parece oportuno conocer todos los peligros para conjurarlos en tiempo.

—Señor, dijo Beltran Güesclin, habeis hablado como prudente, y debe seguirse vuestro voto. Es preciso enviar un mensaje á D. Pedro de Portugal, para que nos diga claramente si quiere sostener en contra nuestra los derechos del destronado. En caso que así quiera hacerlo, irémos á destruir su trono, y Enrique Segundo de Castilla será tambien rey de Portugal. De allí marcharémos sobre Granada, y no quedará moro á vida. Irémos á Jerusalem, en donde murió Jesucristo, y conquistarémos en Palestina todo lo que conquistó heróicamente el buen Godofredo de Bullon. Así sucederá si no me matan, me hacen prisionero, ó vuelvo loco: si no tiene el rey mi señor guerra con el noble príncipe de Gales. Y ¡vive Dios! que así lo deseo; pues de mejor gana cortaré cabezas á los sectarios de Mahoma, que á los defensores de Cristo. Pero reflexionemos ahora cuál de nuestros caballeros debe ir á tratar con elportugués.

Mateo de Gournay manifestó deseos de ir, y todos estuvieron conformes en confiarle una comision muy importante á la verdad.

Llegó á Lisboa, y recibido por el rey con grande consideracion y afecto, le dijo:

—Ya sé que habeis encontrado en Castilla buena fortuna y buen pais; pero habeis arrojado á D. Pedro contra toda razon de su trono.

—Señor, replicó Mateo de Gournay: nosotros estamos informados que es el rey D. Pedro mucho peor que los judíos á quienes proteje: y vos mismo tambien lo sabeis. Yo he venido cerca de vos para preguntaros si queréis ayudar á D. Pedro; y si es este vuestro parecer, dejaré inmediatamente á Lisboa, y aprestaré mis mejores lanzas para blandirlas contra vos.

—Bizarro caballero, yo he manifestado al rey D. Pedro, delante de toda mi corte, que quiero permanecer neutral en la guerra de los dos hermanos. Esto os digo como mi respuesta.

Gournay paró algunos dias en Lisboa, y llegó á Sevilla con una respuesta muy grata para D. Enrique. Mas no fué larga la alegría, porque añadió despues Gournay:

—Señor, D. Pedro vuestro hermano ha continuado su viaje hácia Burdeos, en busca del príncipe de Gales, y si consigue interesarlo en su favor, vendrá contra vos á Castilla.

—No quiera Dios que tal suceda, dijo D. Enrique.

—Señor, repuso Hugo de Carbolay: soy uno de vuestros mejores amigos; pero si el príncipe me llama tendré que seguir sus banderas, por mas que lo sienta el corazon.

Lo mismo dijeron Huet, Juan de Ebreus y todos los demas ingleses.

—Señores, añadió D. Enrique: me habeis servido con lealtad por el espacio de seis meses: continuad en mi compañía, hasta que se aclare el horizonte, y sepamos á qué atenernos.

Los caballeros se lo otorgaron, y el rey D. Enrique envió á muchos ingleses y franceses á que conquistasen algunos castillos que estaban en poder de moros ó de judíos, parciales y amigos del destronado rey D. Pedro, permaneciendo el rey en Sevilla acompañado de Beltran de Güesclin, de Hugo de Carbolay, y de otros muchos caballeros que esperaban noticias del príncipe de Gales y de D. Pedro de Castilla.

Creyó D. Enrique oportuno visitar las principales ciudades de su reino, y acompañado de sus caballeros pasó por Córdoba y Toledo, y fué á fijar la corte en Burgos, cuyos habitantes le recibieron con tantas demostraciones de amor como cuando fué coronado. Pocos dias llevaba de estar en ella cuando vinieron unos heraldos, que habia enviado desde Burdeos el príncipe de Gales, portadores de cartas para el rey y los capitanes ingleses que se hallaban á su servicio. Se abrieron las cartas en consejo, y en ellas el príncipe de Gales intimaba al rey D. Enrique que dejase cetro y corona á su hermano y antecesor; pues de lo contrario vendria á Castilla y le arrancaria vida y trono. Mandaba en otras á sus caballeros que abandonasen á D. Enrique, y se encaminasen á Burdeos con todas sus gentes de armas.

Sobrecogidos quedaron todos, y particularmente D. Enrique, que miraba á Beltran Güesclin como queriendo adivinar el pensamiento del breton. El corazon de Güesclin no se apocaba en los peligros, y conociendo la ansiedad que el de D. Enrique sufria, habló á la asamblea en estos términos:

—Señores: acaba de leerse un mandato, que me causa gran estrañeza. La amenaza del príncipe de Gales tendria mas fuerza hecha en Castilla que en el mediodía de la Francia, sin que me intimidase mas. Cualquiera que sea el número de hombres con que pretenda combatirnos, podrá ser recibido de un modo que le pese haberse alejado de su buena ciudad de Burdeos. El hombre que se abate por las amenazas de otro mas poderoso que él, se asemeja á un niño sin valor. Si nuestros enemigos son fuertes, fuertes tambien somos nosotros. Algunas veces se arruinan los ricos por demasiado codiciosos, y su sed insaciable los lleva á un mar en donde perecen. ¡Maldito sea el que tenga miedo! Si son cien mil y nosotros veinte, á mas enemigos cabremos: y si Dios y nuestro derecho nos ayudan, ni un solo inglés saldrá de España. Seamos atrevidos y valientes; porque todo corazon altivo tiene fé en la magnitud de sus fuerzas, y sabe combatir y vencer.

Bizarro capitan, le dijo Carbolay, nos es indispensable partir. Nosotros hemos estado reunidos mucho tiempo, y hemos dispuesto de vuestra bolsa como si hubiera sido nuestra. Hemos recibido mas cantidades que teniamos derecho á tomar, y somos, Beltran, vuestros deudores: os suplico que ajustemos cuentas para reintegraros, como es justo.

—Sí, le replicó Beltran Güesclin: habeis predicado un sermon mucho mejor que un franciscano; pero es el caso, amigo Hugo, que yo no he pensado en la cuenta, y no sé por tanto lo que suma. No sé si debo ó si me deben; mas supuesto que vais á partir, quedemos en paz y es lo mejor. De hoy en adelante podrá ser que tengamos que ajustar otras cuentas, y esas quedarán escritas, Hugo, con la punta de los aceros. Mas supuesto que hemos sido hasta ahora buenos amigos y compañeros, despidámonos como tales.

Güesclin besó á Hugo de Carbolay y á los demas ingleses, y todos le imitaron con gusto. D. Enrique dió algunas joyas á los que iban á combatirle, y salieron los ingleses llorando, porque les mandaba el honor ensangrentar sus duras lanzas en los corazones de sus amigos.

Apenas habian salido los ingleses cuando se presentó un caballero cubierto de sudor y polvo.

ste caballero era Bernal. D. Enrique le recibió con alborozo, le abrió los brazos tiernamente y le dijo:

—Bien sabia yo, amigo Bernal, que no me abandonarias en el peligro: que serias mi fiel compañero.

—D. Enrique, respondió Bernal, quinientas lanzas me acompañan. ¿Has recibido ya los heraldos?

—Los he despedido en este instaute.

—¿Y qué respondes al de Gales?

—Que Enrique Segundo no teme: que venga con todas sus huestes, que para bajar de mi trono necesito entrar en la tumba.

—Bien, D. Enrique de Castilla; la sangre inglesa fecundará las campiñas y los collados, y cada gota de la nuestra será pagada con un torrente de la de los guerreros ingleses.

—Mucho enojo mostrais, Bernal, le observó Beltran de Güesclin.

—El príncipe de Gales y yo tenemos una cita en Castilla.

CAPITULO XV.

....Veloz me arrastra
Como huracan violento
A la batalla horrisona; los ecos
Del bélico clarin los aires llenan,
El freno que le oprime
Tasca el bridon y los clarines suenan.
J. B. Sandoval.

El relinchar de los caballos y el són de bélicos instrumentos poblaban el aire en Burdeos: el príncipe de Gales habia convocado á sus poderosos vasallos y todos se apresuraban á venir á su llamamiento de guerra. Acudieron á su mandamiento el noble Armegnac, el señor de Pommiers, Juan de Chandos, el senescal de Poiteau, el senescal de Burdeos, el valiente conde de Pennebroc y otros ilustres caballeros, que acaudillaban sus compañías de aguerridas gentes de armas. Poco despues llegó por mar el duque de Lancaster con un gran número de arqueros; siendo el ejército del príncipe el mas aguerrido y numeroso que se habia visto en toda Europa.

No se descuidaban en Burgos; y aunque temia Beltran Güesclin el gran poder del príncipe de Gales, manifestaba rostro sereno, y animaba con sus discursos á los que tenian fé en sus obras. No ocultaba al rey D. Enrique la duda que le atormentaba con respecto á los castellanos que habian abandonado poco antes al rey D. Pedro de Castilla y que podrian volverse ahora de su parte, viéndole venir poderoso con tan temibles aliados. No era tiempo de vacilar, y ya anunciaban sordos truenos la proximidad de la tormenta. D. Enrique mandó reunir sus huestes, y Beltran á los estranjeros que en Castilla se habian quedado.

No se durmieron las ciudades al llamamiento del monarca. Sevilla armó veinte mil hombres al mando de un Guzman el Bueno, y Burgos diez mil con escudos y espadas de Zaragoza y de Toledo. Acudieron muchos varones con sendas lanzas, y los mas nobles aragoneses se apresuraron á tomar parte en favor del rey D. Enrique, con quien habian hecho campañas en defensa del rey de Aragon.

Bernal de Bearne, que reunia á su amistad por D. Enrique un odio profundo al de Gales, prodigaba todas sus riquezas y daba impulso con su actividad incansable al armamento general. Tantos esfuerzos no fueron inútiles, y el ejército de D. Enrique llegó al número considerable de sesenta mil combatientes. Se encomendó la primera batalla á Villaines, y la segunda al condestable de Castilla, que llevaba bajo sus órdenes al aragonés conde de Denia. El ejército tomó posiciones en Nájera, muy ufano de medir sus armas con las armas de los ingleses.

El príncipe de Gales al frente de veinte y siete mil hombres de armas, y una muchedumbre de genoveses, que eran los arqueros de su ejército, se adelantó hácia la Navarra, á cuyo rey pidió permiso para atravesar el pais. No opuso resistencia el navarro, y mandó á todos sus vasallos que proporcionasen vituallas al príncipe y á sus caballeros. Los navarros no estaban conformes con el mandato de su rey; y de mejor gana hubieran dado á los invasores ingleses una segunda edicion de Roncesvalles que mantenimientos y auxilios. La mala voluntad de los vasallos hizo infructuosa la buena disposicion del rey, y el ejército del príncipe inglés sufrió mas hambres en Navarra que los judíos en Jerusalem cercada por Tito.

La vanguardia del príncipe de Gales, compuesta de quinientos hombres de armas al mando de Guillermo Feleton, penetró en Castilla, haciendo conocer su venida por las talas y robos que en campos y pueblos hacia; pues las pequeñas guarniciones que en algunos puntos hallaron, no eran bastante poderosas para contener sus estragos.

Permanecia D. Enrique en Nájera; y estando juntos una tarde Beltran de Güesclin y Villaines, se presentó en su alojamiento un espía y les dijo:

—Vengo del ejército del príncipe, y jamas he visto tanta gente, ni tan aguerrida y feroz; pero

les faltan vituallas, y vienen hambrientos como lobos.

—¿Y en dónde se encuentra su vanguardia? le preguntó Beltran de Güesclin.

—No debe encontrarse muy lejos, respondió el espía. Guillermo de Feleton la manda, y serán unos quinientos hombres.

—Tengo que ajustar atrasadas cuentas con Feleton, repuso Beltran, y quiero cortarle los pasos. Vuelve inmediatamente á espiarlos y mañana te espero aquí con nuevas noticias. Si las traes, te daré el oro que allí ves: pero si faltas, en la primera ocasion que te coja te haré cortar ambas orejas.

El espía echó una mirada codiciosa á una buena cantidad de doblas que sobre una mesa se hallaban, y salió resuelto á poseerlas por mas peligros que corriese.

—Mucho tenemos que trabajar, dijo Güesclin á su buen amigo Villaines, para quedar con honra al menos en tan crítica situacion.

—Aquí tenemos, replicó Villaines, veinte mil soldados genoveses que han combatido contra el turco, y parecen hombres de provecho. Nuestro ejército es numeroso, y no sé como escapará el príncipe si tiene el arrojo de atacarnos.

—Señor, el corazon me dice que en lo mas recio del combate nos abandonarán esas gentes que no me inspiran confianza. Y por quien soy, que desearia mejor caer prisionero que D. Enrique, porque el rey D. Pedro le haria morir en el instante, y yo podria conseguir mi rescate por una cantidad de oro.

Al decir Beltran estas palabras llegó un corredor y le trajo noticias de los forrajeadores ingleses que Guillermo Feleton conducia.

Mucho se regocijó Güesclin con estas nuevas: mandó llamar al conde de Denia y al mariscal D'Audrehem, y les comunicó su proyecto de ir á atacar á los ingleses. Ambos capitanes manifestaron que estaban en un todo de acuerdo, y todos tres se pusieron en marcha con algunas tropas escogidas. Caminaron con gran cautela, llevando delante sus esploradores, y uno de ellos que hablaba muy bien el inglés, se introdujo en la hueste de Feleton, y la observó completamente. Despues volvió á encontrar á Beltran, y le contó que los ingleses se habian entregado al pillaje, y conducian grande cantidad de ganados. Güesclin dividió su pequeño ejército en tres partes, y lo emboscó en una selva bastante intrincada.

Apenas habia dividido la hueste, cuando los esploradores ingleses descubrieron una de las batallas, y fueron á participarlo á Feleton. Les preguntó éste, qué gente era y en qué número: los esploradores contestaron que españoles, y sobre poco mas ó menos en el mismo número que los ingleses. El capitan les dijo entonces:

—Si son españoles yo no huiré sin darles batalla, porque no les temo lo mas mínimo; pero si está Beltran Güesclin, la situacion es apurada, porque ademas de su atrevimiento me profesa un odio profundo, y si me coje prisionero no me soltará por ningun rescate. Por lo tanto deseo que vayais á preguntar á esas gentes quiénes son, si está con ellas Beltran Güesclin, y si demandan la batalla.

Partió un esplorador á toda rienda, y antes que llegase á los españoles salió el conde de Denia á su encuentro y le preguntó qué queria.

—Señor, le respondió el inglés, Guillermo de Feleton y Juan su hermano me envian á saber vuestro nombre, y si está Beltran en el campo.

—Yo me llamo el conde de Denia, mis compañeros son castellanos que desean pelear con los ingleses, y no está Güesclin entre nosotros.

—Supuesto que queréis batalla, la tendréis, replico el inglés, y se dirigio hácia los suyos.

El conde de Denia envió un escudero á Beltran para que le participase la respuesta que habia dado al esplorador.

Feleton vino contra los españoles con sus banderas desplegadas, y el conde de Denia salió á su encuentro en el mismo órden que el inglés. Al sonido de las trompetas arremetieron los escuadrones, y ambos resistieron el choque sin perder sus líneas. Beltran y el mariscal D'Audrehem, atacaron por retaguardia á Feleton, é inmediatamente huyó su hueste en la mas completa derrota, llevando la alarma á la del príncipe. Mas de ochenta ingleses quedaron muertos sobre el campo, y Guillermo Feleton entre ellos.

Mucho sintió el príncipe de Gales la derrota de su vanguardia, y el rey D. Pedro de Castilla miró como de mal agüero este principio de campaña. El ejército inglés sufria, como hemos manifestado poco antes, unas horribles escaseces, y la derrota de Feleton les privaba de todos los recursos que aquel les habia proporcionado. Reunió el príncipe su consejo y el conde de Armegnac habló así:

—Señor: hemos reunido el ejército mas numeroso que ha visto la Europa hace tiempo; pero no adelantamos nada, y muy pronto nos diezmará el hambre antes que nos merme el acero. Mejor es, señor, combatir, que perecer como cobardes en la mas espantosa miseria. Armémos mañana nuestras gentes, y marchémos al enemigo.

—Todos los principales capitanes fueron del mismo parecer, y resolvieron presentar la batalla al amanecer del dia siguiente.

Despues de haber vencido Beltran á Feleton, se volvió á Nájera con las reses que habia rescatado y los prisioneros que habia hecho. D. Enrique les recibió con las mayores distinciones, y creyó, en medio de su júbilo, que habia asegurado su corona con aquel pequeño reencuentro. Mandó reunir á sus caballeros y les pidió consejo sobre la manera mas á propósito para destruir á los ingleses, opinando el rey por su parte que se les debia atacar al punto.

—Señor, dijo Beltran Güesclin, por Dios que sigais mi consejo, y venceréis á los enemigos sin el trance de una batalla. Los ingleses están hambrientos, y mas desean combatir para alimentarse, que para entronizar á D. Pedro. Man-

tengámonos á la defensiva: rodeemos nuestro campamento con empalizadas y fosos, y antes de tres dias tendrán que huir estenuados y arrepentidos. Entonces caerémos de repente sobre su ejército amedrentado, y no quedará un solo inglés que no sea muerto ó prisionero.

—Os tienen por valiente y por entendido, le replicó el conde de Denia, y no lo manifestais, Beltran, ahora. O teneis miedo á los ingleses, ó no sois amigo de D. Enrique. Hemos tenido un buen estreno: los enemigos están aterrados, y tardarémos en vencerlos lo que tardemos en pelear.

Bernal de Bearne se levantó, y con voz colérica dijo:

—Yo sé que Beltran es valiente, pero hoy procura desmentirlo. Quinientas lanzas me acompañan: si opina el consejo porque nos estemos encerrados como un miserable rebaño, yo acometeré esta misma noche con mis quinientos compañeros á ese príncipe tan temido, y si morimos en la demanda, nos envidiarán los que sobrevivan el honor de haber peleado como cumplidos caballeros.

—Yo os seguiré, dijo el conde de Denia, y moriré tambien como bueno. Conmigo vendrán muchos aragoneses que buscan el honor con ansia y no temen perder las vidas.

Todos los caballeros deseaban aparecer como valientes, y muchos dijeron lo mismo que habia dicho Bernal de Bearne y despues el conde de Denia. Beltran Güesclin se mordia los labios, hasta que no pudiendo sufrir mas, gritó con una voz de trueno:

—Silencio, señores. El que haya tomado mas castillos, ganado mas batallas y recibido mas heridas que Beltran de Güesclin, ese podrá escribir sobre mi frente la infame nota de cobarde. Me dice el corazon, señores, que si combatimos mañana, el rey perderá su corona, yo seré muerto ó prisionero; mas nada importa mi creencia. Me habeis tratado de cobarde y aun de traidor: mucha lealtad debo tener al rey D. Enrique cuando he sufrido con paciencia un ultraje tan inmerecido. Mañana se da la batalla: mi lanza herirá la primera, y verémos quién es el último que se retira del combate.

—Lo verémos, dijo el bearnés.

—Lo verémos, Beltran de Güesclin, repitió el de Denia con calma.

—Señores, dijo D. Enrique, tengo recibidas mil pruebas de todos los ilustres capitanes que toman asiento en mi consejo; todos me profesan un amor que yo les pago con el alma; todos son valientes en el combate, todos entendidos, y esperimentados son todos. Amo á Bernal como á un hermano, al conde de Denia lo mismo, y no hay un solo caballero en esta estancia que no haya combatido á mi lado, en Francia, en Aragon ó en las Castillas. Yo quisiera dar gusto á todos, hacer el mio que está conforme con el parecer de los mas fogosos, pero me someto en un todo á lo que resuelva Beltran.

—Señor, respondió el breton con dignidad: despues de lo que ha sucedido, no queda otro medio posible que dar mañana la batalla.

—Ahora eres Beltran de Güesclin, dijo el conde de Denia abrazándolo.

—Ahora te conozco, breton, le dijo Bernal de Bearne.

—Y ahora no estoy contento de mí, les respondió el buen capitan.

CAPITULO XVI.

¿Jurais al Dios que nos escucha,
O vencer ó morir?

QUINTANA.

Se dirigió Bernal á su posada ansiando que brillase la aurora para encontrarse frente á frente con el altivo príncipe que habia emponzoñado sus dias. Su imaginacion calenturienta le presentaba un panorama de desolacion y esterminio; y aun creia percibir los ayes de los infelices moribundos que habia derribado su tizona. Entre los despojos sangrientos aparecia de vez en cuando una figura de mujer, y entonces buscaba un cadáver que no aparecia ante sus ojos. A traves de su linterna mgáica todo cambiaba de colores, y habia momentos celestiales en los que solo veia la sonrisa de aquella mujer cariñosa que le miraba con placer. Sus ojos se cerraban entonces para reconcentrar el pensamiento, y era tan feliz, que olvidaba sus dolores y hasta sus celos. Los olvidaba unos instantes, pero renacian de improviso bajo formas mas espantosas.

No eran los celos de Bernal hijos de la incertidumbre y la duda, una realidad los causaba, y una circunstancia fatal les daba mas terrible aspecto. La hermosa de su adoracion estaba en brazos de otro hombre. ¿Y por qué lo estaba? Porque Bernal no le igualaba en poderío. Si hubiera podido ofrecer el bastardo un trono, como el de Inglaterra, á los piés de su hermosa prima, no la hubiera dado su padre á quien la ofrecia una corona sin poseer antes su corazon. Bernal sentia en sí un tormento que muchas veces nos aqueja y no nos atrevémos á esplicárnoslo: Bernal tenia la timidez que tiene un amante que no puede decir á su amada: "por los topacios que te da ese hombre yo te daré ricos diamantes: mis palacios son mas hermosos que los suyos, y mas espléndida mi corte. Yo te ofrezco un amor inmenso, pero rodeado de privaciones: no te digo ven á ser mia para vivir solo en mi amor: adivinaré tu pensamiento y á los rayos de tu hermosura servirán de espléndida aureola las joyas que yo te presente." Ningun monarca de la tierra podia ofrecer mas rica corona á la esposa del príncipe de Gales que la que adornaba su frente.

Estas consideraciones roian los sesos del noble Bernal: es verdad que en algunos instantes alzaba la frente con orgullo y decia: "el príncipe de Gales posee su cuerpo, como esposo: yo soy mas feliz, porque tengo su alma, porque la tengo como amante." Este consuelo se desvanecia, y solo pensaba en la guerra. Al dia siguiente una gran batalla iba á decidir un imperio. ¿Si la lanza de paladin celoso conseguia tocar el corazon de su rival afortunado, no podria el capitan valiente conquistar provincias y provincias, para ofrecer un rico reino á la viuda del muerto príncipe? Así lo concebia Bernal, y así pensaba ejecutarlo.

Mandó llamar á los caballeros, que combatian bajo su enseña, y así que les hubo reunido les habló en la forma siguiente:

—Muy satisfecho estoy, señores, de la amistad que me profesais, y que me habeis probado bien, siguiendo mi humilde pendon. Mañana se da una batalla contra el parecer de Beltran, y yo he tenido una gran parte en que se decidan á darla. Hay un compromiso de honor entre los principales jefes, pues pretende ser cada cual el último que se retire de los peligros del combate. Yo soy uno de ellos, señores, y voy á proponer un juramento. "Jurémos á Dios y á nuestros padres no retirarnos de la batalla mientras quedemos dos con vida; y si queda uno solamente, no se retirará tampoco sin poner en salvo mi pendon.

Todos lo juraron á una voz, y Bernal los despidió afable, encargándoles estuviesen prontos al primer albor de la mañana.

Solo el bastardo llamó á sus pajes mas queridos y les mandó que le trajesen todas sus armas, pues queria elegir por sí mismo las que habia de usar al dia siguiente. Fué obedecido en el instante, y procedió al punto á elegirlas. Tomó una armadura de acero, primorosamente empavonada, regalo que le habia hecho su padre, y que mostraba su sobrenombre en un magnífico sol de oro que destellaba en la coraza. El yelmo tenia cuatro plumas negras, y por cimera un buitre de oro que cebaba su pico y uñas en un leopardo moribundo. Cogió una espada de Toledo que le habia regalado D. Enrique, cuya empuñadura de amatistas tenia la forma de una clava, una daga toda de acero, que le habia dado Beltran Güesclin, y dos lanzas de agudos hierros, fabricadas en Zaragoza. Encargó á sus pajes que le dispusiesen dos caballos negros y andaluces, tan veloces en la carrera como duros en las fatigas, y despues de todo dispuesto los despidió para acostarse.

Apenas habian salido de la estancia, volvió uno de ellos y dijo á Bernal que unos viajeros recien llegados pedian permiso para hablarle. No vaciló Bernal en concederlo, y un momento despues entraron dos caballeros y una dama. Bernal se adelantó á recibirlos, y vió con asombro á Doña Inés entre D. Lope y el buen paje.

—Señora, dijo á la Avendaño: ¿cuando os creia convaleciente en Angulema os hallo á tal hora y en tal sitio la víspera de una batalla?

—He cumplido mi palabra fielmente. Ofrecí no salir de Angulema hasta que lo permitiese el doctor, y he salido con su beneplácito. ¿No me encontrais muy mejorada?

—Sí, Doña Inés, estais mejor; pero las fatigas del viaje pueden haceros mucho daño. ¿Hace mucho que habeis llegado?

—Nuestras mulas están á la puerta, y he preferido descansar en vuestra posada á pedir hospedaje al rey.

—Mucho os agradezco, Doña Inés, una distincion tan honrosa.

—Agradecedla á mi tutor, que ha creido oportuno daros cuenta de la enferma que le encomendásteis; agradecedlo tambien á Enrique, que ha querido devolveros la joya, son sus palabras, que pusisteis á su cuidado, y agradecedlo á vuestra prima que me entregó esta pequeña caja para que os la diera en mano propia.

La huérfana entregó á Bernal un paquete que puso el bastardo sobre la mesa, preguntando luego á Doña Inés:

—¿Cuándo habeis hablado, señora, con la noble princesa de Gales?

—Dos horas antes de dejar á Angulema. La he debido muchas atenciones y no ha dejado de visitarme un solo dia desde que os vinisteis á Castilla. Me ha tratado como á una hermana.

—¿Y como ha quedado la princesa?

—Triste, Bernal; bastante triste. Tal vez la ausencia de su esposo...

—¿Os hablaba de él mucho, señora?

—Muy pocas veces lo nombraba, pero yo sé por esperiencia, que lo que mas siente el corazon está mas lejos de los labios.

Bernal ahogó un hondo suspiro, y continuó Doña Inés:

—Me encuentro bastante cansada, y descaria tomar reposo.

Bernal dió su brazo á la huérfana y la condujo á la habitacion mejor dispuesta de la casa para que descansase en el lecho del capitan la vírgen, esposa y viuda.

Cuando volvió, dijo á D. Lope con afectuosa cortesía:

—Tambien necesitaréis, D. Lope, algunas horas de descanso.

—Si me concedeis la hospitalidad por esta noche.

—Mi casa es vuestra, Sr. de Hinestrosa, y mandais en ella como dueño.

Un paje condujo á D. Lope al aposento menos malo que podia ofrecerle Bernal en su posada de campaña.

—Tambien tengo que pediros un favor, dijo el jóven paje al bearnés así que se quedaron solos.

—Habla, Enrique, con confianza.

—¿Me daréis armas y caballo para presentarme en la batalla?

—Las elegirás á tu gusto.

El paje saludó á Bernal, y se salió del aposento.

Así que se vió solo el bastardo cogió la caja de la princesa, y no encontrando una llavecita que debia servir para abrirla, rompió la cerradura al punto, y envuelta en el pañuelo blanco, que lo deslió al dejar á Angulema, encontró una banda morada con este mote en letras de oro: "ADIOS, ADIOS; HASTA EL CIELO."

tengámonos á la defensiva: rodeemos nuestro campamento con empalizadas y fosos, y antes de tres dias tendrán que huir estenuados y arrepentidos. Entonces caerémos de repente sobre su ejército amedrentado, y no quedará un solo inglés que no sea muerto ó prisionero.

—Os tienen por valiente y por entendido, le replicó el conde de Denia, y no lo manifestais, Beltran, ahora. O teneis miedo á los ingleses, ó no sois amigo de D. Enrique. Hemos tenido un buen estreno: los enemigos están aterrados, y tardarémos en vencerlos lo que tardemos en pelear.

Bernal de Bearne se levantó, y con voz colérica dijo:

—Yo sé que Beltran es valiente, pero hoy procura desmentirlo. Quinientas lanzas me acompañan: si opina el consejo porque nos estemos encerrados como un miserable rebaño, yo acometeré esta misma noche con mis quinientos compañeros á ese príncipe tan temido, y si morimos en la demanda, nos envidiarán los que sobrevivan el honor de haber peleado como cumplidos caballeros.

—Yo os seguiré, dijo el conde de Denia, y moriré tambien como bueno. Conmigo vendrán muchos aragoneses que buscan el honor con ansia y no temen perder las vidas.

Todos los caballeros deseaban aparecer como valientes, y muchos dijeron lo mismo que habia dicho Bernal de Bearne y despues el conde de Denia. Beltran Güesclin se mordia los labios, hasta que no pudiendo sufrir mas, gritó con una voz de trueno:

—Silencio, señores. El que haya tomado mas castillos, ganado mas batallas y recibido mas heridas que Beltran de Güesclin, ese podrá escribir sobre mi frente la infame nota de cobarde. Me dice el corazon, señores, que si combatimos mañana, el rey perderá su corona, yo seré muerto ó prisionero; mas nada importa mi creencia. Me habeis tratado de cobarde y aun de traidor: mucha lealtad debo tener al rey D. Enrique cuando he sufrido con paciencia un ultraje tan inmerecido. Mañana se da la batalla: mi lanza herirá la primera, y verémos quién es el último que se retira del combate.

—Lo verémos, dijo el bearnés.

—Lo verémos, Beltran de Güesclin, repitió el de Denia con calma.

—Señores, dijo D. Enrique, tengo recibidas mil pruebas de todos los ilustres capitanes que toman asiento en mi consejo; todos me profesan un amor que yo les pago con el alma; todos son valientes en el combate, todos entendidos, y esperimentados son todos. Amo á Bernal como á un hermano, al conde de Denia lo mismo, y no hay un solo caballero en esta estancia que no haya combatido á mi lado, en Francia, en Aragon ó en las Castillas. Yo quisiera dar gusto á todos, hacer el mio que está conforme con el parecer de los mas fogosos, pero me someto en un todo á lo que resuelva Beltran.

—Señor, respondió el breton con dignidad: despues de lo que ha sucedido, no queda otro medio posible que dar mañana la batalla.

—Ahora eres Beltran de Güesclin, dijo el conde de Denia abrazándolo.

—Ahora te conozco, breton, le dijo Bernal de Bearne.

—Y ahora no estoy contento de mí, les respondió el buen capitan.

CAPITULO XVI.

¿Jurais al Dios que nos escucha,
O vencer ó morir?

QUINTANA.

Se dirigió Bernal á su posada ansiando que brillase la aurora para encontrarse frente á frente con el altivo príncipe que habia emponzoñado sus dias. Su imaginacion calenturienta le presentaba un panorama de desolacion y esterminio; y aun creia percibir los ayes de los infelices moribundos que habia derribado su tizona. Entre los despojos sangrientos aparecia de vez en cuando una figura de mujer, y entonces buscaba un cadáver que no aparecia ante sus ojos. A traves de su linterna mgáica todo cambiaba de colores, y habia momentos celestiales en los que solo veia la sonrisa de aquella mujer cariñosa que le miraba con placer. Sus ojos se cerraban entonces para reconcentrar el pensamiento, y era tan feliz, que olvidaba sus dolores y hasta sus celos. Los olvidaba unos instantes, pero renacian de improviso bajo formas mas espantosas.

No eran los celos de Bernal hijos de la incertidumbre y la duda, una realidad los causaba, y una circunstancia fatal les daba mas terrible aspecto. La hermosa de su adoracion estaba en brazos de otro hombre. ¿Y por qué lo estaba? Porque Bernal no le igualaba en poderío. Si hubiera podido ofrecer el bastardo un trono, como el de Inglaterra, á los piés de su hermosa prima, no la hubiera dado su padre á quien la ofrecia una corona sin poseer antes su corazon. Bernal sentia en sí un tormento que muchas veces nos aqueja y no nos atrevémos á esplicárnoslo: Bernal tenia la timidez que tiene un amante que no puede decir á su amada: "por los topacios que te da ese hombre yo te daré ricos diamantes: mis palacios son mas hermosos que los suyos, y mas espléndida mi corte. Yo te ofrezco un amor inmenso, pero rodeado de privaciones: no te digo ven á ser mia para vivir solo en mi amor: adivinaré tu pensamiento y á los rayos de tu hermosura servirán de espléndida aureola las joyas que yo te presente." Ningun monarca de la tierra podia ofrecer mas rica corona á la esposa del príncipe de Gales que la que adornaba su frente.

Estas consideraciones roian los sesos del noble Bernal: es verdad que en algunos instantes alzaba la frente con orgullo y decia: "el príncipe de Gales posee su cuerpo, como esposo: yo soy mas feliz, porque tengo su alma, porque la tengo como amante." Este consuelo se desvanecia, y solo pensaba en la guerra. Al dia siguiente una gran batalla iba á decidir un imperio. ¿Si la lanza de paladin celoso conseguia tocar el corazon de su rival afortunado, no podria el capitan valiente conquistar provincias y provincias, para ofrecer un rico reino á la viuda del muerto príncipe? Así lo concebia Bernal, y así pensaba ejecutarlo.

Mandó llamar á los caballeros, que combatian bajo su enseña, y así que les hubo reunido les habló en la forma siguiente:

—Muy satisfecho estoy, señores, de la amistad que me profesais, y que me habeis probado bien, siguiendo mi humilde pendon. Mañana se da una batalla contra el parecer de Beltran, y yo he tenido una gran parte en que se decidan á darla. Hay un compromiso de honor entre los principales jefes, pues pretende ser cada cual el último que se retire de los peligros del combate. Yo soy uno de ellos, señores, y voy á proponer un juramento. "Jurémos á Dios y á nuestros padres no retirarnos de la batalla mientras quedemos dos con vida; y si queda uno solamente, no se retirará tampoco sin poner en salvo mi pendon.

Todos lo juraron á una voz, y Bernal los despidió afable, encargándoles estuviesen prontos al primer albor de la mañana.

Solo el bastardo llamó á sus pajes mas queridos y les mandó que le trajesen todas sus armas, pues queria elegir por sí mismo las que habia de usar al dia siguiente. Fué obedecido en el instante, y procedió al punto á elegirlas. Tomó una armadura de acero, primorosamente empavonada, regalo que le habia hecho su padre, y que mostraba su sobrenombre en un magnífico sol de oro que destellaba en la coraza. El yelmo tenia cuatro plumas negras, y por cimera un buitre de oro que cebaba su pico y uñas en un leopardo moribundo. Cogió una espada de Toledo que le habia regalado D. Enrique, cuya empuñadura de amatistas tenia la forma de una clava, una daga toda de acero, que le habia dado Beltran Güesclin, y dos lanzas de agudos hierros, fabricadas en Zaragoza. Encargó á sus pajes que le dispusiesen dos caballos negros y andaluces, tan veloces en la carrera como duros en las fatigas, y despues de todo dispuesto los despidió para acostarse.

Apenas habian salido de la estancia, volvió uno de ellos y dijo á Bernal que unos viajeros recien llegados pedian permiso para hablarle. No vaciló Bernal en concederlo, y un momento despues entraron dos caballeros y una dama. Bernal se adelantó á recibirlos, y vió con asombro á Doña Inés entre D. Lope y el buen paje.

—Señora, dijo á la Avendaño: ¿cuando os creia convaleciente en Angulema os hallo á tal hora y en tal sitio la víspera de una batalla?

—He cumplido mi palabra fielmente. Ofrecí no salir de Angulema hasta que lo permitiese el doctor, y he salido con su beneplácito. ¿No me encontrais muy mejorada?

—Sí, Doña Inés, estais mejor; pero las fatigas del viaje pueden haceros mucho daño. ¿Hace mucho que habeis llegado?

—Nuestras mulas están á la puerta, y he preferido descansar en vuestra posada á pedir hospedaje al rey.

—Mucho os agradezco, Doña Inés, una distincion tan honrosa.

—Agradecedla á mi tutor, que ha creido oportuno daros cuenta de la enferma que le encomendásteis; agradecedlo tambien á Enrique, que ha querido devolveros la joya, son sus palabras, que pusisteis á su cuidado, y agradecedlo á vuestra prima que me entregó esta pequeña caja para que os la diera en mano propia.

La huérfana entregó á Bernal un paquete que puso el bastardo sobre la mesa, preguntando luego á Doña Inés:

—¿Cuándo habeis hablado, señora, con la noble princesa de Gales?

—Dos horas antes de dejar á Angulema. La he debido muchas atenciones y no ha dejado de visitarme un solo dia desde que os vinisteis á Castilla. Me ha tratado como á una hermana.

—¿Y como ha quedado la princesa?

—Triste, Bernal; bastante triste. Tal vez la ausencia de su esposo...

—¿Os hablaba de él mucho, señora?

—Muy pocas veces lo nombraba, pero yo sé por esperiencia, que lo que mas siente el corazon está mas lejos de los labios.

Bernal ahogó un hondo suspiro, y continuó Doña Inés:

—Me encuentro bastante cansada, y descaria tomar reposo.

Bernal dió su brazo á la huérfana y la condujo á la habitacion mejor dispuesta de la casa para que descansase en el lecho del capitan la vírgen, esposa y viuda.

Cuando volvió, dijo á D. Lope con afectuosa cortesía:

—Tambien necesitaréis, D. Lope, algunas horas de descanso.

—Si me concedeis la hospitalidad por esta noche.

—Mi casa es vuestra, Sr. de Hinestrosa, y mandais en ella como dueño.

Un paje condujo á D. Lope al aposento menos malo que podia ofrecerle Bernal en su posada de campaña.

—Tambien tengo que pediros un favor, dijo el jóven paje al bearnés así que se quedaron solos.

—Habla, Enrique, con confianza.

—¿Me daréis armas y caballo para presentarme en la batalla?

—Las elegirás á tu gusto.

El paje saludó á Bernal, y se salió del aposento.

Así que se vió solo el bastardo cogió la caja de la princesa, y no encontrando una llavecita que debia servir para abrirla, rompió la cerradura al punto, y envuelta en el pañuelo blanco, que lo deslió al dejar á Angulema, encontró una banda morada con este mote en letras de oro: "ADIOS, ADIOS; HASTA EL CIELO."

Bernal llevó la banda á sus labios, la estrechó contra el corazon y esclamó casi delirante:

—Este color es el emblema de nuestros dolores en la tierra: estas letras las aureolas que nos unirán en el cielo. Puesta sobre mi armadura negra, seré invencible en el combate, y miraré al altivo esposo con compasion y con orgullo.

CAPITULO XVII.

Fortun.... Tiende un velo
Sobre suerte tan fatal.
Macias. No sabe ningun mortal
El fin que le guarda el cielo.
LARRA.

Al mismo tiempo que Bernal se disponia para el combate, exigiendo á sus caballeros un juramento que debia hacerlos formidables, Beltran de Güesclin en su posada reunia á sus particulares amigos. Tenia el breton remordimientos por haberse dejado arrastrar de su amor propio, y haber pospuesto los intereses de D. Enrique y la salud de todo el ejército á su honor, con justa razon ofendido. Solo le quedaba el consuelo de que habia hecho indispensable la batalla la conducta de Bernal de Bearne, del conde de Denia, y de todos aquellos señores que con mas valor que prudencia habian jurado ir solos á atacar la hueste que el príncipe inglés conducia.

Los primeros que se presentaron fueron Villaines y el noble mariscal D'Audrehem: Beltran les recibió con agasajo, y despues de haberles presentado asiento les dijo:

—Desde que se disolvió el consejo me están bullendo en la cabeza las ideas mas contradictorias, y, ¡vive Dios! que me hacen daño. Tengo la conciencia, señores, de que no llevarémos mañana la mejor parte en el combate, y es muy triste ir al enemigo sin la esperanza de vencer.

—Yo creo, replicó el mariscal, que no faltarán mañana héroes; y que si vertemos nuestra sangre, recibirémos á buena cuenta mucha de nuestros enemigos, Beltran.

—Tambien tengo la misma creencia, añadió á su turno Villaines.

—Y yo, dijo Beltran Güesclin, Bernal de Bearne y sus soldados combatirán como leones: el conde de Denia y los suyos no dejarán que desear: pero esos señores genoveses me parecen mas sueltos de lengua que de manos para matar.

—Si hablais ese lenguaje, señor, no dudaré que nuestras gentes se desanimen, y que se presenten en el combate como un rebaño de corderos.

—Hablo este lenguaje aquí, Villaines, porque tengo el convencimiento, de que cualquiera de nosotros marcharémos al enemigo con la frente serena y alta, aunque tengamos la conciencia de no sobrevivir á él.

Güesclin cruzó los brazos sobre el pecho y los tres guardaron silencio. Fueron entrando poco á poco algunos caballeros mas, y cuando estuvieron reunidos todos los que habian sido convocados, se levantó Beltran Güesclin, paseó una mirada satisfecha por la estancia y dijo:

—Mañana, señores, tendrémos un hermoso dia. Cada nacion va á combatir en cierto modo por su cuenta, y no seremos los franceses los que demos menos en que pensar al bravo príncipe de Gales. Tenemos cuentas atrasadas con el heredero de Inglaterra; y ya que no hemos podido ajustarlas en el Poitou ó en la Guiena, no será mal campo el de Castilla. Nosotros hemos asentado á D. Enrique sobre el trono de San Fernando, ganando, señores, á la vez, reputacion, honra y provecho. Si permitimos que de él baje, la honra se trocará en infamia, y con el oro que hemos recibido no tendremos quizá bastante para pagar nuestros rescates. He tirado el guante, señores, á nombre de todos los franceses: lo han recogido Bernal de Bearne y el aragonés conde de Denia; no quedaremos sin honor si son los últimos que pelean; pero mayor honra tendremos descargando el último golpe.

—Beltran ha hablado como quien es, añadió el mariscal, señores; y yo tengo la confianza de que nosotros obraremos como quien somos, como hidalgos. Mañana al despertar la aurora estaréis á punto de combate: el intrépido Villaines nos manda, y la victoria nos sonrie.

—Señores, añadió Beltran, ya es cerca de la media noche, y no estará mal el descanso. Compañeros, hasta mañana.

Todos los caballeros se alejaron, y al ir á salir el mariscal, lo detuvo Güesclin por el brazo y le dijo con tono afable:

—A vos os hablo con el corazon, á los demas con la cabeza.

El mariscal le estrechó la mano y se dirigió á su posada.

Apenas solo el buen breton, se le presentó su escudero y le dijo:

—Me parece, noble señor, que mañana el leopardo inglés y los dos leones de Castilla ensangrentarán uñas y dientes.

—Y segun yo pienso, le respondió Beltran riendo, no van á quedar mas que las colas.

—En quedando uno que lo cuente, y que ese uno sea de nuestro ejército, no se habrá perdido la jornada.

—No exiges mucho á la verdad. ¡Pero si te dan la eleccion á quién dejarás para testigo.

—A Beltran de Güesclin.

—Te lo agradezco mucho, amigo; y como no quiero que tú mueras te prohibo terminantemente que me sigas á la batalla.

—¿Es como merced, ó como singular castigo?

—Dejarte vivir algunos años, no deja de ser un favor.

—Pues guardadlo para otro escudero, porque yo quiero ser contado en el número de los muertos, pero en el de los cobardes nunca.

—Pues hágase tu voluntad.

—¿Qué armadura os vestiréis, señor?

—La de mejor temple.

—¿Y qué espada os ceñiréis?

—La que mas corte.

—Estais lacónico.

—Una armadura debe ser firme, para resguardar; cortante una espada, para herir: no requieren mas condiciones.

El escudero se alejó, Beltran se acostó sobre unos sitiales y se durmió profundamente.

CAPITULO XVIII.

Guerra, guerra. La mágica aurora
De la justa venganza brilló:
Ya el arnes de los árabes dora
Con sus rayos espléndido sol.
MIGUEL GONZALEZ AURIOLES.

El rey D. Pedro está en su tienda y á la puerta velan Fortun y su compañero Garci. El antiguo montero pasea con manifiesto mal humor y Garci se muerde las uñas y silba mas bajo un antiguo canto de guerra. Mira á Fortun y se sonrie al conocer su mal humor.

—Así estoy yo, dijo el montero, para que me vengan con risas, como una corza perseguida por una docena de perros.

—¿Qué tienes, Fortun?

—Casi nada. Los dos enemigos del cuerpo: hambre y sed.

—Ya veo que te quejas de vicio. Has almorzado esta mañana un cuarteron de pan, y corre por allí un arroyo que puedes apurar si es tu gusto.

—¡Un cuarteron de pan en todo el dia! Mucho mas se come un conejo: y por toda bebida agua, como si no hubiera vino en Castilla.

—Trabaja, Fortun, trabaja ahora, que despues recibirás el premio.

Y qué me darán luego, Garci? ¡Me harán, por ventura, condestable, almirante, conde ú obispo?

—No te harán, Fortun, nada de eso; pero beberás todo el vino que pueda resistir tu vientre.

—Si tengo plata con que pagarlo.

—O encuentras quien te lo regale.

Fortun prosiguió sus paseos; mas parándose de repente dijo:

—Mañana, si Dios no lo remedia ó no mete la pata el diablo, tendremos batalla, Garci.

—Así parece, amigo Fortun. Hay muchos hombres en la hueste, que tienen tanta hambre como yo, y que la publican como tú. Los capitanes han dispuesto alimentarnos como á los cuervos, y esta es la principal razon, para apresurar el combate.

—Trabajo me cuesta, Garci, confesarte lo que me sucede; pero á la verdad tengo miedo.

—Eso será el hambre, Fortun. Un pellejo henchido de viento necesita plomo en el fondo para poder tenerse en el pié, y cuando el estómago está vacío suben á la cabeza unos humos que todo lo confunden y ennegrecen.

—Y te parece buen agüero entrar en batalla con hambre? yo me atengo á lo de la caza: *Zorra en principio de cazadero mal agüero.*—Nunca es bueno estarse en ayunas, ó con una parvedad tan corta como la que hemos tomado esta mañana; pero el soldado que pelea para comerse las provisiones que tiene reunidas su enemigo, tiene mucho interes en triunfar. El lobo hambriento salta la cerca sin necesidad de ningun auxilio, y despues de satisfecha el hambre amontona los corderos muertos para salirse del corral.

—Estoy por el lobo repleto.

—Mañana hablarémos, Fortun.

—El que escape con la piel sana, ó el que pueda remendarla al menos....

—Y el que no sirva para otra cosa, se le quemará como un palmito y está terminada la cuestion.

Así hablaron los ballesteros en el esterior de la tienda: por dentro se trataban altos negocios, y el rey D. Pedro rodeado de muchos señores de Castilla, que, ó le habian permanecido fieles ó querian borrar con sus servicios las dudas que podia tener el monarca sobre su pasada conducta, desplegaba toda la energía que habia mostrado en cien ocasiones, y que habia estado amortiguada ó casi estinguida enteramente durante la corta campaña en que perdió cetro y corona, sin ensangrentar una vez su espada en la sangre de los partidarios de D. Enrique.

Duró el consejo algunas horas: el rey reclamó para sí el mando de los soldados castellanos queriendo guiarlos en la batalla con su prestigio y con su ejemplo. Juró ante todos pelear mientras su corazon latiese, ó ceñir de nuevo la corona, ó guardar infortunio y vergüenza bajo la losa del sepulcro. Los caballeros por su parte juraron tambien segundarlo; muchos eligieron hermanos de armas que combatiesen á su lado, y se retiraron dispuestos á conquistar en una batalla el cetro perdido del rey y ricos Estados para ellos.

Fortun y Garci vieron alejarse á todos aquellos señores, y el montero dijo suspirando:

—Algo mejor habrán comido que nosotros.

—Tambien darán mas cuchilladas cuando se empeñe la refriega.

D. Pedro, solo en su aposento, manifestaba viva inquietud, y se asomaba de vez en cuando como para recibir á una persona: sus afanes no tenian éxito, y suspiraba tristemente. Cansado de dar vueltas en valde, se reclinó sobre dos sitiales, y se quedó al punto dormido. Era su sueño bastante inquieto, pero no le abrumaba la pesadilla que en la fatal noche de Burgos. Suspiraba de vez en cuando, entreabrió los ojos y hacia ademan de estrechar contra su corazon algun objeto muy querido. Haria media hora que estaba durmiendo el monarca, cuando penetró en el aposento un hermoso paje, de corta estatura á la verdad, pero con una tez fresca y sonrosada, y tan jóven, que ni un ligero bozo cubria sus mejillas de terciopelo. Se adelantó con veloz paso, llegó á los sitiales en donde el rey reposaba como hemos dicho, y quedó de pié contemplándole: "¡Raquel, Raquel! decia el monarca, tú eres el ángel de mi guarda, tú eres

mi genio tutelar. Si estoy despierto me reanimas con tu sonrisa seductora ó con tu mirada de fuego; si estoy durmiendo, velas á mi lado tiernamente, y te veo, Raquel, en mis ensueños. Y tú sola, tú sola me has amado. Me entregaron á la Padilla unos parientes codiciosos para reinar sobre el monarca; me dió su amor Juana de Castro para que la proclamase mi esposa; tembló del tigre la Coronel, y me acarició en su regazo para traspasarme el corazon. Tú, Rosa de Jerusalem, no me has pedido nada nunca; tú no has encumbrado á tus parientes; tú amas á D. Pedro, y te olvidas del trono que quiere ocupar. Mas ¡ay! si logro en él sentarme, si otra vez ciño la corona, hasta el mismo príncipe de Gales tendrá que postrarse á tus piés. Tú eres un ángel; tú.. eres.. un... áng...el... Ra...quel... me.. a.. Las palabras se fueron apagando entre los labios del monarca, y el paje imprimió los suyos con ternezа sobre la boca de D. Pedro.

A la presion de aquel dulce beso abrió sus ojos el monarca, y fijándolos en el paje esclamo con tierno alborozo:

—¡Raquel!

El paje tiró su sombrero, y cayeron sobre su espalda los sedosos bucles de la judía.

—Soñaba contigo, añadió el rey.

—Lo sé, respondió la judía, sentándose sobre las rodillas del enamorado monarca. Cuando me acerqué á contemplarte, porque es un placer indecible mirar en sueños al que adoramos, tus labios murmuraban mi nombre con el acento del cariño: cada palabra tuya llevaba á mis venas un fuego que las caldea, como el de la fiebre, pero que es un fuego de vida. Contaba los latidos de tu corazon, y me ponia la mano sobre el mio para hacer que latiesen á un tiempo.

—Loca.

—Sí, loca; pero de placer. Nuestro amor es todo ventura; es una rosa sin espinas bajo un cielo azul y sin nubes. ¿Tú tienes celos?

—No, Raquel. Tengo tanta fe en tu palabra como en mi propio corazon; cuando me abruman los cuidados te llamo, y con tu sonrisa inefable refrescas el alma enardecida, como las auras á las flores; cada mirada tuya me reanima, como el sol á las plantas; hasta mi nombre pronunciado por tu boca breve y risueña suena mas dulce á mis oidos.

—Loco.

—Sí, loco; pero de placer.

—La judía pasó su linda mano por el rostro del rey D. Pedro, y con tanto amor como cuidado le estuvo arreglando la barba.

—¿Piensas, Raquel, le dijo el rey, que voy á presentarme en un sarao? Mañana al despuntar la aurora serán estos campos tranquilos, campos de confusion y muerte, y tú aparecerás en ellos, como la huri que da la corona á los que mueren con valor.

—No me has preguntado, D. Pedro, por el éxito de mi mision.

—Te vi tan hermosa y tan amante, que solo pensé en la dicha inmensa de estrecharte contra mi pecho.

—Esto no es justo, señor rey, el enviado debe dar cuenta con solemnidad, al monarca, y voy á cumplir como debo.

Raquel se deslizó de las rodillas, tomó una actitud algo teatral, y dijo ahuecando la voz:

—Rey de Castilla, desafiando con intrepidez los peligros crucé el campo sola y á pié, penetré en Nájera, y llegué á la posada del hombre que podia hacer mucho en favor de la causa del rey D. Pedro. Penetré en su estancia osadamente, y le espliqué en pocas palabras el objeto de mi visita. Se quedó mirándome fijamente como para combinar un recuerdo, y yo quise ayudar su memoria pronunciando el nombre de mi padre. Apenas le oyó, quiso abrazarme.

—¿Y lo permitiste?

—No, D. Pedro.

—Querria mejor perder mi trono, que verte en brazos de algun hombre.

—No le permití que lo hiciera, y le exigí respuesta pronta á mi terminante pregunta. Hablamos sobre las ventajas que reportaria de su traicion, y yo se las reduje á oro. Quiso saber la cantidad. No tiene guarismo, contesté: dejad satisfecha vuestra ambicion señalando la que querais.

—Querrá mi tesoro, Raquel.

—Doscientas mil doblas de oro bien pueden darse por la corona de Castilla.

El rey se levantó de su sitial, y estrechó de nuevo entre su brazos á la seductora judía. No le acogió Raquel como antes; habia descubierto en el monarca una refinada codicia, y la Rosa de Jerusalem tenia sentimientos muy elevados para regatear unas cuantas doblas á la posesion de un rico imperio.

—Recibes con frialdad mi abrazo, Raquel.

—¿No sabes la causa, rey D. Pedro?

—No, Raquel mia.

—Este abrazo que acabas de darme, no es la recompensa de los peligros que he arrostrado impávida por tu amor: es el premio de haber ajustado barato.

—Raquel.

—No quieras engañarme, D. Pedro. Te llaman avaro con razon, y te has achicado mucho á mis ojos. Bien sabes que soy entusiasta, y que el hombre á quien yo venere, ha de ser bravo entre los bravos y entre los espléndidos espléndido. La pequeñez y la medianía se tocan tanto, que se confunden: y ese "*querrá mi tesoro*," rey, me ha llegado hasta el corazon.

La rosa de jerusalem bajó los ojos avergonzada, y el rey D. Pedro quedó mudo, sin atreverse á dar escusas por temor de irritarla mas.

Una luz débil y plateada vino á confundirse con la luz que la lámpara despedia: era el primer rayo de la aurora. Raquel se acercó al rey D. Pedro, le cogió la mano con fuerza, y le hizo salir á campo raso.

—Rey de Castilla, le dijo tendiendo su mano derecha: ya brilla en oriente la aurora que debe alumbrar tu venganza. Si estimas en algo mi cariño, si quieres borrar la fea mancha que has impreso sobre tu frente, pelea como el leon de los desiertos y abate cuanto te resista. Si no sobrepujas á todos, si hay otro mas valiente que tú, te despreciaré, rey D. Pedro.

Yo te juro, Raquel hermosa, que caerán los fuertes guerreros al filo de mi cortante espada como las mieses en Agosto....

—No es bastante; deben caer como las encinas bajo el hacha. Si mueres, yo me sentaré sobre la losa de tu sepulcro, y mis suspiros y mis llantos darán calor á tus cenizas; pero si vives dshonrado, huiré de tí como una sombra, y no estrecharás mas entre tus brazos á esta judía de sangre humilde, pero con un corazon tan heroico como el de María de Molina.

—Ven á mis brazos, ven, Raquel. Mi corazon late en el pecho por tu amor, tambien por mi gloria. Grande quiero ser á tus ojos, tan grande me verás muy pronto, que tendrás que mirar al cielo para encontrarme entre las nubes, iluminado por el sol.

—Toma mis brazos, rey D. Pedro.

—¿Será el último abrazo, Raquel?

—Si así ha de ser, ruego al Altísimo que sea, D. Pedro, por tu muerte.

CAPITULO XIX.

Hurra, cosacos del desierto, hurra;
La Europa os brinda espléndido botin,
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festin.

ESPRONCEDA.

El rosicler de la mañana va tomando vivos colores: desde un gran globo de rubíes parten mil rayos nacarados, que argentan las cimas de los montes, el azul del cielo y los mares. La naturaleza saluda el despertar del nuevo dia, y el canto de los ruiseñores se confunde con el murmurio de la fuente ó de las olas adormidas, que lamen á compas monótono la menuda arena de la playa. Fragantes ramos de jazmines sacuden gotas de rocío sobre una alfombra de violetas, y las auras besan amantes al virginal capullo que tiende sus pétalos ricos de aromas. El gallo despierta al pastor, y dejan los corderos su aprisco, para pacer la yerba húmeda que suele causarles la muerte. Cuelga el trovador el laud con que acompañó tristes endechas, y da el último adios á las rejas que sirven de cárcel á su alma, porque tras ellas está guardada la hermosa vírgen de sus ensueños, ó de sus delirios la esposa. Algun amante desdeñado cierra sus párpados ardientes tras una larga noche de insomnio; y antípoda de la naturaleza duerme al aparecer la luz; porque las sombras simpatizan con las tinieblas de su alma. Dios sonrie desde su aéreo trono y se felicita de haber hecho la mas hermosa de sus creaciones: el hombre repite el *fiat lux* y el *Hosanna* con que saluda al autor de tantos prodigios.

Mas no es el canto de las aves el que hiende las leves auras y es repetido por los ecos. La ronca voz de las trompetas llama á los guerreros dormidos, y la voz del príncipe de Gales comunicaba breves órdenes. Unos visten la menuda cota, ciñen otros bruñidas corazas, sujétanse acerados yelmos, y blanden picas y ballestas. Los caballos saludan al sol como el del afortunado Darío; y con sus herrados piés y manos sacan centellas de las rocas. Recorren á escape los cabos las filas de sus hombres de guerra, y despues todos se reunen á saber el órden de batalla que ha determinado el caudillo.

Cabalga el príncipe de Gales sobre un caballo flor de lino cuya luenga crin y negra cola flotan agitadas por las auras como las hojas de los plátanos. Lleva el príncipe rica armadura con primorosos embutidos, y la visera levantada, para arengar á sus guerreros. Confia la primera batalla á su hermano el duque de Lancaster, compuesta de tres mil guerreros pesadamente armados todos: y servian bajo el mando del duque, Hugo de Carbolay, Nicolas de Aubechicourt, Enrique y Gualtero Huet, Juan de Ebreus, Tomas Daldonne y otros muchísimos caballeros de grande valor y gran fama. Quinientos arqueros ingleses, muy veteranos y muy diestros, reforzaban esta batalla, que condujo el duque de Lancaster sobre la derecha de Nájera. La segunda batalla encargó el príncipe á su primo, á quien acompañaba el señor de Pommier, el noble senescal de Burdeos, Gualtero D'Aubecote, su hermano Othon, el conde de Montleson, el conde de Isle, el señor de Pons, el señor de Mocident, y Focaut d'Archiac, con cuatro mil hombres de armas, que debian pelear con los aragoneses auxiliares del rey de Castilla D. Enrique.

El príncipe se acercó á su primo y delante de la hueste dijo:

—Hoy veré, primo, tus proezas combatiendo contra castellanos.

—Señor, le respondió con desenfado, no tengais duda que iré á ellos con satisfaccion indecible, pues tengo mas gana de encontrarlos que de comer y beber buen vino.

La tercera batalla confió el príncipe á Juan de Chandos, compuesta de cuatro mil hombres de armas y doscientos arqueros al mando del señor de Partenay, y le dijo:

—Mucha confianza tengo en tí, y con justa razon á fé. Seguid á las otras batallas, y si un solo hombre vuelve la espalda, mandadle cortar la cabeza.

Chandos ofreció hacerlo así, y dijo despues á sus soldados:

—Señores, nos conviene pelear como leones para ganar con que mantenernos. No hemos almorzado esta mañana, y si no quedamos vencedores nos acostaremos sin cenar.

El príncipe tomó para sí la cuarta batalla, conservando á su lado al conde d'Armegnac, al seño-

de Labrit, y al noble conde de Pennebroc. La recorrió de fila en fila, y despues de haberlas ordenado dijo:

—Señores, yo os suplico, en nombre de Dios, que mostreis un ánimo heróico y me ayudeis como leales. Habeis sufrido por mi causa grandes privaciones y trabajos; pero si llevamos á fin la empresa, no tendremos de que quejarnos. Si hoy la fortuna me es propicia, todos los príncipes de la tierra se humillarán ante mis plantas: yo reinaré sobre todos ellos, como el árbitro de sus destinos. Tambien os suplico, señores, que no hagais prisioneros castellanos: llamen vuestra atencion Bernal de Bearne, Beltran Güesclin, el mariscal de Francia y sus gentes. Olvidad vuestra hambre, soldados; los manjares están en Nájera, y allí cenaremos esta noche. Ved aquí á Don Pedro de Castilla: él os dará joyas, plata y oro: todo cuanto podeis pensar.

Don Pedro miró al príncipe de Gales, despues á la judía, que con su vestido de hombre estaba cerca del monarca, y confirmó á la hueste inglesa lo que acababa de decir el príncipe.

Chandos se aproximó al de Gales, y le dijo en tono risueño:

—Los soldados de Don Enrique esperan que el sol los caliente para presentar la batalla, pues no se distingue un solo hombre.

El príncipe llamó á un heraldo y le dijo:

—Ve al campo enemigo, y dí al capitan de Güesclin, que se apreste para el combate, si no quiere perder en un dia su reputacion de valiente y la gloria de muchos años.

El heraldo partió al momento y Don Pedro se acercó al príncipe.

—¿Qué vais á decirme, rey de Castilla?

—Que hemos ganado la batalla.

—Muy pronto cantais la victoria, y no se ha disparado una flecha.

—Se han disparado doscientas mil doblas y hay un tercio menos de enemigos. Esto vale por cien mil flechas.

—Empuñad con todo la espada, y tened confianza en el acero.

—No será la que menos corte, ilustre príncipe de Gales.

—O vencedor ó muerto, Don Pedro, dijo en voz baja la judía.

CAPITULO XX.

Que el que está de vicios lleno
Es enemigo mortal
Del que del mal es ajeno,
Mas los buenos de lo bueno
Nunca saben decir mal.

JUAN DE LA ENCINA.

Beltran de Güesclin dormia tan tranquilo la víspera de una batalla como la de una fiesta de corte. Avezado desde muy niño á toda clase de peligros, los veia llegar sin inquietarse, y despues de haber tomado las precauciones, que como general prudente debia no dejar en olvido, así se cuidaba de su vida como de peinarse la barba. No era menos valiente que Beltran el jóven bastardo de Bearne; pero su sangre mas ardiente y el motivo que le impulsaba á desear cruzar su lanza con la del príncipe de Gales no le dejaron dormir mucho. Se levantó antes que amaneciese; llamó por sí mismo á su escudero, y armándose de todas armas se encaminó al alojamiento que ocupaba el noble breton. No encontró obstáculo hasta el aposento en que reposaba Beltran, y habiendo penetrado en él, halló tendido sobre los sitiales á Güesclin respirando como una ballena; y tan profundamente dormido, que bien podian haber disparado cien cañones en la estancia, antes que volviese de su sueño. Bernal le miró con interes, y enjugándole las anchas gotas de sudor, que humedecian su faz morena, esclamó:

—Loco estuvo el conde de Denia, y yo estuve mucho mas loco cuando puse en duda el valor del mas bizarro caballero que calza espuela en este siglo. Soldado valiente en el combate y cauto capitan en el consejo, tuvo mas razon que nosotros, y fué mas leal para su rey. Yo daria mi sangre si á su precio comprara la muerte del príncipe: yo no combato por Don Enrique, ni la santa amistad me anima; combato por hacer morir al rival que mis dias amarga, y me animan amor y celos. ¡Qué bien has hecho, hermosa prima, en remitirme aquesta banda! mi corazon es mas altivo á su contacto y de hoy en adelante mis colores serán morados con franjas de oro. Hoy quedará manchada en sangre, pero no perderá su mérito; y si perezco, algun amigo te la devolverá empapada con la enemiga y con la propia. Hizo una leve pausa Bernal, y añadió despues con voz sonora: Beltran de Güesclin, tú eres un héroe: yo soy un amante desgraciado.

—¿Quién me llama? murmuró Güesclin; y sentándose sobre el sitial dijo al bearnés afablemente:

—Felices dias, amigo Bernal.

—Aun no ha despuntado la aurora.

—¿Y vienes á advertirme, amigo, que no debe dormir el general cuando los demas capitanes velan?

—He venido, Beltran de Güesclin, á solicitar tu perdon.

Beltran llevó sus manos á los ojos, y se los estregó varias veces.

—Sin duda, añadió, que estoy soñando, y se adelantó hácia Bernal á quien tocó en varios parajes.—Pues ¡vive Dios! que toco acero, y que me pareceis mi amigo, el noble Bernal de Bearne.

—No te engañas, bizarro breton. ¿Por qué dudas de la realidad?

—Porque como no me has ofendido, no necesitas que te perdone.

—Estuve imprudente en el consejo, muy imprudente, general.

—En el consejo, repuso Güesclin con voz solemne, cada cual emite el parecer que considera mas oportuno, y debe hacerlo con libertad, con

independencia absoluta. Quizás vosotros deciais bien, y yo estaba obcecado entonces.

—Beltran, siempre tan generoso.

—Bernal de Bearne, siempre tan valiente y al mismo tiempo tan humilde. ¿Pero qué piensas sobre la batalla?

—Pienso pelear mientras haya otro que me acompañe.

—Lo mismo pienso hacer, si Dios no dispone de mí otra cosa. Pero ya que me has quitado el sueño, salgamos á dar una vuelta en derredor de los cuarteles. . . .

Llamó Güesclin á su escudero, se vistió una armadura tosca, pero de un temple singular, ciñó una espada de siete palmos, y dando su brazo á Bernal salió con él del aposento.

Cuando salieron Bernal y Güesclin rayaba apenas el crepúsculo, y algunas estrellas amortiguadas aparecian como fuegos fátuos sobre un fondo de azul turquí. Se aproximaron los capitanes á los diferentes cuarteles, y los centinelas los recibieron con el *qui n vive* acostumbrado. Antes de llegar oian á lo lejos el monótono grito de *alerta*, y entre el ladrido de los perros se perdian sus pasos errantes. No reinaba el bullicio del dia, pero tampoco aquella calma lúgubre y profunda de la noche. Era el bostezar de los que despiertan confundidos con los suspiros, con los ayes mal articulados, y con los gritos casi imperceptibles.

Al desembocar en una plaza vieron un escuadron en línea, cuyas armaduras iluminadas por aquella luz cenicienta que dan las estrellas, el lucero de la mañana, y el primer albor de la misma, tenian un no se qué de fantástico, que les asemejaba á los espíritus que vió batallar Jeremías sobre Jerusalem proscrita. Dos corazones menos intrépidos que los de los dos capitanes se hubieran helado de pavor; pero el bearnés y Beltran Güesclin no habian visto la cara al miedo, ni se atemorizaban por nada.

—¿Qué gente? preguntó Beltran.

—Bonal, respondió un caballero.

—Valientes amigos, dijo el bearnés adelantándose hácia su tropa: el ejército entero duerme, y ya os encontrais á caballo?

—Señor, repuso el caballero: nuestros juramentos son sagrados; somos los primeros en estar prontos á presentarnos al enemigo; tú serás el último, señor, en retirarte del combate.

—Con caballeros como estos, dijo Beltran Güesclin al bastardo, es lícito tener orgullo, y confianza en salir triunfante. Si en vez de quinientos fueran diez mil, yo no temeria á los ingleses.

—Bastantes somos para morir, replicó el caballero con calma.

—¡Y para triunfar! esclamó el bastardo, si no es enemiga la fortuna.

El breton movió la cabeza en signo de duda, y dijo despues á Bernal:

—Esperemos entre estos valientes á que luzca un poco mas el dia, y presentémoslos al ejército como modelo de disciplina y al mismo tiempo de valor.

Bernal y Güesclin se sentaron en las gradas de un monasterio.

CAPITULO XXI.

De un lado nos cerca el Duero,
Del otro Peña Tajada;
La salida está en vencer,
Y en el valor la esperanza.
La sangre de los infieles
Enturbie del Duero el agua.

ABDALLA EL KORAIKI.

La aurora se mostró un poco mas y el primer caballero que llegó á la plaza fué el rey Don Enrique el Segundo. Venia completamente armado y un paje le seguia á algunos pasos, trayendo de la brida al célebre caballo tordo que conocimos en Carmona. A pesar de sus trece años conservaba la misma lozanía, y al eco de un clarin de guerra se gallardeaba como el último dia que lo montó su ilustre dueño, el noble Maestre Don Fadrique. Pero por un privilegio de la edad, y valiéndome de la espresion de un poeta, habia trocado el ébano en plata; mas claro, su piel mezclada de plomo y negro se habia encanecido poco á poco hasta quedar enteramente blanca:

Beltran y el bearnés salieron al encuentro del rey, que les agradeció como era justo su solicitud y su celo, quedando admirado del porte marcial, y sobre todo de la premura con que se habian presentado en línea los pundonorosos caballeros que seguian el pendon de Bernal.

Pocos momentos despues del rey llegó el condestable de Castilla, acompañado del conde de Denia, armados de piés á cabeza, con sus escuderos y dos pajes que sus caballos conducian. Vino despues el mariscal D'Audrehem acompañado de Villaines, y succesivamente otros caballeros, entre los cuales se distinguian Don Pedro Nuñez, Maestre de Calatrava, y Don Pedro Mejía, que era maestre de Santiago.

Se mandaron tocar las trompetas, y los diferentes cuerpos de ejército se fueron reuniendo en el lugar que de antemano se habia designado á cada uno. No era el ánimo de Beltran apresurar un solo momento el combate, y no se dió prisa á salir al campo, persuadido que si se retardaba un solo dia, tendrian que huir los enemigos, sintiendo el aguijon del hambre, que ya les punzaba de cerca.

Bernal, que ansiaba con toda su alma llegar al trance de la lid, no osaba mostrar su impaciencia, por no ofender de nuevo á un hombre cuyo perdon habia solicitado antes: el conde de Denia por su parte conocia la grande injusticia que habia hecho al general breton, y si no llevaba su abnegacion al mismo punto que el bastardo, tenia la prudencia bastante para no promover un nuevo altercado, del que no saldria muy airoso. Don Enrique se acercó á Beltran, y llevándole adonde pudiesen esplicarse sin ser oidos, le preguntó:

—¿Qué piensas, Beltran, sobre dar ó no la batalla?

—Señor, si el inglés nos la pide, no hay otro remedio que darla.

—Si la rehusásemos, Güesclin, perderiamos crédito y prestigio.

—El resultado de una campaña es el que aumenta ó disminuye el crédito de un general: si somos vencidos, señor, perderemos en un solo dia nuestro trabajo y vuestro cetro. Pero no es hora de dudar, y quiero haceros un encargo. No os dejeis hacer prisionero; pues si Don Pedro logra apoderarse de vos, os podeis contar por difunto.

—No me espanta la muerte, Beltran; pero quiero morir matando.

—Si se ha de morir de algun modo, lo considero el menos malo.

—Y el mas digno de un rey, Beltran. El único de morir con honra.

Terminó su conversacion la llegada de un heraldo inglés, que dirigiéndose á los caballeros, á los cuales se aproximaron Don Enrique y Beltran,

—Señor, dijo el heraldo al rey: el príncipe de Gales, mi señor, os reta á batalla campal, y espera una pronta respuesta.

—Heraldo, le replicó Beltran de Güesclin: me parece que el príncipe de Gales, que tú, y que cuantos caballeros le acompañan, están pereciendo de hambre, y que presentais la batalla para conquistar nuestros ranchos.

—Señor, repuso el heraldo á Güesclin; no hay un solo soldado en nuestra hueste, que no se haya comido dos bueyes.... de memoria.

Los caballeros no pudieron detener la risa; y Beltran mandó que trajesen al heraldo algunos nutritivos fiambres y botellas de vino añejo. El heraldo no se hizo rogar, comió como quien tiene hambre, y bebió como quien ha comido bien. Despues le preguntó Güesclin:

—Dime, amigo mio, y no pretendas engañarme: ¿qué tal vino se bebe por allá?

—Señor, el mejor vino que tenemos es el agua pura de un arroyo: y no creo que lo beberemos hasta despues de la batalla.

—Di al príncipe de Gales que mueva su hueste; nosotros vamos á su encuentro.

El heraldo partió á toda brida y Beltran comunicó sus órdenes para que se moviese el ejército. Salió todo fuera de Nájera: Beltran eligió el terreno mas á propósito y procedió á ordenar su hueste.

Colocó en la primera batalla á diez mil guerreros castellanos, bien armados y tan apuestos, que parecian hombres capaces de conquistar un hemisferio. Llamó al condestable de Castilla, le encargó que los acaudillase, y dijo al mariscal D'Audrehem, que fundaba grandes esperanzas en ellos.

—Mariscal, tengo la desgracia de no ver las cosas como vos. Si estas gentes no pelean como tigres, todo lo perdemos en un dia.

Don Enrique se presentó á los castellanos y les habló de esta manera:

—Vuestra voluntad, nobles guerreros, me ha colocado sobre el trono: hoy es la ocasion de defenderme, y de acreditar á los estranjeros, que tiene Castilla hijos valientes, firmes en sus votos y leales. Disparada la primera flecha está la salud en vencer y la esperanza en el valor.

Formada la segunda batalla con los genoveses auxiliares, se aproximó á ellos Don Enrique y les dijo:

—Por Dios, señores, que os mostreis fieles y bizarros. Allí está Don Pedro, que trae un pueblo entero de soldados, y si somos vencidos creed que seréis degollados todos. Espadas y manos teneis: tened, soldados, corazon.

El capitan de los genoveses sonrió, haciendo mil protestas al rey.

Beltran llamó á Guillermo Boitel, al mariscal D'Audrehem, á Villaines, y á otros caballeros franceses, y les dijo:

—Señores, permanezcamos todos juntos con las gentes de nuestro pais: yo no sé lo que sucederá; pero mejor pelearemos reunidos, que diseminados en las filas. Animo y Dios nos conceda la victoria.

Bernal con sus quinientas lanzas eligió un paraje conveniente, y el ejército entero marchó al encuentro de los ingleses.

Las tropas del príncipe avanzaron, divididas en tres batallas, y Enrique de Gales con la cuarta les cerraba la retaguardia.

Dos colinas poco elevadas se levantaban sobre el campo: en la una habia una mujer y un anciano, en la otra un paje, jóven y hermoso como un ángel. Eran, Doña Inés, la judía y el viejo alcaide de Carmona.

CAPITULO XXII.

"Ha de mis valientes, dijo;
Al campo, Aragon, al campo:
Que en los rediles tan solo
Se defienden los rebaños."
Y batiendo los ijares
De su arrogante caballo
Entre los moros metióse
Do quier la muerte llevando.
Era un leon: de su lanza
Era cada bote un rayo,
Que á los rabiosos muslimes
Llenaba el pecho de espanto
Y á tal esfuerzo y bravura
Perplejos y deslumbrados,
Al par las espadas vuelven
Hácia la villa tornando.

José Amador de los Rios.

Las trompas de los dos ejércitos resonaron, y respondieron los corceles con sus relinchos, y los combatientes con los gritos de *Santiago España* los de Don Enrique, y de *San Jorge y Guiena* los del príncipe y de Don Pedro. Empezó la ruda batalla entre los castellanos y las tropas que mandaba el bravo Captal. Don Enrique penetró intrépido en las filas de sus enemigos, y al primer bote de su lanza derribó á un caballero inglés que pretendió cerrarle el paso. Discurriendo de fila en fila, cada bote tendia á un ginete; y antes de haber roto su asta, diez cuerpos muertos eran testigos de la pujanza de su brazo. Tiró en seguida de la espada, cuya hoja, forjada en Damasco habia salido de los talleres del mas acreditado armero, é hiriendo á diestra y á siniestra rompió enteramente la batalla, y se encontró solo á retaguardia del enemigo. Allí fué rodeado por varios ingleses, que pretendian apoderarse de su persona, y Beltran de Güesclin, que lo vió en situacion tan apurada, dijo á su compañero Villaines:

—Vamos en socorro del rey.

La batalla de los franceses avanzó al grito "*de Güeselin*," pero les fué imposible penetrar el muro de hierro que oponian los valientes soldados del príncipe. Bernal de Bearne peleaba contra la batalla de Chandos, y cuando vió en tan grande aprieto á Don Enrique, llamó en alta voz á sus quinientos, que como una nube de granizo se desplomaron sobre el Captal y sus guerreros. La espada del bastardo caia sobre las fuertes armaduras, como un martillo sobre el yunque sacando chispas del acero, y rios de sangre de los corazones ingleses. Rompiendo una selva de picas, logró penetrar hasta el sitio en que D. Enrique peleaba, y derribando del primer golpe á un ballestero, que iba á descargar su hacha de armas sobre la cabeza del rey, gritó:

—D. Enrique de Castilla, descarga sin temor, descarga, que aquí está Bernal de Bearne.

A esta voz amiga, D. Enrique redobló furibundos golpes, y cuando los caballeros del bearnés lograron reunirse á Bernal, ya habia repasado D. Enrique la batalla, y peleaba al lado de Güesclin, que le dijo:

—Señor, ¿por qué buscais la muerte desde el principio del combate? Tened un poco de paciencia, y esperad que llegue la ocasion de perecer ó de triunfar.

—Beltran, contestó D. Enrique, mejor quiero morir en la batalla que ser prisionero ó vencido, Si caigo en manos de D. Pedro, me hará morir como á un ladron; si perezco al filo de una espada, mi tizona me habrá vengado. Quiero dar, Beltran, el ejemplo.

D. Enrique volvió á confundirse entre los enemigos y Beltran Güesclin con los franceses pasó al estremo izquierdo de la línea, para rechazar al duque de Lancaster que se desplomaba sobre ella.

En el momento que Juan de Chandos se vió libre de los bearneses, cargó sobre los castellanos, sin encontrar obstáculo alguno en los veinte mil genoveses, que le vieron desfilar ante ellos sin disparar una saeta. El condestable de Castilla le salió al encuentro, y del primer bote de lanza dejó sin vida á un escudero de Juan de Chandos, llamado Magdalene. Furioso Chandos por la pérdida de un escudero á quien amaba, se lanzó sobre el condestable con otros muchos: y tantos golpes le descargaron, que roto el escudo en pedazos, y abollados yelmo y coraza, cayó en tierra casi sin sentido. D. Enrique que no estaba lejos y que amaba mucho al condestable, puso espuelas á su caballo, y seguido de algunos escuderos que se hallaban á su alrededor, se abrió paso entre los enemigos; y haciendo retirar á Chandos y á su batalla un tiro de dardo, levantó del suelo al condestable, y volviéndole á montar al punto sobre un poderoso caballo, le dijo:

—Valiente condestable, te has portado como quien eres: si todos pelearan como tú, por nuestra tendriamos la victoria.

Beltran Güesclin y sus franceses peleaban con el de Lancaster, como una manada de leones, formando un escuadron cerrado; todos los esfuerzos de los enemigos eran inútiles, y los golpes de sus hachas de armas hacian saltar las armaduras y cercenaban miembros enteros. El mariscal D'Audrehem, Villaines, y el formidable Güesclin, peleaban mezclados con los suyos; pero se conocian sus golpes por la profundidad de las heridas que en sus enemigos causaban.

—Bernal de Bearne combatia contra el Captal y contra Chandos, y aunque deseaba con ardor atacar la reserva del príncipe, no se aventuraba á desamparar la defensa de los castellanos, y callaba la voz de sus celos ante la amistad y el deber. Su armadura negra reflectaba los rayos del sol con una luz siniestra y lúgubre, y las letras de oro de su banda parecian ser la despedida que los moribundos hacian á sus esposas y á sus madres. Conociandolos los enemigos por las plumas negras de su penacho, y lo veian pasar como un torrente abriendo cauce en su carrera. La espada de Bernal no brillaba, porque la sangre la enrojecia, y estaba empapado su guantelete en la que su puño bañaba. Doña Inés veia desde su colina los nobles hechos del bastardo, y LA ROSA DE JERUSALEM se preguntaba quién era aquel rayo de la guerra, estando corrida porque D. Pedro no tomaba parte en la lid.

—Miraba el príncipe de Gáles la resistencia de los castellanos, que peleaban contra el Captal y Juan de Chandos, y estaba admirado de ver la intrepidez con que Beltran y sus compañeros de armas apretaban al duque de Lancaster, hasta el punto de hacerle replegarse sobre el centro de toda la línea. Inquieto por una resistencia, que se iba cambiando en acometida, mandó que tocasen los clarines, las chirimías, y unas grandes trompetas de plata, que resonaban á lo lejos como los truenos en las nubes; y escuadronando su reserva la mandó avanzar rápidamente contra la hueste de D. Enrique, gritándoles con ronca voz:

—Si yo no desenvaino la espada, no tendrá fin este combate ni se asentará el rey D. Pedro sobre el trono de sus mayores. Conducidme adonde haya mas enemigos, y sobre todo mas valientes. Marchemos contra aquel escuadron, que tan cerrado permanece, y juro á san Jorge y á mi padre desbaratarlo si no muero.

Los escuadrones se precipitaron, y el príncipe marchaba á la cabeza, acompañado del rey D. Pedro, del conde de Armaignac, del señor de La-

—¿Qué piensas, Beltran, sobre dar ó no la batalla?

—Señor, si el inglés nos la pide, no hay otro remedio que darla.

—Si la rehusásemos, Güesclin, perderiamos crédito y prestigio.

—El resultado de una campaña es el que aumenta ó disminuye el crédito de un general: si somos vencidos, señor, perderemos en un solo dia nuestro trabajo y vuestro cetro. Pero no es hora de dudar, y quiero haceros un encargo. No os dejeis hacer prisionero; pues si Don Pedro logra apoderarse de vos, os podeis contar por difunto.

—No me espanta la muerte, Beltran; pero quiero morir matando.

—Si se ha de morir de algun modo, lo considero el menos malo.

—Y el mas digno de un rey, Beltran. El único de morir con honra.

Terminó su conversacion la llegada de un heraldo inglés, que dirigiéndose á los caballeros, á los cuales se aproximaron Don Enrique y Beltran,

—Señor, dijo el heraldo al rey: el príncipe de Gales, mi señor, os reta á batalla campal, y espera una pronta respuesta.

—Heraldo, le replicó Beltran de Güesclin: me parece que el príncipe de Gales, que tú, y que cuantos caballeros le acompañan, están pereciendo de hambre, y que presentais la batalla para conquistar nuestros ranchos.

—Señor, repuso el heraldo á Güesclin; no hay un solo soldado en nuestra hueste, que no se haya comido dos bueyes.... de memoria.

Los caballeros no pudieron detener la risa; y Beltran mandó que trajesen al heraldo algunos nutritivos fiambres y botellas de vino añejo. El heraldo no se hizo rogar, comió como quien tiene hambre, y bebió como quien ha comido bien. Despues le preguntó Güesclin:

—Dime, amigo mio, y no pretendas engañarme: ¿qué tal vino se bebe por allá?

—Señor, el mejor vino que tenemos es el agua pura de un arroyo: y no creo que lo beberemos hasta despues de la batalla.

—Di al príncipe de Gales que mueva su hueste; nosotros vamos á su encuentro.

El heraldo partió á toda brida y Beltran comunicó sus órdenes para que se moviese el ejército. Salió todo fuera de Nájera: Beltran eligió el terreno mas á propósito y procedió á ordenar su hueste.

Colocó en la primera batalla á diez mil guerreros castellanos, bien armados y tan apuestos, que parecian hombres capaces de conquistar un hemisferio. Llamó al condestable de Castilla, le encargó que los acaudillase, y dijo al mariscal D'Audrehem, que fundaba grandes esperanzas en ellos.

—Mariscal, tengo la desgracia de no ver las cosas como vos. Si estas gentes no pelean como tigres, todo lo perdemos en un dia.

Don Enrique se presentó á los castellanos y les habló de esta manera:

—Vuestra voluntad, nobles guerreros, me ha colocado sobre el trono: hoy es la ocasion de defenderme, y de acreditar á los estranjeros, que tiene Castilla hijos valientes, firmes en sus votos y leales. Disparada la primera flecha está la salud en vencer y la esperanza en el valor.

Formada la segunda batalla con los genoveses auxiliares, se aproximó á ellos Don Enrique y les dijo:

—Por Dios, señores, que os mostreis fieles y bizarros. Allí está Don Pedro, que trae un pueblo entero de soldados, y si somos vencidos creed que seréis degollados todos. Espadas y manos teneis: tened, soldados, corazon.

El capitan de los genoveses sonrió, haciendo mil protestas al rey.

Beltran llamó á Guillermo Boitel, al mariscal D'Audrehem, á Villaines, y á otros caballeros franceses, y les dijo:

—Señores, permanezcamos todos juntos con las gentes de nuestro pais: yo no sé lo que sucederá; pero mejor pelearemos reunidos, que diseminados en las filas. Animo y Dios nos conceda la victoria.

Bernal con sus quinientas lanzas eligió un paraje conveniente, y el ejército entero marchó al encuentro de los ingleses.

Las tropas del príncipe avanzaron, divididas en tres batallas, y Enrique de Gales con la cuarta les cerraba la retaguardia.

Dos colinas poco elevadas se levantaban sobre el campo: en la una habia una mujer y un anciano, en la otra un paje, jóven y hermoso como un ángel. Eran, Doña Inés, la judía y el viejo alcaide de Carmona.

CAPITULO XXII.

"Ha de mis valientes, dijo;
Al campo, Aragon, al campo:
Que en los rediles tan solo
Se defienden los rebaños."
Y batiendo los ijares
De su arrogante caballo
Entre los moros metióse
Do quier la muerte llevando.
Era un leon: de su lanza
Era cada bote un rayo,
Que á los rabiosos muslimes
Llenaba el pecho de espanto
Y á tal esfuerzo y bravura
Perplejos y deslumbrados,
Al par las espadas vuelven
Hácia la villa tornando.

José Amador de los Rios.

Las trompas de los dos ejércitos resonaron, y respondieron los corceles con sus relinchos, y los combatientes con los gritos de *Santiago España* los de Don Enrique, y de *San Jorge y Guiena* los del príncipe y de Don Pedro. Empezó la ruda batalla entre los castellanos y las tropas que mandaba el bravo Captal. Don Enrique penetró intrépido en las filas de sus enemigos, y al primer bote de su lanza derribó á un caballero inglés que pretendió cerrarle el paso. Discurriendo de fila en fila, cada bote tendia á un ginete; y antes de haber roto su asta, diez cuerpos muertos eran testigos de la pujanza de su brazo. Tiró en seguida de la espada, cuya hoja, forjada en Damasco habia salido de los talleres del mas acreditado armero, é hiriendo á diestra y á siniestra rompió enteramente la batalla, y se encontró solo á retaguardia del enemigo. Allí fué rodeado por varios ingleses, que pretendian apoderarse de su persona, y Beltran de Güesclin, que lo vió en situacion tan apurada, dijo á su compañero Villaines:

—Vamos en socorro del rey.

La batalla de los franceses avanzó al grito "*de Güeselin*," pero les fué imposible penetrar el muro de hierro que oponian los valientes soldados del príncipe. Bernal de Bearne peleaba contra la batalla de Chandos, y cuando vió en tan grande aprieto á Don Enrique, llamó en alta voz á sus quinientos, que como una nube de granizo se desplomaron sobre el Captal y sus guerreros. La espada del bastardo caia sobre las fuertes armaduras, como un martillo sobre el yunque sacando chispas del acero, y rios de sangre de los corazones ingleses. Rompiendo una selva de picas, logró penetrar hasta el sitio en que D. Enrique peleaba, y derribando del primer golpe á un ballestero, que iba á descargar su hacha de armas sobre la cabeza del rey, gritó:

—D. Enrique de Castilla, descarga sin temor, descarga, que aquí está Bernal de Bearne.

A esta voz amiga, D. Enrique redobló furibundos golpes, y cuando los caballeros del bearnés lograron reunirse á Bernal, ya habia repasado D. Enrique la batalla, y peleaba al lado de Güesclin, que le dijo:

—Señor, ¿por qué buscais la muerte desde el principio del combate? Tened un poco de paciencia, y esperad que llegue la ocasion de perecer ó de triunfar.

—Beltran, contestó D. Enrique, mejor quiero morir en la batalla que ser prisionero ó vencido, Si caigo en manos de D. Pedro, me hará morir como á un ladron; si perezco al filo de una espada, mi tizona me habrá vengado. Quiero dar, Beltran, el ejemplo.

D. Enrique volvió á confundirse entre los enemigos y Beltran Güesclin con los franceses pasó al estremo izquierdo de la línea, para rechazar al duque de Lancaster que se desplomaba sobre ella.

En el momento que Juan de Chandos se vió libre de los bearneses, cargó sobre los castellanos, sin encontrar obstáculo alguno en los veinte mil genoveses, que le vieron desfilar ante ellos sin disparar una saeta. El condestable de Castilla le salió al encuentro, y del primer bote de lanza dejó sin vida á un escudero de Juan de Chandos, llamado Magdalene. Furioso Chandos por la pérdida de un escudero á quien amaba, se lanzó sobre el condestable con otros muchos: y tantos golpes le descargaron, que roto el escudo en pedazos, y abollados yelmo y coraza, cayó en tierra casi sin sentido. D. Enrique que no estaba lejos y que amaba mucho al condestable, puso espuelas á su caballo, y seguido de algunos escuderos que se hallaban á su alrededor, se abrió paso entre los enemigos; y haciendo retirar á Chandos y á su batalla un tiro de dardo, levantó del suelo al condestable, y volviéndole á montar al punto sobre un poderoso caballo, le dijo:

—Valiente condestable, te has portado como quien eres: si todos pelearan como tú, por nuestra tendriamos la victoria.

Beltran Güesclin y sus franceses peleaban con el de Lancaster, como una manada de leones, formando un escuadron cerrado; todos los esfuerzos de los enemigos eran inútiles, y los golpes de sus hachas de armas hacian saltar las armaduras y cercenaban miembros enteros. El mariscal D'Audrehem, Villaines, y el formidable Güesclin, peleaban mezclados con los suyos; pero se conocian sus golpes por la profundidad de las heridas que en sus enemigos causaban.

—Bernal de Bearne combatia contra el Captal y contra Chandos, y aunque deseaba con ardor atacar la reserva del príncipe, no se aventuraba á desamparar la defensa de los castellanos, y callaba la voz de sus celos ante la amistad y el deber. Su armadura negra reflectaba los rayos del sol con una luz siniestra y lúgubre, y las letras de oro de su banda parecian ser la despedida que los moribundos hacian á sus esposas y á sus madres. Conociandolos los enemigos por las plumas negras de su penacho, y lo veian pasar como un torrente abriendo cauce en su carrera. La espada de Bernal no brillaba, porque la sangre la enrojecia, y estaba empapado su guantelete en la que su puño bañaba. Doña Inés veia desde su colina los nobles hechos del bastardo, y LA ROSA DE JERUSALEM se preguntaba quién era aquel rayo de la guerra, estando corrida porque D. Pedro no tomaba parte en la lid.

—Miraba el príncipe de Gáles la resistencia de los castellanos, que peleaban contra el Captal y Juan de Chandos, y estaba admirado de ver la intrepidez con que Beltran y sus compañeros de armas apretaban al duque de Lancaster, hasta el punto de hacerle replegarse sobre el centro de toda la línea. Inquieto por una resistencia, que se iba cambiando en acometida, mandó que tocasen los clarines, las chirimías, y unas grandes trompetas de plata, que resonaban á lo lejos como los truenos en las nubes; y escuadronando su reserva la mandó avanzar rápidamente contra la hueste de D. Enrique, gritándoles con ronca voz:

—Si yo no desenvaino la espada, no tendrá fin este combate ni se asentará el rey D. Pedro sobre el trono de sus mayores. Conducidme adonde haya mas enemigos, y sobre todo mas valientes. Marchemos contra aquel escuadron, que tan cerrado permanece, y juro á san Jorge y á mi padre desbaratarlo si no muero.

Los escuadrones se precipitaron, y el príncipe marchaba á la cabeza, acompañado del rey D. Pedro, del conde de Armaignac, del señor de La-

brit, de los senescales de Poitiers y Burdeos, del Sr. de Mocident, del conde de l'Isle, de los Sres. de Pons, de Aubecote y de la Riolle, y del noble Ricardo de Rayves. Seis mil hombres de armas escogidos componian este cuerpo de batalla, tan formidable por su número como por el esfuerzo individual de los caballeros que en él iban.

El rey D. Pedro de Castilla se llegó al príncipe de Gales y le dijo:

—Permitid, señor, que yo sea el primero en atacar á los castellanos de D. Enrique. Conozco bien aquellas banderas; son las de Toledo, Sevilla y Burgos, y quiero mostrar á estas ciudades el mucho cariño que las tengo, por haberse entregado á Enrique de la manera mas villana.

—Tomad tres mil hombres, señor, le contestó el príncipe de Gales, y obrad con ellos como os plazca.

D. Pedro hizo tremolar su bandera, y á la cabeza de los ingleses cayó sobre los castellanos, gritándoles:

—¡Traidores! cobardes! mal nacidos! me habeis arrojado de mi trono para sentar en él á un bastardo; ahora moriréis todos sin remedio, pues el que sobreviva al combate será ahoreado como un ladron.

Habia salido al encuentro del rey un caballero toledano, pero al verlo venir lanza en ristre se le heló la sangre en las venas, y en vez de esperar el rudo choque, se volvió gritando á la hueste:

—Locos! locos! ved á nuestro señor natural, hijo de legítimo matrimonio: el que combata contra él ajustará cuentas con el verdugo.

El nombre de D. Pedro en España era respetado y temido: los mas ilustres ricos homes lo pronunciaban con respeto, y los que conspiraban á su espalda, se inclinaban en su presencia. Es verdad que en muy pocos dias habia perdido todo el reino, y que su conducta en aquel trance no estuvo de acuerdo con el arrojo en cien ocasiones desplegado, pero cualquiera que hubiera sido su comportamiento en una ocasion tan solemne, le veian venir, como á D. Sancho el gordo, con el acero desenvainado y no se atrevian á esperarlo. El mas espantoso desórden se estendió por todas las filas: el infante D. Tello, tan conspirador y ambicioso como fementido y cobarde, fué de los primeros en huir, arrastrando á los castellanos, que creyeron hallar salvacion en los piés, cuando podian alcanzar la victoria con el filo de las espadas.

Empujándose unos á otros se precipitaron al rio de Nájera, que entre ellos y la ciudad corria; y los que no se ahogaron en sus aguas, perecieron á manos inglesas: siendo muy pocos los que llevaron á Toledo la nueva de tan gran derrota.

El rey D. Enrique combatia como bizarro caballero, y antes se habia embotado el filo de su espada que perdido fuerzas su brazo. Resuelto á no sobrevivir á la derrota de su ejército, buscaba la muerte llevándola, sin reparar que estaba solo entre millares de enemigos. Beltran y los suyos combatian siempre con la batalla de Lancaster, y secundaba la fortuna la heroicidad de sus esfuerzos. Alguna esperanza tenia Güesclin, cuando llegó un escuadron á escape y le notició la huida de los guerreros castellanos. El breton se mordió los labios hasta hacer que brotasen sangre, y buscando á Villaines entre las filas, le dijo:

—Ya estais viendo, noble señor, como los castellanos lo han hecho y los traidores genoveses: los primeros huyen como cabras; los segundos están inmóviles sin disparar un solo dardo; y seguramente de concierto con el rey D. Pedro y con el príncipe. Malditos sean unos y otros.

—Al diablo pueden irse juntos, respondió el bizarro Villaines, pues sufriremos hoy por ellos grandes peligros, y lo que es peor, grande vergüenza. Buscad, Güesclin, á D. Enrique, y sacadlo de la batalla; porque si D. Pedro le aprisiona, le hará morir infamemente. Nosotros nos defenderemos mientras podamos, para que no puedan decirnos nunca que hemos sido cobardes ó infieles.

Beltran siguió al punto el consejo, y abriéndose paso con la espada logró encontrar al rey D. Enrique y al mariscal D Audrehem, que juntos estaban combatiendo. Cogió Güesclin por las riendas el caballo del rey y sacándole de la batalla le dijo:

—Rey noble y valiente, poneos en salvo sin tardanza, porque los soldados castellanos han hecho traicion. Aquellos hombres vestidos de hierro: aquellos hombres que eran bastantes para conquistar cien imperios: aquellos hombres que hacian alarde de su pujanza y su hidalguía, se han puesto en fuga como mujeres, los unos perdiéndose en los bosques, los otros precipitándose en el rio. Hemos perdido la batalla, rey D. Enrique, hemos perdido la batalla por haber seguido el consejo de ese loco conde de Denia; pues si se me hubiera creido, en otra situacion estaríamos y otros serian sus resultados. Habeis peleado, D. Enrique, como el paladin mas bizarro: mas ya no os queda otro remedio que la fuga, y salvad con vos la esperanza de vuestros amigos leales. Huid, D. Enrique, huid del campo. Si vuestro hermano logra cojeros os hará morir como á un asesino. Poned espuelas al caballo, pues no hay esperanza de victoria.

—Leal y valiente caballero, replicó el rey á Güesclin, qué sucederá entonces de tí, que tan hidalgamente me has servido? ¿Dejaré yo solo en el peligro á quien he conducido á él?

—No penseis en mí un solo instante. Yo deseo morir, si Dios lo permite; pero no quiero que perezcais. Bastante habeis perdido, señor, con un trono y una corona: bastante os quita el rey D. Pedro.

—Por Dios, que mientras tenga vida blandiré la espada contra D. Pedro, y tomaré justa venganza en los escuadrones ingleses.

Picó D. Enrique á su caballo, sin que pudiera Beltran detenerlo, y los enemigos caian á los golpes de su cortante espada como las ramas de la encina bajo la segur del leñador. Juan Chandos, el valiente Juan Chandos esquivó el encuentro del rey, que llamaba á singular combate al otro rey, para que decidiese la espada cuál habia de reinar en Castilla.

Beltran, reunido con Villaines y con algunos caballeros seguia los pasos de D. Enrique, y viendo el indomable brio con que se abria paso entre los enemigos derribados, dijo á Villaines:

—Ved un rey digno de gobernar un grande imperio

D. Enrique revolvió el caballo, y habiendo cogido por el cuello á un inglés que le perseguia, se dirigió hácia Beltran Güesclin y le dijo:

—Toma, Beltran, este prisionero y haz de él lo que mejor te plazca. Yo vuelvo al combate, y espero que otros muchos....

—Detenos, señor, le dijo Güesclin, deteniendo de nuevo el caballo, y retirándolo del combate: habeis trabajado como ninguno, y ya vuestro esfuerzo es inútil. Huid, señor, antes que sea tarde.

—¡Huid! gritó tambien Doña Inés, que habia bajado de su colina al ver perdida la batalla; huid, D. Enrique! yo os lo mando

—¿Tú en este sitio, hermana mia? ¿Tú entre los peligros del combate?

—Yo soy la sombra de D. Pedro, y le seguiré por do quiera.

—Apresuraos, dijo Beltran, que los momentos son preciosos.

—Huye, repitió Doña Inés, y prepárate á la venganza.

El rey cedió á tales instancias y puso espuelas al caballo; Doña Inés subió á la colina, y Beltran volvió á la batalla.

Cuando acudió el príncipe de Gales al socorro del Capital y Chandos, que contra los castellanos combatian, reunió Bernal á sus caballeros, mermados por el hierro enemigo, y salió al encuentro del heredero de Inglaterra. Vieron los ingleses con asombro la escasa tropa que venia con tanta arrogancia y denuedo, pero cuando descubrió el príncipe el pendon de Bernal de Bearne, cesó al momento su estrañeza, para hacer lugar al furor. Aflojó las riendas al caballo, y aplicándole las espuelas se precipitó á todo escape contra el formidable bastardo. Así que Bernal le vió venir, se lanzó á su encuentro como un rayo, y aguijoneados por sus celos no tardaron en estar juntos. Ni una palabra se dijeron: cubriéronse sí con los escudos, y puestas en ristre las lanzas se acometieron con tal furia, que las dos astas se rompieron, y cayeron sobre las ancas los dos poderosos caballos. El príncipe vaciló un momento, y Bernal quedó firme en la silla. Repuesto el príncipe del encuentro, tiró la espada de la vaina, y se vino sobre el bastardo, que con su tizona desnuda se adelantaba á recibirle. Tanto los caballeros ingleses como los que seguian al bearnés llegaron al lugar del combate, é impidieron que los dos jefes midieran de nuevo sus armas, arrastrándoles en el torbellino de tantos y tantos combatientes.

El príncipe, ciego de cólera, derribaba cuantos bearneses querian atajarle los pasos, y mas de un inglés pagó caro no haberse separado pronto. Bernal, que habia tenido entre sus manos la presa que mas codiciaba, rugia como herida pantera, y con los ojos fuera del cráneo buscaba al príncipe de Gales, sin herir á sus enemigos, ni parar muchas veces los golpes, que por do quiera le tiraban. Los caballeros del bearnés, comprometidos la noche antes por un sagrado juramento, peleaban solo para morir, cobrando en la sangre enemiga la que derramaban de sus venas.

Ofrecia el campo de batalla un aspecto bastante estraño. Todos los escuadrones ingleses cubrian la llanura, y entre su muchedumbre combatian unos cuantos aragoneses con el conde de Denia al frente, escaso número de castellanos acaudillados por D. Sancho, los caballeros de Bernal, y los franceses que lidiaban con Beltran, D Audrehem y Villaines. Los genoveses, impasibles, conservaban su formacion, y dos damas eran testigos de aquellas escenas de sangre.

Mientras combatian los bearneses contra la reserva del príncipe, se reunió Chandos con Lancaster, y viendo á los pocos franceses y castellanos combatir obstinadamente sin esperanza de socorro, les gritó:

—Por Dios y la Virgen, entregaos á merced del príncipe, ó todos seréis degollados.

La respuesta que dió Beltran, fué echarse de nuevo la visera y acometer con mas furor á los que á su lado se hallaban. El mariscal D'Audrehem, Villaines, el castellano de Tric, y otros pocos, pero valientes, abatian soldados y banderas, cuando llegó el príncipe de Gales, y les gritó:

—Entregaos, señores, pues es locura resistir á un ejército numeroso. Noble mariscal, Beltran, Villaines, entregadme al punto las armas, y no tendréis de que arrepentiros.

D. Pedro llegó al mismo tiempo, y poniéndose delante del príncipe,

—Estos son, dijo, los malvados que me arrojaron de mi trono: dejadme, príncipe de Gales, dejadme tomar mi venganza.

D. Pedro acometió á Beltran, y el breton descargó su espada sobre el escudo del monarca, dividiéndolo en dos mitades. A este tiempo llegó un castellano al servicio del rey D. Pedro, y cogiendo á Beltran por la espalda, le intimó que se le rindiese.

Güesclin echó una mirada en torno, y viéndose solo y á sus amigos prisioneros, se adelantó al príncipe de Gales, y le dijo:

—Tomad, señor, tomad mi espada, porque sois el mas atrevido.

En el estremo opuesto de la línea habian seguido combatiendo los caballeros del bastardo: mas en el momento que Güesclin entregaba su espada al príncipe, dos solos bearneses lidiaban: todos los demas habian muerto. El uno de ellos sostenia con la mano izquierda el pendon, y paraba con la derecha los golpes que le dirigian; el otro solo se curaba de alfombrar el suelo con cadáveres, y de alejar de su compañero cuantos procuraban herirle. Sus esfuerzos fueron inútiles: un hacha de

armas hendió el casco del que sostenia la bandera, y un mar de sangre hirviente y negra, bañó su rostro amoratado. Cayó la espada de su diestra, é iba á apoderarse el inglés del pendon, cuando la espada del bastardo le cortó la mano á cercen, y levantando su bandera, gritó:

—¡Hay algun bearnés en el campo que pueda reunirse á su jefe?

No hubo una voz que respondiese.

—Está cumplido el juramento, dijo Bernal, y á lento trote empezó á apartarse de los ingleses que no pensaron en detenerle. Largo trecho habia recorrido, cuando vió flotar la bandera del vencedor príncipe de Gales, y tirando las riendas al corcel se dijo con acento sordo:

—¡Qué has hecho, Bernal, hasta ahora? Cumplir un sagrado juramento como el último de los nobles que ponian en tí su esperanza. Algo mas te cumple hacer hoy, y la ocasion es oportuna.

Aguijó de nuevo á su caballo, y penetró entre los ingleses hasta llegar al caballero que tenia la bandera del príncipe, y sin darle lugar á resistirse, se la arrancó con firme diestra, y colocándola bajo la suya cruzó el campo á escape tendido, y subió la pequeña colina en la que se hallaba la judía. La Rosa de Jerusalem no habia separado sus ojos del intrépido Bernal de Bearne durante toda la batalla, y al ver la manera bizarra con que se despedia del combate, le preguntó con noble entusiasmo:

¡Como te llamas, paladin, que has combatido heroicamente?

—Me llamo Bernal de Bearne.

El caballo de Bernal habia agotado todas sus fuerzas en la pendiente de la colina y cayó exánime en su cumbre. El príncipe de Gales, acompañado de sus principales caballeros, perseguia de cerca al bastardo, que inmóvil y con frente altiva veia subir á sus enemigos; y teniendo su pendon en alto, hollaba con su firme planta la rica bandera del inglés.

La huérfana miraba desde lejos al héroe, y la judía se postró ante el bastardo, porque á sus ojos era un Dios.

CUARTA PARTE.

LA NOCHE DE MONTIEL.

CAPITULO I.

¡Ay! cuántas veces al arrullo blando
De las tranquilas ondas que al quebrarse
En las desnudas rocas,
Nevado encaje al parecer dejando,
Su pálido reflejo me atraia:
Y fugaces las horas deslizaban,
Hasta que en pos de la citérea diosa
El alba en el oriente sonreia.

J. B. Sandoval.

El manso Betis se desliza como una gran sierpe de plata: el murmurio de sus claras ondas se confunde con el murmurio de los olivos, de los sauces y limoneros; y las flores de sus dos márgenes se retratan en el cristal, dando á las brisas sus aromas y sus matices á los prados. La luna derrama rayos de nácar desde su trono de topacios, y penetrando dificilmente los bosquecillos de laureles y las bóvedas de jazmines, ilumina la frente hermosa de una beldad que se sonrie ó la de un amante que suspira. Rielando sobre el terso lago, parece ondina placentera con manto de aljófar y encajes, y rielando tamdien sobre lágrimas parece la triste diosa del dolor.

En la márgen izquierda del rio descuella un campestre edificio, tan caprichoso y pintoresco como los jardines de Armida. Tiene la figura de una estrella formada por ocho torres góticas, esbeltas y filigranadas, que unidas por ocho galerías á una gigantesca rotonda, completan un conjunto fantástico, cuya elegante crestería es el sutil velo de blonda con que una coqueta se engalana. Risueños verjeles y un parque rodean esta mansion de placeres, y sobre pilas de alabastro vierten surtidores de bronce una menuda lluvia de perlas, formando las fuentes que saltan en rápidos y variados sesgos una techumbre de cristal. En la torre, cuyo pié se baña en las puras aguas del rio, hay un aposento amueblado con todo el lujo del oriente. Ricas alfombras de Baeza, á la sazon muy estimadas, cubrian su pavimento de mármol, y divanes de seda y oro ofrecen descanso y placer. Arden perfumes de la Arabia en cincelados braserillos: crecen las rosas y camelias en brillantes vasos de pórfido, y sus entrelazadas ramas sirven de flotantes cortinas á los graciosos ajimeces. En esta mansion de las gracias ha fijado su planta Marte; pues sobre una mesa de jaspe se ven una riquísima armadura, una espada de fino acero, y dos banderas enrolladas.

Está asomado á un ajimez un jóven de veinte y seis años, alto y esbelto como las palmas en las llanuras de la Siria. Acaricia su diestra mano una barba negra como el ébano, y fija sus ojos de azabache en las corrientes que murmuran. Su pensamiento se retrata, como en un espejo, en sus ojos, y su frente arrugada ó tersa indica la accion de su alma. No admira el azul del firmamento que platea la luz de la luna y un millon de estrellas esmaltan. El verde oscuro de los olivos, el verde amarillo de los limoneros con manchas blancas de azahar, el suave aroma que se aspira, el blando murmullo que se oye, las campanas que repican lejos, las torres del soberbio alcázar que entre vapores se dibujan, las cánticas de los pastores, el sordo ladrido de los perros, el siniestro canto del buho y los suspiros de las auras, no hacen variar su pensamiento ni apartar un punto su vista del tardo curso de aquel rio.

Entra una mujer de puntillas, se llega al jóven en silencio, y subiéndose sobre un divan, asoma su linda cabeza y fija su ardiente mirada en el mismo paraje del rio en que la fija el caballero.

A pocos momentos apoya su mano en la espada del jóven, que no cambia de posicion, y le pregunta:

—¡En que estás pensando?

—En el rio.

—¡Y qué ves en él?

—Su corriente, que camina libre entre praderas hasta llegar al océano.

—¡Qué te recuerda esa corriente?

—La libertad, Raquel, y la guerra.

—Las heridas que recibiste en los gloriosos campos de Nájera, no están cerradas todavia.

—Ninguna de ellas brota sangre.

—¡Los campos de Nájera, Bernal! ¡Qué grande apareciste en ellos! Tu espada hendia las armaduras, como el rayo al robusto roble; y cada golpe de tu acero hacia brotar fuentes de sangre, como la vara de Moises arroyos en los peñascos del desierto. Allí estaban Beltran Güesclin, el rey D. Enrique, el rey D. Pedro, el príncipe de Gales....

—¡Raquel!

—¡Odias mucho al príncipe?

—Mucho.

—¡Todos me parecian pequeños al lado del noble Bernal! Tú eras allí el Dios de la guerra; el Josué de los israelitas. Tan hermoso como Absalon.

—Raquel.

—¡Oh! sí, estabas muy hermoso, Bernal, y tus ojos, bajo la visera, lanzaban rayos como el sol. ¡No me viste caer á tus plantas en la cumbre de la colina....

—Has sido muy buena, Raquel. Los enemigos se acercaban, y yo no pensaba en huir: brotaban sangre mis heridas, y yo no pensaba en restañarla: tú me arrancaste el cautiverio... Cautivo, no; antes hubiera perecido cien veces que ser prisionero del príncipe.

La judía contemplaba al bastardo con el mismo entusiasmo ardiente que le habia visto en la batalla. Por un movimiento maquinal habia cogido una de sus manos, que estrechaba continuamente, sin que reparase en ello el bearnés. Bernal continuó:

—Tú me arrancaste á una muerte cierta, conduciéndome por sendas ocultas hasta una cabaña de pastores. Tú vendaste allí mis heridas y me has traido, débil y doliente, á este retiro misterioso, que el Betis baña con sus ondas y que perfuman limoneros.

—¡Eres aquí feliz, Bernal?

—Si pudiera serlo en el mundo, la felicidad de los ángeles gozaria en tan bello recinto.

—¡Pero pasarás aquí sin pena algunos meses?

—No, Raquel. Estará inquieto Gaston Febo, y llorará mi buena madre.

—¡Tienes madre, Bernal?

—Sí, Rosa de Jerusalem, sí: ella es mi amiga y mi consuelo: la que me conduce á la gloria; porque quiero, hermosa Raquel, que la madre de Bernal de Bearne pueda envanecerse de su hijo.

—Feliz tú; yo perdí la mia en el instante de nacer.

La Rosa de Jerusalem enjugó dos lágrimas tristes, pues el recuerdo de una madre perdida merece regarse con llanto. Despues prosiguió:

—¡Y si yo te rogase, Bernal, que te quedases algun tiempo al lado de tu buena amiga? ¡Si mi felicidad consistiese en mirar al héroe de Nájera? ¡Si te pidiese como pago (no de mis pequeños servicios, que nada valen ciertamente) de mi inquietud y mis dolores, que no te alejases tan pronto, qué harias?

Bernal miró con estrañeza á la Rosa de Jerusalem, y no la replicó palabra. La judía prosiguió:

—Bernal, ¿no te merezco una respuesta?

—Tienes derecho, hermosa Raquel, á mandarme, y estoy obligado á obedecerte.

—No es un mandato el mio, Bernal, es una súplica muy humilde.

—Para el que está obligado, la súplica es el mandato mas solemne. Mi deber es marchar á Francia.

¡Y si te dijese, Bernal, que el corazon de la judía ama á un hombre con frenesí? ¡Si te suplican de rodillas, como lo estoy en este momento....

—Tú de rodillas á mis piés! Levántate, por Dios, levántate.

—No. Déjame permanecer arrodillada y escucha: ¡Si yo te dijese que te amo?....

—¡Tú amarme?

—Sí, Bernal, yo.... te adoro!

El bastardo retrocedió. Raquel permanecio siempre de rodillas y con los brazos estendidos hácia el arrogante guerrero.

—Tú me amas! repitió Bernal.

—Te adoro! esclamó la judía.

El bearnés se acercó á Raquel, la levantó cariñosamente, y continuó la israelita:

—¡Te causa asombro mi cariño? Si conocieras su estension, te daria lástima una mujer tan amante como la tórtola y celosa como la tigre. ¡Has sido amado alguna vez?

El bastardo movió la cabeza, y continuó la judía:

—Si has sido amado cuando niño, mi amor tiene toda la pureza de la infancia: si has sido amado cuando jóven, tiene todo el fuego mi amor de las pasiones juveniles: si has de ser amado cuando viejo, tambien hallarás en mi amor veneracion religiosa que deben inspirar las canas. ¿Cómo me amarás tú, Bernal?

Bernal guardó triste silencio.

—¡No me amas, Bernal?

El bearnés cogió á la judía de la mano, y la condujo á la mesa de jaspe, en la que se hallaba la armadura.

—¡Quieres decirme, prosiguió Raquel despues de haberla contemplado, que un corazon acostumbrado á latir bajo el duro acero, no debe latir al contacto del corazon de una mujer?

—No, Rosa de Jerusalem, no.

—¡Quieres decirme que en los combates será mas débil el guerrero, si se presenta ante sus ojos la imágen de la que idolatra?

—No, Rosa de Jerusalem.

¡Quieres decirme que una mujer temblará a

armas hendió el casco del que sostenia la bandera, y un mar de sangre hirviente y negra, bañó su rostro amoratado. Cayó la espada de su diestra, é iba á apoderarse el inglés del pendon, cuando la espada del bastardo le cortó la mano á cercen, y levantando su bandera, gritó:

—¡Hay algun bearnés en el campo que pueda reunirse á su jefe?

No hubo una voz que respondiese.

—Está cumplido el juramento, dijo Bernal, y á lento trote empezó á apartarse de los ingleses que no pensaron en detenerle. Largo trecho habia recorrido, cuando vió flotar la bandera del vencedor príncipe de Gales, y tirando las riendas al corcel se dijo con acento sordo:

—¡Qué has hecho, Bernal, hasta ahora? Cumplir un sagrado juramento como el último de los nobles que ponian en tí su esperanza. Algo mas te cumple hacer hoy, y la ocasion es oportuna.

Aguijó de nuevo á su caballo, y penetró entre los ingleses hasta llegar al caballero que tenia la bandera del príncipe, y sin darle lugar á resistirse, se la arrancó con firme diestra, y colocándola bajo la suya cruzó el campo á escape tendido, y subió la pequeña colina en la que se hallaba la judía. La Rosa de Jerusalem no habia separado sus ojos del intrépido Bernal de Bearne durante toda la batalla, y al ver la manera bizarra con que se despedia del combate, le preguntó con noble entusiasmo:

¡Como te llamas, paladin, que has combatido heroicamente?

—Me llamo Bernal de Bearne.

El caballo de Bernal habia agotado todas sus fuerzas en la pendiente de la colina y cayó exánime en su cumbre. El príncipe de Gales, acompañado de sus principales caballeros, perseguia de cerca al bastardo, que inmóvil y con frente altiva veia subir á sus enemigos; y teniendo su pendon en alto, hollaba con su firme planta la rica bandera del inglés.

La huérfana miraba desde lejos al héroe, y la judía se postró ante el bastardo, porque á sus ojos era un Dios.

CUARTA PARTE.

LA NOCHE DE MONTIEL.

CAPITULO I.

¡Ay! cuántas veces al arrullo blando
De las tranquilas ondas que al quebrarse
En las desnudas rocas,
Nevado encaje al parecer dejando,
Su pálido reflejo me atraia:
Y fugaces las horas deslizaban,
Hasta que en pos de la citérea diosa
El alba en el oriente sonreia.

J. B. Sandoval.

El manso Betis se desliza como una gran sierpe de plata: el murmurio de sus claras ondas se confunde con el murmurio de los olivos, de los sauces y limoneros; y las flores de sus dos márgenes se retratan en el cristal, dando á las brisas sus aromas y sus matices á los prados. La luna derrama rayos de nácar desde su trono de topacios, y penetrando dificilmente los bosquecillos de laureles y las bóvedas de jazmines, ilumina la frente hermosa de una beldad que se sonrie ó la de un amante que suspira. Rielando sobre el terso lago, parece ondina placentera con manto de aljófar y encajes, y rielando tamdien sobre lágrimas parece la triste diosa del dolor.

En la márgen izquierda del rio descuella un campestre edificio, tan caprichoso y pintoresco como los jardines de Armida. Tiene la figura de una estrella formada por ocho torres góticas, esbeltas y filigranadas, que unidas por ocho galerías á una gigantesca rotonda, completan un conjunto fantástico, cuya elegante crestería es el sutil velo de blonda con que una coqueta se engalana. Risueños verjeles y un parque rodean esta mansion de placeres, y sobre pilas de alabastro vierten surtidores de bronce una menuda lluvia de perlas, formando las fuentes que saltan en rápidos y variados sesgos una techumbre de cristal. En la torre, cuyo pié se baña en las puras aguas del rio, hay un aposento amueblado con todo el lujo del oriente. Ricas alfombras de Baeza, á la sazon muy estimadas, cubrian su pavimento de mármol, y divanes de seda y oro ofrecen descanso y placer. Arden perfumes de la Arabia en cincelados braserillos: crecen las rosas y camelias en brillantes vasos de pórfido, y sus entrelazadas ramas sirven de flotantes cortinas á los graciosos ajimeces. En esta mansion de las gracias ha fijado su planta Marte; pues sobre una mesa de jaspe se ven una riquísima armadura, una espada de fino acero, y dos banderas enrolladas.

Está asomado á un ajimez un jóven de veinte y seis años, alto y esbelto como las palmas en las llanuras de la Siria. Acaricia su diestra mano una barba negra como el ébano, y fija sus ojos de azabache en las corrientes que murmuran. Su pensamiento se retrata, como en un espejo, en sus ojos, y su frente arrugada ó tersa indica la accion de su alma. No admira el azul del firmamento que platea la luz de la luna y un millon de estrellas esmaltan. El verde oscuro de los olivos, el verde amarillo de los limoneros con manchas blancas de azahar, el suave aroma que se aspira, el blando murmullo que se oye, las campanas que repican lejos, las torres del soberbio alcázar que entre vapores se dibujan, las cánticas de los pastores, el sordo ladrido de los perros, el siniestro canto del buho y los suspiros de las auras, no hacen variar su pensamiento ni apartar un punto su vista del tardo curso de aquel rio.

Entra una mujer de puntillas, se llega al jóven en silencio, y subiéndose sobre un divan, asoma su linda cabeza y fija su ardiente mirada en el mismo paraje del rio en que la fija el caballero.

A pocos momentos apoya su mano en la espada del jóven, que no cambia de posicion, y le pregunta:

—¡En que estás pensando?

—En el rio.

—¡Y qué ves en él?

—Su corriente, que camina libre entre praderas hasta llegar al océano.

—¡Qué te recuerda esa corriente?

—La libertad, Raquel, y la guerra.

—Las heridas que recibiste en los gloriosos campos de Nájera, no están cerradas todavia.

—Ninguna de ellas brota sangre.

—¡Los campos de Nájera, Bernal! ¡Qué grande apareciste en ellos! Tu espada hendia las armaduras, como el rayo al robusto roble; y cada golpe de tu acero hacia brotar fuentes de sangre, como la vara de Moises arroyos en los peñascos del desierto. Allí estaban Beltran Güesclin, el rey D. Enrique, el rey D. Pedro, el príncipe de Gales....

—¡Raquel!

—¡Odias mucho al príncipe?

—Mucho.

—¡Todos me parecian pequeños al lado del noble Bernal! Tú eras allí el Dios de la guerra; el Josué de los israelitas. Tan hermoso como Absalon.

—Raquel.

—¡Oh! sí, estabas muy hermoso, Bernal, y tus ojos, bajo la visera, lanzaban rayos como el sol. ¡No me viste caer á tus plantas en la cumbre de la colina....

—Has sido muy buena, Raquel. Los enemigos se acercaban, y yo no pensaba en huir: brotaban sangre mis heridas, y yo no pensaba en restañarla: tú me arrancaste el cautiverio... Cautivo, no; antes hubiera perecido cien veces que ser prisionero del príncipe.

La judía contemplaba al bastardo con el mismo entusiasmo ardiente que le habia visto en la batalla. Por un movimiento maquinal habia cogido una de sus manos, que estrechaba continuamente, sin que reparase en ello el bearnés. Bernal continuó:

—Tú me arrancaste á una muerte cierta, conduciéndome por sendas ocultas hasta una cabaña de pastores. Tú vendaste allí mis heridas y me has traido, débil y doliente, á este retiro misterioso, que el Betis baña con sus ondas y que perfuman limoneros.

—¡Eres aquí feliz, Bernal?

—Si pudiera serlo en el mundo, la felicidad de los ángeles gozaria en tan bello recinto.

—¡Pero pasarás aquí sin pena algunos meses?

—No, Raquel. Estará inquieto Gaston Febo, y llorará mi buena madre.

—¡Tienes madre, Bernal?

—Sí, Rosa de Jerusalem, sí: ella es mi amiga y mi consuelo: la que me conduce á la gloria; porque quiero, hermosa Raquel, que la madre de Bernal de Bearne pueda envanecerse de su hijo.

—Feliz tú; yo perdí la mia en el instante de nacer.

La Rosa de Jerusalem enjugó dos lágrimas tristes, pues el recuerdo de una madre perdida merece regarse con llanto. Despues prosiguió:

—¡Y si yo te rogase, Bernal, que te quedases algun tiempo al lado de tu buena amiga? ¡Si mi felicidad consistiese en mirar al héroe de Nájera? ¡Si te pidiese como pago (no de mis pequeños servicios, que nada valen ciertamente) de mi inquietud y mis dolores, que no te alejases tan pronto, qué harias?

Bernal miró con estrañeza á la Rosa de Jerusalem, y no la replicó palabra. La judía prosiguió:

—Bernal, ¿no te merezco una respuesta?

—Tienes derecho, hermosa Raquel, á mandarme, y estoy obligado á obedecerte.

—No es un mandato el mio, Bernal, es una súplica muy humilde.

—Para el que está obligado, la súplica es el mandato mas solemne. Mi deber es marchar á Francia.

¡Y si te dijese, Bernal, que el corazon de la judía ama á un hombre con frenesí? ¡Si te suplican de rodillas, como lo estoy en este momento....

—Tú de rodillas á mis piés! Levántate, por Dios, levántate.

—No. Déjame permanecer arrodillada y escucha: ¡Si yo te dijese que te amo?....

—¡Tú amarme?

—Sí, Bernal, yo.... te adoro!

El bastardo retrocedió. Raquel permanecio siempre de rodillas y con los brazos estendidos hácia el arrogante guerrero.

—Tú me amas! repitió Bernal.

—Te adoro! esclamó la judía.

El bearnés se acercó á Raquel, la levantó cariñosamente, y continuó la israelita:

—¡Te causa asombro mi cariño? Si conocieras su estension, te daria lástima una mujer tan amante como la tórtola y celosa como la tigre. ¡Has sido amado alguna vez?

El bastardo movió la cabeza, y continuó la judía:

—Si has sido amado cuando niño, mi amor tiene toda la pureza de la infancia: si has sido amado cuando jóven, tiene todo el fuego mi amor de las pasiones juveniles: si has de ser amado cuando viejo, tambien hallarás en mi amor veneracion religiosa que deben inspirar las canas. ¿Cómo me amarás tú, Bernal?

Bernal guardó triste silencio.

—¡No me amas, Bernal?

El bearnés cogió á la judía de la mano, y la condujo á la mesa de jaspe, en la que se hallaba la armadura.

—¡Quieres decirme, prosiguió Raquel despues de haberla contemplado, que un corazon acostumbrado á latir bajo el duro acero, no debe latir al contacto del corazon de una mujer?

—No, Rosa de Jerusalem, no.

—¡Quieres decirme que en los combates será mas débil el guerrero, si se presenta ante sus ojos la imágen de la que idolatra?

—No, Rosa de Jerusalem.

¡Quieres decirme que una mujer temblará a

recuerdo de los peligros en que va á encontrarse algun dia el bien amado de su alma?

—No.

—¿Qué quieres decirme, Bernal?

El bastardo tomó la banda, que le habia enviado la princesa, y la presentó á la judía. Raquel la miró varias veces y leyó, temblando de celos, aquellas letras que decian un: ADIOS, ADIOS, HASTA EL CIELO.

Las negras pupilas de Raquel se inflamaron, como los ojos de una pantera por el castigo enfurecida: sus blancos y menudos dientes se chocaban y se doblaban sus rodillas. Se sucedia en su rostro airado á la palidez de la muerte el rojo carmin de la amapola, y sus dedos crispados tocaban aquella banda misteriosa, que hubiera querido hacer cenizas con los destellos de sus ojos. Bernal la contemplaba absorto: mas haciendo un esfuerzo sobre sí, la preguntó con embarazo:

—¿Qué tienes, hermosa judía?

Raquel dió una carcajada, tan feroz como el rugido de una tigre, y preguntó á su vez:

—¿Estas letras han sido bordadas por la mano de una mujer jóven y hermosa?

—Sí.

—¿Tú quieres salir de este palacio para ir en su busca?

—Ese mote es una triste despedida.

—LA ROSA DE JERUSALEM, dijo un anciano abriendo la puerta de la estancia.

—¿Qué buscas aquí, viejo imbécil?

—Nuestro señor, el rey D. Pedro, llegó á Sevilla hará dos horas.

—¿Qué tengo que ver con el rey?

—Si te asomas á ese ajimez verás una ligera barca, que surca las tranquilas ondas.

—¿Qué me importa esa barca, Jacob?

—El rey D. Pedro viene en ella.

Raquel y Bernal se asomaron á un mismo tiempo al ajimez, y vieron á la luz de la luna un esquife, que se deslizaba por el rio. Bogaban seis robustos remeros, y estaba sentado en la popa un hombre envuelto en una capa negra. Tambien se distinguian en la proa dos ballesteros de la guardia, que se apoyaban en sus mazas para permanecer de pié en presencia del soberano.

La judía dejó el ajimez, y llegándose á Jacob, le dijo:

—Corre, Jacob, recibe al rey, y condúcele á la rotonda. Estaré en ella antes que llegue tu monarca.

Jacob salió sin replicar; la judía se llegó al bastardo, que aun estaba en el ajimez, y le dijo:

—El rey de Castilla es un esclavo de esta judía, de quien tú puedes ser el dueño. El rey de Castilla es un tigre, si yo le mando que lo sea, y es un cordero ante mis plantas. ¿Amas, Bernal, á la mujer que ha bordado esa fatal banda?

El bearnés fijó en la judía una compasiva mirada, y guardó profundo silencio.

—¿No te atreves á contestarme? continuó Raquel.

—¿Por qué me has hecho, esa pregunta?

—Porque si me dices que la amas, antes de dejarte partir te entregaré en manos del rey, y el rey será el tigre, Bernal.

—¿Es una amenaza, Raquel?

—Responde, Bernal, si la amas.

—Permíteme que no responda.

—¿Tienes miedo?

—Raquel, la amo, como aman á Dios los querubes.

—Pues pide á Dios que te proteja.

El bastardo cogió la banda y conduciéndola al ajimez (desde donde habian visto la barca, que al rey D. Pedro conducia), tendió su diestra mano hácia el cielo, y mostrando á la luz de la luna, las letras, dijo á Raquel solemnemente:

—Lee de nuevo esas doradas letras.

—Las sé de memoria, Bernal, y dicen ADIOS, ADIOS, HASTA EL CIELO.

—Aquel es el lugar de la cita. El acero de un buen soldado, y el hacha de un verdugo del rey acorta lo mismo la distancia. Anda, Raquel, que es tarde y puede enfurecerse el tigre.

—Raquel, dijo Jacob apareciendo, el monarca está en la rotonda.

—Adios, Bernal, dijo la judía.

—Adios, Raquel, dijo el bastardo.

LA ROSA DE JERUSALEM y Jacob salieron al punto de la torre, y los cerrojos de la puerta rechinaron al ser corridos.

—¡Pobre mujer! dijo Bernal; me ha considerado grande, heróico, y ahora quiere causarme miedo haciéndome esperar la muerte. Así son todas las mujeres: nos engrandecen á su antojo, y nos abaten por capricho. Nos quieren fuertes, para protegerlas: débiles, para resistirlas. Ni el rey de Castilla ni su dama me apartarán de mis recuerdos, y ahora me parecen mas bellos el rio que murmura y los prados que alfombran flores. Hermosa princesa de Gales, rompe los lazos que te sujetan, busca tu asiento entre los ángeles, que yo iré á buscarte entre ellos, y Dios nos dará un trono mas brillante mil veces que el del rey de la Gran Bretaña.

El bearnés se acostó en un divan, y pensando en su hermosa prima, se durmió con tranquilo sueño, para soñar despues con ella.

CAPITULO II.

Sobre seguridad de vencimiento,
Espera el rey á la infeliz hebrea:
Llega, vuelve á mirarla mas atento,
Y sin contradiccion teme y desea:
Y para que el glorioso rendimiento
Ya de la augusta fortaleza crea,
En la parte mas alta convenidos
Victoria apellidaron los sentidos.

DON LUIS DE ULLOA Y PEREIRA.

El adorno de la rotonda se diferencia solamente del de la torre que hemos visto, en el color de los tapices, de las colgaduras y divanes: por lo demas las mismas flores, los mismos fragantes pebetes, y el mismo orientalismo en todo. Sobre una gran mesa de ágata arde un soberbio candelabro, y sus brillantes luces animan los bordados de los tapices. El rey D. Pedro de Castilla está reclinado en un divan, envuelto siempre en su ancha capa, y en estremo meditabundo. Separado, hacia algunos meses, de la hermosísima judía, ansía estrecharla entre sus brazos, y teme al mismo tiempo verla; porque aquella mujer singular ejerce un poderoso influjo sobre la imaginacion del monarca, á quien infunde juntamente amor, sobresalto y respeto.

A la entrada de la rotonda conversaban Fortun y Garci-Diaz, que son los lebreles predilectos de la jauría del rey D. Pedro.

—No te quejarás ahora, Fortun, dijo el antiguo ballestero, del vinillo de esta comarca, pues hace dos horas que llegamos, y tienes ya la mejor turca, que puede cautivar un hombre.

—No me falta de qué quejarme, le replicó con voz vinosa, pues el mayor placer de una turca no consiste, Garci, en cogerla sino en dormirla en buena cama.

—Por San Jorge, replicó Garci, que solia jurar á lo inglés desde que estuvo en Angulema: por San Jorge, que con el tiempo vas á pedir una litera para moverte de un lado á otro, un sillon de brazos para asiento, una mesa como la del príncipe, y una cama con seis colchones.

—¿Y qué menos debe pedir quien trabajó durante veinte y cinco años en las espesuras de las sierras, y lleva diez, largos de talle, de vestir tan duros arreos, y de recibir cuchilladas? Mal haya mil veces el zorro que abandona su madriguera para meterse á cortesano, el lobo que cambia sus uñas, y el jabalí....

—Pára, Fortun, que si no te corto el resuello, vas á traer aquí mas animales que metió en el arca Noé, el primer borracho del mundo, y por lo tanto tu patrono. Tú debes ser un buen ballestero, gran bebedor; pero siempre firme trabajador, como un jumento, y maton, como yo, Fortun.

—¡Maldita sea la mejor guerra! En esa batalla de Nájera, tan célebre, segun tú dices, todos recogisteis botin, y á mí me rompieron la piel por mas de veinte y cinco parajes: y si no me hago mortecino, el mocito que me sacudia, tenia trazas de no acabar. Pero lo que mas me admiró fué, que el tal buen mozo era un amigo, á quien yo hice grandes favores en un tiempo.

—No hay amistad en las batallas!

—Maldito oficio, Garci-Diaz.

—Es que no lo entiendes aún.

—Pues renuncio á un oficio Garci, que con diez años de aprendizaje no se aprende medianamente.

—Acuéstate en aquel rincon, y cuando hayas dormido un rato serás un hombre mas tratable.

Fortun no se hizo repetir el consejo, y á los dos minutos roncaba como los cañones de un órgano: Garci pasea militarmente.

LA ROSA DE JERUSALEM entra en la perfumada rotonda; mas tan profundamente absorta, que no dirige sus lentos pasos en la direccion de D. Pedro. El rey se estremece al mirarla, estraña aquella distraccion inoportuna, pero no se atreve á interrumpirla. Al llegar al centro de la estancia, parece que la judía despierta, da una vuelta con rapidez, y como sencilla mariposa, toma asiento en el mismo divan, que está ocupado por el rey D. Pedro. Raquel fija en él su mirada, con una mezcla indefinible de indiferencia y resentimiento.

—¿Qué tienes, Raquel? pregunta el rey, queriendo cogerla una mano que ella retiró en el instante.

—Tengo, replicó la judía.... Pero yo no sé lo que tengo.

—Hemos estado ausentes meses, y ni te apresuras á recibirme, ni vienes á buscar mis brazos. Me has hecho esperar algun tiempo....

—Y tú me has hecho esperar mas.

—Entras aquí pálida y triste....

—Estoy enferma.

—Y luego vienes como un pájaro....

—Soy caprichosa.

—Y te quedas como una estatua.

—Repito que soy caprichosa.

El monarca la mira con ceño; Raquel frunce un poco los labios, y tomando una mano del rey, le dice:

—Quieres guerra con la judía?

—Casi no sé que responderte.

—Si quieres guerra, rey D. Pedro, entra al instante en tu barquilla, y desde tu soberbio alcázar decláramela por tus heraldos: si quieres paz la trataremos en este aposento de mi casa, sin embajadores intermedios.

D. Pedro baja la cabeza, y no sabe que responder.

—Para que te decidas pronto, añado, que si me declaras la guerra puedes perder en ella mucho, y decidiéndote por la paz tienes la ganancia segura.

—Permiteme que te haga, Raquel, una pregunta nada mas. ¿Eres dama del rey D. Pedro?

—Contesto con otra pregunta: ¿Has dejado de ser mi amante?

—No, ROSA DE JERUSALEM.

—Yo soy tu dama, rey D. Pedro.

El monarca ciñe con sus brazos el esbelto talle de la jóven, y Raquel recibe las caricias sin devolvérselas al rey.

—Recibes mis ardientes besos con indiferencia, Raquel.

—Me tiene ocupada una idea, y no podré ser cariñosa hasta que la sepas, D. Pedro.

—¿Deseas algun nuevo palacio, algunas joyas ó vestidos?

—No, rey de Castilla. Quiero confesarte una falta, y si no me la perdonas antes, la sepultaré en el silencio.

—¿Qué falta has cometido, Raquel?

—Una falta.

—¿Has fijado tus ojos acaso en el semblante de algun hombre?

—Más, rey D. Pedro de Castilla.

—Raquel, por Dios ó por el diablo, dime esa falta en el momento.

—Si quieres saberla, perdónala.

—¿Que la perdone? no, judía. Tú eres muchas veces mi ángel, pero algunas eres mi demonio.

—Dime esa falta pronto, pronto.

D. Pedro oprime con violencia la blanda mano de Raquel, y ella le dice sonriendo:

—Si sigues apretando, rey, me acardenalarás la mano.

La sonrisa glacial de la judía hiela la sangre del monarca, que suelta la mano de repente, y baja sus ojos aterrados. Raquel prosigue:

—No queréis los hombres que las mujeres seamos francas, y os quejais de nuestra doblez. Vamos á confesar una falta, y en vez de animarnos con halagos, nos atemorizais con violencias. El ser débil, vacila, tiembla; y para contrarestar la fuerza, tiene que acudir á la astucia. Has castigado mi franqueza: nada tengo que confesarte.

—Habla, Raquel, habla, por Dios.

—Ya es muy tarde, rey de Castilla.

—Yo te perdono esa gran falta.

—No necesito tu perdon, supuesto que no la confieso. Por lo demas no ha sido grande, y debia redundar en provecho del rey D. Pedro de Castilla.

—Por Dios, Raquel, que la confieses.

—Mejor es hablar de otra cosa. ¿Cómo has pasado el tiempo en Burgos?

—Mintiendo al príncipe de Gales y á sus malditos caballeros. El uno quiere la Vizcaya; piden los otros sus haberes, y no abandonarán el reino si no les pago enteramente.

—A propósito podia haber servido mi falta, para recompensar al príncipe de una manera singular.

—Habla, Raquel.

—¿Ves, D. Pedro, las manchas moradas que has impreso en mi mano?

—Raquel, dime, dime un secreto....

—Aun siento en ella algun dolor.

—Perdóname, hermosa judía.

—¿Para qué he de decirlo, rey?

—Yo te suplico de rodillas, que pongas término á mi afan y aclares mis siniestras dudas.

La rosa de jerusalem frunce sus sonrosados labios, y dice con impertinencia:

—Suplicármelo de rodillas es señal de arrepentimiento, y quiero mostrarme mas humana que lo has sido tú con Raquel. ¿Te acuerdas de Nájera, rey?

—Fué una magnífica jornada. ¿Qué tal me porté en el combate?

—No del todo mal, rey D. Pedro; mas hubo muchos caballeros que hicieron lo mismo que tú, y algunos que te aventajaron.

—¡Raquel!

—Soy tu dama, rey de Castilla; pero tu cortesana, no. En mí podrás hallar amores, la adulacion en otra parte. Mas hablemos de la batalla. ¿Recuerdas un jóven guerrero que vestia una negra armadura con negras plumas en el yelmo?

—Pueden convenir esas señas á mas de un guerrero, Raquel.

—Daré otra que mas le distingue. Fué el primero que ensangrentó la espada y fué el último en envainarla.

—Muchos pretenden ese honor.

—Muy torpe estás, por Dios, D. Pedro; pero quiero darte otra seña. Al terminarse la batalla se apoderó con diestra audaz del estandarte del inglés.

—Ya le conozco, le conozco. Mi enemigo Bernal de Bearne.

—Mucho has tardado en conocerle.

—¿Qué sabes de Bernal, hermosa?

—Que podia ser tu prisionero.

—¿De qué modo?

—El príncipe de Gales te daria por él la Vizcaya.

—¿Pero en dónde está ese bastardo?

—En mi poder, rey de Castilla.

El rey mira á Raquel absorto; pero no comprende siquiera la posibilidad de que el bearnés esté en manos de la judía. La adquisicion de un prisionero tan distinguido y tan bizarro pondrian á D. Pedro en posicion de pedir un grueso rescate, ó como habia indicado Raquel, de entregarlo al príncipe, que daria la mitad de un reino por humillar al de Bearne. Conocia bastante D. Pedro la intrepidez de la judía, su corazon y su cabeza; pero no podia persuadirse que fuese verdad enteramente lo que acababa de decirle. Deja el divan con inquietud, y pasea mientras la judía se burla de su agitacion.

La rosa de jerusalem podia sacarlo de ella al punto; pero con una malicia de serpiente queria hacer sufrir al monarca, y satisfacia al mismo tiempo su grande orgullo de mujer, considerándose superior al rey D. Pedro de Castilla.

Cruza el rey sus brazos sobre el pecho, y parándose enfrente de Raquel la interroga con su mirada: Raquel sonrie algunos instantes, y dice despues al monarca:

—¿Estás dudando, rey de Castilla, de cuanto acabo de decirte?

—No puedo menos de dudar.

—Pues no hay motivo para dudar.

—¿Bernal en tu poder?

—El mismo. Quien asiste á una gran batalla debe recoger algun despojo, y yo he preferido al bearnés.

—Raquel, yo no puedo creerte.

—¿Y cuando veas ante tus ojos á ese formidable bastardo, me darás crédito?

—Dudaré.

—¿Y cuando lo toques con tu mano y oigas el metal de su voz, me darás crédito?

—Entonces sí.

—Pues sígueme, rey de Castilla.

CAPÍTULO III.

Che ce riguardi la memorie antiche,
Vedrai, che quei che tuoi trionfi ornaro,
T'han posto el giogo e di catene avventa.
Giovanni Guidiccioni.

Bernal duerme tranquilamente, pues la enfermedad de su alma es demasiado crónica ya para perturbarle su sueño, y el peligro que le amenaza no es bastante á debilitar su valor. Dormia Beltran Güesclin la noche antes de la fatal batalla de Nájera con la tranquilidad de un niño, y la venganza de una mujer no causa insomnios al bastardo. El cobarde siempre halló motivos de temer, el valiente descansa en sus fuerzas, y encuentra en su feliz reposo la recompensa del valor.

Se abre la puerta de la torre; Raquel y el rey D. Pedro entran; Bernal permanece durmiendo. La judía conduce al monarca al divan que ocupa el bearnés, y le señala con el dedo aquellas facciones tranquilas, llenas de juventud y hermosas. El rey las mira atentamente, y encuentra en el héroe de Nájera alguna cosa estraordinaria que le conmueve y amedrenta.

—D. Pedro, dice la judía, ¿si te hubieran amenazado con entregarte á un enemigo dormiriais como ese guerrero?

—No, Rosa de Jerusalem.

—Bernal duerme despues de esa amenaza; juzga, D. Pedro de su alma.

La judía se acerca mas al rey, y continúa:

—Rey de Castilla, solo quedas con el bastardo, despiértale cuando te plazca; yo te escucharé desde allí.

Raquel se separa del rey, se acerca á la mesa de jaspe y toma la espada de Bernal: despues sale del aposento.

Solos D. Pedro y el bastardo, el uno continúa su sueño, y el otro no sabe que hacer. Ve el monarca en Bernal de Bearne un enemigo peligroso, y toca el mango de su daga para deshacerse de un golpe del mejor amigo de su hermano; tambien ve en el bastardo de Bearne al enemigo del de Gales, y cree, poniéndole en sus manos calmar el justo resentimiento del príncipe, y conseguir alguna rebaja en los sueldos de los capitanes ingleses. Codicioso el rey de Castilla, sacrificaba con frecuencia sus verdaderos intereses á su sed hidrópica de oro, y hubiera vendido su sangre al peso de ese vil metal.

En un momento de ciego enojo, saca la mitad de su daga, y pone su siniestra mano sobre el corazon de Bernal. Raquel percibe el movimiento, y con la agilidad de una ardilla corre y sujeta la mano del monarca, diciéndole:

—Rey de Castilla, ese jóven que ves dormido, me pertenece todavía, y no te concedo el derecho de vida y muerte sobre él. Quisiste verle, y te he traido; deseas hablarle y no te atreves; yo te pondré en la precision de que lo hagas, ya que Bernal te inspira miedo.

La Rosa de Jerusalem se inclina sobre el rico divan en que descansa el caballero, y con sus dedos de jazmin oprime la nariz del bastardo. Bernal se estremece un instante, abre sus ojos con dulzura, y desaparece Raquel.

La primera mirada de Bernal se fija sobre el rey D. Pedro, que inmóvil habia presenciado la resolucion de la judía. La vista de un hombre en su aposento á una hora tan intempestiva, le causa estrañeza en verdad, pero la manifiesta solamente con un movimiento de cejas. Se sienta despues sobre el divan y pregunta:

¿Queréis decirme, caballero, quién sois, y qué motivo os conduce aquí?

—¿No me conoceis, Bernal de Bearne?

—No por cierto.

—Pues es bien estraño, caballero. Mi nombre es bastante conocido, y habrá pocas gentes en Europa que no le pronuncien con terror.

—Podrá ser todo lo que decís, pero como no me habeis dicho vuestro nombre, ni sobre vuestra frente está escrito, no he podido reconoceros.

—Me llamo D. Pedro el Cruel.

—Podeis tomar asiento, D. Pedro.

—La fria invitacion de Bernal sorprende al rey de tal manera, que guarda silencio y permanece de pié y con los brazos sobre el pecho. El bastardo le muestra un divan, y el rey se sienta con faz torva.

—¿Ya que habeis tenido la bondad de declararme vuestro nombre, añadió el bizarro bearnés, llevaréis la condescendencia hasta el punto de noticiarme á qué causa debo el honor de vuestra visita?

—Bien pudierais adivinarla. Sois mi prisionero....

—Decidme cuándo rendí mi espada ante D. Pedro de Castilla.

—La hubierais rendido ciertamente sin el favor de una judía que ahora os entrega entre mis manos.

—No la hubiera rendido, rey, porque no conozco ningun brazo capaz de sostener esta espada, que ha blandido Bernal de Bearne.

Bernal se dirige á la mesa para mostrar al rey su espada, y no hallándola en su lugar prosigue:

—Eres muy precavido, rey, y la precaucion no es de valientes.

—¿Dudais de mi valor?

—Sí dudo. Sobre esa mesa habia una espada de muy buen acero y muy rica, y antes de despertar al dueño ha desaparecido de ella.

—¡Bernal!

—¡D. Pedro!

—Esa sospecha....

—Está fundada en un hecho, rey. Mas nada importa para el caso; yo no soy vuestro prisionero, ni el prisionero de Raquel. Me salvó la vida esa judía, me ofreció la hospitalidad hasta que sanasen mis heridas: yo la debo eterna gratitud, y se la tendré como noble. Vos tendréisi la bondad de decirme lo que esperais de mí, D. Pedro.

—Nada espero, Bernal de Bearne: sé que sois muy amigo del conde.

—Y lo seré mientras respire.

—Me seria fácil poner término á esa amistad tan acendrada.

—No lo dudo, rey de Castilla, es muy fácil hacer con Bernal lo que con el rey de Granada; y si os asomais á este ajimez, descubriréis hácia la derecha la llanura de la Tablada. A la luz de esa clara luna quizá perciba vuestra vista algunas manchas de roja sangre.

—Para ser estraño á mis reinos conoceis algunos pormenores que os harán concebir justa idea de la persona del monarca, y me miraréis como me miran los naturales del país.

—No sé de qué manera os miran, pero sí puedo aseguraros, que sois á mis ojos un hombre algo mas pequeño que otros.

—¿Habeis oido hablar por ventura de mis ballesteros?

—Sí, D. Pedro.

—¿Y qué sabeis de ellos?

—¿Que son soldados y á la par verdugos.

—No os han engañado, Bernal. Dos de mis mejores ballesteros, en quienes tengo confianza, no se hallan lejos de esta torre.

—Y aquí, D. Pedro de Castilla, hay un corazon que no teme. Poned la mano sobre él; contad sus latidos uno á uno, y veréis son tan iguales como el movimiento de un péndulo. No están aquí aquellos soldados que me acompañaron en Nájera; sus cadáveres insepultos habrán dado pasto á los cuervos; mas está el jefe que los mandaba y que sabe morir sin temblar.

—Hay una notable diferencia de morir con espada en mano, á tender el cuello sobre un tajo para que lo corte un verdugo.

—El resultado es uno mismo; pero si no ha de ser mi muerte á la tibia luz de la luna, dejadme dormir algunas horas, ya que me habeis interrumpido un sueño muy tranquilo y muy seductor.

—¿Y no seria mejor, Bernal, que invirtieseis el poco tiempo que puede quedaros de vida en arreglar vuestros negocios?

—Están arreglados, D. Pedro.

—¿No teneis un padre, Bernal?

—Bien conoceis á Gaston Febo.

—¿Y no querrias participarle tu próximo fin?

—No, D. Pedro. La voz de la fama es bastante, y ella sonará demasiado pronto para una nueva de dolor.

—¿No teneis madre?

—Sí, una madre á quien amo con toda el alma; una que llorará por el hijo de sus amores.

—¿No quieres escribirla?

—No, rey: mandad que me quiten la vida en el silencio de la noche, y que todos guarden el secreto para que mi madre no lo sepa.

—¿No teneis una amante?

—No.

—¿No teneis una amante, Bernal?

—No, rey D. Pedro, no la tengo. Os parece imposible que un hombre viva sin mantener queridas; pero el que cifra toda su gloria en el ejercicio de las armas, no necesita otros amores.

—¿Nada embellece vuestra existencia?

—Nada.

—¿Nada os hace temer la muerte?

—Nada.

—Bernal de Bearne, yo os doy mi palabra de rey de que no tendréis que ver nada con los verdugos de D. Pedro: vuestra cabeza está segura.

—No tengo que daros las gracias. Entregándome á vuestros verdugos, hubierais cometido, D. Pedro, un asesinato muy infame; dejándome libre solo haceis lo que cualquier hombre de honor.

—Libre, es demasiado, Bernal; permaneceréis mi prisionero.

—Con menos voluntad sufriré vuestras cadenas que la muerte; pero con el mismo valor.

—¿Odiais al príncipe de Gales?

El bastardo se mordió los labios, y guardó profundo silencio.

—¿Odiais al príncipe de Gales?

—Como á todo inglés, rey D. Pedro.

—¿Y sentiais con esa indiferencia, de la que haceis continuo alarde, prisionero del noble príncipe?

—¿Yo prisionero del inglés? ¡Jamás! Mirad, D. Pedro, esta bandera: un noble inglés la sostenia, y mil nobles y mil la guardaban. Yo solo, sin un escudero, sin un amigo ni un soldado, penetré por sus escuadrones, y llevé arrastrando el estandarte del heredero de Inglaterra. El que ha puesto su planta audaz sobre los altivos leopardos, el que se ha bañado en la sangre de los ingleses mas ilustres, no puede ser el prisionero de los isleños orgullosos.

—D. Pedro Primero de Castilla tiene contraidas obligaciones con el príncipe, y quiere pagárselas, Bernal. Teniendo que hacerle un presente, considero de mayor mérito vuestra persona, que una cantidad de oro y plata: y como el príncipe conoce lo mucho que valeis, presumo que os recibirá muy contento.

—Es imposible que cometais una accion tan baja y poco noble.

—Quiero hablaros en confianza. Yo ofrecí al príncipe la Vizcaya, y no estoy en ánimo de cedérsela: yo debo gran cantidad de oro al príncipe y á sus caballeros, y no estoy en ánimo de pagárselos. ¿Si poniéndoos en su poder logro que renuncie á Vizcaya y pague por mí algunas doblas, no habré terminado un buen negocio?

—Habréis sido, rey de Castilla, un infame mercader judío, que no estima en nada su honra, y solo tiende á su interés.

—Los judíos saben hacerse poderosos, y no me desagrada su ciencia. Un consuelo podeis tener, y es que os venderé bastante caro.

—No quiero dar crédito, rey, á unas palabras ofensivas para vos que las pronunciais. Los empeños que habeis contraido con el príncipe y sus capitanes habrán mermado, rey D. Pedro, vuestro codiciado tesoro. La fortuna me ha conducido á una situacion complicada, y vos aprovechándoos de ella, y faltando á la ley sagrada de una hospitalidad inviolable, me declarais vuestro prisionero, como si me hubierais vencido en el

dia terrible de Nájera. Yo no se mentir, rey D. Pedro; condeno con ruda franqueza una conducta que jamás hubiera observado el bearnés: pero al mismo tiempo os ofrezco un rescate por mi persona, capaz de saciar la codicia del mas avaro é insaciable.

—¿Qué cantidad señalarias por vuestro rescate, Bernal?

—La que vos designeis, D. Pedro.

—¿Y si no bastan los tesoros de Gaston Febo, vuestro padre?

—Bastarán los del rey de Francia y de mis valientes amigos. Todos los soldados bearneses venderán sus armas y caballos para rescatarme, D. Pedro, porque tienen la confianza, que nuevas armas y caballos conquistarán bajo mi enseña.

—Confieso que tan gran rescate es muy tentador, jóven guerrero; pero me parece mas oportuno que me lo adelante el noble príncipe, y que él aproveche la ganancia.

—Si teneis corazon, D. Pedro; si es del rey Alfonso la sangre que por vuestras venas circula; si estimais en algo el honor de ser nieto de San Fernando, conquistador de esa ciudad que cruza el manso Guadalquivir, y cuyas torres plateadas miramos desde este ajimez, retenedme vuestro prisionero; pero no me entregueis al príncipe.

—¿Es una súplica, Bernal?

—Sí; es una súplica que os hago, y que os agradeceré en el alma. Pedir la vida es cobardía, y yo no soy cobarde, rey; pero temer la esclavitud, es muy propio de un alma grande.

—Me convencen vuestras razones, y si me dais una palabra, no os entregaré al príncipe de Gales, y aun quedaréis en libertad.

—Hablad, D. Pedro de Castilla.

—Es un pequeño sacrificio que considerándolo bien, os tiene mucha cuenta, Bernal.

—Hablad; y si ese sacrificio no imprime alguna mancha en mi honor, me encontraréis pronto á cumplirlo.

—En la gran batalla de Nájera, mandabais quinientos guerreros en favor de mi hermano Enrique.

—Todos murieron peleando.

—¿Me jurais no llevar las armas en ninguna ocasion, ni por ningun grave motivo en favor del conde, mi hermano, y sí traerlas en mi servicio?

—No.

—Si haceis el juramento que os he dicho, en el instante quedais libre; si no, sois prisionero de vuestro mortal enemigo, del noble príncipe de Gales. ¿Qué respondeis?

—Que soy prisionero del heredero de Inglaterra.

—Meditadlo algunos instantes.

—Estoy resuelto.

—Bernal de Bearne, habeis desechado un acomodo muy fácil y muy conveniente.

—Lo desecho, rey de Castilla. Habeis querido entreteneros inspirándome serios temores, dejándome ver esperanzas. Ni me han reanimado las unas, ni debilitado los otros; pero una conducta tan villana no quedará sin recompensa. Hasta hoy habia servido á D. Enrique por amistad á su persona: de hoy en adelante le serviré por odio contra el rey D. Pedro. Si en alguna ocasion solemne recibís de mí grave daño, acordaos de esta hermosa torre, y tendréis presente el motivo.

—Con mover los labios, Bernal, pudiera reducir á humo esas quiméricas amenazas.

—Si me asesinais, rey D. Pedro, no os pagará el príncipe de Gales su rescate cuantioso, que codiciais con tanto empeño.

—Teneis razon, noble bearnes: la muerte acaba los dolores: la esclavitud los eterniza: seréis prisionero del príncipe. Ademas segun malas lenguas, estais perdidamente enamorado de una princesa muy ilustre.

—Callad, D. Pedro.

—No temais, Bernal, que pronuncie su nombre; pero no será lisonjero, para un amante como vos, que os presente ante sus ojos entre el tropel de los vencidos.

—Estais apurando, D. Pedro, toda la hiel de la ironía contra un hombre que no ha recibido una ofensa sin castigarla.

—Queréis atemorizarme, Bernal?

—Lo que deseo, rey de Castilla, es que me dejeis solo en mi estancia.

—Estoy dispuesto á daros gusto. Dos ballesteros de mi guardia pasarán las noches y los dias en la puerta esterior de la torre; y si pretendeis escaparos, harán su deber.

—No lo dudo.

—Por lo demas, si queréis algo....

—Os doy anticipadas gracias.

—Y como nuestra situacion no impide que nos profesemos amistad, os doy mi mano.

—Yo la acepto.

El bastardo coge entre la suya la nervuda mano del rey, y la estrecha con tal violencia, que se muerde D. Pedro los labios para no exhalar un quejido.

—Me estrechais la mano, Bernal, con un cariño, que me pasma.

—Pues tan solo es una leve muestra, rey de Castilla, del estraordinario que os tengo.

—Adios, Bernal.

—Adios, D. Pedro.

CAPITULO IV.

Huye ya, y mira que siento
Por tu dolores sobrados,
Porque con doble tormento
Celos me da tu contento,
Y tu peligro cuidados.

GIL POLO.

Salió D. Pedro de la estancia, y el bastardo quedó entregado á tristísimas reflexiones. ¿De qué le habia servido la gloria conquistada con tan-

to afan en los sangrientos campos de Nájera? De enardecer por un momento el alma audaz de la judía, para que lo mirase como á un Dios, y lo entregase despues inerme en las manos de su enemigo. Miraba con dolor Bernal aquella bandera ganada con un arrojo sobrehumano, y suspiraba amargamente, pensando que dentro de poco iria á poder de su antiguo dueño, no reconquistada en el combate sino vendida por vil oro, siendo el mercader un monarca en Leon y en Castilla imperante. Incapaz el noble bearnes de una conducta poco hidalga, creia sueño lo que habia dicho el rey D. Pedro de Castilla, y hasta le parecia imposible que le hubiese vendido Raquel, como si hallasen medio las mujeres entre el cariño y la venganza.

Siguiendo Bernal las consecuencias de la situacion en que se hallaba, veia con reconcentrado furor al príncipe de Gales gozando en su humillacion aparente. Con el torcedor de esta idea se mesaba barba y cabellos, y hacia que brotasen sus labios gotas de sangre por doquier. Tambien se figuraba su entrada en Angulema ó en Burdeos: y mientras marchaba confundido con los prisioneros de guerra, descubria en el regio balcon á la hermosa princesa de Gales, que procuraba enjugar sus lágrimas; pero que algunas de ellas caian sobre la frente del bastardo.

Con recuerdos tan dolorosos el alma de Bernal ardia, y sus ojos centellantes buscaban la espada de sus triunfos para traspasarse el corazon. Girando por el aposento, se acercó al gracioso ajimez y vió de nuevo al manso rio serpear entre los limoneros con melancólico murmurio. Desde que habitaba Bernal las márgenes del claro Bétis habia encontrado un gran consuelo en contemplar sus límpias ondas, y lo miraba ciertamente como á un amigo cariñoso. En esta noche de amargura veia en sus aguas el triste llanto que por él derramaba el rio; y como menguan los dolores, cuando se comunican y comparten, menguó tambien el del bearnes al aspecto de una hermosa luna y de un raudal puro y sonoro.

Largo tiempo llevaba el bastardo de estar mirando la corriente, cuando percibió un leve ruido y vió despues una barquilla. En su preocupacion de ánimo la creyó quizás un socorro que le enviaba la Providencia; pero se desengañó muy en breve viendo al rey D. Pedro en la popa, envuelto con su negra capa.

La vista del rey de Castilla exasperó al jóven Bernal, y apartándose del ajimez, vió á la judía que penetraba en su aposento, trayendo en su mano la espada que habia echado menos poco antes. El continente de Raquel era mesurado y tranquilo, pero descubrian sus miradas inquietud y remordimientos. Cruzó la estancia con paso firme, colocó la espada sobre la mesa, y vino á sentarse en un divan, haciendo una seña al bastardo para que verificase lo mismo. Bernal la miró con orgullo, cruzó sus brazos sobre el pecho, y apoyando su hermosa cabeza contra una columna de mármol, lanzó á la judía una sonrisa tan despreciativa y amarga, que la pequeña frente de Raquel se cubrió de un sudor tan frio como el que humedece á un cadáver. La Rosa de Jerusalem habia herido al jóven Bernal en lo mas sensible de su alma, y resentido su amor propio, no conservaba á la judía ni gratitud por el afecto que le habia manifestado antes, ni consideraciones por dama. Raquel, á pesar de su gran fiereza, estaba humillada y vencida, y no osaba levantar sus ojos hasta el semblante del guerrero.

A pesar de su humillacion, estaba tan acostumbrada la judía á encontrar recursos en apuradas situaciones, que logró despejar su frente, y mirando al jóven bearnes con impertinencia y cariño le preguntó:

—¿Valiente Bernal, estás enojado conmigo?

—No, Raquel, replicó el guerrero con una sonrisa glacial. No es enojo lo que me inspiras, es un desprecio estraordinario.

La rosa de jerusalem se levantó del rico divan, como si la hubiera herido un áspid; mas sentándose de repente, prosiguió con cierta humildad:

—Mi conducta para contigo ha sido bastante imprudente....

—Bastante infame.

—Sí, Bernal; pero tú conoces los motivos que me han arrastrado á mi pesar, y debes disculparme.

—Raquel, nunca un hombre tiene motivos para no portarse con honor: quizá vosotras, las mujeres, gozaréis de algun privilegio, ó estaréis tan envilecidas, que nada os suponga esa palabra, y entonces en vuestra misma infamia encontraréis una disculpa.

—¿Sabes lo que son celos?

—Sí.

—¿Y al ciego impulso de los celos no cometerias alguna accion, que mas tranquilo reprobases?

—No: nunca. Si la presencia ó la memoria de un rival odioso hace arder la sangre en mis entrañas, procuro hallarle en el combate, y arrancarle en él su corazon; pero si viese á este enemigo desarmado, antes de combatir con él me quitaria yo la armadura: y si hospitalidad me pidiese, estaria tan seguro bajo mi techo, como en el firmamento el sol.

—Un hombre celoso, Bernal, puede retar á su enemigo y apagar con sangre caliente la rabiosa sed que le mata; pero una mujer nada puede.

La judía se engujó una lágrima, y el bastardo guardó silencio. Una leve ráfaga de viento desenrolló un poco la bandera que habia conquistado el bearnés, y á su vista sintió Bernal inflamarse toda su sangre, del mismo modo que se inflama al contacto de una débil luz una grande copa de ron. Dió algunos pasos hácia Raquel, y cogiéndola por la mano la condujo á la mesa de jaspe, que hemos tenido lugar de ver, y mostrándola la bandera,

—Rosa de jerusalem, la dijo: ves esa enseña del noble príncipe que ha de sentarse muy en breve sobre el trono de la Inglaterra? pues esa bandera fué ganada haciendo prodigios de valor, que te deslumbraron, judía: yo hubiera muerto tremolándola sobre las colinas de Nájera, y se hubieran mezclado mis cenizas con las de cien y cien valientes, que allí perecieron batallando bajo mi pendon, que aquí ves. El nombre de Bernal de Bearne hubiera cruzado los vientos como el relámpago de las nubes, y mas allá del Bidasoa hubiera sido repetido por los labios de un serafin. Yo hubiera muerto entre los buenos; pero viviria mi memoria en el alma de una mujer. Tu falsa piedad me sacó del campo lleno de cadáveres: vendaste mis hondas heridas, con las lágrimas en los ojos, y con la perfidia en el alma: me alimentaste para venderme, para ponerme entre las manos del hombre que mas aborrezco, para que el príncipe de Gales entone cánticos de triunfo al ronco són de mis cadenas. Si no fueras una mujer te despedazaria con mis manos.

—Mátame, Bernal, ó perdóname.

—No puedo matarte, Raquel; pero no esperes mi perdon.

—Eres inflexible.

—Lo soy. Si el ángel de la muerte batiese sus negras alas sobre mí, y me dijese: *perdona á Raquel para que el Señor te perdone*, le responderia: *hiere, ángel, y aunque el Señor no me perdone, yo no la perdono, no, no.*

—¿Eres un tigre?

—Soy un hombre á quien has hecho mucho mal.

A estas palabras del bastardo siguió un instante de silencio. La fisonomía de Bernal conservaba una espresion siniestra, en tanto que la de la judía se variaba á cada momento, dejando ver las impresiones que ponian en tortura su alma. Ya se desprendia de sus ojos una lágrima triste ó amarga, hija del dolor ó el despecho, ya sus labios se comprimian con una sonrisa satánica, que hacia nacer la humillacion á que se encontraba reducida, y ya sus miradas descubrian la llama voraz del amor que atesoraba en sus entrañas. Se sentó el bearnés sobre un divan, cruzó una pierna sobre otra, apoyó el codo en la rodilla, y la frente sobre la mano, quedando en profunda meditacion, y sin acordarse quizá de La rosa de Jerusalem que fijamente le miraba. Raquel contempló largo rato el rostro pálido del jóven, leyó el pensamiento del bastardo, y se horrorizó de la lucha que aquel corazon tan altivo, por causa de Raquel, sufria. Nuevas lágrimas asomaron á las pupilas de la hermosa: apartó sus negros cabellos, que flotaban sobre sus mejillas, y dando á su fisonomía un aire de felicidad, de dulce candor y de inocencia, fué á sentarse al lado del bearnés, á quien estrechó tiernamente la robusta mano entre las suyas.

Bernal sintió aquella presion, volvió la cara de repente, y encontrándose con la judía, en quien á la sazon no pensaba, separó su mano en el momento y la rechazó con dureza. La rosa de Jerusalem no se manifestó ofendida, y con voz dulce y cariñosa dijo al bearnés:

—Noble Bernal, ¿por qué me rechazas de este modo?

—Porque me ofenden tus caricias.

—¿Qué encuentras en ellas?

—Encuentro la infame traicion y la falsía. Son tus caricias para mí el beso que dió el mal discípulo al Redentor de los gentiles.

—¿Qué mas ves en ellas, Bernal?

—Veo el remedo de las que has hecho al rey D. Pedro de Castilla, y á otros cien amantes quizá.

—¡Bernal!

—¿Querrás negarme, por ventura, tus livianades con el rey, pues no puedo llamarlas amores?

—No quiero negarte, Bernal, que he sido la dama del rey: son muy públicos mis amores....

Bernal sonrió con desprecio.

—Mis amores repito, Bernal; pues no he sido una cortesana que se vende, he sido una amante que se entrega. Solo el rey D. Pedro ha gozado los encantos de la judía, no porque llevaba una corona, ni porque tenia montes de oro; le amé porque me pareció noble y grande; quizá me cegó mi cariño.

—¿Y despues del rey á quien has amado?

—A tí, Bernal. El rey D. Pedro fué desgarrando poco á poco la venda que me habia cegado, y le ví cual es por desgracia. Tú apareciste rodeado de cien brillantes aureolas, y mariposa fascinada corrí á consumirme en tu luz.

—Hasta que brillase otro astro capaz de oscurecer la mia, como oscurecí la del rey, ó se presentase una ocasion de sacrificarme á D. Pedro, como una víctima expiatoria, ó como inocente holocausto.

—No está consumado el sacrificio, y aun estás libre todavía.

Bernal miró con estrañeza á La rosa de Jerusalem y no la replicó palabra.

—En mi palacio, prosiguió la judía, hay algunos corceles briosos, que te alejarán de Sevilla antes que despunte la aurora.

Bernal permaneció en silencio.

—He cometido una imprudencia, continuó Raquel, en denunciarte al rey D. Pedro. Para ponerte en libertad tendré que renunciar al monarca; pero nada importa perderle. Si me empeñas una palabra, antes que aparezca el lucero estarás fuera de esta torre.

El bastardo se sonrió con su acostumbrado desden.

—¿No quieres saber la palabra que te exijo? añadió la judía

El bearnés se encogió de hombros.

—Habla, Bernal.

—Estoy cansado. Llevo, Raquel, en esta noche tres enfadosas conferencias, y he tenido que sufrir en ellas la infame ironía de D. Pedro y la impertinencia de una mujer.

Las pupilas de Raquel brillaron, y una lágrima se perdió entre sus pestañas y párpados; mas animándose de repente, dijo al bearnes:

—Iba á proponerte que abandonásemos este palacio.

—Lo habia adivinado, Raquel.

—¿Y no juzgabas lisonjera mi proposicion?

—No, judía. ¿Esa palabra que me exiges será de unir nuestros destinos?

—No, Bernal.

—¿De que te amaré en adelante?

—Tampoco exigia que me amases.

—¿De que no procurase unirme á la mujer á quien adoro?

—Ahora acabas de adivinarlo.

—Y como no habia de prometerlo.....

—¿Has adivinado tambien que tu evasion es imposible, y que serás dentro de poco el mas humilde prisionero del noble príncipe de Gales?

—Sí; y es preferible una prision á deber algo á una mujer á quien altamente desprecio.

—Adios, Bernal, dijo la judía, clavando sus menudos dientes en sus frescos y rojos labios.

—Adios, Raquel, respondió el bastardo reclinándose en el divan.

CAPITULO V.

Tirsis amaba sin temer mudanza
A la tebana Ardélia; mas la muerte
Llevó tras sí ventura y esperanza.
Vino á llorar la miserable suerte
Cerca del Betis, do cantar solia,
Y en tales versos el dolor convierte.

JUAN DE MORALES.

Una brisa perfumada y pura mueve las copas gigantescas de un bosquecillo de cipreses: una pobre fuente gotea en una pila de granito, y sobre un sepulcro de mármol negro arde una lámpara de alabastro. Dos lechuzas de tardo vuelo baten sus alas á compas para estinguir la débil llama, que aunque macilenta las impide chupar unas gotas de aceite; pero la luz parece animada por algun espíritu oculto, y quizá el alma del muerto lucha con las aves nocturnas, para conservar el recuerdo que la consagra un puro amor.

¿Despues que abandona la carne tendrá el alma alguna memoria? ¿Los objetos que la conmovieron en el peregrinaje del mundo conservarán algun influjo cuando el espíritu comienza su vida de una eternidad? En los ensueños y en las vigilias nos anticipamos el destino de la materia, y representamos su destruccion; pero ni en las vigilias ni en los sueños marcamos carrera al espíritu, ni le destinamos paradero. Concebimos á la luz de la fé mansiones de castigos y premios: nombramos al bienaventurado con júbilo, y con dolor amargo al réprobo; pero no distinguimos jamás ni la misma fé nos revela, en qué se ocupará el espíritu, del mismo modo que no sabemos, aun estando sobre la tierra, qué pensamiento seguirá al que al presente nos ocupa. Si el alma de D. Juan amaba á la huérfana de Avendaño, goces purísimos debia tener en el frio seno de la tumba.

Las aves revoloteaban; unos lijeros pasos de mujer se percibian hollando la yerba marchita; y al débil ruido de los pasos las lechuzas alzaron el vuelo, dejando arder la luz simbólica sobre la tumba solitaria.

Doña Inés Sanchez de Avendaño, la hermosa jóven de Carmona, la heroina de Calahorra, la pobre enferma de Angulema se presentó vestida de blanco, con el cabello suelto y flotante, y una corona de rosas blancas, como su frente y sus mejillas. Sostenian sus manos trasparentes unos ramos de siempreviva, que fué colocando con amor sobre el sepulcro del infante. Así que las hubo colocado se reclinó sobre el césped húmedo, los ojos fijos en la tumba, escuchando con atencion, y como en actitud de esperar.

El viento aumentaba su fuerza; grandes masas de negras nubes oscurecian el firmamento, y los cipreses sacudidos cruzaban sus copas altivas. Un relámpago iluminó el seno de las negras nubes, y un trueno resonó á lo lejos.

—Ya llama, dijo Doña Inés: brilla la aurora del gran dia, el ángel toca la trompeta, el valle de Josafat aguarda. Levántate, infante D. Juan; el dia del juicio ya ha llegado y nos aguarda el himeneo. Mírame vestida de blanco, ciñe mi frente la corona de rosas blancas, y en el monte de las olivas hay un sacerdote y un altar. Los ejes del firmamento crujen; los abismos del mar se ajitan; las montañas abren sus cráteres, y los volcanes brotan fuego. La bóveda del cielo se hunde y el mundo, D. Juan, se vuelve al caos. Lévantate. ¿Ves aquel trono de diamantes? Aquel trono es para los dos. Tú me amaste hasta perecer; yo te adoro despues de muerto: aquel trono, infante D. Juan, es el premio de la constancia. Dos ángeles baten sus alas y forman con ellas un dosel: un sol radiante se refleja en las gradas del alto trono, y las luces que de él emanan son estrellas de un nuevo cielo. ¿Ves aquella hermosa matrona con manto de púrpura y oro? Es tu madre. ¿Ves aquel altivo guerrero con una cruz verde en el pecho? Es tu hermano, el noble maestre D. Fadrique. ¿Ves aquella mujer hermosa, dulce, tranquila, resignada? Es doña Blanca. ¿Ves aquella heroica falanje de grandes maestres y caballeros, ricos-homes y prelados? Son las víctimas de Pedro el Cruel. ¿Ves, D. Juan, en aquel paraje una llama azul y siniestra? ¿Ves negros torbellinos de humo, y á su través mas negras sombras? ¿Ves aquel hombre arrodillado con la cabeza sobre un tajo y á su alrededor cien verdugos? Es D. Pedro. Aquel que ves á su derecha es Diego de Padilla, el de su izquierda Fernando de Castro, los de mas allá sus capitanes, los mas lejanos sus ballesteros, y aquel á quien mas martirizan, es Garci-Diaz: sí, Garci-Diaz de Albarracin.

Un trueno mas ronco zumbó, y volvió á lucir el relámpago. La huérfana aplicó el oido, reclinándose sobre la tumba, y despues de haber escuchado unos instantes prosiguió:

—¿Te has olvidado de mí, D. Juan? ¿No tienes prisa por reunirte con la esposa que tanto amabas?

¿Te parezco menos hermosa, porque se han hundido mis ojos y descarnado mis mejillas á fuerza de tanto llorar? Levántate, D. Juan, levántate, y llegarémos los primeros.

Los truenos eran mas prolongados y los relámpagos mas continuos: el huracan silbaba á intervalos y anchas gotas de lluvia caian sobre la huérfana de Avendaño, sin que se apercibiese siquiera del rigor de la tempestad. Inclinada sobre el sepulcro queria reanimar las cenizas con su aliento y despertarlas con sus ayes.

—D. Juan, continuaba diciendo: desde que no existes, tu imágen me acompaña continuamente, y si quiero rogar á Dios, es á tí, mártir, á quien suplico. Bernal ha pedido mi mano; Bernal estaba loco sin duda cuando codiciaba un amor que vive tan unido á mi alma como el pensamiento y el espíritu. Hinestrosa ha llorado á mis piés; tambien Hinestrosa está loco. El rey D. Pedro me amó, pero cuando tú vivias, infante; tambien D. Pedro estaba loco. ¿Oyes la trompeta del ángel? ¿La oyes? Levántate, D. Juan, levántate.

A la luz de un vivo relámpago vió acercarse doña Inés un bulto que rápidamente caminaba; un blanco albornoz lo cubria y su respiracion anhelante manifestaba claramente que habia apresurado su marcha. Al llegar cerca de la huérfana hizo una profunda cortesía y se quedó con las manos juntas sobre el pecho y con la cabeza inclinada.

—Angel del señor, dijo la huérfana, toca con tu dedo esta tumba, y haz que se reanimen las cenizas.

—Solo Alá puede dar al hombre una virtud que ha reservado para sus escogidos y profetas. No pueden dar vida los hombres á un reptil pequeño; pero la mano de Alá el grande hace mundos y paraisos. Por su virtud hay una urna en la ciudad santa de la Meca, y en ella se conservan los restos de su gran profeta Mahoma. Elevada en medio del aire, significa muy claramente que cielos y tierra se disputan el honor de guardar sus huesos, y tambien que toda la tierra ha de verse sujeta un dia á los defensores del Coran, que habitarán solos el paraiso, sobre las estrellas colocado.

Apesar de su desarreglo mental, escuchó Doña Inés con asombro el lenguaje del estranjero, y despues de haberlo mirado atentamente le replicó:

—Por lo que veo tú no eres el ángel de Dios.

—Yo, replicó el moro, soy Celin, siervo de Alá y de su profeta, siervo de Mahomad, rey de Granada, y siervo tambien de su siervo el sabio y poderoso Abenabatin.

—¿Y qué buscas por aquí, moro, en una noche como esta?

—Busco la hospitalidad, noble dama, hasta que despunte la aurora.

Doña Inés iba perdiendo poco á poco su estraordinaria pesadilla, y fijando mas su atencion en el mensajero granadino,

—¿A dónde vas? le preguntó.

—A Sevilla. Llevo una carta que envia Abenabatin al rey D. Pedro.

Al nombre del rey cobró la huérfana en algun modo su razon, y reuniendo todas las facultades que sobrevivian en su alma á tan complicados dolores, cogió de la mano al mensajero y le dijo con voz cariñosa:

—Tú has caminado mucho, Celin. En la cumbre de aquella colina hay un espacioso castillo, que baja su puente á mi mandato y á mi voluntad se levanta. En él encontrarás abrigo, cama y cena; la hospitalidad que Dios manda conceder á todo viajero, y los dones que un señor rico puede ofrecer á cualquier huésped. Dame tu brazo, y sin tardanza encaminemonos al castillo.

Se apoyó Doña Inés en el brazo del mal parado caminante, y se alejaron del sepulcro. A la salida del bosquecillo se encontraron con Hinestrosa, que en busca de Doña Inés llegaba, y á pocos pasos con Enrique.

CAPITULO VI.

Para hablar á una cristiana
Sábia, como un calepino,
Se vistió un diablo ladino
Con bonete y con sotana.
Humilde como un San Pablo,
A la cristiana enamora:
Despues cortejó á una mora
Vestido de moro el diablo.

GONZALEZ.

Llegó la huérfana al castillo acompañada de Hinestrosa, del buen paje Enrique y del moro. El aspecto de la fortaleza no tenia nada de agradable, y sobre sus muros macizos crecian algunas plantas parásitas, entre cuyas ramas y en las hendeduras de los sillares, ponian sus nidos las cornejas, los murciélagos y los buhos. El foso, cegado de escombros, no servia para la defensa, y el puente, que no se levantaba hacia años, estaba cubierto de tierra, sin argollas y sin cadenas. Unas ventanas bastante estrechas daban lento paso á la luz, al traves de vidrios de colores sujetos con barras de estaño, y algunos rotos dejaban penetrar al viento, que sordo mugia bajo los tallados artesones.

Habia pertenecido este castillo á D. Lope Sanchez de Avendaño; pero desde la desgraciada muerte del comendador de Castilla, estuvo inhabitado y solo por el espacio de diez años, hasta que despues de la batalla que quitó el reino á D. Enrique, resolvió la huérfana habitarlo, acompañada del alcaide que nunca quiso abandonarla.

El mueblaje de este castillo no estaba en armonía ciertamente con el abandono que se notaba en el esterior del edificio. El anciano alcaide de Carmona habia cuidado de renovarlo, y como solo tenia un pensamiento, que era proporcionar comodidades á la doliente Doña Inés, lo habia amueblado con todo el lujo y toda la elegancia del siglo.

Entró en el castillo la huérfana, y varios pajes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

acudieron con sendas hachas en las manos para alumbrar el estenso patio y la magnífica escalera. Subió sus gradas Doña Inés apoyada siempre en el moro, mas al llegar al primer descanso la salió al encuentro Beatriz.

La dueña estaba formidable; y formidable, de seguro, bajo muchos y muchos aspectos. En primer lugar, su gran mole se habia aumentado en los tres meses que habitaban en el castillo, efecto sin duda de las aguas ó de la variacion del clima; pues las disposiciones gastronómicas de la respetable Beatriz no se habian disminuido un solo dia ni en las penas ni en los trabajos. En segundo lugar, inquieta por la ausencia de Doña Inés en una noche borrascosa, mostraba un rostro compungido, que dilatando ó comprimiendo unas facciones muy dificultosas de suyo, no se parecian á las humanas, y se acercaban á las de una mona que padece, pero en colosales dimensiones.

Al ver la dueña á su señora sintió un placer estraordinario, que aunque espresado con las lágrimas, hizo variar en algun tanto la fisonomía de Beatriz, sin que ganase en hermosura, al llegar la toca á los ojos para enjugar el dulce llanto, que no tenia nada de perlas, pero sí mucho bermellon y otros conocidos unguentos. Mas la alegría de la dueña, tan espansiva en un principio, fué pasajera y precursora del sentimiento y de la ira. Cuando los ojos de Beatriz, algo empañados por las lágrimas y mucho por un humorcillo, que no llamarémos por su nombre por no ser la palabra limpia, y haberla criticado alguna vez en el criticado Bernaldo del criticado Valbuena; cuando los ojos de Beatriz distinguieron el rojo turbante que cubria la blanca capucha del albornoz del granadino; cuando vieron que Doña Inés se apoyaba familiarmente en el brazo de un sarraceno, toda la bilis de la dueña se montó sobre sus narices, y poniéndoselas apopléticas, ó en otros términos gangosas, desató al mismo tiempo su lengua, y no tuvo quietas sus manos, arrancando de un solo tiron á la huérfana del sarraceno, y diciéndola al tiempo mismo:

—Esto no puede ya sufrirse; hasta aquí has tenido manías y haz hecho cosas que repruebo, porque quebrantan tu salud, pero que no podian dañar nunca á la salvacion de tu alma. Hoy ha cambiado todo de aspecto. Has estado fuera del castillo durante una gran tempestad, y el mal espíritu que combate en el seno de las negras nubes con nuestro patron el Señor Santiago, formando sus caballos los truenos y los golpes de sus haceros los relámpagos y los rayos, se ha apoderado de tu espíritu, y será capaz de llevarte á su morada de tinieblas.

—¿En dónde está ese mal espíritu? preguntó riendo Doña Inés.

—¿No le ves? replicó la dueña.

—No le veo, querida Beatriz.

—¿No le ves? ¿no le ves?

Los criados empezaban á santiguarse, creyendo que la anciana dueña con vista sobrenatural y por una permision del cielo, estaba viendo el mal espíritu, que ellos procuraban descubrir con ojos y bocas abiertas. Hinestrosa, que habia estudiado mucho mas que se acostumbraba en aquel siglo de guerra y muerte, fué incrédulo, como todo sabio, durante sus floridos años y algunos de su edad madura; pero la vejez y los dolores le tornaron supersticioso, y daba mas crédito á los consejos de aparecidos y duendes, que á los milagros de los santos y á los artículos de la fé. Con esta disposicion de ánimo, no se santiguó como los criados, pero sí buscaba como ellos el mal espíritu de las nubes que la anciana dueña veia. Enrique, jóven y valiente, habia jurado desde niño no temer á duende ni á hombres, y aunque no habia nacido Quevedo, decia con el célebre satírico: *Mas ni los..... ni los diablos veo:* y así, lejos de buscar al espíritu como Hinestrosa y sus criados, solo dijo para su coleto: "Esta vieja ha perdido el juicio." El moro escuchaba á la dueña con mas atencion que los demas, y buscaba con mas ahinco al mal espíritu de las nubes: el moro tenia sus razones muy valederas y fundadas. Cuando se acercó á los cipreses, le recibió la jóven huérfana llamándole *ángel del Señor*, y le suplicó que evocase el cadáver que allí yacia. Esta peticion estraordinaria probaba que habia desarreglo en la razon de Doña Inés, y bien podia haberlo producido el mal espíritu de las nubes. Aunque resentido Celin de la manera algo brutal con que le habia arrebatado á Doña Inés, creyó que obraria como discreto tomando el partido de la dueña, y se espresó con estas palabras:

—La vista de Alá solamente ve los espíritus que giran entre las masas de las nubes y entre el fuego de los relámpagos; la vista del hombre se ofusca, y siquiera puede, como el águila, mirar al sol en su cenit. Pero Alá, que todo lo puede, presta alguna vez al escogido esa vista que todo lo alcanza, y yo no dudo que esta dueña está viendo ahora al mal espíritu como nos vemos unos á otros.

Los criados escuchaban al moro abriendo mas ojos y boca, y Enrique se acercaba á él, cuando esclamó Beatriz de nuevo:

—No tengais duda, no, señores: el mismo espíritu lo ha dicho.

—¿Quién es el espíritu, dueña? preguntó el paje con enfado.

—El moro, replicó Beatriz.

La mayor parte de los criados bajaron rodando la escalera; Hinestrosa se santiguó, y Doña Inés sonrió tristemente. Enrique, que ya no podia sufrir farsa tan repugnante, cogió á Celin por los cabezones, y si Doña Inés no le detiene, hubiera rodado el morazo las escaleras del castillo.

—Detente, Enrique, dijo la huérfana. Ese sarraceno ha pedido hospitalidad á una noble.

—Y no soy, añadió Celin, el mal espíritu de las nubes.

—Eres el espíritu disfrazado bajo las formas de un morazo, dijo la fanática Beatriz.

Enrique dejó libre al moro por consideracion á Doña Inés: los criados fueron cobrando ánimo al

ver al mal espíritu humillado por la firme diestra de Enrique: Celin se acogió al regazo de la huérfana, y Beatriz prosiguió jurando que el mal espíritu de las nubes estaba oculto bajo las formas del caminante sarraceno.

A pesar de los grandes gritos que proseguia dando la dueña, recibieron órden los criados de disponer una buena cama y de aderezar una cena para el sectario de Mahoma. Se discutia mucho en la cocina sobre si se habian de condimentar los manjares con la suculenta manteca ó con el aceite de olivas; pues decian algunos, con razon, que segun la ley del profeta no podia comer el granadino nada que estuviese mezclado con la sustancia de los cerdos. A pesar de estas observaciones, un mal intencionado marmiton puso al asador dos buenas pellas rellenas de jamon bien magro, con el piadosísimo objeto de que le indigestasen al moro; pero solo sirvió su astucia para que saliesen mas sabrosas, y las devorase con mas ansia el fiel observador del Coran, que por no atragantarse con ellas, pidió sin mucha ceremonia, pero con escándalo de los que le oian, un par de botellas de vino que le sosegaron el estómago y le proporcionaron un sueño, en el que vió millones de huris vestidas de encajes de plata, que le coronaban de flores y le adormecian entre sus brazos al compas de las arpas éolas y lo besaban mil y mil veces con ardientes labios de rubí.

En tanto que el moro dormia, estaban solos en una estancia la huérfana del comendador y el antiguo paje de D. Juan.

—Enrique, le dijo la huérfana, un ángel de Dios te conduce á este castillo solitario: tu presencia aquí era indispensable, y has llegado á la hora precisa.

—Deseaba mucho, noble señora, poder estar á vuestro lado; y en la ocasion presente doy gracias al Todopoderoso Dios por habérmelo concedido. ¿Mas queréis decirme, señora, por qué juzgais aquí mi presencia como un beneficio del cielo?

—¿Conoces á ese moro, Enrique?

—No le habia visto hasta esta noche.

—¿No sabes quién es?

—No, señora.

—El moro es un mensajero que envia al rey D. Pedro de Castilla su fiel amigo Abenabatin, sabio entre los sabios de Granada.

—¿Por quién lo sabeis, Doña Inés?

—Por él mismo, valiente paje.

—¿Y qué debo yo hacer, señora?

—El moro lleva una carta, que puede ser útil al rey, por lo importante de los avisos ó lo sabio de los consejos. La carta la necesito.

—En vuestro poder está el sarraceno.

—Debe salir de mi castillo. Me ha pedido hospitalidad y se la doy sin asechanzas: reveló imprudente un secreto, y me aprovecho de su aviso. El moro saldrá del castillo, y tú recogerás la carta.

—Todo lo comprendo, señora. Mañana, al despertar el alba, monto en un ligero caballo, y espero que el moro se aleje, para apoderarme por fuerza de ese papel que codiciamos.

—Tambien es preciso que te apoderes de su persona.

—Vivo ó muerto vendrá á este castillo.

—No le mates, Enrique, no.

—Le dejaré, señora, que elija entre la rendicion y la muerte.

—Ha sido mi huésped, buen paje, y preferiré verle vivo.

—Juro á Dios que así le veréis.

Doña Inés dió su mano á Enrique, que la besó con gran respeto y se retiró á su aposento. Al lucir la aurora estaba el paje sobre un arrogante trotero á las inmediaciones del castillo: momentos despues salió el moro.

CAPITULO VII.

Luce una radiante estrella
Que no oscurece la luna;
Clara, rutinante, bella,
Símbolo de tu fortuna.

Lopez.

Terminamos la tercera parte con la gran batalla de Nájera, y no hemos podido dar noticias de algunos de los personajes que se distinguieron en ella. Para enmendar este descuido y llenar la parte de crónica, que el órden de los sucesos pide, vamos á dedicar unas líneas á tan importante materia.

Despues de la célebre batalla movieron su campo el rey D. Pedro y el heredero de Inglaterra. El objeto de los aliados era apoderarse de Burgos, y á los pocos dias la ciudad estuvo cercada de tropas. Intimada la rendicion, no fueron mas fieles los vecinos á D. Enrique que antes lo habian sido á D. Pedro; y ajustadas las capitulaciones, dieron entrada al vencedor, por la misma puerta que un año antes se la habian dado á los vencidos: siendo de notar que Beltran Güesclin entraba prisionero ahora por donde habia entrado triunfante.

Los primeros dias se pasaron en ceremonias religiosas, y en bulliciosos regocijos; pero calmada la efervescencia que producen los grandes triunfos, pensaron muchos caballeros, de los que al príncipe servian, en las recompensas que D. Pedro les habia ofrecido de antemano. Impacientes por poseerlas, las recordaron al de Gales, que tambien pedia para sí el señorío de la Vizcaya. El príncipe tenia que cumplir sus deberes de capitan, y como todos los de la época, deseaba quedasen contentos cuantos habian seguido sus banderas, para que siguiesen en ellas y acrecentasen su poder.

—D. Pedro, dijo un dia al monarca, Castilla es vuestra enteramente, y hemos cogido prisioneros á Beltran Güesclin, al mariscal, al conde de Denia y á otros muchos. Yo he trabajado y he sufrido, como el que mas, rey de Castilla: mis

gentes se han portado bien, y ha coronado la victoria nuestros gigantescos esfuerzos. Hemos cumplido enteramente cuanto os ofrecí en Angulema. ¿Habeis hecho lo mismo, D. Pedro? por mi palabra real que no. Mi ejército padece hambres; á mis capitanes se les deben los sueldos de sus compañías, y Vizcaya no está en mi poder. ¿Cuándo pensais recompensarnos? ¿Queréis engañarme por ventura? Mucho os equivocais, D. Pedro. Si faltais á vuestros juramentos faltaré tambien á mis promesas; y la corona que llevais por mi proteccion y mi valor, caerá otra vez de vuestra frente para que la recoja Enrique, ó para ceñírmela yo propio. ¿Qué me respondeis, rey D. Pedro?

D. Pedro se mordió los labios hasta desgarrarse la piel; mas reconcentrando su ira respondió al príncipe:

—Señor, cumpliré religiosamente cuanto os prometí en Angulema, y no hay motivo de dudarlo; pero si considerais escasas las recompensas que quiero hacer, señalad otras nuevas, príncipe, y no vacilaré en otorgarlas.

—Me contento con lo ofrecido.

—Sé que os debo, señor, mi corona; pero para pagar los dispendios que os ha ocasionado la guerra, necesito reunir tesoro, y jamas podré realizarlo, si no licencias las compañías que están en vuestro alrededor. Ya no tenemos enemigos: vos podeis adelantar las pagas á las compañías que os acompañan, y quedar aquí hasta que yo os reembolse de un todo, ó marchar adonde os convenga.

El príncipe creyó que D. Pedro hablaba así de buena fé, y llamando á sus caballeros les propuso si querian retirarse hácia Navarra, bajo la persuasion que el rey iria á llevarles muy en breve gran cantidad de doblas de oro. Los caballeros contestaron que estaban prontos á seguir cuanto el príncipe les ordenase, y pocos dias despues se alejaban de la capital de Castilla.

D. Pedro se encaminó á Toledo, que le abrió sus puertas y sufrió castigos terribles, propios del severo monarca, y de allí se marchó á Sevilla en donde le hallamos gozoso de tener prisionero á Bernal.

D. Enrique de Trastamara llegó al castillo de este nombre, y en él encontró á su mujer llena de temor y sobresalto, pues acababa de saber el mal éxito de la batalla y la desaparicion de su esposo. Pasó algunos dias entregado á los cuidados de familia y á los preparativos de un viaje, que segun sus buenas esperanzas debia restablecer la diadema sobre su frente ennegrecida por el sol de los campamentos, por el sudor de las batallas. Disfrazado de peregrino, salió al cabo de algunos dias de su castillo de Trastamara: atravesó todo el Aragon; se presentó á su rey, que le acogió como antiguo amigo, ofreciéndole algunos socorros para cuando volviese á España; y atravesando el Pirineo llegó á la ciudad de Avignon. Aquí encontró al duque de Anjou que le recibió como á un hermano, y le pidió largas noticias de cuanto le habia sucedido.

—Señor, respondió D. Enrique, es tan notoria mi desgracia, que fuera cansar referirla. Las huestes del príncipe de Gales, reunidas á las de D. Pedro me derrotaron en Nájera: quise morir como soldado, pero lo impidió Beltran Güesclin obligándome á tomar la fuga. He pasado unos cuantos dias en mi castillo de Trastamara tranquilizando á mi mujer, y disponiendo mis negocios. Desde allí he venido á Avignon, para reclamar los auxilios del Santo Padre, los del rey de Francia vuestro hermano y los del noble duque de Anjou.

—De todos los tendréis, D. Enrique. Yo sé que el príncipe de Gales me profesa un odio profundo, y aborrece á toda mi familia. Su padre nos ha hecho la guerra largo tiempo, sin justa razon y sin causa. Ha combatido casi siempre con la mas próspera fortuna, porque los que estaban obligados á venir en nuestro socorro han vuelto traidores las espaldas. La paz que ajustó el rey de Francia no puede ser muy duradera; y el príncipe de Gales ansía ensangrentar de nuevo las campiñas de la patria de Carlo Magno. La amistad que el rey de Francia y yo os profesamos, D. Enrique, ofende al inglés orgulloso y le estimula mas y mas á romper de nuevo la guerra. Siento mucho vuestro infortunio, así como tambien la prision del valiente Beltran Güesclin, del bravo mariscal d'Audrehem, y del intrépido Villaines; pero tengo esperanza en Dios que mejoraréis de fortuna y que os sentaréis en el trono de vuestro padre D. Alonso. Si no estuviera, D. Enrique, ocupado con propias guerras, os acompañaria en persona á la conquista de Castilla; pero á pesar de los dispendios que me causan tan crudas lides, partiré con vos mi fortuna y os auxiliaré con soldados. Habeis combatido en favor de las lises, amigo mio; y el rey de Francia nunca olvida á los defensores de su trono. Escribiré á mi hermano hoy mismo, y sus socorros serán tan prontos como abundantes: yo lo espero.

D. Enrique agradeció al duque sus corteses ofrecimientos, y el último invitó al monarca á comer con él aquel dia.

La comida fué tan espléndida como si el mismo rey de Francia la honrase con su real presencia, y los manjares se sirvieron en vajillas de oro y de plata.

Al terminarse la comida dijo el duque al rey D. Enrique:

—Noble rey, os doy á manera de bienvenida, toda la vajilla de oro y plata que nos ha servido en la mesa.

—Ese dón, replicó D. Enrique, es propio de un príncipe tan liberal como el noble duque de Anjou.

Despues cabalgaron los dos príncipes, y se dirigieron reunidos al magnífico palacio del Papa. Su Santidad envió á recibirles muchos respetables prelados, que los condujeron á la cámara en la que el Padre Santo esperaba. Se inclinaron ante el Pontífice, que les dijo:

—Bien venidos seais, hijos mios; y despues les dió su bendicion.

—Santo Padre, dijo el duque de Anjou: delante de vuestra Santidad está D. Enrique Segundo, rey de Castilla y de Leon, que ha sido echado de su reino, por su hermano D. Pedro el Cruel, ayudado del príncipe de Gales. Vuestra Santidad sabe bien los desafueros que D. Pedro ha cometido contra la Iglesia, y la impiedad de los caballeros que el príncipe inglés acaudilla: tambien conoce vuestra Santidad la religion de D. Enrique, y sus buenas partes como rey, como cristiano y caballero. Estas cualidades le recomiendan, y son bastantes por sí solas para que vuestra Santidad haga en su obsequio cuanto sea dable apetecer; pero si algo vale mi amistad y mi recomendacion, Santo Padre, yo soy amigo de D. Enrique, y como á tal lo recomiendo.

—¿Qué pide el hijo de la Iglesia, mi muy amado rey D. Enrique? ¿Quiere que lance muchas censuras contra D. Pedro de Castilla? ¿Quiere que conceda indulgencias á cuantos combaten contra él?

—Buenas armas son, Santo Padre, dijo D. Enrique el Segundo, las censuras, y buen estímulo las indulgencias; pero hay personas tan impías que no temen á las primeras, ni de las segundas hacen caso. Si pudiera vuestra Santidad proporcionarme algunos millares de buenas doblas castellanas, estoy seguro que D. Pedro temeria mucho mas á los soldados que yo levantase con ellas, que á los anatemas mas terribles.

El Pontífice se hizo cargo de la verdad de estas razones, y facilitó á D. Enrique doscientas mil doblas castellanas, que unidas á otras doscientas mil que le adelantó el rey de Francia, y á los dones del duque de Anjou, le pusieron en disposicion de alzar una pequeña tropa, que infundió nuevas esperanzas á sus parciales de Castilla.

Salió D. Enrique de Avignon, y se fué en busca de Gaston Febo, conde de Fox y señor de Bearne, esperando hallar á Bernal, y conseguir por este medio algunos refuerzos y socorros. Cuando se presentó D. Enrique al noble señor de Bearne, le dijo éste:

—Rey de Castilla, ¿qué habeis hecho de mi hijo Bernal?

—Desde la batalla de Nájera no he tenido noticias suyas.

—¿Y qué pretendeis, D. Enrique?

—Vengo á pediros algunas gentes, para conducirlas á Castilla.

—Quinientos caballeros bearneses quedaron en los campos de Nájera, y con ellos mi hijo Bernal.

—Allí se cubrieron de gloria.

—Mucha gloria alcanzaron, mucha; pero la pagaron á gran precio. Mucha gloria ganaron, mucha; pero no he visto mas á mi hijo.

—Ahora es la ocasion de vengarle.

—No es la ocasion, rey de Castilla.

—Sí es la ocasion, dijo un guerrero, presentándose de repente. En su diestra mano llevaba el estandarte de Bearne y en la siniestra y con desprecio el del heredero de Inglaterra: la visera cubria su rostro, y tenia empolvada la armadura.

—¿Quién eres? preguntó Gaston.

—Tu hijo soy: soy Bernal de Bearne.

—¡Mi hijo está aquí! ¡Mi hijo no ha muerto! Rey de Castilla, los bearneses te seguirán.

A los ocho dias de esta entrevista quinientos caballeros bearneses, mandados por Bernal de Bearne, acompañaban á D. Enrique, y pocos dias despues entraban por la frontera de Aragon. El rey D. Pedro, de este reino, no conservaba á D. Enrique la fina amistad que en otro tiempo, resentido porque el bastardo de D. Alonso no le habia entregado la mitad de Castilla durante el periodo de su mando. Para vengarse, ó por temor al rey D. Pedro de Castilla, envió soldados que cerrasen todos los pasos á D. Enrique; pero el favor de muchos nobles y el del mismo tio del rey de Aragon facilitaron al de Trastamara los caminos, proporcionándole provisiones, y ayudándole con socorros en armas, en hombres y en dineros.

Esta vez, como la anterior, llegó D. Enrique á Calahorra y fué recibido con júbilo por los nobles y los pecheros: permaneció en ella algunos dias esperando á los caballeros que debian reunírsele en breve, y tomando todas sus medidas para reconquistar el reino ó perecer en la demanda. Al pisar tierra de Castilla descabalgó el rey D. Enrique, hizo una cruz sobre la arena con la aguda punta de su espada, se arrodilló devotamente, y despues de haberla besado dijo á todos sus caballeros: „*Yo juro á esta significa de cruz que nunca en mi vida, por necesidad que me venga, salga de Castilla: que antes espere ¡ay! la muerte, ó estaré á la ventura que me viniere.*" Resuelto á cumplir su juramento queria jugar el todo por el todo, y se preparaba á la lid con ánimo firme y prudente.

Supo D. Enrique en Calahorra, que sus antiguos partidarios estaban mas bravos que nunca, y que muchas villas y castillos alzaban pendones por él. Animado con estas nuevas, y no queriendo perder tiempo, envió mensajeros á Burgos, para que supiesen si la ciudad estaba pronta á recibirle. Los burgaleses, que una vez quisieron mostrarse leales al rey D. Pedro de Castilla, y tuvieron que sucumbir por el abandono del monarca, se inclinaron á la veleidad, que era comun en aquellos tiempos, y contestaron á D. Enrique, que estaban prontos á recibirle, á pesar de tener el castillo una guarnicion respetable, y un alcaide muy decidido por la persona del rey D. Pedro.

Cuando recibió esta respuesta, ya caminaba D. Enrique hácia la buena ciudad de Burgos, á la que llegó á marchas dobles, y fué recibido con muestras de adulacion ó de entusiasmo.

Sin dar reposo á sus soldados emprendió el cerco del castillo, apoderándose en breves dias de la fortaleza y guarnicion.

Estando D. Enrique en Burgos, recibió la mas

fausta noticia que podia esperar por entonces. D. Juan Alonso de Guzman, el maestre D. Pedro Muñiz y otros caballeros de cuenta, que le habian permanecido fieles, tremolaban sus pendones en Córdoba, y en muchos castillos inmediatos haciendo la guerra en Andalucía, mientras él la hacia en Castilla la Nueva.

Sabia por esperiencia D. Enrique, que la rapidez en los movimientos podia asentarlo sobre el trono en corto número de dias, y recordaba que lo habia perdido en el trance de una batalla. Su ejército se habia aumentado considerablemente en Burgos, y no era su ánimo dejar ociosos los soldados allí reunidos. La capital de uno de los reinos, la antigua ciudad de Leon se tenia por el rey D. Pedro, y su hermano creyó prudente entrarla por fuerza ó por grado. Manifestó su pensamiento á los mas ilustres capitanes, y acordaron unánimemente encaminarse hácia Leon. El ejército la puso cerco á principios de mil trescientos sesenta y ocho, y como no imitaron á los leones de Sagunto ó Numancia, el rey D. Enrique quedó en breve único señor de la ciudad.

Dueño D. Enrique de Leon, llamó á consejo á sus capitanes, para decidir hácia qué punto debia encaminarse la hueste. Fueron los unos de opinion, que lo mas conveniente era marchar sobre la Andalucía, y acabar en una batalla tan interminable querella. Otros creyeron, al contrario, mas conveniente dirigirse sobre la ciudad de Toledo, y despues que fu sen dueños de ella, lo que no consideraban difícil atendiendo al poco trabajo que les habia costado tomar el castillo de Burgos y la noble ciudad de Leon. D. Enrique se inclinó al fin al consejo de los mas cautos, y movió la hueste sin tardanza para poner sitio á Toledo.

La ocupacion de tomar pueblos era á los soldados agradable, por el estímulo del botin, y trocaban con gran placer unas cuantas libras de sangre por buenas doblas castellanas. D. Enrique no dejó pueblo de alguna consideracion que no entrase desde Leon hasta la Imperial ciudad de D. Alonso; y el dia primero de Abril puso sus reales delante de Toledo.

Envió á la ciudad D. Enrique un heraldo que la intimase de su parte la rendicion; pero el alcaide, que era hombre muy aficionado á D. Pedro, y de un valor á toda prueba, respondió al rey con altivez, negándose á todo partido y provocándole fieramente. Mucho sintió el rey D. Enrique la repulsa del toledano que detenia su triunfal marcha, pero juró formalizar sitio y no levantarlo aunque durase lo restante del año.

D. Enrique comisionó á Villaines para que formalizase el sitio; y este capitan consumado, que habia jurado como el rey quedar dueño de la ciudad, hizo traer gran número de árboles de todos los bosques inmediatos, y levantar altas trincheras que á la ciudad circunvalasen.

El sitio de Toledo empezó, pero continuaba lentamente, y sin esperanzas de término: los víveres de los sitiados se disminuian notablemente; pero contra el hambre y los trabajos oponian constancia invencible, combatiendo los unos por amor á la persona del rey D. Pedro, y por miedo otros al castigo que juró imponerles el alcaide.

D. Enrique estaba pesaroso de no haber marchado á Andalucía; pero no podia retroceder ya sin descrédito, y á mas le reanimó un socorro inesperado y formidable. Beltran de Güesclin llegó al campamento con mas de mil hombres de armas, y buen número de caballeros muy aficionados á D. Enrique.

CAPITULO VIII.

Húndense casas al temblar Granada:
Vela (sonaba) en el Alhambra, vela,
Traicion (toca á rebato), hay ordenada.
ESPINEL.

Habia llegado el ocho de Marzo de mil trescientos sesenta y nueve, y el ejército de D. Enrique no habia logrado apoderarse de la noble ciudad de Toledo, despues de un sitio de once meses y de innumerables trabajos. Los aventureros murmuraban, y solo los halagos del rey y el firme carácter de Beltran podian mantener la disciplina y calmar un poco el disgusto.

En la tienda de D. Enrique estaban reunidos, el monarca, Beltran de Güesclin y Bernal.

—Señores, decia D. Enrique, solo me detiene ante Toledo el sagrado juramento que hice, y el temor de desanimar á cuantos siguen mis banderas. Once meses y ocho dias de sitio son para cansar á cualquiera, y los capitanes murmuran.

—Señor, interrumpió Beltran, vuestra alteza los entretiene con ofertas y con halagos: yo los hago entrar en razon con amenazas y con votos.

—No hablemos mas, dijo el bearnés, del largo sitio de Toledo: ella nos abrirá las puertas, ó nosotros penetraremos por sus elevadas almenas. Hemos jurado conquistarla y lo cumpliremos, D. Enrique. Para matar algunas horas, podia contarnos du Güesclin, lo que le ha pasado desde el dia en que lo hicieron prisionero.

—Me parece muy buena idea, dijo D. Enrique.

—Y á mí, añadió Beltran sonriendo, con tal que Bernal de Bearne nos regale tambien con su historia.

—Convenido, replicó Bernal.

—Pues entonces, dijo du Güesclin, presten atencion á mi cuento. En Nájera rendí mi espada al noble príncipe de Gales; pues quedando su prisionero ponia en seguro mi cabeza, lo que no hubiera sucedido entregándome á vuestro hermano, el rey D. Pedro. El príncipe llamó á su cuñado y me entregó á él, recomendándole que me guardase con esmero. El Captal, que me conocia por haber estado entre mis manos, me dijo:—Beltran de Güesclin, cómo se han cambiado los tiempos! Vos me cogisteis prisionero en la batalla de Cocherel, y sois mi prisionero al presente. Yo le respondí:—Ilustre Captal, no

estoy en vuestro poder por fuerza, y yo os aprisioné espada en mano: así os llevo alguna ventaja.—"Señor, me respondió el Captal, yo soy vuestro mejor amigo, y estoy decidido á probarlo. Si me jurais, por la lealtad que debeis á la Flor de Lis, no separaros sin el permiso del noble príncipe de Gales, de los cuarteles de su ejército, me basta con vuestra palabra, y no tendréis otra prision."—Así os lo prometo, repliqué, y no falto á mis juramentos.—"Os creo, me respondió el Captal, y esta noche tendréis vuestro lecho en la misma cuadra que yo." Dormimos como lo habia dicho, y al dia siguiente cabalgamos para la buena ciudad de Burgos, que me habia recibido vencedor un año antes, y entonces me miraba vencido. En Burgos me pasé una vida digna de un obispo: banquetes en casa de los caballeros, y sin empuñar una espada ni tener á mano una armadura. El príncipe partió de Burgos, y yo, sirviéndole de comitiva, fuí con el príncipe á Burdeos. Allí se le ocurrió al inglés tenerme un poco mas guardado, y me señaló una prision, con su correspondiente portero. No se habrá olvidado el tunante de los palos que le apliqué á la primer mala pasada que tuvo la intencion de hacerme. Yo soy un hombre de fortuna: encontré con un usurero que me prestó diez mil escudos, y pasé la vida como un príncipe. Mis amigos estaban deseosos de verme puesto en libertad: y un dia que el príncipe de Gales los obsequiaba con ricos vinos, y que conversaban de los hombres mas distinguidos en las armas, el señor de Labrit se dirigió al príncipe, y le dijo:—"¿No os ofenderéis, señor, conmigo, si os refiero algunas palabras que han dicho de vos en vuestra ausencia?"—"Yo aborreceria, contestó el príncipe, á cualquiera de los caballeros que toman asiento en mi mesa, si oyendo palabras ofensivas á mi honor me las ocultase."—"Se dice, replicó el de Labrit, que teneis preso á un caballero, cuyo nombre no recuerdo ahora, porque os da temor verle libre."—"Es verdad, añadió Chison, que muchos hablan de ese modo."—"Mienten, esclamó el príncipe irritado."—"Quizá olvidais, replicó Labrit, que Beltran Güesclin está preso."—"Que lo traigan á mi presencia." Vinieron algunos amigos y fuí con ellos á ver al príncipe: este me preguntó:—"Beltran, ¿cómo lo pasas?"—"Señor, le respondí, cuando os plazca lo pasaré mucho mejor. He oido largo tiempo las músicas de los saraos; pero deseo mucho mas oir las aves que cantan en los bosques, y las oiré cuando vos querais.—Beltran, las oiréis al instante si me prestais el juramento de no traer las armas contra mí, ni de llevarlas en favor de D. Enrique de Castilla. Si me haceis este juramento os pondré al instante en libertad, pagaré todas vuestras deudas y os regalaré diez mil florines; pero si no haceis el juramento, permaneceréis en prision.—"Señor, mi libertad está muy lejos, y si no cambiais las condiciones durará tanto mi prision como mi vida, noble príncipe. Si Dios quiere, jamas mis amigos tendrán una queja de mí. Y por Dios, que ha formado el mundo, juro servir con toda el alma á los que he servido hasta hoy. Yo serviré, príncipe de Gales, al rey de Francia mi señor, á sus hermanos los nobles duques de Anjou, de Borgoña, de Borbon y de Berry, y al rey D. Enrique de Castilla.

—Bien, Beltran, le interrumpió el monarca.

—El príncipe no dijo palabra, y yo proseguí: mas dejadme, si es vuestra voluntad, señor; pues me habeis retenido preso sin razon y sin causa alguna. Yo salí de Francia con mis gentes con ánimo de combatir á los sarracenos de Granada, como consta á Hugo de Carbolay, para redimir mis pecados y conseguir la salvacion.—¿Y por qué no habeis continuado hasta conseguir vuestro objeto? me dijo el príncipe.—Señor, voy á responderos al instante. Nos encontramos á D. Pedro, que Dios confunda y Dios maldiga, el cual habia dado veneno á la noble reina su esposa, madama Bianca de Borbon. Por las venas de esta señora corria la sangre de San Luis, sangre que corre por las vuestras, y todo vasallo del rey de Francia debia castigar tan gran crímen. Para tomar justa venganza de tan cobarde asesinato, reuní mis huestes con las huestes de D. Enrique de Castilla, á quien amo particularmente, y el que segun mi opinion, príncipe, tiene mejor derecho al trono. Mis esfuerzos no fueron vanos: D. Enrique empuñó el cetro de su buen padre Alonso Onceno, y los moros y los judíos, que á la sombra del rey D. Pedro medraban en toda Castilla, dieron sus cuellos á las espadas de los soldados de D. Enrique y de mis valientes compañías. Vos, con singular altivez y con un formidable ejército, os encaminasteis á Castilla, para poseer los montes de oro que os habia ofrecido D. Pedro, y reinar despues de de este monarca. La fortuna me fué contraria en las inmediaciones de Nájera, y echásteis por tierra en un dia el trono que yo habia levantado tambien en un corto espacio de tiempo. Triunfasteis, príncipe de Gales: ¿mas cuáles fueron los resultados de vuestra victoria, señor? Ver á vuestro ejército hambriento, y veros vos mismo burlado por la astucia del rey D. Pedro. ¿Habeis recibido los tesoros que os ofreció? ¿Os ha entregado la Vizcaya? Me parece que ni uno ni otro, y que os ha burlado, noble príncipe. "El príncipe y los caballeros dijeron que habia hablado en razon, y me dieron sus parabienes: el heredero de la Inglaterra me dijo:—Beltran, no saldréis con todo de prision sin pagarme un fuerte rescate: y aun me desagrada haceros gracia. Pero se dice que os retengo por temor, y quiero probar que está al miedo tan lejos de mí como los astros de la tierra. No os temo, Beltran, no temo á nadie, y quedaréis libre pagando un buen rescate; lo repito.—Señor, le repliqué: yo soy un malparado caballero, de pocas riquezas en verdad, y de no grande nombradía. Mi patrimonio está empeñado, y yo debo en esta ciudad diez mil florines á lo menos. Si me queréis dejar ir libre bajo mi palabra...—¿Adónde iréis?—Adonde recobre mis pérdidas.—Pues os dejo en entera libertad; y en cuanto al rescate,

fausta noticia que podia esperar por entonces. D. Juan Alonso de Guzman, el maestre D. Pedro Muñiz y otros caballeros de cuenta, que le habian permanecido fieles, tremolaban sus pendones en Córdoba, y en muchos castillos inmediatos haciendo la guerra en Andalucía, mientras él la hacia en Castilla la Nueva.

Sabia por esperiencia D. Enrique, que la rapidez en los movimientos podia asentarlo sobre el trono en corto número de dias, y recordaba que lo habia perdido en el trance de una batalla. Su ejército se habia aumentado considerablemente en Burgos, y no era su ánimo dejar ociosos los soldados allí reunidos. La capital de uno de los reinos, la antigua ciudad de Leon se tenia por el rey D. Pedro, y su hermano creyó prudente entrarla por fuerza ó por grado. Manifestó su pensamiento á los mas ilustres capitanes, y acordaron unánimemente encaminarse hácia Leon. El ejército la puso cerco á principios de mil trescientos sesenta y ocho, y como no imitaron á los leones de Sagunto ó Numancia, el rey D. Enrique quedó en breve único señor de la ciudad.

Dueño D. Enrique de Leon, llamó á consejo á sus capitanes, para decidir hácia qué punto debia encaminarse la hueste. Fueron los unos de opinion, que lo mas conveniente era marchar sobre la Andalucía, y acabar en una batalla tan interminable querella. Otros creyeron, al contrario, mas conveniente dirigirse sobre la ciudad de Toledo, y despues que fu sen dueños de ella, lo que no consideraban difícil atendiendo al poco trabajo que les habia costado tomar el castillo de Burgos y la noble ciudad de Leon. D. Enrique se inclinó al fin al consejo de los mas cautos, y movió la hueste sin tardanza para poner sitio á Toledo.

La ocupacion de tomar pueblos era á los soldados agradable, por el estímulo del botin, y trocaban con gran placer unas cuantas libras de sangre por buenas doblas castellanas. D. Enrique no dejó pueblo de alguna consideracion que no entrase desde Leon hasta la Imperial ciudad de D. Alonso; y el dia primero de Abril puso sus reales delante de Toledo.

Envió á la ciudad D. Enrique un heraldo que la intimase de su parte la rendicion; pero el alcaide, que era hombre muy aficionado á D. Pedro, y de un valor á toda prueba, respondió al rey con altivez, negándose á todo partido y provocándole fieramente. Mucho sintió el rey D. Enrique la repulsa del toledano que detenia su triunfal marcha, pero juró formalizar sitio y no levantarlo aunque durase lo restante del año.

D. Enrique comisionó á Villaines para que formalizase el sitio; y este capitan consumado, que habia jurado como el rey quedar dueño de la ciudad, hizo traer gran número de árboles de todos los bosques inmediatos, y levantar altas trincheras que á la ciudad circunvalasen.

El sitio de Toledo empezó, pero continuaba lentamente, y sin esperanzas de término: los víveres de los sitiados se disminuian notablemente; pero contra el hambre y los trabajos oponian constancia invencible, combatiendo los unos por amor á la persona del rey D. Pedro, y por miedo otros al castigo que juró imponerles el alcaide.

D. Enrique estaba pesaroso de no haber marchado á Andalucía; pero no podia retroceder ya sin descrédito, y á mas le reanimó un socorro inesperado y formidable. Beltran de Güesclin llegó al campamento con mas de mil hombres de armas, y buen número de caballeros muy aficionados á D. Enrique.

CAPITULO VIII.

Húndense casas al temblar Granada:
Vela (sonaba) en el Alhambra, vela,
Traicion (toca á rebato), hay ordenada.
ESPINEL.

Habia llegado el ocho de Marzo de mil trescientos sesenta y nueve, y el ejército de D. Enrique no habia logrado apoderarse de la noble ciudad de Toledo, despues de un sitio de once meses y de innumerables trabajos. Los aventureros murmuraban, y solo los halagos del rey y el firme carácter de Beltran podian mantener la disciplina y calmar un poco el disgusto.

En la tienda de D. Enrique estaban reunidos, el monarca, Beltran de Güesclin y Bernal.

—Señores, decia D. Enrique, solo me detiene ante Toledo el sagrado juramento que hice, y el temor de desanimar á cuantos siguen mis banderas. Once meses y ocho dias de sitio son para cansar á cualquiera, y los capitanes murmuran.

—Señor, interrumpió Beltran, vuestra alteza los entretiene con ofertas y con halagos: yo los hago entrar en razon con amenazas y con votos.

—No hablemos mas, dijo el bearnés, del largo sitio de Toledo: ella nos abrirá las puertas, ó nosotros penetraremos por sus elevadas almenas. Hemos jurado conquistarla y lo cumpliremos, D. Enrique. Para matar algunas horas, podia contarnos du Güesclin, lo que le ha pasado desde el dia en que lo hicieron prisionero.

—Me parece muy buena idea, dijo D. Enrique.

—Y á mí, añadió Beltran sonriendo, con tal que Bernal de Bearne nos regale tambien con su historia.

—Convenido, replicó Bernal.

—Pues entonces, dijo du Güesclin, presten atencion á mi cuento. En Nájera rendí mi espada al noble príncipe de Gales; pues quedando su prisionero ponia en seguro mi cabeza, lo que no hubiera sucedido entregándome á vuestro hermano, el rey D. Pedro. El príncipe llamó á su cuñado y me entregó á él, recomendándole que me guardase con esmero. El Captal, que me conocia por haber estado entre mis manos, me dijo:—Beltran de Güesclin, cómo se han cambiado los tiempos! Vos me cogisteis prisionero en la batalla de Cocherel, y sois mi prisionero al presente. Yo le respondí:—Ilustre Captal, no

estoy en vuestro poder por fuerza, y yo os aprisioné espada en mano: así os llevo alguna ventaja.—"Señor, me respondió el Captal, yo soy vuestro mejor amigo, y estoy decidido á probarlo. Si me jurais, por la lealtad que debeis á la Flor de Lis, no separaros sin el permiso del noble príncipe de Gales, de los cuarteles de su ejército, me basta con vuestra palabra, y no tendréis otra prision."—Así os lo prometo, repliqué, y no falto á mis juramentos.—"Os creo, me respondió el Captal, y esta noche tendréis vuestro lecho en la misma cuadra que yo." Dormimos como lo habia dicho, y al dia siguiente cabalgamos para la buena ciudad de Burgos, que me habia recibido vencedor un año antes, y entonces me miraba vencido. En Burgos me pasé una vida digna de un obispo: banquetes en casa de los caballeros, y sin empuñar una espada ni tener á mano una armadura. El príncipe partió de Burgos, y yo, sirviéndole de comitiva, fuí con el príncipe á Burdeos. Allí se le ocurrió al inglés tenerme un poco mas guardado, y me señaló una prision, con su correspondiente portero. No se habrá olvidado el tunante de los palos que le apliqué á la primer mala pasada que tuvo la intencion de hacerme. Yo soy un hombre de fortuna: encontré con un usurero que me prestó diez mil escudos, y pasé la vida como un príncipe. Mis amigos estaban deseosos de verme puesto en libertad: y un dia que el príncipe de Gales los obsequiaba con ricos vinos, y que conversaban de los hombres mas distinguidos en las armas, el señor de Labrit se dirigió al príncipe, y le dijo:—"¿No os ofenderéis, señor, conmigo, si os refiero algunas palabras que han dicho de vos en vuestra ausencia?"—"Yo aborreceria, contestó el príncipe, á cualquiera de los caballeros que toman asiento en mi mesa, si oyendo palabras ofensivas á mi honor me las ocultase."—"Se dice, replicó el de Labrit, que teneis preso á un caballero, cuyo nombre no recuerdo ahora, porque os da temor verle libre."—"Es verdad, añadió Chison, que muchos hablan de ese modo."—"Mienten, esclamó el príncipe irritado."—"Quizá olvidais, replicó Labrit, que Beltran Güesclin está preso."—"Que lo traigan á mi presencia." Vinieron algunos amigos y fuí con ellos á ver al príncipe: este me preguntó:—"Beltran, ¿cómo lo pasas?"—"Señor, le respondí, cuando os plazca lo pasaré mucho mejor. He oido largo tiempo las músicas de los saraos; pero deseo mucho mas oir las aves que cantan en los bosques, y las oiré cuando vos querais.—Beltran, las oiréis al instante si me prestais el juramento de no traer las armas contra mí, ni de llevarlas en favor de D. Enrique de Castilla. Si me haceis este juramento os pondré al instante en libertad, pagaré todas vuestras deudas y os regalaré diez mil florines; pero si no haceis el juramento, permaneceréis en prision.—"Señor, mi libertad está muy lejos, y si no cambiais las condiciones durará tanto mi prision como mi vida, noble príncipe. Si Dios quiere, jamas mis amigos tendrán una queja de mí. Y por Dios, que ha formado el mundo, juro servir con toda el alma á los que he servido hasta hoy. Yo serviré, príncipe de Gales, al rey de Francia mi señor, á sus hermanos los nobles duques de Anjou, de Borgoña, de Borbon y de Berry, y al rey D. Enrique de Castilla.

—Bien, Beltran, le interrumpió el monarca.

—El príncipe no dijo palabra, y yo proseguí: mas dejadme, si es vuestra voluntad, señor; pues me habeis retenido preso sin razon y sin causa alguna. Yo salí de Francia con mis gentes con ánimo de combatir á los sarracenos de Granada, como consta á Hugo de Carbolay, para redimir mis pecados y conseguir la salvacion.—¿Y por qué no habeis continuado hasta conseguir vuestro objeto? me dijo el príncipe.—Señor, voy á responderos al instante. Nos encontramos á D. Pedro, que Dios confunda y Dios maldiga, el cual habia dado veneno á la noble reina su esposa, madama Bianca de Borbon. Por las venas de esta señora corria la sangre de San Luis, sangre que corre por las vuestras, y todo vasallo del rey de Francia debia castigar tan gran crímen. Para tomar justa venganza de tan cobarde asesinato, reuní mis huestes con las huestes de D. Enrique de Castilla, á quien amo particularmente, y el que segun mi opinion, príncipe, tiene mejor derecho al trono. Mis esfuerzos no fueron vanos: D. Enrique empuñó el cetro de su buen padre Alonso Onceno, y los moros y los judíos, que á la sombra del rey D. Pedro medraban en toda Castilla, dieron sus cuellos á las espadas de los soldados de D. Enrique y de mis valientes compañías. Vos, con singular altivez y con un formidable ejército, os encaminasteis á Castilla, para poseer los montes de oro que os habia ofrecido D. Pedro, y reinar despues de de este monarca. La fortuna me fué contraria en las inmediaciones de Nájera, y echásteis por tierra en un dia el trono que yo habia levantado tambien en un corto espacio de tiempo. Triunfasteis, príncipe de Gales: ¿mas cuáles fueron los resultados de vuestra victoria, señor? Ver á vuestro ejército hambriento, y veros vos mismo burlado por la astucia del rey D. Pedro. ¿Habeis recibido los tesoros que os ofreció? ¿Os ha entregado la Vizcaya? Me parece que ni uno ni otro, y que os ha burlado, noble príncipe. "El príncipe y los caballeros dijeron que habia hablado en razon, y me dieron sus parabienes: el heredero de la Inglaterra me dijo:—Beltran, no saldréis con todo de prision sin pagarme un fuerte rescate: y aun me desagrada haceros gracia. Pero se dice que os retengo por temor, y quiero probar que está al miedo tan lejos de mí como los astros de la tierra. No os temo, Beltran, no temo á nadie, y quedaréis libre pagando un buen rescate; lo repito.—Señor, le repliqué: yo soy un malparado caballero, de pocas riquezas en verdad, y de no grande nombradía. Mi patrimonio está empeñado, y yo debo en esta ciudad diez mil florines á lo menos. Si me queréis dejar ir libre bajo mi palabra...—¿Adónde iréis?—Adonde recobre mis pérdidas.—Pues os dejo en entera libertad; y en cuanto al rescate,

vos mismo sois dueño de tasar la suma.—Supuesto que dejais á mi arbitrio la cantidad de mi rescate, yo no me debo tasar bajo; os daré por él cien mil florines.—¿Estais haciendo mofa? No quiero que me deis tan gran suma.—En ese caso la rebajo; ¿pero os conformaréis con ella?—Os doy mi palabra de honor.—Pues os trairé sesenta mil florines. De esto no rebajo ni un sueldo.—Estoy de acuerdo. ¿Mas de dónde vais á sacar tan grande suma?—Don Enrique, que morirá á toda costa rey de Castilla, me proporcionará la mitad, y el rey de Francia lo restante. Y si no puedo ver á estos príncipes ni noticiarles mis apuros, todas las hilanderas de Francia trabajarán continuamente hasta ganar para el rescate." El príncipe quedó admirado de mi altivo desprendimiento, y todos los nobles de su corte se apresuraron á ofrecerme una parte de sus tesoros; les agradecí sus ofertas, pero no quise aprovecharme del oro de mis enemigos. Con todo debo confesar que recibí diez mil doblas de oro de una mano que, aunque enemiga, era tan hermosa....

—¿De quién? preguntó Bernal de Bearne,

—De la hermosa princesa de Gales.

—¿Habeis visto á mi prima?

—¡Pardiez! conversé con ella dos horas, y me hizo beber el mejor vino que he probado en toda mi vida.

—¿Y cómo la hallaste?

—Así, así: está muy quebrada de color, y muy triste, amigo Bernal.

—¿Habló de D. Enrique?

—Mucho; y tambien de Bernal de Bearne.

—¿Es cierto?

—¿He mentido yo nunca? Me preguntó cómo te portastes en nuestra derrota de Nájera, y yo le conté la verdad.

—¿Mostraba interés por el relato?

—No me pareció distraida; y cuando acabé de contarla, me dijo: "Si veis á Bernal, hacedme el favor de decirle que he recibido su regalo, y que lo aprecio en su valor.

—¿Y me habeis callado esa nueva?

—Tengo, Bernal, mala memoria.

—Proseguid, dijo D. Enrique, la historia de vuestros trabajos.

—Prosigo, pues, dijo Beltran. Toda la ciudad de Burdeos se agolpaba á mi alrededor, como si yo fuera un bicho raro ó algun salteador de camino: unos quedaban disgustados al verme un hombre de carne y hueso, como los demas de aquella tierra, y otros me echaban maldiciones, á pesar de no haberles hecho el mas leve daño en mi vida. Pero mi cuento va siendo largo....

—No, dijo Bernal.

—Sí, amigo mio. Salí de Burdeos desarmado, porque habia jurado no llevar armas hasta satisfacer mi rescate: fuí en busca del duque de Anjou, y me presenté en los asaltos con la espada desnuda en la diestra, pero sin coraza y sin escudo. Conquisté ciudades, me dió el duque una gran cantidad de oro, y antes de llegar á Bretaña la repartí á los compañeros que me encontré por el camino. Reuní en mi país sin tardanza la gran suma de mi rescate; tomé el camino de Burdeos; mas cuando llegué á esta ciudad no me quedaba ni un florin, porque los habia ido repartiendo á otros caballeros malparados que en distintos parajes ví. Dije al príncipe que allí estaba para volverme á la prision; pero habia cuidado el rey de Francia de satisfacer mis empeños, y yo volví entonces á Bretaña, y reuní los bravos guerreros que están combatiendo á mis órdenes. Esta es la historia, algo abreviada, del capitan Beltran de Güesclin.

D. Enrique y Bernal de Bearne felicitaron al breton por la intrepidez que habia mostrado en circunstancias tan difíciles; y el rey de Castilla y Güesclin suplicaron de nuevo al bearnes que les refiriese sus aventuras.

Bernal contó circunstanciadamente cuanto saben ya los lectores, y prosiguió de esta manera:

—Las amenazas de D. Pedro no me amedrentaron en verdad; pero dejaron en mi alma una singular inquietud. La idea de una muerte cercana es muy llevadera para el hombre que la desprecia cada dia; pero sufrir el cautiverio, bajo un hombre á quien se desprecia, es la mayor de las desgracias. Yo sabia bien que agasajando á LA ROSA DE JERUSALEM tendria francas todas las puertas; pero no queria aprovecharme de una disculpable mentira, y sentia cierta repugnancia á huirme con aquella mujer. No esperaba ningun socorro, y con todo tenia la conciencia de que alguna casualidad debia presentarse en mi favor. Me asomé pues á mi ajimez, y contemplando el curso del rio, se me ocurrió una idea peregrina, que podia bien calificarse como estravagante quimera, y que surtió los buenos efectos que encontrarán en mi relato. Cogí el pendon que habia tomado en la batalla de Nájera al noble príncipe de Gales, y cruzándolo con el mio los coloqué en el ajimez, á manera de pabellon. Habria pasado media hora cuando ví subir á un caballero por la opuesta márgen del rio. Fijó la atencion en mis banderas, y tirando la brida al caballo, estuvo largo tiempo inmóvil, con los ojos en ellas siempre. La atencion del tal caballero reanimó mis muertas esperanzas, y sacando mis brazos fuera tremolé en ellos los pendones. El paladin descabalgó, y con el cuento de su lanza trazó unos caracteres en el césped, que no me era dado leer. Le hice señas que eran inútiles; entonces tomó agua del rio, la fué echando en las hendeduras que hacian los rasgos de las letras, y al poco tiempo aparecieron como un gran letrero de plata. Eran seis las letras, y leí con estraño júbilo mi nombre. Inferí que me preguntaba si era realmente el prisionero, y me apresuré á demostrarlo agitando las dos banderas: me hizo señal que lo comprendia, y valiéndose de los mismos medios que habia usado momentos antes, escribió la palabra NOCHE. Yo retiré al punto las banderas y el paladin partió al galope hácia la ciudad de Sevilla. Nunca habian discurrido las horas con tal lentitud para mí: me parecian los instantes siglos, y cada vez que miraba al sol

juzgaba que otro Josué habia suspendido su carrera. A la hora de todos los dias me presentaron la comida, y Raquel, como de costumbre, me sirvió con galantería, pero sin desplegar sus labios: yo guardé tambien por mi parte el mas sostenido silencio, y despues de servidos los postres me recliné sobre un divan, como si me encontrase solo. LA ROSA DE JERUSALEM me consideró algunos momentos, y despues con una sonrisa muy espresiva y muy amarga, me dijo:—¿Prefieres, Bernal, al amor de la hermosa judía ser prisionero del inglés? Incliné mi cabeza, sonriendo con un pronunciado sarcasmo, y Raquel salió de la torre con sus blancos dientes teñidos en la púrpura de sus labios. A pesar de mi agitacion conseguí dormir algunas horas, y cuando desperté el sol se hundia entre celajes de escarlata. Le ví ocultarse con placer: saludé con alborozo los primeros rayos de la luna que rielaron sobre el manso rio. Conforme entraba mas la noche se iba aumentando mi impaciencia; y despues de echar un cerrojo para que nadie penetrase en la torre sin mi intervencion, me recliné en el ajimez, resuelto á esperar toda la noche á mi libertador ansiado. Al primer canto de los gallos ví en la parte opuesta del rio dos caballeros á caballo: vestia el uno acerada armadura, y el otro un traje que en lo humilde, solo podia ser de un criado. Frente por frente de la torre se desmontaron los dos á un tiempo y pocos momentos despues entró el armado en un esquife que dos remeros conducian. Cortaron veloces el rio, y se pararon en un ángulo que formaba el pié de mi torre. Como no podiamos comunicarnos era preciso adivinar, y yo habia formado con mis sábanas una cuerda muy bien torcida, á propósito para suspender una escala, y aun bastante fuerte en todo caso para deslizarme por ella. Até á su punta una manopla, y la dejé caer lentamente. Apenas tocó el borde del esquife, cuando se apoderaron de ella; la tuvieron sujeta algun tiempo, y cuando la soltaron tiré y subí con ella una escala. No perdí un instante en afirmarla á las columnas del ajimez: cogí mi armadura, mi espada, los dos pendones, y una banda, que tengo en singular estima, y sujetándome con una mano bajé la escala felizmente, y puse mi pié en el esquife. Estraordinaria fué mi alegría al verme salvo de un peligro mas formidable que la muerte; pero se aumentó mucho mas cuando mirando al caballero reconocí al bizarro Enrique.

—¿A mi paje? preguntó el rey.

A vuestro paje, rey de Castilla. Es el muchacho mas intrépido que ha producido la Península, y bien ha ganado los favores que debeis dispensarle algun dia. Bogaron al punto los remeros, y el esquife, como una flecha, tocó la ribera del rio. Saltamos en tierra los dos, Enrique dió á los marineros una bolsa henchida de oro, y señalándome un caballo, montó en el otro velozmente y nos alejamos al galope. Caminamos toda la noche, cuanto nos permitia el vigor de dos caballos cordobeses: tomamos un corto descanso para que comiesen los caballos, y sin el menor contratiempo penetramos en Portugal. Al pisar la línea el buen Enrique me entregó cien doblas de oro, diciéndome:—Es muy corta suma, pero no pude reunir mas en tan corto espacio de tiempo. Recibí, sin avergonzarme, el don de aquel noble muchacho, y despues de instarle varias veces que me siguiera hasta mi patria, le dí un abrazo fraternal y me encaminé al Bearnesado. Allí os encontré, D. Enrique, y juntos hemos combatido á los parciales de D. Pedro.

Bernal terminaba su historia, cuando anunció un paje á D. Enrique, que le buscaba una señora, pálida como los cadáveres, y con un vestido tan blanco que podia llamarse su mortaja. D. Enrique la mandó entrar, y apareció ante los guerreros la huérfana Inés de Avendaño.

CAPITULO IX.

Los años de nuestra infancia
Son flores que se deshojan;
Siendo las pasiones rayos
Que sus colores les roban.

J. B. SANDOVAL.

La huérfana se presentó, y quedaron los tres guerreros sobrecogidos y admirados. En la frente de Doña Inés habia impreso el dolor su marca, y se dejaba ver el doble sello de la locura y de la tísis. Completamente estenuada conservaba el doble vigor de la calentura y el delirio; y cuando cruzaba con rapidez parecia un espíritu evocado, impalpable como la sombra. Despues de haberla contemplado se levantó el rey D. Enrique y la dijo:

—Ven, hermana mia, ven á los brazos de tu hermano.

—Hermano, repitió Doña Inés, hermano. No me acuerdo, señor, de haber pronunciado este nombre. El amor de un hermano será muy consolador en la desgracia. Yo quisiera tener un hermano.

—¡Inés!

—Pero si no me engaño, vos sois hermano de D. Juan, y por lo tanto hermano mio.

—Sí, Inés: hermano de D. Juan.

—Pues bien, sabréis una noticia. El dia del juicio está cercano: yo he oido sonar la gran trompeta, y he visto cómo se reaniman las cenizas de los cadáveres. D. Juan abandonará pronto los mármoles de su sepulcro, y subirá conmigo al cielo: allí nos esperan dos coronas, la del himeneo y la del martirio.

Los tres caballeros se miraron con un religioso silencio; D. Enrique se acercó mas á la huérfana de Avendaño, y cogiéndola por la mano, la dijo:

—Mi querida hermana, despues de un penoso viaje necesitarás algun reposo.

—No duermo jamás. Mi viaje.... ¿A qué he venido yo? ¿Dónde estoy?

—En las inmediaciones de Toledo, que sitia D. Enrique el Segundo.

—Sí, tienes razon; ante los muros estoy de una

ciudad rebelde que no quiere aclamar por rey á su legítimo soberano. ¿Tú eres D. Enrique?

—D. Enrique.

—Casi te habia desconocido: tengo algunas veces una venda que no me permite distinguir los objetos que me rodean; y otras veces segunda vista que penetra hasta en los abismos. ¿A qué he venido yo á Toledo?

—Señora, repuso el bearnés, habeis preguntado hace poco por D. Enrique de Castilla.

—Yo reconozco esa voz.

—Sí, soy vuestro amigo Bernal de Bearne.

—Bernal de Bearne, no me hableis: fijé un plazo para ser vuestra, y ese plazo no está cumplido. El dia del juicio llegará antes y me reuniré con mi esposo.

—¡Pobre loca! esclamó Bernal. ¡Pobre loca! repitió Guesclin. ¡Pobre loca! dijo D. Enrique.

—¿Pero á qué he venido, señores? volvió á preguntar Doña Inés.

Venís en busca de D. Enrique, la respodió Bernal de nuevo.

La huérfana miró á todas partes; despues fijó sus ojos en el rey, y fué reuniendo con trabajo las ideas que le atormentaban. En sus ojos brilló una luz pasajera como el relámpago, y llevó su mano á una escarcela que de su cintura pendia. La abrió con solemne ademan, y sacó de ella un pergamino que presentó al rey D. Enrique sin pronunciar una palabra. D. Enrique lo desdobló y leyó en alta voz la carta que dirigia Abenabatiu al rey D. Pedro de Castilla. Por ella supieron el socorro que el rey de Granada enviaba al hermano de D. Enrique, y el ánimo en que estaba D. Pedro de venir á levantar el sitio.

Así que terminó la carta preguntó á Doña Inés:

—Hermana, ¿cómo ha venido á tu poder este preciosísimo escrito?

Doña Inés levantó su mano, y señaló el cielo.

—¡Pobre loca! repitió Bernal de Bearne.

—Señores, esto es prodigioso; pero así salve Dios mi alma, y me dé el trono de Castilla, como es verdad cuanto este escrito en sus sábias líneas contiene.

—No hay duda, replicó Beltran.

—¿Habeis venido sola? preguntó el bastardo á la huérfana.

Doña Inés movió la cabeza haciendo señal negativa.

—¿Quién os acompaña?

—El fiel Enrique.

El bastardo se dirigió á la puerta; mas Doña Inés le cerró el paso, y recobrando una energía, tanto mayor y mas notable, cuanto mas grande acababa de ser su doloroso abatimiento,

— Deteneos, Bernal de Bearne, esclamó; Bernal, deteneos. ¿Qué queréis averiguar de Enrique? ¿Quién me ha dado la carta? Un moro que la llevaba al rey D. Pedro, y que está en estrecha prision por mi mandado, ¿lo entendeis? ¿Queréis saber por qué he venido? Para que os vistais las armaduras y aguceis las robustas lanzas: para que corrais á vengar una sangre que ví correr: la sangre, D. Enrique, de tu hermano; la sangre, Bernal, de mi esposo.

Al pronunciar estas palabras hervia el pecho de Doña Inés, y agotadas todas sus fuerzas cayó en un sitial sin sentido. Los tres caballeros acudieron á prodigarla sus socorros, y los pajes de D. Enrique llamaron á los capitanes para que en consejo se reuniesen.

Poco despues que Doña Inés, se presentaron á Beltran unos corredores montados que D. Juan Alfonso de Guzman desde Córdoba le enviaba, y le noticiaron que D. Pedro habia salido de Sevilla, y que caminaba á marchas dobles con ánimo de sorprender el ejército de D. Enrique. Estas noticias confirmaban cuanto Abenabatin escribia, y fueron una nueva causa para apresurar la reunion de los mas ilustres capitanes.

CAPITULO X.

Dejad, negras fantasmas, dejad que al cielo mire,
De estrellas contemplando su esplendido dosel.
Dejadme, negras sombras, dejadme, que respire,
En prados de azucenas, en bosques de laurel.

Á.

Al momento que salió Doña Inés de la tienda del rey D. Enrique, cogió el brazo del valiente paje, y le dijo que preguntase por el alojamiento de Bernal. Enrique conocia muy bien á los caballeros del bastardo, y no le fué difícil saber lo que la huérfana deseaba. Preguntó á un bearnés, que al instante los fué escoltando hasta la tienda.

El camarero de Bernal conocia mucho á Doña Inés, desde que estuvieron en Angulema, y se apresuró á recibirla con las mas finas atenciones. La huérfana se sentó en un sitial, profundamente pensativa, y Enrique se quedó de pié con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos fijos en la jóven.

Conociendo el paje lo mucho que debia sufrir Doña Inés con meditacion tan profunda, quiso llamarla la atencion, y la dijo:

—Hemos andado en pocos dias un considerable número de leguas y necesitais tomar descanso. El camarero de Bernal de Bearne os proporcionará, señora, cuanto tengais por conveniente, y yo velaré vuestro sueño.

—Señora, dijo el camarero, podeis mandar en esta tienda como el mismo Bernal, mi señor.

—Lo sé, camarero, lo sé. El hijo de Gaston de Fox es espléndido y me respeta: adivina mis pensamientos y ejecuta mi voluntad. Si me fuera dado dormir, recibiria vuestros obsequios: mas me es de todo punto imposible. Quiero muchas veces cerrar mis párpados, para no ver los fantasmas que me persiguen, y una fuerza oculta los sujeta para que se queden abiertos. Busco la luz mil y mil veces para librarme de las sombras que en mis delirios me rodean, pero las sombras implacables se agrupan siempre sobre mí. Me veo perseguida, señores, por los vivos y por los muertos, por las personas que me aman, tambien por las que me aborrecen: no hay dolor que pueda igualarse á los dolores que yo sufro; no hay penas iguales á mis penas: no hay desgracia como la mia. Los que duermen hallan descanso en largas horas de sopor: suelen tener hermosos ensueños, y gozar placeres soñados, pero yo que no duermo jamas, sufro un dolor no interrumpido, y soy en la tierra lo que el réprobo en los abismos infernales.

Doña Inés, durante su discurso, habia sufrido convulsiones, y sus ojos, fuera del cráneo, parecian prontos á saltarse. Mas, serenándose de improviso, añadió con solemne acento:

—Está próximo el dia del juicio, y todo tendrá fin en él.

Despues de haber dicho estas palabras, ocultó su rostro entre las manos, y cayó en profundo letargo. El camarero se acercó á Enrique, y le preguntó en voz muy baja:

—¿Hace la tísis grandes progresos en la huérfana?

No es la tísis su mas peligrosa enfermedad. La tísis la matará pronto: hoy la atormenta la locura.

—¿Está loca?

—Sí, amigo mio. En los momentos de delirio sufre su cuerpo, casi exánime, y en los lúcidos intérvalos padece su espíritu tanto, como si no tuviese estravíos que debilitasen su razon.

—¡Pobre señora!

—Si estuvieras algunos meses á su lado, la tomarias tanto cariño como puede tener una madre á los hijos de sus entrañas. Es tan dulce, tan bondadosa, y tan amable! no tiene hiel, ni en su delirio; sufre sus penas sin quejarse, y ve su remedio en la muerte.

—¡Pobre señora! Es imposible conocer el destino que nos aguarda. Cuando Doña Inés vino al mundo, parecia nacida para gozar, y hoy la miramos padecer. Hija de D. Lope Sanchez de Avendaño, comendador mayor de Castilla, rico y poderoso señor, se presentaba ante su cuna un porvenir rico de esperanzas, de puros placeres y de amor. Creciendo en años fué creciendo en atractivos y hermosura: los mas opulentos magnates debian aspirar á su mano, y volverse loco de orgullo el que mereciese su eleccion. Esto la hubieran vaticinado las hechiceras y los astrólogos; y con todo, qué diferencia! Allí la tenemos pálida y flaca, abatida y meditabunda, sin hermosura y sin razon.

—Triste cuadro has pintado, amigo; pero lo que descubro en él de mas triste y de mas sombrío es, que no conviene solamente á la huérfana de Avendaño: conviene á mil jóvenes tiernas seducidas y abandonadas; conviene á mil hombres de talento olvidados ó escarnecidos; y si miramos el reverso, conviene á mujeres infames que saben fingir el pudor, y vender caros sus encantos: conviene á mil hombres imbéciles, despreciables y corrompidos, que medran, crecen y se encumbran, á despecho de los honrados, de los sabios y los virtuosos.

Enrique se mordia los labios al pronunciar estas palabras, y sus miradas descubrian honda indignacion y despecho. ¿Tenia Enrique algunos motivos para indignarse contra la injusticia que en toda sociedad se nota? No los tenia particulares; pero un corazon noble no sufre en paciencia tanta maldad. ¿Los vicios que achacaba Enrique á la sociedad de su tiempo, son aplicables á la nuestra? Que lo examinen los lectores.

El paje terminó su discurso, porque vió alzarse una cortina y aparecer pálido y triste al bizarro Bernal de Bearne.

CAPITULO XI.

Venid, venid y reposad la frente
Herida del dolor, sobre mi pecho:
Venid, venid, la hiel que nos amarga
En un profundo cáliz mezclaremos.
Los dos sufrimos cancerosa herida,
Y vivimos los dos con los recuerdos:
Los dos alzamos hácia Dios los ojos,
Porque nuestra esperanza está en el cielo.

Jaime Tio.

Al punto que apareció Bernal, salió de la estancia el camarero, despues de haberle preguntado si se le ocurria alguna cosa: el paje quiso hacer lo mismo, pero le detuvo el bearnés.

—Enrique, le dijo el bastardo, habia comunicado órdenes á muchos de mis caballeros para que te buscasen por el campo, y considero una gran fortuna encontrarte en este lugar.

—Señor, replicó el jóven paje, ha preferido Doña Inés habitar bajo vuestro techo á pedir al rey hospedaje.

—Mucho agradezco á la noble huérfana tan clara muestra de bondad. ¿Mas por qué no duerme en un lecho y está incomodada en un sitial?

—No duerme Doña Inés, no duerme. Hace unos instantes que tuvo un delirio bastante penoso, y despues de haber delirado cae en esa especie de sopor.

—¿Doña Inés está loca, Enrique?

—Sin la menor duda, señor.

—Ya no padecerá su espíritu.

—Todavía padece, y segun creo seguirá sufriendo hasta morir.

—¡Pobre loca!

—Compadecedla, pues es Doña Inés digna de lástima.

—El bearnés dió algunos paseos, y llegándose despues á Enrique, le dijo:

—¿Conoces tú, paje, una carta que ha traido consigo la huérfana?

—Mucho la conozco, señor.

—¿Y sabes, Enrique, por qué medio vino á las manos de Doña Inés?

—Lo sé, señor, como ninguno.

—¿Puede darse crédito á esa carta?

—Enteramente. El moro que la conducia durmió una noche en el castillo que habitaba la pobre huérfana, y al dia siguiente muy de mañana la carta estaba en mi poder.

—¿Se la arrancaste durante el sueño?

—No, noble señor; el paje Enrique tiene demasiada hidalguía para despojar á un dormido. Le dejé salir del castillo, y en campo raso y frente á frente, usé tan buenos argumentos, que tuvo á bien darme la carta y venir conmigo prisionero.

—Eres un valiente.

—Soy castellano, y no hay castellanos cobardes.

—Lo sé, Enrique, por esperiencia. Si quieres tomar algun reposo, puedes hacerlo cuando gustes, y mandar que te sirvan mis criados añejos vinos y manjares.

—Confieso, señor, francamente, que no dejaré desairado un buen pedazo de ternera y una copa de moscatel. Y si me dais vuestro permiso....

—Lo tienes, Enrique, al instante.

El paje salió de la estancia y Bernal se acercó á lentos pasos á la huérfana de Avendaño. Doña Inés proseguia abismada bajo el peso de sus dolores: el bearnés la miraba atento con la misma veneracion que puede mirar á una vírgen el mas entusiasta devoto.

Contaba el guerrero las venas que cruzaban los caidos párpados de la heredera de Avendaño; procuraba escuchar los latidos de su corazon angustiado, y mientras mas atento la miraba, mas se aumentaba su respeto, su veneracion y su dolor.

La huérfana se estremeció ligeramente, abrió los ojos con trabajo y fijó su mirada triste en el bastardo de Bearne. Bernal permaneció en silencio y Doña Inés se sonrió diciendo al bastardo:

—Bernal, ¿se ha terminado ya el consejo?

—Se ha terminado, Doña Inés.

—¿Y los caballeros qué han resuelto?

—Levantar el campo mañana, é ir en busca del enemigo.

—Bien, Bernal; bien una y mil veces. Los caballeros han pensado como á D. Enrique conviene, y conseguirá la victoria.

—Así lo esperamos confiados en la justicia de la causa.

—Así sucederá, señor.

Unos momentos de silencio se siguieron á estas palabras. Bernal se acercó mas á la huérfana y la dije:

—Me parece justo, Doña Inés que comais algunos manjares y que tomeis algun descanso.

—No tengo apetito, Bernal, y hace mucho tiempo que mis ojos no se cierran al dulce sueño.

—Pero los miembros fatigados descansarán....

—Bernal, el cuerpo no consigue tener reposo cuando está agitado el espíritu. ¿Queréis ser, Bernal de Bearne, mi mejor amigo, mi hermano y el confidente de mis penas?

—Seré, señora, cuanto os plazca.

—Pues aproximad un sitial.

El bastardo tomó un sitial, lo aproximó á la de Avendaño, y guardó profundo silencio. La huérfana prosiguió así:

—En primer lugar es preciso que renuncies, hermano mio, á la palabra que os empeñé. Respondedme, Bernal, ¿renunciais?

—Renuncio, Doña Inés, renuncio.

—Esta renuncia, que os exijo, es, noble Bernal, por vuestro bien. ¿Qué adelantaríais hermano mio, con la mano de una mujer, cuyo corazon despedazado pertenece, como vos sabeis, á la sombra del noble Infante? ¿Qué adelantaríais con mi mano?

—Os he dado ya mi palabra, y os diré, señora, una y mil veces, que soy vuestro hermano y nada mas. ¿Estais satisfecha, Doña Inés?

—Sí, Bernal, estoy satisfecha. Ahora voy á haceros una pregunta, y espero que me contestaréis con la misma franqueza que antes. ¿Teneis alguna pena oculta?

—¡Doña Inés!

—Vuestra hermana desea que le hableis con toda confianza. ¿Teneis alguna pena oculta?

—Sí, hermana mia. Tengo una pena que los años no debilitan: una pena que me consume, y que no he revelado nunca, ni pienso revelar.....

—Hermano, cuando no hay mútua confianza, no existe verdadera amistad, ni se puede decir que hay cariño: tú sabes mi pena terrible: sea yo partícipe de la tuya.

—Nuestros dolores se asemejan; nuestras penas son unas mismas.

—¿Ha muerto la mujer que amabas?

—No ha bajado, Inés, al sepulcro; pero está muerta para mí.

—¿Qué te separa de ella?

—Un hombre.

—En ese caso eres, Bernal, mas desgraciado que la huérfana.

Los dos se miraban de hito en hito, y guardaban triste silencio. Dos ideas, distintas en verdad, pero ambas á dos homicidas, atormentaban á dos seres, tambien distintos entre sí. El uno jóven y robusto publicaba su amargo duelo en sus vestidos y en sus plumas, el otro enfermo y delirante, era la sombra que se queda á la entrada de un mausoleo. Bernal, al recuerdo de su amor sentia hervir su ardorosa sangre y precipitarse á torrentes desde el corazon al cerebro: Inés no sentia arder la suya, porque habia subido poco á poco de los pulmones á la boca, y la habia arrojado mezclada con las lágrimas de sus ojos. ¿Cuál de los dos padecia mas? Entre dos dolores tan inmensos es muy difícil decidir.

Inés cogió la diestra mano al apenado caballero, y con voz tranquila le dijo:

—Al participarme la causa de tu crudo dolor, hermano, se han renovado tus heridas y brotan sangre por do quier. He sentido mucho, hermano mio, avivar así tus tormentos: pero una vez que ambos bebemos una hiel, cada dia mas amarga, mezclémosla en la misma copa, y apurémosla hasta las heces.

—Apurémosla, hermana mia, los dos vivimos de recuerdos: los dos tenemos la esperanza de reunirnos en las alturas. ¿Ves esta banda, hermana mia? Lee este mote en letra de oro. ¿Qué dice?

—ADIOS, ADIOS. HASTA EL CIELO.

—Es Inés, una despedida. Tú y yo nos hallamos emplazados: la cita en el mismo lugar; corramos á cumplirla, Inés. A tí te matará el dolor, á mí la espada de un soldado.

—Corramos á cumplirla, Bernal. Apresurémonos. El tiempo vuela, como un águila; volemos nosotros tambien. Escucha, Bernal; escucha, escucha. ¿Oyes el són de una trompeta? Es la del ángel que nos llama porque llega el juicio final. Corramos, corramos, corramos. Me llama mi esposo, me llama. ¡Ay! que no lo puedo alcanzar.

La huérfana se desmayó. Bernal la sostuvo en sus brazos.

CAPÍTULO XII.

Y si tras tantos enojos
Quereis gozar de su gracia,
Como á la guerra dais treguas
Dadlas á nuestras desgracias.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

BERNAL sostenia con amor la cabeza de Doña Inés, mas sin pedir ningun socorro: pues conocia por esperiencia que aquellos largos parasismos no tenian remedio en el arte, como no lo tenia tampoco la dolencia que los causaba. La huérfana estaba tan delgada, que Bernal podia sin gran trabajo sobre sus brazos sostenerla, y moverla tan fácilmente como se maneja una pluma.

No sentia el bastardo en su pecho aquel amor puro y ardiente que sintió por la hermosa huérfana cuando la encontró en Calahorra; pero se hallaba en su lugar una compasion tan cariñosa, que hubiera sacrificado el bearnés un millon de veces su vida por aliviar un tanto á la Avendaño.

El pensamiento de Bernal, como el de todos los amantes, volaba en busca del objeto que su corazon ocupaba; y en un momento en que creyó tener en sus brazos á la princesa estampó en la frente de Inés el beso mas apasionado que puede estampar un amante. La huérfana se estremeció: abrió sus ojos admirada, y al mismo tiempo se presentaron en la puerta de aquella estancia D. Lope Hinestrosa y Beatriz.

La huérfana dijo á Bernal:

—¿Me has dado un beso?

—Sí, hermana mia. ¿No puede besarte un hermano?

Hinestrosa se precipitó hácia el bastardo, que lo esperó tranquilamente: y la dueña cubrió de besos las mejillas de doña Inés.

—¿Qué habeis hecho, Bernal de Bearne? preguntó Hinestrosa al bastardo.

—Estampar mis labios, Hinestrosa, sobre la frente de mi hermana.

—¿No sabeis, Bernal, que ese beso ha encendido toda mi sangre? ¿No pensais que os arrancaria los labios con que lo habeis dado? ¿No conoceis, en fin, que la amo y que estoy ardiendo de celos?

—Todo lo conozco, Hinestrosa, y porque lo conozco, señor, os perdono algunas palabras que jamas hubiera sufrido.

—Hinestrosa, dijo doña Inés en un momento en que la dueña la dejó respirar libremente, dejad á un lado vuestros celos, y si es posible, vuestro amor. El cuadro que nosotros formemos presentará siempre, D. Lope, tintas pálidas ó sombrías; pero ya que no sea posible dar alguna tregua al dolor, acaben al menos las querellas, que profundizan las heridas. Yo tengo veinte y ocho años, y al peso de tantos dolores me encuentro próxima al sepulcro: mas de sesenta teneis vos, y al peso de años y dolores estais inclinado á la tumba. Bernal de Bearne, bizarro y jóven, me ha recibido por hermana: vos, D. Lope, enfermo y anciano, podeis recibirme por hija, y solo habrá entre todos tres los vínculos de una familia, á la verdad, muy desgraciada.

Doña Inés tendió su blanca mano al antiguo alcaide de Carmona, y D. Lope imprimió en ella un beso mas ardiente que paternal. La huérfana llevó á sus labios la flaca mano de Hinestrosa, y la besó con el respeto propio de su nombre de hija.

Beatriz habia visto en silencio cuanto acababa de pasar, y como no habia ganado nada en el arreglo de familia, estaba quejosa y mohina, deseando tener ocasion en que desahogar toda su bílis, dejando en libertad su lengua. No quiso violentarse mucho, y en el primer instante de silencio dijo con su voz regañona:

—No sé cómo me ha dado el cielo suficiente dosis de paciencia, para aguantar esa larga farsa que acabais de representar. Yo he conocido á Doña Inés desde el instante en que nació, yo he sido su nodriza y su aya, yo no me he separado de ella, y la conozco mas que á mí. Doña Inés es hija legítima de D. Lope Sanchez de Avendaño, y única heredera de su nombre. D. Lope Perez de Hinestrosa no es, yo lo digo, no es su padre, ni este caballero su hermano. ¿Es verdad, Inés mia, es verdad, que tengo razon en cuanto digo?

Durante el discurso de Beatriz habia manifestado Doña Inés una atencion viva y profunda. Sus pupilas estaban inmóviles y sus labios secos y oprimidos. Hinestrosa, que no habia amado nunca hasta que conoció á Doña Inés, no podia cambiar su frenesí por un cariño paternal; pero el bastardo, que amaba á otra, se resignaba fácilmente á su nuevo papel de hermano. La huérfana se levantó, giró sus miradas inciertas sobre todos los circunstantes, y cogiendo de la mano á Beatriz, la dijo con el tono solemne y la voz vibrante que usaba en todas las grandes situaciones:

—Tú eres Beatriz; bien te conozco. Es cierto, dueña, que he mamado á tus pechos en mi niñez: es cierto que despues has sido mi aya: es cierto que soy la hija única de D. Lope Sanchez de Avendaño. Cuanto acabas de decir es cierto. ¿Pero no comprendes, Beatriz, que podamos elegir un hermano que alivie nuestras aflicciones, y un padre que nos aconseje, que nos guarde, que nos proteja?

—Tú estás delirando, Inés mia. El cielo da

—¿Se la arrancaste durante el sueño?

—No, noble señor; el paje Enrique tiene demasiada hidalguía para despojar á un dormido. Le dejé salir del castillo, y en campo raso y frente á frente, usé tan buenos argumentos, que tuvo á bien darme la carta y venir conmigo prisionero.

—Eres un valiente.

—Soy castellano, y no hay castellanos cobardes.

—Lo sé, Enrique, por esperiencia. Si quieres tomar algun reposo, puedes hacerlo cuando gustes, y mandar que te sirvan mis criados añejos vinos y manjares.

—Confieso, señor, francamente, que no dejaré desairado un buen pedazo de ternera y una copa de moscatel. Y si me dais vuestro permiso....

—Lo tienes, Enrique, al instante.

El paje salió de la estancia y Bernal se acercó á lentos pasos á la huérfana de Avendaño. Doña Inés proseguia abismada bajo el peso de sus dolores: el bearnés la miraba atento con la misma veneracion que puede mirar á una vírgen el mas entusiasta devoto.

Contaba el guerrero las venas que cruzaban los caidos párpados de la heredera de Avendaño; procuraba escuchar los latidos de su corazon angustiado, y mientras mas atento la miraba, mas se aumentaba su respeto, su veneracion y su dolor.

La huérfana se estremeció ligeramente, abrió los ojos con trabajo y fijó su mirada triste en el bastardo de Bearne. Bernal permaneció en silencio y Doña Inés se sonrió diciendo al bastardo:

—Bernal, ¿se ha terminado ya el consejo?

—Se ha terminado, Doña Inés.

—¿Y los caballeros qué han resuelto?

—Levantar el campo mañana, é ir en busca del enemigo.

—Bien, Bernal; bien una y mil veces. Los caballeros han pensado como á D. Enrique conviene, y conseguirá la victoria.

—Así lo esperamos confiados en la justicia de la causa.

—Así sucederá, señor.

Unos momentos de silencio se siguieron á estas palabras. Bernal se acercó mas á la huérfana y la dije:

—Me parece justo, Doña Inés que comais algunos manjares y que tomeis algun descanso.

—No tengo apetito, Bernal, y hace mucho tiempo que mis ojos no se cierran al dulce sueño.

—Pero los miembros fatigados descansarán....

—Bernal, el cuerpo no consigue tener reposo cuando está agitado el espíritu. ¿Queréis ser, Bernal de Bearne, mi mejor amigo, mi hermano y el confidente de mis penas?

—Seré, señora, cuanto os plazca.

—Pues aproximad un sitial.

El bastardo tomó un sitial, lo aproximó á la de Avendaño, y guardó profundo silencio. La huérfana prosiguió así:

—En primer lugar es preciso que renuncies, hermano mio, á la palabra que os empeñé. Respondedme, Bernal, ¿renunciais?

—Renuncio, Doña Inés, renuncio.

—Esta renuncia, que os exijo, es, noble Bernal, por vuestro bien. ¿Qué adelantaríais hermano mio, con la mano de una mujer, cuyo corazon despedazado pertenece, como vos sabeis, á la sombra del noble Infante? ¿Qué adelantaríais con mi mano?

—Os he dado ya mi palabra, y os diré, señora, una y mil veces, que soy vuestro hermano y nada mas. ¿Estais satisfecha, Doña Inés?

—Sí, Bernal, estoy satisfecha. Ahora voy á haceros una pregunta, y espero que me contestaréis con la misma franqueza que antes. ¿Teneis alguna pena oculta?

—¡Doña Inés!

—Vuestra hermana desea que le hableis con toda confianza. ¿Teneis alguna pena oculta?

—Sí, hermana mia. Tengo una pena que los años no debilitan: una pena que me consume, y que no he revelado nunca, ni pienso revelar.....

—Hermano, cuando no hay mútua confianza, no existe verdadera amistad, ni se puede decir que hay cariño: tú sabes mi pena terrible: sea yo partícipe de la tuya.

—Nuestros dolores se asemejan; nuestras penas son unas mismas.

—¿Ha muerto la mujer que amabas?

—No ha bajado, Inés, al sepulcro; pero está muerta para mí.

—¿Qué te separa de ella?

—Un hombre.

—En ese caso eres, Bernal, mas desgraciado que la huérfana.

Los dos se miraban de hito en hito, y guardaban triste silencio. Dos ideas, distintas en verdad, pero ambas á dos homicidas, atormentaban á dos seres, tambien distintos entre sí. El uno jóven y robusto publicaba su amargo duelo en sus vestidos y en sus plumas, el otro enfermo y delirante, era la sombra que se queda á la entrada de un mausoleo. Bernal, al recuerdo de su amor sentia hervir su ardorosa sangre y precipitarse á torrentes desde el corazon al cerebro: Inés no sentia arder la suya, porque habia subido poco á poco de los pulmones á la boca, y la habia arrojado mezclada con las lágrimas de sus ojos. ¿Cuál de los dos padecia mas? Entre dos dolores tan inmensos es muy difícil decidir.

Inés cogió la diestra mano al apenado caballero, y con voz tranquila le dijo:

—Al participarme la causa de tu crudo dolor, hermano, se han renovado tus heridas y brotan sangre por do quier. He sentido mucho, hermano mio, avivar así tus tormentos: pero una vez que ambos bebemos una hiel, cada dia mas amarga, mezclémosla en la misma copa, y apurémosla hasta las heces.

—Apurémosla, hermana mia, los dos vivimos de recuerdos: los dos tenemos la esperanza de reunirnos en las alturas. ¿Ves esta banda, hermana mia? Lee este mote en letra de oro. ¿Qué dice?

—ADIOS, ADIOS. HASTA EL CIELO.

—Es Inés, una despedida. Tú y yo nos hallamos emplazados: la cita en el mismo lugar; corramos á cumplirla, Inés. A tí te matará el dolor, á mí la espada de un soldado.

—Corramos á cumplirla, Bernal. Apresurémonos. El tiempo vuela, como un águila; volemos nosotros tambien. Escucha, Bernal; escucha, escucha. ¿Oyes el són de una trompeta? Es la del ángel que nos llama porque llega el juicio final. Corramos, corramos, corramos. Me llama mi esposo, me llama. ¡Ay! que no lo puedo alcanzar.

La huérfana se desmayó. Bernal la sostuvo en sus brazos.

CAPÍTULO XII.

Y si tras tantos enojos
Quereis gozar de su gracia,
Como á la guerra dais treguas
Dadlas á nuestras desgracias.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

BERNAL sostenia con amor la cabeza de Doña Inés, mas sin pedir ningun socorro: pues conocia por esperiencia que aquellos largos parasismos no tenian remedio en el arte, como no lo tenia tampoco la dolencia que los causaba. La huérfana estaba tan delgada, que Bernal podia sin gran trabajo sobre sus brazos sostenerla, y moverla tan fácilmente como se maneja una pluma.

No sentia el bastardo en su pecho aquel amor puro y ardiente que sintió por la hermosa huérfana cuando la encontró en Calahorra; pero se hallaba en su lugar una compasion tan cariñosa, que hubiera sacrificado el bearnés un millon de veces su vida por aliviar un tanto á la Avendaño.

El pensamiento de Bernal, como el de todos los amantes, volaba en busca del objeto que su corazon ocupaba; y en un momento en que creyó tener en sus brazos á la princesa estampó en la frente de Inés el beso mas apasionado que puede estampar un amante. La huérfana se estremeció: abrió sus ojos admirada, y al mismo tiempo se presentaron en la puerta de aquella estancia D. Lope Hinestrosa y Beatriz.

La huérfana dijo á Bernal:

—¿Me has dado un beso?

—Sí, hermana mia. ¿No puede besarte un hermano?

Hinestrosa se precipitó hácia el bastardo, que lo esperó tranquilamente: y la dueña cubrió de besos las mejillas de doña Inés.

—¿Qué habeis hecho, Bernal de Bearne? preguntó Hinestrosa al bastardo.

—Estampar mis labios, Hinestrosa, sobre la frente de mi hermana.

—¿No sabeis, Bernal, que ese beso ha encendido toda mi sangre? ¿No pensais que os arrancaria los labios con que lo habeis dado? ¿No conoceis, en fin, que la amo y que estoy ardiendo de celos?

—Todo lo conozco, Hinestrosa, y porque lo conozco, señor, os perdono algunas palabras que jamas hubiera sufrido.

—Hinestrosa, dijo doña Inés en un momento en que la dueña la dejó respirar libremente, dejad á un lado vuestros celos, y si es posible, vuestro amor. El cuadro que nosotros formemos presentará siempre, D. Lope, tintas pálidas ó sombrías; pero ya que no sea posible dar alguna tregua al dolor, acaben al menos las querellas, que profundizan las heridas. Yo tengo veinte y ocho años, y al peso de tantos dolores me encuentro próxima al sepulcro: mas de sesenta teneis vos, y al peso de años y dolores estais inclinado á la tumba. Bernal de Bearne, bizarro y jóven, me ha recibido por hermana: vos, D. Lope, enfermo y anciano, podeis recibirme por hija, y solo habrá entre todos tres los vínculos de una familia, á la verdad, muy desgraciada.

Doña Inés tendió su blanca mano al antiguo alcaide de Carmona, y D. Lope imprimió en ella un beso mas ardiente que paternal. La huérfana llevó á sus labios la flaca mano de Hinestrosa, y la besó con el respeto propio de su nombre de hija.

Beatriz habia visto en silencio cuanto acababa de pasar, y como no habia ganado nada en el arreglo de familia, estaba quejosa y mohina, deseando tener ocasion en que desahogar toda su bílis, dejando en libertad su lengua. No quiso violentarse mucho, y en el primer instante de silencio dijo con su voz regañona:

—No sé cómo me ha dado el cielo suficiente dosis de paciencia, para aguantar esa larga farsa que acabais de representar. Yo he conocido á Doña Inés desde el instante en que nació, yo he sido su nodriza y su aya, yo no me he separado de ella, y la conozco mas que á mí. Doña Inés es hija legítima de D. Lope Sanchez de Avendaño, y única heredera de su nombre. D. Lope Perez de Hinestrosa no es, yo lo digo, no es su padre, ni este caballero su hermano. ¿Es verdad, Inés mia, es verdad, que tengo razon en cuanto digo?

Durante el discurso de Beatriz habia manifestado Doña Inés una atencion viva y profunda. Sus pupilas estaban inmóviles y sus labios secos y oprimidos. Hinestrosa, que no habia amado nunca hasta que conoció á Doña Inés, no podia cambiar su frenesí por un cariño paternal; pero el bastardo, que amaba á otra, se resignaba fácilmente á su nuevo papel de hermano. La huérfana se levantó, giró sus miradas inciertas sobre todos los circunstantes, y cogiendo de la mano á Beatriz, la dijo con el tono solemne y la voz vibrante que usaba en todas las grandes situaciones:

—Tú eres Beatriz; bien te conozco. Es cierto, dueña, que he mamado á tus pechos en mi niñez: es cierto que despues has sido mi aya: es cierto que soy la hija única de D. Lope Sanchez de Avendaño. Cuanto acabas de decir es cierto. ¿Pero no comprendes, Beatriz, que podamos elegir un hermano que alivie nuestras aflicciones, y un padre que nos aconseje, que nos guarde, que nos proteja?

—Tú estás delirando, Inés mia. El cielo da

un padre á cada uno: el cielo nos da los hermanos. Cuando muere un padre....

—Calla, dueña.

Los clarines del campo tocaban, y Doña Inés al escucharlos interrumpió bruscamente á Beatriz, y puso en ellos su atencion. La dueña quiso proseguir; mas la huérfana se lo impidió poniendo finalmente su mano sobre la boca de la nodriza. Bernal no apartaba sus ojos de los ojos de Doña Inés, como queriendo adivinar el pensamiento que la ocupaba, y el alcaide repetia tristemente: "Es su idea fija, es su idea fija."

Dejaron de tocar los clarines, y la huérfana dijo á Beatriz:

—¿Has escuchado?

—Sí, Inés mia.

—Son los ángeles que nos llaman por mandado de Dios á juicio. Todos debemos acudir.

—Tú no sabes lo que te dices: esos clarines que han sonado son del ejército.

—Calla, dueña. El espíritu del mal te ciega, para que descuides tu alma en una ocasion tan solemne. Dame la mano, hermano mio: sígueme, padre. Vamos pronto, que me está esperando el altar. D. Juan, el infante D. Juan me llama. Voy á buscarle, voy al punto. Seguidme, D. Lope de Hinestrosa; seguidme, Bernal de Bearne. El valle de Josafat espera; vamos pronto amigos, vamos, vamos.

La huérfana cogió de un brazo á D. Lope Perez de Hinestrosa, y presentando el suyo á Bernal salió con los dos de la estancia.

Beatriz, siguiendo su costumbre, empezó á santiguarse á toda prisa, no causándole tanta estrañeza la conducta de Doña Inés, como la de Bernal y el alcaide, que segundaban su capricho. Tambien en algunos momentos dudaba la dueña si Bernal, el anciano alcaide y Doña Inés tendrian razon en lo que hacian, estando ella desacordada, y poco prevenida para un trance tan inevitable y tan terrible. Esta idea prevaleció al fin en el cerebro de Beatriz; y postrándose de rodillas levantó sus manos al cielo y dijo:

—¡Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob! si ha tocado el ángel su trompeta y es ya tiempo de presentarnos ante el tribunal de tu justicia, ten compasion de esta pobre dueña, y no le pidas, Señor, cuenta de los manjares que ha engullido, ni de las palabras que ha hablado. Estoy gruesa, Señor, estoy gruesa; pero no ha sido culpa mia, pues he procurado atormentarme con disciplinas y silicios. Pero ó no me daba los azotes con bastante fuerza, ó mi piel está muy curtida y no era fácil á fuerza de golpes desgarrarla. Pésame, Señor, y me arrepiento de haber comido, de haber hablado y de no haberme azotado con mas fuerza.

A este punto llegaba la dueña de su lastimera confesion, cuando apareció el paje Enrique frotándose las manos de frio, y crugiendo despues los dedos,

—¿Qué haceis por aquí, buena dueña? preguntó á Beatriz acercándose.

—Qué he de hacer, Enrique de mi alma: una confesion general de todas mis culpas, hijo mio.

—¿En tan grave peligro estais, que ajustais las cuentas con Dios?

—Estoy en peligro de muerte.

—¿En peligro de muerte?

—Y tú lo estás tambien, querido paje.

—Esto, dueña, parece serio. Esplicadme, si á bien lo teneis, el peligro que nos amenaza.

—Un peligro que está pendiente sobre la cabeza del hombre desde que nace hasta que muere. Un peligro que no existiria, si nuestra golosa madre Eva no hubiera comido la manzana.

—¿Qué peligro es, dueña, por Dios?

—¡La muerte!

—Buena salida, ¡vive Dios! No estoy ahora mas adelantado que me encontraba en un principio.

—¡Pero qué muerte, Enrique mio; pero qué muerte nos aguarda! El juicio final ha llegado, y el mundo se acaba.

—Vaya en gracia, dijo para sí el paje Enrique; la locura de Doña Inés se ha comunicado á su dueña.

Beatriz prosiguió diciendo á Enrique con un fervor estraordinario:

—Arrodíllate junto á mí: eleva tu corazon á Dios, y arrepiéntete de tus pecados.

—Dejad esas locuras, dueña, que el dia del juicio no ha llegado.

—Han salido de aquí Doña Inés, el jóven Bernal de Bearne y el anciano alcaide de Carmona. Los tres caminaban unidos hácia el valle de Josafat.

—Doña Inés, Bernal de Bearne y el anciano alcaide de Carmona, están presenciando una revista, que pasa Beltran de Güesclin á los soldados que le siguen.

—¿De veras?

—Venid conmigo, dueña, y os desengañaréis por vuestros ojos de cuanto acabo de decir.

—Tú me vuelves el alma al cuerpo: de aquí á que llegue el dia del juicio tendré tiempo de enflaquecer.

El paje y la dueña salieron, para presenciar la revista.

CAPITULO XIII.

Ya batalla apellida
La gente al son del rayo belicoso:
Ya la trompa corrida:
Ya el caballo lozano y generoso
Dobla el ruido y trueno
Con pies y manos, con relincho y freno.

CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA.

El ejército de D. Enrique era un ejército modelo para los tiempos que corrian. Interesados los capitanes en el buen éxito de su causa, tomaban un grande interes en cuanto podia favorecerla, y habian logrado establecer una rigorosa disciplina. Acudieron con gran premura á la invitacion del monarca, y tuvo principio el consejo.

Don Enrique tomó la palabra: les leyó la carta de Abenabatin, y les pidió saludables consejos en tan críticas circunstancias.

La mayor parte de la asamblea opinaba que D. Enrique debia levantar al punto el sitio, y salir al encuentro de su hermano para librarle la batalla. Decian que vencido D. Pedro, la ciudad abriria sus puertas, haciendo lo mismo Sevilla y otras poblaciones de cuenta. Tambien daban este consejo para poner alguna tregua á las penalidades del sitio, y desentumecerse en cierto modo, midiéndose con los enemigos en una batalla campal. El arzobispo de Toledo y algunos nobles castellanos opinaban que debia sostenerse sin interrupcion el asedio, y fundaban sus raciocinios en el descrédito que traeria á la causa de D. Enrique el abandonar á Toledo despues de un año de sitiada. Beltran de Güesclin los dejó hablar, y levantándose, con la calma que precedia generalmente á sus resoluciones mas firmes,

—Señores, dijo: veo que todos se colocan en los estremos, sin dar con el medio que concilia las mas opuestas opiniones y las dificultades zanja. Quieren los unos que marchemos al encuentro del enemigo: opino en un todo con ellos. Quieren los otros que no se levante el sitio puesto á la ciudad: tambien me tienen de su parte. ¿Cómo verificar las dos cosas? Dividiendo en dos el ejército. Ese respetable prelado quedará aquí con la cuarta parte de nuestra gente, y con las otras tres restantes marcharemos al enemigo. Al amanecer de mañana nos encontraremos vestidos con nuestras mas fuertes armaduras, y los lomos oprimirémos de nuestros mejores caballos. El ejército del rey D. Pedro está compuesto de cristianos, de sarracenos y de judíos: todos los que siguen nuestra hueste son adoradores de la cruz. Tenemos en nuestro favor la justicia y la proteccion de los cielos; seremos con ellas invencibles, como los guerreros judíos en la tierra de promision.

—El que no opine con Beltran, esclamó el duque de Villaines, debe ser maldito de Dios.

Ninguno quiso que le cayese el anatema tan formidable, y aplaudieron todos de consuno las disposiciones del breton.

Pasaron lo restante del dia en los preparativos de la marcha. Unos arreglaban sus arneses; otros ejercitaban sus caballos para probar si estaban dóciles al acicate y á la rienda; y quizá alguno escribia un último adios á su amada, por si la suerte le era esquiva, y tenia que pronunciar su nombre con el estertor de la muerte sobre el campo de la batalla.

El dia siguiente amaneció. Como lo habia dicho Beltran, se presentaron los caballeros vistiendo ricas armaduras y sobre fogosos corceles. Llevaba Bernal de Bearne la armadura negra que vistió el dia fatídico de Nájera, y se engalanaba con la banda que le habia bordado la princesa. Oprimia los lomos á un overo nacido á las márgenes del Bétis, y blandia una robusta lanza, cuyo hierro se forjó en Tánjer por artífices berberiscos. Ceñia la misma rica espada que le regaló D. Enrique, y daban sombra á su cimera negras plumas que publicaban su estremo dolor y su luto. Un caballero de su casa le seguia con el mismo pendon que habia tremolado dos años antes, y quinientos ginetes bizarros le reconocian por su jefe.

Cabalgaba Beltran de Güesclin en un palafren de Normandía, de unas formas tan gigantescas como las de su ilustre dueño. Vestia el breton una armadura que le habia regalado el regente al hacerlo conde de Longueville, y ceñia la cortante espada que estuvo á punto de cercenar la cabeza del rey D. Pedro. Le seguian muchos caballeros, conocidos por sus proezas, y mas de mil hombres de armas.

Don Enrique Segundo de Castilla apareció tambien armado con una riquísima armadura, regalo del duque de Anjou y bendita por el Santo Padre, con una espada de buen temple, que ganó en los campos de Araviana, y con una lanza muy digna de ser blandida por el Cid. Montaba el noble corcel tordo que le sirvió admirablemente en la infausta rota de Nájera, y que llevaba sus diez y seis años sin dar muestra alguna de flaqueza. Muchos infanzones de Castilla daban escolta á D. Enrique, y mas de tres mil hombres de armas, principal fuerza de su ejército.

Colocados los escuadrones segun el órden conveniente, recibieron órden de marchar, cuando apareció una mujer en una yegua color de cisne, y con un vestido de amazona: su paje la seguia de cerca en un alazan cordobés, y la contemplaba en silencio. La dama se llegó á D. Enrique, le miró repetidas veces como para cerciorarse que era él, y tendiéndole la mano le dijo:

—Marchemos, hermano, marchemos: suena la hora de la venganza.

—Marchemos, contestó D. Enrique; y tú verás, hermana mia, si cobro su sangre por mi sangre.

—¿Llevas la daga, D. Enrique?

—Jamás se aparta de mi cinto.

—Marchemos, hermano, marchemos: suena la hora de la venganza.

La dama quedó colocada á la derecha del monarca y los escuadrones se movieron.

—¿Habeis reparado, preguntó Bernal á Güesclin, la mudanza que en el espacio de dos años se ha verificado en Doña Inés?

—No veo esa mudanza, Bernal. La primera vez que la ví noté en ella una exaltacion que debia acabar por locura, y síntomas de una enfermedad que debia terminar en tísis: hoy la teneis tísica y loca.

—¿Y el amor á un muerto la ha traido á situacion tan lamentable?

—¿Puede matarnos el amor?

—No se dar respuesta, Bernal. Si me preguntais si se mata con una hacha ó con un venablo, os responderia en el instante, porque los manejo tal cual; pero como soy poco diestro en usar las armas de amor, no sé si matan ni aun si hieren.

—Lo cierto es que esa mujer sufre por un amor, y se conmueve.

—Así parece, amigo mio. Pronto sufrirán otros muchos á los botes de nuestras lanzas y á los golpes de nuestras espadas.

—Teneis razon, Beltran: pensemos en los apresto del combate, y en recomendar nuestras almas al que las formó de la nada. Yo deseo saldar una cuenta con el rey D. Pedro de Castilla.

CAPITULO XIV.

A cuáles dejan en su sangre envueltos
Entre los brazos de la esposa amada;
A cuáles del troncon los miembros sueltos.

ESPINEL.

El rey D. Pedro de Castilla estaba alojado en una aldea de la llanura de Montiel. Su ejército diseminado mal podria resistir un ataque; pero reposaba D. Pedro en la confianza que su hermano estaba á muchas leguas de él. Eran distintos los cuarteles, porque alojaban separados, cristianos, judíos y sarracenos, que aunque coligados entonces, se miraban con ojeriza, y tenian frecuentes reyertas.

D. Pedro, reedificador del célebre alcázar de Sevilla, estaba en un pobre aposento, sin tapices y sin sitiales, sentado en un banco de pino, y con la cabeza inclinada. Una mujer joven y hermosa, LA ROSA DE JERUSALEM, que hemos admirado varias veces, está sentada en otro banco, tiene los puños sobre un bufete, y sobre sus puños la barba. Sus ojos fijos en el rey, tienen una espresion maligna, como de persona que goza en ajenos padecimientos. Sobre el bufete habia un mantel, y sobre el mantel algunos restos de una cena poco abundante. Raquel tomó un poco de pan, hizo con él una bolita, y se la arrojó al rey, volviendo á tomar la antigua postura. Levantó D. Pedro la cabeza; miró á la judía con rudo ceño, y la dijo:

—¿Has sido tú la que me has tirado esta bolita? has sido tú?

—Sí, D. Pedro. Estoy fastidiada de verte tan zafio, tan mohino, y no teniendo en que acostarme, quiero divertirme en hacer algo hasta que amanezca: lo entiendes?

—¿Y me tomas por juguete?

—¿A quién mejor?

—¡Raquel!

—¡Don Pedro!.....Has echado un genio tan malo que no te se puede sufrir.

—¿Quieres Raquel, que esté riendo, cuando me persigue la desgracia? Bernal de Bearne, mi enemigo, se escapó de mis manos, judía, quizá protegido por tí.

—¿No hallaste una escala sujeta en el ajimez de la torre?

—Con esa escala te defiendes. El bastardo volvió á Castilla con el bastardo D. Enrique, y me tomaron cien ciudades.

—¿Por qué no has ganado el amor de tus vasallos, rey D. Pedro?

—Por proteger á los judíos, á esos malditos de tu raza.

—Los has protegido, rey D. Pedro, porque te han pagado largamente.

—El rey de Granada Mahomad vino conmigo sobre Córdoba, con siete mil buenos caballos y ochenta mil infantes; pero Córdoba supo defenderse, y es todavía de D. Enrique.

—Haber sabido combatirla.

—Marcho á socorrer á Toledo, y sabe Dios si ya tremola sobre su alcázar la bandera de mi hermano, que Dios maldiga.

—Haber ido allá seis meses antes.

—Tú, Raquel, que fuiste en un tiempo mi ángel bueno, mi ángel de luz, mi sola fé, mi sola esperanza; tú que levantabas mi espíritu y reanimabas mi valor, tú que ahuyentabas los fantasmas que continuamente me rodean, te complaces en atormentarme, y en lacerar mi corazon de cuantos modos imaginas.

—Es, D. Pedro, que has variado mucho, y has desvanecido mi encanto. Yo te amaba porque te creia siempre fuerte, como el leon, y te he encontrado muchas veces astuto y vil, como un raposo.

—¡Raquel!

—¡Don Pedro!.....Hace dos años que te dije: „Rey de Castilla, si no eres mañana el mas valiente, pierdes tus derechos á mi amor."

—¿Y no me porté bien en Nájera?

—Otros se portaron mejor.

—¿Quién, Raquel?

—Bernal de Bearne.

—¡Siempre ese maldito bastardo! Tú le amas, Raquel, tú le amas.

—Y á tí que te importa, D. Pedro.

—¿Le amas, Raquel?

—Quizá mas que á tí.

El monarca se levantó, brotando llamas por los ojos, con los cabellos erizados, y la respiracion difícil: salvó de un salto la distancia que le separaba de Raquel y clavó sus dedos crispados en el cuello de la judía.

„Al arma: al arma:" repitieron en aquel instante mil voces, y varios pajes aterrados entraron en el aposento. Don Pedro dejó á la judía, que se sonrió tranquilamente como si nada hubiera sucedido, y se precipitó espada en mano hácia la puerta.

—¿Qué sucede? preguntó á Rodriguez Sanabria, que se presentó en el umbral.

—Señor, le respondió el gallego, los soldados de D. Enrique están entrando en nuestros reales.

—Pronto, caballeros, á caballo, gritó el rey con voz de torrente. Pronto, caballeros, á caballo, y decidan nuestras espadas quién ha de ser rey de Castilla.

D. Pedro se armó rápidamente, ayudándole la judía á que se vistiese la armadura; montó un caballo berberisco, piel de tigre, y con una lanza en la mano cruzaba los grupos de soldados, instándoles á que se escuadronasen, y no decayesen de ánimo en presencia del enemigo.

El ejército de D. Pedro se colocó en órden de batalla, y cuando el grueso de las tropas, que acaudillaba D. Enrique, llegaron á paraje oportuno para comenzar el ataque, fueron recibidas con denuedo, y detenidas en su marcha. Al primer choque, los escuadrones se mantuvieron bien cerrados; pero despues los de D. Pedro no guardaron bien la formacion, y poco á poco se pusieron en una vergonzosa fuga. Los soldados de D. Enrique acometian muy flojamente á sus contrarios de Castilla; pero se cebaban en cambio en los sarracenos y judíos, haciendo correr rios de sangre, y formando montes de cadáveres, que debian quedar insepultos, pues no eran dignos de esta honra los enemigos de la fe.

Mientras las tropas combatian, ó, mejor dicho, se entregaban á una matanza de enemigos, los capitanes mas bizarros tenian en sangre las tizonas en particulares combates con otros caballeros de estima en la parcialidad opuesta. Beltran de Güesclin se habia medido con Men Rodriguez de Sanabria, y habia conocido el breton, que la mano del buen gallego no era mas ligera que la suya. El rey D. Enrique, que buscaba el honor buscando el peligro, habia repartido mandobles con prodigalidad bastante; pues el que era largo en hacer mercedes no era corto en dar cuchilladas cuando la ocasion lo pedia. Varias veces estuvo en peligro; porque á mas de herir y defenderse, tenia que cuidar de Doña Inés, que no se apartó de su lado en el trance de la refriega.

No se portaba mal D. Pedro en dia tan infausto para él. Rodeado de los mas valientes, procuraba guardar su corona á trueque de perder su vida, y hacia pagar á algunos vasallos, ó traidores ó desleales, bastante cara la traicion.

El jóven Bernal de Bearne habia combatido, como siempre, de los primeros y mejores. Cercado por diez sarracenos, y sin otro apoyo que su espada, su corazon y firme diestra, hizo morder el polvo á unos y puso á los demas en fuga. Mas no finalizó el combate sin perder piezas de armadura, y sin sacar el casco roto, casi sin cimera y sin penacho. En este estado recorria los enemigos escuadrones diseminados y deshechos, cuando descubrió al rey D. Pedro, que fieramente acuchillaba. Bernal aplicó el acicate á su poderoso caballo, y gritó al rey:

—D. Pedro el Cruel, aquí está Bernal de Bearne, que á singular lucha te reta.

—Aquí está D. Pedro de Castilla, que quiere tu sangre, Bernal, replicó el rey.

Los paladines se acometieron, y un paje que llevaba el rey los contemplaba con atencion. La rota armadura del bastardo apenas podia reservarle una escasa parte del pecho; y cuando la espada del rey lograba herirla, arrancaba pedazos de acero, casi siempre tintos en sangre. Todos los esfuerzos de Bernal, para herir al rey de Castilla, no lograban el menor éxito, ya por el temple de la armadura que vestia el monarca, ó porque el brazo de Bernal estaba cansado de su anterior desigual lucha. El rey aprovechó el momento en que el acero de Bernal habia resbalado en su armadura, y dirigió el suyo al corazon de su encarnizado enemigo. La muerte del bearnés era cierta; pero el paje del castellano se interpuso como un escudo, y recibió en su pecho el golpe que debia acabar al bearnés.

—¡Raquel! esclamó el rey D. Pedro.

—¡Raquel! esclamó tambien Bernal.

—¡Hasta el cielo! le dijo la judía, exhalando un hondo suspiro y cayendo en el suelo exánime.

Los dos paladines contemplaron á aquella mujer inanimada, y se acometieron con mas fuerza; D. Pedro para vengar los celos que le habia inspirado aquel adios, y Bernal para mostrase digno de tan heroico sacrificio.

El valor era casi igual: la desesperacion hacia en el rey lo que en Bernal hacia el deseo de tomar cumplida venganza; y los golpes de las espadas hacian brotar torrentes de fuego de las abolladas armaduras. Solo un escuadron de D. Pedro resistia compacto á los ataques de las tropas de D. Enrique: el rey ponia su única esperanza en este escuadron formidable, y en medio de su lucha parcial con el bastardo de Bearne no separaba de él los ojos. El escuadron de los bearneses se habia alejado largo trecho en persecucion de fugitivos; pero revolviendo de repente cayó sobre el escuadron de D. Pedro y lo puso en completa fuga. Al verlos el rey esclamó: Te has vengado, Bernal de Bearne. Y se descargaron nuevos golpes.

CAPITULO XV.

Si á D. Tello derribó,
Fué porque se alzó D. Tello,
Y si mató á D. Fadrique,
Mucho le importó el hacerlo.
De su muerte y otras muchas
Sabe las causas el cielo,
Que aun fuera mayor castigo
Si rompiera su silencio.

QUEVEDO.

En el castillo de Montiel estaba D. Pedro de Castilla la tarde del veinte y dos de marzo de mil trescientos sesenta y nueve. A grandes pasos recorria su aposento, y apenas escuchaba las razones que Men Rodriguez de Sanabria le dirigia de vez en cuando.

—Señor, le repetia el gallego, la guarnicion de este castillo es muy escasa, y no tiene con que vivir.

—Que se coman unos á otros, replicó D. Pedro irritado.

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—Porque no querrán resignarse.

—Mándalos ahorcar en ese caso.

—Tampoco es posible.

—¿Por qué?

—Porque no querrán resignarse.

—Pues, Men Rodriguez de Sanabria, pon fue-

go al castillo en el instante, y acabarémos de una vez.

—Eso puede verificarse, pero es indispensable, señor, pensarlo detenidamente. ¿No se le ocurre á Vuestra Alteza otro partido menos malo?

—Nada se me ocurre, Sanabria, y solo quiero que me dejes.

—El gallego saluda al rey, replicó Sanabria secamente, y se salió del aposento.

—¡Algun diablo, esclamó D. Pedro, se está mezclando en mis negocios! En la batalla de Montiel fué mi ejército tan cobarde como el de mi hermano en la de Nájera, y tampoco quiso la suerte que acabase con Bernal de Bearne. El golpe que dirigia bien á su pecho pasó el corazon de Raquel, y cuando volvimos á embestirnos, mis amigos nos separaron. ¡Pobre Rosa de jerusalem! Mi propia mano te dió muerte, y yo te amaba con delirio. ¡Oh! quizá tienen ocultas fuerzas los anatemas de los papas, y Dios maldice desde el cielo lo que su vicario anatematiza. Está emponzoñado mi aliento, y mata como el de las sierpes. Por eso murió la Padilla, jóven todavía y tan hermosa: por eso murió mi tierno hijo: por eso he matado á Raquel. De hoy en adelante su fantasma se reunirá con las de Doña Leonor de Guzman, de la reina Doña Blanca, mi esposa, de la reina Doña Leonor, de las nobles hermanas Laras y de Doña Urraca de Osorio. Todas querrán emponzoñarme con sus alientos corrompidos; todas estrecharán mi cuello entre sus brazos descarnados. ¡Cuánto cadáver de mujer! ¡Pero.... pero.... no te conozco! ¿Quién eres tú que á mí te llegas con una corona nupcial, con unas blancas vestiduras? ¿Tú que me miras con esos ojos ardientes y fuera del cráneo? ¿Tú que con labios cárdenos ries, y tienes algo mas siniestro que los cadáveres descarnados? ¿Quién eres tú?

—Soy Doña Inés.

—¡Doña Inés Sanchez de Avendaño! ¡Aléjate, Inés, de mí: aléjate! Tú no tienes ningun derecho para reunirte con las sombras de las que yo hice quitar la vida. Ellas pueden atormentarme porque al cabo fuí su verdugo, pero tú no tienes derecho.

—Soy Inés Sanchez de Avendaño.

—Lo sé, lo sé, sombra implacable.

—¿Te acuerdas de Carmona?

—Me acuerdo.

—Allí juró Inés que seria tu sombra, D. Pedro; y mientras viva esta sombra no se separará de tí.

—Yo no te mandé asesinar.

—Me asesinaste el corazon. Pero callen ya los recuerdos. Toma esta carta.

—¿Qué contiene?

—Toma esta carta; toma y lee.

D. Pedro tomó con su mano trémula el pergamino que le presentaba la huérfana, y con los cabellos crispados y los ojos fuera del cráneo leyó:

"Alá es grande, rey de Castilla, y el rey de Granada es magnífico. Yo, siervo de Alá y siervo del rey, lo soy tuyo y deseo salud.

"Veinte mil valientes guerreros nacidos en la hermosa vega que el Genil y el Darro fecundan, al pié de la Sierra Nevada ó en las asperezas de Bentomiz, tremolan el sagrado estandarte, y con un coran y una espada, te se reunirán muy en breve para que marches á Toledo y estermines á D. Enrique. Tus soldados tambien están prontos; marcha, rey D. Pedro, y Alá vele por tu persona y por tu trono."

"He meditado muchas veces el horóscopo que me enviaste: todos los sabios de mi ley lo han meditado como yo; y si los astros de los cielos y las entrañas de las aves no nos han mentido, el horóscopo se ha de cumplir enteramente."

Interrumpió D. Pedro su lectura, y limpió las gotas de sudor que le bañaban el semblante. Prosiguió despues:

"Ha venido el águila que en él se pronostica, y el fin del halcon está cercano. Hemos procurado penetrar lo mas oculto de la ciencia, y hemos descubierto, D. Pedro, que el halcon lleva una corona y el águila solo una espada. Alá sabe mas que nosotros."

"Siervo de Alá, del rey de Granada y siervo tuyo,

Abenabatin."

Al terminar la carta D. Pedro, habia desaparecido Doña Inés, y el monarca con los ojos fijos en la firma del astrólogo árabe, no habia reparado en su ausencia. Inmóvil, yerto, pensativo, veia su destino manifiesto, y su propio corazon leia en un libro desconocido, más fatídico que los astros y más claro que las entrañas. Levantó el monarca la cabeza y se encontró sin Doña Inés. Miró aterrado á todas partes, se estregó los ojos varias veces, quiso coordinar sus ideas, mas solo veia la fatal carta que le auguraba su destino.

—¡Sanabria, Sanabria! gritó desesperado y medio loco.

—Señor, le respondió el gallego entrando de nuevo en la estancia.

—Haz que preparen un caballo: quiero salirme de Montiel.

—Es imposible, rey D. Pedro.

—¿Por qué?

—Porque estamos cercados y rodeados de una trinchera.

—Correré el peligro, Sanabria.

—Fuera tentar á Dios, señor. No solamente nos rodean los soldados de D. Enrique. Han levantado una trinchera en torno de nuestro castillo, y nos es imposible salvarla.

—Tú quieres matarme, Men Rodriguez, y que este castillo sea mi tumba. ¡Este castillo! ¡Este castillo está habitado por fantasmas! ¡Todas se levantan, todas vienen á fascinarme con sus ojos, á perturbarme con sus gritos! ¡Mi horóscopo debe cumplirse, y mi horóscopo, Sanabria, es la muerte! ¡Morir yo! ¡Morir yo! ¿En dónde están mis vasallos y mis amigos? ¿En dónde están esos traidores que no vienen en mi socorro? ¡Ingratos! ¡Si vuelvo á ser rey, sentirán, sentirán mi venganza! Yo quiero salir de este castillo. Piensa un medio, piensa, Sanabria, y te daré cuanto poseo.

—Un solo medio se me ocurre.

—Habla al instante, Men Rodriguez.

—Yo mandaba, señor, en Bribiesca cuando la tomó Beltran Güesclin; le debí grandes atenciones, y estima en mucho mi persona. Si os parece, señor, conveniente, iré á verle de vuestra parte y le ofreceré grandes tesoros si os deja salir del castillo. No se me ocurre otro remedio.

—Anda, Men Rodriguez al momento, y ofrece al capitan breton un millon de doblas castellanas y la mitad de mis dominios.

—No andaré parco en las ofertas.

Men Rodriguez se cruzó de brazos y el monarca le contempló unos instantes en silencio.

—Men Rodriguez, esclamó D. Pedro, ¿en qué te detienes?

Marcha al punto, y no vuelvas si no me traes una respuesta que esté conforme con la impaciencia que me mata.

—Iré, señor.

—Marcha al momento.

—No puedo partir hasta que anochezca.

—Pues manda que anochezca pronto.

CAPITULO XVI.

Mi oro, mi plata, mis joyas
Darás y años de mi vida:
Que no me importa acortarla
Como mi intento consiga.
Lopez.

Hacia poco que habia anochecido, y Beltran Güesclin paseaba á la inmediacion de su tienda. De mal humor estaba el capitan, porque se dilataba el sitio, y era indispensable marchar pronto á estrechar mas el de Toledo. Tambien sabia que el rey de Francia iba á romper la tregua con el príncipe, y deseaba hallarse dispuesto para ayudar á su señor. Tenia la costumbre Beltran de hablar á solas, y en aquel momento decia:

—No puedo llevar en paciencia las dilaciones de este sitio, y daria toda mi fortuna porque saliese el rey D. Pedro de su castillo de Montiel.

—Es muy fácil, le contestó un hombre embozado en una ancha capa.

—¿Quién puede hacer que salga el rey?

—Yo, con la ayuda de Beltran.

—Descúbrete el rostro.

—¿Me conoces?

—Eres Men Rodriguez de Sanabria.

—Muy buena memoria teneis, Mossen Beltran.

—La tengo buena; pero vamos á lo que importa. ¿Cómo podemos hacer que el rey abandone su nido de águila?

—Vengo á buscaros, capitan, como embajador del rey D. Pedro.

—Hablad al instante, Men Rodriguez.

—Seria mejor que nos entrásemos en vuestra tienda.

—¿Para qué?

—Para proceder con reserva.

—Me gusta, Sanabria, hacer las cosas delante de Dios y de los hombres. Bajo la bóveda del cielo respiro con mas libertad, que bajo el techo de mi tienda: paseemos juntos, si os parece, y decidme cuanto querais.

Sanabria le miró de hito en hito, como queriendo sondear las disposiciones del breton, y despues habló en estos términos:

—El rey D. Pedro de Castilla ha subido atesorar, amigo, una cantidad estraordinaria de oro y de plata.

—Bien lo sé.

—Pues el rey D. Pedro te ofrece un millon de doblas.

—Adelante.

—El rey de Castilla posee muchas ciudades y castillos.

—Lo sé, Men Rodriguez, lo sé.

—Pues el rey de Castilla te ofrece ciudades, villas y castillos.

—Adelante, Sanabria, adelante.

—El rey D. Pedro de Castilla puede dar títulos y honores.

—Lo sé, Men Rodriguez, lo sé.

—Pues el rey D. Pedro te ofrece por cada ciudad un título de duque, por cada villa uno de conde, por cada castillo, Beltran Güescan, uno de marques.

—¿Y por qué quiere darme el rey tantas ciudades, tantas villas, tantos títulos y tantas doblas?

—Para compensarte con ellos un favor que voy á pedirte.

—Sepamos qué favor es ese.

—Que facilites al rey D. Pedro la salida de ese castillo.

Beltran miró á Sanabria fijamente sin responderle una palabra.

—Me parece, prosiguió el gallego, que sin hacerte gran violencia, condescenderás con mi deseo.

—¿Por qué?

—Porque tú decias cuando llegué, que darias toda tu fortuna porque saliese el rey D. Pedro de su castillo de Montiel.

—Pero yo daba mi fortuna porque saliese del castillo, no porque pasase la trinchera.

Esta respuesta turbó un poco á Men Rodriguez de Sanabria, que guardó profundo silencio. Beltran Güesclin se sonrió, y dijo al gallego:

—Si has acabado tu mision cerca de Beltran, puedes marcharte cuando gustes.

—Hablemos con franqueza, Güesclin. ¿No quieres proteger la fuga del rey D. Pedro de Castilla?

—Es preciso pensarlo mucho.

—El tiempo es precioso, Beltran.

—Soy amigo de D. Enrique.

—Yo no te pido que abandones su causa por seguir la nuestra: solo te pido que protejas la fuga de mi amigo y rey.

—Te digo, Sanabria, otra vez, que antes de hacer ese favor al hermano de D. Enrique, es indispensable meditarlo.

—No hay un instante que perder.

—Tú tendrás prisa, Men Rodriguez; pero yo no tengo ninguna. Puedes marcharte á tu castillo.

—La última pregunta, Beltran. ¿Si á la media noche viene el rey, lo recibirás en tu tienda?

—Tambien necesito pensarlo.

—No tengo lugar para aguardarme.

—Puedes marcharte en el momento.

—Otra pregunta, Beltran Güesclin. ¿Si llegásemos á la tienda, por qué señal conoceriamos si era ocasion de penetrar?

—Por una señal muy sencilla. Si sobre la puerta arde un farol, puede entrar el rey, Men Rodriguez.

—La libertad del rey te vale un millon de doblas castellanas, muchas ciudades, muchas villas, muchos títulos y castillos.

—Un amigo de D. Enrique necesita pensarlo mucho para recibir tantas mercedes del rey D. Pedro de Castilla.

Men Rodriguez se despidió del capitan Beltran Güesclin, y el breton siguió paseando en derredor de la trinchera. Sin apercibirse de ello se halló junto á la tienda de D. Enrique, y se presentó ante el monarca.

—¿Qué hay de bueno, amigo Beltran? le preguntó el rey D. Enrique.

—Esta noche tengo una cita, y me parece conveniente que esteis á las doce en mi tienda.

—¿De qué se trata?

—Es un secreto que quiero guardarme, señor, hasta que convenga revelarlo.

—Eres dueño de tu secreto. ¿Hay que tomar algunas medidas?

—Por esta noche, no, señor: hablaremos de ellas mañana.

Beltran se despidió del rey, y se encaminó hácia su tienda.

CAPITULO XVII.

Bastante honor le dispenso:
Bastante favor merece,
Si su cuerpo ha de rozarse
Con el brazo que le hiere.

J. B. Sandoval.

Es la media noche. Bernal se encuentra en su tienda con Enrique, entregado á meditaciones, que el paje no osa interrumpir. El bastardo tenia recuerdos muy profundos y muy amargos, recuerdos que debian durar cuanto durase su existencia. Los padecimientos de Inés, el desgraciado amor de su prima, la abnegacion de la judía, eran torcedores á su alma, y ponian en su altiva frente el triste sello del dolor. Los demas caballeros duermen, y los centinelas, confiados en la trinchera que rodea por todas partes el castillo, descuidan un tanto sus puestos, y se guarecen de la ventisca, que copos de nieve conduce.

Las tiendas, colocadas con simetría y divididas en cuarteles, forman una segunda línea con el parapeto levantado; y en el centro descuella Montiel, gigante de robustas formas entre una turba de pigmeos.

Una mujer vestida de blanco, con una corona en la cabeza, y los cabellos á la espalda, recorre la trinchera varias veces, y cada vez que retumba un trueno repite: despierta, despierta, D. Juan.

El puente del castillo se baja: cuatro bultos negros lo pasan, y se dirigen hácia la trinchera, conduciendo con gran silencio cuatro caballos por la brida. La mujer vestida de blanco les vé descender pausadamente; se dirige hácia el mismo paraje que los cuatro bultos del castillo, y oye estas palabras:

—Señor, es imposible que pasemos por este sitio la trinchera.

—¿Y qué harémos?

—Torcer á la derecha, respondió una voz áspera y bronca, y no nos faltará un portillo por donde se escape un raposo.

Los tres bultos se encaminaron hácia el paraje que habia señalado el último interlocutor, y la mujer vestida de blanco echó á correr hácia las tiendas, con mucha mayor rapidez que su debilidad prometia. Cruzó por delante de varias, sin encontrar señal que indicase estar sus habitantes despiertos; mas llegando á la del bearnés vió luz encendida, y penetró sin anunciarse.

—Señora, la dijo Bernal, viéndola con aquel traje blanco y entretejida su corona con algunos copos de nieve, tomad asiento y reposad, que la noche es demasiado cruda, y estais en estremo cansada.

—¡Descansar! repitió doña Inés: ¡descansar! No. La hora tremenda de la expiacion y de la venganza está muy próxima á sonar. Seguidme si teneis valor.

—¡Pobre loca! murmuró el bastardo.

—¡Pobre loca! repitió el paje.

Doña Inés se acercó á Bernal, le estrechó la diestra fuertemente, y le dijo:

—Bernal de Bearne, no es ocasion de detenerme; si vacilais un punto en seguirme, llamaré á otra tienda y la gloria será del que escuche mi voz.

—Señora....

—Adios....

—Esperad un momento.

—No puedo esperar.

—Vamos, vamos.

Bernal se dispuso á salir, pero la huérfana notó que iba enteramente desarmado.

—Bernal de Bearne, le dijo entonces, tomad vuestra mejor espada, ya que no podais vestir la armadura: sois perdido sin un buen acero.

El bastardo tomó su espada, y acompañado del fiel Enrique siguió los pasos de Doña Inés.

Los cuatro bultos habian seguido caminando con el menor ruido posible, y el que parecia comandarlos, dijo á uno de ellos:

—Adelántate, á ver si descubres un farol sobre la puerta de una tienda.

El que habia recibido la órden se alejó de allí algunos pasos. La misma voz continuó:

—¿Estas seguro, Men Rodriguez, de que nos servirá Beltran Güesclin?

—Nada puedo afirmar, señor, porque nada me ha prometido de una manera terminante.

—¿No seria mejor en ese caso valernos de su confianza y fugarnos sin darle cuenta?

—¿Y nos será fácil, señor, cruzar el campo sin ser vistos?

—Con tal que sea posible, Sanabria, tendrémos adelantado mucho.

El esplorador volvió entonces y dijo:

—He visto un gran farol sobre la puerta de una tienda.

—¿Qué hacemos, señor? preguntó Sanabria.

—Si es posible, cruzar el campo y no entregarnos á Beltran. Para conseguirlo fácilmente, Fortun y Garci se quedarán por espacio de media hora con los palafrenes en este sitio; nosotros con el mayor silencio atravesarémos el campo, y se nos reunirán despues al pié de la Cruz del Maestre.

—Hagamos lo que nos mandais.

Fortun y Garci se quedaron con los cuatro briosos corceles, y Men Rodriguez de Sanabria con su misterioso compañero salvó la trinchera en silencio. Apenas habian penetrado en el campamento de D. Enrique, cuando descubrieron la tienda del capitan Beltran Güesclin: sobre su puerta ardia un farol, y reinaba en ella gran silencio.

—Aquella es la tienda de Beltran, dijo Men Rodriguez de Sanabria.

—¿No pudiéramos evitar pasar por delante de ella?

—Imposible. Está en un ángulo del cuartel, y para evitarlo seria preciso recorrer esta larga calle á la vista de todo el mundo.

—Tienes razon, adelantémonos.

—Los dos caballeros se adelantaron: pasaron por delante de la tienda del capitan Beltran de Güesclin, y doblaron el ángulo que hacia con otro cuartel del campamento. Pocos pasos habian andado, cuando percibieron tres bultos que en direccion opuesta venian.

—Huyamos, dijo Men Rodriguez, antes que logren descubrirnos.

—Acuchillémoslos, Sanabria, contestó su bravo compañero.

—¿Señor, habeis perdido el juicio? Al choque de nuestras espadas se levantarán mil soldados y morirémos sin recurso.

—¿Qué podemos hacer, Sanabria?

—Volver al instante la esquina y entrar en la tienda de Güesclin.

—¿No hay otro remedio?

—No hay otro.

—Pues entreguémonos á Beltran.

Retrocedieron sin tardanza, y pocos segundos despues estaban parados los dos ante la tienda del breton.

—No me atrevo á penetrar, Sanabria.

—Rey D. Pedro, pasad adelante, dijo desde dentro Güesclin.

Ya no era posible dudar: Beltran de Güesclin los habia visto, y el permanecer en la puerta era buscar nuevos peligros sin conjurar el que cor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Te digo, Sanabria, otra vez, que antes de hacer ese favor al hermano de D. Enrique, es indispensable meditarlo.

—No hay un instante que perder.

—Tú tendrás prisa, Men Rodriguez; pero yo no tengo ninguna. Puedes marcharte á tu castillo.

—La última pregunta, Beltran. ¿Si á la media noche viene el rey, lo recibirás en tu tienda?

—Tambien necesito pensarlo.

—No tengo lugar para aguardarme.

—Puedes marcharte en el momento.

—Otra pregunta, Beltran Güesclin. ¿Si llegásemos á la tienda, por qué señal conoceriamos si era ocasion de penetrar?

—Por una señal muy sencilla. Si sobre la puerta arde un farol, puede entrar el rey, Men Rodriguez.

—La libertad del rey te vale un millon de doblas castellanas, muchas ciudades, muchas villas, muchos títulos y castillos.

—Un amigo de D. Enrique necesita pensarlo mucho para recibir tantas mercedes del rey D. Pedro de Castilla.

Men Rodriguez se despidió del capitan Beltran Güesclin, y el breton siguió paseando en derredor de la trinchera. Sin apercibirse de ello se halló junto á la tienda de D. Enrique, y se presentó ante el monarca.

—¿Qué hay de bueno, amigo Beltran? le preguntó el rey D. Enrique.

—Esta noche tengo una cita, y me parece conveniente que esteis á las doce en mi tienda.

—¿De qué se trata?

—Es un secreto que quiero guardarme, señor, hasta que convenga revelarlo.

—Eres dueño de tu secreto. ¿Hay que tomar algunas medidas?

—Por esta noche, no, señor: hablaremos de ellas mañana.

Beltran se despidió del rey, y se encaminó hácia su tienda.

CAPITULO XVII.

Bastante honor le dispenso:
Bastante favor merece,
Si su cuerpo ha de rozarse
Con el brazo que le hiere.

J. B. Sandoval.

Es la media noche. Bernal se encuentra en su tienda con Enrique, entregado á meditaciones, que el paje no osa interrumpir. El bastardo tenia recuerdos muy profundos y muy amargos, recuerdos que debian durar cuanto durase su existencia. Los padecimientos de Inés, el desgraciado amor de su prima, la abnegacion de la judía, eran torcedores á su alma, y ponian en su altiva frente el triste sello del dolor. Los demas caballeros duermen, y los centinelas, confiados en la trinchera que rodea por todas partes el castillo, descuidan un tanto sus puestos, y se guarecen de la ventisca, que copos de nieve conduce.

Las tiendas, colocadas con simetría y divididas en cuarteles, forman una segunda línea con el parapeto levantado; y en el centro descuella Montiel, gigante de robustas formas entre una turba de pigmeos.

Una mujer vestida de blanco, con una corona en la cabeza, y los cabellos á la espalda, recorre la trinchera varias veces, y cada vez que retumba un trueno repite: despierta, despierta, D. Juan.

El puente del castillo se baja: cuatro bultos negros lo pasan, y se dirigen hácia la trinchera, conduciendo con gran silencio cuatro caballos por la brida. La mujer vestida de blanco les vé descender pausadamente; se dirige hácia el mismo paraje que los cuatro bultos del castillo, y oye estas palabras:

—Señor, es imposible que pasemos por este sitio la trinchera.

—¿Y qué harémos?

—Torcer á la derecha, respondió una voz áspera y bronca, y no nos faltará un portillo por donde se escape un raposo.

Los tres bultos se encaminaron hácia el paraje que habia señalado el último interlocutor, y la mujer vestida de blanco echó á correr hácia las tiendas, con mucha mayor rapidez que su debilidad prometia. Cruzó por delante de varias, sin encontrar señal que indicase estar sus habitantes despiertos; mas llegando á la del bearnés vió luz encendida, y penetró sin anunciarse.

—Señora, la dijo Bernal, viéndola con aquel traje blanco y entretejida su corona con algunos copos de nieve, tomad asiento y reposad, que la noche es demasiado cruda, y estais en estremo cansada.

—¡Descansar! repitió doña Inés: ¡descansar! No. La hora tremenda de la expiacion y de la venganza está muy próxima á sonar. Seguidme si teneis valor.

—¡Pobre loca! murmuró el bastardo.

—¡Pobre loca! repitió el paje.

Doña Inés se acercó á Bernal, le estrechó la diestra fuertemente, y le dijo:

—Bernal de Bearne, no es ocasion de detenerme; si vacilais un punto en seguirme, llamaré á otra tienda y la gloria será del que escuche mi voz.

—Señora....

—Adios....

—Esperad un momento.

—No puedo esperar.

—Vamos, vamos.

Bernal se dispuso á salir, pero la huérfana notó que iba enteramente desarmado.

—Bernal de Bearne, le dijo entonces, tomad vuestra mejor espada, ya que no podais vestir la armadura: sois perdido sin un buen acero.

El bastardo tomó su espada, y acompañado del fiel Enrique siguió los pasos de Doña Inés.

Los cuatro bultos habian seguido caminando con el menor ruido posible, y el que parecia comandarlos, dijo á uno de ellos:

—Adelántate, á ver si descubres un farol sobre la puerta de una tienda.

El que habia recibido la órden se alejó de allí algunos pasos. La misma voz continuó:

—¿Estas seguro, Men Rodriguez, de que nos servirá Beltran Güesclin?

—Nada puedo afirmar, señor, porque nada me ha prometido de una manera terminante.

—¿No seria mejor en ese caso valernos de su confianza y fugarnos sin darle cuenta?

—¿Y nos será fácil, señor, cruzar el campo sin ser vistos?

—Con tal que sea posible, Sanabria, tendrémos adelantado mucho.

El esplorador volvió entonces y dijo:

—He visto un gran farol sobre la puerta de una tienda.

—¿Qué hacemos, señor? preguntó Sanabria.

—Si es posible, cruzar el campo y no entregarnos á Beltran. Para conseguirlo fácilmente, Fortun y Garci se quedarán por espacio de media hora con los palafrenes en este sitio; nosotros con el mayor silencio atravesarémos el campo, y se nos reunirán despues al pié de la Cruz del Maestre.

—Hagamos lo que nos mandais.

Fortun y Garci se quedaron con los cuatro briosos corceles, y Men Rodriguez de Sanabria con su misterioso compañero salvó la trinchera en silencio. Apenas habian penetrado en el campamento de D. Enrique, cuando descubrieron la tienda del capitan Beltran Güesclin: sobre su puerta ardia un farol, y reinaba en ella gran silencio.

—Aquella es la tienda de Beltran, dijo Men Rodriguez de Sanabria.

—¿No pudiéramos evitar pasar por delante de ella?

—Imposible. Está en un ángulo del cuartel, y para evitarlo seria preciso recorrer esta larga calle á la vista de todo el mundo.

—Tienes razon, adelantémonos.

—Los dos caballeros se adelantaron: pasaron por delante de la tienda del capitan Beltran de Güesclin, y doblaron el ángulo que hacia con otro cuartel del campamento. Pocos pasos habian andado, cuando percibieron tres bultos que en direccion opuesta venian.

—Huyamos, dijo Men Rodriguez, antes que logren descubrirnos.

—Acuchillémoslos, Sanabria, contestó su bravo compañero.

—¿Señor, habeis perdido el juicio? Al choque de nuestras espadas se levantarán mil soldados y morirémos sin recurso.

—¿Qué podemos hacer, Sanabria?

—Volver al instante la esquina y entrar en la tienda de Güesclin.

—¿No hay otro remedio?

—No hay otro.

—Pues entreguémonos á Beltran.

Retrocedieron sin tardanza, y pocos segundos despues estaban parados los dos ante la tienda del breton.

—No me atrevo á penetrar, Sanabria.

—Rey D. Pedro, pasad adelante, dijo desde dentro Güesclin.

Ya no era posible dudar: Beltran de Güesclin los habia visto, y el permanecer en la puerta era buscar nuevos peligros sin conjurar el que cor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rian. El rey D. Pedro de Castilla y Men Rodriguez de Sanabria entraron al fin en la tienda.

El breton estaba sentado sobre un banquillo de madera y vestido de todas armas: se levantó al entrar el rey, y tendió la mano á Men Rodriguez.

—Aquí estamos, dijo el gallego, confiados en vuestras promesas.

—Nada he prometido, Men Rodriguez.

—Os manifesté los apuros en que el rey D. Pedro se hallaba, y os dije que pusierais un farol si estabais dispuesto á recibirnos.

—Me dijísteis mas, Men Rodriguez. Me ofrecísteis á nombre de D. Pedro, ciudades, villas y castillos: me ofrecísteis títulos de conde, de duque, y doblas castellanas.

—Todo lo confirmo, Beltran, dijo el rey D. Pedro, y te daré mas ciudades y mas castillos.

—Dije á Men Rodriguez de Sanabria, que antes de admitir esos dones necesitaba meditarlo, porque un servidor de D. Enrique tenia que meditarlo mucho para recibir dones de D. Pedro.

—¿Y qué has resuelto? dijo el rey.

—Despues de largas meditaciones he resuelto precisamente, lo mismo que pensaba hacer antes de haberlo meditado.

—¿Y qué has resuelto?

—Servir fielmente á D. Enrique de Castilla.

Me has vendido, Beltran. Me vuelvo á mi castillo de Montiel.

—Es mala ocasion, rey D. Pedro. Ya que habeis venido á mi tienda hablaréis con el rey D. Enrique.

—¿Así juegas con un monarca?

—Siento mucho que os detengais; pero no puedo permitiros que vayais libre, hasta que venga el rey D. Enrique, vuestro hermano.

—Pues bien, Beltran, díle que venga: despierta al ejército entero al són de trompas y clarines, para que vean morir á un hombre sin ponerse pálido y sin temblar.

—¿En dónde, en dónde está D. Pedro? dijo D. Enrique presentándose vestido de bruñidas armas, y echando fuego por los ojos.

—Aquí me tienes, mal nacido.

Los dos hermanos se trabaron como dos osos en el bosque, y se sacudian como las encinas agitadas por el huracan. Apenas podian sufrir sus rostros lo encendido de sus alientos, y sus armaduras crugian como las escamas de una sierpe bajo las uñas de un dragon. No contentos con oprimirse murmuraban torpes denuestos, y se ofendian con las palabras al esterminarse con las obras.

Al acometerse los dos hermanos habia intentado Men Rodriguez favorecer al rey D. Pedro; pero Beltran Güesclin le detuvo, y ambos caballeros quedaron espectadores de un combate entre dos hermanos tan fieros como Eteocles y Polinices.

Aunque D. Enrique era robusto, le aventajaba el rey D. Pedro en corpulencia y fortaleza. Prevalido de estas ventajas le suspendió un poco entre sus brazos, y precipitándole en el suelo, no pudo mantenerse firme, y cayó tambien sobre él. Los dos en tierra continuó el desigual combate con mas encarnizamiento que nunca, por mas que D. Enrique sufria la presion del cuerpo de su hermano. La luz de un farol alumbraba esta escena terrible, y algunos relámpagos venian á aumentar su siniestro horror.

—¡Aquí están, Bernal, aquí están! gritó la huérfana de Avendaño, entrando en la tienda de repente.

—¡No me persigas, Doña Inés! esclamó el rey con voz ahogada, y abrió los brazos con que oprimia el corazon de D. Enrique.

D. Enrique supo aprovecharse de este momentáneo respiro, y dando con agilidad una vuelta sobre su hermano, sacó la daga de su cinto, y blandiéndola junto al costado del rey D. Pedro de Castilla, esclamó:

—Esta es la daga que llevaba mi noble hermano D. Fadrique: esta es la que blandió D. Juan en la fortaleza de Carmona, y esta es en fin la que te mata al pié del castillo de Montiel.

D. Enrique descargó el rudo golpe: D. Pedro lanzó un hondo gemido, y un mar de sangre espumosa y negra tiñó los miembros y vestidos de los dos hermanos rivales.

Todos los presentes repitieron el hondo gemido del monarca. Bernal de Bearne apartó lo ojos de aquella escena singular: Beltran murmuró algunas palabras de dolor; é Hinestrosa, que habia llegado siguiendo las huellas de Inés cayó de rodillas junto al muerto. La huérfana quedó imposible: sacó de su pecho un relicario; tomó de él un bucle de cabellos y los arrojó sobre el cadáver. Eran los cabellos de D. Juan, que debian sepultarse un dia con las cenizas de D. Pedro.

Apenas habia soltado Doña Inés los cabellos de su muerto amante, cuando se animaron sus ojos con una luz estraordinaria; y dando un grito tan doliente como el que habia lanzado el rey en el momento de espirar, cayó á plomo sobre el alcaide.

—¡Hermana! esclamó Bernal de Bearne.

—¡Doña Inés! esclamó Hinestrosa; pero Doña Inés no respondió porque habia dejado de existir.

El bastardo puso su mano sobre el corazon de la huérfana, y conociendo que no latia dijo con voz ronca y profunda:

—Inés de Avendaño era la sombra del rey D. Pedro de Castilla; el cuerpo cayó como veis y la sombra acaba de estinguirse.

—Yo la seguiré, dijo Hinestrosa.

Se siguió un profundo silencio á las palabras del bastardo: se alzó D. Enrique, bañado con la sangre que habia vertido, y poniendo su pié sobre el tronco del que habia reinado veinte años, esclamó con triunfal acento:

—¡Mi familia queda vengada! Sobre el cadaver de Pedro primero se levanta Enrique segundo. ¡Ya no hay mas que un rey en Castilla!

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

33118

N
A719d

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS